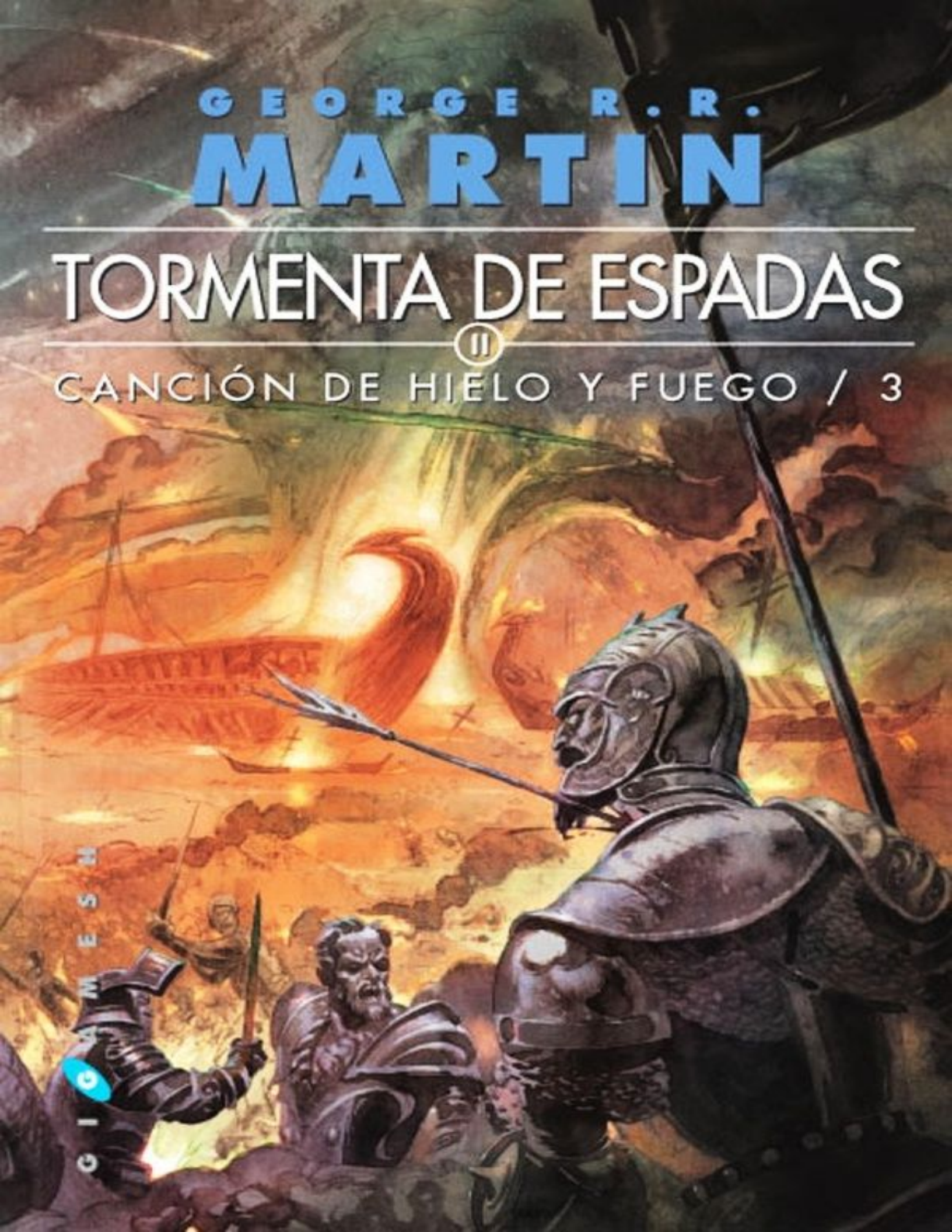


GEORGE R. R.
MARTIN

TORMENTA DE ESPADAS

II

CANCIÓN DE HIELO Y FUEGO / 3



GIGAWATT E S H

GEORGE R.R. MARTIN

**Tormenta de espadas
II**

Canción de Hielo y Fuego / 3

GIGAMESH

Título original:
A Storm of Swords

Primera edición: mayo del 2005

© 2000, George R.R. Martin

Mapas: James Sinclair

Símbolos heráldicos: Virginia Norey

Traducción del inglés:

© 2005, Cristina Macía

Ilustración de cubierta:

© 2005, Corominas

Derechos reservados en lengua castellana:

© 2005, Alejo Cuervo editor

Ediciones Gigamesh

C/. Ausias March, 26, desp. 44

08010 Barcelona

Fotomecánica e impresión:

INO Reproducciones, S.A.

Ctra. de Castellón, km. 3,8

Polígono Miguel Servet Nave 13

50013 Zaragoza

ISBN: 84-96208-24-9

ISBN obra completa: 84-96208-08-7

Depósito legal: Z-912-2005

Printed on acid-free paper
Impreso en papel libre de ácido

Printed in Spain
Impreso en España

DAENERYS	7
ARYA	31
JAIME	47
CATELYN	68
SAMWELL	89
ARYA	103
JON	116
CATELYN	129
ARYA	149
CATELYN	157
ARYA	173
TYRION	179
DAVOS	192
JON	212
BRAN	232
DAENERYS	255
TYRION	278
SANSA	285

TYRION	297
SANSA	325
JAIME	337
DAVOS	356
JON	369
ARYA	387
TYRION	400
JAIME	423
SANSA	442
JON	465
TYRION	482
DAENERYS	503
JAIME	526
JON	544
ARYA	564
SAMWELL	583
JON	597
TYRION	607
SAMWELL	622
JON	638
SANSA	652

EPÍLOGO	674
APÉNDICE	690
NOTA ACERCA DEL AUTOR.....	746

DAENERYS

Sus exploradores dothrakis le habían contado la situación, pero Dany quería verla en persona. Ser Jorah Mormont cabalgó con ella por un bosque de abedules y por un empinado risco de arenisca.

—Ya estamos suficientemente cerca —le dijo cuando se encontraron en la cima.

Dany tiró de las riendas de la yegua y miró hacia el otro lado de los prados, hacia donde el ejército yunkio se cruzaba en su camino. Barbablanca le había enseñado la manera de calcular el número de sus enemigos.

—Cinco mil —dijo al cabo de un instante.

—Lo mismo diría yo. —Ser Jorah señaló con un dedo—. Aquellos de los flancos son mercenarios. Lanceros y arqueros a caballo, también llevan espadas y hachas para el cuerpo a cuerpo. Los Segundos Hijos están en el ala izquierda, los Cuervos de Tormenta en la derecha. Unos quinientos hombres en cada. ¿Veis los estandartes?

La arpía de Yunkai tenía entre las garras una fusta y un collar de hierro, en vez de un trozo de cadena. Pero los mercenarios ondeaban sus estandartes debajo de los de la ciudad a la que servían: a la derecha cuatro cuervos entre dos rayos cruzados, a la izquierda una espada rota.

—Los propios yunkai'i defienden el centro —advirtió Dany. Desde lejos los oficiales parecían idénticos a los de Astapor: yelmos altos brillantes y capas con discos de cobre cosidos—. ¿Van al frente de soldados esclavos?

—Son esclavos en su mayoría. Pero no están a la altura de los Inmaculados. Yunkai tiene fama por sus esclavos de cama, no por los guerreros.

—¿Qué opináis vos? ¿Podemos derrotar a este ejército?

—Con facilidad —asintió Ser Jorah.

—Pero no sin derramar sangre. —Ya había habido sangre de sobra en los adoquines de Astapor el día en que la ciudad cayó, aunque muy poca era suya o de los suyos—. Podríamos ganar esta batalla, pero a ese precio no podríamos tomar la ciudad.

—Siempre hay un riesgo, *khaleesi*. Astapor era engreída y vulnerable. Yunkai ya está prevenida.

Dany meditó un momento. El ejército de los esclavistas parecía pequeño comparado con el suyo, pero los mercenarios iban a caballo. Ella había cabalgado suficiente tiempo con los dothrakis para sentir un respeto saludable hacia lo que los guerreros montados podían hacer con los de a pie.

«Los Inmaculados podrían resistir su carga, pero para mis libertos sería una carnicería.»

—A los traficantes de esclavos les gusta hablar —dijo—. Enviadles un mensaje diciendo que los recibiré esta tarde en mi tienda. Invitad también a los capitanes de las compañías de mercenarios. Pero no a la vez. Los Cuervos de Tormenta a mediodía, y los Segundos Hijos dos horas después.

—Como ordenéis —respondió Ser Jorah—. Pero, si no vienen...

—Vendrán. Sentirán curiosidad, querrán ver a los dragones y saber qué voy a decirles; además, los que sean astutos lo considerarán una buena ocasión para calibrar mis fuerzas. —Hizo dar media vuelta a la yegua plateada—. Los esperaré en mi pabellón.

Fueron cielos color pizarra y vientos fríos los que recibieron a Dany cuando volvió con su ejército. La zanja profunda que rodearía el campamento ya estaba cavada a medias, y los bosques estaban poblados de Inmaculados que cortaban ramas de abedules para afilarlas y convertirlas en estacas. Los eunucos no podían dormir en un campamento que no estuviera fortificado o, al menos, eso decía el Gusano Gris. Estaba allí, vigilando los trabajos. Dany se detuvo un momento para hablar con él.

—Yunkai se ha preparado para la batalla.

—Eso es bueno, Alteza. Éstos están sedientos de sangre.

Había ordenado a los Inmaculados que eligieran a sus oficiales, y Gusano Gris resultó ser el más valorado para el rango superior. Dany lo puso bajo la supervisión de Ser Jorah para que lo entrenara en el mando, y el caballero exiliado decía que, hasta el momento, el joven eunuco era duro pero justo, aprendía deprisa, era incansable y prestaba atención a todos los detalles.

—Los Sabios Amos han reunido un ejército para enfrentarse a nosotros.

—En Yunkai un esclavo aprende el camino de los siete suspiros y los dieciséis centros del placer, Alteza. Los Inmaculados aprenden el camino de las tres lanzas. Vuestro Gusano Gris espera demostrároslo.

Una de las primeras cosas que había hecho Dany tras la caída de Astapor había sido abolir la costumbre de dar nuevos nombres de esclavos cada día a los Inmaculados. La mayor parte de los nacidos libres habían retomado los nombres que les dieron al nacer; al menos, los que todavía los recordaban. Otros se habían puesto nombres de héroes o dioses, y en algunos casos de armas, de gemas o hasta de flores, cosa que dio como resultado soldados un tanto peculiares a oídos de Dany. En cambio Gusano Gris había seguido siendo Gusano Gris. Cuando le preguntó por qué, él le respondió: «Es un nombre que trae suerte. El nombre con que uno nació estaba maldito. Era el nombre que tenía cuando lo hicieron esclavo. Pero Gusano Gris es el nombre que uno sacó el día que Daenerys de la Tormenta lo hizo libre».

—Si se llega a la batalla —le dijo Dany—, que Gusano Gris muestre tanta sabiduría como valor. Perdona a todo esclavo que huya o que tire el arma. Cuantos menos mueran, más quedarán luego para unirse a nosotros.

—Uno lo recordará.

—Lo sé. Acude a mi tienda al mediodía. Quiero que estés allí con el resto de mis oficiales cuando trate con los capitanes de los mercenarios.

Dany espoleó a la plata hacia el campamento. Dentro del perímetro establecido por los Inmaculados, las tiendas se alzaban en hileras ordenadas, y su pabellón dorado estaba en el centro. Un segundo campamento se extendía cerca del suyo. Era cinco veces más grande, más disperso y caótico, no tenía zanjas, ni tiendas, ni centinelas, ni cerca para los caballos... Los que tenían caballos o mulas dormían junto a los animales por temor a que se los robaran. Las cabras, las ovejas y los perros hambrientos vagaban libres entre las hordas de mujeres, niños y ancianos. Dany había dejado Astapor en manos de un Consejo de antiguos esclavos, dirigidos por un sanador, un sabio y un sacerdote. A todos los consideró sabios y justos. Aun así, decenas de miles prefirieron seguirla a Yunkai en vez de quedarse atrás, en Astapor.

«Les entregué la ciudad, pero tuvieron demasiado miedo para aceptarla.»

El ejército de libertos hacía que el de Dany pareciera pequeño, pero en realidad suponían más carga que ayuda. Apenas uno de cada cien tenía un asno, un camello o un buey; muchos llevaban armas robadas de la armería de algún traficante de esclavos, pero sólo uno de cada diez tenía fuerzas para pelear y ninguno sabía hacerlo. Allí por donde pasaban agotaban todas las provisiones de la tierra, eran como langostas con sandalias. Aun así, Dany no tenía valor para abandonarlos como le pedían con insistencia Ser Jorah y los jinetes de sangre.

«Les dije que eran libres. Ahora no puedo decirles que no son libres de seguirme.» Contempló el humo que se alzaba de las hogueras y contuvo un suspiro. Ciertamente, tenía la mejor infantería del mundo, pero también tenía la peor.

Arstan Barbablanca estaba de pie a la entrada de su tienda, mientras que Belwas el Fuerte se había sentado con las piernas cruzadas en la hierba y comía un cuenco de higos. Durante la marcha, el deber de velar por ella recaía sobre aquellos dos hombres. Dany había nombrado *kos* a Jhogo, Aggo y Rakharo, que además seguían siendo sus jinetes de sangre. En aquellos momentos le hacían más

falta para ir al frente de los dothrakis que para protegerla. Su *khalasar* era reducido, unos treinta y tantos guerreros a caballo, la mayor parte de ellos niños con el pelo sin trenzar y ancianos de hombros encorvados. Pero eran todos los hombres montados que tenía y no podía prescindir de ellos. Tal vez los Inmaculados fueran la mejor infantería del mundo, como aseguraba Ser Jorah, pero también necesitaba exploradores y escoltas.

—Habrà guerra con Yunkai —dijo Dany a Barbablanca una vez dentro del pabellón.

Irri y Jhiqui habían cubierto el suelo con alfombras, y Missandei estaba encendiendo una barrita de incienso para endulzar el aire polvoriento. *Drogon* y *Rhaegal* dormían sobre unos cojines, enroscados el uno al otro, y *Viserion* estaba posado en el borde de la bañera vacía.

—Missandei, ¿qué idiomas hablan los yunkai'i, valyrio?

—Sí, Alteza —dijo la niña—. Es un dialecto diferente al de Astapor, pero se parece lo suficiente para entenderlo. Los esclavistas se hacen llamar Sabios Amos.

—¿Sabios? —Dany se sentó con las piernas cruzadas en un cojín; *Viserion* extendió las alas blancas y doradas y voló a su lado—. Ya veremos lo sabios que son —concluyó al tiempo que rascaba la cabeza escamosa del dragón, entre los cuernos.

Ser Jorah Mormont regresó una hora más tarde. Lo acompañaban tres capitanes de los Cuervos de Tormenta. Lucían plumas negras en los yelmos brillantes, y aseguraban que los tres eran iguales en honor y autoridad. Dany los estudió mientras Irri y Jhiqui servían el vino. Prendahl na Ghezn era un ghiscario achaparrado, con el rostro cuadrado y el pelo oscuro ya encaneciendo; Sallor el Calvo era de Qarth y tenía una cicatriz serpenteante en la pálida mejilla; y Daario Naharis resultaba extravagante hasta para un tyroshi. Llevaba la barba dividida en tres y teñida de azul, el mismo color que sus ojos, y el pelo rizado le caía hasta los hombros. Los bigotes puntiagudos se los teñía de dorado. La ropa que vestía era de toda la gama del amarillo. En el

cuello y los puños llevaba una nube de encaje de Myr del color de la mantequilla, el jubón estaba adornado con medallones de latón en forma de amargones y unas filigranas de oro le subían hasta los muslos por las botas de piel. Llevaba unos guantes de suave gamuza amarilla colgados de un cinturón de anillas doradas y tenía las uñas pintadas con laca azul.

Pero el que hablaba por todos los mercenarios era Prendahl na Ghezn.

—Haríais bien en llevaros vuestra escoria a otra parte —dijo—. Tomasteis Astapor a traición, pero Yunkai no caerá tan fácilmente.

—Quinientos de vuestros Cuervos de Tormenta contra diez mil de mis Inmaculados —señaló Dany—. Sólo soy una niña que no comprende el arte de la guerra, pero no me parece que tengáis muchas posibilidades.

—Los Cuervos de Tormenta no se alzan solos —dijo Prendahl.

—Los Cuervos de Tormenta no se alzan, punto. Se limitan a levantar el vuelo al primer indicio de un trueno. Tal vez deberíais estar volando ya. Tengo entendido que los mercenarios no suelen ser muy leales. ¿Qué ventaja os reportará la fidelidad cuando los Segundos Hijos cambien de bando?

—Tal cosa no sucederá —insistió Prendahl, impertérrito—. Y aunque así fuera, no tendría importancia. Los Segundos Hijos no son nada. Luchamos al lado de los fuertes hombres de Yunkai.

—Lucháis al lado de esclavos de cama armados con lanzas. —Al girar la cabeza, las dos campanillas de su trenza tintinearón—. Una vez comience la batalla no habrá cuartel. Pero, si os unís a mí ahora, podréis conservar el oro que os pagaron los yunkai'i y tendréis derecho a una parte del botín del saqueo; además, habrá grandes recompensas cuando tome mi reino. Si lucháis por los Sabios Amos, vuestra recompensa será la muerte. ¿Creéis que Yunkai os abrirá las puertas para que os refugiéis cuando mis Inmaculados os estén masacrando junto a sus murallas?

—Mujer, rebuznas como un asno y hablas con su misma inteligencia.

—¿Mujer? —Dejó escapar una risita—. ¿Acaso tratáis de insultarme? Os devolvería la bofetada si os tomara por un hombre. —Daenerys clavó los ojos en los suyos—. Soy Daenerys de la Tormenta, de la Casa Targaryen, la que no arde, Madre de Dragones, *khaleesi* de los jinetes de Drogo y reina de los Siete Reinos de Poniente.

—No sois más que la ramera de un señor de los caballos —dijo Prendahl na Ghezn—. Cuando os derrote, os aparearé con mi corcel.

—Belwas el Fuerte entregará esa fea lengua a la pequeña reina —dijo Belwas desenvainando el *arakh*—, si ella lo quiere.

—No, Belwas. He otorgado mi salvoconducto a estos hombres. —Sonrió—. Decidme una cosa... ¿los Cuervos de Tormenta son esclavos o libres?

—Somos una hermandad de hombres libres —declaró Sallor.

—Mejor. —Dany se levantó—. Regresad y comunicad a vuestros hermanos lo que he dicho. Puede que algunos prefieran cenar con gloria y oro en vez de con muerte. Dadme la respuesta por la mañana.

Los Cuervos de Tormenta se pusieron en pie a la vez.

—La respuesta es no —dijo Prendahl na Ghezn.

Sus compañeros salieron tras él de la tienda... pero Daario Naharis volvió la vista antes de partir, e inclinó la cabeza en un gesto cortés de despedida.

Dos horas más tarde llegó en solitario el comandante de los Segundos Hijos. Resultó ser un braavosi de presencia imponente, con ojos color verde claro y una poblada barba entre dorada y rojiza que le llegaba casi hasta el cinturón. Su nombre era Mero, pero se hacía llamar Bastardo del Titán.

—Creo que me follé a tu hermana gemela en una casa de placer de Braavos. ¿O eras tú?

—No creo. Sin duda recordaría a un hombre de tal grandiosidad.

—Así es. Ninguna mujer ha olvidado nunca al Bastardo del Titán. —El braavosi tendió la copa a Jhiqui—. ¿Qué tal si te quitas la ropa y vienes a sentarte en mi regazo? Si me gustas, puede que ponga de tu parte a los Segundos Hijos.

—Si pones de mi parte a los Segundos Hijos, tal vez no te haga castrar.

—Muchachita, hubo otra mujer que intentó castrarme con los dientes. —El hombretón se echó a reír—. Ya no tiene dientes, pero mi espada sigue tan larga y gorda como siempre. ¿Quieres que me la saque y te la enseñe?

—No será necesario. Cuando mis eunucos te la corten, la podré examinar a placer. —Dany bebió un sorbo de vino—. Cierto es que no soy más que una niña y que desconozco el arte de la guerra. Por favor, explícame cómo esperas derrotar a diez mil Inmaculados con tus quinientos hombres. En mi inocencia, no me parece que tengas muchas posibilidades.

—Los Segundos Hijos se han enfrentado a ejércitos más grandes y han ganado.

—Los Segundos Hijos se han enfrentado a ejércitos más grandes y han huido. En Qohor, donde resistieron los Tres Mil. ¿Acaso lo niegas?

—Eso fue hace muchos años, antes de que los Segundos Hijos tuvieran como jefe al Bastardo del Titán.

—¿De modo que eres tú quien les inspira valor? —Dany se volvió hacia Ser Jorah—. Cuando empiece la batalla quiero que matéis a éste el primero.

—De buena gana, Alteza —dijo el caballero exiliado, sonriendo.

—Aunque claro —le dijo a Mero—, también puedes huir otra vez. No te detendremos. Coge tu oro yunkio y vete.

—Niña idiota, si hubieras visto alguna vez al Titán de Braavos sabrías que no rehuye una batalla.

—Pues quédate y lucha en mi bando.

—Cierto que valdría la pena luchar por ti —dijo el braavosi—, y me gustaría dejarte besar mi espada, pero no soy libre. He aceptado las monedas de Yunkai y con ello he comprometido mi palabra sagrada.

—Las monedas se pueden devolver. Yo te pagaré lo mismo y mucho más. Tengo por delante otras ciudades para conquistarlas, y todo un reino me espera a medio mundo de aquí. Sírreme con lealtad, y los Segundos Hijos no volverán a necesitar que los contraten.

—Lo mismo y mucho más, y tal vez añadas un beso, ¿eh? —El braavosi se tironeó de la espesa barba roja—. ¿O algo más que un beso? ¿Para un hombre tan magnífico como yo?

—Tal vez.

—Empiezo a pensar que me gustará el sabor de tu lengua.

«A mi oso negro no le gusta que se hable de besos.» Dany notaba la rabia de Ser Jorah.

—Piensa en lo que te he dicho. ¿Tendré tu respuesta por la mañana?

—La tendrás. —El Bastardo del Titán sonrió—. ¿Puedo llevarme una jarra de este excelente vino para beberlo con mis capitanes?

—Puedes llevarte un barril. Viene de las bodegas de los Bondadosos Amos de Astapor, tengo carromatos enteros cargados.

—Entonces dame un carromato. Como muestra de buena voluntad.

—Tu sed es grande.

—Todo en mí es grande. Y tengo muchos hermanos. El Bastardo del Titán no bebe a solas, *khaleesi*.

—Llévate un carromato, siempre que lo bebáis a mi salud.

—¡Hecho! —exclamó—. ¡Y hecho, y hecho! Tres veces brindaremos por ti, y tendrás la respuesta cuando salga el sol.

Pero, cuando Mero salió, Arstan Barbablanca tomó la palabra.

—Ese hombre tiene una reputación nefasta incluso en Poniente. No os dejéis engañar por su talante, Alteza. Esta noche brindará tres veces a vuestra salud y mañana os violará.

—Por una vez, el viejo tiene razón —apuntaló Ser Jorah—. Los Segundos Hijos son una vieja compañía y no carecen de valor, pero bajo el liderazgo de Mero se han vuelto casi tan crueles como la Compañía Audaz. Ese hombre es tan peligroso para quien lo contrata como para sus enemigos. Por eso lo hemos encontrado aquí. Las Ciudades Libres ya no le dan trabajo.

—No quiero su reputación, quiero sus quinientos jinetes. ¿Qué hay de los Cuervos de Tormenta, alguna posibilidad?

—No —replicó Ser Jorah sin miramientos—. El tal Prendahl es de sangre ghiscari. Es probable que tuviera parientes en Astapor.

—Lástima. Bueno, tal vez no haya necesidad de luchar. Esperemos a ver qué nos responden los yunkai'i.

Los enviados de Yunkai llegaron cuando ya se estaba poniendo el sol. Eran cincuenta hombres a lomos de magníficos caballos negros y uno montado en un gran camello blanco. Lucían yelmos dos veces más altos que las cabezas para no aplastar las extravagantes trenzas, torres y esculturas del pelo aceitado que cubrían. Vestían faldas y túnicas de lino teñidas de amarillo intenso, y en las capas llevaban discos de cobre cosidos.

El hombre del camello blanco dijo llamarse Grazdan mo Eraz. Era enjuto y envarado, y mostraba una sonrisa tan blanca como lo había sido la de Kraznys hasta que *Drogon* le abrasó la cara. Llevaba el pelo recogido en forma de cuerno de unicornio que le salía de la frente, y el ribete de su *tokar* era de encaje dorado de Myr.

—Antigua y gloriosa es Yunkai, la reina de las ciudades —dijo después de que Dany le diera la bienvenida a su tienda—. Nuestras murallas son fuertes; nuestros nobles, orgullosos y fieros; nuestro pueblo, valeroso. Por nuestras venas corre la sangre del antiguo Ghis, cuyo imperio ya era viejo cuando Valyria no era más que un bebé berreante. Habéis sido sabia al sentaros a hablar, *khaleesi*. Aquí no encontraréis una conquista fácil.

—Bien. A mis Inmaculados les sentará bien pelear un poco. —Miró a Gusano Gris, que asintió.

—Si es sangre lo que queréis —dijo Grazdan encogiéndose de hombros—, que corra la sangre. Me han dicho que habéis liberado a los eunucos. Para un Inmaculado, la libertad significa tanto como un sombrero para una merluza. —Sonrió a Gusano Gris, pero el eunuco parecía tallado en piedra—. A los que sobrevivan los volveremos a esclavizar y los usaremos para reconstruir Astapor a partir de sus ruinas. También os podemos esclavizar a vos, no lo dudéis. En Lys y en Tyrosh hay casas de placer donde muchos hombres pagarían bien por acostarse con la última de los Targaryen.

—Me alegra que sepáis quién soy —dijo Dany con voz suave.

—Me enorgullezco de mis conocimientos sobre el salvaje Poniente y sus sinsentidos. —Grazdan abrió las manos con gesto conciliador—. Pero ¿por qué tenemos que hablarnos de manera tan brusca? Es cierto que actuasteis con salvajismo en Astapor, pero los yunkai'i somos un pueblo que sabe perdonar. No tenéis nada en contra nuestro, Alteza. ¿Por qué malgastar las fuerzas contra nuestras poderosas murallas, cuando vais a necesitar hasta el último hombre si queréis recuperar el trono de vuestro padre en Poniente? Yunkai os desea lo mejor en la empresa. Y, como prueba de ello, os traigo un regalo. —Dio unas palmadas, y dos de sus acompañantes se adelantaron con un pesado cofre de cedro tachonado en bronce y oro. Lo pusieron a los pies de Dany—. Cincuenta mil marcos de oro —dijo Grazdan con voz gentil—. Son para vos, como gesto de amistad por parte de los Sabios Amos de Yunkai. El oro que se entrega de manera voluntaria es mejor que el que se saquea con sangre, ¿no creéis? Así que os digo, Daenerys Targaryen, coged este cofre y seguid vuestro camino.

Dany levantó la tapa del cofre con el pie menudo enfundado en una zapatilla. Tal como había dicho el enviado, estaba lleno de monedas de oro. Cogió un puñado y las dejó correr entre los dedos, brillantes, tintineantes. La mayoría estaban recién acuñadas, con una pirámide escalonada en una cara y la arpía de Ghis en la otra.

—Qué bonitas. ¿Cuántos cofres como éste encontraré cuando tome vuestra ciudad?

—Ninguno, porque no la tomaréis. —El hombre dejó escapar una risita.

—Yo también tengo un regalo para vos. —Cerró el cofre de golpe—. Tres días. La mañana del tercer día, dejad salir de la ciudad a vuestros esclavos. A todos. A cada hombre, mujer y niño se le entregará un arma y tanta comida, ropa, oro y bienes como pueda transportar. Serán ellos quienes los elijan entre las posesiones de sus amos como pago por sus años de servicios. Cuando todos los esclavos hayan salido, abriréis las puertas y permitiréis que mis Inmaculados entren y registren la ciudad para asegurarse de que no queda ninguno. Si lo hacéis así, Yunkai no arderá, no habrá saqueo y no se molestará a ningún ciudadano. Los Sabios Amos tendrán la paz que desean y habrán demostrado que son sabios de verdad. ¿Qué decís?

—Digo que estáis loca.

—¿Vos creéis? —Dany se encogió de hombros—. *Dracarys*.

Los dragones respondieron. *Rhaegal* siseó y echó humo, *Viserion* lanzó una dentellada y *Drogon* escupió una llamarada rojinegra. La llama rozó la manga del *tokar* de Grazdan, y la seda se prendió al instante. Los marcos de oro se desparramaron sobre las alfombras cuando el enviado tropezó con el cofre entre gritos y maldiciones, agitando el brazo hasta que Barbablanca le echó encima una jarra de agua para apagar las llamas.

—¡Jurasteis que tenía vuestro salvoconducto! —aulló el enviado.

—¿Todos los yunkai'i lloriquean tanto por un simple *tokar* chamuscado? Os compraré uno nuevo... si liberáis a los esclavos antes de tres días. De lo contrario, *Drogon* os dará un beso más cálido. —Arrugó la nariz—. Os lo habéis hecho encima. Coged ese oro y marchaos, que mi mensaje llegue a oídos de los Sabios Amos.

—Pagaréis cara tanta arrogancia, ramera —dijo Grazdan mo Eraz señalándola con un dedo tembloroso—. Esos lagartitos no os protegerán, os lo aseguro. Llenaremos de flechas el aire si se acercan a menos de una legua de Yunkai. ¿Creéis que es tan difícil matar a un dragón?

—Más que matar a un esclavista. Tres días, Grazdan. Decídselo. Al anoecer del tercer día estaré en Yunkai, tanto si me abris las puertas como si no.

Ya había oscurecido cuando los yunkai'i salieron del campamento. La noche prometía ser oscura, sin luna y sin estrellas, pero con un viento gélido que soplaba del oeste.

«Luna nueva, excelente», pensó Dany. Las hogueras ardían por doquier como diminutas estrellas rojas dispersas entre la colina y el prado.

—Ser Jorah —dijo—, convocad a mis jinetes de sangre.

Dany se sentó entre cojines para aguardarlos, rodeada por sus dragones.

—Una hora después de medianoche será buen momento —dijo cuando estuvieron todos reunidos.

—Sí, *khaleesi* —respondió Rakharo—. ¿Buen momento para qué?

—Para atacar.

—Dijisteis a los mercenarios... —dijo Ser Jorah Mormont con el ceño fruncido.

—Que quería que me respondieran por la mañana. No dije nada de lo que pasaría esta noche. Los Cuervos de Tormenta estarán discutiendo mi ofrecimiento. Los Segundos Hijos se habrán emborrachado con el vino que regalé a Mero. Y los yunkai'i creen que cuentan con tres días. Los venceremos bajo el manto de oscuridad.

—Habrán dispuesto exploradores para que nos vigilen.

—No verán más que cientos de fuegos de campamento —señaló Dany—. Si es que ven algo.

—*Khaleesi* —intervino Jhogo—, yo me puedo encargar de esos exploradores. No son jinetes, son esclavistas a caballo.

—Cierto —asintió—. En mi opinión, deberíamos atacar desde tres puntos. Gusano Gris, tus Inmaculados cargarán desde la derecha y la izquierda, mientras que mis *kos* irán al frente de los jinetes en formación de cuña para atacar por el centro. Unos soldados esclavos

no tendrán nada que hacer contra dothrakis a caballo. —Sonrió—. Aunque claro, sólo soy una niña que no comprende el arte de la guerra. ¿Qué opinan mis señores?

—Que sois la hermana de Rhaegar Targaryen —dijo Ser Jorah con una sonrisa triste.

—Sí —asintió Arstan Barbablanca—, y también sois una reina.

Tardaron una hora en ultimar todos los detalles.

«Ahora llega el momento más peligroso», pensó Dany mientras sus capitanes se ponían en marcha para cumplir las órdenes. Lo único que podía hacer era rezar para que la oscuridad de la noche ocultara los preparativos a sus enemigos.

Cerca de la medianoche, Dany sufrió un sobresalto cuando Ser Jorah entró casi empujando a un lado a Belwas el Fuerte.

—Los Inmaculados han capturado a uno de los mercenarios, que trataba de colarse en el campamento.

—¿Un espía? —La mera idea resultaba aterradora. Si habían atrapado a uno, otros podían haberseles escapado.

—Dice que viene a traer regalos. Es el idiota de amarillo con el pelo azul.

«Daario Naharis.»

—Ah, ése. Escucharé lo que tenga que decirme.

Cuando el caballero exiliado lo hizo entrar, Dany no pudo por menos que preguntarse si habrían existido jamás dos hombres tan diferentes. El tyroshi era rubio y de piel clara, y Ser Jorah, moreno y atezado; el tyroshi era liviano mientras que el caballero era recio; uno de largo pelo rizado, que al otro le empezaba a ralear, pero el primero tenía la piel suave mientras que Mormont era velludo. Y su caballero vestía con sencillez, al tiempo que el otro haría que un pavo real pareciera deslustrado, aunque aquella noche se había puesto una gruesa capa negra sobre el atuendo amarillo. Llevaba al hombro un pesado saco de lona.

—¡*Khaleesi!* —exclamó—. Os traigo regalos y buenas nuevas. Los Cuervos de Tormenta son vuestros. —Cuando sonrió, un diente de oro le brilló en la boca—. ¡Igual que Daario Naharis!

Dany estaba indecisa. Si aquel tyroshi había ido a espiarlos, aquella declaración podía no ser más que un intento desesperado para salvarse.

—¿Qué dicen de esto Prendahl na Ghezn y Sallor?

—Poca cosa. —Daario volcó el saco y las cabezas de Sallor el Calvo y Prendahl na Ghezn rodaron por las alfombras—. Son mis obsequios para la reina dragón.

Viserion olisqueó la sangre que rezumaba del cuello de Prendahl y lanzó una llamarada que dio de pleno en la cara del muerto, y ennegreció y chamuscó las mejillas cadavéricas. *Drogon* y *Rhaegal* se agitaron ante el olor de la carne asada.

—¿Habéis sido vos? —preguntó Dany, asqueada.

—En persona.

Si la presencia de los dragones ponía nervioso a Daario Naharis, lo disimulaba muy bien. Les prestaba tanta atención como si fueran tres gatitos que jugaran con un ratón.

—¿Por qué?

—Porque sois muy hermosa. —Tenía unas manos largas y fuertes, y en los duros ojos azules y la nariz ganchuda había algo que sugería la ferocidad de una espléndida ave de presa—. Prendahl hablaba mucho y decía muy poco. —El atuendo que lucía era rico, pero estaba muy usado. Tenía manchas de sal en las botas, el esmalte de las uñas descascarado y los encajes manchados de sudor, y Dany vio que el borde de la capa se le empezaba a deshilar—. Y Sallor se metía los dedos en la nariz como si tuviera mocos de oro.

Estaba de pie, con las manos cruzadas por las muñecas y las palmas sobre los pomos de las armas: un *arakh* dothraki en la cadera izquierda, y un estilete myriense en la derecha. Las empuñaduras eran dos mujeres de oro, desnudas y lascivas.

—¿Sabéis utilizar esas bellas armas? —preguntó Dany.

—Si los muertos pudieran hablar, Prendahl y Sallor os lo dirían. No doy un día por vivido si no he amado a una mujer, matado a un enemigo y tomado una buena comida... y los días que he vivido son tan incontables como las estrellas del cielo. Convierto una matanza en algo hermoso, y más de un malabarista, más de un danzarín del fuego, ha llorado y suplicado a los dioses ser la mitad de rápido que yo y tener tan sólo una cuarta parte de mi gracia. Podría deciros los nombres de todos los hombres a los que he matado, pero antes de que me diera tiempo a terminar, vuestros dragones serían grandes como castillos, las murallas de Yunkai se habrían convertido en polvo amarillento y el invierno habría llegado, habría pasado y habría llegado de nuevo.

Dany se echó a reír. Le gustaba la fanfarronería de aquel tal Daario Naharis.

—Desenvainad la espada y prestadme juramento.

En un abrir y cerrar de ojos el *arakh* de Daario estuvo desenvainado. Su reverencia fue tan extravagante como todo en él, un amplio arco que le llevó la cara a la altura de los pies.

—Mi espada es vuestra. Mi vida es vuestra. Mi amor es vuestro. Mi sangre, mi cuerpo, mis canciones... todo está en vuestras manos. Viviré y moriré a vuestras órdenes, hermosa reina.

—Entonces —dijo Dany—, vivid y luchad por mí esta noche.

—No creo que sea buena idea, mi reina. —Ser Jorah clavó una mirada gélida en Daario—. Dejemos a éste aquí, bien vigilado, hasta que termine la batalla con nuestra victoria.

Dany lo pensó un momento, pero hizo un gesto de negación.

—Si pone de nuestra parte a los Cuervos de Tormenta, la sorpresa estará garantizada.

—Y si os traiciona, la habremos perdido.

Dany volvió a bajar la vista hacia el mercenario. Él le dedicó una sonrisa tan radiante que la hizo sonrojar y volver la cara.

—No me traicionará.

—¿Cómo lo sabéis?

—Me parece que eso es una prueba de su sinceridad —dijo señalando los pedazos de carne calcinada que los dragones estaban consumiendo pedacito a sangriento pedacito—. Daario Naharis, tened preparados a los Cuervos de Tormenta, listos para atacar la retaguardia yunkia cuando comience la batalla. ¿Podréis regresar sin problemas?

—Si me detienen, diré que he salido a patrullar y que no he visto nada.

El tyroshi se puso en pie, hizo una reverencia y salió. Ser Jorah Mormont se quedó en la tienda.

—Alteza —dijo con tono demasiado brusco—, habéis cometido un error. No sabemos nada de ese hombre...

—Sabemos que lucha bien.

—Querréis decir que sabemos que habla bien.

—Nos aporta a los Cuervos de Tormenta.

«Y tiene los ojos azules.»

—Quinientos mercenarios de dudosa lealtad.

—En momentos como éstos todas las lealtades son dudosas —le recordó Dany.

«Y yo voy a sufrir dos traiciones más, una por oro y otra por amor.»

—Daenerys, os triplico la edad —insistió Ser Jorah—. He visto lo falsos que son los hombres. Hay pocos dignos de confianza, y Daario Naharis no está entre ellos. Hasta el color de su barba es falso.

Aquello la enfureció.

—Mientras que vuestra barba es honesta y sincera, ¿verdad? ¿Eso es lo que estáis insinuando? ¿Que sois el único hombre en el que debería confiar?

—No he dicho semejante cosa. —Se puso rígido.

—Lo decís todos los días. Pyat Pree es un mentiroso, Xaro es un intrigante, Belwas un fanfarrón, Arstan un asesino... ¿creéis que sigo

siendo una chiquilla virgen que no oye las palabras que hay tras las palabras?

—Alteza...

—Jamás he tenido un amigo mejor que vos —le cortó bruscamente Dany, encendida—, habéis sido para mí mejor hermano de lo que lo fue Viserys en toda su vida. Sois el primero de la Guardia de la Reina, el comandante de mi ejército, mi consejero más valorado, mi mano derecha... Os tengo en gran estima, os respeto y os aprecio... pero no os deseo, Jorah Mormont, y me estoy hartando de que intentéis apartar de mí al resto de los hombres para que tenga que depender de vos y sólo de vos. No lo conseguiréis y tampoco conseguiréis que así os quiera más.

Al principio Mormont se había puesto rojo, pero cuando Dany terminó volvía a estar pálido.

—Si mi reina lo ordena... —dijo cortante, frío.

—Vuestra reina lo ordena —dijo Dany. Echaba suficiente fuego por los dos—. Y ahora marchaos a encargáros de los Inmaculados, ser. Tenéis una batalla por delante.

Cuando hubo salido, Dany se dejó caer entre los cojines junto a los dragones. No había tenido intención de ser tan brusca con Ser Jorah, pero sus constantes sospechas habían terminado por despertar al dragón.

«Me perdonará —se dijo—. Soy su señora.» Dany empezaba a preguntarse si no se habría equivocado con respecto a Daario. De repente se sentía muy sola. Mirri Maz Duur le había prometido que jamás daría a luz un niño con vida. «La Casa Targaryen terminará conmigo.» Aquello la entristecía.

—Tenéis que ser mis hijos —le dijo a los dragones—. Mis tres hijos fieros. Arstan dice que los dragones viven más que las personas, así que seguiréis existiendo cuando yo haya muerto.

Drogon curvó el cuello para mordisquearle la mano. Tenía unos dientes muy afilados, pero cuando jugueteaba así jamás le arañaba la

piel. Dany se echó a reír y lo sacudió adelante y atrás hasta que rugió y sacudió la cola como un látigo.

«La tiene más larga que ayer —advirtió—, y mañana será más larga todavía. Están creciendo muy deprisa, cuando sean adultos dispondré de alas.» A lomos de un dragón podría llevar a sus hombres a la batalla, como había hecho en Astapor, pero por el momento eran aún demasiado pequeños para cargar con su peso.

El campamento se quedó en silencio cuando pasó la medianoche. Dany permaneció en el pabellón con sus doncellas, mientras Arstan Barbablanca y Belwas el Fuerte montaban guardia. «Lo peor es la espera.» Estar sentada en la tienda, cruzada de brazos mientras la batalla tenía lugar sin ella, hacía que Dany volviera a sentirse como una niña.

Las horas se arrastraron a paso de tortuga. Dany estaba demasiado inquieta para dormir, ni siquiera la ayudó que Jhiqui le aliviara la tensión de los hombros. Missandei se ofreció a cantarle una nana del Pueblo Pacífico, pero Dany sacudió la cabeza.

—Haced venir a Arstan —ordenó.

El anciano llegó y la encontró arropada en su piel de *hrakkar*, cuyo olor rancio aún le recordaba a Drogo.

—No puedo conciliar el sueño mientras hay hombres que mueren por mí, Barbablanca —dijo—. Cuéntame más cosas de mi hermano Rhaegar. Me gustó la historia que me relataste en el barco, sobre cómo decidió hacerse guerrero.

—Su Alteza es muy amable.

—Viserys decía que nuestro hermano ganó muchos torneos.

—No me corresponde a mí negar las palabras de Su Alteza... —dijo Arstan inclinando la cabeza canosa con respeto.

—Pero... —lo interrumpió Dany—. Te ordeno que me cuentes la verdad.

—La destreza del príncipe Rhaegar era incuestionable, pero rara vez tomaba parte en las justas. No le gustó nunca la canción de las espadas tanto como a Robert o a Jaime Lannister. Era algo que tenía

que hacer, una tarea que el mundo le imponía. Lo hacía bien, porque lo hacía bien todo. Estaba en su naturaleza. Pero no disfrutaba con ello. Se solía decir que le gustaba el arpa mucho más que la lanza.

—Pero algún torneo ganaría, ¿verdad? —dijo Dany, decepcionada.

—Cuando era joven, Su Alteza cabalgó de forma excepcional en un torneo en Bastión de Tormentas; derrotó a Lord Steffon Baratheon, a Lord Jason Mallister, a la Víbora Roja de Dorne y a un caballero misterioso que luego resultó ser el infame Simon Toyne, jefe de los forajidos del Bosque Real. Aquel día rompió doce lanzas contra Ser Arthur Dayne.

—Entonces, sería el campeón.

—No, Alteza. Tal honor correspondió a otro caballero de la Guardia Real, que desmontó al príncipe Rhaegar en la última justa.

—Bueno, ¿qué torneos ganó mi hermano? —Dany no quería oír cómo habían desmontado a Rhaegar.

El anciano titubeó.

—Ganó el torneo más importante de todos, Alteza.

—¿Cuál? —insistió Dany.

—El que organizó Lord Whent en Harrenhal, junto al Ojo de Dioses, el año de la falsa primavera. Fue un acontecimiento. Además de las justas, hubo un combate cuerpo a cuerpo a la antigua usanza, en la que lucharon siete equipos de caballeros, y también competiciones de tiro con arco y de lanzamiento de hachas, una carrera de caballos, un torneo de bardos, un espectáculo de cómicos, así como muchos festines y diversiones. Lord Whent era tan rico como generoso. Los espléndidos premios que anunció atrajeron a cientos de participantes. Hasta vuestro señor padre fue a Harrenhal, y eso que no había salido en muchos años de la Fortaleza Roja. Los más grandes señores y los campeones más fuertes de los Siete Reinos cabalgaron en aquel torneo, y el príncipe de Rocadragón los venció a todos.

—¡Pero ése fue el torneo en el que coronó reina del amor y la belleza a Lyanna Stark! —exclamó Dany—. La princesa Elia estaba

presente, era su esposa, pero mi hermano entregó la corona a la Stark y luego se la arrebató a su desposado. ¿Cómo pudo hacer semejante cosa? ¿Es que la dorniana lo trataba muy mal?

—No me corresponde a mí decir qué había en el corazón de vuestro hermano, Alteza. La princesa Elia era una dama buena y gentil, aunque siempre estaba delicada de salud.

—Un día Viserys me dijo que había sido culpa mía —dijo Dany arrebujiándose todavía más en la piel de león—, porque nació demasiado tarde. —Lo había negado de todo corazón, aún lo recordaba bien, hasta había llegado a decirle a Viserys que la culpa había sido suya por no nacer chica. El precio de tamaña insolencia fue una paliza terrible—. Me dijo que, si hubiera nacido cuando debía, Rhaegar se habría casado conmigo y no con Elia, y las cosas habrían sido diferentes. Si Rhaegar hubiera sido feliz con su esposa no habría buscado a la Stark.

—Es posible, Alteza. —Barbablanca hizo una pausa—. Pero no estoy seguro de que en la naturaleza de Rhaegar cupiera ser feliz.

—Lo describís como un amargado —protestó Dany.

—No, amargado no es la palabra. Tal vez... melancólico. Una nube de melancolía perseguía al príncipe Rhaegar, como una sensación de... —El anciano titubeó de nuevo.

—Hablad —lo apremió ella—. ¿Una sensación de qué?

—Tal vez de predestinación. Una predestinación funesta. Nació con dolor, mi reina, y todos los días de su vida pendió una sombra sobre él.

Viserys sólo le había hablado en una ocasión del nacimiento de Rhaegar. Tal vez lo entristecía hablar de eso.

—Lo que lo perseguía era la sombra del Refugio Estival, ¿verdad?

—Sí. Y pese a ello, era el lugar que más amaba el príncipe. Iba allí de cuando en cuando, con su arpa como toda compañía. Ni siquiera lo acompañaban los Caballeros de la Guardia Real. Le gustaba dormir en las ruinas de la sala principal, bajo la luna y las estrellas, y al regresar siempre traía una canción. Cuando uno le oía tocar el arpa de cuerdas

de plata y cantar sobre ocasos, lágrimas y la muerte de reyes, tenía la sensación de que cantaba sobre sí mismo y sobre sus seres queridos.

—Y el Usurpador, ¿qué? ¿También cantaba canciones tristes?

—¿Robert? —Arstan soltó una risita—. A Robert le gustaban las canciones que lo hacían reír, cuanto más indecentes mejor. Sólo cantaba cuando estaba borracho, y eran canciones como «Un barril de cerveza», «Cincuenta toneles» o «El oso y la doncella». Robert era muy...

Los dragones alzaron las cabezas y rugieron al unísono.

—¡Son caballos!

Dany se puso en pie de un salto y se aferró a la piel de león. Oyó fuera la voz de Belwas el Fuerte que gritaba algo y más voces con el sonido de muchos caballos.

—Irri, ve a ver quién...

La cortina de la tienda se abrió y entró Ser Jorah Mormont. Estaba cubierto de polvo y salpicaduras de sangre, pero no había resultado herido. El caballero exiliado hincó una rodilla en tierra delante de Dany.

—Alteza, os traigo la victoria. Los Cuervos de Tormenta cambiaron de capa, los esclavos se dispersaron y los Segundos Hijos estaban demasiado borrachos para luchar, tal como vos dijisteis. Doscientos muertos, en su mayoría yunkai'i. Los esclavos tiraron las lanzas y huyeron y los mercenarios se rindieron. Hemos tomado varios miles de prisioneros.

—¿Y nuestras pérdidas?

—Una docena o menos.

Sólo entonces se permitió Dany una sonrisa.

—Levantaos, mi valiente oso. ¿Ha caído prisionero Grazdan? ¿O el Bastardo del Titán?

—Grazdan ha ido a Yunkai a transmitir vuestras condiciones. — Ser Jorah se puso en pie—. Mero huyó en cuanto se dio cuenta de que

los Cuervos de Tormenta habían cambiado de capa. He enviado a varios hombres en su búsqueda, no se nos escapará.

—Muy bien —dijo Dany—. Perdonad a cualquiera que me jure fidelidad, ya sea mercenario o esclavo. Si se nos unen suficientes Segundos Hijos, conservad intacta la compañía.

Al día siguiente recorrieron las tres últimas leguas que los separaban de Yunkai. La ciudad era de adoquines amarillos, en vez de rojos; por lo demás, parecía una copia de Astapor, con los mismos muros a punto de desmoronarse, las mismas pirámides escalonadas y una arpía enorme sobre las puertas. La muralla y las torres estaban plagadas de hombres con hondas y ballestas. Ser Jorah y Gusano Gris desplegaron a sus hombres, Irri y Jhiqui levantaron la tienda, y Dany se sentó dentro a esperar.

La mañana del tercer día se abrieron las puertas de la ciudad, y empezó a salir una larga hilera de esclavos. Dany montó a lomos de la plata para recibirlos. Mientras pasaban, la pequeña Missandei les iba diciendo que debían su libertad a Daenerys de la Tormenta, la que no arde, Reina de los Siete Reinos de Poniente y Madre de Dragones.

—*Mhysa!* —le gritó un hombre de piel oscura.

Llevaba a una niña en brazos, una chiquitina que empezó a gritar la misma palabra con su vocecita aguda.

—*Mhysa! Mhysa!*

—¿Qué están gritando? —preguntó Dany a Missandei.

—Hablan en ghiscari, la antigua lengua pura. Lo que dicen significa «madre».

Dany sintió mariposas en el pecho. «Jamás daré a luz un hijo vivo», recordó. Le temblaba la mano cuando la alzó. Puede que sonriera. Debió de sonreír, porque el hombre sonrió a su vez.

—*Mhysa!* —volvió a gritar.

—*Mhysa!* —exclamaban otros, uniéndose al grito—. *Mhysa!*

Todos sonreían, estiraban los brazos para tocarla, se arrodillaban ante ella. «*Maela*» la llamaban algunos, y otros gritaban «*Aelalla*», «*Qathei*» o «*Tato*», pero en todos los idiomas significaba lo mismo.

«Madre. Me están llamando Madre.»

El cántico se elevó, creció y se extendió. Llegó a ser tan alto que asustó a su caballo, la yegua retrocedió, sacudió la cabeza y agitó la cola gris plateada. Llegó a ser tan alto que pareció que estremecía las murallas amarillas de Yunkai. Los esclavos seguían saliendo por las puertas y se iban uniendo al coro. Corrían todos hacia ella, se empujaban, tropezaban, querían tocarle la mano, acariciar las crines de la yegua, besarle los pies... Sus pobres jinetes de sangre no podían mantenerlos a todos a distancia y hasta Belwas el Fuerte gruñía impotente.

Ser Jorah le suplicó que se retirase, pero Dany recordó un sueño que había tenido en la Casa de los Eternos.

—No me harán daño —le dijo—. Son mis hijos, Jorah.

Se echó a reír, clavó los talones en los flancos del caballo y cabalgó hacia ellos, las campanillas de su pelo tintineaban con el sonido dulce de la victoria. Primero al trote, luego más deprisa, luego a galope tendido, con la trenza al viento tras ella. Los esclavos liberados le abrían paso.

—¡Madre! —le gritaban cien gargantas, mil gargantas, diez mil—. ¡Madre! —entonaban al tiempo que le intentaban acariciar las piernas al pasar—. ¡Madre! ¡Madre! ¡Madre!

ARYA

Cuando Arya divisó la forma, dorada bajo los rayos del sol del atardecer, de la gran colina que se alzaba en la distancia, supo al instante que habían vuelto a Alto Corazón.

Llegaron a la cima antes del anochecer y acamparon en un lugar seguro. Arya recorrió el círculo de tocones de arciano con Ned, el escudero de Lord Beric; se subieron a uno y contemplaron cómo los últimos rayos de luz se desvanecían por el oeste. Desde allí se veía una tormenta que estaba descargando por el norte, pero Alto Corazón estaba por encima de las nubes de lluvia. En cambio no estaba por encima del viento; las ráfagas soplaban tan fuertes que sentía como si hubiera alguien a su espalda tironeándole de la capa. Pero, cuando se daba la vuelta, no había nadie.

«Fantasmas —recordó—. Alto Corazón es un lugar encantado.»

En la cima de la colina habían encendido una gran hoguera; Thoros de Myr estaba sentado ante ella con las piernas cruzadas y escudriñaba las llamas como si no existiera nada más en el mundo.

—¿Qué hace? —preguntó Arya a Ned.

—A veces, cuando mira las llamas, ve cosas —le respondió el escudero—. El pasado, el futuro, cosas que están pasando muy lejos...

Arya entrecerró los ojos y clavó la mirada en el fuego para intentar ver lo mismo que el sacerdote rojo, pero sólo consiguió que le lagrimearan y tuvo que apartar la vista. Gendry también estaba mirando al sacerdote rojo.

—¿De verdad puedes ver el futuro ahí? —le preguntó de repente.

—Aquí no. —Thoros se apartó del fuego con un suspiro—. Al menos hoy. Pero hay días en que sí, en que el Señor de la Luz me otorga visiones.

—Mi maestro decía que eras un borracho —dijo Gendry, que no parecía muy convencido—, un farsante y el peor sacerdote que ha habido jamás.

—Qué cruel. —Thoros rió entre dientes—. Cierto, pero cruel. ¿Quién era tu maestro? ¿Te conozco de antes, muchacho?

—Yo era el aprendiz del maestro armero de Tobho Mott, en la calle del Acero. Siempre le comprabas espadas.

—Es verdad. Me cobraba el doble de lo que valían y me echaba la bronca por prenderles fuego. —Thoros se echó a reír—. Tu maestro tenía razón, no era un buen sacerdote. Fui el menor de ocho hijos, de manera que mi padre me entregó al Templo Rojo, pero no era el camino que habría elegido yo. Recité las oraciones y pronuncié los hechizos, pero también organicé incursiones a las cocinas y más de una vez me encontraron con una chica en la cama. Qué niñas tan malas, yo no tenía ni idea de cómo se habían metido entre mis sábanas.

»Aunque tenía talento para los idiomas y cuando miraba las llamas... Bueno, a veces veía algo. Pero causaba más problemas que otra cosa, así que al final me mandaron a Desembarco del Rey para llevar la luz del Señor a un Poniente que adoraba a los Siete. Al rey Aerys le gustaba tanto el fuego que se pensó que podría convertirlo. Por desgracia, sus piromantes se sabían mejores trucos que yo.

»En cambio, el rey Robert me cogió cariño. La primera vez que participé en un combate con una espada en llamas, el caballo de Kevan Lannister se encabritó y lo tiró al suelo, y Su Alteza se rió tanto que pensé que se iba a herniar. —El recuerdo hizo sonreír al sacerdote rojo—. Pero tu maestro también tenía razón en eso, no es manera de tratar una espada.

—El fuego consume. —Lord Beric estaba tras ellos y algo en su voz hizo callar a Thoros al instante—. Consume y cuando termina no queda nada. ¡Nada!

—Beric, amigo mío. —El sacerdote tocó el brazo del señor del relámpago—. ¿Qué estás diciendo?

—Nada que no haya dicho antes. ¿Seis veces, Thoros? Seis veces son demasiadas. —Se dio la vuelta bruscamente.

Aquella noche el viento aulló casi como un lobo, y había lobos de verdad hacia el oeste que parecían darle lecciones. Los turnos de guardia correspondieron a Notch, a Anguy y a Merrit de Aldealuna. Ned, Gendry y la mayor parte de los otros dormían profundamente cuando Arya divisó una forma clara y menuda que se movía por detrás de los caballos, con el fino cabello blanco al viento, apoyada en un bastón nudoso. Aquella mujer no mediría ni un metro. La luz de la hoguera hacía que le brillaran unos ojos tan rojos como los del lobo de Jon.

«Que también era un fantasma.» Arya se acercó con sigilo y se arrodilló para mirar.

Thoros y Lim acompañaban a Lord Beric cuando la enana se sentó junto a la hoguera sin que la invitaran. Los miró con aquellos ojos como carbones encendidos.

—La Brasa y el Limón vuelven a honrarme con su visita, igual que Su Alteza, el Señor de los Cadáveres.

—Ese nombre es como un mal presagio. Os he pedido que no me llaméis así.

—Sí, es verdad. Peroapestáis a muerte reciente, mi señor. —No le quedaba más que un diente en la boca—. Dadme vino o me marchó. Tengo los huesos viejos y me duelen las articulaciones cuando sopla el viento, y aquí arriba siempre sopla el viento.

—Un venado de plata por vuestros sueños, mi señora —dijo Lord Beric con solemne cortesía—. Y otro más si tenéis noticias para nosotros.

—Un venado de plata no se come ni se puede montar. Un odre de vino por mis sueños, y por mis noticias un beso del idiota grandote de la capa amarilla. —La mujercita soltó una carcajada como un cacareo—. Eso, un beso en la boca, con lengua. Hace mucho tiempo del último, demasiado. Su boca debe de saber a limones, y la mía, a huesos. Soy demasiado vieja.

—Es verdad —se quejó Lim—. Demasiado vieja para vino y besos. Lo único que te voy a dar es un espaldarazo, bruja.

—El pelo se me cae a puñados, y hace mil años que nadie me da un beso. Es duro ser tan vieja. Bueno, pues entonces una canción. Una canción de Tom Siete a cambio de las noticias.

—Tom te cantará lo que quieras —le prometió Lord Beric.

Él mismo le dio el odre de vino. La enana bebió un largo trago; el vino le corría por la barbilla. Cuando bajó el odre, se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Vino agrio para noticias agrias, sin duda muy apropiado. El rey ha muerto, ¿qué os parece?

A Arya se le paró un instante el corazón.

—¡El rey, como si hubiera pocos! ¿A qué rey te refieres, bruja? —preguntó Lim sin miramientos.

—El mojado. El rey kraken, mis señores. Soñé que moría y murió, y ahora los pulpos de hierro se enfrentan unos a otros. Ah, y Lord Hoster Tully también ha muerto, pero eso ya lo sabíais, ¿verdad? En la sala de los reyes, la Cabra se sienta en solitario, febril, mientras sobre él se cierne la sombra del gran perro. —La anciana bebió otro largo trago de vino, apretando el odre al tiempo que se lo llevaba a los labios.

«El gran perro.» ¿Se referiría al Perro? ¿O tal vez a su hermano, la Montaña que Cabalga? Arya no estaba segura. Los dos lucían el mismo emblema, tres perros negros sobre campo amarillo. La mitad de los hombres por cuya muerte rezaba eran leales a Ser Gregor Clegane: Polliver, Dunsen, Raff el Dulce, el Cosquillas y, claro, el propio Ser Gregor. «A lo mejor Lord Beric los ahorca a todos.»

—Soñé con un lobo que aullaba bajo la lluvia —decía la enana—, pero nadie oía su dolor. Soñé con un clamor tal que pensé que la cabeza me estallaría, tambores, cuernos, gaitas y gritos, pero el sonido más triste era el de las campanillas. Soñé con una doncella en un banquete, con serpientes púrpura en los cabellos y veneno en los colmillos. Y más tarde volví a soñar con esa doncella, que mataba a

un cruel gigante en un castillo hecho de nieve. —Giró la cabeza de repente y sonrió en la penumbra con los ojos clavados en Arya—. De mí no te puedes esconder, chiquilla. Ven, acércate.

Arya sintió como si unos dedos gélidos le recorrieran el cuello. «El miedo hiere más que las espadas», se recordó. Se levantó y se aproximó al fuego con cautela, caminaba sobre la mitad delantera del pie, presta a huir.

—Te veo —susurró la enana escrutándola con los ojos rojos y nublados—. Te veo, niña lobo. Niña de sangre. Creía que era el señor el que olía a muerte... —Empezó a llorar con sollozos que estremecían su menudo cuerpo—. Es muy cruel que hayas venido a mi colina, muy cruel. Ya me ahogué con el dolor de Refugio Estival, no quiero además el tuyo. Vete de aquí, corazón oscuro. ¡Vete!

Su voz estaba tan cargada de miedo que Arya dio un paso atrás y se empezó a preguntar si aquella mujer no estaría loca.

—No asustéis a la niña —protestó Thoros—. No le hace mal a nadie.

—Yo no estaría tan seguro —dijo Lim Capa de Limón señalándose la nariz rota con un dedo.

—Se irá mañana con nosotros —tranquilizó Lord Beric a la mujercita—. Vamos a llevarla a Aguasdulces con su madre.

—No —dijo la enana—. No será así. Ahora el pez negro es dueño de los ríos. Si a la madre buscáis, id a Los Gemelos. Porque va a haber una boda. —Volvió a soltar aquella risa cacareante—. Mirad en vuestros fuegos y lo veréis, sacerdote rosa. Pero que no sea ahora ni aquí, aquí no podéis ver nada. Este lugar aún pertenece a los viejos dioses... Se aferran a él como yo, encogidos y débiles, pero todavía no han muerto. Y no les gustan las llamas. Porque el roble recuerda la bellota, la bellota sueña al roble, el tocón vive en ambos. Y recuerdan el momento en que llegaron los primeros hombres con fuego en sus puños. —Se bebió lo que quedaba del vino de cuatro largos tragos, tiró el odre a un lado y señaló a Lord Beric con el bastón—. Ahora mi pago. Quiero la canción que me prometisteis.

De modo que Lim fue a despertar a Tom Sietecuerdas que dormía entre sus pieles y lo llevó entre bostezos junto al fuego con la lira en la mano.

—¿La misma canción de siempre? —preguntó.

—Sí, claro. Mi canción de Jenny. ¿Es que existe otra?

De manera que Tom cantó, y la enana cerró los ojos y se meció adelante y atrás al tiempo que murmuraba la letra y las lágrimas le corrían por las mejillas. Thoros cogió a Arya de la mano con firmeza y se la llevó de allí.

—Deja que saboree en paz su canción —le dijo—. Es lo único que le queda.

«Pero si no le iba a hacer daño», pensó Arya.

—¿Qué ha dicho de Los Gemelos? Mi madre está en Aguasdulces, ¿no?

—Al menos allí estaba. —El sacerdote rojo se rascó debajo de la barbilla—. Ha hablado de una boda. Ya veremos. Pero, esté donde esté, Lord Beric la encontrará.

Poco después el cielo estalló. Los relámpagos lo rasgaban, los truenos retumbaban en las colinas y la lluvia caía en tal abundancia que apenas si permitía ver. La mujer enana desapareció tan repentinamente como había llegado mientras los bandidos juntaban ramas para hacer refugios rudimentarios.

Llovió toda la noche, y por la mañana Ned, Lim y Watty el Molinero se levantaron resfriados. Watty no fue capaz de retener el desayuno en el estómago, y el joven Ned estaba alternativamente ardiendo de fiebre y temblando con la piel fría y pegajosa. Notch comentó a Lord Beric que había un pueblo abandonado a medio día a caballo hacia el norte, que allí tendrían un refugio mejor y podrían aguardar a que pasara lo peor de la tormenta. De manera que montaron como pudieron y espolearon a sus caballos ladera abajo.

La lluvia no cesaba. Cabalgaron por bosques y prados, y vadearon arroyos crecidos cuyas aguas turbulentas llegaban hasta las barrigas de los caballos. Arya se cubrió la cabeza con la capucha de la capa y

encogió los hombros, empapada y tiritando, pero decidida a no flaquear. Merrit y Mudge no tardaron en empezar a toser tanto como Watty, y el pobre Ned estaba peor con cada legua que recorrían.

—Si me pongo el yelmo, la lluvia repiquetea contra el acero y me da dolor de cabeza —se quejó—. Pero si me lo quito, se me empapa el pelo y se me pega a la cara y a la boca.

—¿No tienes un cuchillo? —le sugirió Gendry—. Si tanto te molesta el pelo afeitarte la cabeza, idiota.

«No le gusta Ned.» A Arya le caía bien el escudero; era un poco tímido, pero parecía buen muchacho. Siempre había oído decir que los dornienses eran menudos y atezados, de pelo negro y ojos pequeños y oscuros, pero Ned tenía los ojos muy grandes y de un azul tan intenso que era casi violeta. Además, su cabello era rubio claro, más semejante a la ceniza que a la miel.

—¿Cuánto hace que eres escudero de Lord Beric? —preguntó para dejar de pensar en sus penas.

—Me tomó a su servicio como paje cuando se desposó con mi tía. —Se interrumpió con un ataque de tos—. Entonces tenía siete años, pero cuando cumplí los diez me ascendió a escudero. Una vez gané un premio ensartando aros.

—Yo no sé manejar la lanza —dijo Arya—, pero con la espada te podría ganar. ¿Has matado a alguien?

—Si sólo tengo doce —respondió el muchachito, sobresaltado.

«Yo maté a un chico cuando tenía ocho», estuvo a punto de decir Arya. Pero se lo pensó mejor.

—Como has tomado parte en batallas...

—Sí. —No parecía muy orgulloso de ello—. Estuve en el Vado del Titiritero. Cuando Lord Beric cayó al río, lo arrastré hasta la orilla para que no se ahogara y lo defendí con mi espada. Pero no tuve que pelear. Tenía una lanza rota clavada en el pecho, así que nadie nos fue a molestar. Cuando nos reagrupamos, Gergen el Verde cargó a su señoría a lomos de un caballo.

Arya se estaba acordando del mozo de cuadras en Desembarco del Rey. Después de él, hubo el guardia al que le cortó la garganta en Harrenhal, y los hombres de Ser Amory junto a aquel lago. No sabía si Weese y Chiswyck contaban, ni los que habían muerto por la sopa de comadreja... De repente sintió una tristeza infinita.

—Mi padre también se llamaba Ned —le dijo.

—Ya lo sé. Lo vi en el torneo de la Mano. Me habría gustado subir a hablar con él, pero no se me ocurría qué decirle. —Ned se estremeció bajo la capa, un trapo empapado color púrpura claro—. ¿Tú estuviste en el torneo? A la que vi fue a tu hermana. Ser Loras Tyrell le regaló una rosa.

—Ya me lo dijo. —Tenía la sensación de que todo había sucedido hacía muchísimo tiempo—. Su amiga Jeyne Poole se enamoró de vuestro Lord Beric.

—Estaba prometido a mi tía —tartamudeó Ned, incómodo—. Pero claro, eso era antes. Antes de que...

«¿Antes de que muriera?», pensó al ver que Ned no terminaba la frase y caía en un silencio incómodo. Los cascos de sus caballos sonaban como ventosas cada vez que se despegaban del barro.

—Mi señora... —dijo Ned por fin—. ¿Y tu hermano ilegítimo... Jon Nieve?

—Está en el Muro, con la Guardia de la Noche. —«A lo mejor eso es lo que tendría que hacer, ir al Muro y no a Aguasdulces. A Jon no le importaría si he matado a alguien ni si me cepillo el pelo o no»—. Jon se parece mucho a mí, aunque sea bastardo. Siempre me revolvía el pelo y me llamaba «hermanita». —Jon era a quien más echaba de menos. Sólo con decir su nombre se ponía triste—. ¿De qué conoces a Jon?

—Es mi hermano de leche.

—¿Tu hermano? —Arya no entendía nada—. Pero si tú eres de Dorne, ¿cómo puedes ser de la misma sangre que Jon?

—Somos hermanos de leche, no de sangre. Cuando era pequeño mi señora madre no tenía leche, así que Wylla tuvo que amamantarme.

—¿Quién es Wylla? —Arya seguía sin entender.

—La madre de Jon Nieve. ¿No te lo contó nunca? Fue criada nuestra durante muchísimos años. Desde antes de que naciera yo.

—Jon no conoció a su madre; tampoco sabía cómo se llamaba. —Arya miró a Ned con desconfianza—. ¿La conoces de verdad? —«¿Se está burlando de mí?»—. Como sea mentira te arrearé un puñetazo en la nariz.

—Wylla fue mi ama de cría —insistió el muchacho con tono solemne—. Lo juro por el honor de mi Casa.

—¿Tienes una Casa? —Era una pregunta idiota; era escudero, claro que tenía una Casa—. ¿Quién eres?

—Mi señora... —Ned titubeó, avergonzado—. Soy Edric Dayne... Señor de Campoestrella.

Gendry, que iba tras ellos, soltó un gruñido.

—Señores y damas —bufó con tono asqueado. Arya agarró una manzana silvestre de una rama y se la tiró; le acertó en aquella cabezota de toro—. ¡Ay! Me has hecho daño —se quejó, frotándose la piel sobre el ojo—. ¿Las damas tiran manzanas a la gente?

—Sólo las malas —respondió Arya, que de repente se arrepentía de haberlo hecho. Se volvió hacia Ned—. Lo siento, no sabía quién eras. Mi señor.

—La culpa es mía, mi señora —respondió él, todo educación.

«Jon tiene madre. Wylla, se llama Wylla.» Tenía que acordarse para contárselo cuando lo volviera a ver. Se preguntaba si la seguiría llamando «hermanita». «No, porque ya no soy pequeña. Me tendrá que llamar otra cosa.» Tal vez cuando estuviera en Aguasdulces le podría escribir una carta para decirle lo que le había contado Ned Dayne.

—Había también un tal Arthur Dayne —recordó—. Lo llamaban Espada del Amanecer.

—Mi padre era el hermano mayor de Ser Arthur. Lady Ashara era mi tía, pero no la llegué a conocer. Se tiró al mar desde lo más alto de la torre Espada de Piedrablanca antes de que yo naciera.

—¿Y por qué hizo semejante cosa? —se sobresaltó Arya.

Ned la miraba con cautela. A lo mejor tenía miedo de que le tirase una manzana.

—¿Tu señor padre nunca te habló de ella? —preguntó—. ¿De Lady Ashara Dayne, de Campoestrella?

—No. ¿La conocía?

—De antes de que Robert fuera rey. Mi tía conoció a tu padre y a sus hermanos en Harrenhal el año de la falsa primavera.

—Ah. —A Arya no se le ocurría qué decir—. Pero ¿por qué se tiró al mar?

—Tenía el corazón roto.

Sansa habría dejado escapar un suspiro y sin duda habría derramado una lágrima ante aquella muestra de amor, pero a Arya le parecía una idiotez. Pero claro, no se lo podía decir a Ned, era su tía.

—¿Quién se lo rompió?

—No sé si me corresponde a mí... —El muchacho titubeó.

—¡Dímelo!

—Mi tía Allyria dice que Lady Ashara y tu padre se enamoraron en Harrenhal... —Cuando la miró su incomodidad era evidente.

—No es verdad. Él quería a mi señora madre.

—Estoy seguro de que sí, mi señora, pero...

—La quería a ella y a nadie más.

—Entonces al bastardo se lo debió de traer la cigüeña —comentó Gendry detrás de ellos.

—Mi padre era un hombre de honor —le dijo Arya, furiosa; le habría gustado tener otra manzana para tirársela—. Además, no estamos hablando contigo. ¿Por qué no te vuelves a Sept de Piedra para tocarle las campanas a aquella idiota?

—Tu padre al menos crió a su bastardo —dijo Gendry como si no la hubiera oído—, no como el mío. Ni siquiera sé cómo se llamaba. Seguro que era cualquier borracho asqueroso, igual que los otros que mi madre conocía en la taberna y se llevaba a casa. Siempre que se enfadaba conmigo me decía, «si estuviera aquí tu padre menuda paliza te iba a dar». Es lo único que sé de él. —Escupió al suelo—. Si me lo pusieran delante a lo mejor la paliza se la daba yo. Pero supongo que estará muerto, y tu padre también está muerto, así que, ¿qué importa con quién se acostara?

A Arya le importaba, aunque no habría sabido decir por qué. Ned estaba intentando disculparse por haberla hecho enfadar, pero en aquel momento no quería escucharlo. Picó espuelas y los dejó atrás. Anguy el Arquero cabalgaba unos metros más adelante.

—Los dornienses son unos mentirosos, ¿verdad? —le preguntó cuando se puso a su altura.

—Esa fama tienen. —Sonrió—. Aunque claro, ellos dicen lo mismo de nosotros, los marqueños, así que a saber... ¿Qué ha pasado? Ned es un buen chico...

—Es un idiota y un mentiroso.

Arya se salió del camino, saltó un tronco caído medio podrido y cruzó un arroyo sin hacer caso de los gritos de los bandidos a su espalda.

«Lo único que quieren es contarme más mentiras.» Se le pasó por la cabeza la idea de intentar escapar, pero eran demasiados y conocían bien aquellas tierras. ¿Para qué huir si luego la atrapaban?

Al final fue Harwin quien salió en pos de ella.

—¿Qué crees que haces, mi señora? No se te ocurra escapar. En estos bosques hay lobos y cosas aún peores.

—No tengo miedo —replicó—. Ese chico, Ned, me ha dicho...

—Sí, ya me lo ha contado. Lo de Lady Ashara. Es una historia muy vieja. Una vez la oí en Invernalía cuando tendría la misma edad que tienes tú ahora. —Agarró con firmeza las riendas de su caballo y lo obligó a dar la vuelta—. Dudo mucho que sea verdad, pero aunque

lo fuera, ¿qué más da? Cuando Ned conoció a aquella dama dorniense, su hermano Brandon aún vivía y era él quien estaba prometido a Lady Catelyn, de manera que no habría sido ninguna deshonra para tu padre. No hay nada como un torneo para encender la sangre, así que es posible que por la noche se intercambiaran unas palabritas en una tienda, ¿quién sabe? Y donde digo palabras pudieron ser besos o algo más, ¿qué tiene de malo? Había llegado la primavera, o eso creían, y ninguno de los dos estaba comprometido.

—Pero luego ella se mató —dijo Arya, insegura—. Ned dice que saltó de una torre al mar.

—Es verdad —reconoció Harwin mientras la acompañaba de vuelta con el grupo—, pero yo diría que fue por la pena. Había perdido a su hermano, la Espada del Amanecer. —Sacudió la cabeza—. No le des más vueltas, mi señora. Todas esas personas ya han muerto. No le des más vueltas... y por favor, no le digas nada de esto a tu madre cuando lleguemos a Aguasdulces.

Encontraron la aldea donde Notch les había dicho que estaría, y se refugiaron en un gran establo de piedra gris. Sólo conservaba la mitad del tejado... pero eso era medio tejado más que el resto de los edificios del pueblo.

«No es un pueblo, sólo es un montón de piedras negras y huesos viejos.»

—¿Fueron los Lannister quienes mataron a los que vivían aquí? —preguntó Arya mientras ayudaba a Anguy a secar los caballos.

—No. —Hizo un gesto en dirección a las piedras—. Mira la capa de musgo, es muy gruesa. Hace mucho que nadie la toca. Y en aquella pared de allí crece un árbol, ¿no lo has visto? Este lugar lo incendiaron hace años.

—Pero ¿quién fue? —quiso saber Gendry.

—Hoster Tully. —Notch era un hombre delgado y encorvado, con el pelo canoso, que había nacido en aquella zona—. Este pueblo era de Lord Goodbrook. Cuando Aguasdulces se alió con Robert, Goodbrook permaneció leal al rey, así que Lord Tully vino, arrasó la aldea y pasó

a los habitantes por la espada. Después del Tridente, el hijo de Goodbrook firmó la paz con Robert y con Lord Hoster. De mucho les sirvió a los muertos...

Se hizo el silencio. Gendry miró a Arya con una expresión extraña en los ojos y se fue a cepillar a su caballo. En el exterior seguía lloviendo sin cesar.

—Nos hace falta una hoguera —declaró Thoros—. La noche es oscura y alberga cosas aterradoras. Y húmeda, ¿eh? De lo más húmeda.

Jack-con-Suerte cogió madera seca de uno de los pesebres mientras Notch y Merrit reunieron paja para la incendaja. El propio Thoros se encargó de hacer saltar la chispa, y Lim abanicó las llamas con la gran capa amarilla hasta que crepitaron y rugieron. La temperatura subió y pronto incluso se estaba caliente en el interior del establo. Thoros se sentó ante la hoguera con las piernas cruzadas y escudriñó las llamas igual que había hecho en la cima de Alto Corazón. Arya lo observó con atención, en un momento dado le vio mover los labios y le pareció que susurraba «Aguasdulces». Lim paseaba de un lado a otro entre toses, la larga sombra que proyectaba imitaba cada una de sus zancadas, mientras que Tom Siete se quitaba las botas y se frotaba los pies.

—Es una locura que vuelva a Aguasdulces —se quejó el bardo—. Los Tully no le han dado nunca buena suerte al pobre Tom. Fue la tal Lysa la que me envió por el camino alto, donde los hombres de la luna me quitaron el oro, el caballo y por si fuera poco la ropa. Hay caballeros del valle que todavía cuentan cómo llegué a la Puerta de la Sangre con sólo la lira para que no se me vieran las vergüenzas. Me obligaron a cantar «El niño del día del nombre» y «El rey cobarde» antes de dejarme pasar. Mi único consuelo es que tres de ellos murieron de la risa. Desde entonces no he vuelto a poner el pie en el Nido de Águilas, y no cantaría «El rey cobarde» ni por todo el oro de Roca Casterly...

—Los Lannister —dijo Thoros—. Un rugido rojo y dorado.

Se puso en pie y fue hacia donde estaba Lord Beric. Lim y Tom se reunieron con ellos enseguida. Arya no alcanzaba a oír qué decían, pero el bardo no dejaba de echar miradas en su dirección, y en un momento dado Lim se enfadó tanto que dio un puñetazo contra la pared. Fue entonces cuando Lord Beric le hizo una señal para que se acercara. Era lo que menos quería en el mundo, pero Harwin le puso la mano en la espalda y le dio un empujoncito hacia delante. Avanzó dos pasos y se detuvo titubeante, temerosa.

—Mi señor. —Aguardó a la espera de lo que le quisiera decir Lord Beric.

—Cuéntaselo —ordenó el señor del relámpago a Thoros.

—Mi señora —empezó el sacerdote rojo acucillándose junto a ella—, el Señor me ha concedido una visión de Aguasdulces. Parecía una isla en un mar de fuego. Las llamas eran leones que saltaban, con largas garras color escarlata. ¡Y cómo rugían! Un mar de hombres de los Lannister, mi señora. No tardarán en atacar Aguasdulces.

—¡No! —Arya se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—Las llamas no mienten, pequeña —dijo Thoros—. A veces las entiendo mal porque soy un imbécil y estoy ciego. Pero no es el caso. Los Lannister van a empezar un asedio contra Aguasdulces.

—Robb los derrotará —dijo Arya, testaruda—. Les ganará la batalla, siempre gana.

—Puede que tu hermano ya no esté —dijo Thoros—. Y tu madre tampoco. No los he visto en las llamas. Esa boda que la anciana mencionó, una boda en Los Gemelos... Esa mujer sabe muchas cosas. Los arcianos le susurran al oído mientras duerme. Si dice que tu madre se ha ido a Los Gemelos...

—Si no me hubierais cogido ya estaría allí —les reprochó Arya volviéndose hacia Tom y Lim—. Ya estaría en casa.

—Mi señora —dijo con cansada cortesía Lord Beric sin hacer caso del exabrupto—, ¿conocerías de vista al hermano de tu abuelo? ¿A Ser Brynden Tully, apodado Pez Negro? ¿O te conocería él a ti?

Arya sacudió la cabeza con gesto triste. A menudo había oído hablar a su madre de Ser Brynden Pez Negro, pero si lo había llegado a conocer en persona era demasiado pequeña para recordarlo.

—Dudo mucho que el Pez Negro pague bien por una niña que no sabe quién es —dijo Tom—. Esos Tully son gente desconfiada, pensarán que les intentamos vender mercancía falsa.

—Los convenceremos —se empecinó Lim Capa de Limón—. Los puede convencer ella o Harwin. Aguasdulces está más cerca. Yo voto por que la llevemos allí, cojamos el oro y acabemos con este asunto de una puñetera vez.

—¿Y si los leones nos atrapan dentro del castillo? —preguntó Tom—. Nada les gustaría más que colgar a su señoría de una jaula en lo más alto de Roca Casterly.

—No tengo la menor intención de dejarme atrapar —dijo Lord Beric. La última palabra no la pronunció, pero todos la entendieron. «Vivo». Todos la oyeron, incluso Arya, aunque no llegó a salir de sus labios—. Pero preferiría no meterme allí a ciegas. Quiero saber dónde están los ejércitos, tanto los lobos como los leones. Shama tendrá alguna noticia, y el maestro de Lord Vance aún más. El Torreón Bellota no está lejos. Lady Smallwood nos dará cobijo mientras enviamos exploradores y esperamos su regreso...

Aquellas palabras le resonaron en los oídos como golpes en un tambor. De repente, ya no podía soportarlo más. Quería ir a Aguasdulces, no al Torreón Bellota; quería ir con su madre y con su hermano Robb, no con Lady Smallwood ni con un tío al que no conocía de nada. Se dio media vuelta y salió corriendo hacia la puerta y, cuando Harwin trató de agarrarla por el brazo, lo esquivó rápida como una serpiente.

Fuera de los establos la lluvia seguía cayendo, y un relámpago lejano iluminó el cielo hacia el oeste. Arya corrió tan deprisa como pudo. No sabía adónde iba, sólo sabía que quería estar sola, lejos de todas las voces, lejos de sus palabras vanas y sus promesas rotas.

«Yo sólo quería ir a Aguasdulces. —Era culpa suya por haberse llevado a Gendry y a Pastel Caliente cuando huyó de Harrenhal. De estar sola le habría ido mejor. Si hubiera estado sola los bandidos no la habrían atrapado, y a aquellas alturas ya estaría con Robb y con su madre—. No eran mi manada, nunca fueron mi manada. Si lo hubieran sido no me habrían abandonado. —Los pies le chapotearon en un charco de agua embarrada. Alguien la llamaba a gritos, seguramente Harwin o Gendry, pero el trueno acallaba sus voces al retumbar contra las colinas, un instante por detrás del relámpago—. El señor del relámpago —pensó, furiosa—. Tal vez no pueda morir, pero mentir se le da de maravilla.»

A su izquierda, un caballo relinchó. Arya no se habría alejado más de cincuenta metros de los establos, pero ya estaba empapada hasta los huesos. Dobló la esquina de una de las casas derruidas con la esperanza de que las paredes cubiertas de musgo la refugiaran de la lluvia, y casi chocó de bruces contra uno de los centinelas. Una mano enfundada en un guantelete se le cerró en torno al brazo.

—¡Me estás haciendo daño! —gritó al tiempo que se retorció—. Suéltame, iba a volver, iba a...

—¿A volver? —La risa de Sandor Clegane era como el arañazo del hierro contra la piedra—. Y una mierda, niña lobo. Eres mía.

No le costó nada izarla por los aires y llevarla hasta su caballo. La lluvia fría los azotó y ahogó sus gritos, y Arya sólo podía pensar en la pregunta que le había hecho aquel hombre.

«¿No sabes qué le hacen los perros a los lobos?»

JAIME

Aunque la fiebre persistente no lo abandonaba, el muñón se le estaba curando bien, y según Qyburn el brazo ya no corría peligro. Jaime estaba ansioso por dejar atrás Harrenhal, a los Titiriteros Sangrientos y a Brienne de Tarth. Una mujer de verdad lo esperaba en la Fortaleza Roja.

—Voy a enviar a Qyburn con vos para que os cuide durante el camino hasta Desembarco del Rey —le dijo Roose Bolton la mañana de su partida—. Acaricia la esperanza de que vuestro padre, como muestra de gratitud, obligue a la Ciudadela a devolverle la cadena.

—Todos acariciamos esperanzas. Si consigue que me salga una mano, mi padre lo nombrará Gran Maestre.

Walton Patas de Acero iba al mando de la escolta de Jaime. Era franco, brusco, brutal... en el fondo, un simple soldado. Jaime había cabalgado toda su vida con aquel tipo de hombres. Los que eran como Walton podían matar por orden de su señor, podían violar cuando la sangre les hervía después de la batalla y podían saquear si se presentaba la ocasión, pero cuando terminaba la guerra regresaban a sus hogares, cambiaban las lanzas por azadas, se casaban con las hijas de sus vecinos y criaban camadas de niños berreantes. Eran hombres que obedecían sin preguntar, pero en cuya naturaleza no estaba la crueldad despiadada de los Compañeros Audaces.

Los dos grupos salieron de Harrenhal la misma mañana, bajo un frío cielo gris que auguraba lluvia. Ser Aenys Frey había partido tres días antes hacia el noreste por el camino real. Bolton iba a seguir sus pasos.

—El Tridente baja muy crecido —le dijo a Jaime—. Nos va a costar cruzarlo hasta por el Vado Rubí. ¿Me haréis el favor de transmitir mis más respetuosos saludos a vuestro padre?

—Cómo no, siempre que transmitáis los míos a Robb Stark.

—Así lo haré.

Algunos de los Compañeros Audaces se habían congregado en el patio para verlos partir. Jaime trotó hacia donde estaban.

—Vaya, Zollo, qué amable por tu parte venir a despedirme. Y Pyg y Timeon. ¿Me vais a echar de menos? ¿No me cuentas un último chiste, Shagwell, para que me vaya riendo por el camino? Ah, hola, Rorge, ¿vienes a darme un beso de despedida?

—Vete a tomar por culo, tullido —bufó Rorge.

—Como quieras. Pero tranquilo, volveré. Un Lannister siempre paga sus deudas. —Jaime hizo girar al caballo y volvió a reunirse con Walton Patas de Acero y sus doscientos hombres.

Lord Bolton lo había equipado como a un caballero que se dirigiera a una batalla, haciendo caso omiso de la mano amputada que convertía la vestimenta en una parodia. Jaime cabalgaba con la espada y la daga colgadas del cinturón; y el escudo y el yelmo, de la silla. Llevaba la cota de mallas cubierta por un jubón color castaño oscuro. No era tan estúpido como para lucir el blasón del león de los Lannister en sus armas, ni tampoco el blanco al que tenía derecho como Hermano Juramentado de la Guardia Real. En la armería encontró un escudo viejo, abollado y astillado, cuya pintura saltada todavía permitía ver buena parte del gran murciélago negro de la Casa Lothston sobre un campo de plata y oro. Los Lothston habían sido dueños de Harrenhal antes que los Whent, en sus tiempos se trató de una familia poderosa, pero se había extinguido hacía siglos, de manera que ninguno se opondría a que luciera sus armas. No sería primo de nadie, ni enemigo de nadie, ni espada juramentada de nadie... En resumen, no sería nadie.

Salieron de Harrenhal por la pequeña puerta este y se despidieron de Roose Bolton y de su ejército unas leguas más adelante, cuando se desviaron hacia el sur para seguir durante un tiempo el camino del lago. Walton tenía intención de esquivar el camino real tanto como le fuera posible, prefería los senderos de los campesinos y del ganado que había en los alrededores del Ojo de Dioses.

—Por el camino real iríamos más deprisa. —Jaime estaba ansioso por volver con Cersei lo antes posible. Si se daban prisa, tal vez llegara a tiempo para la boda de Joffrey.

—No quiero problemas —replicó Patas de Acero—. Sólo los dioses saben con quién nos podríamos encontrar por el camino real.

—Con nadie de quien tengáis nada que temer. Contáis con doscientos hombres.

—Sí. Pero otros pueden contar con más. Mi señor me dijo que os llevara sano y salvo con vuestro señor padre, y eso es lo que pienso hacer.

«Yo he pasado ya por aquí», pensó Jaime pocos kilómetros más adelante, al pasar junto a un molino abandonado a la orilla del lago. Los hierbajos crecían allí donde la hija del molinero le había sonreído con timidez y donde el propio molinero le había gritado: «¡El torneo es por el otro camino, ser!».

«Como si yo no lo hubiera sabido.»

El rey Aerys montó un gran espectáculo con la investidura de Jaime. Pronunció los votos ante el pabellón del rey, arrodillado en la hierba verde, con su armadura blanca, ante los ojos de la mitad del reino. Cuando Ser Gerold Hightower lo ayudó a ponerse en pie y le colocó la capa blanca sobre los hombros, el rugido de la multitud fue tal que Jaime lo seguía recordando pese a los años transcurridos. Pero aquella misma noche Aerys se puso de mal humor y declaró que no necesitaba a los siete de la Guardia Real allí, en Harrenhal. A Jaime le ordenó regresar a Desembarco del Rey para guardar a la reina y al pequeño príncipe Viserys, que habían quedado allí. El Toro Blanco se ofreció a encargarse de aquella tarea para que Jaime pudiera quedarse y competir en el torneo de Lord Whent, pero Aerys se negó.

—Aquí no va a ganar gloria —había dicho el rey—. Ahora me pertenece a mí, no a Tywin. Me servirá como considere conveniente. Soy el rey. Yo mando y él obedece.

Fue entonces cuando Jaime empezó a comprender. No había ganado la capa blanca por su habilidad con la espada y con la lanza, ni

por las hazañas valerosas que había llevado a cabo contra la Hermandad del Bosque Real. Aerys lo había elegido para insultar a su padre, para arrebatárle el heredero a Lord Tywin.

Pese a los años transcurridos seguía recordando la amargura de aquel momento, mientras cabalgaba hacia el sur, con su nueva capa blanca, para guardar un castillo casi desierto. Casi había sido más de lo que podía soportar. De haber podido se habría arrancado la capa al instante, pero era demasiado tarde. Había pronunciado el juramento delante de medio reino, y un Guardia Real lo era de por vida.

—¿Os molesta la mano? —le preguntó Qyburn al ponerse a su altura.

—Me molesta la falta de mano.

Lo peor eran las mañanas. En sueños, Jaime estaba entero, y cada amanecer yacía aún medio dormido y sentía cómo movía los dedos. Todo fue una pesadilla, le decía una parte de su mente que seguía negándose a aceptarlo, nada más que una pesadilla. Pero, entonces, abría los ojos.

—Tengo entendido que ayer recibisteis una visita —dijo Qyburn—. Espero que disfrutais de ella.

—No me dijo quién la enviaba. —Jaime le lanzó una mirada gélida.

—Ya casi no teníais fiebre, y pensé que os apetecería un poco de ejercicio. —El maestro sonreía con modestia—. Pia es muy habilidosa, ¿no os parece? Y muy... dispuesta.

De eso no cabía duda. Se había colado en su habitación y despojado de la ropa tan deprisa que Jaime pensó que aún estaba soñando.

No se empezó a excitar hasta que la mujer no estuvo debajo de las mantas, le cogió la mano buena y se la puso sobre el pecho. Además, era muy atractiva.

—Yo era apenas una niña cuando acudisteis al torneo de Lord Whent y el rey os puso la capa —confesó—. Qué guapo estabais, todo de blanco, y la gente decía lo valiente que erais, caballero. A veces,

cuando estoy con un hombre, cierro los ojos para imaginarme que a quien tengo encima es a vos, con la piel tan suave y los rizos dorados. Pero jamás pensé que os tendría de verdad.

No le había resultado fácil echarla, pero Jaime lo había hecho, recordándose que ya tenía una mujer.

—¿Enviáis chicas a todo aquel a quien ponéis una sanguijuela? —preguntó a Qyburn.

—Suele ser Lord Vargo quien me las envía a mí. Quiere que las examine antes de... Bueno, baste decir que en cierta ocasión amó de manera temeraria, y no quiere que vuelva a suceder. Pero no temáis, Pia está muy sana. Al igual que vuestra doncella de Tarth.

—¿Brienne? —Jaime lo miró con dureza.

—Sí. Es una muchacha fuerte. Y tenía la virginidad aún intacta. Al menos hasta anoche —puntualizó Qyburn con una risita.

—¿Os envió a examinarla?

—Desde luego. Es muy... remilgado, por decirlo de alguna manera.

—¿Tiene algo que ver con su rescate? —preguntó Jaime—. ¿Ha exigido su padre pruebas de que sigue siendo doncella?

—¿No os habéis enterado? —Qyburn se encogió de hombros—. Recibimos un pájaro de Lord Selwyn en respuesta al que le había enviado yo. El Lucero de la Tarde ofrece trescientos dragones a cambio de que le devuelvan a su hija sana y salva. Ya le había dicho a Lord Vargo que en Tarth no había zafiros, pero no me cree. Está convencido de que el Lucero de la Tarde lo quiere engañar.

—Trescientos dragones es un rescate digno de un caballero. La Cabra debería aceptar.

—La Cabra es el señor de Harrenhal, y el señor de Harrenhal no regatea.

«Mi mentira te salvó durante un tiempo, moza. Da las gracias por eso.» La noticia lo dejó irritado, aunque se lo debería haber visto venir.

—Si tiene la virginidad tan dura como el resto, la Cabra se va a romper la polla intentando metérsela —bromeó.

Brienne era muy fuerte, sobreviviría a unas pocas violaciones, consideró Jaime, aunque si se resistía demasiado a Vargo Hoat le podría dar por cortarle las manos y los pies.

«¿Y a mí qué me importa? Si me hubiera dejado coger la espada de mi primo sin ponerse pesada, tal vez aún tendría mano. —Él mismo había estado a punto de destrozarle la pierna, pero después de que ella le pusiera las cosas muy difíciles—. Puede que Hoat no tenga ni idea de lo fuerte que es la moza. Más le vale tener cuidado o le romperá ese cuello flaco que tiene, ¿no sería maravilloso?»

La compañía de Qyburn empezaba a cansarlo. Jaime trotó hasta la vanguardia de la columna. Un norteño menudo y grueso llamado Nage iba delante de Patas de Acero, con un estandarte de paz: una bandera con los colores del arco iris, con siete colas largas, en un asta culminada por una estrella de siete puntas.

—¿No deberíais los norteños tener otro estandarte de paz? —preguntó a Walton—. ¿Qué son los Siete para vosotros?

—Dioses sureños —replicó el soldado—. Pero para llevaros sano y salvo a vuestro padre necesitamos paz sureña.

«Mi padre. —Jaime se preguntó si Lord Tywin habría recibido la petición de rescate de la Cabra, con o sin su mano podrida—. ¿Cuánto vale un espadachín sin la mano de la espada? ¿La mitad del oro de Roca Casterly? ¿Trescientos dragones? ¿Nada?» Los sentimientos no habían doblegado nunca a su padre. En cierta ocasión el abuelo de Jaime, Lord Tytos, había tomado prisionero a un vasallo rebelde, Lord Tarbeck. La temible Lady Tarbeck respondió capturando a tres Lannister, entre ellos el joven Stafford, cuya hermana estaba prometida a su primo Tywin. «Enviadme de vuelta a mi amado señor o estos tres pagarán cualquier daño que sufra», había escrito a Roca Casterly. El joven Tywin sugirió a su padre que la complaciera, devolviéndole a Lord Tarbeck en tres pedazos. Pero Lord Tytos era un león más amable, de manera que Lady Tarbeck ganó unos cuantos

años de vida para el cretino de su señor, y Stafford se casó, tuvo hijos y siguió cometiendo disparates hasta que cayó en Cruce de Bueyes. Pero Tywin Lannister perduró, eterno como Roca Casterly. «Y ahora tenéis un hijo enano y otro tullido, mi señor. Qué poco os debe de gustar...»

El camino los llevó a cruzar una aldea quemada. Debía de haber pasado un año o más desde que la habían incendiado. Las casuchas ennegrecidas y sin tejado seguían en pie, pero las malas hierbas crecían hasta la altura de la cintura en los campos circundantes. Patas de Acero dio el alto para abreviar a los caballos.

«Este lugar también lo conozco», pensó Jaime mientras aguardaba junto al pozo. Había habido una pequeña posada, de la que sólo quedaban los cimientos y una chimenea, donde había entrado para beber una jarra de cerveza. Una moza de ojos oscuros le sirvió queso y manzanas, pero el posadero no aceptó las monedas que le ofreció.

—Para mí es un honor tener bajo mi techo a un caballero de la Guardia Real, ser —le había dicho—. Esto se lo podré contar a mis nietos.

Jaime contempló los restos de la chimenea entre los hierbajos y se preguntó si habría llegado a tener nietos. «¿Les contaría que en cierta ocasión el Matarreyes bebió su cerveza y comió su queso y sus manzanas, o le daría vergüenza reconocer que dio de comer a alguien como yo?» No lo sabría jamás. Quienquiera que hubiera quemado la posada seguramente habría matado también a los nietos. Sintió cómo se le contraían los dedos fantasmales. Cuando Patas de Acero sugirió que encendieran un fuego y comieran algo, Jaime sacudió la cabeza.

—Este lugar no me gusta —dijo—. Sigamos adelante.

Cuando empezó a anochecer ya habían dejado el lago para seguir una senda tortuosa por un bosque de robles y olmos. El muñón de Jaime palpitaba con un dolor sordo cuando Patas de Acero decidió montar el campamento. Por suerte Qyburn llevaba con él un odre de vino del sueño. Una vez Walton hubo organizado las guardias, Jaime se tendió junto a la hoguera y colocó contra un tocón una piel de oso

enrollada a modo de almohada para apoyar la cabeza. La moza le habría dicho que tenía que comer antes de dormirse para conservar las fuerzas, pero estaba más cansado que hambriento. Cerró los ojos, con la esperanza de soñar con Cersei. Los sueños que le provocaba la fiebre eran tan vívidos...

Estaba desnudo, solo, rodeado de enemigos, con altas paredes de piedra que se cernían sobre él. «La Roca», supo al instante. Sentía el inmenso peso del castillo sobre la cabeza. Estaba en casa. Estaba en casa y entero.

Alzó la mano derecha y flexionó los dedos para sentir su fuerza. Era mejor que el sexo. Mejor que el combate. «Cinco dedos, cinco dedos. —Había soñado que estaba tullido, pero no era así. Se notaba mareado de alivio—. Mi mano, mi querida mano.» Mientras estuviera entero, nada podría hacerle daño.

A su alrededor había una docena de figuras altas y oscuras; llevaban túnicas con capuchas que les cubrían los rostros y lanzas en las manos.

—¿Quiénes sois? —les preguntó con tono imperioso—. ¿Qué hacéis en Roca Casterly?

No le respondieron, sino que lo aguijonearon con las puntas de las lanzas. No tuvo más remedio que empezar a descender. Bajó por un pasadizo serpenteante, por escaleras angostas talladas en la roca, abajo, cada vez más abajo.

«Tengo que ir hacia arriba —se dijo—. Hacia arriba, no hacia abajo. ¿Por qué estoy bajando?» Bajo la tierra lo aguardaba la muerte, lo sabía con la certeza que sólo se tiene en los sueños; allí moraba algo oscuro y terrible, algo que lo esperaba. Jaime trató de detenerse, pero las lanzas lo aguijonearon. «Si tuviera la espada, nada podría hacerme daño.»

La escalera terminaba bruscamente en una oscuridad llena de ecos. Jaime percibió la vastedad del espacio que lo rodeaba. Se detuvo en seco al borde de la nada. Una punta de lanza le pinchó la base de la espalda, empujándolo hacia el abismo. Gritó, pero la caída fue corta.

Aterrizó sobre las manos y las rodillas, en arena blanda y aguas poco profundas. Había cavernas inundadas en las profundidades de Roca Casterly, pero aquello no lo conocía.

—¿Qué lugar es éste?

—Tu lugar. —La voz retumbaba. Era un centenar de voces, mil voces, las voces de todos los Lannister desde Lann el Astuto, que había vivido en el amanecer de los tiempos. Pero era, sobre todo, la voz de su padre, y junto a Lord Tywin estaba su hermana, pálida y hermosa, con una antorcha encendida en la mano. Joffrey también estaba allí, era el hijo que ambos habían tenido, y tras ellos había otra docena de sombras oscuras con cabellos dorados.

—Hermana, ¿por qué nos ha traído padre aquí?

—¿Nos? Éste es tu lugar, hermano. Ésta es tu oscuridad.

Su antorcha era la única luz de la caverna. Su antorcha era la única luz del mundo. Cersei se volvió para marcharse.

—Quédate conmigo —le suplicó Jaime—. No me dejes aquí solo. —Pero se marchaban—. ¡No me dejéis en la oscuridad! —Algo espantoso habitaba allí abajo—. Al menos dadme una espada.

—Ya te di una espada —dijo Lord Tywin.

Estaba a sus pies. Jaime tanteó bajo el agua hasta que cerró los dedos en torno al puño. «Mientras tenga una espada, nada puede hacerme daño.» Cuando alzó la hoja, una lengua de llamas claras chisporroteó en la punta y recorrió el filo, antes de detenerse a un palmo de la empuñadura. El fuego adoptó el color del propio acero, de manera que ardía con una luz azul plateada, y las penumbras se retiraron. Alerta, Jaime se movió en círculo, preparado para cualquier cosa que saliera de la oscuridad. El agua le llenaba las botas hasta el tobillo, fría, muy fría.

«Cuidado con el agua —se dijo—. Puede haber criaturas que vivan aquí, simas ocultas...»

Oyó un fuerte chapuzón a su espalda. Jaime se giró en dirección al sonido... pero la tenue luz sólo reveló a Brienne de Tarth, con las manos unidas por gruesas cadenas.

—Prometí que os mantendría a salvo —dijo la moza, testaruda—. Hice un juramento. —Desnuda, alzó las manos hacia Jaime—. Por favor, ser, tened la bondad. —Los eslabones de acero se partieron como si fueran de seda—. Una espada —suplicó Brienne, y allí estaba, con cinturón, vaina y todo.

Se la abrochó en torno a la gruesa cintura. La luz era tan escasa que Jaime apenas podía verla, aunque estaban a un par de metros.

«Con esta luz casi parece hermosa —pensó—. Con esta luz casi podría ser un caballero.» La espada de Brienne también ardía con llamas azules y plateadas. La oscuridad se retiró un poco más.

—Las llamas arderán mientras vivas —oyó decir a Cersei—. Cuando mueran, tú también morirás.

—¡Hermana! —gritó—. ¡Quédate conmigo! ¡Quédate! —No obtuvo más respuesta que el suave sonido de unos pasos que se alejaban.

Brienne blandió la espada larga y contempló cómo las llamas plateadas cambiaban y tremolaban. A sus pies, un reflejo de la espada llameante brillaba en la superficie de las tranquilas aguas negras. Era tan alta y tan fuerte como la recordaba, pero a Jaime le pareció que en aquellos momentos tenía más formas de mujer.

—¿Qué guardan aquí abajo, un oso? —Brienne se movía, espada en mano, lenta, cautelosa. Daba un paso, se volvía, escuchaba. Cada pisada era un pequeño chapoteo—. ¿Un león cavernario? ¿Lobos huargos? ¿Algún oso? Decidme, Jaime, ¿qué habita aquí? ¿Qué habita en la oscuridad?

—La muerte. —Nada de osos, lo sabía. Nada de leones—. Sólo muerte.

—No me agrada este lugar. —A la luz fría, plateada y azul de las espadas, la corpulenta moza parecía pálida y fiera.

—Yo tampoco le tengo mucho cariño. —Las hojas llameantes creaban una pequeña isla de luz, pero a su alrededor se extendía un interminable mar de oscuridad—. Tengo los pies mojados.

—Podríamos volver por donde nos han traído. Si os subís a mis hombros no os costará alcanzar la entrada de ese túnel.

«Y así podría seguir a Cersei.» Sintió que se le endurecía, y se volvió para que Brienne no lo notara.

—Escuchad —dijo ella.

Le puso la mano en el hombro, y Jaime se estremeció bajo el roce repentino.

«Es cálida».

—Se acerca algo. —Brienne alzó la punta de la espada y señaló hacia la izquierda—. Allí.

Escudriñó la penumbra hasta que él también lo vio. Algo se movía en la oscuridad, aunque no alcanzaba a distinguir qué era...

—Un hombre a caballo. No, dos. Dos jinetes, hombro con hombro.

—¿Aquí, bajo la Roca?

No tenía sentido. Pero los dos jinetes se acercaban a lomos de sus caballos claros, ellos llevaban armaduras y sus monturas iban protegidas para la batalla. Emergieron de la oscuridad a paso lento.

«No hacen el menor ruido —advirtió Jaime—. No chapotean en el agua, las armaduras no tintinean, los cascos no resuenan contra el suelo.» Recordó a Eddard Stark, cuando recorrió la sala del trono de Aerys en el más absoluto silencio. Sólo habían hablado sus ojos: los ojos de un señor, fríos, grises, juzgándolo.

—¿Sois vos, Stark? —llamó Jaime—. Adelante. No os temí en vida y no os temo ahora que estáis muerto.

—Vienen más —le advirtió Brienne tocándole el brazo.

Él también los vio. Parecía que sus armaduras eran de nieve, y jirones de niebla les ondeaban desde los hombros sobre las espaldas. Llevaban los visores de los yelmos cerrados, pero Jaime Lannister no tenía que verles los rostros para reconocerlos.

Cinco habían sido sus hermanos. Oswell Whent y Jon Darry. Lewyn Martell, un príncipe de Dorne. El Toro Blanco, Gerold

Hightower. Ser Arthur Dayne, la Espada del Amanecer. Y junto a ellos, coronado de niebla y dolor, con la larga cabellera ondeando a la espalda, cabalgaba Rhaegar Targaryen, príncipe de Rocadragón y heredero legítimo del Trono de Hierro.

—No me dais miedo —exclamó mientras se dividían para colocarse a ambos lados de él. No sabía hacia dónde mirar—. Lucharé con vosotros de uno en uno, o contra todos a la vez. Pero ¿quién se va a enfrentar a la moza? Se enfada mucho cuando la dejan al margen.

—Juré que lo mantendría a salvo —dijo ella a la sombra de Rhaegar—. Pronuncié un juramento sagrado.

—Todos hicimos juramentos —dijo Ser Arthur Dayne con voz de tristeza infinita.

Las sombras desmontaron de sus caballos espectrales. No hicieron ruido alguno al desenvainar las espadas largas.

—Iba a quemar la ciudad —dijo Jaime—. No quería dejar más que cenizas para Robert.

—Era vuestro rey —dijo Darry.

—Jurasteis protegerlo —dijo Whent.

—Y también a los niños —apuntó el príncipe Lewyn.

—Dejé en vuestras manos a mi esposa y a mis hijos. —El príncipe Rhaegar ardía con luz fría, blanca, roja y oscura alternativamente.

—Jamás pensé que les haría daño. —La luz de la espada de Jaime era cada vez menos brillante—. Yo estaba con el rey...

—Matando al rey —dijo Ser Arthur.

—Cortándole el cuello —dijo el príncipe Lewyn.

—El mismo rey por el que juraste que darías la vida —dijo el Toro Blanco.

Las llamas que recorrían la hoja de la espada se estaban apagando, y Jaime recordó lo que había dicho Cersei. «No.» El terror le atenazó la garganta como un puño. De pronto, la espada se le quedó a oscuras, sólo la de Brienne ardía, y los fantasmas se cernieron sobre ellos.

—No —dijo—. No, no, no, ¡nooo!

Se incorporó bruscamente con el corazón acelerado y se encontró en la oscuridad estrellada, en medio de un bosquecillo. Notaba en la boca el sabor amargo de la bilis y había sudado tanto que estaba tiritando, debatiéndose entre el frío y el calor. Cuando buscó la espada con la mirada, su muñeca terminaba entre los cueros y vendajes que envolvían el horrible muñón. De pronto sintió que las lágrimas se le agolpaban en los ojos.

«Lo noté, noté la fuerza en los dedos y el tacto del cuero de la empuñadura de la espada. Mi mano...»

—Mi señor. —Qyburn se arrodilló junto a él, con el rostro paternal lleno de arrugas de preocupación—. ¿Qué sucede? Os he oído gritar.

—¿Qué pasa? —Walton Patas de Acero se erguía sobre ellos, alto y severo—. ¿Por qué habéis gritado?

—Ha sido un sueño... nada más. —Jaime contempló el campamento que lo rodeaba, perdido por un instante—. Estaba en un lugar oscuro, pero volvía a tener la mano. —Se miró el muñón y volvió a sentirse asqueado. «No hay ningún lugar así debajo de la roca», pensó. Tenía el estómago vacío y revuelto, y le dolía la cabeza de tenerla apoyada en el tocón.

—Todavía tenéis algo de fiebre —dijo Qyburn tocándole la frente.

—La fiebre me ha provocado el sueño. —Jaime se incorporó—. Ayudadme.

Patas de Acero lo agarró por la mano buena y lo puso en pie.

—¿Otra copa de vino del sueño? —preguntó Qyburn.

—No. Ya he tenido suficientes sueños por esta noche. —¿Cuánto faltaría para el amanecer? Sabía que, si volvía a cerrar los ojos, regresaría a aquel lugar húmedo y oscuro.

—¿Leche de la amapola, tal vez? ¿Algo para la fiebre? Aún estáis débil, mi señor. Tenéis que dormir. Tenéis que descansar.

«Eso es lo último que pienso hacer.» La luz de la luna brillaba clara sobre el tocón en el que Jaime había recostado la cabeza. El musgo que lo cubría era tan espeso que no se había dado cuenta antes,

pero en aquel momento advirtió que la madera era blanca. Aquello le recordó a Invernalía y al árbol corazón de Ned Stark. «No era él — pensó—. Nunca fue él.» Pero el tocón estaba muerto, igual que Stark y todos los demás: el príncipe Rhaegar, Ser Arthur y los niños. «Y Aerys. Aerys está más muerto que ninguno.»

—¿Creéis en los fantasmas, maestro? —preguntó a Qyburn.

Una expresión extraña pasó por el rostro del hombre.

—Una vez, estando en la Ciudadela, entré en una habitación desierta y vi una silla vacía. Pero supe que allí había habido una mujer hacía tan sólo un momento. El cojín conservaba la huella de su cuerpo, la tela aún estaba tibia y su perfume permanecía en el aire. Si al abandonar una habitación dejamos en ella nuestro olor, sin duda parte de nuestra alma debe permanecer aquí cuando abandonamos la vida, ¿no os parece? —Qyburn extendió las manos—. Pero a los archimaestres no les gustaban mis ideas. Bueno, a Marwyn sí, pero era al único.

—Walton, ensillad los caballos —ordenó Jaime pasándose los dedos por el pelo—. Quiero volver.

—¿Queréis volver? —Patas de Acero lo miraba, dubitativo.

«Cree que me he vuelto loco. Y puede que tenga razón.»

—Me he dejado algo en Harrenhal.

—Eso que os habéis dejado lo tienen ahora Lord Vargo y sus Titiriteros Sangrientos.

—Vos contáis con el doble de hombres que él.

—Si no os entrego a vuestro padre como me han ordenado, Lord Bolton me despellejará como a una liebre. Tenemos que seguir hacia Desembarco del Rey.

En otros tiempos Jaime habría respondido con una sonrisa y una amenaza, pero los mancos tullidos no inspiraban mucho temor. ¿Qué haría su hermano en aquellas circunstancias?

«A Tyrion se le ocurriría algo.»

—Los Lannister mienten, Patas de Acero. ¿No os lo dijo Lord Bolton?

—¿Y qué? —El hombre frunció el ceño, desconfiado.

—Que, a menos que me llevéis de vuelta a Harrenhal, tal vez la canción que le cante a mi padre no sea la que habría querido el señor de Fuerte Terror. Hasta puede que le diga que Bolton ordenó que me cortaran la mano y fue Walton Patas de Acero quien esgrimió el hacha.

—Pero no fue así. —Walton se quedó mirándolo.

—No, pero ¿a quién va a creer mi padre? —Jaime se forzó a sonreír, con la misma sonrisa que utilizaba cuando nada en el mundo podía asustarlo—. Todo sería tan sencillo si volviéramos... No tardaríamos nada, y en Desembarco del Rey yo cantaré una canción tan dulce que no daríais crédito a vuestros oídos. Os quedaríais con la chica y con una buena bolsa de oro como muestra de gratitud.

—¿Oro? —se interesó Walton—. ¿Cuánto oro?

«Ya es mío.»

—Depende, ¿cuánto queréis?

Y, cuando salió el sol, ya estaban a medio camino de vuelta a Harrenhal.

Jaime forzó al caballo mucho más que el día anterior, y Patas de Acero y el resto de los nortños se vieron obligados a mantener su paso. Aun así era ya mediodía antes de que llegaran al castillo junto al lago. Bajo un cielo cada vez más oscuro que amenazaba lluvia, las inmensas murallas y las cinco torres se alzaban negras, ominosas.

«Qué muerto parece.» Los muros estaban desiertos, y las puertas, cerradas y atrancadas. En la cima de la barbacana pendía un estandarte inerte. «La cabra negra de Qohor», supo al instante. Jaime se llevó la mano a la boca para hacerse oír.

—¡Eh, los de dentro! —gritó—. ¡Abrid las puertas si no queréis que las derribe a patadas!

Sólo cuando Qyburn y Patas de Acero unieron sus voces apareció por fin una cabeza entre las almenas, sobre ellos. El guardia los miró

desde arriba y desapareció. Poco después, oyeron cómo se alzaba el rastrillo. Las puertas se abrieron, y Jaime Lannister espoleó al caballo para cruzar la muralla, sin apenas mirar los matacanes al pasar bajo ellos. Había temido que la Cabra no los dejara entrar, pero por lo visto los Compañeros Audaces aún los consideraban sus aliados.

«Idiotas.»

El patio de armas estaba desierto, sólo se veía movimiento en los alargados establos con tejados de pizarra, y en aquel momento no eran caballos lo que buscaba Jaime. Tiró de las riendas y miró a su alrededor. Oyó ruidos procedentes de algún punto detrás de la Torre de los Fantasma, hombres que gritaban en una docena de idiomas diferentes. Patas de Acero y Qyburn se situaron a ambos lados de él.

—Coged lo que habéis venido a buscar y nos marcharemos —dijo Walton—. No quiero problemas con los Titiriteros.

—Decid a vuestros hombres que mantengan las manos en las empuñaduras de las espadas y serán los Titiriteros los que no quieran problemas con vos. Dos a uno, ¿recordáis?

Jaime irguió la cabeza de repente al oír un rugido lejano, pero feroz. Retumbó contra las murallas de Harrenhal, y las risotadas crecieron como una marea. De repente, comprendió qué estaba pasando.

«¿Hemos llegado demasiado tarde?» El estómago le dio un vuelco, clavó espuelas y cruzó al galope el patio de armas; pasó bajo un arco de piedra, rodeó la Torre Aullante y atravesó el Patio de la Piedra Líquida.

La tenían en el foso del oso.

El rey Harren el Negro lo hacía todo con derroche de lujos, hasta los espectáculos del oso. El foso tenía diez metros de diámetro y cinco de profundidad, las paredes eran de piedra, el suelo de arena, y alrededor había seis hileras de gradas con bancos de mármol. Los Compañeros Audaces sólo ocupaban una cuarta parte de los asientos, según advirtió Jaime al bajarse con torpeza del caballo. Los

mercenarios estaban tan concentrados en el espectáculo del foso que sólo los que estaban al otro lado se apercibieron de su llegada.

Brienne llevaba la misma túnica que le habían dado para cenar con Roose Bolton. Sin escudo, sin coraza, sin armadura, ni siquiera prendas de cuero endurecido, sólo seda rosa y encaje de Myr. Tal vez a la Cabra le había parecido que tendría más gracia vestida de mujer. La mitad de la túnica estaba hecha jirones, y del brazo izquierdo le manaba sangre, allí donde el oso le había dado un zarpazo.

«Al menos le han dado una espada. —La moza tenía el arma en una mano, se movía de costado y trataba de poner distancia entre el oso y ella—. No le va a servir de nada, el foso es muy pequeño.» Lo que tenía que hacer era atacar y terminar pronto con todo. Un buen acero era rival para cualquier oso. Pero la moza parecía tener miedo de acercarse. Los Titiriteros la llenaban de insultos y sugerencias obscenas.

—Esto no es asunto nuestro —dijo Patas de Acero a Jaime—. Lord Bolton les dijo que la moza era suya y que podían hacer lo que quisieran con ella.

—Se llama Brienne. —Jaime bajó por las escaleras, pasando junto a una docena de mercenarios que se iban sobresaltando. Vargo Hoat había ocupado el palco correspondiente al señor, en la grada más baja—. ¡Lord Vargo! —llamó por encima del griterío.

—¿Matarreyez? —El qohoriense estuvo a punto de derramar el vino.

Tenía el lado izquierdo de la cara mal vendado, el lino que le cubría la oreja estaba lleno de sangre.

—Sácala de ahí.

—No te metaz en ezto, Matarreyez, a menoz que quieraz otro muñón. —Agitó la copa de vino—. Vueztra zalvaje me arrancó la oreja de un mordizco. No me eztraña que zu padre no quiera pagar rezcate por zemejante monztruo.

Un rugido hizo que Jaime se volviera. El oso medía casi dos metros y medio de altura.

«Es como Gregor Clegane cubierto de pieles —pensó—, aunque probablemente más listo.» Pero la bestia no tenía el alcance asesino de la Montaña con su monstruoso espadón.

El oso rugió de rabia, mostrando una boca llena de enormes dientes amarillos, luego se dejó caer sobre las cuatro patas y avanzó hacia Brienne.

«Es tu oportunidad —pensó Jaime—. ¡Ataca! ¡Venga!»

En lugar de eso, Brienne lanzó un pinchazo inútil con la punta de la hoja. El oso retrocedió un instante y se volvió a adelantar con un gruñido. Ella dio un paso a la izquierda y lanzó otro pinchazo a la cara del oso. En esta ocasión el animal apartó la espada con una zarpa.

«Es cauteloso —comprendió Jaime—. Ya se ha enfrentado a otros hombres. Sabe que las espadas y las lanzas le pueden hacer daño. Pero eso no lo detendrá mucho tiempo.»

—¡Mátalo! —gritó, pero su voz se perdió entre el resto de los gritos.

Si Brienne llegó a oírlo, no dio muestras de ello. Se movía por el foso, siempre con la espalda contra la pared.

«Está demasiado cerca. Si el oso la acorrala contra el muro...»

La bestia giró con torpeza, en un arco demasiado abierto, demasiado deprisa. Rápida como un gato, Brienne cambió de dirección. «Ésa es la moza que recuerdo.» Dio un salto y lanzó un tajo contra el lomo del oso. La bestia lanzó un rugido y se volvió a erguir sobre las patas traseras. Brienne se escabulló como pudo.

«¿Dónde está la sangre?» De repente, Jaime lo comprendió.

—¡Le habéis dado una espada de torneo! —exclamó girándose hacia la Cabra.

La Cabra lanzó una carcajada como un rebuzno, que lo cubrió de vino y salivillas.

—Por zupuezto.

—Pagaré el rescate de mierda que queráis por ella. Oro, zafiros, lo que sea, Sacadla de ahí.

—¿La queréis? Puez ir a buzcarla.

Y eso fue lo que hizo.

Apoyó la mano buena en la baranda de mármol, saltó y rodó al caer en la arena. Al oír el golpe sordo el oso se volvió, olfateó y miró con desconfianza al nuevo intruso. Jaime se incorporó sobre una rodilla.

«Por los siete infiernos, ¿y ahora qué hago?» Cogió un puñado de arena.

—¿Matarreyes? —oyó decir a Brienne, atónita.

—Jaime.

Dio un salto al tiempo que lanzaba la arena contra la cara del oso. El animal lanzó zarpazos al aire y rugió, furioso.

—¿Qué hacéis aquí?

—Una tontería. Poneos detrás de mí. —Se movió con cautela hacia ella y se interpuso entre Brienne y el oso.

—Poneos vos detrás. Yo tengo la espada.

—Una espada sin punta ni filo. ¡He dicho que os pongáis detrás de mí! —Vio algo medio enterrado en la arena y lo cogió con la mano buena. Resultó ser una quijada humana que todavía conservaba algo de carne verdosa, cubierta de gusanos.

«Qué bonito», pensó, preguntándose de quién sería aquella cara.

El oso se iba acercando, de modo que Jaime echó el brazo hacia atrás y lanzó el hueso, con la carne y los gusanos, contra la cabeza de la bestia. Falló por más de un metro.

«Me deberían cortar también la mano izquierda, total, para lo que me sirve...»

Brienne trató de salir de detrás de él, pero Jaime le puso la zancadilla y la derribó. Quedó tendida en la arena, aferrada a la inútil espada. Jaime se sentó sobre ella, y el oso atacó.

Se oyó un zumbido, y una saeta emplumada pareció brotar de repente del ojo izquierdo de la bestia. De las fauces abiertas salieron sangre y babas, y otro dardo lo alcanzó en la pata. La bestia rugió y se

irguió. Vio a Jaime y a Brienne, y se tambaleó hacia ellos. Hubo más disparos de ballestas, los dardos atravesaron la piel y la carne. A tan corta distancia, los arqueros no podían fallar. Las saetas golpeaban con la fuerza de mazazos, pero el oso dio un paso más. «Pobre animal valiente, estúpido.» Cuando la bestia le lanzó un zarpazo, él se echó a un lado, gritó y le lanzó arena con una patada. El oso se giró para perseguir a su torturador, y dos dardos más se le clavaron en el lomo. Lanzó un último gruñido, se dejó caer sobre la arena manchada de sangre y murió.

Brienne consiguió ponerse de rodillas, con la espada aferrada y la respiración entrecortada. Los arqueros de Patas de Acero tensaban de nuevo las ballestas, mientras los Titiriteros Sangrientos les gritaban maldiciones y amenazas. Jaime vio que Rorge y Trededós habían desenvainado las espadas, y Zollo estaba desenrollando el látigo.

—¡Habéis azezinado a mi oso! —chilló Vargo Hoat.

—Y lo mismo haré con vos si me causáis problemas —replicó Patas de Acero—. Nos vamos a llevar a la moza.

—Se llama Brienne —dijo Jaime—. Brienne, la doncella de Tarth. Porque seguís siendo doncella, espero.

—Sí. —El feo rostro ancho de la mujer se sonrojó.

—Menos mal —dijo Jaime—, porque yo sólo rescato doncellas. —Se volvió hacia Hoat—. Tendréis el rescate que queráis. Por nosotros dos. Un Lannister siempre paga sus deudas. Venga, id a por unas cuerdas y sacadnos de aquí.

—Y una mierda —gruñó Rorge—. Mátales Hoat. ¡O te juro que lo lamentarás!

El qohoriense titubeó. La mitad de sus hombres estaban borrachos, y los norteños los doblaban en número y estaban sobrios. Algunos de los ballesteros volvían a tener las armas listas.

—Zacadloz de ahí —ordenó. Se volvió hacia Jaime—. He decidido zer mizericordiozo. Decízcelo a vuestro zeñor padre.

—Así lo haré, mi señor. —«Aunque, para lo que te va a servir...»

Hasta que no estuvieron a media legua de Harrenhal, fuera del alcance de los arqueros de las murallas, Walton Patas de Acero no se permitió mostrar la ira que sentía.

—¿Estáis loco, Matarreyes? ¿Acaso queríais morir? ¡No hay hombre capaz de enfrentarse a un oso con las manos desnudas!

—Una mano desnuda y un muñón desnudo —lo corrigió Jaime—. Pero sabía que mataríais a la bestia antes de que la bestia me matara a mí. De lo contrario Lord Bolton os habría despellejado como a una liebre, ¿no?

Patas de Acero lo insultó hasta cansarse por demente, picó espuelas y galopó para situarse al frente de la columna.

—¿Ser Jaime? —Pese a las sedas manchadas y el encaje desgarrado, Brienne seguía pareciéndose más a un hombre con un vestido que a una mujer de verdad—. Os estoy agradecida, pero... ya estabais muy lejos. ¿Por qué volvisteis?

Se le ocurrieron una docena de réplicas ingeniosas, a cuál más cruel, pero Jaime se limitó a encogerse de hombros.

—Soñé con vos —respondió.

CATELYN

Robb se despidió tres veces de su joven reina. La primera en el bosque de dioses, junto al árbol corazón, ante los ojos de los hombres y los dioses. La segunda bajo el rastrillo, donde Jeyne sólo lo dejó partir tras un largo abrazo y un beso más largo todavía. Y la tercera y última a una hora de distancia del Piedra Caída, cuando la muchacha llegó al galope en un caballo agotado para suplicar a su joven rey que la llevara con ella.

Catelyn se dio cuenta de que Robb estaba conmovido, pero también avergonzado. Era un día húmedo y gris, había empezado a lloviznar, y lo que menos falta le hacía era detener la marcha para quedarse a la intemperie consolando a una muchacha llorosa delante de la mitad de su ejército.

«Habla a Jeyne con dulzura —pensó al verlos juntos—, pero en el fondo está enfadado.»

Mientras el rey hablaba con la reina, *Viento Gris* no dejó de dar vueltas en torno a ellos, se detenía sólo para sacudirse el agua del pelaje y mostrar los colmillos a la lluvia. Cuando por fin Robb dio un último beso a Jeyne, la envió de vuelta a Aguasdulces escoltada por una docena de hombres y volvió a montar a caballo, el huargo salió disparado como una flecha que un arquero acabara de lanzar.

—Es evidente que la reina Jeyne tiene un corazón tierno —dijo Lothar Frey el Cojo a Catelyn—. Me recuerda mucho al de mis hermanas. Je, seguro que en este momento Roslin está bailando por Los Gemelos, canturreando «Lady Tully, Lady Tully, Lady Roslin Tully». Antes de mañana habrá conseguido muestras de tejido del rojo y el azul de Aguasdulces y se las pondrá junto a las mejillas para imaginarse lo bonita que estará con su capa de desposada. —Se volvió en la silla para dirigir una sonrisa a Edmure—. En cambio vos estáis muy callado, Lord Tully. ¿Cómo os sentís?

—Más o menos como en el Molino de Piedra justo antes de que sonaran los cuernos de batalla —respondió Edmure, bromeando sólo a medias.

Lothar se echó a reír de buena gana.

—Roguemos por que vuestro matrimonio tenga un final igual de venturoso, mi señor.

«Los dioses nos protejan si no es así.» Catelyn espoléó a su caballo para dejar a solas a su hermano con Lothar el Cojo.

Había sido ella la que se empeñó en que Jeyne permaneciera en Aguasdulces, aunque Robb habría preferido no separarse de su esposa. Lord Walder podría interpretar la ausencia de la reina en la boda como una afrenta más, pero su presencia habría sido otro tipo de insulto, como echar sal en la herida del anciano.

—Walder Frey tiene la lengua afilada y demasiada memoria —había advertido a su hijo—. No dudo de tu fuerza, sé que soportarías los reproches del viejo con tal de mantener la alianza, pero te pareces demasiado a tu padre como para quedarte sentado mientras insulta a Jeyne a la cara.

Robb no pudo negar que tenía razón.

«Pero, pese a todo, me guarda rencor —pensó Catelyn, agotada—. Ya echa de menos a Jeyne, y en cierto modo me culpa por su ausencia, aunque sabe que le di un buen consejo.»

De los seis Westerling que habían llegado del Risco con su hijo, sólo uno quedaba ya a su lado, Ser Raynald, hermano de Jeyne, el portaestandarte real. Robb había enviado al tío de Jeyne, Rolph Spicer, a entregar al joven Martyn Lannister en el Colmillo Dorado, el mismo día en que recibió el mensaje de Lord Tywin según el cual accedía al intercambio de prisioneros. Fue una maniobra muy hábil. Su hijo ya no tenía por qué temer por la vida de Martyn, Galbart Glover se sintió aliviado al saber que su hermano Robett viajaba ya en un barco que había zarpado de Valle Oscuro, Ser Rolph tenía una misión importante y honorable... y *Viento Gris* volvía a estar al lado del rey. «Que es donde debe estar.»

Lady Westerling se había quedado en Aguasdulces con sus hijos; Jeyne, su hermana pequeña Eleya y el joven Rollam, el escudero de Robb, que había protestado hasta hartarse al ver que lo dejaban allí. Pero también eso era una maniobra sensata. Olyvar Frey ya había sido escudero de Robb, y sin duda estaría presente el día de la boda de su hermana; exhibir a su sustituto ante él no sería buena idea, ni tampoco una actitud elegante. En cuanto a Ser Raynald, se trataba de un caballero joven y alegre que decía que ningún insulto de Walder Frey conseguiría provocarlo. «Esperemos que sólo tengamos que enfrentarnos a insultos.»

Pero Catelyn también albergaba temores a ese respecto. Su señor padre jamás había confiado en Walder Frey después de la batalla del Tridente, y ella no lo olvidaba. La reina Jeyne estaría más segura tras las altas y fuertes murallas de Aguasdulces, bajo la protección del Pez Negro. Robb había creado un título nuevo, Guardián de las Fronteras del Sur. Si alguien podía defender el Tridente, ése era Ser Brynden.

Pero a la vez, Catelyn sabía que echaría de menos el rostro arrugado de su tío, y Robb también echaría de menos sus consejos. Ser Brynden había formado parte de todas las victorias que su hijo había obtenido. Galbart Glover estaba ahora al mando de los exploradores y la avanzadilla; era un hombre bueno, leal y firme, pero carecía de la genialidad del Pez Negro.

Tras el escudo de exploradores de Glover, la columna de Robb se extendía a lo largo de varios kilómetros. El Gran Jon iba al mando de la vanguardia. Catelyn viajaba en la columna principal, rodeada de caballos de batalla, cuyos cascos levantaban salpicaduras de barro, montados por hombres con armaduras. Detrás iba la caravana de equipamiento, una procesión de carromatos cargados de alimentos, forraje, suministros para el campamento, regalos de boda y aquellos heridos demasiado débiles para caminar, todo bajo la mirada atenta de Ser Wendel Manderly y sus caballeros de Puerto Blanco. La seguían los rebaños de ovejas, cabras y vacas huesudas, y detrás, un pequeño grupo de seguidores de campamento con los pies llenos de ampollas. Por último iba Robin Flint al mando de la retaguardia. No tenían

enemigos a la espalda en cientos de leguas, pero Robb no quería correr el menor riesgo.

Eran tres mil quinientos hombres, tres mil quinientos hombres que habían sangrado en el Bosque Susurrante, que habían manchado de sangre sus espadas en la batalla de los Campamentos, en Cruce de Bueyes, en Marcaceniza, en el Risco y en las doradas colinas al oeste de los dominios de los Lannister. Aparte del modesto séquito de amigos de su hermano Edmure, la mayoría de los señores del Tridente se habían quedado para defender las tierras de los ríos mientras el rey reconquistaba el norte. Por delante los aguardaba la esposa de Edmure y la próxima batalla de Robb...

«Y a mí me esperan dos hijos muertos, un lecho vacío y un castillo lleno de fantasmas. —No era una perspectiva prometedora—. Brienne, ¿dónde estás? Tráeme a mis hijas, Brienne. Tráemelas sanas y salvas.»

La llovizna bajo la que habían emprendido la marcha se transformó hacia el mediodía en una lluvia constante, que continuó hasta entrada la noche. Durante el día siguiente los norteños no vieron el sol; cabalgaron bajo cielos plomizos con las capuchas puestas para que el agua no les entrara en los ojos. Era una lluvia fuerte, densa, que convertía los caminos en barrizales y los campos en ciénagas, que hacía crecer los ríos y arrancaba las hojas de los árboles. El repiqueteo constante dificultaba las conversaciones banales y el esfuerzo no valía la pena, de manera que los hombres sólo hablaban cuando tenían algo que decir, cosa que no sucedía muy a menudo.

—Somos más fuertes de lo que parecemos, mi señora —dijo Lady Maege Mormont mientras cabalgaban.

Catelyn había acabado por sentir un gran afecto hacia Lady Maege y su hija mayor, Dacey; los días le habían demostrado que eran mucho más comprensivas que la mayoría con respecto a lo sucedido con Jaime Lannister. La hija era alta y delgada; la madre, baja y recia; pero ambas vestían igual, cotas de mallas y corazas, con el oso negro de la Casa Mormont en escudos y jubones. A Catelyn le resultaban atuendos extraños para una dama, pero tanto Dacey como Lady

Maegh parecían cómodas como guerreras y como mujeres, cosa que nunca le había sucedido a la joven de Tarth.

—He luchado en todas las batallas al lado del Joven Lobo —comentó Dacey Mormont en tono alegre—. Todavía no ha perdido ninguna.

«No, pero ha perdido todo lo demás», pensó Catelyn, aunque jamás lo diría en voz alta. A los norteños no les faltaba valor, pero estaban lejos de su hogar y no tenían gran cosa que los mantuviera en pie aparte de la fe en su joven rey. Una fe que había que proteger a cualquier precio. «Tengo que ser más fuerte —se dijo—. Tengo que ser fuerte, por Robb. Si desespero, la pena me consumirá.» Aquel matrimonio iba a ser el factor decisivo. Si Edmure y Roslin se gustaban, si conseguían aplacar al Tardío Lord Frey y volvía a unir sus fuerzas a las de Robb... «Aun así, ¿qué posibilidades tendremos, atrapados entre los Lannister y los Greyjoy?» Era un tema sobre el que Catelyn no se atrevía a pensar mucho, aunque en la cabeza de Robb apenas si había sitio para otra cosa. Lo veía estudiar los mapas cada vez que montaban el campamento en busca de algún plan que le permitiera recuperar el norte.

Su hermano Edmure tenía otras preocupaciones.

—Me imagino que no todas las hijas de Lord Walder se parecerán a él, ¿verdad? —comentó una vez sentado en la alta tienda de lona a rayas, con Catelyn y sus amigos.

—Hay tantas madres diferentes que seguro que alguna de las hijas ha salido bonita —señaló Ser Marq Piper—, pero ¿por qué os iba a entregar una guapa ese viejo canalla?

—Claro, no tiene por qué —asintió Edmure con tono sombrío.

—Cersei Lannister es atractiva —le espetó de repente Catelyn, que ya no lo pudo soportar más—. Sería más inteligente por tu parte rezar por que Roslin sea fuerte y saludable, y tenga un corazón bondadoso y leal.

Y sin más, se levantó y los dejó solos.

Edmure no lo encajó bien. Al día siguiente evitó cruzarse con ella durante la marcha, prefirió en su lugar la compañía de Marq Piper, Lymond Goodbrook, Patrek Mallister y los jóvenes Vance.

«Ellos no le hacen ningún reproche que no sea en broma —se dijo Catelyn cuando transcurrió la tarde sin que intercambiaran palabra—. Siempre he sido demasiado dura con Edmure, y ahora el dolor afila cada una de mis palabras.» Lamentaba haberlo reprendido. Ya hacía bastante frío con la lluvia que caía del cielo sin necesidad de que ella enfriara todavía más el ambiente. ¿Y de verdad era tan espantoso querer una esposa bonita? Recordó la decepción infantil que había sufrido la primera vez que vio a Eddard Stark. Se lo había imaginado como su hermano Brandon en joven, pero estaba equivocada. Ned era más bajo y tenía un rostro más corriente, además, siempre parecía sombrío. Cuando hablaba era cortés, pero bajo las palabras se percibía una frialdad que no tenía nada que ver con Brandon, cuyas carcajadas retumbaban tanto como sus accesos de rabia. Hasta cuando la tomó por primera vez, en su amor había más deber que pasión. «Pero aquella noche engendramos a Robb; aquella noche hicimos un rey. Y después de la guerra, en Invernal, tuve más amor que ninguna mujer cuando descubrí el corazón dulce y generoso que palpitaba bajo la apariencia solemne de Ned. No hay motivo para pensar que Edmure no descubrirá lo mismo con Roslin.»

Como si se tratara de un designio de los dioses, la ruta los llevó a través del Bosque Susurrante donde Robb había obtenido su primera gran victoria. Siguieron el curso del riachuelo serpenteante que cruzaba el angosto valle, igual que habían hecho los hombres de Jaime Lannister aquella desventurada noche.

«Entonces hacía más calor —recordó Catelyn—, los árboles aún estaban verdes y el arroyo no bajaba tan crecido.» En aquel momento las hojas caídas ahogaban su curso y se enredaban en húmedas marañas entre las rocas y las raíces, y los árboles que entonces habían servido de escondrijo al ejército de Robb habían cambiado su vestidura verde por hojas color oro viejo, con motas castañas y rojas que le recordaban al óxido y a la sangre seca. Sólo las piceas y los

pinos soldado mostraban aún copas verdes que apuntaban hacia las nubes barrigonas como largas lanzas oscuras.

«No sólo han muerto árboles desde entonces», reflexionó. La noche del Bosque Susurrante, Ned todavía estaba vivo en su celda bajo la Colina Alta de Aegon, y Bran y Rickon se encontraban a salvo tras las murallas de Invernalía. «Theon Greyjoy peleó al lado de Robb y alardeó de lo cerca que había estado de cruzar su espada con la del Matarreyes. Ojalá hubiera sido así. Si hubiera muerto Theon en lugar de los hijos de Lord Karstark, ¿cuántos males se habrían evitado?»

Al atravesar el campo de batalla, Catelyn divisó rastros de la carnicería que había tenido lugar allí; un yelmo abandonado lleno de agua, una lanza astillada, los huesos de un caballo... Sobre los cadáveres de los caídos habían colocado piedras a modo de sepulturas, pero los animales carroñeros ya habían pasado por allí. Entre las rocas caídas se veían ropas de colores vivos y trozos de metal brillante. También divisó un rostro que la miraba; la forma del cráneo empezaba a emerger por debajo de la carne oscura y podrida.

Aquello la hizo pensar en dónde estaría descansando Ned. Las hermanas silenciosas se habían llevado sus huesos al norte, con la escolta de Hallis Mollen y una pequeña guardia de honor. ¿Habría llegado Ned a Invernalía, lo habrían enterrado junto a su hermano Brandon en las criptas oscuras bajo el castillo? ¿O se habrían cerrado las puertas en Foso Cailin antes de que pasaran Hal y las hermanas?

Tres mil quinientos jinetes avanzaban por el valle a través del Bosque Susurrante, pero Catelyn Stark pocas veces se había sentido tan sola. Cada legua que recorría la alejaba más y más de Aguasdulces, y no pudo evitar preguntarse si volvería a ver el castillo. Tal vez lo había perdido para siempre como tantas otras cosas.

Cinco días más tarde los exploradores regresaron para avisarles de que la crecida de las aguas se había llevado el puente de madera en Buenmercado. Galbart Glover y dos de sus hombres más osados habían intentado cruzar con sus monturas la turbulenta corriente del Forca Azul en el Vado de los Carneros: dos de los caballos y uno de

los jinetes se ahogaron; el propio Glover tuvo que agarrarse a una roca hasta que lograron sacarlo.

—El río no bajaba tan crecido desde la última primavera —dijo Edmure—. Y si sigue lloviendo, las aguas subirán todavía más.

—Hay un puente corriente arriba, cerca de Piedrasviejas —recordó Catelyn, que había cruzado aquellas tierras a menudo con su padre—. Es más viejo y más pequeño, pero si sigue en pie...

—Ya no existe, mi señora —dijo Galbart Glover—. La corriente se lo llevó antes que el de Buenmercado.

—¿Hay algún otro puente? —preguntó Robb a Catelyn mirándola.

—No. Y los vados estarán intransitables. —Trató de hacer memoria—. Si no podemos cruzar el Forca Azul, tendremos que rodearlo, cruzar Sietecauces y el Pantano de la Bruja.

—Cenagales y malos caminos, y eso cuando los hay —avisó Edmure—. La marcha será lenta, pero en fin, al menos avanzaremos.

—Seguro que Lord Walder nos esperará —dijo Robb—. Lothar le envió un pájaro desde Aguasdulces, ya sabe que estamos en camino.

—Sí, pero es susceptible y desconfiado por naturaleza —dijo Catelyn—. Se puede tomar esta demora como un insulto deliberado.

—Muy bien, le pediré perdón también por el retraso. Menudo rey pareceré, disculpándome cada dos palabras. —Robb hizo una mueca—. Espero que Bolton consiguiera cruzar el Tridente antes de que empezaran las lluvias. El camino real va directo hacia el norte, su marcha será más sencilla. Aunque vayan a pie, llegarán a Los Gemelos antes que nosotros.

—Y una vez sus hombres se reúnan con los tuyos y mi hermano esté casado, ¿qué harás? —preguntó Catelyn.

—Ir al norte. —Robb rascaba a *Viento Gris* detrás de una oreja.

—¿Por el camino alto? ¿Contra Foso Cailin?

—Es una posibilidad —dijo el muchacho con una sonrisa enigmática, y por su tono Catelyn supo que no le sacaría ni una palabra más.

«Un rey sabio no dice lo que piensa», se recordó.

Llegaron a Piedrasviejas tras ocho días más de lluvia constante y acamparon en la cima de la colina desde la que se divisaba el Forca Azul, en el interior de las ruinas de una fortaleza de los antiguos Reyes del Río. Los cimientos seguían entre la maleza y mostraban dónde se habían alzado las murallas y torreones, pero la gente de la zona se había llevado la mayor parte de las piedras hacía ya tiempo para edificar graneros, septos, refugios... Pero, en el centro de lo que en el pasado fuera el patio del castillo, quedaba todavía un sepulcro medio oculto entre hierbas que llegaban a la cintura.

La tapa del sepulcro estaba tallada con la semblanza del hombre cuyos huesos yacían en el interior, pero la lluvia y el viento la habían erosionado. El rey había llevado barba, eso todavía se veía, pero por lo demás el rostro era liso y sin rasgos, con apenas vagos indicios de la boca, la nariz, los ojos y la corona que le había ceñido las sienes. Tenía las manos cruzadas sobre el mango de un martillo de combate que le descansaba sobre el pecho. Seguramente el martillo tuvo en su momento runas con su nombre e historia, pero los siglos las habían borrado. La propia piedra estaba agrietada y desmenuzada, decolorada aquí y allá por manchas de musgo y líquenes, y las rosas silvestres que crecían a los pies del rey le llegaban casi hasta el pecho.

Allí fue donde Catelyn encontró a Robb, de pie, sombrío en el ocaso, con *Viento Gris* por única compañía. La lluvia había cesado por el momento, y el muchacho llevaba la cabeza descubierta.

—¿Cómo se llama este castillo? —le preguntó en voz baja cuando Catelyn se le acercó.

—Cuando yo era niña el pueblo lo llamaba Piedrasviejas, pero no me cabe duda de que tendría otro nombre cuando aquí vivían reyes.

En cierta ocasión había acampado allí con su padre, camino de Varamar. «Petyr también iba con nosotros...»

—Había una canción —recordó Robb—. «Jenny de Piedrasviejas, con flores en el cabello.»

—Al final no somos más que canciones. Y eso si tenemos suerte.

Aquel día había jugado a ser Jenny, hasta se había puesto flores en el pelo. Y Petyr fingía ser su Príncipe de las Libélulas. Catelyn no tendría más de doce años, Petyr era un chiquillo.

—¿De quién es esta tumba? —preguntó Robb examinando el sepulcro.

—Aquí yace Tristifer, el cuarto de su nombre, Rey de los Ríos y las Colinas. —Su padre le había contado una vez su historia—. Su reino se extendía desde el Tridente al Cuello, eso fue miles de años antes de Jenny y de su príncipe, en los tiempos en que los reinos de los primeros hombres caían uno tras otro ante las acometidas de los ándalos. Lo llamaban «Martillo de Justicia». Luchó en cien batallas y venció en noventa y nueve, o eso dicen los bardos, y cuando erigió este castillo era el más fuerte de Poniente. —Puso una mano en el hombro de su hijo—. Murió en su centésima batalla, cuando siete reyes ándalos unieron sus fuerzas contra él. El quinto Tristifer no estuvo a su altura y no tardó en perder el reino, luego el castillo y, por último, el linaje. Con Tristifer el quinto de su nombre murió la Casa Mudd, que había reinado en las tierras de los ríos durante mil años antes de que llegaran los ándalos.

—Su heredero le falló. —Robb pasó una mano por la áspera piedra desgastada—. Habría querido dejar a Jeyne embarazada... Lo intentamos muchas veces, pero no estoy seguro...

—No siempre se consigue a la primera. —«Aunque en tu caso fue así»—. Ni siquiera en la que hace cien. Los dos sois muy jóvenes.

—Soy joven y soy rey —dijo—. Todo rey necesita un heredero. Si muriera en la próxima batalla el reino no debería morir conmigo. Según la ley Sansa es la siguiente en la línea de sucesión, de manera que Invernalia y el norte pasarían a sus manos. —Apretó los labios—. A las suyas y a las de su señor esposo, Tyrion Lannister. No lo puedo permitir. No lo voy a permitir. Ese enano no debe ser jamás dueño del norte.

—No —asintió Catelyn—. Debes nombrar a otro heredero hasta el momento en que Jeyne te dé un hijo. —Meditó un instante—. Tu

señor padre no tenía hermanos, pero su padre tenía una hermana que contrajo matrimonio con uno de los hijos menores de Lord Raymar Royce. Tuvieron tres hijas, y las tres se casaron con señores menores del Valle. Una con un Waynwood y otra con un Corbray, de esos estoy segura. La más pequeña... puede que fuera con un Templeton, pero...

—Madre. —El tono de Robb era brusco—. Te olvidas de una cosa. Mi padre tuvo cuatro hijos.

—Un Nieve no es un Stark. —Catelyn no lo había olvidado; no lo había querido ver, pero allí estaba.

—Jon es más Stark que cualquier señor menor del Valle que jamás ha visto Invernalía.

—Jon es un hermano de la Guardia de la Noche, ha jurado no tomar esposa y no poseer tierras. Los que visten el negro hacen votos de por vida.

—Igual que los caballeros de la Guardia Real. Eso no impidió que los Lannister les quitaran las capas blancas a Ser Barristan Selmy y a Ser Boros Blunt cuando ya no les eran útiles. Si envió a la guardia un centenar de hombres que ocupen el lugar de Jon, seguro que se les ocurrirá alguna manera de liberarlo de su juramento.

«Ya lo ha decidido.» Catelyn sabía lo testarudo que podía llegar a ser su hijo.

—Los bastardos no pueden heredar.

—No a menos que un decreto real los legitime —replicó Robb—. Sobre eso hay más precedentes que sobre liberar de sus votos a un hermano juramentado.

—Precedentes —replicó ella con amargura—. Sí, Aegon el Cuarto legitimó a todos sus bastardos en su lecho de muerte. ¿Sabes cuánto dolor desató, cuántas guerras se libraron y cuánta sangre se derramó por eso? Sé que confías en Jon, pero ¿puedes confiar en sus hijos? ¿O en los hijos de sus hijos? Los Fuegoscurio aspiraban al trono y causaron problemas a los Targaryen durante cinco generaciones, hasta que Barristan el Bravo mató al último de su estirpe en los Peldaños de

Piedra. Si legitimas a Jon no hay vuelta atrás, no hay manera de volver a convertirlo en un bastardo. Si se casa y tiene hijos, los que tengas tú con Jeyne jamás estarán a salvo.

—Jon jamás haría daño a un hijo mío.

—¿Igual que Theon Greyjoy no haría daño a Bran ni a Rickon?

Viento Gris saltó sobre la cripta del rey Tristifer y enseñó los dientes. El rostro de Robb era una máscara gélida.

—Eso ha sido tan cruel como injusto. Jon no es Theon.

—Eso quieres creer. ¿Y has pensado en tus hermanas? ¿Qué pasa con sus derechos? Estamos de acuerdo en que el norte no puede quedar en manos del Gnomo, pero ¿qué pasa con Arya? Según la ley va después de Sansa... Es tu propia hermana, es hija legítima...

—Y está muerta. Nadie ha visto a Arya desde que le cortaron la cabeza a mi padre. ¿Por qué te sigues engañando? Hemos perdido a Arya, igual que a Bran y a Rickon, y también matarán a Sansa en cuanto le dé un hijo al enano. El único hermano que me queda es Jon. Si muero sin herederos, quiero que me suceda como Rey en el Norte. Tenía la esperanza de que me apoyaras en esta elección.

—No puedo —dijo—. En todo lo demás estoy contigo, Robb. En todo. Pero en esto no, es una locura. No me pidas mi aprobación.

—No tengo por qué. Soy el rey.

Robb se dio la vuelta y se alejó, *Viento Gris* saltó de la tumba y trotó en pos de él.

«¿Qué he hecho? —pensó Catelyn, agotada, al quedarse sola junto al sepulcro de piedra de Tristifer—. Primero he hecho enfadar a Edmure y ahora a Robb, pero lo único que hago es decir la verdad. ¿Tan frágiles son los hombres que no soportan oírla?» Se habría echado a llorar si el cielo no le hubiera tomado la delantera. Lo único que pudo hacer fue caminar de vuelta a su tienda y quedarse allí sentada, en silencio.

En los días siguientes Robb estuvo en todas partes a la vez; cabalgaba al frente de la vanguardia con el Gran Jon, exploraba con *Viento Gris*, retrocedía para ver a Robin Flint en la retaguardia... Los

hombres decían con orgullo que el Joven Lobo era el primero en levantarse cada amanecer y el último en irse a dormir por las noches, pero Catelyn no estaba segura de que durmiera.

«Está tan huesudo y famélico como su huargo.»

—Mi señora —le dijo una mañana Maegh Mormont mientras cabalgaban bajo una lluvia constante—, estáis muy sombría. ¿Pasa algo?

«Mi señor esposo está muerto, y también mi padre, han entregado a mi hija a un enano perjuró para que engendre a su repulsiva progenie, mi otra hija ha desaparecido y probablemente haya muerto, y el último hijo varón que me queda y mi único hermano están furiosos conmigo. ¿Qué puede pasar?» Pero sin duda Lady Maegh no querría oír tantas verdades.

—Es esta lluvia funesta —dijo en su lugar—. Hemos sufrido mucho y nos aguardan más peligros y más pesares. Tendríamos que hacerles frente con gallardía, haciendo sonar los cuernos y ondeando los estandartes. Pero la lluvia nos derrota. Los estandartes están empapados, y los hombres se arrebujan en sus capas, apenas si hablan unos con otros. Sólo una lluvia funesta nos helaría los corazones cuando más necesitamos que ardan con calor.

—Yo prefiero que me llueva agua en vez de flechas —dijo Dacey Mormont alzando la vista hacia el cielo.

—Mucho me temo que sois más valiente que yo. —Catelyn sonreía muy a su pesar—. ¿Todas las mujeres de vuestra Isla del Oso son así de guerreras?

—Somos osas, sí —dijo Lady Maegh—. Hemos tenido que serlo. En los viejos tiempos los hombres del hierro nos atacaban en sus barcos, o a veces eran salvajes de la Costa Helada. Lo más común era que los hombres hubieran salido a pescar. Las esposas que dejaban atrás tenían que defenderse y defender a sus hijos, o dejar que las raptaran.

—En nuestra puerta hay un grabado —intervino Dacey—. Es una mujer vestida con una piel de oso, lleva en un brazo a un niño al que

amamanta. En la otra mano tiene un hacha de batalla. No se puede decir que sea una verdadera dama, pero siempre me ha encantado.

—Mi sobrino Jorah nos trajo a casa en cierta ocasión a una verdadera dama —dijo Lady Maege—. La había ganado en un torneo. Ella aborrecía ese grabado.

—Sí, y todo lo demás —señaló Dacey—. Se llamaba Lynesse y tenía unos cabellos como hebras de oro. Su piel era blanca como la leche. Pero tenía manos blandas, no valían para sujetar un hacha.

—Y sus tetas no valían para dar de mamar —agregó su madre sin miramientos.

Catelyn sabía de quién hablaban; Jorah Mormont había llevado a su segunda esposa a Invernalía a algunos banquetes, y en cierta ocasión se quedaron quince días como invitados. Recordó que Lady Lynesse le había parecido muy joven, muy hermosa y muy desdichada. Una noche, después de varias copas de vino, llegó a confesar a Catelyn que el norte no era lugar para una Hightower de Antigua.

—Hubo una Tully de Aguasdulces que hace mucho tiempo pensaba lo mismo —le respondió con cariño, en un intento de consolarla—, pero con el tiempo descubrió que aquí había muchas cosas a las que podía llegar a amar.

«Ahora ya no queda nada —reflexionó—. Invernalía, Bran, Rickon, Sansa, Arya... los he perdido a todos. Sólo me queda Robb. —Tal vez en ella había demasiado de Lynesse Hightower y demasiado poco de los Stark—. Si hubiera sabido manejar un hacha tal vez los habría podido proteger mejor.»

Tras un día amanecía otro, y la lluvia seguía cayendo. Cabalgaron todo el trayecto Forca Azul arriba, más allá de Sietecaues, donde los ríos se desenmarañaban en una confusión de arroyos y riachuelos, y atravesaron el Pantano de la Bruja, donde centelleantes estanques verdes aguardaban para engullir al incauto y el suelo blando sorbía los cascos de los caballos como un bebé hambriento aferrado al pecho de su madre. La marcha era peor que lenta. Tuvieron que abandonar entre

las ciénagas la mitad de los carromatos y redistribuir su carga entre mulas y caballos.

Lord Jason Mallister les dio alcance entre las ciénagas del Pantano de la Bruja. Cuando llegó a caballo con su columna todavía quedaba más de una hora de luz, pero Robb dio la orden de acampar al instante, y Ser Raynald Westerling fue a buscar a Catelyn para acompañarla a la tienda del rey. Su hijo estaba sentado ante un brasero con un mapa desplegado sobre el regazo. *Viento Gris* dormía a sus pies. Lo acompañaban el Gran Jon, Galbart Glover, Maege Mormont, Edmure y alguien más a quien Catelyn no conocía, un hombre gordo y calvo de aspecto acobardado.

«No es ningún señor, ni siquiera un señor menor —supo nada más verlo—. No, ni siquiera es un guerrero.»

Jason Mallister se levantó para ceder su asiento a Catelyn. El señor de Varamar tenía casi tantos cabellos blancos como castaños, pero seguía siendo un hombre atractivo, alto, esbelto, de rostro anguloso bien afeitado, pómulos altos y brillantes ojos color azul grisáceo.

—Siempre es un placer veros, Lady Stark. Espero traeros buenas noticias.

—Las necesitamos con desesperación, mi señor. —Se sentó bajo el repiqueteo de la lluvia que se estrellaba contra la lona sobre ellos.

Robb esperó a que Ser Raynald cerrara el faldón de la tienda.

—Los dioses han escuchado nuestras plegarias, mis señores. Lord Jason nos ha traído al capitán de la *Myraham*, una galera mercante que partió de Antigua. Capitán, contadles lo mismo que me habéis dicho a mí.

—Como Su Alteza ordene. —Se lamió los gruesos labios en gesto nervioso—. El último puerto en que atraqué antes de poner proa hacia Varamar fue Puerto Noble, en Pyke. Los hombres del hierro me retuvieron allí medio año, nada menos. Por orden del rey Balon. Sólo que, bueno, para abreviar, que está muerto.

—¿Balon Greyjoy? —Por un instante a Catelyn se le detuvo el corazón—. ¿Decís que Balon Greyjoy ha muerto?

El menudo y desastrado capitán asintió.

—Ya sabéis cómo es Pyke, parte se alza en tierra firme y parte en rocas e islas más allá de la orilla, toda la estructura está unida por puentes. Por lo que oí en Puerto Noble, soplabla viento del oeste, llovía y tronaba cuando el viejo rey Balon cruzó uno de esos puentes, lo azotó una ráfaga y lo hizo caer. El mar lo devolvió a la orilla dos días después, todo hinchado. Dicen que los cangrejos se le comieron los ojos.

—Vaya con los cangrejos, se pegaron un banquete digno de un rey, ¿eh? —El Gran Jon se echó a reír.

—Sí —asintió el capitán con un gesto—, pero eso no es todo, ¡qué va! —Se inclinó hacia delante—. El hermano ha vuelto.

—¿Victarion? —preguntó Galbart Glover, sorprendido.

—Euron. Lo llaman Ojo de Grajo, el pirata más negro que jamás haya izado vela. Llevaba años fuera, pero antes de que se enfriara el cadáver de Lord Balon allí estaba, anclando su *Silencio* en Puerto Noble. Velas negras, casco rojo y una tripulación de mudos. Tengo entendido que había estado en Asshai. En fin, estuviera donde estuviera el caso es que ahora está en casa, se fue directo a Pyke a acomodar el trasero en la Silla de Piedramar, y cuando Lord Botley le puso objeciones lo ahogó en un barril de agua de mar. Entonces corrí de vuelta a la *Myraham* y levé anclas con la esperanza de largarme mientras durase la confusión. Lo conseguí, y aquí estoy.

—Capitán —dijo Robb al ver que había terminado—, os doy las gracias y os aseguro que no quedaréis sin recompensa. Lord Jason os llevará de vuelta a vuestro barco en cuanto terminemos. Os ruego que aguardéis afuera.

—Así haré, Alteza. Así haré.

En cuanto salió del pabellón real el Gran Jon soltó una carcajada, pero Robb lo hizo callar con sólo mirarlo.

—Si la mitad de lo que nos contaba Theon sobre él es cierto, Euron Greyjoy es lo menos parecido a un rey que se pueda imaginar. Theon es el heredero legítimo, a menos que haya muerto... Pero Victarion está al mando de la Flota del Hierro. No me puedo creer que se quede en Foso Cailin mientras Euron Ojo de Grajo ocupa el Trono de Piedramar. Tiene que regresar.

—También hay una hija de por medio —le recordó Galbart Glover—. Es la que se ha apoderado de Bosquespeso y de la esposa y el hijo de Robett.

—Si se queda en Bosquespeso no obtendrá nada más —señaló Robb—. Lo que se aplica a los hermanos se aplica también a ella y en mayor medida. Tendrá que poner rumbo a su tierra para expulsar a Euron y reclamar el trono. —Su hijo se volvió hacia Lord Jason Mallister—. ¿Tenéis una flota en Varamar?

—¿Una flota, Alteza? Media docena de barcoluengos y dos galeras de combate. Lo justo para defender mis orillas de los agresores, pero jamás podría enfrentarme en batalla contra la Flota del Hierro.

—Ni yo os lo pediría. Estoy seguro de que los hijos del hierro estarán preparándose para volver a Pyke. Theon me contó cómo piensan los suyos. Cada capitán es el rey de su barco. Todos querrán opinar en el tema de la sucesión. Mi señor, necesito que dos de vuestros barcoluengos rodeen el cabo de Águilas y suban por el Cuello hasta la Atalaya de Aguasgrises.

—Hay una docena de arroyos que cruzan el bosque húmedo —dijo Lord Jason, dubitativo—, todos superficiales y cenagosos, no aparecen en los mapas. Ni siquiera llegan a ríos. Los canales siempre están cambiando. Hay incontables bancos de arena, remolinos y marañas de raíces podridas. Y la Atalaya de Aguasgrises se mueve constantemente. ¿Cómo la van a encontrar mis naves?

—Iréis río arriba ondeando mi estandarte. Los lacustres os encontrarán. Quiero que sean dos barcos para duplicar las posibilidades de que mi mensaje llegue a Howland Reed. Lady Maege

irá en una y Galbart en la otra. —Se volvió hacia los dos mentados—. Llevaréis cartas para los señores vasallos que me quedan en el norte, pero las órdenes que escribiré en ellas serán falsas por si tenéis la desgracia de caer prisioneros. Si ello sucediera deberéis decirles que navegabais hacia el norte. De vuelta a la Isla del Oso o hacia la Costa Pedregosa. —Dio unos golpecitos en el mapa con el dedo—. La clave es Foso Cailin. Eso lo sabía bien Lord Balon, y por eso envió allí a su hermano Victarion con el grueso de las fuerzas de los Greyjoy.

—Con o sin disputas sobre la sucesión, los hijos del hierro no serán tan idiotas como para abandonar Foso Cailin —señaló Lady Maega.

—No —reconoció Robb—. Seguramente Victarion dejará allí la mayor parte de su guarnición. Pero cada hombre que se lleve será un hombre menos contra el que tendremos que luchar. Y seguro que quiere a su lado a muchos de sus capitanes. Los líderes. Si quiere ocupar el Trono de Piedramar necesitará de esos hombres.

—No tendréis intención de atacar desde el camino alto, Alteza —dijo Galbart Glover—. Los accesos son demasiado angostos. No hay manera de desplegar un ejército. Nadie ha conseguido jamás tomar el Foso.

—Desde el sur —apuntó Robb—. Pero si atacamos a la vez desde el norte y desde el oeste, y tomamos a los hombres del hierro por la retaguardia mientras piensan que se están enfrentando al ataque principal en el camino alto, tendremos posibilidades de victoria. Una vez me reúna con Lord Bolton y con los Frey contaré con más de doce mil hombres. Mi intención es dividirlos en tres frentes y ponernos en marcha por el camino alto con medio día de diferencia. Si los Greyjoy tienen vigilantes al sur del Cuello, lo que verán es que mi ejército entero se dirige hacia Foso Cailin.

»Roose Bolton irá al frente de la retaguardia, y yo me encargaré del grupo central. Gran Jon, vos dirigiréis la vanguardia contra Foso Cailin. Debéis lanzar un ataque tan fiero que los hijos del hierro no tengan tiempo para preguntarse si alguien va a caer sobre ellos por el norte.

El Gran Jon se echó a reír.

—Más vale que los lentos os deis prisa, de lo contrario mis hombres saltarán los muros y conquistarán el Foso antes de que aparezcáis. Os lo tendré envuelto para regalo cuando lleguéis del paseo.

—No me importaría recibir un regalo así —dijo Robb.

—Decís que atacaremos a los hombres del hierro por la retaguardia —intervino Edmure con el ceño fruncido—, pero ¿cómo vamos a situarnos al norte de ellos, señor?

—En el Cuello hay caminos que no aparecen en los mapas, tío. Caminos que sólo conocen los lacustres, senderos angostos entre los pantanos, rutas de agua entre los juncos que sólo se pueden seguir en bote. —Se volvió hacia los dos mensajeros—. Decid a Howland Reed que debe enviarme guías al batallón central, el que llevará ondeando mi enseña, dos días después de que emprendamos la marcha por el camino alto. De Los Gemelos saldrán tres huestes, pero a Foso Cailin sólo llegarán dos. Mi batallón desaparecerá en el Cuello y reaparecerá en el Fiebre. Si nos movemos deprisa después del matrimonio de mi tío, podemos estar situados en nuestras posiciones antes de que acabe el año. Caeremos sobre el Foso desde tres puntos a la vez el primer día del nuevo siglo, cuando los hombres del hierro se estén despertando con martillazos en las cabezas tras pasarse la noche anterior bebiendo aguamiel.

—Me gusta el plan —dijo el Gran Jon—. Me gusta pero que mucho.

—Tiene sus riesgos. —Galbart Glover se frotó los labios—. Si los lacustres os fallan...

—Estaremos como al principio. Pero no me fallarán. Mi padre conocía bien la valía de Howland Reed. —Robb enrolló el mapa y sólo entonces miró a Catelyn—. Madre.

—¿Qué quieres que haga yo? —preguntó poniéndose tensa.

—Quiero que estés a salvo. Nuestro viaje por el Cuello será peligroso, y en el norte sólo nos aguardan batallas. Pero Lord

Mallister ha tenido la bondad de ofrecerse a cuidar de ti en Varamar hasta que acabe la guerra. Sé que allí contarás con todas las comodidades.

«¿Es mi castigo por oponerme a él en lo de Jon Nieve? ¿O por ser mujer, y peor todavía, por ser madre?» Tardó un segundo en darse cuenta de que todos los ojos estaban clavados en ella. Comprendió que habían conocido la idea desde el principio. No tendría que haberse sorprendido. Al liberar al Matarreyes no se había granjeado muchas amistades y había oído decir al Gran Jon en más de una ocasión que el campo de batalla no era sitio para una mujer.

La ira se le debía de reflejar en el rostro, porque Galbart Glover se apresuró a hablar antes de que ella dijera nada.

—Su Alteza tiene razón, mi señora. Sería mejor que no vinierais con nosotros.

—Varamar se iluminará con vuestra presencia, Lady Catelyn —intervino Lord Jason Mallister.

—Voy a ser vuestra prisionera —replicó.

—No, señora, seréis una honorable invitada —insistió Lord Jason.

—No quisiera ofender a Lord Jason —dijo Catelyn con rigidez volviéndose hacia su hijo—, pero si no puedo seguir contigo preferiría regresar a Aguasdulces.

—En Aguasdulces he dejado a mi esposa. Prefiero que mi madre esté en otro lugar. Guardar juntos todos los tesoros sólo sirve para poner las cosas fáciles a quien los quiere robar. Después de la boda irás a Varamar, lo ordena el rey. —Robb se levantó, y el destino de Catelyn quedó sellado. El muchacho cogió una hoja de pergamino—. Una cosa más. La herencia de Lord Balon ha sido un caos, y ahí radica nuestra esperanza. No quiero que lo mismo me suceda a mí. Aún no tengo hijos, mis hermanos Bran y Rickon están muertos, y a mi hermana la han casado con un Lannister. He meditado mucho sobre quién podría ser mi sucesor. Sois mis leales señores y como tales os ordeno que pongáis vuestros sellos en este documento como testigos de mi decisión.

«Rey de los pies a la cabeza», pensó Catelyn, derrotada. Su única esperanza era que la trampa que Robb había planeado para Foso Cailin funcionara tan bien como la que le había tendido a ella.

SAMWELL

«Arbolblanco —pensó Sam—. Por favor, que sea Arbolblanco.» Se acordaba de ese poblado, estaba en los mapas que había dibujado cuando viajaban hacia el norte. Si aquella aldea era Arbolblanco, sabría dónde estaba. «Por favor, tiene que ser Arbolblanco.» Lo deseaba con tanta intensidad que durante un rato se olvidó de sus pies, se olvidó del dolor en las pantorrillas y en la base de la espalda, de los dedos rígidos y helados que apenas notaba. Hasta se olvidó de Lord Mormont y de Craster, de los espectros y de los Otros. «Arbolblanco», rezó Sam a cualquier dios que pudiera estar escuchándolo.

Pero todas las aldeas de los salvajes se parecían mucho. En el centro de aquélla crecía un gran arciano... pero un árbol blanco no quería decir necesariamente que aquello fuera Arbolblanco. ¿El arciano de Arbolblanco no había sido un poco más grande que aquél? Tal vez no lo recordara bien. El rostro tallado en el tronco claro era alargado y triste; de los ojos brotaban lágrimas rojas de savia seca.

«¿Era así cuando pasamos por aquí?» Sam no conseguía recordarlo.

En torno al árbol había un puñado de chozas sin divisiones interiores con tejados de hierba, una edificación alargada de troncos cubiertos de musgo, un pozo de piedra, un redil... pero ni rastro de ovejas ni de personas. Los salvajes habían ido a reunirse con Mance Rayder en los Colmillos Helados, llevándose con ellos todo cuanto poseían excepto sus casas. Sam se lo agradeció en silencio. La noche se aproximaba, y sería agradable dormir bajo techo para variar. Estaba agotado. Se sentía como si llevara media vida caminando. Las botas se le caían a pedazos, y todas las ampollas de los pies se le habían reventado y convertido en callos, aunque ya tenía ampollas nuevas debajo de los callos, y los dedos se le empezaban a congelar.

Pero se trataba de caminar o morir, Sam lo sabía muy bien. Elí seguía débil después del parto, además, llevaba al bebé; necesitaba la montura mucho más que él. El segundo caballo se les había muerto tres días después de abandonar el Torreón de Craster. Era increíble que la pobre yegua medio muerta de hambre hubiera aguantado tanto. Probablemente el peso de Sam la había terminado de matar. Podrían haber intentado ir los dos en el mismo caballo, pero tenía miedo de que corriera el mismo destino.

«Es mejor que camine.»

Sam dejó a Elí en la edificación alargada para que encendiera un fuego mientras él se asomaba a las chozas. Las hogueras se le daban mejor que a él, que nunca conseguía que la incendaja prendiera, y la última vez que intentó arrancar una chispa del pedernal y el acero se había cortado con el cuchillo. Elí le vendó la herida, pero tenía la mano dolorida y rígida, y aún más torpe que de costumbre. Sabía que debería lavarse la herida y cambiarse el vendaje, pero le daba miedo mirarse la mano. Además, hacía tanto frío que no quería ni pensar en quitarse los guantes.

Sam no sabía qué esperaba encontrar en las casas vacías. Tal vez los salvajes se hubieran dejado allí algo de comer. Tenía que echar un vistazo. Jon había registrado las chozas de Arbolblanco cuando iban de camino hacia el norte. En el interior de una, Sam oyó el correteo de ratas en un rincón oscuro, pero por lo demás, nada, sólo paja vieja, olores viejos y cenizas frías bajo el agujero de ventilación.

Se volvió hacia el arciano y estudió un instante el rostro. «No es la cara que vimos —tuvo que reconocerse para sus adentros—. El árbol no es ni la mitad de grande que el de Arbolblanco.» Los ojos rojos lloraban sangre, y eso tampoco lo recordaba. Sam se dejó caer de rodillas con torpeza.

—Antiguos dioses, escuchad mi plegaria. Los Siete eran los dioses de mi padre, pero cuando me uní a la Guardia presté juramento ante vosotros. Ayudadnos ahora. Tengo miedo de que nos hayamos perdido. También tenemos hambre y frío. Ya no sé en qué dioses creo, pero... por favor, si estáis ahí, ayudadnos. Elí tiene un hijito.

No se le ocurrió qué más decir. El ocaso era cada vez más oscuro, las hojas del arciano susurraban y las ramas se movían como un millar de manos ensangrentadas. No habría sabido decir si los dioses de Jon lo habían escuchado o no.

Cuando llegó a la edificación alargada Elí ya había encendido una hoguera. Estaba sentada junto a ella, con las pieles abiertas y el bebé al pecho.

«El pobre tiene tanta hambre como nosotros», pensó Sam. Las ancianas habían conseguido sacar algo de comida de las despensas para ellos, pero ya la habían consumido casi toda. Sam había sido un cazador nefasto incluso en Colina Cuerno, donde había caza en abundancia y contaba con la ayuda de sabuesos y oteadores. Allí, en aquel bosque desierto e interminable, las posibilidades de que atrapara una presa eran remotas. Sus intentos de pescar en los lagos y los arroyos medio helados también habían terminado en fracasos estrepitosos.

—¿Queda mucho, Sam? —preguntó Elí—. ¿Estamos todavía muy lejos?

—No tan lejos. No tan lejos como antes. —Sam se quitó la mochila de los hombros, se dejó caer sentado en el suelo y trató de cruzar las piernas. La espalda le dolía muchísimo de tanto caminar, habría preferido recostarse contra uno de los pilares de madera tallada sobre los que descansaba el tejado, pero el fuego estaba en el centro de la estancia, bajo el agujero de ventilación, y en aquellos momentos el calor le era más necesario que la comodidad—. Estaremos allí en pocos días.

Sam tenía mapas, pero si aquello no era Arbolblanco no le iban a resultar de ninguna utilidad.

«Nos desviamos demasiado hacia el este para rodear aquel lago —se temía—, o tal vez demasiado hacia el oeste cuando quise desandar el camino.» Había llegado a detestar los lagos y los ríos. Allí no había transbordadores ni puentes, así que tenían que rodear lagos enteros y buscar vados para cruzar los ríos. Era más sencillo seguir las sendas

de los animales que pelearse con la maleza, era más sencillo rodear un risco que tratar de escalarlo. «Si Bannen o Dywen estuvieran con nosotros, ya habríamos llegado al Castillo Negro y nos estaríamos calentando los pies en la sala común.» Pero Bannen había muerto y Dywen había huido con Grenn, Edd el Penas y los demás.

«El Muro tiene quinientos kilómetros de longitud y doscientos metros de altura», se recordó Sam. Si seguían avanzando hacia el sur tenían que encontrarlo tarde o temprano. Y si de algo estaba seguro era de que iban hacia el sur. Durante el día se guiaba por el sol, y en las noches despejadas podían seguir la cola del Dragón de Hielo, aunque la verdad era que no habían podido viajar mucho de noche desde que muriera el segundo caballo. Ni siquiera la luz de la luna llena se colaba entre los árboles, y tanto Sam como el caballo que les quedaba se habrían podido romper una pierna. «Ya tenemos que estar muy al sur, seguro, seguro...»

Lo que no tenía tan claro era hasta qué punto se habían desviado hacia el este o hacia el oeste. Llegarían al Muro, sí... en un día o en quince, no podían estar más lejos, seguro, seguro... Pero ¿a qué punto del muro? Lo que tenían que encontrar era la puerta cercana al Castillo Negro, era la única entrada en cien leguas.

—¿El Muro es tan grande como nos contaba Craster? —preguntó Elí.

—Más. —Sam trataba de parecer animado—. Es tan grande que ni siquiera se ven los castillos que hay detrás. Pero están allí, ya verás. El Muro es todo de hielo, en cambio los castillos son de piedra y de madera. Hay torres altas y criptas muy profundas, y una sala muy grande donde siempre hay fuego en la chimenea, de día y de noche. Ni te imaginas qué calor hace allí, Elí, no te lo vas a creer.

—¿Podré ponerme al lado del fuego? ¿Con el niño? No será mucho tiempo, sólo hasta que entremos en calor.

—Te podrás poner al lado del fuego tanto tiempo como quieras. Te darán de comer y de beber. Vino especiado caliente y un cuenco de guiso de venado con cebollas, y el pan que prepara Hobb, recién

salido del horno, que hasta quema los dedos. —Sam se quitó un guante para flexionar los dedos junto a las llamas, y al instante se arrepintió. El frío se los había entumecido, pero cuando recuperó las sensaciones le dolieron tanto que estuvo a punto de gritar—. A veces hay algún hermano que canta —dijo para distraerse del dolor—. El que mejor voz tiene es Dareon, pero lo enviaron a Guardiaoriental. Luego está Halder, que también canta muy bien. Y luego Sapo. En realidad se llama Todder, pero parece un sapo, por eso le pusimos el apodo. Le gusta cantar, pero tiene una voz horrorosa.

—¿Tú cantas? —Elí se reacomodó las pieles y se pasó el bebé de un pecho al otro. Sam se sonrojó ante la pregunta.

—Pues... me sé algunas canciones. Cuando era pequeño me gustaba cantar. También bailaba, pero a mi señor padre no le gustaba. Decía que, si quería hacer cabriolas, que las hiciera en el patio con una espada en la mano.

—¿Me cantas una canción sureña? ¿Para el bebé?

—Si quieres... —Sam pensó un instante—. Había una canción que nuestro septon nos cantaba a mis hermanas y a mí, cuando éramos pequeños y llegaba la hora de acostarnos. Se llama «La canción de los Siete».

Carraspeó para aclararse la garganta y empezó a cantar:

*El rostro del Padre es fuerte y severo,
juzga certero el bien y el mal.
Sopesa las vidas, las largas, las breves,
y ama a los niños.*

*La Madre regala el don de la vida,
vela por toda esposa y mujer.
Su sonrisa dulce aplaca la ira,
y ama a sus niños.*

*El fuerte Guerrero enfrenta enemigos,
nos protege siempre en el vivir.*

*Con espada, escudo, con arco y lanza,
él guarda a los niños.*

*La Vieja es anciana y muy sabia,
y nuestros destinos contempla pasar.
Levanta su lámpara de oro rutilante
y guía a los niños.*

*El Herrero trabaja sin descanso,
para nuestro mundo enderezar.
Usa su martillo, enciende su fuego,
todo para los niños.*

*La Doncella baila por nuestros cielos,
ella vive en todo suspiro de amor.
Su sonrisa bella da vuelo a las aves,
y sueños a los niños.*

*Son los Siete Dioses, nos hacen a todos,
escuchan tus ruegos al rezar.
Cerrad pues los ojos, os cuidan, niños,
cerrad pues los ojos, vuestro sueño velarán.

Solo cerrad los ojos, ellos os cuidarán
y vuestro sueño velarán.*

Sam recordaba la última vez que había cantado aquella canción con su madre para dormir al bebé Dickon. Su padre oyó las voces y entró furioso en la habitación.

—Esto se tiene que acabar —recriminó Lord Randyll a su esposa—. Ya has estropeado a un niño con esas canciones blandengues de septones, ¿qué quieres, hacer lo mismo con el bebé? —Se volvió hacia Sam—. Ve a cantarles a tus hermanas si quieres, pero no te quiero ver cerca de mi hijo.

El bebé de Elí se había quedado dormido. Era una cosita diminuta y tan tranquilo que a veces Sam temía por él. Ni siquiera tenía nombre todavía. Le había dicho a Elí que eligiera uno, pero ella respondió que poner nombre a un niño antes de que tuviera dos años traía mala suerte. Muchos morían.

La chica se volvió a cubrir el pecho con las pieles.

—Qué bonito, Sam. Cantas muy bien.

—Tendrías que oír a Dareon. Tiene una voz tan dulce como el aguamiel.

—El aguamiel más dulce que he bebido lo probé el día en que Craster me convirtió en su esposa. Entonces era verano, no hacía tanto frío. —Elí le dirigió una mirada desconcertada—. Sólo has cantado sobre seis dioses, ¿no? Craster nos decía siempre que los sureños tienen siete.

—Siete —asintió—, pero al Desconocido no se le canta. —El rostro del Desconocido era el rostro de la muerte. Hasta el hecho de hablar de él incomodaba a Sam—. Tendríamos que comer algo. Aunque sólo sea un bocado.

Sólo les quedaban unas pocas salchichas negras, duras como un pedazo de madera. Sam cortó unas cuantas rodajas finas para cada uno. El esfuerzo hizo que le doliera la muñeca, pero tenía suficiente hambre para persistir. Si uno las masticaba mucho rato, las rodajas acababan por ablandarse, y sabían bien. Las esposas de Craster las condimentaban con ajo.

Después de terminar, Sam se disculpó un momento y salió para hacer sus necesidades y echar un vistazo al caballo. Un viento lacerante soplaba del norte, y las hojas de los árboles lo azotaron al pasar. Tuvo que romper la fina capa de hielo que cubría el arroyo para que el caballo pudiera beber.

«Será mejor que lo lleve adentro.» No quería despertarse al amanecer y encontrarse con que el caballo había muerto congelado durante la noche. «Aun así, Elí podría seguir adelante.» Era muy valiente, todo lo contrario que él. Le habría gustado saber qué pasaría

con ella cuando llegaran al Castillo Negro. Ella no dejaba de decir que si Sam quería, sería su esposa, pero los hermanos negros no tenían esposas. Además, él era un Tarly de Colina Cuerno, no podría casarse con una salvaje.

«Tendrá que ocurrírseme alguna cosa. Con tal de que lleguemos vivos al Muro, el resto no importa, no importa lo más mínimo.»

Llevar el caballo a la edificación fue muy sencillo. Hacer que cruzara la puerta ya no tanto, pero Sam se empecinó. Cuando consiguió entrar con el animal, Elí ya estaba adormilada. Guió al animal hasta un rincón, echó un poco más de leña al fuego, se quitó la gruesa capa y se arrebujó bajo las pieles junto a la mujer salvaje. La capa de Sam era lo bastante grande para cubrirlos a los tres y no dejar escapar el calor de sus cuerpos.

Elí olía a leche, a ajo y a pieles húmedas, pero ya se había acostumbrado. Por lo que a Sam respectaba, eran olores agradables. Le gustaba dormir junto a ella, le hacía recordar tiempos pasados, cuando compartía un gran lecho de Colina Cuerno con dos de sus hermanas. Aquello había terminado cuando Lord Randyll decidió que así se ablandaba como una niña.

«Pero dormir solo en mi celda fría no me hizo más duro ni más valiente. —Se preguntó qué diría su padre si pudiera verlo en aquel momento—. He matado a uno de los Otros, mi señor —imaginó que le contaría—. Lo apuñalé con una daga de obsidiana, y mis hermanos juramentados me llaman ahora Sam el Mortífero.» Pero, hasta en sus fantasías, Lord Randyll se limitaba a fruncir el ceño, incrédulo.

Aquella noche tuvo sueños extraños. Volvía a estar en Colina Cuerno, en el castillo, pero su padre no estaba. Era el castillo de Sam. Lo acompañaban Jon Nieve, Lord Mormont, el Viejo Oso, Grenn, Edd el Penas, Pyp, Sapo y todos sus hermanos de la Guardia, pero en vez de ropas negras llevaban otras de colores vivos. Sam ocupaba el lugar de honor en la mesa y celebraba un festín. Cortaba gruesas tajadas de asado con *Veneno de Corazón*, el espadón de su padre. También había pastelillos dulces para comer y vino con miel para beber, había canciones y bailes, y nadie tenía frío. Cuando terminó el banquete se

retiró a dormir; no a las estancias del señor donde vivían su madre y su padre, sino a la habitación que había compartido con sus hermanas. Sólo que, en vez de sus hermanas, la que aguardaba en el amplio lecho blando era Elí, vestida sólo con pieles, con los pechos rezumando leche.

Se despertó de repente, muerto de frío y de miedo.

El fuego se había consumido y sólo quedaban brasas rojas y humeantes. El mismo aire parecía congelado de tanto frío como hacía. En el rincón, el pequeño caballo relinchaba y coceaba los troncos con las patas traseras. Elí estaba sentada junto a los restos de la hoguera, abrazada a su bebé. Sam, adormilado, se incorporó. El aliento se le condensaba en nubes blancuzcas. La estancia estaba poblada de sombras, unas negras y otras más negras todavía. Tenía el vello de los brazos erizado.

«No es nada —se dijo—. Tengo frío, nada más.»

En aquel momento, junto a la puerta, se movió una sombra. Una de las grandes.

«Todavía estoy soñando. Por favor, que todavía esté soñando, que sea sólo una pesadilla —rezó Sam—. Está muerto, está muerto, yo lo vi morir.»

—Ha venido a por el bebé —sollozó Elí—. Lo ha olido. Un bebé recién nacido apesta a vida. Ha venido a por la vida.

La enorme sombra oscura se inclinó para pasar bajo el dintel, entró en la estancia y avanzó tambaleante hacia ellos. A la escasa luz del fuego, la sombra se convirtió en Paul el Pequeño.

—¡Vete! —graznó Sam—. ¡No te queremos aquí!

Las manos de Paul eran carbón; su rostro, leche, y sus ojos tenían un gélido brillo azul. La escarcha le blanqueaba la barba, y llevaba un cuervo posado en un hombro. El pájaro le picoteaba la mejilla para devorar la blanca carne muerta. A Sam se le aflojó la vejiga y sintió la humedad cálida que le corría por las piernas.

—Elí, tranquiliza al caballo y sácalo de aquí. Deprisa.

—Y tú... —empezó la chica.

—Yo tengo el cuchillo. La daga de vidriagón. —La sacó con torpeza al tiempo que se ponía en pie. La primera daga se la había dado a Grenn, pero por suerte se había acordado de coger la de Lord Mormont antes de huir del Torreón de Craster. La empuñó con fuerza al tiempo que se alejaba del fuego, de Elí y del bebé.

—¿Paul? —Trató de que su voz sonara valerosa, pero le salió chillona—. ¿Paul el Pequeño? ¿Me conoces? Soy Sam, Sam el gordo, Sam el Miedica, en el bosque me salvaste. Me llevaste en brazos cuando no podía dar un paso más. Nadie más lo podría haber hecho, sólo tú. —Sam retrocedió con el cuchillo en la mano, lloriqueando. «Qué cobarde soy»—. No nos hagas daño, Paul, por favor. ¿Por qué ibas a hacernos daño?

Elí retrocedió de espaldas por el suelo de tierra prensada y el espectro giró la cabeza para mirarla.

—¡No! —gritó Sam, y de nuevo se volvió hacia él.

El cuervo que llevaba en el hombro le arrancó una tira de carne de la destrozada mejilla blancuzca. Sam agitó la daga delante de él, jadeaba como el fuelle de un herrero. Al otro lado de la habitación, Elí había llegado junto al caballo.

«Dioses, dadme valor —rezó Sam—. Dadme un poco de valor, por una vez, lo justo para que Elí pueda escapar.»

Paul el Pequeño avanzó hacia él. Sam siguió retrocediendo hasta que tropezó contra la basta pared de troncos. Agarró la daga con ambas manos para que no le temblara. El espectro no parecía tener miedo del vidriagón. Tal vez no supiera qué era. Se movía despacio, pero Paul el Pequeño no había sido rápido ni cuando estaba vivo. Tras él, Elí murmuraba palabras tranquilizadoras al caballo mientras trataba de guiarlo hacia la puerta. Pero el animal debía de haber olido el extraño hedor frío del espectro. De pronto se paró en seco y pateó el aire gélido. Paul se volvió hacia la fuente del sonido y pareció perder todo interés en Sam.

No había tiempo para pensar, para rezar ni para tener miedo. Samwell Tarly se precipitó hacia delante y clavó la daga en la espalda

de Paul el Pequeño. El espectro, que ya se había dado media vuelta, no lo vio venir. El cuervo lanzó un graznido y echó a volar.

—¡Estás muerto! —gritó Sam mientras lo apuñalaba—. ¡Estás muerto, muerto, muerto!

Apuñaló y gritó, una y otra vez, desgarrando la pesada capa negra de Paul. Las esquirlas de vidriagón saltaban por los aires cada vez que la hoja se resquebrajaba contra la cota de mallas de debajo de la capa.

El aullido de Sam lanzó una bocanada de vaho blanco al aire oscuro. Soltó la inútil empuñadura de la daga y dio un precipitado paso atrás mientras Paul el Pequeño se daba la vuelta. Antes de que pudiera sacar el otro cuchillo, el de acero que llevaban todos los hermanos, las manos negras del espectro se le cerraron bajo las papadas. Los dedos de Paul estaban tan fríos que casi quemaban. Se hundieron en la carne blanda de la garganta de Sam.

«Corre, Elí, corre», habría querido gritar, pero cuando abrió la boca sólo consiguió emitir un sonido ahogado.

Por fin se encontró la daga a tientas, pero cuando la clavó en el vientre del espectro las anillas de hierro desviaron la punta, y el arma salió despedida de la mano de Sam. Los dedos de Paul el Pequeño se tensaron, inexorables, y empezó a girarle la cabeza. «Me la va a arrancar», pensó Sam, desesperado. Sentía la garganta helada y los pulmones al rojo vivo. Golpeó las muñecas del espectro, intentó quitárselas de la garganta, pero fue inútil. Dio una patada a Paul entre las piernas, y tampoco sirvió de nada. El mundo se encogió hasta ser apenas dos estrellas azules, un dolor aplastante y un frío tan intenso que las lágrimas se le helaron en los ojos. Sam, desesperado, se debatía e intentaba retroceder... Entonces, se lanzó hacia delante.

Paul el Pequeño era corpulento y fuerte, pero aun así Sam pesaba más que él, y los espectros eran torpes, ya lo había visto en el Puño. El repentino cambio de impulso hizo que Paul se tambaleara y retrocediera un paso, y el hombre vivo y el muerto cayeron juntos al suelo. El impacto hizo que le quitara una de las manos del cuello, y consiguió inhalar una rápida bocanada de aire antes de que volvieran

los dedos fríos y negros. El sabor a sangre le inundó la boca. Torció el cuello para buscar el cuchillo con los ojos y vio un tenue resplandor anaranjado. «¡El fuego!» Sólo quedaban brasas y cenizas, pero quizá... no podía respirar ni pensar... Sam se retorció hacia un lado arrastrando con él a Paul... agitó los brazos sobre el suelo de tierra... tanteando, buscando, registrando las cenizas, hasta que al final encontró algo caliente, un trozo de madera chamuscada, con un brillo rojo y anaranjado dentro del negro, cerró los dedos en torno a él y lo estrelló contra la boca de Paul con tanta fuerza que notó cómo se le rompían los dientes.

Pero el espectro no aflojó la presa. Los últimos pensamientos de Sam fueron para la madre que lo había amado y para el padre al que había fallado. La habitación le daba vueltas cuando vio el jirón de humo que salía de los dientes rotos de Paul. En aquel momento, el rostro del hombre muerto empezó a arder y las manos lo soltaron.

Sam engulló aire y rodó hacia un lado. El espectro ardía, la escarcha se le derretía de la barba al tiempo que la carne se tornaba negra. Sam oyó el graznido del cuervo, pero Paul no hizo el menor ruido. Cuando abrió la boca, sólo salieron llamas. En cuanto a los ojos...

«Ha desaparecido, el brillo azul ha desaparecido.»

Se arrastró hacia la puerta. El aire estaba tan frío que hacía daño respirar, pero era un dolor bueno, dulce. Se agachó para salir.

—¿Elí? —llamó—. Elí, lo he matado, lo...

La chica estaba de pie con la espalda contra el arciano y el niño en brazos. Los espectros la rodeaban. Eran doce, veinte, más... Algunos habían sido salvajes, aún vestían pieles... pero la mayoría habían sido sus hermanos. Sam vio a Lark de las Hermanas, a Piesligeros, a Ryles. El quiste del cuello de Chett estaba negro y una fina película de hielo le cubría los forúnculos. Había uno que parecía Hake, aunque no se podía saber bien, ya que le faltaba la mitad de la cabeza. Habían despedazado al pobre caballo y le estaban sacando las entrañas con las manos ensangrentadas. Del vientre le salía un vapor blanquecino.

Sam dejó escapar un quejido gimoteante.

—No es justo...

—*Justo*. —El cuervo se le posó en el hombro—. *Justo, justo, justo*.

Batió las alas y graznó a la vez que Elí empezaba a gritar. Los espectros estaban casi encima de ella. Sam oyó cómo las hojas color rojo oscuro del arciano crepitaban y susurraban entre ellas en un idioma que no conocía. La misma luz de las estrellas parecía agitarse, y a su alrededor los árboles gemían y crujían. Sam se puso del color de la leche cortada, y abrió los ojos como platos. «¡Cuervos!» Estaban en el arciano, los había a cientos, a miles, posados en las ramas blancas como huesos, mirando entre las hojas. Vio los picos abiertos al graznar, los vio extender las alas negras... Entre graznidos y batir de alas, se cernieron sobre los espectros en nubes de furia. Revolotearon como un enjambre en torno al rostro de Chett y le picotearon los ojos azules, cubrieron como moscas al de las Hermanas, sacaron pedacitos de cerebro de la cabeza destrozada de Hake. Eran tantos que Sam, cuando alzó la vista, no pudo ver la luna.

—*Corre* —dijo el pájaro que tenía en el hombro—. *Corre, corre, corre*.

Sam corrió con bocanadas de vaho brotándole de la boca. A su alrededor los espectros se defendían a manotazos de las alas negras y los picos afilados que los atacaban, caían en un silencio escalofriante, sin un grito, sin un gruñido. Pero los cuervos no prestaron atención a Sam. Cogió a Elí de la mano y la alejó del arciano.

—Tenemos que irnos.

—¿Adónde? —Elí corrió tras él, abrazando al bebé—. Han matado al caballo, ¿cómo vamos a...?

—¡Hermano! —El grito cortó la noche y atravesó los graznidos de un millar de cuervos. Bajo los árboles, un hombre vestido de los pies a la cabeza con ropas negras y grises montaba a lomos de un alce—. Aquí —llamó el jinete, con el rostro oculto por una capucha.

«Viste el negro.» Sam corrió con Elí hacia él. El alce era grande, muy grande, de tres metros de altura hasta el lomo, con unas astas casi igual de amplias. El animal se dejó caer sobre las rodillas para que montaran.

—Sube —dijo el jinete al tiempo que tendía una mano enguantada a Elí para ayudarla a montar tras él. Luego fue el turno de Sam.

—Gracias —jadeó él.

Sólo cuando cogió la mano se dio cuenta de que el jinete no llevaba guante. La mano era fría y negra, con dedos duros como la piedra.

ARYA

Cuando llegaron a la cima del risco y vieron el río, Sandor Clegane tiró bruscamente de las riendas y masculló una maldición.

La lluvia caía de un cielo oscuro como si fuera de hierro y perforaba el torrente verde y castaño con diez millares de espadas. «Debe de tener dos kilómetros de ancho», pensó Arya. Las copas de medio centenar de árboles sobresalían de las aguas turbulentas y sus ramas se alzaban hacia el cielo como los brazos de hombres que se estuvieran ahogando. Las orillas estaban llenas de montones de hojas empapadas, y a lo lejos divisó un bulto pálido e hinchado, tal vez un ciervo o un caballo muerto que la corriente se llevaba río abajo. También se oía un ruido, como un rugido grave casi inaudible, parecido al sonido que emite un perro justo antes de empezar a gruñir.

Arya se movió en la silla y sintió que se le clavaban en la espalda los aros de la cota de mallas del Perro. La tenía rodeada con los brazos; el izquierdo, el de la quemadura, se lo protegía con un avambrado de acero, pero le había visto cambiarse los ventajes y la herida seguía abierta y supuraba. Si le causaba dolor, Sandor Clegane no daba muestras de ello.

—¿Este río es el Aguasnegras?

Llevaban tanto tiempo cabalgando en medio de la lluvia y la oscuridad, a través de bosques sin senderos y aldeas sin nombre, que Arya había perdido por completo la orientación.

—Es un río que tenemos que cruzar, no te hace falta saber más.

De vez en cuando Clegane respondía a alguna pregunta, pero le había advertido que no quería oírla hablar. Le hizo muchas advertencias aquel primer día.

—La próxima vez que me pegues, te ataré las manos a la espalda —le dijo—. La próxima vez que intentes escapar te ataré los pies. Chilla, grita o vuelve a morderme y te pongo una mordaza. Podemos

montar los dos, o puedo llevarte tirada a la grupa del caballo como una cerda para el matadero. Tú eliges.

Había elegido ir a horcajadas, pero cuando acamparon aguardó hasta que le pareció que estaba dormido y cogió una piedra grande para machacarle aquella cabezota horrible.

«Silenciosa como una sombra», se dijo al tiempo que se deslizaba hacia él; pero no fue suficientemente silenciosa. Tal vez el Perro no estuviera dormido, o tal vez se despertó. Fuera como fuera abrió los ojos, frunció los labios y le quitó la piedra de un manotazo como si Arya fuera un bebé. Lo único que pudo hacer fue asestarle una patada.

—Por esta vez pase —dijo al tiempo que tiraba la piedra entre los arbustos—. Pero si eres tan tonta como para volver a intentarlo te haré daño de verdad.

—¿Y por qué no me matas igual que mataste a Mycah? —le había gritado Arya. Entonces aún se mostraba desafiante, más furiosa que asustada.

La respuesta del hombre fue agarrarla por la túnica y alzarla bruscamente hasta que estuvo casi pegada a su rostro quemado.

—La próxima vez que pronuncies ese nombre te daré una paliza tal que desearás que te hubiera matado.

Después de aquello todas las noches la envolvía en la manta del caballo antes de echarse a dormir y la ataba con cuerdas de arriba abajo de manera que quedaba tan inmovilizada como un bebé.

«Tiene que ser el Aguasnegras», decidió Arya mientras veía cómo la lluvia azotaba el río. El Perro servía a Joffrey, la llevaba de vuelta a la Fortaleza Roja para entregarla a él y a la reina. Habría dado cualquier cosa por que saliera el sol, así sabría en qué dirección avanzaban. Cuanto más se fijaba en el musgo de los árboles más confusa estaba. «El Aguasnegras no era tan ancho en Desembarco del Rey, pero eso fue antes de las lluvias.»

—Los vados habrán desaparecido —dijo Sandor Clegane—. Y desde luego no quiero cruzar a nado.

«No hay manera de pasar —pensó—. Lord Beric nos alcanzará, seguro.» Clegane había forzado al máximo a su enorme corcel negro y lo había hecho volver sobre sus pasos tres veces para despistar a cualquier perseguidor, hasta llegaron a cabalgar un kilómetro por el centro de un arroyo crecido... pero Arya seguía esperando ver a los bandidos a su espalda en cualquier momento. Había intentado ayudarlos grabando su nombre en los troncos de los árboles cuando se metía entre los arbustos a orinar, pero la cuarta vez que lo hizo la atrapó y ahí terminó la intentona. «No importa —se dijo Arya—. Thoros me encontrará en sus llamas.» Pero no la había encontrado. Al menos por el momento y cuando cruzaran el río...

—El pueblo de Harroway no debe de estar lejos —dijo el Perro—. Allí están los establos de Lord Roote, donde duerme el caballo acuático de dos cabezas del viejo rey Andahar. Nos cruzará al otro lado.

Arya no había oído hablar nunca del viejo rey Andahar. Tampoco había visto nunca un caballo de dos cabezas, y menos uno que pudiera correr por el agua, pero tuvo el sentido común de no hacer preguntas. Se mordió la lengua y se sentó muy rígida mientras el Perro hacía dar la vuelta al corcel y emprendía el trote por el risco siguiendo la corriente río abajo. Al menos así la lluvia los azotaba por la espalda. Ya estaba harta de que le diera en los ojos y la dejara medio ciega, de que le corriera por las mejillas como si estuviera llorando. «Los lobos no lloran nunca», se recordó una vez más.

Debía de ser poco más de mediodía, pero el cielo estaba tan oscuro como al anochecer. Hacía muchos días que no veían el sol, tantos que había perdido la cuenta. Arya estaba empapada hasta los huesos, tenía los muslos magullados de tanto cabalgar, la nariz llena de mocos y todo el cuerpo dolorido. También se sentía febril, y a veces se estremecía de manera incontrolable, pero cuando le dijo al Perro que estaba enferma sólo consiguió que le gruñera.

—Límpiate la nariz y cierra la boca —le dijo.

Últimamente dormía la mitad de las veces en la silla, confiando en que su corcel siguiera el sendero o el camino de animales que

estuvieran recorriendo. Era un buen corcel, casi tan grande como un caballo de batalla, pero mucho más rápido. El Perro lo llamaba *Extraño*. Arya se lo había intentado robar una vez mientras Clegane estaba meando contra un árbol, pensó que podría alejarse al galope antes de que la atrapara. *Extraño* casi le había arrancado la cara de un mordisco. Con su amo era tranquilo como un jamelgo viejo, pero para los demás tenía un temperamento tan sombrío como su pelo. En su vida había visto un caballo que coceara y mordiera tanto.

Cabalgaron horas y horas junto al río y tuvieron que cruzar dos afluentes de aguas embarradas antes de llegar al lugar que había mencionado Sandor Clegane.

—La aldea de Lord Harroway... ¡Por los siete infiernos! —exclamó.

El pueblo estaba inundado y arrasado. La crecida de las aguas había desbordado las riberas. Lo único que quedaba de la aldea de Harroway era el piso superior de una taberna de barro y cañas, la cúpula de siete lados de un sept hundido, dos tercios de un torreón redondo de piedra, unos cuantos techos de paja enmohecida y un bosque de chimeneas.

Pero Arya vio que salía humo de la torre, y bajo una ventana en forma de arco había una barcaza de fondo plano atada con una cadena. La barcaza tenía una docena de escálamos y dos grandes cabezas de caballo de madera talladas en la proa y en la popa.

«El caballo de dos cabezas», comprendió. En medio de la cubierta había una caseta de madera con el techo de hierba; de ella salieron dos hombres cuando el Perro se puso las manos en torno a la boca y los llamó a gritos. Otro más se asomó por la ventana del torreón redondo, tenía en la mano una ballesta cargada.

—¿Qué queréis? —les gritó para hacerse oír por encima del fragor de las aguas turbias.

—¡Que nos crucéis! —le gritó el Perro.

Los hombres del barco deliberaron entre ellos. Uno de ellos, de pelo canoso, brazos fuertes y la espalda encorvada, dio un paso hacia la baranda.

—¡Os costará dinero!

—¡Pagaré!

«¿Con qué?», se preguntó Arya. Los bandidos se habían quedado con el oro de Clegane, pero tal vez Lord Beric le hubiera dejado algo de plata y cobre. Un viaje en barcaza no podía costar más de unas pocas monedas...

Los barqueros hablaron otra vez entre ellos. Por fin, el de la espalda encorvada se dio la vuelta y gritó una orden. Aparecieron seis hombres, que se cubrían las cabezas con capuchas para protegerse de la lluvia. Otros salieron por la ventana del torreón y saltaron a la cubierta. La mitad de ellos se parecían tanto como para ser parientes del de la espalda encorvada. Unos se pusieron a soltar las cadenas y cogieron largas pértigas, mientras que los otros introducían pesados remos de pala ancha en los escálamos. La barcaza se meció y empezó a avanzar despacio hacia aguas más bajas, mientras los remos hendían el agua a ambos lados. Sandor Clegane cabalgó colina abajo para ir a su encuentro.

Cuando la popa de la barcaza tocó la ladera de la colina, los barqueros abrieron una ancha puerta bajo la cabeza tallada del caballo y extendieron una plancha de roble muy pesada. *Extraño* reculó al borde del agua, pero el Perro clavó los talones en los flancos del corcel y lo obligó a subir por la pasarela. El hombre de la espalda encorvada los esperaba en la cubierta.

—¿Qué os parece, va a llover, ser? —preguntó con una sonrisa.

El Perro frunció los labios.

—Necesito vuestra barcaza, no vuestro ingenio. —Desmontó e hizo bajar también a Arya. Uno de los barqueros extendió la mano para coger las riendas de *Extraño*—. Yo que vos no lo haría —advirtió Clegane mientras el caballo lanzaba coces.

El hombre retrocedió de un salto, resbaló en la cubierta mojada y cayó de culo entre maldiciones. El barquero de la espalda encorvada ya no sonreía.

—Os podemos cruzar —dijo con tono brusco—. El precio será de una pieza de oro. Otra por el caballo. Y otra más por el chico.

—¿Tres dragones? —La risa de Clegane era como un ladrido—. Por tres dragones podría comprar la mierda de la barcaza esta.

—El año pasado es posible. Pero, tal como está el río, voy a necesitar más hombres en las pértigas y en los remos, y eso sólo para que la corriente no nos arrastre cien kilómetros mar adentro. Así que elegid: tres dragones o enseñáis a vuestro caballo a caminar sobre el agua.

—Me gustan los ladrones sinceros. Sea como queráis. Tres dragones... cuando nos dejéis a salvo en la orilla norte.

—Los quiero ahora, o no partimos.

El hombre extendió la mano con la encallecida palma hacia arriba.

Clegane echó la mano a la espada larga que tenía en la vaina.

—Ahora os toca elegir a vos. Oro en la orilla norte o acero en la orilla sur.

El barquero clavó los ojos en el rostro del Perro. Arya se dio cuenta de que no le gustaba lo que veía. Tenía a sus espaldas una docena de hombres fuertes, con remos y pértigas de madera dura en las manos, pero ninguno parecía con ganas de saltar en su ayuda. Entre todos podrían dominar a Sandor Clegane, aunque seguramente mataría a tres o cuatro de ellos antes de que lo inmovilizaran.

—¿Cómo sé que no me engañaréis? —preguntó al cabo de un instante el hombre de la espalda encorvada.

«Os engañará», habría querido gritar Arya. Pero en vez de hacerlo se mordió el labio.

—Por mi honor de caballero —replicó el Perro con gesto serio.

«Ni siquiera es caballero.» Aquello tampoco lo dijo en voz alta.

—Con eso me basta. —El barquero escupió—. Bueno, en marcha, antes de que oscurezca estaréis al otro lado. Atad al caballo, no quiero que se encabrite en medio del río. En la cabina hay un brasero, si queréis podéis entrar en calor con vuestro hijo.

—¡No soy su hijo, idiota! —gritó Arya, furiosa.

Aquello era peor que la confundieran con un chico. Estaba tan enfadada que hasta les habría dicho quién era en realidad, pero Sandor Clegane la agarró por el cuello de la túnica y, con una mano, la levantó de la cubierta.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que cierres esa boca de mierda? —La sacudió con tal fuerza que le entrechocaron los dientes, luego la soltó—. Entra ahí y sécate como ha dicho este hombre.

Arya obedeció. El gran brasero de hierro brillaba al rojo y llenaba la habitación de un calor lúgubre y sofocante. Era agradable ponerse cerca, calentarse las manos y sentarse un poco, pero en cuanto notó que la cubierta se movía bajo sus pies salió a hurtadillas por la puerta.

El caballo de dos cabezas se deslizaba lento por los bajíos mientras se abría camino entre las chimeneas y tejados de la inundada Harroway. Una docena de hombres se encargaban de los remos, mientras que otros cuatro utilizaban las largas pértigas para desviar la barcaza cada vez que se acercaba demasiado a una roca, un árbol o una casa hundida. El de la espalda encorvada era el que llevaba el timón. La lluvia repiqueteaba en los tablones pulidos de la cubierta y salpicaba sobre las cabezas de caballo de la proa y la popa. Arya se estaba quedando empapada otra vez, pero no le importaba. Quería presenciar aquello. Vio que el hombre de la ballesta estaba todavía en la ventana de la torre redonda. La siguió con los ojos mientras la barcaza pasaba por debajo. Arya se preguntó si sería el tal Lord Roote que el Perro había mencionado. «La verdad es que no parece un señor.» Pero claro, ella tampoco parecía una dama.

Una vez estuvieron lejos de la aldea y se adentraron en el río la corriente se hizo mucho más fuerte. Arya distinguió a través de la neblina gris un pilar de piedra muy alto en la otra orilla, sin duda el

punto de atraque de la barcaza, pero enseguida se dio cuenta de que la corriente los estaba alejando de él río abajo. Los remeros trabajaban con ahínco contra la furia de las aguas. Las hojas y las ramas rotas pasaban junto a ellos tan rápidas como si las hubieran disparado con una catapulta. Los hombres de las pértigas se inclinaban sobre las bordas y empujaban todo lo que se les acercara demasiado. Encima, allí hacía más viento. Cada vez que se volvía para mirar corriente arriba, la lluvia azotaba el rostro de Arya. *Extraño* relinchaba y piafaba sobre la agitada cubierta.

«Si salto por la borda, el río me arrastrará lejos antes de que el Perro se dé cuenta.» Giró la cabeza y vio a Sandor Clegane, que trataba de calmar al atemorizado caballo. No volvería a tener una oportunidad tan buena de escapar de él. «Pero también podría ahogarme.» Jon siempre le decía que nadaba como un pez, pero hasta los peces pasarían apuros en aquel río. Aun así, ahogarse sería mejor que ir a Desembarco del Rey. Se acordó de Joffrey y se dirigió a hurtadillas hacia la proa. El río era marrón, el lodo lo había enturbiado y la lluvia se clavaba en él como un millar de agujas; más parecía sopa que agua. Arya se preguntó qué sentiría. «No puedo estar más mojada que ahora.» Puso una mano en la baranda.

Pero, de repente, un grito la detuvo antes de que pudiera saltar. Los barqueros corrían hacia ella con las pértigas en la mano. Al principio no comprendió qué sucedía, pero entonces lo vio: un árbol arrancado de cuajo, enorme y oscuro, iba directo hacia ellos. Una maraña de raíces y ramas asomaba del agua como los tentáculos de un kraken gigantesco. Los remeros batían el agua con ritmo frenético en un intento desesperado por evitar una colisión que podría hacerlos zozobrar o abrir un boquete en el casco. El viejo había girado por completo la caña del timón y el caballo de la proa giraba corriente abajo, pero demasiado despacio. Negro y castaño, reluciente, el árbol se abalanzó hacia ellos como un ariete.

Estaba a apenas tres metros de la proa cuando dos barqueros consiguieron atraparlo con las pértigas. Una se rompió, y el crujido estrepitoso que hizo al romperse sonó como si la barcaza se estuviera

haciendo pedazos bajo los pies, pero el segundo hombre consiguió dar un buen empujón al tronco, lo justo para desviarlo. El árbol pasó de largo pegado a la barcaza y las ramas arañaron como garras la cabeza de caballo. Pero, cuando ya parecía que el peligro había pasado, una de las ramas superiores del monstruo les asestó un golpe terrible. La barcaza entera se estremeció, Arya resbaló y cayó dolorida sobre una rodilla. El hombre de la pértiga rota no tuvo tanta suerte. Oyó su grito cuando se precipitó por la borda, las turbulentas aguas turbias se cerraron sobre él y, antes de que Arya tuviera tiempo de ponerse en pie, desapareció. Uno de los barqueros echó mano de un rollo de cuerda, pero no había a quién lanzárselo.

«A lo mejor el río lo arrastra hasta la orilla corriente abajo.» Arya trató de convencerse a sí misma, pero sabía que era poco probable. Se le habían quitado las ganas de huir a nado. Cuando Sandor Clegane le gritó que volviera a la cabina si no quería que le diera una paliza, obedeció sin decir palabra. Para entonces la barcaza luchaba por volver a su rumbo, enfrentada a un río que sólo quería arrastrarla hacia el mar.

Cuando por fin llegaron a la orilla tocaron tierra más de tres kilómetros más abajo de su habitual punto de atraque. La barcaza chocó contra la orilla con tal fuerza que se rompió otra pértiga, y Arya casi perdió el equilibrio de nuevo. Sandor Clegane la izó sobre el lomo de *Extraño* como si pesara lo mismo que una muñeca. Los barqueros los miraban con ojos apagados, agotados... Todos excepto el hombre de la espalda encorvada, que extendió la mano.

—Seis dragones —exigió—. Tres por pasar el río y otros tres por el hombre que he perdido.

Sandor Clegane hurgó en su bolsa y entregó al barquero un trozo de pergamino arrugado.

—Tomad. Cobraos diez.

—¿Diez? —El barquero estaba desconcertado—. ¿Qué es esto?

—La nota de un muerto, vale por nueve mil dragones, más o menos. —El Perro montó a caballo detrás de Arya y esbozó una

sonrisa torva—. Diez son para vos. Algún día vendré a por el resto, así que no os lo gastéis todo.

El hombre contempló el pergamino con los ojos entrecerrados.

—Letras. ¿Para qué sirven unas letras? Nos prometisteis oro por vuestro honor de caballero.

—El honor de los caballeros es una mierda. Ya va siendo hora de que os enteréis, viejo.

El Perro picó espuelas a *Extraño* y se alejaron al galope en medio de la lluvia. Los barqueros gritaban maldiciones a sus espaldas, y un par de ellos les lanzaron piedras. Clegane hizo caso omiso de las pedradas y los insultos, y no tardaron en perderse entre la penumbra de los árboles mientras el rugido del río les llegaba cada vez más amortiguado.

—La barcaza no regresará a la otra orilla hasta mañana —dijo—, y éstos no volverán a aceptar promesas ni papeles del idiota que venga detrás. Si tus amigos nos persiguen, más vale que sean muy buenos nadadores.

Arya se arrebujo en la capa y se mordió la lengua.

«*Valar morghulis* —pensó, hosca—. Ser Ilyn, Ser Meryn, el rey Joffrey, la reina Cersei. Dunsen, Polliver, Raff el Dulce, Ser Gregor y el Cosquillas. Y el Perro, el Perro, el Perro.»

Cuando la lluvia cesó y las nubes se abrieron un poco, Arya estaba tiritando y estornudaba tanto que Clegane decidió acampar y hasta trató de encender una hoguera. Pero la leña que pudieron recoger estaba demasiado húmeda, y pese a todos sus intentos no consiguieron que la chispa prendiera. Por último, hartos, dio una patada a las ramas.

—Por los siete infiernos —maldijo—. Cómo odio el fuego.

Se sentaron sobre las rocas mojadas bajo un árbol y escucharon el golpeteo pausado de la lluvia que caía de las hojas mientras tomaban una cena fría a base de pan duro, queso mohoso y salchicha ahumada. El Perro cortaba la carne con la daga, y al ver cómo Arya miraba el cuchillo entrecerró los ojos.

—Ni se te ocurra.

—No se me había ocurrido —mintió ella.

El Perro soltó un bufido que daba a entender hasta qué punto la creía, pero le entregó una gruesa rodaja de salchicha. Arya la masticó sin dejar de mirarlo.

—No pegué nunca a tu hermana —dijo el Perro—, pero, si me obligas, te daré una paliza. Así que deja de pensar cómo matarme, porque no te va a servir de nada.

No tenía respuesta para aquello. Siguió royendo la salchicha mientras lo miraba con ojos gélidos.

«Dura como la piedra», pensó.

—Al menos tú me miras a la cara. No es poco mérito, pequeña loba. ¿Qué, te gusta?

—No. Es muy fea y está toda quemada.

—Eres una estúpida. —Clegane le ofreció un trozo de queso pinchado en la punta de la daga—. ¿De qué te serviría escapar? Lo único que conseguirías es que te cogiera alguien peor que yo.

—No —replicó ella—. No hay nadie peor.

—Se ve que no conoces a mi hermano. Una vez Gregor mató a un hombre por roncar. A uno de sus hombres.

Cuando sonreía el lado quemado del rostro se le tensaba y la boca se le retorció en una mueca desagradable. En ese lado no tenía labios y apenas le quedaba un muñón de la oreja.

—Sí, conozco a vuestro hermano. —Bien pensado, tal vez la Montaña fuera peor—. A él, a Dunsen, a Polliver, a Raff el Dulce y al Cosquillas.

—¿Cómo es que la adorada hijita de Ned Stark conoce a semejante manada? —preguntó el Perro con un gesto de sorpresa—. Gregor no lleva nunca a sus ratas a la corte.

—Me tropecé con ellos en un pueblo. —Se comió el queso y cogió un trozo de pan duro—. Un pueblo junto al lago, allí nos cogieron a Gendry, a Pastel Caliente y a mí. También cogieron a

Lommy Manosverdes, pero Raff el Dulce lo mató porque tenía una pierna herida.

—¿Que te cogió prisionera? —Clegane frunció los labios—. ¿Mi hermano te tenía prisionera? —Aquello le hizo soltar una carcajada, un sonido amargo a medio camino entre un gruñido y un ladrido—. Gregor no sabía a quién tenía, ¿verdad? Claro, de lo contrario te habría arrastrado de vuelta a Desembarco del Rey y te habría tirado en el regazo de Cersei. No me lo puedo creer. Me tengo que acordar de contárselo antes de arrancarle el corazón.

No era la primera vez que hablaba de matar a la Montaña.

—Pero es vuestro hermano —dijo Arya, titubeante.

—¿No has querido matar nunca a uno de tus hermanos? —Se volvió a reír—. ¿Ni a tu hermana? —Algo debió de verle en el rostro, porque se inclinó hacia ella—. A Sansa. Es eso, ¿verdad? La niña lobo quiere matar al pajarito.

—No —le espetó Arya—. Quiero matarte a ti.

—¿Porque corté en dos a tu amiguito? No fue el primero, te lo aseguro. Pensarás que soy un monstruo. Bueno, es posible, pero también le salvé la vida a tu hermana. El día en que la turba la tiró del caballo me metí entre aquella gentuza y la llevé de vuelta al castillo, si no le habría pasado lo mismo que a Lollys Stokeworth. Y ella cantó para mí. ¿A que eso no lo sabías? Tu hermana me cantó una canción.

—Es mentira —replicó al instante.

—No sabes ni la mitad de lo que crees. El Aguasnegras... por los siete infiernos, ¿dónde crees que estamos? ¿Adónde crees que vamos?

El desprecio que teñía su voz la hizo dudar.

—De vuelta a Desembarco del Rey —dijo—. Me vais a entregar a Joffrey y a la reina. —No era verdad, se había dado cuenta de repente al oír cómo le planteaba la pregunta. Pero algo tenía que decir.

—Lobita idiota y ciega. —Tenía la voz dura y tosca como una lima de hierro—. Que le den por culo a Joffrey, que le den por culo a la reina, que le den por culo a esa gárgola retorcida de su hermano... Estoy harto de su ciudad, de la Guardia Real y de los Lannister. ¿Qué

pinta un perro entre leones? —Cogió el odre de agua y bebió un largo trago. Se secó la boca y ofreció el odre a Arya—. Ese río era el Tridente, niña. El Tridente, no el Aguasnegras. Imagínate el mapa. Mañana llegaremos al camino real. Después podremos avanzar más deprisa, directos hacia Los Gemelos. Seré yo quien te entregue a tu madre. No el noble señor del relámpago ni ese falso sacerdote de las llamas, ese monstruo. —Sonrió al ver su expresión—. ¿Pensabas que tus amigos los bandidos eran los únicos que podían oler un rescate desde lejos? Dondarrion se quedó con mi oro, así que yo me quedo contigo. Calculo que vales el doble de lo que me robaron. Tal vez más si te entregara a los Lannister como tanto temes, pero no lo haré. Hasta un perro se harta de recibir patadas. Si ese Joven Lobo tiene los sesos que los dioses dieron a un sapo me nombrará señor y me suplicará que entre a su servicio. Puede que aún no lo sepa, pero me necesita. Es posible que hasta mate a Gregor por él. Eso le encantaría.

—Nunca te tomará a su servicio —le espetó—. ¿A ti? Jamás.

—Entonces cogeré todo el oro con el que pueda cargar, me reiré en su cara y me marcharé. Si no quiere mi ayuda haría mejor en matarme, pero no lo hará. Tengo entendido que se parece demasiado a su padre. Por mí, perfecto. De cualquier manera salgo ganando. Igual que tú, loba. Así que deja de lloriquear y de lanzarme dentelladas, ya estoy harto. Cierra la boca como te he dicho, y hasta es posible que lleguemos a tiempo para la mierda de la boda de tu tío.

JON

La yegua estaba reventada, pero Jon no le podía dar descanso. Tenía que llegar al Muro antes que el Magnar. Habría dormido en la silla de tenerla; careciendo de ella ya le costaba bastante mantenerse sobre el caballo cuando estaba despierto. La pierna le dolía cada vez más. No se atrevía a descansar lo suficiente para que se le cerrara la herida, de manera que se le abría de nuevo cada vez que volvía a montar.

Cuando llegó a la cima de una pendiente y vio ante él la estela serpenteante entre llanuras y colinas que era el camino real dio unas palmadas a la yegua en el cuello.

—Ahora sólo tenemos que seguirlo, preciosa. Pronto llegaremos al Muro.

Para entonces tenía la pierna tan rígida como si fuera de palo, y la fiebre lo había aturdido tanto que en dos ocasiones se encontró cabalgando en la dirección que no debía.

«Pronto llegaremos al Muro.» Se imaginó a sus amigos bebiendo vino especiado en la sala común. Hobb estaría entre sus pucheros, Donal Noye en la forja, el maestro Aemon en sus habitaciones bajo la pajarera... «¿Y el Viejo Oso? ¿Y Sam, Grenn, Edd el Penas y Dywen con su dentadura de madera...?» Jon rezaba por que alguno hubiera conseguido escapar del Puño.

Ygritte también ocupaba buena parte de sus pensamientos. Recordaba el olor de su cabello, la calidez de su cuerpo... y la expresión de su rostro mientras degollaba al anciano.

«No debiste amarla —le susurraba una voz—. No debiste abandonarla —insistía una voz diferente. Se preguntaba si su padre se habría sentido así de desgarrado cuando abandonó a la madre de Jon para volver con Lady Catelyn—. Estaba comprometido con Lady Stark, igual que yo estoy comprometido con la Guardia de la Noche.»

Estaba tan trastornado por la fiebre que casi pasó de largo Villa Topo sin darse cuenta. La mayor parte del pueblo estaba bajo tierra, a la escasa luz de la luna sólo se veían unas cuantas casuchas de pequeño tamaño. El burdel era un cobertizo poco más grande que una letrina, el farol rojo crujía sacudido por el viento, era un ojo ensangrentado que escudriñaba la oscuridad. Jon se detuvo en el establo contiguo y estuvo a punto de caerse de la yegua mientras desmontaba, antes de conseguir despertar a gritos a dos mozos.

—Necesito un caballo descansado, con silla y riendas —les dijo en un tono que no admitía discusión. Le llevaron lo que pedía y también un odre de vino y media hogaza de pan moreno—. Despertad a todo el pueblo —les ordenó—. Dad la alarma. Hay salvajes al sur del Muro. Recoged vuestras cosas e id al Castillo Negro.

Montó en la silla del caballo negro que le habían entregado, apretó los dientes para soportar el dolor de la pierna y emprendió el galope hacia el norte.

A medida que las estrellas se iban difuminando en el cielo del este, el Muro apareció ante él, por encima de los árboles y las nieblas matutinas. La luz de la luna brillaba clara sobre el hielo. Espoleó al capón por el camino embarrado y resbaladizo hasta que vio las torres de piedra y los edificios de madera del Castillo Negro amontonados como juguetes rotos contra el gran acantilado de hielo. Para entonces el Muro brillaba ya rosado y púrpura con las primeras luces del amanecer.

No había centinelas que le dieran el alto cuando pasó por las edificaciones más periféricas. Nadie le impidió el paso. El Castillo Negro parecía casi tan ruinoso como Guardiagrís. En las grietas de las losas de los patios crecían hierbajos oscuros y quebradizos. El tejado de los Barracones de Pedernal estaba cubierto de nieve vieja, que también se amontonaba contra la cara norte de la Torre de Hardin, donde había dormido Jon antes de pasar a ser el mayordomo del Viejo Oso. Largos dedos de tizne veteaban la Torre del Lord Comandante allí donde el humo había salido por las ventanas. Después del incendio, Mormont se había trasladado a la Torre del Rey, pero Jon

tampoco vio luces allí. Desde donde se encontraba no alcanzaba a ver si había centinelas en el Muro, a doscientos metros de altura, pero no vio a nadie en la zigzagueante escalera que ascendía por la cara sur del hielo como un relámpago de madera gigantesco.

En cambio sí había humo en la chimenea de la armería, apenas un jirón casi invisible ante el cielo gris del norte; pero con eso bastaba. Jon desmontó y cojeó hacia allí. Una ola de calor salió por la puerta abierta como el aliento cálido del verano. Dentro, el manco Donal Noye manejaba los fuelles junto al fuego. Al oírlo llegar alzó la vista.

—¿Jon Nieve?

—El mismo.

Pese a la fiebre, el agotamiento, la pierna, el Magnar, el anciano, Ygritte, Mance, pese a todo, Jon sonrió. Era agradable estar de vuelta, era agradable ver a Noye con su barrigón, su manga sujeta con un alfiler y la mandíbula erizada por la negra barba incipiente.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó el herrero soltando el fuelle.

—Un cambiapiel intentó sacarme el ojo. —Casi se le había olvidado aquello.

—Con o sin cicatrices es una cara que no creía volver a ver. —Noye tenía el ceño fruncido—. Nos enteramos de que te habías pasado al bando de Mance Rayder.

—¿Quién os ha dicho eso? —Jon se agarró a la puerta para mantenerse en pie.

—Jarman Buckwell. Volvió hace dos semanas. Sus exploradores aseguran que te vieron con sus propios ojos, que cabalgabas con la columna de salvajes y que llevabas una capa de piel de oveja. —Noye se quedó mirándolo—. Ya veo que al menos lo último es verdad.

—Todo es verdad —confesó Jon—. En cierto modo.

—Entonces, ¿debería clavarte una espada en las tripas?

—No. Obedecía órdenes. Las últimas órdenes de Qhorin Mediamano. ¿Dónde está la guarnición, Noye?

—Defendiendo el Muro de tus amigos los salvajes.

—Sí, pero ¿dónde?

—Por todas partes. Harma Cabeza de Perro ha sido vista en Guardiabosque del Lago, Casaca de Matraca en Túmulo Largo y el Llorón en Marcahielo. Están por todo el Muro, aquí y allá, están escalando cerca de Puerta de la Reina, intentan derribar las puertas de Guardiagrís, se agrupan en Guardiaoriente... pero en cuanto ven una capa negra se marchan, y al día siguiente aparecen en otra parte.

—Es una estratagema. —Jon tuvo que contenerse para no gemir—. Mance quiere que nos dispersemos, ¿no te das cuenta? —«Y Bowen Marsh lo ha complacido»—. La puerta está aquí. El ataque será aquí.

—Tienes la pierna empapada de sangre —dijo Noye cruzando la estancia.

—Una herida de flecha... —Jon bajó la vista. Era verdad. La herida se le había vuelto a abrir.

—Una flecha salvaje. —No era una pregunta. Noye sólo tenía un brazo, pero de buenos músculos. Lo deslizó bajo el de Jon para que se apoyara—. Estás blanco como la leche y ardiendo de fiebre. Te voy a llevar con Aemon.

—No tenemos tiempo. Hay salvajes al sur del Muro, vienen de Corona de la Reina para abrir la puerta.

—¿Cuántos? —Noye casi tuvo que sacar en volandas a Jon.

—Ciento veinte, y bien armados para ser salvajes. Armaduras y armas de bronce, algunas piezas de acero. ¿Cuántos hombres quedan aquí?

—Cuarenta y tantos —dijo Donal Noye—. Los tullidos, los enfermos, unos cuantos novatos que aún se están entrenando...

—Si no está Marsh, ¿a quién nombró castellano?

El herrero se echó a reír.

—A Ser Wynton, los dioses lo guarden. El último caballero del castillo y todo eso. Pero por lo visto a Stout se le ha olvidado, y ninguno tenemos prisa por recordárselo. Me imagino que soy lo más

parecido a un comandante que tenemos ahora mismo. El mejor de los tullidos.

Eso al menos era una buena noticia. El armero manco era testarudo, duro y curtido en la batalla. En cambio Ser Wynton Stout... en fin, todo el mundo estaba de acuerdo en que había sido un buen hombre en otros tiempos, pero llevaba ochenta años en la Guardia y ya había perdido las fuerzas y los sesos. En cierta ocasión se había quedado dormido mientras cenaba y estuvo a punto de ahogarse en un cuenco de sopa de guisantes.

—¿Dónde está tu lobo? —le preguntó Noye mientras cruzaban el patio.

—*Fantasma*. Lo tuve que dejar atrás cuando escalamos el Muro. Tenía la esperanza de que hubiera vuelto aquí.

—Lo siento, muchacho. No hemos visto ni rastro de él. — Subieron cojeando por las escaleras hasta la puerta del maestre que daba a la alargada estancia de madera bajo la pajarera. El armero le dio una patada—. ¡Clydas!

Tras unos momentos un hombre menudo, encorvado, de hombros caídos y vestido de negro asomó la cabeza. Los ojillos rosados se abrieron de par en par al ver a Jon.

—Acuesta al chico, voy a buscar al maestre.

En la chimenea ardía un fuego y la habitación era casi demasiado calurosa. El calor adormiló a Jon. En cuanto Noye lo tumbó de espaldas tuvo que cerrar los ojos para que el mundo dejara de dar vueltas. Oía los graznidos de los cuervos, que protestaban arriba, en la pajarera.

—*Nieve* —chillaba un pájaro—. *Nieve, nieve, nieve*.

Jon recordó que aquello había sido obra de Sam. Se preguntó si Samwell Tarly habría logrado regresar sano y salvo, o sólo sus pájaros.

El maestre Aemon no tardó en llegar. Caminaba despacio, con una mano llena de manchas en el brazo de Clydas mientras arrastraba los pies con pasos lentos y cautelosos. Llevaba en torno al flaco cuello la

cadena con sus pesados eslabones, los de oro y los de plata relucientes entre los de hierro, plomo, estaño y otros metales de baja ley.

—Jon Nieve —dijo—, cuando estés más fuerte tienes que contarme todo lo que has visto y todo lo que has hecho. Donal, pon vino a calentar, también mis hierros. Los necesito al rojo. Clydas, me va a hacer falta tu cuchillo, el más afilado.

El maestro tenía más de cien años. Estaba encorvado, frágil, calvo y casi ciego. Pero aunque sus ojos lechosos apenas veían, tenía la mente tan despierta y viva como siempre.

—Vienen los salvajes —le dijo Jon mientras Clydas le cortaba la pernera de los calzones y apartaba la gruesa tela negra llena de costras de sangre vieja y empapada de la fresca—. Desde el sur. Escalamos el Muro...

El maestro Aemon olfateó el rudimentario vendaje de Jon cuando Clydas lo terminó de cortar.

—¿Escalamos?

—Yo iba con ellos. Qhorin Mediamano me ordenó que me uniera a su grupo. —Jon hizo una mueca cuando el dedo del maestro exploró la herida, hurgó y sondeó—. El Magnar de Thenn... ¡aaah, cómo duele! —Apretó los dientes—. ¿Dónde está el Viejo Oso?

—Jon... Siento tener que decírtelo, pero sus propios hermanos juramentados asesinaron al Lord Comandante Mormont en el Torreón de Craster.

—Herma... ¿los nuestros?

Las palabras de Aemon dolían cien veces más que sus dedos. Jon recordó al Viejo Oso tal como lo había visto por última vez, de pie delante de su tienda con el cuervo en el hombro pidiendo maíz a graznidos. «Mormont... ¿muerto?» Se lo había temido desde que vio los resultados de la batalla en el Puño, pero no por eso sentía menos el golpe.

—¿Quién fue? ¿Quién se volvió contra él?

—Garth de Antigua, Ollo Manomocha, el Daga... ladrones, cobardes y asesinos. Lo tendríamos que haber visto venir. La Guardia

ya no es lo que era. Hay muy pocos hombres honrados que mantengan en su sitio a los canallas. —Donal Noye removió las hierbas del maestre que estaban al fuego—. Una docena de buenos hermanos consiguieron volver. Edd el Penas, Gigante, tu amigo el Uro... Ellos fueron los que nos lo contaron todo.

«¿Sólo una docena?» Habían sido doscientos los que salieron del Castillo Negro con el Lord Comandante Mormont, doscientos de los mejores hombres de la Guardia.

—Entonces, ¿Marsh es ahora el Lord Comandante?

El Viejo Granada era un hombre afable y muy diligente como capitán de los Mayordomos, pero no se le ocurría nadie menos apto para enfrentarse a un ejército de salvajes.

—Por el momento, hasta que podamos elegir a alguien, sí —dijo el maestre Aemon—. Tráeme el frasco, Clydas.

«Elegir.» Qhorin Mediamano y Ser Jaremy Rykker habían muerto, Ben Stark seguía desaparecido, ¿quién quedaba? Bowen Marsh y Ser Wynton Stout no, desde luego. ¿Habría sobrevivido Thoren Smallwood en el Puño o tal vez Ser Ottyn Wythers? «No, la cosa será entre Cotter Pyke y Ser Denys Mallister. Pero ¿cuál de los dos ganará?» Los comandantes de la Torre Sombria y de Guardiaoriental eran buenos hombres, pero muy diferentes; Ser Denys era cortés y cauteloso, tan caballeroso como anciano. Pyke era más joven, bastardo de nacimiento, brusco al hablar y temerario en exceso. Lo peor era que entre ellos se detestaban. El Viejo Oso siempre los había mantenido bien alejados, en extremos opuestos del Muro. Jon sabía que los Mallister desconfiaban de los hijos del hierro.

Un latigazo de dolor le recordó sus problemas. El maestre le apretó la mano.

—Clydas te va a traer la leche de la amapola.

—No me hace falta... —Jon trató de incorporarse.

—Sí te hace falta —replicó Aemon con firmeza—. Esto te va a doler.

—Estate quieto si no quieres que te ate. —Donal Noye cruzó la estancia y obligó a Jon a tumbarse de nuevo.

Hasta con un brazo el herrero lo manejaba como si fuera un niño. Clydas volvió con un frasco verde y una taza redonda de piedra. El maestre Aemon la llenó hasta el borde.

—Bébetelo.

Jon se había mordido el labio al debatirse. Sintió el sabor de la sangre mezclado con el de la pócima espesa y gredosa. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no vomitarla.

Clydas puso a su lado una palangana de agua caliente y el maestre Aemon le empezó a limpiar el pus y la sangre de la herida. Pese a que lo hacía con tanta suavidad como era posible, hasta el más ligero roce hacía que Jon tuviera que contenerse para no gritar.

—Los hombres del Magnar son disciplinados y tienen armas y armaduras de bronce —le dijo. Hablar lo ayudaba a no pensar en el dolor de la pierna.

—El Magnar es un señor de Skagos —dijo Noye—. Cuando llegué al Muro había isleños en Guardiaoriental, me acuerdo de que hablaban de él.

—Creo que Jon utiliza la palabra en un sentido más antiguo —dijo el maestre Aemon—. No como apellido, sino como título. Viene de la antigua lengua.

—Quiere decir «señor» —asintió Jon—. Styr es el Magnar de un lugar que se llama Thenn, muy al norte de los Colmillos Helados. Tiene un centenar de hombres y una veintena de salvajes que conocen el Agasajo casi tan bien como nosotros. Pero Mance no encontró el cuerno, menos es nada. El Cuerno del Invierno, eso es lo que buscaban a lo largo del Agualechosa.

—El Cuerno del Invierno es una leyenda muy antigua. —El maestre Aemon se detuvo con el paño en la mano—. ¿De verdad cree el Rey-más-allá-del-Muro que existe?

—Todos lo creen —asintió Jon—. Ygritte me contó que habían abierto un centenar de tumbas... tumbas de reyes y de héroes por todo el valle del Agualechosa, pero no...

—¿Quién es Ygritte? —preguntó Donal Noye con cierto retintín.

—Una mujer del pueblo libre. —¿Cómo podía describirles a Ygritte? «Es afectuosa, lista, divertida y puede besar a un hombre o cortarle la garganta»—. Va con Styr, pero no es... es joven, en realidad casi una niña, una salvaje, pero... —«Mató a un anciano porque había encendido fuego.» Sentía la lengua hinchada y torpe. La leche de la amapola le estaba nublando la mente—. Rompí mis votos con ella. No era mi intención, de verdad, pero... —«No debí hacerlo. No debí amarla, no debí abandonarla...»—. No fui fuerte. El Mediamano me lo ordenó, cabalga con ellos, obsérvalos, no te niegues a nada, no...

Se sentía como si tuviera la cabeza llena de algodón húmedo. El maestre Aemon olfateó de nuevo la herida de Jon. Luego dejó el paño ensangrentado en la palangana.

—Donal, el cuchillo caliente, por favor —dijo—. Me va a hacer falta que lo mantengas inmóvil.

«No voy a gritar», se dijo Jon cuando vio la hoja al rojo del cuchillo. Pero también rompió ese juramento. Donal Noye lo mantuvo tumbado mientras Clydas guiaba la mano del maestre. Jon no se movió excepto para dar puñetazos contra la mesa, una vez, y otra, y otra. El dolor era tan intenso que se sentía pequeño, débil e impotente, como un niño que sollozara en la oscuridad. «Ygritte —pensó cuando el hedor de la carne quemada le llegó a la nariz y su propio grito le retumbó en los oídos—. Ygritte, tuve que hacerlo.» Por un instante el espantoso dolor empezó a menguar. Pero el hierro le tocó la pierna de nuevo y Jon se desmayó.

Cuando abrió los ojos estaba envuelto en gruesas mantas de lana y se sentía flotar. No podía moverse, pero tampoco le importaba. Por un tiempo soñó que Ygritte estaba con él, que lo curaba con manos suaves. Por fin cerró los ojos y se durmió.

El siguiente despertar no fue tan dulce. La estancia estaba a oscuras, pero bajo las mantas el dolor había regresado, era un palpar en la pierna que se convertía en un cuchillo al rojo al menor movimiento. Jon lo descubrió por las malas cuando trató de ver si conservaba la pierna. Ahogó un grito y dio otro puñetazo.

—¿Jon? —Apareció una vela, y un rostro bien conocido lo miró desde arriba enmarcado entre dos grandes orejas—. No debes moverte.

—¿Pyp? —Jon alzó el brazo y el otro muchacho le agarró la mano y le dio un apretón—. Pensaba que te habrías ido...

—¿Con el Viejo Granada? No, le parece que soy demasiado pequeño y novato. Grenn también está aquí.

—Yo también estoy aquí. —Grenn se acercó por el otro lado de la cama—. Me he quedado dormido.

—Agua —pidió Jon; tenía la garganta seca. Grenn se la llevó y le acercó el vaso a los labios—. Vi el Puño —dijo tras un largo trago—. La sangre, los caballos muertos... Noye dijo que una docena habían conseguido volver... ¿quiénes?

—Dywen, por ejemplo. Gigante, Edd el Penas, Donnel Hill el Suave, Ulmer, Lew Mano Izquierda, Garth Plumagrís... Cuatro o cinco más. Y yo.

—¿Sam?

—Mató a uno de los Otros, Jon —dijo Grenn apartando la vista—. Yo mismo lo vi. Lo apuñaló con aquel cuchillo de vidriagón que le hiciste y empezamos a llamarlo Sam el Mortífero. Le sentaba fatal.

«Sam el Mortífero.» A Jon no se le ocurría una persona menos agresiva que Sam Tarly.

—¿Qué le pasó?

—Lo dejamos allí. —La voz de Grenn estaba llena de tristeza—. Lo sacudí, le grité, hasta le di una bofetada. Gigante intentó obligarlo a levantarse, pero pesaba demasiado. ¿Te acuerdas de cuando nos estábamos entrenando, cómo se hacía un ovillo en el suelo y se quedaba ahí gimoteando? Pues en el Torreón de Craster ni siquiera

gimoteaba. El Daga y Ollo estaban destrozando las paredes para buscar comida, Garth y Garth luchaban entre ellos, otros se dedicaban a violar a las esposas de Craster. Edd el Penas se imaginó que la banda del Daga mataría a todos los leales para que no contáramos lo que habían hecho y nos doblaban en número. Tuvimos que dejar a Sam con el Viejo Oso. Se negaba a moverse, Jon.

«Eras su hermano —estuvo a punto de decirle—. ¿Cómo pudiste abandonarlo allí, entre salvajes y asesinos?»

—Puede que aún esté vivo —dijo Pyp—. Puede que nos dé una sorpresa y llegue mañana.

—Sí, ¡con la cabeza de Mance Rayder! —Jon se dio cuenta de que Grenn quería parecer animado—. ¡Sam el Mortífero!

Jon trató de sentarse otra vez. Fue un error igual que en la primera ocasión. Dejó escapar un grito y una maldición.

—Grenn, ve a despertar al maestre Aemon —dijo Pyp—. Dile que Jon necesita más leche de la amapola.

«Sí», pensó Jon.

—No —dijo en voz alta—. El Magnar...

—Ya lo sabemos —dijo Pyp—. Los centinelas del Muro tienen instrucciones de controlar también el sur, y Donal Noye ha enviado a varios hombres al Saliente de la Almenara para vigilar el camino real. Además, el maestre Aemon ha enviado pájaros a Guardiaoriente y a la Torre Sombria.

El maestre Aemon se acercó a la cama con una mano en el hombro de Grenn.

—No hagas esfuerzos, Jon. Está muy bien que te hayas despertado, pero tienes que tomarte tiempo para curarte. Hemos limpiado la herida con vino hirviendo y te la hemos cubierto con una cataplasma de agujas de pino, semillas de mostaza y pan enmohecido, pero si no descansas...

—No puedo. —Jon luchó contra el dolor para sentarse—. Mance no tardará en llegar... viene con miles de hombres, gigantes, mamuts...

¿Se ha avisado a Invernalía? ¿Al rey? —El sudor le corría por la frente. Tuvo que cerrar los ojos un instante.

Grenn y Pyp intercambiaron una mirada extraña.

—No lo sabe.

—Jon —dijo el maestre Aemon—, mientras estabas fuera han pasado muchas cosas, y ninguna buena. Balon Greyjoy volvió a coronarse rey y envió sus barcos contra el norte. Los reyes se multiplican como malas hierbas, hemos enviado peticiones de ayuda a todos, pero ninguno nos la manda. Tienen cosas más urgentes en las que ocupar sus espadas; nosotros estamos demasiado lejos, nos han olvidado. En cuanto a Invernalía... Sé fuerte, Jon... Invernalía ya no existe...

—¿Que ya no existe? —Jon se quedó mirando los ojos blancos y el rostro arrugado de Aemon—. Mis hermanos están en Invernalía. Bran y Rickon...

—Lo siento muchísimo, Jon. —El maestre se llevó una mano a la frente—. Tus hermanos murieron por orden de Theon Greyjoy después de que tomara Invernalía en nombre de su padre. Cuando los vasallos de tu padre amenazaron con recuperar el castillo, le prendió fuego.

—Tus hermanos han sido vengados —dijo Grenn—. El hijo de Bolton mató a todos los hombres del hierro y se dice que está desollando muy lentamente a Theon Greyjoy por lo que hizo.

—Lo siento, Jon. —Pyp le dio un apretón en el hombro—. Lo sentimos mucho.

A Jon nunca le había caído bien Theon Greyjoy, pero era el pupilo de su padre. Otro espasmo de dolor le recorrió la pierna, cuando se quiso dar cuenta volvía a estar tumbado.

—Tiene que ser un error —se empecinó—. En Corona de la Reina vi un huargo, un huargo gris... Era gris... Me conocía...

Si Bran estaba muerto, ¿era posible que parte de él siguiera viviendo en el lobo, igual que Orell vivía en su águila?

—Bébetelo.

Grenn le acercó una copa a los labios. Jon bebió. Tenía la cabeza llena de lobos y de águilas, y del sonido de las risas de sus hermanos. Los rostros que lo miraban desde arriba empezaron a difuminarse.

«No es posible que estén muertos. Theon jamás haría una cosa así. Invernalía... Granito gris, hierro y roble, cuervos que vuelan en torno a las torres, el vapor que sube de los estanques calientes del bosque de dioses, los reyes de piedra en sus tronos... ¿Cómo es posible que Invernalía ya no exista?»

Cuando el sueño se apoderó de él volvió a estar en casa una vez más, chapoteando en los estanques calientes bajo un enorme arciano blanco que tenía el rostro de su padre. Ygritte estaba con él, se reía de él, se iba quitando las pieles hasta quedar tan desnuda como en su día del nombre, intentaba darle un beso, pero él no podía permitírselo, no, su padre estaba mirando. Era de la sangre de Invernalía, era un hombre de la Guardia de la Noche.

—No engendraré un bastardo —le dijo a la muchacha—. Nunca. Nunca.

—No sabes nada, Jon Nieve —susurró ella mientras la piel se le disolvía en el agua caliente y la carne se le desprendía de los huesos hasta que sólo quedaban el cráneo y el esqueleto, y el estanque burbujeaba espeso y rojo.

CATELYN

Oyeron el Forca Verde antes de verlo, un murmullo constante, como el gruñido de una bestia enorme. El río era un torrente en ebullición, bastante más ancho que el año anterior, cuando Robb había dividido allí su ejército y había jurado tomar como esposa a una Frey como precio por cruzar.

«En aquel momento necesitaba a Lord Walder y su puente, y ahora los necesita todavía más. —Mientras observaba las turbulentas aguas verdosas el corazón de Catelyn se llenó de temores—. No hay manera de vadear esta corriente ni de cruzarla a nado, y podría pasar una luna entera antes de que las aguas bajen.»

Al acercarse a Los Gemelos, Robb se puso la corona y llamó a Catelyn y a Edmure para que cabalgaran a su lado. Ser Raynald Westerling portaba su estandarte, el huargo de los Stark sobre un campo blanco hielo.

Los torreones de la entrada emergieron como fantasmas entre la lluvia, apariciones grises nebulosas que fueron adquiriendo solidez a medida que se acercaban. La fortaleza de los Frey no era un castillo, sino dos; dos imágenes idénticas de piedra húmeda que se alzaban en orillas opuestas de las aguas, unidas por un gran puente en forma de arco. En el centro se encontraba la Torre del Agua, bajo la que discurría rápida la corriente del río. Se habían excavado unos canales que partían de la orilla para crear unos fosos que convertían cada gemela en una isla. Las lluvias habían transformado los fosos en lagos poco profundos.

Al otro lado de las aguas turbulentas, Catelyn divisó un campamento de millares de hombres que se extendía al este del castillo; sus estandartes, como gatos ahogados, pendían inertes de los postes de las tiendas. Era imposible distinguir los colores y los

emblemas con la lluvia. Le parecía que la mayoría eran grises, aunque bajo un cielo como aquél, el mundo entero se teñía de gris.

—Tendrás que ir con mucho cuidado, Robb —alertó a su hijo—. Lord Walder es muy susceptible y tiene la lengua afilada, y sin duda algunos de sus hijos habrán salido a él. No dejes que te provoquen.

—Ya conozco a los Frey, madre. Sé bien cuánto los he insultado y cuánto los necesito. Seré tan dulce como un septon.

—Si al llegar nos ofrecen algún refrigerio, no lo rechaces bajo ningún concepto. —Catelyn se movió incómoda en la silla de montar—. Acepta lo que te den, y come y bebe a la vista de todos. Si no te ofrecen nada, pide pan, queso y una copa de vino.

—La verdad es que tengo más frío que hambre...

—Haz caso de lo que te digo, Robb. Una vez hayas comido su pan y su sal serás su huésped, y las leyes de la hospitalidad te protegerán bajo su techo.

—Me protege un ejército entero, madre. —Robb no parecía atemorizado, más bien divertido—. No tengo que confiar en el pan y en la sal. Pero si a Lord Walder le apetece servirme grajo guisado con gusanos, me lo comeré y repetiré.

Cuatro jinetes Frey salieron del torreón de entrada más occidental envueltos en pesadas capas de gruesa lana gris. Catelyn reconoció a Ser Ryman, hijo del difunto Ser Stevron, el primogénito de Lord Walder. La muerte de su padre había convertido a Ryman en heredero de Los Gemelos. El rostro que asomaba bajo la capucha era carnoso, ancho y bobalicón. Probablemente los otros tres fueran sus hijos, los bisnietos de Lord Walder.

Edmure confirmó su suposición.

—El mayor se llama Edwyn, es el larguirucho pálido con cara de estreñido. El nervudo de la barba es Walder el Negro, un mal bicho. El que monta al zaino es Petyr, mira qué rostro tiene ese chico. Sus hermanos lo llaman Petyr Espinilla. Apenas es un poco mayor que Robb, pero Lord Walder lo casó a los diez años con una mujer que le triplicaba la edad. Dioses, espero que Roslin no se parezca a él.

Se detuvieron para dejar que sus anfitriones se acercaran a ellos. El estandarte de Robb pendía del asta, y el sonido constante de la lluvia se mezclaba con el ruido de las aguas crecidas del Forca Verde, que les quedaba a la derecha. *Viento Gris* avanzó con la cola tiesa y los ojos color oro oscuro entrecerrados. Cuando los Frey estuvieron a media docena de metros, Catelyn lo oyó gruñir, un rugido sordo que casi era como el de las aguas del río. Robb se sobresaltó.

—*Viento Gris*, conmigo. ¡Conmigo!

Lejos de obedecer, el huargo dio un salto hacia delante y volvió a gruñir.

El palafrén de Ser Ryman retrocedió con un relincho de terror, y el de Petyr Espinilla se encabritó y derribó a su jinete. El único que pudo controlar su montura fue Walder el Negro, que echó mano al pomo de su espada.

—¡No! —gritaba Robb—. ¡*Viento Gris*, aquí! ¡Ven aquí!

Catelyn picó espuelas y se situó entre el lobo huargo y los caballos. Los cascos de su yegua levantaron salpicaduras de barro cuando se detuvo ante *Viento Gris*. El lobo cambió de dirección y sólo entonces pareció oír la llamada de Robb.

—¿Así se disculpan los Stark? —gritó Walder el Negro con la espada desenvainada—. ¿Queréis congraciaros azuzando al lobo contra nosotros? ¿Para eso habéis venido?

Ser Ryman había desmontado para ayudar a ponerse en pie a Petyr Espinilla. El muchacho estaba cubierto de barro, pero ileso.

—He venido para disculparme por la ofensa que cometí contra vuestra casa y para asistir a la boda de mi tío. —Robb bajó de la montura—. Tomad mi caballo, Petyr. El vuestro ya debe de estar casi en los establos.

Petyr miró a su padre.

—Puedo montar a la grupa con uno de mis hermanos.

Los Frey no se molestaron en hacer ningún gesto respetuoso.

—Llegáis tarde —declaró Ser Ryman.

—Las lluvias nos han demorado —dijo Robb—. Os envié el mensaje con un pájaro.

—No veo a la mujer.

Todos supieron al momento que con «la mujer» Ser Ryman se refería a Jeyne Westerling. Lady Catelyn esbozó una sonrisa de disculpa.

—La reina Jeyne estaba agotada de tanto viaje, mis señores. Sin duda será un placer para ella visitaros cuando corran tiempos menos turbulentos.

—Mi abuelo se va a disgustar. —Walder el Negro había envainado la espada, pero su tono de voz seguía siendo hostil—. Le he hablado mucho de la dama y quería verla en persona.

Edwyn carraspeó para aclararse la garganta.

—Os hemos dispuesto habitaciones en la Torre del Agua, Alteza —le dijo a Robb con cortesía cautelosa—. Y también para Lord Tully y Lady Stark. Vuestros señores banderizos serán bienvenidos bajo nuestro techo y están invitados al banquete de bodas.

—¿Qué hay de mis hombres? —preguntó Robb.

—Mi señor abuelo lamenta no poder albergar ni alimentar a un ejército de tal magnitud. Hemos tenido serias dificultades para conseguir forraje y provisiones para nuestros reclutas. Pero no descuidaremos a vuestros hombres. Si quieren cruzar y montar el campamento junto al nuestro, llevaremos barriles de vino y cerveza para que todos beban a la salud de Lord Edmure y su prometida. Hemos plantado tres grandes tiendas en la otra orilla para que se refugien de la lluvia.

—Vuestro señor padre es muy generoso. Mis hombres se lo agradecerán. Llevan muchos días cabalgando empapados.

—¿Cuándo conoceré a mi prometida? —preguntó Edmure Tully adelantándose con su caballo.

—Os espera dentro —le aseguró Edwyn Frey—. Estoy seguro de que sabréis disculpar su timidez. La pobre doncella ha aguardado este

momento muy nerviosa. Pero ¿no sería mejor proseguir esta conversación a cubierto de la lluvia?

—Sin duda. —Ser Ryman volvió a montar y alzó a Petyr Espinilla para sentarlo tras él—. Si tenéis la bondad de seguirme, mi señor padre os aguarda.

Hizo dar la vuelta al palafrén y se dirigió hacia Los Gemelos.

—El Tardío Lord Frey podría haberse molestado en recibirnos en persona —se quejó Edmure poniéndose a la altura de Catelyn—. Soy su señor y pronto seré su yerno. Y Robb es su rey.

—Cuando tengas noventa y un años, hermano, ya veremos si tienes muchas ganas de salir a cabalgar bajo la lluvia.

Pero no estaba segura de que aquello fuera del todo cierto. Por lo general Lord Walder salía en una litera cubierta, que lo habría protegido casi por completo de la lluvia. «¿Un desaire deliberado?» Si era así, seguramente sería el primero de muchos.

Junto al torreón de la entrada hubo más problemas. *Viento Gris* se detuvo en seco a mitad del puente levadizo, se sacudió la lluvia del pelaje y empezó a aullar al rastrillo. Robb le silbó con impaciencia.

—¿Qué pasa, *Viento Gris*? Conmigo. Ven conmigo.

Pero el huargo empezó a enseñar los dientes.

«No le gusta este sitio», pensó Catelyn. Robb tuvo que acucillarse junto al lobo y hablarle en voz baja para que accediera a pasar bajo el rastrillo. Para entonces Lothar el Cojo y Walder Ríos ya estaban a su altura.

—Lo que le da miedo es el ruido del agua —dijo Ríos—. Los animales saben que hay que mantenerse lejos de un río crecido.

—En cuanto esté en una perrera seca con una pierna de carnero se encontrará mejor —comentó Lothar alegremente—. ¿Queréis que mande llamar al encargado de los perros?

—Es un huargo, no un perro —dijo Robb—, y es peligroso para aquellos en los que no confía. Ser Raynald, quedaos con él. No quiero que entre así en los salones de Lord Walder.

«Muy hábil —pensó Catelyn—. Así Robb evita que Lord Walder se encuentre cara a cara con un Westerling.»

La gota y los huesos frágiles habían cobrado un alto precio al anciano Walder Frey. Los recibió apuntalado con cojines en su sillón y con una manta de armiño sobre el regazo. El sillón era de roble negro, tenía el respaldo tallado con la forma de dos gruesas torres unidas por un puente arqueado y era tan enorme que en él el anciano parecía un niño grotesco. El aspecto de Lord Walder era un poco de buitre, y todavía más de comadreja. En la cabeza calva, que brotaba entre los hombros huesudos, se veían manchas de edad. Bajo la escasa barbilla le colgaba la piel flácida de la papada, tenía los ojos nublados y llorosos, y movía sin cesar los labios sobre las encías desdentadas, succionando el aire como un bebé que mamara del pecho de su madre.

Junto a él, de pie, se encontraba la octava Lady Frey. A su lado se sentaba una versión más joven del anciano, un hombre flaco y encorvado de unos cincuenta años cuya lujosa indumentaria de lana azul y seda gris se reforzaba de manera extraña con una corona y un collar adornado con diminutas campanitas de metal. El parecido con su señor era asombroso, a excepción de los ojos; los de Lord Frey eran pequeños, sombríos y desconfiados; los del otro eran grandes, afables y vacíos. Catelyn recordó que uno de los hijos de Lord Walder había engendrado hacía muchos años a un retrasado mental. En anteriores visitas, el señor del Cruce siempre había tenido buen cuidado de que nadie lo viera.

«¿Llevará siempre una corona de bufón, o es otra burla a costa de Robb?» Jamás se habría atrevido a preguntarlo en voz alta.

El resto de la sala estaba abarrotada con los hijos, nietos, esposos, esposas y criados de los Frey, pero el que habló fue el anciano.

—Estoy seguro de que disculparéis que no me arrodille. Las piernas ya no me funcionan como antes, aunque lo que me cuelga entre ellas sigue trabajando bien, je, je. —Su boca se hendió en una sonrisa desdentada al contemplar la corona de Robb—. Hay quien diría que un rey que se corona con bronce no es gran cosa como rey, Alteza.

—El bronce y el hierro son más fuertes que el oro y la plata —respondió Robb—. Los antiguos Reyes del Invierno llevaban una corona de espadas como ésta.

—De mucho les sirvió cuando llegaron los dragones, je, je. —Aquel «je, je» pareció agradar al retrasado, que agitó la cabeza a un lado y a otro haciendo tintinear la corona y el collar—. Perdonad a mi Aegon, siempre hace mucho ruido —siguió Lord Walder—. Tiene menos sesos que un lacustre y no había visto nunca a un rey. Es uno de los hijos de Stevron. Lo llamamos Cascabel.

—Ser Stevron me habló de él, mi señor. —Robb sonrió al retrasado—. Bienhallado, Aegon. Vuestro padre era un hombre valeroso.

Cascabel hizo tintinear las campanillas. Un reguerillo de baba le corrió por la comisura de la boca cuando sonrió.

—Ahorraos vuestra regia saliva. Es como si hablarais con un orinal. —Lord Walder paseó la mirada por el resto de los visitantes—. Vaya, Lady Catelyn, si habéis vuelto con nosotros. ¿Y a quién tenemos aquí? Al joven Ser Edmure, el vencedor del Molino de Piedra. Ah, ahora es Lord Tully, siempre se me olvida. Sois el quinto Lord Tully que he conocido. Sobreviví a los otros cuatro, je, je. Vuestra prometida debe de andar por aquí. Me imagino que querréis echarle un vistazo.

—Así es, mi señor.

—Pues así será. Pero vestida, ¿eh? Es doncella y además muy tímida. No la veréis desnuda hasta que os encamemos. —Lord Walder soltó una risita crepitante—. Je, je. Será pronto, será pronto. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. Ve a buscar a tu hermana, Benfrey. Y date prisa, que Lord Tully ha hecho un viaje muy largo desde Aguasdulces. —Un joven caballero ataviado con una sobrevesta cuartelada hizo una reverencia y salió, y el anciano se volvió de nuevo hacia Robb—. ¿Qué hay de vuestra esposa, Alteza? ¿Dónde está la hermosa reina Jeyne? Es una Westerling del Risco, según tengo entendido, je, je.

—La dejé en Aguasdulces, mi señor. Como le dijimos a Ser Ryman, estaba agotada después de tanto viaje.

—No sabéis cuánto me entristece lo que me decís. Quería contemplarla con mis ojos, que cada vez me fallan más. La verdad es que todos queríamos verla, je, je. ¿No es así, mi señora?

Lady Frey, pálida y etérea, pareció sobresaltarse cuando se pidió su opinión.

—S-sí, mi señor. Teníamos grandes deseos de rendir pleitesía a la reina Jeyne. Debe de ser muy bella.

—Es bellísima, mi señora.

En la voz de Robb había una calma gélida que a Catelyn le recordó a la de Ned. El anciano no la oyó o se negó a oírla.

—Más que mis niñas, ¿eh? Je, je. De lo contrario, ¿cómo habrían conseguido su rostro y su cuerpo que el rey olvidara su solemne promesa?

—Sé que no hay palabras suficientes para disculparme —dijo Robb, soportando el reproche con dignidad—, pero he venido a excusarme por la ofensa que cometí contra vuestra Casa y para suplicar vuestro perdón, mi señor.

—Perdón, je, je. Ah, sí, ya me acuerdo, que jurasteis pedir perdón. Soy viejo, pero ciertas cosas no se me olvidan. A diferencia de lo que pasa con algunos reyes, por lo visto. Los jóvenes no se acuerdan de nada en cuanto ven una cara bonita y un buen par de tetas, ¿verdad? Yo era igual. Hay quien dice que todavía lo soy, je, je. Pero se equivocarían, igual que os equivocasteis vos. Bueno, el caso es que ahora habéis venido a enmendar el error. Pero a las que despreciasteis fue a mis niñas. A lo mejor son ellas las que deberían escuchar vuestras disculpas, Alteza. Mis niñas doncellas... Miradlas, miradlas.

Hizo un gesto con la mano, y una bandada de muchachas abandonó su lugar junto a las paredes para ir a alinearse ante el estrado. Cascabel también hizo ademán de levantarse, las campanillas sonaron alegres, pero Lady Frey agarró al retrasado por la manga y lo obligó a sentarse de nuevo.

Lord Walder fue recitando los nombres.

—Mi hija Arwyn. —Señaló a una muchachita de catorce años—. Shirei, la más joven de mis hijas legítimas. Ami y Marianne son mis nietas. Casé a Ami con Ser Pate de Sietecauces, pero la Montaña mató al muy imbécil, así que me la devolvieron. Aquella es Cersei, pero la llamamos Abejita, su madre es una Beesbury. Más nietas. Una se llama Walda y las otras... bueno, todas tendrán nombre, yo qué sé...

—Yo soy Merry, señor abuelo —dijo una niña.

—Lo que eres es una parlanchina. Al lado de Parlanchina podéis ver a mi hija Tyta. Luego hay otra Walda. Alyx, Marissa... ¿Tú eres Marissa? Ya me parecía a mí. No siempre está calva. El maestre le tuvo que afeitar la cabeza, pero dice que el pelo le volverá a crecer. Las gemelas son Serra y Sarra. —Entrecerró los ojos para mirar a una de las niñas más pequeñas—. Je, je, ¿tú eres otra Walda?

—Soy la Walda de Ser Aemon Ríos, señor bisabuelo —dijo con una reverencia la niña; no tendría más de cuatro años.

—¿Cuánto hace que sabes hablar? Qué más da, no dirás nada sensato en tu vida, igual que tu padre. Que encima también es hijo de bastardo, je, je. Lárgate, aquí sólo quiero a las Frey. Al Rey en el Norte no le interesa el ganado sin raza. —Lord Walder miró a Robb; Cascabel sacudió la cabeza y las campanillas tintinearon—. Aquí las tenéis, todas doncellas. Bueno, y una viuda, pero hay hombres que prefieren mujeres ya estrenadas. Podríais haber tenido a cualquiera de ellas.

—Me habría sido imposible elegir, mi señor —dijo Robb con cauta cortesía—. Todas son demasiado hermosas.

—Y dicen que a mí me falla la vista. —Lord Walder soltó un bufido—. Las hay que no están mal, sí, pero otras... En fin, qué más da. No eran suficiente para el Rey en el Norte, je, je. Bueno, venga, hablad de una vez.

—Mis señoras... —La incomodidad de Robb era evidente, pero había sabido desde el principio que aquel momento iba a llegar y se enfrentó a él sin un parpadeo—. Todos los hombres deberían

mantener la palabra dada y los reyes más que nadie. Me comprometí a contraer matrimonio con una de vosotras y rompí mi juramento. La culpa no es vuestra. No lo hice para ofenderos, sino porque amaba a otra. No hay palabras que os puedan compensar, lo sé, pero me presento ante vosotras para suplicaros vuestro perdón, de manera que los Frey del Cruce y los Stark de Invernalía vuelvan a ser amigos.

Las niñas más pequeñas se movían nerviosas. Sus hermanas mayores aguardaron a que hablara Lord Walder desde su trono negro de roble. Cascabel se mecía de adelante hacia atrás y las campanitas le tintineaban en el collar y en la corona.

—Muy bien —dijo al final el señor del Cruce—. Habéis estado muy bien, Alteza. «No hay palabras que os puedan compensar», je, je. Bien dicho, bien dicho. Espero que en el banquete de bodas no os neguéis a bailar con mis hijas, dadle gusto a este anciano, je, je. —Movió la cabeza rosada y arrugada de adelante a atrás, con un gesto muy parecido al de su nieto retrasado, aunque Lord Walder no llevaba campanitas—. Aquí la tenéis, Lord Edmure. Mi hija Roslin, mi más precioso capullito, je, je.

Ser Benfrey la acompañaba cuando entró en la estancia. Se parecían mucho, tanto como para ser gemelos. A juzgar por su edad, ambos eran hijos de la sexta Lady Frey; una Rosby, si Catelyn no recordaba mal.

Roslin era menuda para sus años y tenía la piel tan blanca como si acabara de tomar un baño de leche. Su rostro era hermoso, con la barbilla pequeña, la nariz delicada y grandes ojos castaños. Una espesa mata de cabello caoba le caía en ondas hasta una cintura tan fina que Edmure se la podría rodear con las manos. Bajo el corpiño de encaje de la túnica color azul claro, los pechos parecían pequeños, pero bien formados.

—Alteza. —La niña se arrodilló—. Lord Edmure, espero no haberos decepcionado.

«Ni mucho menos», pensó Catelyn. El rostro de su hermano se había iluminado nada más verla.

—Sois un placer para mis ojos, mi señora —dijo Edmure—. Y sé que siempre lo seréis.

Roslin tenía las palas un poco separadas y eso hacía que sonriera con timidez, pero el defecto resultaba casi cautivador.

«Muy bonita —pensó Catelyn—, pero es muy menuda y viene de la familia Rosby.» Los Rosby nunca se habían caracterizado por su robustez. Ella habría preferido a algunas de las chicas mayores de la estancia, hijas o nietas, eso no lo sabía. Tenían un aire de Crakehall, y la tercera esposa de Lord Walder había sido de aquella Casa. «Caderas anchas para parir hijos, pechos grandes para alimentarlos y brazos fuertes para llevarlos. Los Crakehall han sido siempre una familia fuerte, de huesos grandes.»

—Mi señor es muy bondadoso —dijo Lady Roslin a Edmure.

—Mi señora es muy bella. —Edmure la tomó de la mano y la ayudó a ponerse en pie—. Pero ¿por qué lloráis?

—Es de alegría —dijo Roslin—. Lloro de alegría, mi señor.

—Basta ya —interrumpió Lord Walder—. Ya lloriquearéis y os diréis secretitos cuando estéis casados, je, je. Benfrey, acompaña a tu hermana a sus aposentos, tiene que prepararse para la boda. Y para cuando los encamemos, je, je, que es lo mejor. Para todos, para todos. —Movía la boca sin cesar incluso cuando no hablaba—. Habrá música, la música más dulce, y vino, je, je, correrá el tinto, y corregiremos lo que no debió pasar nunca. Pero ahora estáis cansados, y además empapados, me estáis mojando el suelo. Las chimeneas os esperan encendidas, hay vino especiado caliente y baños para quien los quiera. Lothar, acompaña a nuestros invitados a sus habitaciones.

—Antes tengo que supervisar a mis hombres mientras cruzan el río, mi señor —dijo Robb.

—No se perderán —replicó Lord Walder—. No es la primera vez que lo cruzan, ¿verdad? Ya lo pasaron cuando vinisteis del norte. Queríais permiso para cruzar y os lo concedí, y vos también me concedisteis algo aunque se os olvidó, je, je. Pero haced lo que os dé

la gana. Si queréis cruzar de la manita a cada uno de vuestros hombres, a mí qué.

—¡Mi señor! —recordó Catelyn de repente—. Os agradeceríamos de corazón que nos dierais algo de comer. Hemos cabalgado muchas leguas bajo la lluvia.

—Queréis comer, je, je. —La boca de Walder Frey se movía como si tuviera vida propia—. Un trozo de pan, un poco de queso, hasta a lo mejor una salchicha.

—Un poco de vino para pasarlo —dijo Robb—. Y sal.

—Pan y sal. Je, je. Claro, claro. —El anciano dio unas palmadas y varios criados entraron en la estancia. Portaban jarras de vino y bandejas con pan, queso y mantequilla. Lord Walder cogió una copa de tinto, la alzó con una mano llena de manchas y dijo—: Sois mis invitados. Mis honorables huéspedes. Os doy la bienvenida a mi mesa, bajo mi techo.

—Os agradecemos vuestra hospitalidad, mi señor —respondió Robb.

Edmure también le dio las gracias, junto con el Gran Jon, Ser Marq Piper y los demás. Bebieron su vino y comieron su pan y su mantequilla. Catelyn probó el vino y mordisqueó un trozo de pan, y se empezó a sentir mucho mejor.

«Ahora todo indica que estamos a salvo», pensó.

Sabiendo lo mezquino que podía llegar a ser el anciano, se había temido que sus habitaciones fueran sombrías y tristes, pero al parecer los Frey habían decidido mostrarse generosos. La cámara nupcial era grande y el mobiliario lujoso, dominado por una gran cama con colchón de plumas cuyos postes estaban tallados con la forma de torreones de castillo. Los cortinajes eran rojos y azules, los colores de los Tully, un detalle cortés. Los suelos de madera estaban cubiertos de alfombras de grato olor, y la alta ventana con postigos daba hacia el sur. La habitación de Catelyn era más pequeña, pero los muebles eran bonitos y cómodos y la chimenea estaba encendida. Lothar el Cojo les

aseguró que a Robb se le había asignado un aposento acorde a su regia persona.

—Si necesitáis cualquier cosa, sólo tenéis que decírselo a uno de los guardias. —Hizo una reverencia y se alejó cojeando escaleras abajo.

—Deberíamos poner guardias nuestros —dijo Catelyn a su hermano.

Sabía que descansaría mucho más tranquila si había ante su puerta hombres de los Stark y de los Tully. La audiencia con Lord Walder no había sido tan mala como había temido, pero pese a todo se alegraría cuando todo aquello terminara.

«Unos días más y Robb partirá hacia la batalla; y yo hacia un cómodo cautiverio en Varamar.» No le cabía duda de que Lord Jason la trataría con toda cortesía, pero la perspectiva le seguía resultando deprimente.

Oyó el sonido de los cascos de los caballos a medida que la larga columna de jinetes avanzaba por el puente que enlazaba los castillos. Las piedras crujían bajo el peso de los cargados carromatos. Catelyn se asomó por la ventana para ver cómo el ejército de Robb salía de la torre oriental.

—Parece que llueve menos.

—Sí, ahora que estamos bajo techo. —Edmure estaba de pie frente a la chimenea para entrar en calor—. ¿Qué te ha parecido Roslin?

«Demasiado menuda y delicada. Sufrirá mucho cuando dé a luz.» Pero su hermano parecía muy contento con la niña, de manera que se mordió la lengua.

—Muy dulce —se limitó a decir.

—Creo que le he gustado. ¿Por qué lloraría?

—Es una doncella la víspera de su boda. Siempre derraman lágrimas.

Lysa había llorado a mares la mañana de su matrimonio, aunque consiguió tener los ojos secos y un aspecto radiante cuando Jon Arryn le puso sobre los hombros la capa color azul y crema.

—Es mucho más bonita de lo que esperaba. —Edmure alzó una mano antes de que Catelyn dijera nada—. Ya lo sé, ya lo sé, hay cosas más importantes, no me vengas con sermones, septa. Pero... ¿te has fijado en algunas de las doncellas que nos ha mostrado Frey? Una tenía un tic. ¿Padecerá la enfermedad de los temblores? Por no mencionar a las gemelas, tenían más granos y erupciones que Petyr Espinilla. Con semejante manada me imaginé que Roslin sería calva y tuerta, que tendría los sesos de Cascabel y el carácter de Walder el Negro. Pero parece encantadora además de bonita. —Edmure estaba desconcertado—. ¿Por qué se negaría el viejo a dejarme elegir si no pretendía encajarme una esposa repulsiva?

—Todo el mundo sabe de tu gusto por las caras bonitas —le recordó Catelyn—. Puede que Lord Walder quiere que seas feliz con tu prometida. —«O más probable, que no quisiera que montaras un escándalo y echaras por tierra sus planes»—. O tal vez Roslin sea su favorita. El señor de Aguasdulces es un partido mucho mejor que el que puedan esperar la mayoría de sus hijas.

—Es verdad. —Pero su hermano seguía sin estar seguro—. Oye, ¿es posible que Roslin sea estéril?

—Lord Walder quiere que su nieto herede Aguasdulces. ¿Qué ganaría dándote una esposa que no puede tener hijos?

—Se libraría de una hija a la que nadie más querría.

—Eso no le serviría de nada. Walder Frey es rencoroso, no idiota.

—Bueno, pero ¿es posible?

—Sí —reconoció Catelyn de mala gana—. Hay enfermedades que una niña puede padecer en la infancia y la dejan incapaz de concebir. Pero no hay nada que indique que es el caso de Lady Roslin. —Contempló la habitación—. La verdad sea dicha, los Frey nos han recibido con más amabilidad de la que esperaba.

—Unas cuantas frases afiladas y un poco de malicia que no venía a cuento. Muy cortés, el viejo. Pensaba que se iba a mear en el vino y luego nos obligaría a hablar maravillas de la cosecha. —Edmure se echó a reír.

Sin saber por qué, aquella broma intranquilizó a Catelyn.

—Si me disculpas voy a cambiarme de ropa, estoy empapada.

—Como quieras. —Edmure bostezó—. Yo voy a echar una siesta.

Catelyn se retiró a su habitación. El baúl de ropa con que había viajado desde Aguasdulces estaba al pie de la cama. Tras desvestirse y colgar la ropa mojada ante la chimenea, se puso un abrigado vestido de lana con los colores rojo y azul de los Tully, se lavó y se cepilló el pelo hasta tenerlo seco, y salió en busca de los Frey.

El trono de roble negro de Lord Walder estaba vacío cuando entró en la estancia, pero junto a la chimenea había varios de sus hijos bebiendo. Lothar el Cojo se levantó con torpeza nada más verla.

—Pensaba que estaríais durmiendo, Lady Catelyn. ¿En qué os puedo ayudar?

—¿Son éstos vuestros hermanos? —preguntó.

—Hermanos, hermanastros, cuñados y sobrinos. Raymund y yo somos hijos de la misma madre. Lord Lucias Vypren es el marido de mi hermanastra Lythene, y Ser Damon es su hijo. A mi hermanastro Ser Hosteen ya lo conocéis. Y éstos son Ser Leslyn Haigh y sus hijos, Ser Harys y Ser Donnel.

—Bienhallados, señores. ¿No está Ser Perwyn? Fue uno de los hombres que me escoltaron hasta Bastión de Tormentas cuando Robb me envió allí a hablar con Lord Renly. Me gustaría volver a verlo.

—Perwyn está ausente —dijo Lothar el Cojo—. Le diré que habéis preguntado por él. Sentirá mucho no haberos visto.

—¿No volverá a tiempo para la boda de Lady Roslin?

—Esa esperanza tenía él —respondió Lothar el Cojo—. Pero, con estas lluvias... ya habéis visto lo crecidos que bajan los ríos, mi señora.

—Desde luego —asintió Catelyn—. ¿Tendríais la amabilidad de llevarme a ver a vuestro maestro?

—¿Os encontráis mal, mi señora? —preguntó Ser Hosteen, un hombre de constitución fuerte y mandíbula cuadrada.

—Problemas femeninos. Nada de importancia, ser.

Lothar, galante como siempre, la acompañó fuera de la estancia. Subieron unas escaleras, cruzaron un puente cubierto y llegaron a otro tramo de peldaños.

—El maestro Brenett debe de estar en el torreón superior, mi señora.

Catelyn no se habría sorprendido si el maestro fuera otro hijo de Walder Frey, pero Brenett no tenía ningún parecido familiar. Era un hombretón gordo, calvo, con papada y no demasiado pulcro a juzgar por las manchas de excrementos de cuervo que tenía en las mangas de la túnica, pero parecía agradable. Cuando le comentó la preocupación de Edmure por la fertilidad de Lady Roslin soltó una risita.

—Vuestro señor hermano no tiene nada que temer, Lady Catelyn. Es menuda, sin duda, y de caderas estrechas, pero su madre era igual, y Lady Bethany dio a Lord Walder un hijo cada año.

—¿Cuántos vivieron más allá de la infancia? —preguntó sin rodeos.

—Cinco. —Alzó otros tantos dedos gruesos como salchichas—. Ser Perwyn. Ser Benfrey. El maestro Willamen, que hizo los votos el año pasado y ahora sirve a Lord Hunter en el Valle. Olyvar, que fue escudero de vuestro hijo. Y Lady Roslin, la más pequeña. Cuatro varones y una chica. Lord Edmure no sabrá qué hacer con tantos hijos.

—Se alegrará de saberlo.

Así que la muchacha, además de bonita, era probablemente fértil. «Eso tranquilizará a Edmure.» En su opinión, Lord Walder no había dado ningún motivo de queja a su hermano.

Tras dejar al maestro Catelyn no regresó a sus habitaciones, sino que fue a ver a Robb. Lo encontró en compañía de Robin Flint y Ser Wendel Manderly, además del Gran Jon y su hijo, a quien todavía

seguían llamando Pequeño Jon aunque pronto sería más alto que su padre. Todos estaban empapados. Otro hombre más, aún más calado que ellos, estaba ante la chimenea con una capa color rosa claro ribeteada en piel blanca.

—Lord Bolton —saludó.

—Lady Catelyn —respondió él con voz tenue—, es un placer volver a veros, incluso en estas tristes circunstancias.

—Sois muy amable. —Catelyn percibió la desesperanza que reinaba en la sala. Hasta el Gran Jon parecía sombrío y postrado. Observó los rostros ceñudos de los hombres—. ¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Los Lannister están en el Tridente —respondió Ser Wendel con tristeza—. Han vuelto a tomar prisionero a mi hermano.

—Y Lord Bolton nos trae más noticias de Invernalía —añadió Robb—. Ser Rodrik no ha sido el único hombre bueno que ha muerto. También mataron a Cley Cerwyn y a Leobald Tallhart.

—Cley Cerwyn no era más que un muchacho —dijo ella entristecida—. Entonces, ¿era verdad? ¿Han muerto todos, Invernalía ha desaparecido?

—Los hombres del hierro quemaron el castillo y la ciudad del invierno. —Bolton la miraba con sus ojos claros—. Mi hijo Ramsay se llevó a algunos de los vuestros a Fuerte Terror.

—Vuestro bastardo ha sido acusado de crímenes horrendos —le recordó Catelyn con tono brusco—. Asesinato, violación y cosas aún peores.

—Sí —dijo Roose Bolton—. No voy a negar que su sangre está mancillada. Pero es un buen luchador, tan astuto como valiente. Cuando los hombres del hierro mataron a Ser Rodrik y después a Leobald Tallhart, recayó sobre Ramsay la responsabilidad de ponerse al frente de la batalla, y así lo hizo. Jura que no envainará la espada mientras quede un Greyjoy en el norte. Puede que eso sirva para que expíe en parte los crímenes que su sangre de bastardo le llevó a cometer. —Se encogió de hombros—. O puede que no. Cuando

termine la guerra será Su Alteza quien sopesa los hechos y lo juzgue. Espero que para entonces Lady Walda ya me habrá dado un hijo legítimo.

«Qué hombre tan frío», pensó Catelyn, y no era la primera vez.

—¿Ramsay dijo algo de Theon Greyjoy? —quiso saber Robb—. ¿Murió también o consiguió escapar?

Roose Bolton sacó una sucia tira de cuero de la bolsa que llevaba colgada del cinturón.

—Mi hijo envió esto junto con la carta.

Ser Wendel volvió el rostro regordete para apartar la vista. Robin Flint y el Pequeño Jon Umber intercambiaron una mirada, y el Gran Jon bufó como un toro.

—¿Eso es... piel? —preguntó Robb.

—La piel del dedo meñique de la mano izquierda de Theon Greyjoy. Lo reconozco, mi hijo es cruel. Pero... ¿qué es un poco de piel comparado con las vidas de los dos jóvenes príncipes? Vos erais su madre, mi señora. ¿Me permitís que os ofrezca esto como una pequeña muestra de venganza?

Una parte de Catelyn habría querido estrechar contra el pecho el macabro trofeo, pero se forzó a resistir.

—Guardad eso, por favor.

—Despellejando a Theon no recuperaremos a mis hermanos —dijo Robb—. Quiero su cabeza, no su piel.

—Es el único hijo varón de Balon Greyjoy —dijo Lord Bolton con voz suave, como si los demás lo hubieran olvidado—, y por tanto ahora es el legítimo rey de las Islas del Hierro. No puede haber mejor rehén que un rey prisionero.

—¿Rehén? —La sola palabra hizo que a Catelyn se le erizara el vello. Los rehenes servían para intercambiarlos—. Lord Bolton, espero que no estéis sugiriendo que dejemos libre al hombre que mató a mis hijos.

—Sea quien sea el que ocupe el Trono de Piedramar, querrá ver muerto a Theon Greyjoy —señaló Bolton—. Aun prisionero, su derecho al trono supera al de cualquiera de sus tíos. Mi propuesta es que lo retengamos y negociemos con los hijos del hierro el precio de su ejecución.

—Bien —asintió Robb después de sopesar la posibilidad de mala gana—. De acuerdo. Que lo mantenga con vida, al menos de momento. Retenedlo en Fuerte Terror hasta que reconquistemos el norte.

—¿Qué ha dicho Ser Wendel sobre hombres de los Lannister en el Tridente? —preguntó Catelyn volviéndose hacia Roose Bolton.

—Ha sido culpa mía, mi señora. Tardé demasiado en salir de Harrenhal. Aenys Frey partió días antes que yo y cruzó el Tridente por el Vado Rubí, aunque no sin dificultades. Pero cuando llegué, las aguas del río eran torrenciales. No me quedó más remedio que cruzar a mis hombres en botes, y teníamos muy pocos. Dos terceras partes de mi ejército se encontraban ya en la orilla norte cuando los Lannister atacaron a los que no habían cruzado todavía. Eran sobre todo hombres de Norrey, Locke y Burley, con Ser Wendel Manderly y sus caballeros de Puerto Blanco en la retaguardia. Yo estaba al otro lado del Tridente, no pude prestarles ayuda. Ser Wylis concentró nuestras fuerzas lo mejor que pudo, pero Gregor Clegane atacó con la caballería y los empujó hacia el río. Murieron tantos ahogados como por la espada. Muchos huyeron y al resto los tomaron prisioneros.

Catelyn pensó que no había oído nunca el nombre de Gregor Clegane relacionado con nada bueno. ¿Tendría que ir Robb hacia el sur para enfrentarse a él? ¿O sería la Montaña quien iría a ellos?

—Entonces, ¿Clegane ha cruzado el río?

—No. —Bolton seguía hablando en voz baja, pero sin titubeos—. Dejé seiscientos hombres en el vado, lanceros de los riachuelos, las montañas y el Cuchillo Blanco, un centenar de arqueros de Hornwood, unos cuantos jinetes libres y caballeros errantes, y buen número de hombres de Stout y Cerwyn. Ronnel Stout y Ser Kyle Condon están al

mando. Como seguramente recordaréis, Ser Kyle era la mano derecha del difunto Lord Cerwyn, mi señora. Los leones no nadan mejor que los lobos, así que, mientras el río baje crecido, Ser Gregor no lo cruzará.

—Lo que menos falta nos hace es tener a la Montaña a la espalda cuando nos pongamos en marcha por el camino alto —dijo Robb—. Hicisteis muy bien, mi señor.

—Su Alteza es demasiado amable. Sufrí terribles pérdidas en el Forca Verde, y a Glover y Tallhart les fue aún peor en el Valle Oscuro.

—El Valle Oscuro. —En labios de Robb el nombre sonaba como una maldición—. Os aseguro que Robett Glover lo pagará muy caro cuando le ponga la mano encima.

—Fue una locura —asintió Lord Bolton—. Pero tened en cuenta que Glover perdió la cabeza cuando se enteró de que Bosquespeso había caído. La pena y el miedo pueden alterar a cualquiera.

El Valle Oscuro era cosa del pasado; la preocupación de Catelyn eran las batallas que aguardaban en el futuro.

—¿Cuántos hombres le habéis traído a mi hijo? —preguntó a Roose Bolton sin rodeos.

Los extraños ojos incoloros le escudriñaron el rostro un momento antes de responder.

—Unos quinientos a caballo y tres mil a pie, mi señora. Son sobre todo de Fuerte Terror y algunos de Bastión Kar. La lealtad de los Karstark es más que dudosa, así que pensé que sería mejor no perderlos de vista. Lamento que no sean más.

—Son suficientes —dijo Robb—. Lord Bolton, estaréis al mando de mi retaguardia. Mi intención es partir hacia el Cuello en cuanto mi tío esté casado, tras la noche de bodas. Señores, volvemos a casa.

ARYA

Los jinetes de la avanzadilla llegaron a ellos a una hora del Forca Verde, ya que el carromato avanzaba con dificultad por el lodazal en que se había convertido el camino.

—Mantén la cabeza gacha y la boca cerrada —le advirtió el Perro mientras los tres hombres, un caballero y dos escuderos de armadura ligera montados en veloces palafrenes, espoleaban a sus monturas hacia ellos.

Clegane hizo restallar el látigo sobre los dos viejos caballos de tiro que habían vivido tiempos mejores. El carromato crujía y se mecía, mientras las dos grandes ruedas de madera aplastaban el lodo de los profundos surcos del camino. *Extraño* iba detrás, atado.

El hosco corcel no llevaba defensas ni arneses. Y el propio Perro se había vestido con una sucia túnica de lana basta color verde y un manto gris hollín con capucha que le ocultaba la cara. Mientras mantuviera la vista baja nadie le podría ver el rostro, sólo destacaba en él el blanco de los ojos. Parecía un campesino venido a menos... aunque un campesino muy alto. Y Arya sabía que la túnica ocultaba una coraza y una cota de mallas. Ella parecía el hijo del campesino, o tal vez un porquerizo, y en el carromato llevaban cuatro barriletes de cerdo en salazón y otro de manitas de cerdo encurtidas.

Los jinetes se separaron y dieron una vuelta en torno a ellos para observarlos antes de acercarse. Clegane detuvo el carromato y aguardó con paciencia. El caballero llevaba lanza y espada, mientras que sus escuderos iban armados con arcos largos. Los distintivos de sus jubones eran versiones en miniatura del emblema bordado en el de su señor: un tridente negro en una barra de oro sobre campo gules. Arya había planeado revelar su identidad a los primeros jinetes con que se cruzaran, pero siempre se los había imaginado con capas grises y el lobo huargo en el pecho. Se habría arriesgado si hubieran lucido el

gigante de Umber o el puño de Glover, pero no conocía de nada al caballero del tridente ni sabía a quién servía. Lo más parecido a un tridente que había visto en Invernalía era el que llevaba en la mano el tritón de Lord Manderly.

—¿Qué os trae a Los Gemelos? —preguntó el caballero.

—Vamos a llevar cerdo en salazón para el banquete de bodas, si os place, ser —murmuró el Perro con los ojos bajos y el rostro oculto.

—El cerdo en salazón nunca me place.

El caballero del tridente apenas miró a Clegane, y a Arya no le prestó la menor atención; en cambio examinó a *Extraño* con detenimiento. Era obvio que el corcel no era un caballo de labranza. Uno de los escuderos estuvo a punto de rodar por tierra cuando el enorme caballo negro lanzó un mordisco a su montura.

—¿Cómo es que tenéis un animal así? —exigió saber el caballero del tridente.

—Mi señora me ordenó traerlo, ser —respondió humildemente Clegane—. Es un regalo de bodas para el joven Lord Tully.

—¿Qué señora? ¿A quién servís?

—A la anciana Lady Whent, ser.

—¿Acaso cree que puede recuperar Harrenhal al precio de un caballo? —bufó el hombre—. Dioses, ¿hay peor imbécil que una vieja imbécil? —Pese a todo les hizo gestos para que reanudaran la marcha—. Venga, venga, seguid.

—Sí, mi señor.

El Perro hizo restallar de nuevo el látigo, y los viejos caballos de tiro reanudaron la marcha cansina. Durante la parada las ruedas se habían hundido profundamente en el lodo, y las bestias tuvieron que tirar un rato para liberarlas. Para entonces los jinetes ya se estaban alejando. Clegane lanzó una última mirada en dirección a ellos y soltó un bufido.

—Ser Donnel Haigh —dijo—. He perdido la cuenta de los caballos que le he quitado. Y también armaduras. Una vez estuve a punto de matarlo en una lucha cuerpo a cuerpo.

—Entonces, ¿cómo es que no te ha reconocido? —preguntó Arya.

—Porque los caballeros son imbéciles, habría sido indigno de él mirar dos veces a un campesino picado de viruelas. —Azuzó a los caballos con el látigo—. Mantén la vista baja, habla con tono respetuoso, di muchas veces lo de «ser», y la mayor parte de los caballeros ni siquiera te ven. Prestan más atención a los caballos que a la gente del pueblo. Si alguna vez me hubiera visto cabalgar a *Extraño*, lo habría reconocido.

«Y también habría reconocido tu cara.» De eso a Arya no le cabía duda. Una vez vistas las quemaduras de Sandor Clegane no era fácil olvidarlas. Tampoco podía ocultar las cicatrices detrás de un yelmo que tenía la forma de un perro con la boca abierta en un gruñido.

Por eso les habían hecho falta el carromato y los pies de cerdo en salmuera.

—No permitiré que me encadenen y me arrastren en presencia de tu hermano —le había dicho el Perro—, y preferiría no tener que matar a sus hombres para llegar hasta él. Así que vamos a jugar un poco.

Un campesino con el que se toparon por casualidad en el camino real les había proporcionado el carromato, los caballos de tiro, los atuendos y los barriles, aunque no precisamente de buena gana. El Perro se lo había quitado todo a punta de espada. El campesino lo maldijo y lo llamó mil veces ladrón.

—Nada de eso. Soy un forrajeador. Da gracias de que te dejo la ropa interior. Venga, quítate también las botas. O si lo prefieres te corto las piernas, tú eliges.

El campesino era tan corpulento como Clegane, pero aun así optó por entregarle las botas y conservar las piernas.

El ocaso los sorprendió mientras avanzaban hacia el Forca Verde y los castillos gemelos de Lord Frey.

«Casi he llegado», pensó Arya. Sabía que debería estar emocionada, pero tenía un nudo prieto en el estómago. Quizá fuera por la fiebre con la que había estado luchando, pero también era

posible que no. La noche anterior había tenido una pesadilla espantosa. Ya no recordaba en qué consistía, pero la sensación que le dejó no la había abandonado en todo el día, al contrario, se fue haciendo cada vez más fuerte. «El miedo hiere más que las espadas.» Tenía que ser fuerte, tal como le había dicho su padre. Lo único que se interponía entre su madre y ella era la puerta de un castillo, un río y un ejército... pero era el ejército de Robb, por lo que no suponía ningún peligro. ¿Verdad?

Pero Roose Bolton estaba con ellos. El Señor de las Sanguijuelas, como lo llamaban los bandidos. Aquello la ponía nerviosa. Había escapado de Harrenhal para huir de Bolton tanto como de los Titiriteros Sangrientos, y para ello tuvo que cortarle el cuello a uno de los guardias. ¿Sabría que lo había hecho ella? ¿O culparía a Gendry, o a Pastel Caliente? ¿Se lo habría dicho a su madre? ¿Qué haría cuando la viera?

«Seguro que ni siquiera me reconoce.» En aquellos momentos parecía más un ratón ahogado que la copera de un señor. Un ratón. El Perro le había cortado mechones de cabello hacía tan sólo dos días. Como barbero era aún peor que Yoren, y le había dejado una gran calva en una sien. «Seguro que Robb tampoco me reconoce. Ni mi madre.» La última vez que los vio, el día en que Lord Eddard Stark partió de Invernal, no era más que una niña pequeña.

Oyeron la música antes incluso de ver el castillo, el retumbar de los tambores, el estrépito de los cuernos y el aullido de las gaitas apenas audible por encima del rugido del río y el repiqueteo de la lluvia que les caía sobre las cabezas.

—Nos hemos perdido la boda —señaló el Perro—, pero parece que el banquete aún no ha terminado. Pronto me libraré de ti.

«No, yo me libraré de ti», pensó Arya.

El camino discurría rumbo noroeste en su mayor parte, pero en aquel punto se desviaba hacia el oeste entre un pomar y un maizal ahogado por la lluvia. Pasaron junto al último manzano y coronaron un montículo, y de repente tuvieron ante ellos los castillos, el río y los

campamentos. Había cientos de caballos y millares de hombres, la mayor parte de los cuales pululaba en torno a tres gigantescas tiendas de festejos que se alzaban juntas frente a las puertas del castillo, como tres enormes salones de lona. Robb había montado su campamento a buena distancia de las murallas, en terrenos más elevados y secos, pero el Forca Verde se había desbordado y había arrastrado incluso algunas tiendas colocadas con menos cuidado.

Allí la música de los castillos sonaba con más fuerza. El sonido de los tambores retumbaba por el campamento. Los músicos del castillo más cercano tocaban una canción diferente a la de los del castillo de la otra orilla, de manera que más que música aquello parecía una batalla.

—No lo hacen nada bien —observó Arya.

El Perro emitió un sonido que podía pasar por una carcajada.

—Seguro que alguna vieja sorda en Lannisport se está quejando del ruido. Tenía entendido que a Walder Frey le fallaba ya la vista, pero no sabía que estuviera como una tapia.

Arya habría dado cualquier cosa por que fuera de día. Si hubiera sol y soplara el viento podría ver mejor los estandartes. Habría buscado el lobo huargo de los Stark, o tal vez el hacha de combate de los Cerwyn, o el puño de los Glover. Pero, en la penumbra de la noche, todos los colores se confundían con el gris. La lluvia había cesado casi y no era más que una llovizna ligera, poco más que una niebla húmeda, pero un chaparrón previo había convertido los estandartes en trapos empapados, lacios e irreconocibles.

A todo lo largo del perímetro se habían dispuesto los carros y carromatos, a modo de rudimentaria muralla para protegerse de cualquier ataque. Allí fue donde los detuvieron los guardias. El farol que sostenía su sargento proyectaba la suficiente luz para que Arya viera que llevaba una capa rosa salpicada de lágrimas rojas. Los hombres que lo obedecían llevaban bordado sobre el pecho el emblema del Señor de las Sanguijuelas, el hombre desollado de Fuerte Terror. Sandor Clegane les contó lo mismo que había dicho a los

exploradores, pero el sargento de Bolton era más duro de pelar que Ser Donnel Haigh.

—El cerdo en salazón no es digno del banquete de bodas de un señor —dijo con desprecio.

—También llevamos manitas de cerdo en salmuera, ser.

—No serán para el banquete. Además, está a punto de terminar. Y nada de «ser»; soy un nortño, no un caballero sureño por destetar.

—Me han dicho que hable con el mayordomo o con el cocinero...

—El castillo está cerrado. No se puede molestar a los señores. — El sargento se paró a pensar un instante—. Podéis descargarlo todo junto a las tiendas del banquete, allí. —Señaló con la mano enfundada en un guantelete—. La cerveza da hambre, y seguro que el viejo Frey no echa en falta unas cuantas manitas de cerdo. No es que a mí me gusten. Preguntad por Sedgekins, él sabrá qué hacer con vosotros.

Gritó una orden, y sus hombres empujaron uno de los carromatos para abrirles paso.

El látigo del Perro azuzó al tiro hacia las tiendas. Nadie les prestaba atención. Pasaron junto a hileras de pabellones de colores vivos, con las paredes de seda mojada iluminadas como si fueran farolillos de colores por las lámparas y braseros del interior; centelleaban rosas, doradas, verdes, a rayas, a cuadros, moteadas, con sus emblemas de aves, bestias, cheurones, estrellas, ruedas y armas. Arya divisó una tienda amarilla con el emblema de las seis bellotas, tres en la parte de arriba, dos en medio y una en punta. «Lord Smallwood», supo al instante. Se acordó del distante Torreón Bellota, y de la dama que le había dicho que era bonita.

Pero, por cada pabellón de seda iluminado había dos docenas de fieltro o lona, opacos y oscuros. Eran las tiendas barracón, con capacidad para albergar a cuarenta soldados cada una, aunque parecían diminutas comparadas con las tres gigantescas tiendas del banquete. Por lo visto allí se bebía desde hacía horas. Arya oyó brindis a gritos y entrechocar de copas, todo ello mezclado con los sonidos habituales de un campamento, los relinchos de los caballos, los

ladridos de los perros, el traqueteo de los carromatos en la oscuridad, risas y maldiciones, el tintinear del acero y el estrépito de la madera. La música sonaba más alta cuanto más se acercaban al castillo, pero por debajo de ella se oía un sonido más profundo, más oscuro: el río, el crecido Forca Verde, que rugía como un león en su madriguera.

Arya se giraba y miraba hacia todas partes con la esperanza de divisar un emblema del lobo huargo, una tienda gris y blanca, un rostro que conociera de Invernalía. Pero sólo vio a desconocidos. Divisó a un hombre gordo que orinaba entre los juncos, pero no era Barrigón. Vio a una chica medio desnuda que salía de una tienda entre carcajadas, pero la tienda era color azul claro, no gris como le había parecido al principio, y el hombre que salió corriendo tras ella llevaba un gato arbóreo en el jubón, no un lobo. Bajo un árbol, cuatro arqueros deslizaban cordones encerados por los huecos donde se insertaban las cuerdas de sus arcos, pero no eran los arqueros de su padre. Un maestro se cruzó en su camino, pero era demasiado joven y delgado como para ser el maestro Luwin. Arya alzó la vista hacia Los Gemelos, las ventanas de la torre más alta brillaban allí donde ardían fuegos en las habitaciones. En medio de la neblina de la lluvia, los castillos parecían siniestros y misteriosos, como los de los cuentos de la Vieja Tata, pero no estaban en Invernalía.

Junto a las carpas del banquete había muchas más personas. Las amplias solapas estaban atadas a los lados, y los hombres entraban y salían con cuernos y picheles de cerveza en las manos, algunos acompañados por seguidoras de campamento. Arya echó un vistazo al interior de la primera de las tres carpas cuando el Perro pasó junto a ella, y vio a centenares de hombres apretujados en los bancos y dándose empujones en torno a los barriles de cerveza, vino y aguamiel. Dentro apenas había espacio para moverse, pero por lo visto a nadie le importaba. Al menos hacía calor y estaban secos. Arya, helada y empapada, los envidiaba. Algunos hasta cantaban. Junto a la entrada por la que escapaba el calor humano la tenue lluvia se convertía en vapor.

—¡Por Lord Edmure y Lady Roslin! —oyó gritar, y todos bebieron.

—¡Por el Joven Lobo y la reina Jeyne! —gritó otra voz.

«¿Quién es la reina Jeyne?», se preguntó Arya sin mucho interés. La única reina a la que conocía era Cersei.

En el exterior de las carpas se habían excavado agujeros para las hogueras, resguardados bajo rudimentarias marquesinas de ramas entrelazadas cubiertas de pieles que las protegerían de la lluvia siempre que no cayera sesgada. Pero el viento soplaba del río, de manera que la llovizna se colaba lo suficiente como para que los fuegos sisearan y chisporrotearan. Los criados daban vueltas a los pedazos de carne ensartados en espetones sobre las llamas. El olor le hizo la boca agua a Arya.

—¿Por qué no paramos? —preguntó a Sandor Clegane—. En esas tiendas hay norteños. —Los había reconocido por las barbas, por los rostros, por las capas de piel de oso y de foca, por los brindis que oía y las canciones que cantaban: eran hombres de Karstark, de Umber y de los clanes de las montañas—. Seguro que también hay algunos de Invernalía.

Hombres de su padre, del Joven Lobo, los lobos huargos de Stark.

—Tu hermano debe de estar en el castillo —dijo—. Y también tu madre. ¿Quieres ir con ellos o no?

—Sí —respondió—. ¿Qué pasa con Sedgekins? El sargento nos ha dicho que preguntáramos por él.

—Por mí el tal Sedgekins se puede meter un atizador al rojo por el culo. —Clegane hizo restallar el látigo, que silbó en medio de la lluvia y se estrelló contra el flanco de uno de los caballos—. A quien quiero ver es a tu maldito hermano.

CATELYN

El sonido de los tambores retumbaba, retumbaba y retumbaba, y las sienes de Catelyn latían a su ritmo. Las gaitas aullaban y las flautas gorjeaban en la galería de los músicos al fondo de la sala; los violines chirriaban, los cuernos rugían y los fuelles vibraban con la briosa melodía, pero los tambores lo ahogaban todo. Los sonidos rebotaban en las vigas mientras los invitados comían, bebían y se gritaban para hacerse entender.

«Si Walder Frey cree que esto es música debe de estar sordo como una tapia.» Catelyn bebió un sorbo de vino y vio a Cascabel hacer cabriolas al ritmo de «Alysanne». O lo que a ella le parecía que pretendía ser «Alysanne». Con aquellos músicos, lo mismo podría ser «El oso y la doncella».

En el exterior la lluvia caía incesante, pero dentro de Los Gemelos la atmósfera estaba recalentada y enrarecida. En la chimenea el fuego rugía, y en las paredes hileras e hileras de antorchas ardían humeantes en sus apliques de hierro. Pero la mayor parte del calor procedía de los cuerpos de los invitados a la boda, tan apretujados en los bancos que cuando uno trataba de alzar la copa, daba un codazo en las costillas a su vecino.

Incluso en el estrado estaban demasiado apretados para el gusto de Catelyn. La habían sentado entre Ser Ryman Frey y Roose Bolton, y tenía la nariz llena de ambos. Ser Ryman bebía como si se fuera a acabar todo el vino de Poniente y luego lo transpiraba por las axilas. Por su olor se había bañado en agua de limón, pero no había limón capaz de enmascarar tanto sudor agrio. El olor de Roose Bolton era más dulce, pero no más grato. En vez de vino o hidromiel bebía cordial y apenas comía.

Catelyn comprendía que no tuviera apetito. El banquete de boda había empezado con una sopa de puerros aguada, seguida por una

ensalada de judías verdes, cebollas y remolachas, lucio escalfado en leche de almendras, cuencos de puré de nabos que estaban fríos antes de llegar a la mesa, sesos de ternera en gelatina y tajadas de buey correoso. No eran platos dignos del banquete al que asistía un rey, y los sesos de ternera le revolvieron el estómago a Catelyn. Pero Robb comió de todo sin hacer un mal gesto y su hermano estaba demasiado embelesado con su prometida para prestar atención.

«Quién diría ahora que Edmure se estuvo quejando de Roslin todo el camino desde Aguasdulces a Los Gemelos.» Los desposados comían del mismo plato, bebían de la misma copa y entre sorbo y sorbo intercambiaban castos besos. Edmure rechazaba la mayor parte de los platos. Catelyn también lo comprendía. Apenas conservaba algún recuerdo de la comida que se sirviera en su banquete nupcial. «¿La llegué a probar siquiera? ¿O me pasé todo el tiempo mirando la cara de Ned, preguntándome quién era aquel hombre?»

La sonrisa de la pobre Roslin parecía congelada, como si se la hubieran cosido a la cara. «Claro, es una doncella recién desposada, tiene miedo de qué pasará cuando la encamen. Debe de estar tan aterrada como lo estaba yo.» Robb estaba sentado entre Alyx Frey y Walda la Bella, dos de las doncellas Frey en edad de merecer.

—Espero que en el banquete de bodas no os neguéis a bailar con mis hijas —había dicho Walder Frey—. Complaced a este anciano.

Pues el anciano quedaría complacido. Robb había cumplido con su deber como un rey. Había bailado con todas las muchachas, con la prometida de Edmure y con la octava Lady Frey, con la viuda Ami y con la esposa de Roose Bolton, Walda la Gorda, con las gemelas llenas de granos llamadas Serra y Sarra, y hasta con Shirei, la más joven de la progenie de Lord Walder, que tendría unos seis años. Catelyn se preguntó si el señor del Cruce estaría satisfecho o si encontraría motivos de protesta en todas las otras hijas y nietas que no habían tenido turno con el rey.

—Vuestras hermanas bailan muy bien —le dijo a Ser Ryman Frey en un intento de entablar conversación amable.

—Todas son tías y primas.

Ser Ryman bebió un trago de vino, el sudor le corría por la mejilla hasta la barba.

«Este hombre está amargado y ha bebido de más», pensó Catelyn. El Tardío Lord Frey era tacaño a la hora de alimentar a sus invitados, pero no escamoteaba en la bebida. La cerveza, el vino y el aguamiel corrían tan deprisa como el río fuera. El Gran Jon estaba ya borracho como una cuba. Merrett, el hijo de Lord Walder, le seguía el ritmo de las copas, pero Ser Whalen Frey, que había intentado mantenerse a la altura de los dos, había perdido el conocimiento. Catelyn habría preferido mil veces que Lord Umber permaneciera sobrio, pero decirle al Gran Jon que no bebiera era como decirle que no respirara durante unas cuantas horas.

Pequeño Jon Umber y Robin Flint estaban sentados frente a Robb, justo delante de Walda la Bella y Alyx, respectivamente. Ninguno de los dos había probado una copa. Eran, junto con Patrek Mallister y Dacey Mormont, los guardianes de su hijo para aquella noche. Un banquete nupcial no era una batalla, pero cuando los hombres bebían demasiado siempre había peligro, y un rey no debía carecer nunca de protectores. Aquello tranquilizaba a Catelyn, y aún más la tranquilizaban los cintos con las espadas que colgaban de las paredes.

«Nadie necesita una espada para atacar unos sesos de ternera en gelatina.»

—Todos pensábamos que mi señor elegiría a Walda la Bella —estaba comentando Lady Walda Bolton a Ser Wendel, aunque tenía que gritar para hacerse oír por encima de la música. Walda la Gorda era una muchacha que parecía una bola de sebo, con ojos azules acuosos, el pelo rubio lacio y pechos grandes, pero aun así hablaba con una voz chillona y titubeante. Costaba imaginársela en el Fuerte Terror, vestida de encajes rosas y con una capa de piel de ardilla—. Pero mi señor abuelo ofreció a Roose como dote el peso de su prometida en plata, de modo que mi señor me eligió a mí. —Las papadas de la muchacha temblaron con la carcajada—. Peso cuarenta kilos más que Walda la Bella, pero es la primera vez que me alegro de

ello. Ahora soy Lady Bolton y mi prima sigue siendo doncella, y la pobre pronto cumplirá los diecinueve.

El señor de Fuerte Terror no prestaba mucha atención a la charla, por lo que pudo ver Catelyn. De cuando en cuando probaba un bocado de un plato, una cucharada de otro, arrancaba un pellizco de pan de la hogaza con dedos fuertes, pero no permitía que la comida lo distrajera. Bolton había hecho un brindis por los nietos de Lord Walder al principio del banquete, sin olvidar mencionar que Walder y Walder estaban al cargo de su hijo bastardo. El anciano lo miró con los ojos entrecerrados; por su manera de abrir y cerrar los labios sobre las encías, Catelyn comprendió que había escuchado la amenaza.

«¿Habrá habido alguna vez una boda con menos dicha? —se preguntó. Hasta que se acordó de su pobre Sansa, casada con el Gnomo—. Apiádate de ella, Madre. Tiene buen corazón.» El calor, el ruido y el humo le estaban dando náuseas. Los músicos de la galería eran numerosos y ruidosos, pero no tenían mucho talento. Catelyn bebió otro sorbito de vino y dio permiso a un paje para que le volviera a llenar la copa. «Dentro de unas horas habrá pasado lo peor.» Apenas faltaba un día para que Robb partiera rumbo a otra batalla, en esta ocasión contra los hombres del hierro en Foso Cailin. Por extraño que pareciera, la perspectiva era casi un alivio. «Ganará la batalla. Gana todas las batallas, y los hijos del hierro no tienen rey. Además, Ned le enseñó bien.» Los tambores redoblaban. Cascabel pasó saltando junto a ella una vez más, pero la música era tan estrepitosa que apenas se oían las campanillas.

Por encima de la algarada se oyeron unos gruñidos repentinos; dos perros empezaron a pelearse por un trozo de carne. Rodaron por el suelo entre mordiscos y dentelladas, en medio del regocijo general. Alguien les tiró el contenido de una jarra de cerveza, y sólo entonces se separaron. Uno de los perros cojeó hacia la tarima. La boca desdentada de Lord Walder se abrió en un rugido de risa cuando el animal se sacudió y llenó de cerveza y de pelos a tres de sus nietos.

Al ver a los perros Catelyn volvió a pensar en *Viento Gris*, pero el huargo de Robb no estaba por ninguna parte. Lord Walder se había negado en redondo a permitir que estuviera en la sala.

—Tengo entendido que a esa fiera salvaje le gusta la carne humana, je, je —comentó el anciano—. ¿Qué queréis, que nos arranque la garganta? No toleraré a esa bestia en el banquete de mi Roslin, entre mujeres y niños, en medio de mi amada familia.

—*Viento Gris* no supondrá un peligro para ellos, mi señor —protestó Robb—. Mientras esté yo presente...

—¿Y no estabais presente cuando llegasteis a mis puertas, cuando el lobo atacó a los nietos que envié para recibirlos? Me he enterado de todo, no vayáis a creer que no, je, je.

—Nadie resultó herido...

—¿Dice el rey que nadie resultó herido? ¿Nadie? Petyr se cayó del caballo, ¡se cayó! Así perdí a una de mis esposas, por culpa de una caída. —Movié los labios adentro y afuera sobre las encías desdentadas—. ¿O fue a una ramera? Ah, sí, ahora me acuerdo, la madre de Walder el Bastardo. Se cayó del caballo y se abrió la cabeza. ¿Qué habría hecho Su Alteza si Petyr llega a romperse el cuello? ¿Me ofreceríais otra disculpa para sustituir a mi nieto? Je, je. No, no y no. Puede que seáis el rey, no digo que no, el Rey en el Norte, je, je, pero bajo mi techo mando yo. Elegid, señor, el lobo o la boda. Las dos cosas, ni hablar.

Catelyn vio que su hijo estaba furioso, pero cedió con tanta elegancia como pudo. «Si a Lord Walder le apetece servirme grajo guisado con gusanos, me lo comeré y repetiré», le había dicho. Y eso fue lo que hizo.

El Gran Jon había derrotado en la competición de bebida a otro de los Frey, en aquella ocasión era Petyr Espinilla el que yacía ebrio bajo la mesa. «¿Y qué esperaba? Ese muchacho abulta la tercera parte que él.» Lord Umber se secó la boca con el dorso de la mano, se puso en pie y empezó a cantar.

—«Había un oso, un oso, ¡un oso!, era negro, era enorme, ¡cubierto de pelo horroroso!»

No tenía mala voz, aunque la bebida hacía que se le trabara la lengua. Por desgracia, los violinistas, flautistas y tamborileros de la galería superior estaban tocando «Flores de primavera», cuya melodía era tan adecuada para la letra de «El oso y la doncella» como los caracoles para un plato de gachas. Hasta el pobre Cascabel se tapó las orejas para protegerse de semejante cacofonía.

Roose Bolton murmuró algo en voz tan baja que nadie lo oyó, y salió en busca de un excusado. La atestada sala era un constante bullicio de invitados y sirvientes que iban y venían. Catelyn sabía que en el otro castillo se estaba celebrando un segundo banquete para caballeros y señores de rango inferior. Lord Walder había exiliado a sus hijos ilegítimos y a los descendientes de éstos a esa orilla del río, de modo que los norteños de Robb acabaron llamándolo «el banquete de los bastardos». Sin duda algunos de los invitados se marchaban a hurtadillas para ver si los bastardos lo estaban pasando mejor que allí. Tal vez algunos incluso se fueran a los campamentos. Los Frey habían aportado carromatos con toneles de vino, cerveza y aguamiel para que los soldados pudieran brindar por el enlace entre Aguasdulces y Los Gemelos.

Robb se sentó en el lugar que Bolton había dejado libre.

—Unas pocas horas más y terminará esta farsa, madre —dijo en voz baja mientras el Gran Jon cantaba sobre la doncella que tenía miel en el cabello—. Walder el Negro ha sido dulce como un corderito para variar, y el tío Edmure parece muy satisfecho con su esposa. —Se inclinó hacia delante—. ¿Ser Ryman?

—Decidme, señor. —Ser Ryman Frey parpadeó.

—Había pensado pedirle a Olyvar que fuera mi escudero cuando marchemos hacia el norte, pero no lo he visto en el castillo —dijo Robb—. ¿Estará en el otro banquete?

—¿Olyvar? —Ser Ryman sacudió la cabeza—. No. Olyvar... no. No está... en los castillos. Tenía una misión.

—Ya entiendo. —El tono de Robb indicaba lo contrario. Al ver que Ser Ryman no daba más explicaciones, el rey se volvió a poner en pie—. ¿Quieres bailar, madre?

—No, gracias. —Le dolía mucho la cabeza y bailar era lo que menos falta le hacía—. Seguro que a cualquiera de las hijas de Lord Walder le encantará ser tu pareja.

—Seguro que sí.

Esbozó una sonrisa resignada. Los músicos estaban tocando en aquel momento «Lanzas de hierro», mientras el Gran Jon cantaba «El muchacho lujurioso».

«Alguien debería presentarlos, así mejoraría la armonía.» Catelyn se volvió a Ser Ryman.

—Tengo entendido que uno de vuestros sobrinos es bardo.

—Alesander, el hijo de Symond. Alyx es su hermana. —Alzó la copa para señalar en dirección a la muchacha que bailaba con Robin Flint.

—¿Cantará para nosotros Alesander esta noche?

—No. —Ser Ryman la miró con los ojos entrecerrados—. Está fuera. —Se secó el sudor de la frente y se puso en pie—. Disculpad, mi señora. Disculpad.

Catelyn se quedó mirando cómo se alejaba tambaleante hacia la puerta.

Edmure besaba a Roslin y le apretaba la mano. Más allá, Ser Marq Piper y Ser Danwell Frey jugaban a algo relacionado con la bebida, Lothar el Cojo le contaba una anécdota divertida a Ser Hosteen, uno de los Frey más jóvenes hacía malabarismos con tres dagas ante un grupo de niñas risueñas y Cascabel se lamía el vino de los dedos sentado en el suelo. Los criados entraban con enormes bandejas de trozos de cordero rosados y jugosos, el plato más apetitoso que se había visto en toda la velada. Y Robb bailaba con Dacey Mormont.

Cuando se ponía un vestido en vez de una cota de mallas, la hija mayor de Lady Maegh era bastante atractiva, alta, espigada, con una sonrisa tímida que le iluminaba el rostro alargado. Era una grata

sorpresa que resultara igual de grácil en la pista de baile que en el patio de armas. Catelyn se preguntó si Lady Maege habría llegado ya al Cuello. Se había llevado consigo al resto de sus hijas, pero Dacey, como compañera de combate de Robb, había optado por quedarse con él.

«Tiene el mismo don de Ned, inspira lealtad.» Olyvar Frey también había mostrado devoción hacia su hijo. Robb le había contado que Olyvar había querido seguir con él incluso después de que se casara con Jeyne.

El señor del Cruce, sentado entre las dos torres negras de roble, dio unas palmadas con las manos llenas de manchas. El sonido fue tan débil que hasta a los que se encontraban en el estrado les costó oírlo, pero Ser Aenys y Ser Hosteen lo vieron y empezaron a dar golpes con los vasos contra la mesa. Lothar el Cojo los imitó y luego Marq Piper, Ser Danwell y Ser Raymund. Pronto la mitad de los invitados estuvieron dando golpes rítmicos, y al final la multitud de músicos de la galería captaron la indirecta. Las flautas, tambores y violines fueron quedando en silencio.

—Alteza —dijo Lord Walder a Robb—, el septon ya ha soltado los rezos, se han pronunciado palabras y Lord Edmure ha envuelto a mi pequeña en su capa de pescado, pero aún no son marido y mujer. La espada necesita una vaina, je, je, y una boda necesita una cama. ¿Qué opina mi señor? ¿Qué os parece que los encamemos?

Una veintena o más de hijos y nietos de Walder Frey empezaron a golpear de nuevo las mesas con las copas.

—¡A encamarlos! —gritaban—. ¡A encamarlos! ¡Vamos a encamarlos!

Roslin se había puesto blanca. Catelyn se preguntó si sería la perspectiva de perder la virginidad lo que asustaba a la muchacha o el rito del encamamiento. Tenía tantos parientes que seguro que conocía la costumbre, pero la cosa cambiaba cuando una era la protagonista. La noche de bodas de Catelyn, Jory Cassel le había desgarrado la túnica en su precipitación por quitársela, y Desmond Grell,

completamente borracho, se disculpaba por cada chiste atrevido justo antes de hacer el siguiente. Al verla desnuda, Lord Dustin le dijo a Ned que sus pechos bastaban para hacerle desear que no lo hubieran destetado nunca.

«Pobre hombre», pensó. Era de los que habían viajado con Ned hacia el sur para no volver jamás. Catelyn se preguntó cuántos de los hombres presentes aquella noche estarían muertos antes de acabar el año. «Mucho me temo que demasiados.»

Robb alzó una mano.

—Si vos creéis que ha llegado el momento, desde luego, Lord Walder. Vamos a encamarlos.

El anuncio fue recibido con un rugido de alegría. Arriba, en la galería, los músicos volvieron a coger las flautas, los cuernos y los violines, y empezaron a tocar «La reina se quitó la sandalia, el rey se quitó la corona». Cascabel saltaba sobre un pie y sobre el otro, y la corona tintineaba al compás.

—Me han dicho que los varones Tully no tienen polla, que tienen una trucha entre las piernas —gritó Alyx Frey con osadía—. ¿Qué hace falta para que se les levante, un gusano?

—¡Pues a mí me han dicho que las mujeres Frey tienen dos entradas en vez de una! —se apresuró a replicar Ser Marq Piper.

—¡Sí, pero las dos están cerradas con candado para la gente como vos! —fue la respuesta de Alyx.

Un coro de carcajadas recorrió la estancia hasta que Patrek Mallister se subió a una mesa para proponer un brindis en honor del pescado de Edmure, que sólo tenía un ojo.

—¡Y es una poderosa carpa! —proclamó.

—Bah, seguro que es una sardinilla de agua dulce —gritó Walda la Gorda Bolton al lado de Catelyn.

—¡A encamarlos! ¡A encamarlos! —volvieron a gritar.

Los invitados se arremolinaron en torno al estrado, los más borrachos los primeros, como siempre. Los hombres y los niños rodearon a Roslin y la levantaron por los aires mientras las doncellas y

sus madres obligaban a Edmure a ponerse en pie y empezaban a tirarle de la ropa. Él se reía y les gritaba bromas procaces, aunque la música sonaba tan alta que Catelyn no oía lo que decía. En cambio sí oyó al Gran Jon.

—¡Dejadme a la novia! —rugió al tiempo que empujaba a un lado a los demás hombres para echarse a Roslin a un hombro—. ¡Pero mirad qué cosita! ¡Si no tiene carnes!

Catelyn sintió pena por la muchacha. La mayoría de las novias trataban de responder a las bromas, o al menos fingir que se estaban divirtiendo, pero Roslin estaba rígida de terror, se aferraba al Gran Jon como si tuviera miedo de que la dejara caer.

«Y además está llorando —vio Catelyn mientras Ser Marq Piper le quitaba a la novia uno de los zapatos—. Espero que Edmure sea delicado con la pobre chiquilla.» La música alegre y atrevida seguía sonando desde la galería; la reina ya se estaba quitando el manto y el rey, la túnica.

Catelyn sabía que debería estar con el grupo de mujeres que rodeaban a su hermano, pero su presencia sólo serviría para estropearles la diversión. Se sentía cualquier cosa menos pícara. Sin duda Edmure disculparía su ausencia, era mucho más divertido que lo desnudaran y lo llevaran a la cama una veintena de mujeres Frey risueñas y atrevidas que una hermana amargada y con el luto en la cara.

Mientras se llevaban de la sala en volandas al hombre y a la doncella, dejando a sus espaldas un rastro de prendas de ropa, Catelyn vio que Robb tampoco los acompañaba. Walder Frey era tan susceptible como para tomar aquello como un insulto hacia su hija.

«Debería ser de los que encaman a Roslin, pero ¿me corresponde a mí decírselo?» Se quedó tensa hasta que vio que otros se habían quedado también. Petyr Espinilla y Ser Whalen Frey dormían de bruces sobre la mesa. Merrett Frey se estaba sirviendo otra copa de vino, mientras que Cascabel vagaba por la estancia y robaba bocados de los platos de los que se habían marchado. Ser Wendel Manderly se

enfrentaba con entusiasmo a una pierna de cordero y, por supuesto, Lord Walder estaba demasiado débil para levantarse sin ayuda. «Pero querrá que Robb vaya, claro.» Ya se imaginaba al anciano preguntando por qué Su Alteza no quería ver desnuda a su hija. El sonido de los tambores retumbaba de nuevo, retumbaba y retumbaba.

Dacey Mormont, que al parecer era la única mujer que quedaba en la estancia aparte de Catelyn, se acercó a Edwyn Frey por detrás y le tocó un brazo al tiempo que le decía algo al oído. Edwyn le apartó la mano con una violencia del todo impropio.

—No —le dijo en voz demasiado alta—. Ya estoy harto de bailar.

Dacey palideció y se dio la vuelta. Muy despacio, Catelyn se puso en pie.

«¿Qué está pasando aquí? —La duda le pesaba en el alma, allí donde hasta hacía un instante sólo había sentido cansancio—. No es nada —trató de decirse—, estás viendo duendes en el bosque, te has convertido en una vieja idiota enloquecida por la pena y el miedo.» Pero algo se le debió de reflejar en el rostro, porque hasta Ser Wendel Manderly lo notó.

—¿Pasa algo, señora? —le preguntó con la pierna de cordero en la mano.

Catelyn no le respondió; lo que hizo fue ir en pos de Edwyn Frey. Los músicos de la galería habían dejado por fin al rey y a la reina como llegaron al mundo. Sin un instante de pausa, empezaron a tocar otra canción, una canción muy diferente. Nadie cantaba la letra, pero Catelyn reconoció al instante «Las lluvias de Castamere». Edwyn corría hacia una puerta. Ella corrió más deprisa aún, empujada por la música. Seis zancadas rápidas y lo alcanzó. «¿Y quién sois vos, preguntó el orgulloso señor, para que tenga que haceros tales reverencias?» Agarró a Edwyn por el brazo para obligarlo a darse la vuelta y la sangre se le heló en las venas al palpar los aros de hierro bajo la manga de seda.

Catelyn lo abofeteó tan fuerte que le rompió el labio.

«Olyvar —pensó—, y Perwyn, y Alesander, todos fuera. Y Roslin lloraba...»

Edwyn Frey la empujó para quitársela de encima. La música ahogaba el resto de los sonidos, retumbaba contra las paredes como si las piedras estuvieran tocando. Robb lanzó a Edwyn una mirada furiosa y avanzó para detenerlo... y se detuvo de repente cuando una saeta le brotó del costado, justo debajo del hombro. Si gritó en aquel momento, el sonido quedó ahogado por las flautas, los cuernos y los violines. Catelyn vio cómo un segundo dardo se le clavaba en la pierna y lo vio caer. Arriba, en la galería, la mitad de los músicos tenían en las manos ballestas en vez de tambores y laúdes. Corrió hacia su hijo.

—¡Robb! —gritó—. ¡Robb, Robb!

Vio cómo el Pequeño Jon levantaba el tablero de una mesa de los caballetes. En la madera se clavaron las saetas, una, dos, tres, mientras la ponía sobre su rey para protegerlo. Robin Flint estaba rodeado de hombres Frey con dagas que subían y bajaban. Ser Wendel Manderly se puso en pie con su pierna de cordero en la mano. Una saeta le entró por la boca abierta y le salió por la nuca. Ser Wendel se derrumbó hacia delante, tiró la mesa de los caballetes y lanzó por el suelo copas, jarras, platos, bandejas, nabos, remolachas y vino.

«Tengo que llegar a su lado.» Catelyn notaba la espalda ardiendo. El Pequeño Jon aporreó a Ser Raymund Frey en la cara con una pierna de carnero. Pero, cuando intentó echar mano del cinto del que colgaba su espada, la saeta de una ballesta lo hizo caer de rodillas. «Con pelaje dorado o pelaje carmesí, el león garras sigue teniendo.» Vio cómo Lucas Blackwood caía ante Ser Hosteen Frey. Walder el Negro derribó a uno de los Vance mientras luchaba contra Ser Harys Haigh. «Y las mías son tan largas y afiladas, mi señor, como las que vais exhibiendo.» Las ballestas acabaron con Donnel Locke, Owen Norrey y otra media docena de hombres. El joven Ser Benfrey había agarrado a Dacey Mormont por el brazo, pero Catelyn la vio coger una jarra de vino con la otra mano y estrellársela en la cara, antes de correr hacia la puerta. Que se abrió antes de que la alcanzara. Ser Ryman Frey entró

en la estancia vestido de acero de la cabeza a los pies. Junto a él, en la puerta, había una docena de soldados de los Frey, todos armados con hachas de combate.

—¡Piedad! —gritó Catelyn.

Pero los cuernos, los tambores y el clamor del acero ahogaron su súplica. Ser Ryman clavó el hacha en el vientre de Dacey. Ya entraban hombres por otras puertas, hombres con cotas de mallas, vestidos con pieles y acero en las manos. «¡Norteños!» Durante un momento creyó que acudían al rescate, hasta que vio cómo uno de ellos le cortaba la cabeza al Pequeño Jon de dos golpes de hacha. La esperanza se apagó como una vela en medio de una tormenta.

En medio de la carnicería, el señor del Cruce permanecía sentado en su trono de roble tallado, con los labios tensos sobre las encías en una sonrisa.

A escasos metros había una daga en el suelo. Quizá se había deslizado hasta allí cuando el Pequeño Jon levantó la mesa, o quizá había caído de la mano de algún moribundo. Catelyn avanzó a rastras hacia ella. Sentía los miembros pesados como el plomo y notaba el sabor a sangre en la boca.

«Voy a matar a Walder Frey», se dijo. Cascabel estaba más cerca del cuchillo, escondido debajo de una mesa, pero cuando ella lo cogió se limitó a encogerse de miedo. «Voy a matar a ese viejo, lo voy a matar.»

En aquel momento, el tablero de mesa que el Pequeño Jon había lanzado sobre Robb se movió, y su hijo se incorporó sobre las rodillas. Tenía una flecha en el costado, otra en la pierna y una tercera en el pecho. Lord Walder alzó una mano, y toda la música excepto un tambor cesó al instante. A los oídos de Catelyn llegó el fragor lejano de la batalla, y el aullido salvaje, más cercano, de un lobo.

«*Viento Gris*», recordó demasiado tarde.

—Je, je —se burló Lord Walder de Robb—. El Rey en el Norte se levanta. Parece ser que hemos matado a unos cuantos de vuestros hombres, Alteza. Pero os pediré disculpas y asunto arreglado, je, je.

Catelyn agarró un mechón de la larga cabellera gris de Cascabel Frey y lo sacó de su escondrijo a rastras.

—¡Lord Walder! —gritó—. ¡Lord Walder! —El sonido del tambor retumbaba, lento y sonoro—. Basta —dijo Catelyn—. ¡Basta, os digo! Habéis pagado la traición con traición, pongamos fin a esto. —Al presionar la daga contra la garganta de Cascabel le vino a la cabeza el recuerdo de la habitación en la que había yacido inconsciente Bran, y volvió a sentir el acero en su propio cuello. El tambor seguía sonando—. Por favor —suplicó—. Es mi hijo. Mi primer hijo, y el último que me queda. Dejad que se vaya. Dejad que se vaya y os juro que olvidaremos esto... olvidaremos todo lo que habéis hecho hoy. Lo juro por los antiguos dioses y por los nuevos... No... no intentaremos vengarnos...

—Sólo un idiota daría crédito a semejante estupidez. —Lord Walder la miraba con desconfianza—. ¿Me tomáis por idiota, mi señora?

—Os tomo por un padre. Quedaos conmigo como rehén y también con Edmure, si es que no lo habéis matado. Pero dejad que Robb se vaya.

—No. —La voz de Robb era un susurro débil—. No, madre...

—Sí. Levántate, Robb. Levántate y vete, por favor, ¡por favor! Sálvate... si no lo haces por mí, hazlo por Jeyne.

—¿Jeyne? —Robb se agarró al borde del tablero y consiguió ponerse de pie—. Madre... —dijo—. *Viento Gris*...

—Ve a buscarlo. Ahora mismo, Robb, ¡sal de aquí!

—¿Qué os hace pensar que se lo voy a permitir? —Lord Walder soltó un bufido.

Presionó más la daga contra la garganta de Cascabel. El retrasado la miró en una súplica muda. Un hedor repugnante asaltó la nariz de Catelyn, pero no le prestó más atención que al incesante batir lúgubre de aquel tambor. Ser Ryman y Walder el Negro trazaban círculos en torno a ella, pero a Catelyn no le importaba nada. Que hicieran con ella lo que quisieran; que la encerraran, que la violaran, que la

mataran, no le importaba. Había vivido demasiado, Ned la estaba esperando. Por quien temía era por Robb.

—Por mi honor de Tully —le dijo a Lord Walder—, por mi honor de Stark, cambiaré la vida de vuestro hijo por la de Robb. Hijo por hijo.

La mano le temblaba tanto que estaba haciendo sonar las campanitas de Cascabel. El sonido del tambor seguía retumbando. Los labios del anciano se movían sobre las encías desdentadas. La daga temblaba en la mano de Catelyn, resbaladiza de sudor.

—Hijo por hijo, je, je —repitió Lord Walder—. Pero ése es un nieto... y nunca me ha servido de nada.

Un hombre vestido con armadura oscura y capa color rosa claro se acercó a Robb.

—Jaime Lannister os envía recuerdos —dijo. Clavó la espada en el corazón de su hijo y la retorció.

Robb había roto el juramento que prestara, pero Catelyn cumplió el suyo. Tiró con fuerza del pelo de Aegon y le cortó el cuello hasta que la hoja rechinó contra el hueso. La sangre cálida le corrió por los dedos. Las campanitas del retrasado tintineaban, tintineaban, tintineaban, y el sonido del tambor retumbaba, retumbaba, retumbaba...

Por fin, alguien le quitó la daga de la mano. Las lágrimas le ardían como si fueran vinagre que le corriera por las mejillas. Diez cuervos salvajes le arañaban la cara con garras afiladas y le arrancaban tiras de carne, dejaban surcos profundos que se teñían de sangre. La notaba en los labios.

«Duele, duele mucho —pensó—. Nuestros hijos, Ned, nuestros pequeños. Rickon, Bran, Arya, Sansa, Robb... Robb... por favor, Ned, por favor, haz que pare, haz que pare de doler...» Las lágrimas claras y las rojas corrieron juntas hasta que tuvo desgarrado todo el rostro, aquel rostro que Ned había amado. Catelyn Stark alzó las manos y vio cómo la sangre le corría por los largos dedos, por las muñecas, bajo las mangas del vestido. Eran lentos gusanos rojos que le reptaban por

los brazos bajo la ropa. «Qué cosquillas.» Aquello la hizo reír hasta que empezó a gritar.

—Se ha vuelto loca —dijo un hombre—. Ha perdido la cabeza.

—Acabemos con esto —dijo alguien más.

Una mano la agarró por el cabello como había hecho ella con Cascabel.

«No, no me cortéis el pelo —pensó—, a Ned le gusta mucho mi pelo.» Luego sintió el acero en la garganta, y su mordisco fue rojo y frío.

ARYA

Las carpas del banquete quedaban ya tras ellos. Avanzaron sobre barro húmedo y hierba aplastada, alejándose de la luz, de vuelta a la penumbra. Ante ellos se alzaba imponente la entrada del castillo. Arya alcanzaba a ver las antorchas que se movían sobre las murallas, con unas llamas que danzaban y ondeaban al viento. Proyectaban una luz mortecina sobre las armaduras y los yelmos mojados. Más antorchas avanzaban por el puente de piedra oscura que unía Los Gemelos, era una columna que pasaba de la orilla oeste a la este.

—El castillo no está cerrado —dijo Arya de repente.

El sargento había dicho que sí, pero no era verdad. Alguien estaba levantando el rastrillo, y el puente levadizo ya había descendido para ofrecer un paso sobre las aguas crecidas del foso. Había tenido miedo de que los guardias de Lord Frey no los dejaran entrar. Se mordió el labio, demasiado nerviosa hasta para sonreír.

El Perro tiró de las riendas con tanta brusquedad que Arya estuvo a punto de caerse del carromato.

—Por los siete infiernos de mierda —lo oyó maldecir Arya mientras la rueda izquierda empezaba a hundirse en el lodo blando. El carromato se inclinaba poco a poco—. ¡Bájate! —le rugió Clegane al tiempo que le daba un empujón con la mano para tirarla hacia un lado.

Arya aterrizó con un movimiento elástico, tal como le había enseñado Syrio, y al instante se puso en pie de un salto con la cara llena de barro.

—¿Por qué has hecho eso? —gritó.

El Perro también se había bajado de un salto. Arrancó el asiento del carromato y sacó el cinto de la espada que había ocultado en su interior.

Sólo entonces oyó la riada de jinetes que salían por la puerta del castillo en una avalancha de acero y fuego; el retumbar de los cascos de sus corceles al cruzar el puente levadizo casi quedaba ahogado por el sonido de los tambores de los castillos. Tanto hombres como caballos llevaban armaduras, y uno de cada diez portaba una antorcha. Los demás llevaban hachas, hachas de combate con la cabeza rematada con una púa y espadones capaces de destrozar huesos y armaduras.

A lo lejos se oyó el aullido de un lobo. No fue un sonido muy alto comparado con el ruido del campamento, la música y el gruñido sordo y ominoso del río crecido, pero Arya lo oyó. Aunque tal vez no fue con los oídos. Aquel sonido la hizo estremecer, se le clavó como un cuchillo de rabia y dolor. Del castillo salían más y más jinetes en una columna de a cuatro que parecía no tener fin, incontables caballeros, escuderos, jinetes libres, antorchas, hachas... Y detrás también llegaban ruidos.

Cuando Arya volvió la vista advirtió que sólo quedaban dos de las gigantescas tiendas del banquete; antes había tres. La de en medio se había derrumbado. Al principio no comprendió qué sucedía, Luego las llamas empezaron a trepar por la tienda caída, y las otras dos empezaron a caerse, las pesadas lonas aceitadas cubrieron a los hombres que había debajo. Una andanada de flechas incendiarias surcó el aire. La segunda tienda se prendió, y a continuación la tercera. Los gritos eran tan horripilantes que ya no distinguía la letra de las canciones. Sombras oscuras se movían ante las llamas, el acero de sus armaduras brillaba anaranjado en la distancia.

«Una batalla —supo Arya al instante—. Es una batalla. Y los jinetes...»

De repente ya no pudo seguir mirando las tiendas. Con el río tan desbordado, las turbulentas aguas negras que llegaban al puente levadizo alcanzaban la altura de la barriga de un caballo, pero, pese a todo, los jinetes las cruzaron, espoleados por la música. La canción que sonaba en los dos castillos era la misma, para variar.

«Esta canción la conozco», advirtió Arya de repente. Tom Siete se la había cantado aquella noche lluviosa que los bandidos pasaron refugiados en la destilería con los hermanos. «¿Y quién sois vos, preguntó el orgulloso señor, para que tenga que haceros tales reverencias?»

Los jinetes Frey avanzaban entre el lodo y los juncos, pero algunos habían visto el carromato. Vio a tres jinetes que se apartaban de la columna principal y se acercaban cabalgando por las aguas poco profundas. «Sólo soy un gato de diferente pelaje, y ésa es toda la esencia.»

Clegane liberó a *Extraño* de un tajo de la espada y subió a su grupa de un salto. El caballo sabía qué se esperaba de él. Alzó las orejas y se abalanzó contra los corceles que cargaban contra ellos. «Con pelaje dorado o pelaje carmesí, el león garras sigue teniendo, y las mías son tan largas y afiladas, mi señor, como las que vais exhibiendo.»

Arya había rezado cien veces, mil veces, pidiendo la muerte del Perro, pero en aquel momento... Tenía una roca en la mano, resbaladiza por el cieno, y ni siquiera recordaba haberla cogido.

«¿A quién se la tiro?»

La sobresaltó el estrépito del metal cuando Clegane desvió el primer hachazo. Mientras se enzarzaba con uno de los hombres, el segundo se situó tras él y se dispuso a asestarle un golpe en la espalda. *Extraño* estaba dando la vuelta, de manera que el Perro sólo recibió un tajo de soslayo, lo justo para desgarrar la ancha túnica de campesino y dejar al descubierto la cota de mallas.

«Son tres contra uno. —Arya seguía con la piedra en la mano—. Lo van a matar, seguro.» Pensó en Mycah, el hijo del carnicero, que había sido su amigo durante tan poco tiempo.

Fue entonces cuando el tercer jinete se dirigió hacia ella. Arya se situó tras el carromato. «El miedo hiere más que las espadas.» Le llegaba el ruido de tambores, cuernos de combate y gaitas, el relincho de los corceles, el grito del acero contra el acero, pero todos los

sonidos parecían ahogados, distantes... Para ella sólo existía el jinete que se cernía sobre ella y el hacha que llevaba en la mano. Llevaba una sobrevesta sobre la armadura, y en ella los dos torreones que indicaban que era un Frey. Arya no entendía nada. Su tío se estaba casando con una hija de Lord Frey, los Frey y su hermano eran amigos.

—¡No! —gritó cuando el jinete rodeó el carromato.

Pero el hombre no hizo caso. Cuando la atacó, Arya lanzó la piedra igual que en otra ocasión le había tirado a Gendry una manzana. A Gendry le había dado entre los ojos, pero en esta ocasión le falló la puntería y la piedra acertó de lado al guerrero en la sien. Eso bastó para interrumpir el ataque, pero nada más. Arya retrocedió a toda velocidad caminando sobre la mitad delantera de los pies por el terreno embarrado, y una vez más el carromato volvió a interponerse entre ellos. El caballero la siguió al trote, tras el visor de su yelmo sólo había oscuridad. La pedrada de Arya ni se lo había abollado. Dieron una vuelta al carromato, dos, tres.

—No podrás huir eterna... —empezó el caballero.

El hachazo lo acertó de lleno en la parte trasera de la cabeza, le aplastó el yelmo y el cráneo y lo envió volando por encima de la cabeza de su caballo. Detrás de él estaba el Perro, todavía a lomos de *Extraño*.

«¿Cómo ha conseguido un hacha?», estuvo a punto de preguntar antes de darse cuenta. Otro de los Frey estaba atrapado bajo su caballo moribundo, ahogándose en un palmo de agua. El tercero estaba tendido de espaldas y no se movía. No se había protegido la garganta con el gorjal, y de debajo de la barbilla le sobresalía un trozo de espada rota.

—Coge mi yelmo —le gruñó Clegane.

Estaba metido en el fondo de un saco de manzanas secas, en la parte trasera del carromato, tras las manitas de cerdo. Arya invirtió el saco y le tiró el yelmo. El Perro lo atrapó en el aire con una mano, se

lo puso en la cabeza y donde había habido un hombre apareció un can de acero que gruñía en dirección a las hogueras.

—Mi hermano...

—Muerto —le replicó a gritos—. ¿O piensas que iban a matar a sus hombres para dejarlo a él con vida? —Volvió la cabeza hacia el campamento—. Mira. ¡Que mires, maldita sea!

El campamento se había convertido en un campo de batalla. «No, en un matadero.» Las llamas de las tiendas del banquete se alzaban hasta acariciar el cielo. Algunas tiendas barracón también ardían, así como medio centenar de pabellones de seda. Las espadas cantaban por doquier.

«Sí, ahora las lluvias lloran en sus salones, y ni un alma oírlas puede.»

Vio cómo dos caballeros arrollaban a un hombre que huía. Un tonel de madera fue a estrellarse contra una de las tiendas que ardían, saltó en pedazos y las llamas redoblaron su intensidad.

«Una catapulta», supo al instante. Desde el castillo estaban lanzando aceite, brea o algo así.

—Ven conmigo. —Sandor Clegane le tendió una mano—. Tenemos que marcharnos de aquí ahora mismo.

Extraño sacudía la cabeza con impaciencia, tenía las fosas nasales dilatadas por el olor de la sangre. La canción había terminado. Ya sólo se oía un tambor solitario, un batir lento y monótono que resonaba sobre el río como el latido de un corazón monstruoso. El cielo negro lloraba, el río rugía y los hombres maldecían y morían. Arya tenía barro en los dientes y la cara mojada.

«Es la lluvia. Sólo lluvia. Nada más.»

—¡Hemos llegado hasta aquí! —gritó. La voz le salió aguda y temerosa, era la voz de una niña—. Robb está en el castillo, y mi madre también. ¡La puerta está abierta! —Ya no salía ningún Frey a caballo. «He recorrido un camino tan largo...»—. Tenemos que buscar a mi madre.

—Mocosa idiota. —El fuego centelleaba contra las fauces de su casco y hacía brillar los dientes de acero—. Si entras ahí no volverás a salir. Puede que Frey te deje besar el cadáver de tu madre.

—A lo mejor la podemos salvar...

—A lo mejor la puedes salvar tú. Yo todavía no me he cansado de la vida. —Cabalgó hacia ella, la acorraló contra el carromato—. Puedes quedarte o venir, loba. Puedes vivir o morir. Tú...

Arya se dio media vuelta y salió corriendo hacia la puerta. El rastrillo empezaba a bajar, aunque muy despacio.

«Tengo que correr más. —Pero el lodo la demoraba, y luego estaba el agua—. Corre rápida como un lobo. —El puente levadizo empezaba a izarse, el agua lo recorría deslizándose como una sábana y el barro caía en gruesos pegotes—. Más deprisa.» Oyó un chapoteo estrepitoso y volvió la vista; *Extraño* trotaba en pos de ella, levantando el agua a su paso. También vio el hacha, todavía manchada de sangre y de sesos.

Y Arya corrió. Ya no corría por su hermano, ni siquiera por su madre, corría por ella. Corrió más deprisa que en toda su vida, con la cabeza gacha y los pies chapoteando en el río, corrió huyendo de él como debió de correr Mycah.

El hacha la alcanzó en la nuca.

TYRION

Cenaron, como casi siempre, a solas.

—Los guisantes están demasiado hechos —se atrevió a decir su esposa en un momento dado.

—No importa —replicó él—, así hacen juego con el cordero.

No era más que una broma, pero Sansa creyó que se trataba de una crítica.

—Lo siento mucho, mi señor...

—¿Por qué? El que debería sentirlo es el cocinero, no tú. Los guisantes no son responsabilidad tuya, Sansa.

—Siento... siento que mi señor esposo esté descontento.

—El descontento que siento no tiene nada que ver con los guisantes. Los que me tienen descontento son Joffrey, mi hermana, mi señor padre y trescientos dornienses de mierda.

Había instalado al príncipe Oberynd y a sus señores en una torre albarrana de cara a la ciudad, tan lejos de los Tyrell como era posible sin echarlos de la Fortaleza Roja. La distancia resultó del todo insuficiente. Ya había habido una pelea en un tenderete de calderos del Lecho de Pulgas, que acabó con la muerte de un soldado de los Tyrell y con dos de Lord Gargalen con quemaduras graves, así como un duro enfrentamiento en el patio cuando la anciana madre de Mace Tyrell llamó a Ellaria Arena «la puta de la serpiente». Cada vez que se cruzaba con Oberynd Martell, el príncipe le preguntaba cuándo se serviría la justicia. Los guisantes demasiado hechos eran el menor de los problemas de Tyrion, pero no veía motivos para transmitir aquella carga a su joven esposa. Sansa ya tenía suficiente con su tristeza.

—Los guisantes están bien —le dijo, cortante—. Son verdes y redondos, ¿qué más se puede esperar de unos guisantes? Mira, voy a repetir para complacer a mi señora.

Hizo una señal, y Podrick Payne le puso en el plato tantos guisantes que Tyrion perdió de vista el trozo de carnero.

«Seré idiota... —se dijo—. Ahora me los tendré que comer todos o lo volverá a sentir.»

La cena terminó en un silencio tenso, como tan a menudo sucedía. Después, mientras Pod retiraba las copas y los platos, Sansa pidió permiso a Tyrion para ir a visitar el bosque de dioses.

—Como quieras.

Se había acostumbrado a las devociones nocturnas de su esposa. También rezaba en el sept real, y a menudo encendía velas a la Madre, a la Doncella y a la Vieja. A decir verdad, a Tyrion tanta piedad le parecía excesiva, pero si él estuviera en el lugar de Sansa también buscaría la ayuda de los dioses.

—He de confesar que no sé gran cosa sobre los antiguos dioses —dijo en un intento de ser agradable—. Tal vez algún día me puedas enseñar. Y podría acompañarte...

—No —replicó Sansa al momento—. Eres... muy amable, pero... no hay ceremonias, mi señor. No hay sacerdotes, ni canciones, ni velas... Sólo árboles y plegaria silenciosa. Os aburriríais.

—Es cierto, tienes razón. —«Me conoce mejor de lo que creía»—. Aunque el crujido de las hojas sería un cambio agradable, en vez de los canturreos de cualquier septon sobre los siete aspectos de la gracia. —Tyrion le hizo un gesto de despedida—. No me entrometeré. Abrígate bien, mi señora, afuera hace mucho viento.

Estuvo a punto de preguntarle qué pedía en sus oraciones, pero Sansa era tan obediente que podía decirle la verdad, y la verdad era lo que menos quería saber en aquel tema.

Cuando su esposa salió volvió al trabajo de rastrear unos cuantos dragones de oro en el laberinto que eran los libros de cuentas de Meñique. Petyr Baelish no había sido partidario de dejar que el oro acumulara polvo, eso sin duda. Pero, cuanto más intentaba buscar sentido a su contabilidad, más le dolía la cabeza a Tyrion. Estaba muy bien eso de hablar de poner a criar a los dragones en vez de

encerrarlos en cofres, pero algunas de las empresas comerciales olían peor que el pescado de la semana anterior.

«No habría dejado que Joffrey tirase a los Hombres Astados por la muralla si hubiera sabido cuánto dinero debían a la corona esos cabrones.» Había enviado a Bronn a buscar a sus herederos, pero mucho se temía que obtendría los mismos resultados si le sacaba las tripas a una dorada buscando oro.

Cuando le llegó la llamada de su padre fue la primera vez en su vida que Tyrion se alegró de ver a Ser Boros Blount. Agradecido, cerró los libros de cuentas, apagó de un soplo la lámpara de aceite, se echó una capa sobre los hombros y anduvo, oscilando al ritmo que le imponían sus piernas deformes, por el castillo hacia la Torre de la Mano. Como le había dicho a Sansa hacía mucho viento y el aire olía a lluvia. Tal vez cuando terminara la reunión con Lord Tywin debería ir al bosque de dioses para llevarla a casa antes de que se empapara.

Pero todo se le borró de la cabeza cuando entró en las habitaciones de la Mano y se encontró a Cersei, a Ser Kevan y al Gran Maestre Pycelle reunidos en torno a Lord Tywin y al rey. Joffrey casi daba saltos de alegría y Cersei lucía una sonrisita de orgullo, aunque Lord Tywin parecía tan sombrío como siempre.

«A veces creo que no podría sonreír ni aunque quisiera.»

—¿Qué ha pasado? —preguntó Tyrion.

Su padre le tendió un rollo de pergamino. Lo habían estirado, pero aún tendía a enroscarse. «Roslin ha pescado una trucha bien gorda —decía el mensaje—. Sus hermanos le dieron un par de pieles de lobo como regalo de bodas.» Tyrion le dio la vuelta para examinar el sello roto. La cera era color gris plata, y le habían grabado los torreones gemelos de la Casa Frey.

—¿El señor del Cruce tiene una vena poética? ¿O nos manda esto para confundirnos? —bufó—. La trucha debe de ser Edmure Tully y las pieles...

—¡Está muerto! —Joffrey parecía tan feliz y orgulloso como si hubiera despellejado a Robb Stark con sus propias manos.

«Primero Greyjoy y ahora Stark. —Tyrion pensó en la niña que era su esposa, que en aquel mismo momento rezaba en el bosque de dioses—. Orando a los dioses de su padre para que le den la victoria a su hermano y velen por su madre, seguro.» Al parecer los antiguos dioses no prestaban más atención que los nuevos a las oraciones. Tal vez le serviría de consuelo.

—Este otoño los reyes caen como hojas —dijo—. Parece que nuestra guerrita se está ganando sola.

—Las guerras no se ganan solas, Tyrion —dijo Cersei con venenosa dulzura—. Nuestro señor padre ha ganado esta guerra.

—No hay nada ganado mientras queden enemigos en pie —les advirtió Lord Tywin.

—Los señores de los ríos no son idiotas —insistió la reina—. Sin los norteños no tienen la menor esperanza de resistir contra las fuerzas unidas de Altojardín, Roca Casterly y Dorne. Seguro que elegirán someterse antes de que los derroten.

—La mayor parte, sí —asintió Lord Tywin—. Aguasdulces se rebelará, pero mientras Walder Frey tenga como rehén a Edmure Tully, el Pez Negro no representará una amenaza para nosotros. Jason Mallister y Tytos Blackwood lucharán aunque sólo sea por honor, pero los Frey pueden mantener a los Mallister inmovilizados en Varamar, y estoy seguro de que, con el incentivo oportuno, se puede convencer a Jonos Bracken para que cambie de bando y ataque a los Blackwood. Al final doblarán la rodilla, sí. Mi intención es imponer unas condiciones generosas. Todo castillo que se rinda será respetado excepto uno.

—¿Harrenhal? —preguntó Tyrion, que conocía a su padre.

—El reino estará mejor sin la Compañía Audaz. He ordenado a Ser Gregor que pase a todo el castillo por la espada.

«Gregor Clegane.» Por lo visto, su señor padre tenía intención de extraer de la Montaña hasta el último trocito de mineral antes de entregarlo a la justicia dorniense. Las cabezas de los Compañeros Audaces acabarían clavadas en picas, y Meñique entraría en Harrenhal

sin siquiera haberse manchado sus hermosas ropas con una gota de sangre. Se preguntó si Petyr Baelish habría llegado ya al Valle. «Si los dioses son bondadosos, se habrá tropezado con alguna tormenta en el mar y habrá naufragado.» Pero ¿cuándo habían sido bondadosos los dioses?

—Habría que pasarlos por la espada a todos —declaró Joffrey de repente—. A los Mallister, a los Blackwood, a los Bracken... ¡a todos! Son unos traidores. Quiero verlos muertos, abuelo. Nada de condiciones generosas. —Se volvió hacia el Gran Maestre Pycelle—. Y también quiero la cabeza de Robb Stark. Escribid a Lord Frey y decídselo. El rey lo ordena. Voy a hacer que se la sirvan a Sansa en mi banquete de bodas.

—Señor, esa dama es ahora vuestra tía —dijo Ser Kevan, conmocionado.

—Es una broma. —Cersei sonrió—. Joff no lo ha dicho en serio.

—Sí que lo he dicho en serio —insistió Joffrey—. Era un traidor y quiero su cabeza, ¿entendido? Obligaré a Sansa a darle un beso.

—No —intervino Tyrion con voz ronca—. Sansa ya no está en tu poder para que la sigas atormentando. Entérate de una vez, monstruo.

—Aquí el único monstruo eres tú, tío —dijo Joffrey con una mueca burlona.

—¿De verdad? —Tyrion inclinó la cabeza hacia un lado—. Entonces harías bien en hablarme con más educación. Los monstruos son bestias peligrosas y, últimamente, los reyes mueren como moscas.

—Sólo por decir eso, podría cortarte la lengua —dijo el niño al tiempo que se ponía rojo—. Soy el rey.

—Deja que el enano amenace cuanto quiera, Joff —dijo Cersei rodeando los hombros de su hijo con un gesto protector—. Así mi señor padre y mi tío verán cómo es.

Lord Tywin no le hizo el menor caso y miró a Joffrey.

—Aerys también se pasaba el día recordándole a todo el mundo que era el rey. Y era muy aficionado a cortar lenguas, igual que tú. Podrías preguntárselo a Ser Ilyn Payne, aunque no te respondería.

—Ser Ilyn jamás se atrevió a provocar a Aerys como tu Gnomo provoca a Joff —dijo Cersei—. Ya lo has oído. Ha llamado monstruo a Su Alteza. Al rey. Y lo ha amenazado...

—Cállate, Cersei. Joffrey, cuando tus enemigos te desafíen debes responderles con acero y fuego. Pero, cuando se pongan de rodillas, debes ayudarlos a levantarse. De lo contrario nadie volverá a arrodillarse ante ti. Y si alguien tiene que decir «yo soy el rey», es que no es el rey. Aerys no lo llegó a entender, pero tú lo entenderás. Una vez gane la guerra para ti, restauraremos la paz del rey y la justicia del rey. Tú sólo te tienes que preocupar de desvirgar a Margaery Tyrell.

Joffrey llevaba su habitual mueca hosca dibujada en la cara. Cersei lo tenía agarrado por los hombros, aunque tal vez habría hecho mejor en sujetarlo por el cuello. El chico los sorprendió a todos. En vez de arrastrarse hasta debajo de su roca, Joff se levantó, desafiante.

—Hablas mucho de Aerys, abuelo, pero la verdad es que le tenías miedo.

«Vaya, vaya, esto se pone interesante», pensó Tyrion.

Lord Tywin observó a su nieto en silencio, en sus ojos color verde claro brillaban motas doradas.

—Pídele perdón a tu abuelo —dijo Cersei.

—¿Por qué? —preguntó el chico librándose de sus manos—. Es verdad, lo sabe todo el mundo. Mi padre ganó todas las batallas. Mató al príncipe Rhaegar y se hizo con la corona, mientras tu padre, madre, se escondía bajo Roca Casterly. —Lanzó una mirada retadora a su abuelo—. Un rey fuerte se comporta con osadía, no se limita a hablar.

—Gracias por compartir tu sabiduría, Alteza —dijo Lord Tywin con una cortesía tan gélida que fue como si a todos se les helaran los oídos—. Ser Kevan, el rey parece cansado. Es hora de que se retire a sus habitaciones. Pycelle, haría falta alguna poción suave para que Su Alteza descanse bien.

—¿Vino del sueño, mi señor?

—No quiero vino del sueño —se empecinó Joffrey.

—Vino del sueño, sí. —Lord Tywin habría prestado más atención a un ratón que chillara en una esquina—. Cersei, Tyrion, quedaos.

Ser Kevan se llevó a Joffrey firmemente agarrado por el brazo y abrió la puerta, tras la que esperaban dos hombres de la Guardia Real. El Gran Maestre Pycelle se escabulló tras ellos tan deprisa como le permitieron las viejas piernas temblorosas. Tyrion se quedó donde estaba.

—Lo siento mucho, padre —dijo Cersei una vez se hubo cerrado la puerta—. Joff siempre ha sido obstinado, ya te lo advertí...

—Hay mucha diferencia entre ser obstinado y ser imbécil. «Un rey fuerte actúa con osadía». ¿De dónde ha sacado eso?

—De mí no, te lo prometo —se defendió Cersei—. Debe de ser algo que le oyó decir a Robert.

—Lo de que te escondiste debajo de Roca Casterly parece cosa de Robert, sí —señaló Tyrion, que no quería que Lord Tywin se olvidara de ese detalle.

—Sí, ya lo recuerdo —dijo Cersei—. Robert le decía muchas veces a Joff que un rey tiene que ser osado.

—¿Y mientras, qué le estabas diciendo tú, «reza»? —preguntó Lord Tywin—. No estoy librando una guerra para sentar en el Trono de Hierro a Robert II. Me diste a entender que no le importaba nada su padre.

—¿Por qué le iba a importar? Robert no le hacía el menor caso. Hasta le habría pegado si yo se lo hubiera permitido. Ese salvaje con el que me obligaste a casarme le dio un golpe una vez, tan fuerte que le saltó dos dientes de leche, por no sé qué travesura que había hecho con un gato. Le dije que si le volvía a poner la mano encima lo mataría mientras dormía, y no lo volvió a hacer, pero a veces decía cosas...

—Por lo visto hacía falta decir cosas. —Lord Tywin agitó dos dedos en dirección a ella, un brusco gesto de despedida—. Vete.

Cersei salió echando humo.

—No será Robert II —dijo Tyrion—. Será Aerys III.

—El muchacho tiene trece años. Todavía queda tiempo. —Lord Tywin se dirigió hacia la ventana. Aquello no era propio de él; estaba más descompuesto de lo que quería demostrar—. Necesita una buena lección.

Tyrion había recibido su buena lección a los trece años. Casi sintió pena por su sobrino. Por otra parte, nadie se lo merecía más.

—Ya basta de hablar de Joffrey —dijo—. Algunas batallas se ganan con plumas y con cuervos, ¿no fue eso lo que dijiste? Tengo que felicitarte. ¿Cuánto tiempo llevabas tramando esto con Walder Frey?

—No me gusta esa expresión —replicó Lord Tywin con rigidez.

—Y a mí no me gusta que me oculten cosas.

—No había motivo para contártelo. Tú no tenías ningún papel que desempeñar en esto.

—¿Se lo dijiste a Cersei? —quiso saber Tyrion.

—No lo sabía nadie excepto los que tenían que intervenir en algún sentido. E incluso a éstos se les dijo sólo lo que necesitaban saber. A estas alturas ya deberías saber que es la única manera de guardar un secreto... sobre todo aquí. Mi objetivo era librarnos de un enemigo peligroso al menor precio posible, no satisfacer tu curiosidad ni hacer que tu hermana se sintiera importante. —Cerró los postigos y se volvió. Tenía el ceño fruncido—. No careces de cierta astucia, Tyrion, pero la verdad es que hablas demasiado. Tienes la lengua muy larga, eso acabará por perderte.

—Deberías haber dejado que Joff me la arrancara —sugirió Tyrion.

—Será mejor que no me tientes —replicó Lord Tywin—. Se acabó este tema. He estado buscando la mejor manera de aplacar a Oberyn Martell y a su séquito.

—¿Sí? ¿Y es algo que se me permite saber o debo marcharme para que lo discutas contigo mismo?

—La presencia aquí del príncipe Oberyn es muy inoportuna —dijo su padre sin hacer caso de la pulla—. Su hermano es un hombre

cauto, razonable, sutil, pausado, hasta cierto punto indolente. Sopesa las consecuencias de cada palabra y cada acción. Pero Oberyn siempre ha estado medio loco.

—¿Es verdad que intentó que Dorne se alzara en apoyo a Viserys?

—Nadie habla del tema, pero sí. Los cuervos volaron y los jinetes cabalgaron con mensajes secretos que nunca vi. Jon Arryn navegó hasta Lanza del Sol para devolver los huesos del príncipe Lewyn, se sentó con el príncipe Doran y hablaron del fin de la guerra. Pero después de aquello Robert no visitó Dorne nunca, y el príncipe Oberyn rara vez salió de allí.

—Sí, pero ahora lo tenemos aquí, y acompañado por la mitad de la nobleza de Dorne. Cada día que pasa se impacienta más —señaló Tyrion—. A lo mejor sería buena idea que le enseñara los burdeles de Desembarco del Rey, así se distraería. Una herramienta para cada tarea, ¿no es eso? Mi herramienta está a tu servicio, padre. Que no se diga que la Casa Lannister hizo sonar sus trompetas y yo no respondí.

—Muy gracioso. —Lord Tywin apretó los labios—. ¿Ordeno que te cosan un traje de bufón y un gorro con cascabeles?

—Si me lo pusiera, ¿tendría permiso para decir lo que quisiera acerca de Su Alteza el rey Joffrey?

—Se me educó para soportar los desatinos de mi padre. No soportaré los tuyos. Es suficiente. —Lord Tywin volvió a sentarse.

—Muy bien, ya que me lo pides con tanta amabilidad... Pero mucho me temo que la Víbora Roja no va a ser nada amable. Y no se conformará con la cabeza de Ser Gregor.

—Razón de más para no dársela.

—¿Para no...? —Tyrion se quedó boquiabierto—. Pensaba que estábamos de acuerdo en que los bosques estaban llenos de bestias.

—Bestias inferiores. —Lord Tywin entrelazó los dedos bajo la barbilla—. Ser Gregor nos ha servido bien. No hay otro caballero en el reino que inspire tanto terror en nuestros enemigos.

—Oberyn sabe que Ser Gregor fue el que...

—No sabe nada. Sólo ha oído cuentos. Cotilleos de establo y calumnias del servicio. No tiene ni la menor prueba, y desde luego Ser Gregor no va a confesar nada. Tengo intención de mantenerlo bien alejado mientras los dornienses estén en Desembarco del Rey.

—¿Y cuando Oberyn exija la justicia que ha venido a buscar?

—Le diré que el que mató a Elia y a sus hijos fue Ser Amory Lorch —respondió Lord Tywin con calma—. Si te pregunta, tú dirás lo mismo.

—Ser Amory Lorch está muerto —señaló Tyrion.

—Exacto. Tras la caída de Harrenhal, Vargo Hoat hizo que un oso despedazara a Ser Amory. Es un detalle suficientemente macabro como para aplacar hasta a Oberyn Martell.

—Puede que a ti eso te parezca justicia...

—Es justicia. Por si lo quieres saber, fue Ser Amory el que me trajo el cadáver de la niña. La había encontrado escondida bajo la cama de su padre, como si creyera que Rhaegar aún podía protegerla. La princesa Elia y el bebé estaban en el cuarto de los niños, un piso más abajo.

—Bueno, es una historia, y Ser Amory no está en condiciones de negarla. ¿Qué le dirás a Oberyn cuando te pregunte quién le dio las órdenes a Lorch?

—Ser Amory actuó por iniciativa propia con la esperanza de ganarse el favor del nuevo rey. El odio que sentía Robert hacia Rhaegar no era ningún secreto.

«Puede que dé resultado —tuvo que reconocer Tyrion—, pero a la serpiente no le va a hacer gracia.»

—Lejos de mí cuestionar tu astucia, padre, pero yo que tú pondría un poco de sangre en las manos de Robert Baratheon.

—Ese traje de bufón te quedaría mejor de lo que pensaba. —Lord Tywin lo miraba como si hubiera perdido la cordura—. Fuimos los últimos en unírnos a la causa de Robert. Teníamos que demostrar nuestra lealtad. Cuando puse aquellos cadáveres ante el trono, a nadie le cupo la menor duda de que habíamos renegado de la Casa

Targaryen para siempre. Y el alivio de Robert fue palpable. Por idiota que fuera, hasta él sabía que los hijos de Rhaegar tenían que morir si quería asegurarse el trono para siempre. Pero se consideraba un héroe, y los héroes no matan niños. —Su padre se encogió de hombros—. Reconozco que hubo demasiada brutalidad. Elia no tenía por qué haber sufrido el menor daño, eso fue una estupidez. Por sí sola no era nadie.

—Entonces, ¿por qué la mató la Montaña?

—Porque no le dije que la perdonara. Dudo que llegara a mencionarle su nombre. Tenía problemas más apremiantes. La vanguardia de Ned Stark venía hacia el sur después del Tridente, y me temía que acabaríamos enfrentándonos. Además, Aerys tenía intención de asesinar a Jaime sin más motivo que el rencor. Eso era lo que yo más temía. Eso y lo que pudiera hacer el propio Jaime. —Apretó un puño—. Además, aún no sabía lo que tenía con Gregor Clegane, sólo que era enorme y temible en el combate. Lo de la violación... Espero que ni tú serás capaz de acusarme de dar aquella orden. Ser Amory fue casi igual de brutal con Rhaenys. Después le pregunté por qué habían hecho falta medio centenar de cuchilladas para matar a una niña que tendría... ¿dos, tres años? Me respondió que ella le había dado patadas y que no dejaba de gritar. Si Lorch hubiera tenido la mitad de los sesos que los dioses concedieron a un nabo, la habría tranquilizado con unas cuantas palabritas cariñosas y luego habría utilizado un cojín de seda. —Hizo una mueca de repugnancia—. Fue él el que se manchó las manos de sangre.

«Pero no tú, padre. Tywin Lannister no tiene sangre en las manos.»

—¿Qué ha matado a Robb Stark, un cojín de seda?

—Tenía que ser una flecha, durante el banquete de bodas de Edmure Tully. Al descubierto, el muchacho era demasiado cauto. Mantenía disciplinados a sus hombres y se rodeaba de exploradores y guardaespaldas.

—Así que Lord Walder lo ha matado bajo su techo, sentado a su mesa. —Tyrion apretó un puño—. ¿Qué ha pasado con Lady Catelyn?

—Supongo que la han matado también. Un par de pieles de lobo. Frey tenía intención de tomarla prisionera, pero tal vez algo salió mal.

—Bravo por la ley de la hospitalidad.

—Es Walder Frey el que se ha manchado las manos de sangre, no yo.

—Walder Frey es un viejo gruñón que vive para acariciar a su joven esposa y cavilar sobre todas las ofensas que ha sufrido. No me cabe duda de que él ha empollado este pollo tan feo, pero jamás se habría atrevido a nada semejante sin contar con una promesa de protección.

—¿Y qué habrías hecho tú, perdonar la vida del chico y decirle a Lord Frey que no tenías necesidad de aliarte con él? Eso habría hecho que el viejo idiota volviera a los brazos de Stark y tendrías por delante un año más de guerra. Explícame por qué es más noble matar a diez mil hombres en una batalla que a una docena en un banquete. —Tyrion no supo qué decir, y su padre siguió hablando—. El precio ha sido muy bajo lo mires como lo mires. La corona entregará Aguasdulces a Ser Emmon Frey cuando el Pez Negro se rinda. Lancel y Daven tendrán que casarse con chicas Frey, Joy contraerá matrimonio con uno de los hijos naturales de Lord Walder cuando tenga edad, y Roose Bolton será el Guardián del Norte y se llevará a casa a Arya Stark.

—¿Arya Stark? —Tyrion inclinó la cabeza a un lado—. ¿Y Bolton? Ya me habría imaginado que Frey no tendría agallas para actuar por sí mismo. Pero Arya... Varys y Ser Jacelyn la han estado buscando más de medio año. Sin duda Arya Stark está muerta.

—También lo estaba Renly hasta la batalla del Aguasnegras.

—¿Qué significa eso?

—Puede que Meñique tuviera éxito allí donde Varys y tú fracasasteis. Lord Bolton casará a la chica con su hijo bastardo. Dejaremos que Fuerte Terror luche contra los hijos del hierro durante

unos años y veremos si puede mantener a raya a los otros banderizos de los Stark. Antes de la primavera estarán todos al límite de sus fuerzas y dispuestos a doblar la rodilla. El norte será para el hijo que tengas con Sansa Stark... Si es que algún día te sientes suficientemente hombre para engendrarlo. Por si te has olvidado, Joffrey no es el único que tiene que desvirgar a alguien.

«No me había olvidado, aunque esperaba que tú sí.»

—¿Cuándo crees que estará Sansa más fértil? —preguntó Tyrion a su padre con un tono que destilaba ácido—. ¿Antes o después de que le cuente cómo hemos asesinado a su hermano y a su madre?

DAVOS

Por un instante pareció que el rey no lo había oído. Stannis no mostró alegría ante las noticias, tampoco ira ni incredulidad, ni siquiera alivio. Se quedó mirando su Mesa Pintada con los dientes apretados.

—¿Estáis seguro? —preguntó.

—No he visto el cadáver en persona, no, no, Vuestra Majestad —dijo Salladhor Saan—. Pero en la ciudad los leones bailan y se pavonean. El pueblo ya la llama «la Boda Roja». Se dice que Lord Frey ordenó que le cortaran la cabeza al chico y le cosieran la de su huargo, y luego le clavaron una corona alrededor de las orejas. A su señora madre también la asesinaron y la tiraron desnuda al río.

«En una boda —pensó Davos—. Mientras estaba sentado a la mesa de su asesino, cuando era un huésped, un invitado bajo su techo. Esos Frey están malditos para siempre.» Otra vez le llegó el olor de la sangre ardiendo y oyó el siseo y el chisporroteo de la sanguijuela entre los carbones del brasero.

—Ha sido la ira del Señor la que lo ha matado —afirmó Ser Axell Florent—. ¡Ha sido la mano de R'hllor!

—¡Alabado sea el Señor de la Luz! —entonó la reina Selyse, una mujer menuda y flaca con las orejas grandes y el labio superior cubierto de vello.

—¿Acaso la mano de R'hllor es temblorosa y está llena de manchas y arrugas? —preguntó Stannis—. Más parece cosa de Walder Frey que de ningún dios.

—R'hllor elige los instrumentos que quiere. —El rubí de la garganta de Melisandre centelleaba con chispas rojas—. Sus caminos son misteriosos, pero no hay hombre que no se doblegue a su llameante voluntad.

—¡No hay hombre que no se doblegue ante él! —exclamó la reina.

—Cállate de una vez, mujer. Ahora no estás bailando alrededor de una hoguera. —Stannis siguió mirando la Mesa Pintada—. El lobo no deja herederos y el kraken deja demasiados. Los leones los devorarán a menos que... Saan, voy a necesitar que tus barcos más veloces lleven mensajeros a las Islas del Hierro y a Puerto Blanco. Ofreceré el perdón. —Por su manera de apretar los dientes era obvio que aquella palabra le gustaba muy poco—. El perdón absoluto para los que se arrepientan de su traición y juren lealtad a su legítimo rey. Tienen que ver...

—No lo harán. —La voz de Melisandre era suave—. Lo siento, Alteza. Esto no es el fin. Pronto se alzarán más falsos reyes para apoderarse de las coronas de los que han caído.

—¿Más? —Parecía que Stannis la habría estrangulado de buena gana allí mismo—. ¿Más usurpadores? ¿Más traidores?

—Lo he visto en mis llamas.

—El Señor de la Luz envió a Melisandre para que te guiara hacia tu momento de gloria. —La reina Selyse se puso al lado del rey—. Escúchala, te lo suplico. Las llamas sagradas de R'hllor no mienten.

—Hay mentiras y mentiras, mujer. Me parece que esas llamas resultan engañosas hasta cuando dicen la verdad.

—Una hormiga que oyera las palabras de un rey tal vez no comprendería qué dice —replicó Melisandre—, y todos los hombres somos hormigas ante el rostro llameante de dios. Si alguna vez he confundido una advertencia con una profecía o una profecía con una advertencia, la culpa es del lector, no del libro. Pero una cosa sí sé a ciencia cierta: los mensajeros y los perdones no os servirán de nada, igual que las sanguijuelas. Debéis mostrar al reino una señal. ¡Una señal como prueba de vuestro poder!

—¿Mi poder? —El rey soltó un bufido—. Tengo mil trescientos hombres en Rocadragón y otros trescientos en Bastión de Tormentas. —Barrió con la mano la Mesa Pintada—. El resto de Poniente está en

manos de mis enemigos. No tengo más flota que la de Salladhor Saan, ni dinero para contratar mercenarios. No hay saqueos ni gloria en perspectiva, que es lo que atraería a los jinetes libres a mi causa.

—Mi señor esposo —intervino la reina Selyse—, tienes más hombres de los que tenía Aegon hace trescientos años. Sólo te faltan los dragones.

—Nueve magos cruzaron el mar para empollar la reserva de huevos de Aegon III. —Lord Stannis le lanzó una mirada sombría—. Baelor el Santo rezó más de medio año sobre el suyo. Aegon IV construyó dragones de hierro y madera. Aerion Llamabrillante bebió fuego valyrio para transformarse. Los magos fracasaron, las plegarias del rey Baelor quedaron sin respuesta, los dragones de madera se quemaron y el príncipe Aerion murió entre gritos de dolor.

—Ninguno de ellos era el elegido de R'hllor. —La reina Selyse se mantenía firme—. No hubo ningún cometa rojo que cruzara los cielos para anunciar su llegada. Ninguno esgrimía la *Dueña de Luz*, la *Espada Roja de los Héroes*. Y ninguno de ellos pagó el precio. Lady Melisandre te lo ha dicho, mi señor. Sólo la muerte puede comprar la vida.

—¿El chico? —El rey casi escupió las palabras.

—El chico —asintió la reina.

—El chico —repitió Ser Axell.

—Ya estaba harto de ese maldito chaval aun antes de que naciera —se quejó el rey—. Su simple nombre es un rugido en mis orejas y una nube oscura sobre mi alma.

—Entregádmelo a mí y no volveréis a oír su nombre —le prometió Melisandre.

«No, pero oiréis sus gritos cuando lo queme en la hoguera.» Davos se mordió la lengua. Era mejor no decir nada hasta que el rey lo ordenara.

—Entregadme al chico para R'hllor y la antigua profecía se cumplirá —insistió la mujer roja—. Vuestro dragón despertará y extenderá sus alas de piedra. El reino será vuestro.

—De rodillas os lo suplico, señor —dijo Ser Axell dejándose caer sobre una rodilla—. Despertad al dragón de piedra y haced que tiemblen los traidores. Al igual que Aegon, empezáis como señor de Rocadragón. Al igual que Aegon, conquistaréis la victoria. Que los falsos y los desleales prueben vuestras llamas.

—Tu esposa también te lo suplica, mi señor esposo. —La reina Selyse se dejó caer sobre ambas rodillas ante el rey con las manos juntas como si rezara—. Robert y Delena mancillaron nuestro lecho y así maldijeron nuestra unión. El chico es el fruto podrido de su fornicación. Quita su sombra de mi vientre y te daré muchos hijos varones, estoy segura. —Le rodeó las piernas con los brazos—. No es más que un muchacho, hijo de la lujuria de tu hermano y de la vergüenza de mi prima.

—Es de mi sangre. Y deja de agarrarme, mujer. —El rey Stannis le puso una mano en el hombro para tratar de librarse de ella—. Puede que sea cierto que Robert maldijo nuestro lecho nupcial. Me juró que no había pretendido avergonzarme, que aquella noche estaba borracho y no sabía en qué dormitorio se metía. ¿Y qué más da? Sea cual sea la verdad, el chico no tiene la culpa.

—El Señor de la Luz ama a los inocentes. —Melisandre puso una mano en el brazo del rey—. No hay para él sacrificio máspreciado. De su sangre real y su fuego inmaculado nacerá un dragón.

Stannis no apartó a Melisandre como había hecho con la reina. La mujer roja era todo lo contrario de Selyse: joven, de formas redondeadas y de una extraña belleza con aquel rostro en forma de corazón, aquel cabello cobrizo y aquellos ojos rojos de otro mundo.

—Sería maravilloso ver cobrar vida a la piedra —reconoció de mala gana—. Y cabalgar a lomos de un dragón... Recuerdo la primera vez que mi padre me llevó a la corte. Robert me tuvo que dar la mano. Yo tendría cuatro años, así que él tendría cinco, como mucho seis. Más tarde estuvimos de acuerdo en que el rey parecía tan noble como terroríficos los dragones. —Stannis soltó un bufido—. Años después nuestro padre nos dijo que Aerys se había cortado con el trono aquella mañana, de manera que la Mano había ocupado su lugar. El hombre

que tanto nos había impresionado era Tywin Lannister. —Rozó con los dedos la superficie de la mesa, recorriendo un camino entre las colinas barnizadas—. Robert hizo retirar los cráneos cuando subió al trono, pero no quiso que los destruyeran. Alas de dragón sobre Poniente... sería una...

—¡Alteza! —Davos dio un paso adelante—. ¿Me dais permiso para hablar?

Stannis cerró la boca con tanta fuerza que le entrechocaron los dientes.

—Mi señor de La Selva, ¿para qué creéis que os nombré Mano si no es para que hablarais? —El rey hizo un gesto con los dedos—. Decid lo que queráis.

«Guerrero, dame valor.»

—No sé mucho sobre dragones y menos aún sobre dioses... pero la reina ha hablado de maldiciones. No hay hombre más maldito ante los ojos de los hombres y los dioses que quien mata a los de su sangre.

—No hay más dioses que R'hllor y el Otro, aquel cuyo nombre no se debe pronunciar. —Los labios de Melisandre formaron una dura línea roja—. Y los hombres pequeños maldicen lo que no alcanzan a comprender.

—Soy un hombre pequeño —reconoció Davos—, de manera que decidme por qué necesitáis a ese chico, Edric Tormenta, para despertar al gran dragón de piedra, mi señora. —Estaba decidido a llamar al muchacho por su nombre tan a menudo como le fuera posible.

—Sólo la muerte puede comprar la vida, mi señor. Un gran regalo requiere un gran sacrificio.

—¿Qué grandeza hay en un niño ilegítimo?

—Por sus venas corre la sangre de reyes. Ya habéis visto lo que puede hacer tan sólo un poco de esa sangre...

—Os he visto quemar unas cuantas sanguijuelas.

—Y dos falsos reyes han muerto.

—Robb Stark ha sido asesinado por Lord Walder del Cruce, y según las noticias, Balon Greyjoy se cayó de un puente. ¿A quién han matado las sanguijuelas?

—¿Acaso dudáis del poder de R'hllor?

«No. —Davos recordaba demasiado bien la sombra viviente que había salido del vientre de la mujer roja aquella noche bajo Bastión de Tormentas, las manos negras que le habían separado los muslos para emerger—. Tengo que ir con cuidado o puede que venga alguna sombra a buscarme a mí.»

—Hasta un contrabandista de cebollas sabe distinguir dos cebollas de tres. Os falta un rey, mi señora.

—Ahí os ha pillado, mi señora. —Stannis soltó una carcajada seca—. Dos no son tres.

—Claro, Alteza. Un rey puede morir por casualidad, tal vez dos, pero... ¿tres? Si Joffrey muriera en medio de todo su poder, rodeado por sus ejércitos y su Guardia Real, ¿no sería eso una muestra del poder del Señor?

—Quizá sí —dijo el rey de mala gana.

—O quizá que no. —Davos hacía todo lo posible por ocultar su miedo.

—Joffrey morirá —declaró la reina Selyse, serena en su confianza.

—Puede que ya esté muerto —apuntó Ser Axell.

—¿Acaso sois cuervos amaestrados que me graznáis por turno? —Stannis los miraba asqueado—. Es suficiente.

—Esposo, escúchame... —suplicó la reina.

—¿Por qué? Dos no son tres. Los reyes saben contar tan bien como los contrabandistas. Os podéis retirar.

Stannis les dio la espalda. Melisandre ayudó a la reina a ponerse en pie. Selyse salió muy rígida de la estancia, seguida por la mujer roja. Ser Axell se demoró lo suficiente como para lanzar a Davos una última mirada.

«Una mirada torva en una cara torva», pensó cuando sus ojos se encontraron.

Cuando estuvieron a solas, Davos carraspeó para aclararse la garganta. El rey alzó la vista.

—¿Por qué seguís aquí?

—Señor, acerca de Edric Tormenta...

—No insistáis. —Stannis hizo un gesto airado.

—Vuestra hija estudia con él —siguió Davos sin ceder—, juega con él todos los días en el Jardín de Aegon.

—Lo sé de sobra.

—A Shireen se le rompería el corazón si le sucediera algo malo...

—Eso también lo sé.

—Me gustaría que lo vierais.

—Ya lo he visto. Se parece a Robert. Sí, y también lo adora. ¿Queréis que le diga cuán a menudo pensaba en él su idolatrado padre? A mi hermano le gustaba mucho hacer hijos, pero después del parto no eran más que un estorbo.

—Pregunta por vos todos los días, es...

—Me estáis haciendo enfadar, Davos. No quiero oír más sobre el chico bastardo.

—Su nombre es Edric Tormenta, señor.

—Ya sé cuál es su nombre, y le queda de maravilla. Proclama a gritos su condición de ilegítimo, su noble cuna y el caos que lo acompaña. Edric Tormenta. Ya lo he dicho, ¿satisfecho, mi señor Mano?

—Edric... —empezó.

—¡No es más que un chico! Podría ser el mejor muchacho que jamás ha pisado la tierra y tampoco tendría importancia. Mi deber es para con el reino. —Barrió con la mano la Mesa Pintada—. ¿Cuántos muchachos viven en Poniente? ¿Cuántas niñas? ¿Cuántos hombres, cuántas mujeres? Ella dice que la oscuridad los devorará a todos, que caerá la noche que no acaba jamás. Habla de profecías... un héroe

renacido en el mar, dragones vivos que nacen de la piedra muerta... Habla de señales y jura que todas apuntan hacia mí. Yo no pedí esto igual que no pedí ser rey. Pero ¿puedo echar en saco roto lo que me dice? —Rechinó los dientes—. Nosotros no elegimos nuestro destino, pero tenemos... tenemos que cumplir con nuestro deber, ¿no? Grandes o pequeños, tenemos que cumplir con nuestro deber. Melisandre jura que me ha visto en sus llamas enfrentándome a la oscuridad con la *Dueña de Luz* alzada en la mano. ¡La *Dueña de Luz*! —Stannis soltó un bufido despectivo—. Reconozco que tiene un brillo bonito, pero en el Aguasnegras esta espada mágica no hizo nada que no hubiera hecho un vulgar acero. Un dragón habría cambiado el rumbo de esa batalla. Hace muchos años, Aegon estuvo donde yo estoy ahora mismo, contemplando esta misma mesa. ¿Creéis que hoy lo llamaríamos Aegon el Conquistador si no hubiera tenido dragones?

—Alteza —dijo Davos—, el precio...

—¡Ya sé cuál es el precio! Anoche miré en la chimenea y volví a ver cosas en las llamas. Vi a un rey con una corona de fuego en la cabeza, ardiendo... Ardiendo, Davos. Su corona lo devoró y lo transformó en cenizas. ¿Creéis que necesito que Melisandre me diga qué significa? ¿O que me lo digáis vos? —El rey se movió y su sombra fue a caer sobre Desembarco del Rey—. Si Joffrey muriera... ¿qué importaría la vida de un chico bastardo comparada con la de un reino?

—Mucho. Todo —dijo Davos con voz suave.

Stannis lo miró con los dientes apretados.

—Marchaos —dijo al final el rey—. Marchaos antes de que digáis algo que os haga volver a la mazmorra.

A veces los vientos tormentosos son tan fuertes que el marinero no tiene más remedio que recoger velas.

—Como Vuestra Alteza ordene.

Davos se inclinó, pero al parecer Stannis ya se había olvidado de él.

Cuando salió del Tambor de Piedra al patio hacía mucho frío. Un viento fuerte soplabá del este, con lo que los estandartes ondeaban y restallaban contra los muros. A Davos el aire le olía a sal. «El mar.» Le encantaba aquel olor. Le daba ganas de volver a caminar sobre una cubierta, de izar las velas y navegar hacia el sur para reunirse con Marya y sus dos pequeños. Cada día que pasaba pensaba más en ellos y por las noches era aún peor. Una parte de él no quería otra cosa que volver a su casa con Devan. «No puedo. Por ahora no. Soy un señor, soy la Mano del Rey, no le puedo fallar.»

Alzó los ojos para contemplar las murallas. Un millar de gárgolas y figuras grotescas le devolvieron la mirada desde arriba, todas diferentes: wyverns, grifos, demonios, manticoras, minotauros, basiliscos, sabuesos infernales, dragones alados, dragones con cabeza de ave y otras muchas criaturas extrañas que brotaban de las almenas del castillo como si hubieran nacido allí. Y no sólo había dragones en las gárgolas, estaban por todas partes. La sala principal era un dragón tendido sobre el vientre, se entraba a él por la boca abierta. Las cocinas eran un dragón enroscado sobre sí mismo, el humo y el vapor de los hornos salía por las fosas nasales. Las torres eran dragones acucillados sobre las murallas o a punto de emprender el vuelo; el Dragón del Viento parecía rugir desafiante, mientras que la Torre del Dragón Marino miraba serena hacia las olas. Otros dragones más pequeños enmarcaban las puertas, de las paredes salían zarpas de dragón para sujetar las antorchas, grandes alas de piedra envolvían la herrería y la armería, las colas formaban arcos, puentes y escaleras exteriores.

Davos había oído decir muchas veces que los magos de Valyria no tallaban y cincelaban como vulgares albañiles, sino que trabajaban la piedra con fuego y magia igual que haría un alfarero con la arcilla. Ya no sabía qué pensar.

«¿Y si eran dragones de verdad y por algún motivo se transformaron en piedra?»

—Si la mujer roja les devuelve la vida el castillo se derrumba, creo yo. ¿Qué dragones irían por ahí llenos de habitaciones, escaleras y muebles? Y ventanas. Y chimeneas. Y desagües para los retretes.

Davos se dio la vuelta para mirar a Salladhor Saan.

—¿Significa esto que me has perdonado por mi traición, Salla?

—Perdonado, sí; olvidado, no. —El viejo pirata le agitaba un dedo ante la nariz—. Todo ese oro bonito de Isla Zarpa podría haber sido mío, sólo de pensarlo me siento viejo y cansado. Cuando muera pobre, mis esposas y concubinas te maldecirán, Caballero de las Cebollas. Lord Celtigar tenía muchos vinos buenos que no estoy bebiendo, un águila marina que había entrenado para que se le posara en la muñeca y un cuerno mágico para invocar a los krakens de las profundidades. Muy útil me resultaría un cuerno así para acabar con los tyroshis y otras criaturas molestas. Pero ¿podré hacer sonar ese cuerno? No, porque el rey nombró Mano a mi viejo amigo. —Entrelazó su brazo con el de Davos—. Los hombres de la reina no te tienen ningún afecto, viejo amigo. He oído por ahí que cierta Mano está haciendo nuevas amistades. ¿Es verdad, sí?

«Sabes demasiado, viejo pirata.» Un contrabandista tenía que conocer a los hombres tan bien como las mareas o no duraba mucho tiempo en el negocio. Los hombres de la reina eran seguidores fervorosos del Señor de la Luz, pero el pueblo de Rocadragón volvía poco a poco a los dioses que habían conocido toda la vida. Decían que Stannis estaba hechizado, que Melisandre lo había apartado de los Siete y lo hacía inclinarse ante un demonio salido de las sombras... y, lo peor de todo, que tanto ella como su dios le habían fallado. Y había caballeros y señores menores que pensaban lo mismo. Davos los había buscado y los había elegido uno a uno con el mismo cuidado con que en otros tiempos seleccionaba sus tripulaciones. Ser Gerald Gower peleó con decisión en el Aguasnegras, pero después le habían oído decir que R'hllor debía de ser un dios muy débil si dejaba que un enano y un muerto derrotaran a sus seguidores. Ser Andrew Estermont era primo del rey, años atrás le había servido como escudero. El Bastardo de Canto Nocturno había estado al frente de la retaguardia

que permitió que Stannis se pusiera a salvo en las galeras de Salladhor Saan, pero adoraba al Guerrero con una fe tan fiera como su temperamento. «Hombres del rey, no de la reina.» Pero no le convenía alardear de ellos.

—Cierta pirata lyseno me dijo una vez que un buen contrabandista no se deja ver —replicó Davos con cautela—. Velas negras, remos envueltos en tela y una tripulación que sepa contener la lengua.

—Una tripulación sin lengua es todavía mejor. —El lyseno se echó a reír—. Un montón de mudos fuertes que no sepan leer ni escribir. —Se puso serio—. Pero me alegro de que alguien te vigile las espaldas, viejo amigo. ¿Qué opinas tú, el rey entregará el chico a la sacerdotisa roja? Un dragoncito podría poner fin a esta guerra.

Por la fuerza de la costumbre se llevó la mano al cuello para tocar su suerte, pero ya no tenía los huesos de las falanges y no encontró nada.

—No —respondió Davos—. No es capaz de hacer daño a los de su sangre.

—Lord Renly se alegrará mucho cuando se entere.

—Renly era un traidor que se había alzado en armas. Edric Tormenta es inocente de todo crimen. Su Alteza es un hombre justo.

—Ya veremos. —Salla se encogió de hombros—. O ya verás. En cuanto a mí, vuelvo al mar. Puede que haya viles contrabandistas navegando por la bahía del Aguasnegras que no quieran pagar los legítimos impuestos de su señor. —Dio una palmada en la espalda a Davos—. Cuídate. Y tus amigos mudos también. Ahora eres muy grande, pero cuanto más alto está un hombre desde más arriba cae.

Davos reflexionó sobre aquellas palabras mientras subía por los peldaños de la Torre del Dragón Marino hacia las habitaciones del maestro, debajo de las pajareras. No hacía falta que Salla le dijera que había ascendido demasiado.

«No sé leer, no sé escribir, los señores me desprecian, no sé nada de gobernar, ¿cómo puedo ser la Mano del Rey? Mi lugar está en la cubierta de un barco, no en la torre de un castillo.»

Eso mismo le había dicho al maestre Pylos.

—Sois un excelente capitán —fue la respuesta del maestre—. Un capitán gobierna su barco, ¿no? Tiene que navegar por aguas traicioneras, mover las velas para captar el viento, debe saber cuándo se acerca una tormenta y la mejor manera de capearla. Esto viene a ser lo mismo.

La intención de Pylos era buena, pero sus palabras tranquilizadoras no lo convencían.

—¡No es lo mismo! —protestó Davos—. Un reino no es un barco... y menos mal, porque en ese caso este reino se estaría hundiendo. Entiendo de tablones, de sogas y de agua, sí, pero ¿de qué me sirve eso ahora? ¿Cómo voy a dar con un viento que sople para llevar al rey Stannis a su trono?

El maestre se había reído.

—Ahí tenéis, mi señor. Las palabras son viento, ya lo sabéis, y vos habéis enviado muy lejos las mías con vuestro sentido común. Creo que Su Alteza sabe muy bien qué le podéis dar.

—Cebollas —dijo Davos, sombrío—. Eso es todo lo que le puedo dar. La Mano del Rey debería ser un señor de noble cuna, alguien sabio y culto, un buen comandante de batalla o un gran caballero...

—Ser Ryam Redwyne fue el caballero más grande de sus tiempos, y también una de las peores Manos que jamás han servido a un rey. Las plegarias del septon Murmison hacían milagros, pero cuando fue Mano, el reino entero no tardó en rezar pidiendo a los dioses que muriera pronto. Lord Butterwell era famoso por su ingenio, Myles Smallwood por su valor, Ser Otto Hightower por sus conocimientos, pero todos y cada uno de ellos fracasaron como Manos. En cuanto a la cuna, los reyes dragón solían elegir a las Manos entre los de su sangre, con resultados tan diversos como Baelor Rompelanzas y Maegor el Cruel. En cambio, tenemos al septon Barth, el hijo de un herrero, que el Viejo Rey encontró en la biblioteca de la Fortaleza Roja. Dio al reino cuarenta años de paz y abundancia. —Pylos sonrió—. Leed la

historia, Lord Davos, descubriréis que vuestras dudas no tienen fundamento.

—¿Cómo voy a leer la historia si no sé leer?

—Cualquiera puede aprender, mi señor —dijo el maestro Pylos—. No hace falta ninguna magia ni haber nacido en una familia noble. Por orden del rey estoy enseñando ese arte a vuestro hijo. Dejad que os enseñe a vos también.

Fue una oferta generosa, y Davos no podía rechazarla, de manera que todos los días visitaba las habitaciones del maestro en la Torre del Dragón Marino para romperse la cabeza sobre rollos, pergaminos y grandes tomos encuadernados en cuero, intentando desentrañar unas pocas palabras más. El esfuerzo a menudo le provocaba jaquecas y encima lo hacía sentir tan grotesco como Caramanchada. Su hijo Devan aún no tenía doce años y ya iba mucho más adelantado que su padre, y para la princesa Shireen y Edric Tormenta el hecho de leer era tan natural como respirar. Cuando de libros se trataba, Davos era más niño que cualquiera de ellos, pero perseveró. Ahora era la Mano del Rey, y la Mano del Rey tenía que saber leer.

La estrecha escalera de caracol de la Torre del Dragón Marino había sido una dura prueba para el maestro Cressen después de que se rompiera la cadera. Davos todavía echaba de menos al anciano. Pensaba que a Stannis le pasaba lo mismo. Pylos era listo, diligente y bienintencionado, pero también muy joven, y el rey no confiaba en él como había confiado en Cressen. El anciano había estado tanto tiempo con Stannis...

«Hasta que se enfrentó a Melisandre, y por ello murió.»

En la cima de las escaleras, Davos oyó el tintineo de unas campanillas que sólo podían pertenecer a Caramanchada. El bufón de la princesa estaba esperándola ante la puerta del maestro como un perro fiel. Gordo, fofo, de hombros caídos y con el rostro amplio cubierto por un tatuaje de escaques rojos y verdes, Caramanchada lucía un yelmo que en realidad eran unas astas de ciervo atadas a un cubo de hojalata. De las puntas colgaban una docena de cascabeles

que tintineaban cuando se movía... es decir, constantemente, ya que el bufón no sabía estarse quieto. El tintineo lo acompañaba siempre, no era de extrañar que Pylos le hubiera prohibido estar presente durante las clases de Shireen.

—Bajo el mar los peces viejos se comen a los peces jóvenes —farfulló el bufón al ver a Davos. Incluyó la cabeza y las campanillas entrechocaron y tintinearón de nuevo—. Lo sé, lo sé, je, je, je.

—Aquí arriba el pez joven enseña al pez viejo —dijo Davos, que no se sentía nunca tan anciano como cuando se sentaba para intentar leer.

La cosa habría sido muy diferente si el viejo maestre Cressen le hubiera dado las lecciones, pero Pylos era tan joven que podría ser su hijo. Cuando entró, el maestre estaba sentado junto a la mesa larga de madera cubierta de libros y pergaminos, frente a los tres niños. La princesa Shireen estaba entre los dos muchachitos. Ver a un descendiente suyo en compañía de una princesa y el bastardo de un rey proporcionaba a Davos una gran alegría.

«Devan será algún día un señor, no un simple caballero. El señor de La Selva. —A Davos aquello lo hacía más feliz que el hecho de ostentar él mismo el título—. Y sabe leer. Leer y escribir, como si hubiera nacido para ello. —Pylos no hacía más que alabarle por su diligencia, y el maestro de armas decía que Devan parecía muy prometedor también con la espada y con la lanza—. Además es un chico piadoso.»

—Mis hermanos han subido al Salón de Luz —había dicho Devan cuando su padre le contó cómo habían muerto sus cuatro hermanos mayores—. Rezaré por ellos junto a las hogueras nocturnas y también por ti, padre, para que camines bajo la Luz del Señor hasta el fin de tus días.

«Se parece mucho a Dale cuando tenía su edad», pensó Davos. Su primogénito no había tenido nunca ropa tan elegante como el atuendo de escudero de Devan, claro, pero compartían el mismo rostro cuadrado, los mismos ojos castaños de mirada franca, el mismo

cabello castaño fino y alborotado... Las mejillas y la barbilla de Devan estaban salpicadas de vello rubio, una pelusa que no habría sido digna ni de un melocotón, pero el muchacho estaba orgulllosísimo de su barba. «Igual que Dale de la suya hace años.» De los tres niños sentados a la mesa, Devan era el mayor, pero Edric Tormenta era medio palmo más alto y tenía el pecho más amplio y los hombros más anchos. En eso era igual que su padre, además de que ninguna mañana se perdía los ejercicios con la espada y el escudo. Los que habían conocido a Robert y a Renly de niños decían que el bastardo se parecía a ellos mucho más de lo que nunca se había parecido Stannis: en el pelo negro como el carbón, los ojos azul oscuro, la boca, la mandíbula, los pómulos... Sólo sus orejas daban testimonio de que su madre había sido una Florent.

—Buenos días, padre —lo saludó el muchacho.

—Buenos días, mi señor —saludó también Edric. El muchacho era impetuoso y orgulloso, pero los maestros, los castellanos y los maestros de armas que lo habían criado le habían inculcado modales corteses—. ¿Venís de ver a mi tío? ¿Cómo está Su Alteza?

—Bien —mintió Davos. A decir verdad el rey estaba demacrado y macilento, pero no consideró necesario cargar al niño con sus temores—. Espero no haber interrumpido la lección.

—Acabamos de terminar, mi señor —dijo el maestro Pylos.

—Hemos leído cosas sobre el rey Daeron I. —La princesa Shireen era una niña triste, dulce y gentil, pero en absoluto bonita. Había heredado la mandíbula cuadrada de Stannis y las orejas Florent de Selyse, y los dioses, en su cruel sabiduría, habían considerado oportuno empeorar su fealdad aquejándola de psoriagris cuando aún era un bebé. La enfermedad le había dejado una mejilla y la mitad del cuello de color gris y con la piel dura y agrietada, aunque no le había arrebatado la vida ni la vista—. Fue a la guerra y conquistó Dorne. Lo llamaban el Joven Dragón.

—Adoraba a falsos dioses —apuntó Devan—, pero por lo demás fue un gran rey y muy valiente en las batallas.

—Es verdad —asintió Edric Tormenta—, pero mi padre era más valiente aún. El Joven Dragón no ganó nunca tres batallas el mismo día.

—¿El tío Robert ganó tres batallas en un día? —La princesa lo miraba con los ojos muy abiertos.

—Fue cuando vino para convocar a sus señores vasallos —dijo el bastardo con un gesto de asentimiento—. Los señores Grandison, Cafferren y Fell planeaban unir sus fuerzas en Refugio Estival y atacar Bastión de Tormentas, pero mi padre se enteró gracias a un informador y enseguida se puso en marcha con sus caballeros y escuderos. A medida que los conspiradores iban llegando a Refugio Estival uno a uno, los fue derrotando por turnos antes de que pudieran reunirse con los otros. Mató a Lord Fell en combate singular y capturó a su hijo Hacha de Plata.

—¿Fue así de verdad? —preguntó Devan a Pylos.

—Ya te he dicho que sí —respondió Edric Tormenta antes de que el maestre pudiera decir nada—. Los derrotó a los tres y luchó con tanto valor que luego Lord Grandison y Lord Cafferren se pasaron a su bando, igual que Hacha de Plata. A mi padre no lo pudo vencer nadie jamás.

—No está bien fanfarronear, Edric —le dijo el maestre Pylos—. El rey Robert sufrió derrotas igual que cualquier otro hombre. Lord Tyrell lo venció en Vado Ceniza, y más de una vez lo descabalaron en los torneos.

—Pero ganó más veces de las que perdió. Además, mató al príncipe Rhaegar en el Tridente.

—Eso es verdad —asintió el maestre—. Bueno, ahora tengo que atender a Lord Davos, que está teniendo mucha paciencia. Mañana seguiremos leyendo *La conquista de Dorne*, del rey Daeron.

La princesa Shireen y los muchachos se despidieron con cortesía. En cuanto salieron, el maestre Pylos se acercó a Davos.

—Tal vez vos también deberíais probar con *La conquista de Dorne*, mi señor. —Empujó sobre la mesa el libro encuadernado en

cuero—. El rey Daeron escribía con elegante sencillez, y la historia está llena de sangre, batallas y hazañas valerosas. Vuestro hijo está fascinado.

—Mi hijo aún no tiene doce años. Yo soy la Mano del Rey. Dadme otra carta, por favor.

—Como queráis, mi señor. —El maestre Pylos rebuscó en la mesa y desenrolló varios trozos de pergamino para luego descartarlos—. No hay cartas nuevas. A ver si aparece alguna vieja...

A Davos le gustaban las buenas historias tanto como a cualquiera, pero tenía la sensación de que Stannis no lo había nombrado Mano para que se divirtiera. Su principal obligación era ayudar al rey a gobernar, y para eso tenía que comprender las palabras que llevaban los cuervos. La mejor manera de aprender una cosa era hacerla, tanto si se trataba de velas como de pergaminos. Pylos le pasó una carta.

—Ésta nos puede servir.

Davos estiró el cuadrado de pergamino arrugado y escudriñó la letra menuda. Leer era un gran esfuerzo para los ojos, eso era lo primero que había aprendido. A veces se preguntaba si en la Ciudadela le daban un premio al maestre que escribiera con la caligrafía más pequeña. Pylos se rió cuando se lo dijo, pero...

—A los... cinco reyes —leyó Davos titubeando un instante con el «cinco», que no veía escrito muy a menudo. El rey... Ma... El rey... ¿masilla?

—Más allá —le corrigió el maestre.

—El rey más allá del muro avanza... —Davos hizo una mueca—. Avanza hacia el sur. Va al frente de un... un... grano...

—Gran.

—Un gran ejército de sal... sal... salvajes. Lord Mmmor... Mormont envió un... cuervo desde el bo... bo... bo...

—Bosque. El Bosque Encantado —dijo Pylos señalando las palabras con el dedo.

—El Bosque Encantado. Lo han... ¿atacado?

—Sí.

Siguió leyendo, satisfecho.

—Des... después llegaron otros pájaros sin mensajes. Te... tememos que... Mormont haya muerto con todos sus... todos sus... hombros... no, hombres. Tememos que Mormont haya muerto con todos sus hombres. —De repente Davos comprendió lo que estaba leyendo. Dio la vuelta a la carta y vio que la cera con la que la habían sellado era negra—. Esto es de la Guardia de la Noche. ¿La ha visto el rey Stannis, maestre?

—Se la llevé a Lord Alester en cuanto llegó. Por aquel entonces él era la Mano. Creo que habló del tema con la reina. Cuando le pregunté si quería enviar alguna respuesta, me dijo que no fuera idiota.

»—Su Alteza no tiene hombres para sus propias batallas, no le van a sobrar para desperdiciarlos con los salvajes —me respondió.

Era verdad. Además, la mención a los cinco reyes habría puesto furioso a Stannis.

—Sólo un hombre que se muere de hambre suplica pan a un mendigo —murmuró.

—¿Cómo decís, mi señor?

—Es una frase de mi esposa.

Davos tamborileó sobre la mesa con los dedos cortados. La primera vez que había visto el Muro no tenía ni la edad de Devan y viajaba en la *Gata de piedra* bajo las órdenes de Roro Uhoris, un tyroshi conocido en todo el mar Angosto como el Bastardo Ciego, aunque no era ni una cosa ni la otra. Roro había navegado más allá de Skagos hasta el mar de los Escalofríos, había visitado un centenar de calas que hasta entonces no habían visto una nave mercante. Llevaba acero; espadas, hachas, yelmos y buenas cotas de mallas que luego intercambiaba por pieles, marfil, ámbar y obsidiana. Cuando la *Gata de piedra* volvió hacia el sur llevaba las bodegas abarrotadas, pero en la bahía de las Focas tres galeras negras les cortaron el paso y los obligaron a poner rumbo a Guardiaoriental. Perdieron el cargamento y

el Bastardo perdió la cabeza por el crimen de vender armas a los salvajes.

En sus tiempos como contrabandista, Davos había comerciado con Guardiaorient. Los hermanos negros eran enemigos difíciles, pero buenos clientes para un barco que llevara la carga adecuada. Pero, aunque aceptaba sus monedas, no había olvidado cómo rodó la cabeza del Bastardo Ciego por la cubierta de la *Gata de piedra*.

—Cuando era niño conocí a algunos salvajes —dijo al maestre Pylos—. Eran buenos ladrones, pero nefastos regateando. Uno se escapó con nuestra chica de los camarotes. Parecían hombres como todos los demás, unos buenos y otros malos.

—Los hombres son hombres —asintió el maestre Pylos—. ¿Seguimos leyendo, mi señor Mano?

«Sí, soy la Mano del Rey.» Stannis podía hacerse llamar rey de Poniente, pero en realidad era el rey de la Mesa Pintada. Controlaba Rocadragón y Bastión de Tormentas, y tenía una alianza un tanto inestable con Salladhor Saan, pero nada más. ¿Cómo era posible que la Guardia le pidiera ayuda? «Tal vez no sepan que cuenta con muy pocos hombres ni que su causa está perdida.»

—¿Estáis seguro de que Stannis no llegó a ver esta carta? ¿Y tampoco Melisandre?

—No. ¿Creéis que se la debo llevar, aunque haya pasado mucho tiempo?

—No —replicó Davos al instante—. Cumplisteis con vuestro deber al llevársela a Lord Alester.

«Si Melisandre supiera lo que dice esta carta...» ¿Cómo había dicho la mujer roja? «Las fuerzas de aquel cuyo nombre no debe pronunciarse están tomando posiciones, Davos Seaworth. Pronto llegará el frío y la noche que no acaba jamás.» Y Stannis había tenido una visión en las llamas, un círculo de antorchas en la nieve y alrededor criaturas terroríficas.

—¿Os encontráis bien, mi señor? —preguntó Pylos.

«Tengo miedo, maestro», podría haberle dicho. Davos estaba recordando una historia que le había contado Salladhor Saan, acerca de cómo Azor Ahai había templado la *Dueña de Luz* clavándola en el corazón de su amada esposa. «Mató a su esposa para combatir la oscuridad. Si Stannis es Azor Ahai renacido, ¿significa eso que Edric Tormenta debe ocupar el lugar de Nissa Nissa?»

—Estaba distraído, maestro. Disculpadme. —«¿Qué tendría de malo que un rey salvaje conquistara el norte?» El norte no estaba en poder de Stannis. No se podía pedir a Su Alteza que defendiera a unas personas que no lo reconocían como rey—. Dadme otra carta —pidió bruscamente—. Ésta es demasiado...

—¿Difícil? —sugirió Pylos.

«Pronto llegará el frío —susurró Melisandre—. Y la noche que no acaba jamás.»

—Problemática —dijo Davos—. Demasiado problemática. Otra carta, por favor.

JON

Los despertó la noticia de la humareda. Villa Topo estaba ardiendo.

En la cima de la Torre del Rey, Jon Nieve se apoyó en la muleta acolchada que le había proporcionado el maestre Aemon y vio cómo ascendía el penacho gris. Cuando Jon se les escapó, Styr había perdido toda esperanza de tomar el Castillo Negro por sorpresa, aun así no hacía falta que anunciara su llegada de manera tan abierta.

«Puede que nos matéis —reflexionó—, pero no moriremos en la cama. Al menos eso lo he logrado.»

La pierna todavía le hacía ver las estrellas cuando apoyaba su peso en ella. Aquella mañana había necesitado la ayuda de Clydas para ponerse la ropa negra recién lavada y anudarse las botas, y cuando terminó habría dado cualquier cosa por volver a ahogarse en la leche de la amapola. En lugar de eso se conformó con media copa de vino del sueño, con morder un trozo de corteza de sauce y con la muleta. El faro estaba ardiendo en el Saliente de la Almenara y la Guardia de la Noche necesitaba de todos sus hombres.

—Puedo pelear —insistió cuando intentaron detenerlo.

—Ya tienes la pierna curada, ¿no? —se mofó Noye—. Supongo que entonces no te importará si te doy una patadita.

—Pues preferiría que no. La tengo rígida, pero con la muleta me puedo mover y puedo luchar si hago falta.

—Necesito hasta al último hombre que sepa qué extremo de la lanza sirve para ensartar salvajes.

—El extremo puntiagudo. —Jon recordó haberle dicho algo parecido a su hermana pequeña hacía tiempo.

—Puede que sirvas de algo —dijo Noye frotándose las cerdas de la barba—. Te pondremos en una torre con un arco, pero si te caes y te matas luego no me vengas llorando.

Contempló el serpenteante trazado del camino real hacia el sur, a través de campos pedregosos y colinas azotadas por el viento. El Magnar llegaría por aquel camino antes de que terminara el día, sus thenitas marcharían tras él con hachas y lanzas en las manos, con sus escudos de bronce y cuero a la espalda.

«Grigg el Cabra, Quort, Forúnculo y todos los demás. Y también Ygritte.» Los salvajes no habían llegado a ser sus amigos, no había permitido que llegaran a ser sus amigos, pero en cambio ella...

Sintió un latido de dolor allí donde su flecha se le había clavado en la carne del muslo. Recordó también los ojos del anciano y la sangre negra que le manó de la garganta mientras la tormenta restallaba en el cielo. Pero lo que mejor recordaba era la gruta, la muchacha desnuda a la luz de la antorcha, el sabor de su boca cuando la abrió para besarlo.

«No te acerques, Ygritte. Ve hacia el sur a saquear o escóndete en uno de esos torreones que tanto te han gustado. Aquí no encontrarás nada, sólo la muerte.»

Al otro lado del patio uno de los arqueros situados en el techo de los viejos Barracones de Pedernal se había desanudado los calzones y estaba meando desde una almena.

«Mully.» Era fácil identificarlo por su grasiento pelo anaranjado. En otros tejados y también en las cimas de las torres se veían más hombres con capas negras, aunque nueve de cada diez estaban hechos de paja. Eran los «centinelas espantapájaros», tal como los llamaba Donal Noye. «Pero los pájaros somos nosotros —meditó Jon—, y estamos más que espantados.»

Les pusieran el nombre que les pusieran, los soldados de paja habían sido idea del maestro Aemon. Tenían en los almacenes más calzones, túnicas y jubones que hombres para llenarlos, así que, ¿por qué no rellenar unos cuantos de paja, ponerles capas sobre los hombros y situarlos para montar guardia? Noye los había colocado en todas las torres y en la mitad de las ventanas. Algunos incluso tenían lanzas en las manos o ballestas preparadas bajo los brazos. El objetivo

era que los thenitas los vieran desde lejos y decidieran que el Castillo Negro estaba demasiado bien defendido para atacarlo.

Jon compartía el tejado de la Torre del Rey con seis espantapájaros y dos hermanos que respiraban de verdad. Dick Follard el Sordo estaba sentado en una almena y se dedicaba a limpiar y engrasar metódicamente la ballesta para asegurarse de que el mecanismo funcionaba sin problemas, mientras el muchacho de Antigua vagaba inquieto por los parapetos y recolocaba la ropa de los espantapájaros.

«Quizá piensa que pelearán mejor si están bien abrigados. O quizá es que esta espera le está destrozando los nervios igual que a mí.»

El muchacho decía tener dieciocho años, con lo que era mayor que Jon, pero estaba más verde que la hierba del verano. Lo llamaban Seda pese a vestir la lana, la cota de mallas y el cuero endurecido de la Guardia de la Noche; era el nombre que le habían puesto en el burdel donde había nacido y crecido. Era hermoso como una muchachita, con ojos oscuros, piel suave y bucles negros. Pero medio año en el Castillo Negro le había endurecido las manos, y Noye decía que era aceptablemente diestro con la ballesta. En cambio, de su valor para enfrentarse a lo que se avecinaba...

Jon se apoyó en la muleta para cojear por la cima de la torre. La Torre del Rey no era la más alta del castillo, ese honor le correspondía a la esbelta y ruinosa Lanza, aunque según Othell Yarwyck podía venirse abajo el día menos pensado. Tampoco era la más fuerte, la Torre de los Guardias, junto al camino real, sería un hueso más duro de roer. Pero era lo suficientemente alta y fuerte, y estaba bien situada junto al Muro; desde allí se dominaba la puerta y la base de la escalera de madera.

La primera vez que había visto el Castillo Negro Jon se había preguntado cómo habría alguien tan idiota como para construir un castillo sin murallas. ¿Cómo se podría defender?

—No se puede —le había dicho su tío—. De eso se trata. La Guardia de la Noche ha jurado no tomar parte en las disputas del

reino. Pero, a lo largo de los siglos, ciertos comandantes, más orgullosos que sensatos, dejaron de lado sus votos y con su ambición estuvieron a punto de acabar con nosotros. El Lord Comandante Runcel Hightower intentó que su hijo bastardo heredara el mando de la Guardia. El Lord Comandante Rodrik Flint quiso convertirse en el Rey-más-allá-del-Muro. Tristan Mudd, Marq Rankenfell el Loco, Robin Hill... ¿Sabías que hace seiscientos años los comandantes de Puerta de la Nieve y el Fuerte de la Noche se declararon la guerra el uno al otro? ¿Y que cuando el Lord Comandante trató de detenerlos, unieron sus fuerzas para asesinarlo? El Stark de Invernalía tuvo que intervenir... y les cortó la cabeza a los dos. Cosa que consiguió sin dificultades porque no pudieron defender sus fortalezas. La Guardia de la Noche ha tenido novecientos noventa y seis Lords Comandantes antes de Jeor Mormont, la mayoría fueron hombres valientes, hombres de honor... pero también hemos tenido nuestra ración de cobardes, de estúpidos, de tiranos y de locos. Sobrevivimos porque los señores y los reyes de los Siete Reinos saben que, sea quien sea nuestro Comandante, no somos una amenaza para ellos. Nuestros únicos enemigos están al norte, y al norte tenemos el Muro.

«Pero ahora esos enemigos han saltado el Muro y vienen desde el sur —reflexionó Jon—, y los señores y los reyes de los Siete Reinos se han olvidado de nosotros. Estamos atrapados entre la espada y la pared.» Sin murallas el Castillo Negro era indefendible; Donal Noye lo sabía tan bien como los demás.

—El castillo no les servirá de nada —dijo el armero a su reducida guarnición—. Las cocinas, la sala común, los establos, las torres... Que se lo queden todo. Vaciaremos la armería y trasladaremos las provisiones de las despensas al Muro, y organizaremos la defensa en torno a la puerta.

De manera que el Castillo Negro tenía por fin una especie de muralla, una barricada en forma de media luna de tres metros de altura hecha de todo lo que encontraron en los almacenes: barriles de clavos y toneles de cordero en salazón, cajones, fardos de paño negro, troncos apilados, maderas, estacas endurecidas y sacos y más sacos de

cereales. El rudimentario baluarte circundaba las dos cosas que más defensa necesitaban: la puerta al norte y el pie de la gran escalera de madera en zigzag que ascendía por la cara del Muro como un relámpago borracho gracias al apoyo de vigas grandes como troncos de árboles clavadas muy profundamente en el hielo.

Jon vio que los pocos topos que faltaban seguían ascendiendo, apremiados por sus hermanos. Grenn llevaba en brazos a un niño pequeño mientras que Pyp, dos tramos más abajo, cargaba con un anciano al hombro. Los aldeanos más viejos seguían abajo, esperando que volviera a bajar la jaula para recogerlos. Vio a una madre que subía con dos niños, uno de cada mano, mientras otro un poco más mayor la adelantaba por las escaleras. A sesenta metros por encima de ellos Sue Cielo Azul y Lady Meliana, que, según todos sus amigos, en realidad no era ninguna dama y lo de «Lady» le sobraba, estaban en un rellano mirando hacia el sur. Desde donde se encontraban sin duda veían el humo mejor que él. Jon se preguntó qué habría sido de los aldeanos que habían optado por quedarse. Siempre había alguno, demasiado testarudo, demasiado idiota o demasiado valiente para huir, siempre alguien elegía quedarse para luchar, para esconderse o para doblar la rodilla. Tal vez los thenitas les perdonarían la vida.

«Lo mejor sería tomar la iniciativa del ataque —pensó—. Con cincuenta exploradores y buenos caballos les cortaríamos el paso.» Pero no disponían de cincuenta exploradores, ni siquiera de veinticinco caballos. La guarnición no había regresado, no había manera de saber dónde estaban, ni siquiera si los jinetes que había enviado Noye los habían encontrado.

«La guarnición somos nosotros —se dijo Jon—. Bien poca cosa.» Los hermanos que no se había llevado Bowen Marsh eran los ancianos, los tullidos y los novatos, tal como le había advertido Donal Noye. Vio a algunos que subían jadeantes con toneles por las escaleras, a otros en la barricada; el viejo y corpulento Tonelete, tan lento como siempre; Bota de Sobra, que caminaba a saltitos con una pata de madera; Simple, que estaba medio loco y se consideraba una reencarnación del bufón Florian; Dilly el dorniense; Alyn el Rojo de

Palisandro; Henly el Joven, con más de cincuenta años; Henly el Viejo, bien pasados los setenta; Hal el Peludo; Calvasucia de Poza de la Doncella... Un par de ellos vieron que Jon los miraba desde la cima de la Torre del Rey y lo saludaron con la mano. Otros se dieron la vuelta. «Siguen pensando que soy un cambiacapás.» Era un trago amargo, pero Jon los comprendía. Al fin y al cabo era un bastardo. Todo el mundo sabía que los bastardos eran por naturaleza licenciosos y traicioneros, porque habían nacido de la lujuria y el engaño. Y en el Castillo Negro se había ganado tantos amigos como enemigos... Por ejemplo, Rast. En cierta ocasión, Jon lo había amenazado con ordenar a *Fantasma* que le arrancara el cuello de un mordisco si no dejaba de meterse con Samwell Tarly, y Rast no era de los que olvidaban esas cosas. En aquel momento estaba amontonando hojas secas bajo la escalera, pero de cuando en cuando se detenía un instante para lanzarle una mirada de odio.

—¡No! —rugió Donal Noye a tres hombres de Villa Topo que estaban mucho más abajo—. La brea va al elevador, el aceite por las escaleras, los dardos para las ballestas a los rellanos cuarto, quinto y sexto, y las lanzas al primero y al segundo. El sebo dejadlo bajo la escalera, sí, ahí, detrás de los peldaños. Los toneles de carne son para la barricada. ¡Venga! ¿Es que sólo sabéis tirar de un arado? ¡Venga!

«Tiene voz de gran señor», pensó Jon. Su padre siempre decía que, en una batalla, los pulmones del capitán eran tan importantes como el brazo con el que manejaba la espada.

—No importa lo valeroso o astuto que sea un hombre si no consigue hacer oír sus órdenes —explicaba Lord Eddard a sus hijos, de manera que Robb y él solían subirse a las torres de Invernalía para gritarse desde extremos opuestos del patio.

El vozarrón de Donal Noye los habría acallado a los dos. Los topos le tenían un miedo de muerte, y con buenos motivos, porque siempre los estaba amenazando con arrancarles las cabezas.

Tres cuartas partes de los aldeanos habían seguido al pie de la letra el consejo de Jon y habían acudido al Castillo Negro en busca de refugio. Noye había decretado que todo hombre capaz de sujetar una

lanza o blandir un hacha contribuyera a defender la barricada, de lo contrario que se volvieran a su poblado a ver qué les decían los thenitas. Había vaciado la armería para poner en sus manos el mejor acero: hachas de doble filo, dagas bien afiladas, mandobles, martillos y mazas. Embutidos en jubones de cuero y cotas de mallas, con grebas en las piernas y gorjales para que no les quitaran la cabeza de encima de los hombros, algunos hasta parecían soldados.

«Si hay poca luz. Y si uno entrecierra los ojos.»

Noye también había encomendado trabajos a las mujeres y a los niños. Los que eran demasiado jóvenes para luchar acarrearían agua y se ocuparían de las hogueras, la partera de Villa Topo iba a ayudar a Clydas y al maestro Aemon con los heridos, y de repente Hobb Tresdedos tenía tantos chicos para girar los espetones, remover los guisados y picar cebollas que no sabía ni qué hacer con ellos. Dos de las prostitutas se habían ofrecido también para pelear y habían demostrado suficiente habilidad con la ballesta para que se les dejara un lugar en las escaleras, a doce metros de altura.

—Hace frío.

Seda se había metido las manos bajo los sobacos por debajo de la capa. Tenía las mejillas coloradas. Jon se forzó a sonreír.

—Frío hace en los Colmillos Helados. Esto es un día otoñal un poco fresco.

—Entonces no quiero ver los Colmillos Helados. Conocía a una chica de Antigua a la que le gustaba ponerle hielo al vino. Ése es el mejor lugar para el hielo, si quieres que te diga la verdad. El vino. — Seda miró hacia el sur y frunció el ceño—. ¿Crees que los centinelas espantapájaros los han asustado, mi señor?

—Es posible.

Cierto, era posible... pero, en opinión de Jon, lo más probable era que los salvajes hubieran hecho una pausa para violar y saquear Villa Topo. O tal vez Styr estuviera esperando a que cayera la noche para acercarse amparados por la oscuridad.

Llegó y pasó el mediodía sin rastro de los thenitas en el camino real. En cambio, Jon oyó pisadas en el interior de la torre, y Owen el Bestia asomó la cabeza por la trampilla, con el rostro congestionado por el esfuerzo de la subida. Llevaba bajo un brazo una cesta de panecillos, bajo el otro un queso grande y en una mano una bolsa de cebollas.

—Hobb ha dicho que os trajera algo de comer por si tenéis que quedaros aquí mucho tiempo.

«Sí, o para nuestra última cena.»

—Dale las gracias de nuestra parte, Owen.

Dick Follard estaba sordo como una tapia, pero la nariz le funcionaba perfectamente. Los panecillos estaban aún calientes cuando metió la mano en la cesta para sacar uno recién horneado. Encontró también un cuenco de mantequilla y la extendió sobre el pan con la punta de la daga.

—Tiene pasas —anunció satisfecho—. Y frutos secos.

Vocalizaba mal, pero una vez se acostumbraba uno, no costaba mucho entenderlo.

—Quédate con mi ración —dijo Seda—. No tengo hambre.

—Come —le dijo Jon—. No sabes cuándo volverás a tener otra oportunidad.

Él mismo cogió dos panecillos. Los frutos secos eran piñones, y además de pasas llevaban trocitos de manzana seca.

—¿Vendrán hoy los salvajes, Jon Nieve? —preguntó Owen.

—En ese caso te enterarás —dijo Jon—. Presta atención por si suenan los cuernos.

—Dos. Dos toques de cuerno significa que vienen los salvajes.

Owen era alto, con el pelo rubio y buen carácter, trabajador incansable y con una sorprendente habilidad a la hora de tallar madera, arreglar catapultas y cosas por el estilo, pero como contaba él siempre, a su madre se le había caído de cabeza cuando era un bebé y la mitad de los sesos se le habían salido por una oreja.

—¿Te acordarás de adónde tienes que ir? —le preguntó Jon.

—Sí, a las escaleras, me lo ha dicho Donal Noye. Tengo que subir al tercer rellano y disparar con la ballesta a los salvajes si intentan trepar por la barricada. El tercer rellano, uno, dos y tres. —Movi6 la cabeza arriba y abajo—. Si los salvajes nos atacan el rey vendrá a ayudarnos, ¿a que sí? El rey Robert es un gran guerrero. Seguro que viene. El maestre Aemon le ha enviado un pájaro.

Era inútil explicarle que Robert Baratheon había muerto. Se le olvidaría, como ya se le había olvidado antes.

—El maestre Aemon le ha enviado un pájaro —asintió Jon.

Con eso Owen se dio por satisfecho.

Era cierto que el maestre Aemon había enviado muchos pájaros... No a un rey, sino a cuatro. «Salvajes en la puerta —decía el mensaje—. El reino peligra. Enviad toda la ayuda posible al Castillo Negro.» Los cuervos habían volado a lugares tan distantes como Antigua o la Ciudadela y a medio centenar de castillos de poderosos señores. Los señores norteños eran su mayor esperanza, de modo que Aemon les había enviado dos pájaros. Las aves negras llevaron la súplica de ayuda a los Umber y a los Bolton, al Castillo Cerwyn y a la Ciudadela de Torrhen, a Bastión Kar y a Bosquespeso, a la Isla del Oso, a Castillo Viejo, a Atalaya de la Viuda, a Fuerte Túmulo y a los Riachuelos, a las fortalezas montañosas de los Liddle, los Burley, los Norrey, los Harclay y los Wull. «Salvajes en la puerta. El norte corre peligro. Acudid con todos vuestros hombres.»

Tal vez los cuervos tuvieran alas, pero los señores y los reyes, no. No llegarían aquel día; si es que se habían puesto en marcha.

A medida que la mañana dejaba paso a la tarde el humo de Villa Topo se fue disipando y el cielo volvió a estar despejado hacia el sur.

«No hay nubes», pensó Jon. Era una suerte. La lluvia o la nieve podían suponer el final para ellos.

Clydas y el maestre Aemon subieron en la jaula a la seguridad de la cima del Muro, junto con la mayor parte de las mujeres de Villa Topo. Los hombres de negro paseaban inquietos por la parte superior

de las torres y se gritaban a través de los patios. El septon Cellador puso a rezar a los hombres de la barricada implorando al Guerrero que les diera fuerzas. Dick Follard el Sordo se arrebujaó bajo la capa y se echó a dormir. Seda recorrió unas cien leguas caminando en círculos. El Muro lloraba y el sol se deslizaba por el cielo azul. Cerca del anochecer, Owen el Bestia volvió a visitarlos con una hogaza de pan moreno y un cubo del mejor cordero que jamás había preparado Hobb, guisado en una espesa salsa de cerveza y cebollas. Hasta Dick se despertó para probarlo. Se lo comieron sin dejar rastro, porque rebañaron el fondo del cubo con pedazos de pan. Cuando terminaron el sol se estaba poniendo en el oeste y las sombras del castillo eran cada vez más alargadas y oscuras.

—Enciende el fuego —le dijo Jon a Seda— y llena de aceite la olla.

Bajó en persona para atrancar la puerta, con la idea de que un poco de ejercicio le aliviaría la rigidez de la pierna. Fue un error, se dio cuenta enseguida, pero de todos modos se aferró a la muleta y lo hizo. La puerta de la Torre del Rey era de roble con tachones de hierro. Serviría para demorar a los thenitas si intentaban entrar, pero a largo plazo no se lo impediría. Jon bajó la tranca, fue al excusado pensando que tal vez sería su última oportunidad, y volvió a subir cojeando al tejado con una mueca de dolor en el rostro.

Hacia el oeste el cielo era del color de una magulladura, pero sobre ellos todavía era de un azul cobalto, aunque cada vez más purpúreo; las estrellas empezaban a aparecer. Jon se sentó entre dos almenas con la única compañía de un espantapájaros y observó cómo el Corcel galopaba por el cielo. ¿O era el Señor Astado? Se preguntó dónde estaría *Fantasma* en aquel momento. Se preguntó también por Ygritte y se dijo que si seguía así sólo conseguiría volverse loco.

Llegaron de noche, por supuesto.

«Como ladrones —pensó Jon—. Como asesinos.»

Cuando los cuernos sonaron, Seda se orinó en los calzones, pero Jon fingió que no se daba cuenta.

—Ve a sacudir a Dick por el hombro —dijo al muchacho de Antigua—. Si no, se pasará la batalla durmiendo.

—Tengo miedo —dijo Seda; estaba pálido como un fantasma.

—Ellos también. —Jon recostó la muleta en una almena y cogió el arco, dobló la suave madera de tejo dorniense para poner la cuerda—. No desperdicies un dardo a menos que tengas buen ángulo de tiro —le dijo a Seda cuando volvió de despertar a Dick—. Aquí arriba tenemos una buena provisión, pero buena no significa inagotable. Y agáchate detrás de una almena para volver a cargar, no te vayas a esconder tras un espantapájaros. Son de paja, las flechas los atravesarán.

No se molestó en decirle nada a Dick Follard. Dick era capaz de leer los labios si había suficiente luz y tenía algún interés en lo que uno dijera, pero aquello ya lo sabía.

Los tres ocuparon posiciones en tres lados de la torre redonda. Jon se colgó un carcaj del cinturón y sacó una flecha. El asta era negra y la emplumadura, gris. Al ponerla en la cuerda recordó algo que había dicho Theon Greyjoy cuando regresaban de una cacería.

—Que el jabalí se quede con sus colmillos y el oso con sus zarpas —declaró con aquella sonrisa suya—. No hay nada tan mortífero como una pluma de ganso gris.

Jon no había sido nunca tan buen cazador como Theon, pero tampoco manejaba mal el arco. Había sombras oscuras y escurridizas en torno a la armería con las espaldas contra las paredes de piedra, pero no las distinguía tan bien como para desperdiciar una flecha. Oyó gritos a lo lejos y vio cómo los arqueros de la Torre de los Guardias lanzaban sus flechas hacia el suelo. Estaban demasiado lejos para que fueran de la incumbencia de Jon. Pero, cuando vio cómo tres sombras se apartaban de los antiguos establos a cincuenta metros de distancia se puso en pie, alzó el arco y lo tensó. Iban corriendo, de manera que los siguió con la flecha, aguardó, aguardó, aguardó...

El asta siseó al liberarse de la cuerda. Un instante después se oyó un gruñido y de pronto eran sólo dos las sombras que corrían por el patio. Iban tan deprisa como podían, pero Jon ya había sacado una

segunda flecha del carcaj. En aquella ocasión se apresuró demasiado y falló. Cuando tuvo preparada otra, los salvajes habían desaparecido. Buscó con la vista otro objetivo y divisó cuatro que estaban rodeando el cascarón vacío que era la Torre del Lord Comandante. La luz de la luna arrancaba destellos de las lanzas y las hachas que llevaban, e iluminaba los macabros emblemas de sus escudos redondos de cuero: cráneos y huesos, serpientes, zarpas de oso, rostros demoníacos...

«Son del pueblo libre», supo al momento. Los thenitas llevaban escudos de cuero negro endurecido con bordes y tachones de bronce, pero los suyos eran lisos, sin adornos. Éstos, en cambio, eran los escudos de mimbre, más ligeros, de los invasores.

Jon se llevó la pluma de ganso hasta la oreja, apuntó y soltó la cuerda, sacó otra flecha, tensó y volvió a soltar. La primera perforó el escudo con una zarpa de oso, la segunda una garganta. El salvaje gritó al caer. Oyó a su izquierda el disparo ronco de la ballesta de Dick el Sordo y un momento más tarde el de la de Seda.

—¡Le he dado a uno! —exclamó el chico con voz ronca—. ¡Le he dado en el pecho!

—Dale a otro —dijo Jon.

Ya no tenía que buscar objetivos, sólo elegirlos. Mató a un arquero de los salvajes mientras ponía una flecha en el arco, luego disparó contra otro que estaba tratando de derribar la puerta de la Torre de Hardin con un hacha. La segunda vez falló, pero la flecha que se clavó vibrante en el roble hizo que el salvaje se lo pensara mejor. Sólo cuando echó a correr reconoció Jon a Forúnculo. Un segundo más tarde el viejo Mully le clavó una flecha en la pierna desde el tejado de los Barracones de Pedernal, y el salvaje se arrastró sangrando.

«Así dejará de quejarse de lo del culo», pensó Jon.

Una vez tuvo vacío el carcaj, fue a buscar otro y se cambió de almena para estar al lado de Dick Follard el Sordo. Jon disparaba tres flechas por cada dardo de Dick, ésa era la ventaja del arco. Según algunos las saetas disparadas con ballesta se clavaban más hondas,

pero costaba más volver a cargar. Le llegaban las voces de los salvajes que se hablaban a gritos; hacia el oeste resonó un cuerno de guerra. El mundo era un contraste entre las sombras y la luz de luna, el tiempo se convirtió en una rueda interminable de tensar y disparar. Una flecha salvaje atravesó la garganta del centinela de paja que tenía a un lado, pero Jon Nieve casi ni se dio cuenta.

«Ponedme a tiro al Magnar de Thenn —rezó a los dioses de su padre. Al menos el Magnar era un enemigo al que podía odiar—. Ponedme a tiro a Styr.»

Empezaba a tener calambres en los dedos y el pulgar le sangraba ya, pero Jon siguió tensando y disparando, tensando y disparando. El brillo de las llamas atrajo su atención, se volvió y vio cómo empezaba a arder la puerta de la sala común. En pocos instantes el fuego engulló toda la edificación de madera. Sabía que Hobb Tresdedos y sus ayudantes de Villa Topo estaban a salvo en la cima del Muro, pero aun así fue como si le dieran un puñetazo en el estómago.

—¡Jon! —gritó Dick el Sordo con su voz peculiar—. ¡La armería!

Los vio. Estaban en el tejado. Uno tenía una antorcha. Dick se subió a una almena para tener mejor ángulo de disparo, se llevó la ballesta al hombro y lanzó un dardo vibrante contra el de la antorcha. Falló.

El arquero que había abajo, no.

Follard no emitió sonido alguno. Simplemente cayó de cabeza por encima del parapeto. El patio estaba treinta metros más abajo. Jon oyó el sonido del impacto mientras miraba desde detrás de un soldado de paja para averiguar de dónde había salido la flecha. A menos de tres metros del cuerpo de Dick el Sordo divisó un escudo de cuero, una capa desastrada y una mata de pelo rojo.

«Besada por el fuego —pensó—. Afortunada.» Alzó el arco, pero no fue capaz de soltar la cuerda, y ella desapareció tan repentinamente como había aparecido. Se dio la vuelta mascullando una maldición y lanzó la flecha a los hombres del tejado de la armería, pero también falló.

Para entonces los establos del este del castillo también estaban ardiendo, de los pesebres surgían columnas de humo negro y briznas de heno ardiente. Cuando el tejado se derrumbó, las llamas se elevaron con un rugido tan atronador que casi ahogó el sonido de los cuernos de guerra de los thenitas. Cincuenta de ellos se acercaban por el camino real en una prieta columna con los escudos sobre las cabezas. Otros habían invadido el huerto, cruzaban el patio de baldosas y rodeaban el viejo pozo seco. Tres se habían abierto camino a hachazos hasta las estancias del maestre Aemon, en el edificio de madera bajo las pajareras, y en la cima de la Torre Silenciosa tenía lugar una lucha desesperada, espadas de acero contra hachas de bronce. Nada de aquello importaba ya.

«El baile sigue», pensó.

Jon cojeó hasta donde estaba Seda y lo agarró por el hombro.

—¡Ven conmigo! —gritó.

Se dirigieron juntos hasta el parapeto norte, donde la Torre del Rey dominaba la puerta y la barricada que Donal Noye había hecho levantar con barriles y sacos de maíz. Los thenitas habían llegado antes. Llevaban cascos y se habían cosido a las largas túnicas de cuero finos discos de bronce. Muchos esgrimían hachas también de bronce, aunque las de algunos eran de piedra. Otros llevaban lanzas cortas con puntas en forma de hoja que brillaban rojas a la luz de las llamas de los establos. Gritaban en la antigua lengua mientras atacaban la barricada a golpes de lanza, blandiendo las hachas de bronce, derramando maíz y sangre con el mismo entusiasmo bajo la lluvia de dardos y flechas que les enviaban los arqueros que Donal Noye había apostado en la escalera.

—¿Qué hacemos? —gritó Seda.

—Matarlos —respondió Jon también a gritos con una flecha negra en la mano.

Un arquero no podía pedir blancos más fáciles. Los thenitas estaban de espaldas a la Torre del Rey atacando la media luna, trepando por los sacos y barriles para intentar llegar a los hombres de

negro. Por casualidad tanto Jon como Seda eligieron el mismo objetivo. Acababa de alcanzar la cima de la barricada cuando una flecha le brotó del cuello y un dardo de entre los omoplatos. Un instante después una espada se le enterró en el vientre y cayó de espaldas sobre el hombre que lo seguía. Jon echó mano del carcaj y de nuevo se lo encontró vacío. Seda estaba cargando otra vez la ballesta. Lo dejó ocupado en aquella tarea y fue a buscar más flechas, pero no había dado ni tres pasos cuando la trampa se abrió de golpe enfrente de él.

«Mierda, ni me he dado cuenta de que derribaban la puerta.»

No había tiempo para pensar, para trazar un plan ni para pedir ayuda. Jon soltó el arco, se echó la mano por encima del hombro, desenvainó a *Garra* y enterró la hoja en medio de la primera cabeza que asomó de la torre. El bronce no era rival para el acero valyrio. El golpe destrozó el yelmo del thenita y la hoja se le clavó en el cráneo; se precipitó por donde había llegado. Por los gritos Jon supo al instante que se acercaban varios más. Se dio la vuelta y llamó a Seda. El siguiente que subió recibió como bienvenida un dardo en la mejilla. También él desapareció.

—El aceite —ordenó Jon.

Seda asintió. Cogieron los gruesos paños acolchados que habían dejado junto al fuego, levantaron la pesada olla de aceite hirviendo y derramaron su contenido por el agujero de la trampa sobre los thenitas. Los chillidos fueron lo más espantoso que había oído jamás; Seda parecía a punto de vomitar. Jon cerró de una patada la trampa, puso encima la pesada olla de hierro y sacudió por los hombros al muchacho del bonito rostro.

—¡Ya vomitarás luego! —le gritó—. ¡Vamos!

Sólo habían estado unos momentos apartados de los parapetos, pero abajo todo había cambiado. Una docena de hermanos negros y unos cuantos hombres de Villa Topo resistían aún sobre la barricada de barriles y cajones, pero los salvajes habían invadido la media luna y los obligaban a retroceder. Jon vio cómo uno clavaba la lanza en el

vientre de Rast con tanta fuerza que lo levantó por los aires. Henly el Joven estaba muerto y Henly el Viejo agonizaba rodeado de enemigos. Divisó a Simple, que giraba y lanzaba tajos mientras se reía como un demente con la capa ondeando a la espalda mientras saltaba de un barril a otro. Un hacha de bronce le acertó debajo de la rodilla y la risa se transformó en un aullido borboteante.

—Van a entrar —dijo Seda.

—No —replicó Jon—. Ya han entrado.

Todo sucedió muy deprisa. Un topo salió huyendo, luego otro, y de repente todos los aldeanos estaban tirando las armas y abandonando las barricadas. Los hermanos no eran suficientes para resistir ellos solos. Jon vio cómo trataban de reorganizar la fila para replegarse en orden, pero los thenitas los arrasaron con lanzas y hachas, y también ellos tuvieron que huir. Dilly el dorniense resbaló y cayó de bruces, y un salvaje le enterró la lanza entre los omoplatos. Tonelete, lento y jadeante, estaba a punto de alcanzar el pie de la escalera cuando un thenita lo agarró por la capa y tiró de él... pero, antes de que pudiera darle un hachazo, un dardo de ballesta lo derribó.

—¡Le he dado! —se jactó Seda mientras Tonelete empezaba a arrastrarse a cuatro patas por las escaleras.

«Hemos perdido la puerta.» Donal Noye la había cerrado con cadenas, pero estaba desprotegida, los barrotes de hierro brillaban rojos con el reflejo de las llamas ante el frío túnel negro que protegían. No había quedado nadie atrás para defenderla. El único lugar seguro estaba en la cima del Muro, a doscientos metros de altura por la zigzagueante escalera de madera.

—¿A qué dioses rezas? —preguntó Jon a Seda.

—A los Siete —respondió el muchacho de Antigua.

—Pues reza. Reza a tus nuevos dioses, que yo rezaré a los antiguos.

A aquello quedaban reducidos.

Con el caos de la trampilla Jon se había olvidado de volver a llenar el carcaj. Cojeó por el tejado en busca de flechas y también

recogió el arco. La olla no se había movido de su sitio, de manera que por el momento allí estaban a salvo.

«El baile ha seguido y nosotros estamos mirando desde la galería», pensó mientras volvía a ocupar su lugar. Seda seguía disparando dardos contra los salvajes de las escaleras y luego se agachaba detrás de la almena para volver a cargar la ballesta. «No sólo es una cara bonita, también es rápido.»

La verdadera batalla tenía lugar en los peldaños. Noye había situado lanceros en los dos primeros rellanos, pero la espantada de los aldeanos había hecho que los dominara el pánico y habían huido hacia el tercero, mientras los thenitas mataban a todo el que se quedaba atrás. Los arqueros y los ballesteros de los rellanos superiores trataban de disparar sus proyectiles por encima de sus cabezas. Jon puso una flecha en el arco, lo tensó, soltó y se alegró al ver cómo uno de los salvajes caía rodando por las escaleras. El calor de las hogueras hacía que el muro llorase, y las llamas danzaban y centelleaban contra el hielo. Los peldaños se sacudían bajo las pisadas de los hombres que huían para salvarse.

Jon volvió a tensar y a soltar, pero sólo era uno y Seda otro, mientras que sesenta o setenta thenitas subían por la escalera matando a su paso, ebrios de victoria. En el cuarto rellano tres hermanos con capas negras aguardaban hombro con hombro, con las espadas empuñadas, y por unos momentos volvió a haber batalla. Pero eran sólo tres, y la oleada de los salvajes no tardó en barrerlos, y su sangre corrió escaleras abajo.

—Durante el combate un hombre nunca es tan vulnerable como cuando huye —había dicho Lord Eddard a Jon en cierta ocasión—. Un hombre que huye es para un soldado como un animal herido. Le provoca sed de sangre.

Los arqueros del quinto rellano huyeron antes de que los salvajes llegaran a su altura. Era una derrota sangrienta, total.

—Ve a por las antorchas —dijo Jon a Seda.

Tenían cuatro amontonadas junto al fuego, con las cabezas envueltas en trapos engrasados. Disponían también de una docena de flechas de fuego. El muchacho de Antigua puso una antorcha entre las llamas hasta que se encendió bien y se la llevó a Jon junto con las apagadas. Parecía asustado otra vez, y con motivo. Jon también estaba asustado.

Fue entonces cuando vio a Styr. El Magnar estaba trepando por la barricada, por los sacos de trigo destripados y los barriles destrozados, por los cadáveres de amigos y enemigos por igual. Su armadura de laminas de bronce tenía un brillo oscuro a la luz del fuego. Styr se había quitado el yelmo para contemplar su triunfo. El hijo de puta calvo y desorejado estaba sonriendo. Llevaba en la mano una larga lanza de arciano con punta de bronce muy ornada. Cuando vio la puerta la señaló con la lanza y gritó algo en la antigua lengua a la media docena de thenitas que iban con él.

«Demasiado tarde —pensó Jon—. Tendrías que haber ido al frente de tus hombres cuando atacaron la barricada, habrías podido salvar a algunos.»

Muy arriba sonó un cuerno de guerra con una llamada larga y grave. No era en la cima del Muro, sino en el noveno rellano, a unos sesenta metros de altura, donde se encontraba Donal Noye.

Jon puso una flecha de fuego en el arco y Seda se la encendió con la antorcha. Se subió a la almena, tensó, apuntó y soltó. La saeta dejó una estela de llamas en su trayectoria descendente y se clavó en su objetivo.

No en Styr. En la escalera. O, para ser más exactos, en los barriles, cajones y sacos que Donal Noye había hecho amontonar debajo de las escaleras, hasta la altura del primer rellano: los toneles de sebo y aceite para las lámparas, las sacas de hojarasca y trapos aceitados, la leña y las virutas de madera.

—Otra —pidió Jon—. Y otra. Y otra.

Los demás arqueros también estaban disparando desde las cimas de las torres, algunas flechas describían arcos elevados antes de ir a

caer ante el Muro. Cuando Jon se quedó sin flechas de fuego, Seda y él empezaron a encender las antorchas y a lanzarlas desde las almenas.

En las escaleras las llamas eran espectaculares. Los peldaños de madera vieja se habían bebido el aceite como si fueran esponjas, Donal Noye los había empapado por completo desde el noveno rellano hasta el séptimo. Jon deseó con todas sus fuerzas que la mayor parte de los suyos se hubieran puesto a salvo antes de que Noye lanzara las antorchas. Al menos los hermanos negros conocían el plan, pero los aldeanos, no.

El fuego y el viento hicieron el resto. A Jon sólo le quedó mirar. Atrapados entre las llamas, unas arriba y otras abajo, los salvajes no tenían adónde ir. Unos siguieron subiendo y murieron. Otros bajaron y murieron. Algunos se quedaron donde estaban. Ésos también murieron. Muchos saltaron de la escalera para no quemarse y murieron de la caída. Todavía quedaban veintitantos thenitas apelotonados entre los dos fuegos cuando el calor rajó el hielo y el tercio inferior de la escalera se derrumbó junto con varias toneladas del Muro. Fue la última vez que Jon Nieve vio a Styr, el Magnar de Thenn.

«El Muro se defiende», pensó.

Jon pidió a Seda que lo ayudara a bajar al patio. La pierna herida le dolía tanto que casi no podía caminar pese a la muleta.

—Tráete la antorcha —dijo al muchacho de Antigua—. Tengo que buscar a alguien.

Los que habían muerto en la escalera eran casi todos thenitas. Seguro que algunos del pueblo libre habían escapado. Gente de Mance, no del Magnar. Era posible que estuviera viva. De modo que descendieron entre los cadáveres de los que habían intentado subir por la trampilla y Jon vagó por la oscuridad, con la muleta bajo un brazo y el otro en torno a los hombros de un chico que, cuando vivía en Antigua, se había dedicado a la prostitución.

Los establos y la sala común habían ardido hasta los cimientos, sólo quedaban brasas humeantes, pero el fuego aún rugía en el Muro,

subía peldaño a peldaño, rellano a rellano. De cuando en cuando se oía un crujido espantoso y se desprendía otro pedazo. El aire estaba lleno de cenizas y cristales de hielo.

Encontró a Quort muerto y a Pulgares de Piedra moribundo. Encontró muertos y moribundos a unos cuantos thenitas a los que en realidad no había llegado a conocer. Encontró a Forúnculo debilitado por la pérdida de sangre, pero todavía vivo.

Y encontró a Ygritte tendida sobre la nieve bajo la Torre del Lord Comandante, con una flecha entre los pechos. Los cristales de hielo se le habían posado en la cara; a la luz de la luna parecía como si llevara una deslumbrante máscara de plata.

Jon vio que la flecha era negra, pero la emplumadura era de plumas blancas de pato. «No es mía —se dijo—. No es una de las mías.» Pero se sentía como si lo fuera.

Cuando se arrodilló en la nieve junto a ella la muchacha abrió los ojos.

—Jon Nieve —dijo en voz muy baja. Por su sonido la flecha le había perforado un pulmón—. ¿Esto es un castillo de verdad? ¿No una simple torre?

—Sí —contestó Jon cogiéndole la mano.

—Bien —susurró—. Quería ver un castillo de verdad antes de... antes de...

—Verás cien castillos —le prometió—. La batalla ha terminado. El maestro Aemon te va a curar. —Le acarició el pelo—. Fuiste besada por el fuego, ¿recuerdas? Tienes suerte. Hace falta mucho más que una flecha para matarte. Aemon te la sacará y te pondrá cataplasmas, y te dará leche de la amapola para quitarte el dolor.

—¿Te acuerdas de aquella cueva? —Ella sonrió—. Nos tendríamos que haber quedado allí. Te lo dije.

—Volveremos a la cueva —le aseguró—. No vas a morir, Ygritte. No vas a morir.

—Oh. —Ygritte le puso una mano en la mejilla—. No sabes nada, Jon Nieve —suspiró agonizante.

BRAN

—No es más que otro castillo desierto —dijo Meera Reed mientras contemplaba el paisaje desolado de cascotes, ruinas y hierbajos.

«No —pensó Bran—, es el Fuerte de la Noche y es el fin del mundo.» Cuando estaban en las montañas sólo pensaba en llegar al Muro y en dar con el cuervo de tres ojos, pero ahora que estaban allí tenía miedo. El sueño que había tenido... El sueño que había tenido *Verano*... «No, no puedo pensar en ese sueño.» Ni siquiera se lo había dicho a los Reed, aunque al menos Meera parecía presentir que algo iba mal. Si no hablaba nunca de aquello, a lo mejor se olvidaba de que lo había soñado, y entonces no habría sucedido, y Robb y *Viento Gris* todavía estarían...

—Hodor.

Hodor volvió a moverse y Bran con él. Estaba muy cansado, llevaban horas caminando. «Al menos él no tiene miedo.» A Bran aquel lugar lo asustaba, casi tanto como la sola idea de reconocerlo ante los Reed. «Soy un príncipe del norte, un Stark de Invernalía, casi un hombre, tengo que ser tan valiente como Robb.»

Jojen alzó la vista para mirarlo con aquellos ojos color verde oscuro.

—Aquí no hay nada que nos pueda hacer daño, Alteza.

Bran no estaba tan seguro. En algunas de las historias más aterradoras que les había contado la Vieja Tata aparecía el Fuerte de la Noche. Allí era donde había reinado el Rey de la Noche antes de que su nombre quedara borrado de la memoria de los hombres. Allí era donde el Cocinero Rata había servido al rey ándalo la empanada de príncipe y panceta, donde los noventa y siete centinelas montaban guardia, donde la valiente joven Danny Flint había sido violada y asesinada. Aquel castillo era donde el rey Sherit había invocado la maldición sobre los antiguos ándalos, donde los aprendices se habían

enfrentado a la criatura que aparecía en la oscuridad, donde el ciego Symeon Ojos de Estrella había visto pelear a los sabuesos infernales. Hacha Demente había recorrido aquellos patios y había subido a aquellas torres para masacrar a sus hermanos en la oscuridad.

Todo eso había sucedido hacía ya cientos o miles de años, claro, y algunas de las cosas en realidad no habían sucedido jamás. El maestre Luwin decía siempre que no había que tragarse enteras las historias de la Vieja Tata. Pero en cierta ocasión en que su tío fue a visitar a su padre Bran le había preguntado acerca del Fuerte de la Noche. Benjen Stark no le dijo que las historias fueran ciertas, pero tampoco que no lo fueran; se limitó a encogerse de hombros y a decirle: «Abandonamos el Fuerte de la Noche hace ya doscientos años», como si eso fuera una respuesta.

Bran se obligó a mirar a su alrededor. La mañana era fría, pero luminosa, el sol brillaba en un cielo azul inmaculado; lo que no le gustaban eran los ruidos. El viento emitía un silbido nervioso al vibrar entre las torres rotas, las piedras de los torreones gemían y se oía a las ratas corretear bajo el suelo de la sala principal. «Son los hijos del Cocinero Rata que huyen de su padre.» Los patios eran bosques en miniatura donde los árboles esqueléticos entrelazaban las ramas desnudas y las hojas muertas se arrastraban como cucarachas sobre la nieve. Donde habían estado los establos crecían más árboles, y un arciano blanco y retorcido se abría camino a través del agujero en el techo en forma de cúpula de la cocina. Ni siquiera *Verano* estaba tranquilo allí. Por un momento Bran se metió en su piel para ver cómo olía aquel lugar. Eso tampoco le gustó.

Y allí no había manera de pasar.

Bran se lo había dicho, se lo había repetido una y otra vez, pero Jojen Reed se había empeñado en comprobarlo. Decía que había tenido un sueño verde, y los sueños verdes no mentían.

«Tampoco abren puertas», pensó Bran.

La puerta que guardaba el Fuerte de la Noche había estado sellada desde el día en que los hermanos negros cargaron las mulas y los

caballos y se marcharon a Lago Hondo; el rastrillo de hierro estaba bajado, las cadenas que lo alzaban habían desaparecido, el túnel estaba lleno de cascotes y nieve congelada, con lo que resultaba tan impenetrable como el propio Muro.

—Tendríamos que haber seguido a Jon —dijo Bran cuando lo vio. Pensaba a menudo en su hermano bastardo desde aquella noche en que *Verano* lo había visto alejarse a caballo en medio de la tormenta—. Tendríamos que haber ido al Castillo Negro por el camino real.

—No nos atrevemos, mi príncipe —respondió Jojen—. Ya te he dicho por qué.

—¡Pero es que hay salvajes! Mataron a muchos hombres y también querían matar a Jon. Los había a cientos, Jojen.

—Ya nos lo has dicho. Nosotros somos cuatro. Ayudaste a tu hermano, si es que de verdad era él, pero casi al precio de la vida de *Verano*.

—Ya lo sé —dijo Bran con tristeza.

El huargo había matado a tres, puede que a más, pero eran demasiados. Cuando formaron un círculo cerrado en torno al hombre alto sin orejas trató de escabullirse en medio de la lluvia, pero una de las flechas voló tras él y el aguijonazo repentino de dolor había arrancado a Bran de la piel del lobo para devolverlo a la suya. Cuando por fin cesó la tormenta, se habían acurrucado en la oscuridad sin atreverse a encender un fuego; hablaban en susurros sólo cuando era imprescindible y escuchaban la respiración pesada de Hodor sin dejar de preguntarse si los salvajes tratarían de cruzar el lago a la mañana siguiente. Bran había intentado llegar a *Verano* una y otra vez, pero el dolor lo echaba hacia atrás igual que una tetera al rojo hace que retires la mano cuando vas a cogerla por el asa. El único que durmió aquella noche fue Hodor.

—Hodor, Hodor —murmuraba cada vez que se daba la vuelta en sueños.

Bran estaba muerto de miedo, temía que *Verano* estuviera agonizando en la oscuridad.

«Por favor, antiguos dioses —rezó—, me habéis quitado Invernalía, a mi padre, mis piernas, por favor, no me quitéis también a *Verano*. Y velad también por Jon Nieve, y haced que se vayan los salvajes.»

En aquella isla pedregosa en medio del lago no crecía ningún arciano, aun así los antiguos dioses debieron de oírlo. A la mañana siguiente los salvajes se tomaron tiempo de sobra para preparar la partida: quitaron las ropas y las armas a los cadáveres de sus muertos y al del anciano que habían asesinado, hasta pescaron unos cuantos peces en el lago, y hubo un momento aterrador cuando tres de ellos encontraron el sendero sumergido y empezaron a recorrerlo... pero no vieron una de las curvas, y dos salvajes estuvieron a punto de ahogarse antes de que los demás los sacaran del agua. El hombre alto y calvo les gritaba órdenes, sus palabras les llegaban desde la orilla, hablaba en un idioma que ni siquiera Jojen conocía. Poco después todos recogieron los escudos y las lanzas y se alejaron hacia el noreste, en la misma dirección que Jon. Bran también había querido salir e ir en busca de *Verano*, pero los Reed lo disuadieron.

—Nos quedaremos una noche más —dijo Jojen—. Prefiero que haya unas cuantas leguas entre los salvajes y nosotros. No querrás volvértelos a encontrar, ¿verdad?

Aquella misma tarde *Verano* salió de su escondrijo y volvió con ellos arrastrando una de las patas de atrás. En la posada había devorado algún trozo de cadáver espantando a los cuervos, y luego fue nadando hasta la isla. Meera le había arrancado de la pata la flecha rota y le había frotado la herida con el jugo de unas plantas que crecían al pie de la torre. El huargo aún cojeaba, pero a Bran le parecía que cada día menos. Los dioses lo habían escuchado.

—¿Deberíamos probar con otro castillo? —preguntó Meera a su hermano—. A lo mejor podemos cruzar por otro lado. Si quieres me adelanto para explorar, yo sola iría más deprisa.

—Hacia el este está Lago Hondo —dijo Bran con un gesto de negación— y luego Puerta de la Reina. Al oeste está Marcahielo. Pero son igual que esto, sólo que más pequeños. Todas las entradas están

selladas excepto las del Castillo Negro, Guardiaoriente y Torre Sombria.

—Hodor —dijo Hodor, mientras los Reed intercambiaban una mirada.

—Por lo menos voy a trepar a la cima del Muro —decidió Meera—. A lo mejor desde ahí veo algo.

—¿Qué crees que vas a ver? —preguntó Jojen.

—No sé, algo —dijo Meera, que por una vez se mantuvo firme.

«Tendría que ser yo quien trepara.» Bran alzó la vista para contemplar el Muro y se imaginó ascendiendo palmo a palmo, metiendo los dedos en las grietas del hielo, creándose apoyos para los pies a patadas. Aquello lo hizo sonreír pese a todo, pese a los sueños, a los salvajes, a Jon, a todo. Cuando era pequeño había subido por las murallas de Invernalía, también por las torres, pero nunca por un sitio tan alto, además, eran siempre de piedra. El Muro parecía de piedra, sí, todo gris y lleno de marcas, pero cuando las nubes se abrían y el sol lo iluminaba era muy diferente, se transformaba enseguida, se alzaba allí blanco, azul, brillante. La Vieja Tata siempre les había dicho que era el fin del mundo. Al otro lado había monstruos, gigantes y espectros, pero mientras el Muro se alzara firme y fuerte no podrían pasar. «Quiero ir ahí arriba con Meera —pensó Bran—. Quiero subir a la cima y ver qué hay.»

Pero no era más que un niño roto con las piernas inútiles, de modo que se tuvo que conformar con mirar desde abajo mientras Meera subía en su lugar.

La chica no trepaba de verdad tal como había trepado él cuando aún podía. Lo que hacía era subir por unos peldaños que la Guardia de la Noche había tallado en el hielo hacía cientos y miles de años. Recordó que el maestro Luwin le había dicho que el Fuerte de la Noche era el único castillo donde los escalones estaban excavados en el propio hielo del Muro. O tal vez fue el tío Benjen. Los castillos más nuevos tenían escaleras de madera o de piedra, o largas rampas de tierra y gravilla. «El hielo es demasiado traicionero.» Eso sí que se lo

había dicho su tío. Decía que la superficie exterior del Muro a veces derramaba lágrimas gélidas, aunque dentro el corazón siguiera congelado, duro como una roca. Los escalones debían de haberse derretido y vuelto a congelar un millar de veces desde que los hermanos negros abandonaron el castillo, y cada vez quedaban más encogidos, más resbaladizos, más redondeados, más traicioneros...

Y más pequeños. «Es casi como si el Muro los estuviera devorando.» Meera Reed era buena trepadora, pero aun así avanzaba muy despacio. Hubo dos ocasiones en las que los peldaños casi habían desaparecido y se vio obligada a ponerse a cuatro patas. «Pues para bajar va a ser aún peor», pensó Bran sin dejar de mirarla. Aun así habría dado cualquier cosa por estar en su lugar. Al llegar a la cima arrastrándose por los salientes helados, que eran lo único que quedaba de los peldaños más altos, Meera desapareció de su vista.

—¿Cuándo bajará? —preguntó Bran a Jojen.

—Cuando lo considere oportuno. Seguro que quiere echar un vistazo con detenimiento... al Muro y a lo que hay más allá. Nosotros deberíamos hacer lo mismo por aquí.

—¿Hodor? —dijo Hodor dubitativo.

—Puede que encontremos algo —insistió Jojen.

«O algo nos puede encontrar a nosotros.» Pero Bran no lo podía decir en voz alta; no quería que Jojen lo considerase un cobarde.

De manera que iniciaron una exploración, Jojen abría la marcha, Bran lo seguía en su cesta a la espalda de Hodor y *Verano* iba cojeando a su lado. En cierta ocasión el huargo salió disparado por una puerta oscura y regresó un momento más tarde con una rata gris entre los dientes.

«El Cocinero Rata», pensó Bran, pero el color no encajaba, y apenas tendría el tamaño de un gato. El Cocinero Rata era blanco y casi tan grande como una puerca...

En el Fuerte de la Noche había muchas puertas oscuras y también muchas ratas. Bran las oía corretear por las criptas y los sótanos y por el oscuro laberinto de túneles que las entrelazaban. Jojen quería ir por

allí, pero Hodor le respondió con un «Hodor» rotundo, y Bran también se negó. En las oscuras profundidades del Fuerte de la Noche había cosas peores que ratas.

—Este lugar parece muy antiguo —dijo Jojen mientras recorrían una galería a la que la luz del sol llegaba en haces polvorientos a través de las ventanas.

—Dos veces más viejo que el Castillo Negro —dijo Bran, haciendo memoria—. Fue el primer castillo del Muro, y también el más grande.

Pero también había sido el primero en quedar abandonado, ya en tiempos del Viejo Rey. Aun entonces estaba desierto casi en sus tres cuartas partes y el coste de su mantenimiento era excesivo. La Bondadosa Reina Alysanne había sugerido a la Guardia que lo sustituyeran por un castillo más pequeño y nuevo en un punto situado a tan sólo diez kilómetros al este, donde el Muro describía una curva a lo largo de la orilla de un hermoso lago verde. Fueron las joyas de la reina las que pagaron Lago Hondo y los hombres que el Viejo Rey envió al norte los que lo construyeron, de manera que los hermanos negros habían abandonado el Fuerte de la Noche para las ratas.

Pero aquello había sido hacía ya dos siglos. Ahora Lago Hondo estaba tan desierto como el castillo al que había sustituido, y el Fuerte de la Noche...

—Aquí hay fantasmas —dijo Bran. Hodor ya había oído las historias, pero Jojen tal vez no—. Fantasmas muy antiguos, de antes de los tiempos del Viejo Rey, hasta de antes de Aegon el Dragón, los de setenta y nueve desertores que se fugaron hacia el sur para convertirse en bandidos. Uno era el hijo menor de Lord Ryswell, de manera que cuando llegaron a los Túmulos buscaron refugio en su castillo, pero el propio Lord Ryswell los hizo prisioneros y los devolvió al Fuerte de la Noche. El Lord Comandante hizo excavar agujeros en la cima del Muro, metió dentro a los desertores y los encerró vivos en el hielo. Tienen lanzas y cuernos, y todos miran hacia el norte. Los llaman los noventa y siete centinelas. En vida abandonaron sus puestos, de manera que muertos montan guardia

eternamente. Años más tarde, cuando Lord Ryswell estaba ya viejo y moribundo, hizo que lo trasladaran al Fuerte de la Noche para vestir el negro y estar junto a su hijo. El honor lo había obligado a devolverlo al Muro, pero seguía siendo su hijo amado, de modo que vino aquí para compartir la guardia con él.

Pasaron medio día recorriendo el castillo. Algunas de las torres se habían derrumbado y otras no parecían seguras, pero sí subieron a la torre de la campana (en la que no quedaban campanas) y a la pajarera (en la que no quedaban pájaros). Bajo la destilería encontraron una bodega llena de grandes toneles de roble. Hodor los golpeó y sonaron a hueco. También encontraron una biblioteca (las estanterías se habían derrumbado, no quedaban libros y las ratas correteaban por todas partes). Dieron con una mazmorra mal iluminada con celdas que podrían albergar hasta a quinientos cautivos, pero cuando Bran agarró uno de los barrotes oxidados se le deshizo en la mano. De la sala principal sólo quedaba una pared que no tardaría en desmoronarse, los baños parecían a punto de hundirse en el suelo, y un gigantesco espino había conquistado el patio de armas situado ante la armería, el lugar donde hacía tantos años los hermanos negros habían practicado con lanzas, escudos y espadas. En cambio, la armería y la forja seguían en pie, aunque en lugar de armas, fuelles y yunques había telarañas, ratas y polvo. A veces *Verano* oía cosas para las que Bran estaba sordo y mostraba los dientes con el pelaje del cuello erizado ante amenazas invisibles... pero no apareció el Cocinero Rata, ni tampoco los setenta y nueve centinelas, ni Hacha Demente. Bran sentía un alivio inmenso.

«A lo mejor no es más que un castillo desierto y en ruinas.»

Cuando Meera regresó, el sol ya no era más que un reflejo anaranjado sobre las colinas del oeste.

—¿Qué has visto? —le preguntó su hermano Jojen.

—El Bosque Encantado —respondió ella con tono melancólico—. Colinas que se extienden hasta donde alcanza la vista, cubiertas de árboles que ningún hacha ha talado jamás. Vi la luz del sol reflejada sobre un lago, y nubes que se movían por el cielo del oeste. Vi campos enteros nevados y carámbanos tan largos como lanzas. Hasta vi un

águila que volaba en círculos. Creo que ella también me vio. Le hice señales.

—¿Hay alguna manera de bajar? —preguntó Jojen.

—No —negó Mera con un gesto—. Es una caída en picado, y el hielo no tiene asideros... Yo podría bajar si tuviera una buena cuerda y un hacha para ir abriendo asideros, pero...

—Pero nosotros, no —terminó Jojen.

—No —dijo su hermana—. ¿Estás seguro de que éste es el lugar que viste en el sueño? Puede que nos hayamos equivocado de castillo.

—No. El castillo es éste. Aquí hay una puerta.

«Sí —pensó Bran—, pero está taponada con hielo y piedras.»

A medida que el sol empezaba a ponerse, las sombras de las torres se fueron alargando y el viento soplaba con más fuerza, con lo que las hojas secas se arrastraban por los patios. La creciente penumbra hizo que Bran recordara otra de las historias de la Vieja Tata, la leyenda del Rey de la Noche. Según ella había sido el decimotercer jefe de la Guardia de la Noche, un guerrero que no conocía el miedo. «Y ése era su gran fallo —añadía—, porque todos los hombres deben conocer el miedo.» Una mujer fue su perdición, una mujer a la que divisó desde la cima del Muro, con la piel blanca como la luna y ojos como estrellas azules. Sin miedo a nada la persiguió, la alcanzó y la amó, aunque su piel era fría como el hielo, y cuando le entregó su semilla, le entregó también su alma.

La llevó con él al Fuerte de la Noche, la proclamó reina al tiempo que él se proclamaba rey y sometió a los Hermanos Juramentados a su voluntad gracias a extraños sortilegios. El reinado del Rey de la Noche y su cadavérica esposa duró trece años, hasta que por fin el Stark de Invernalía y Joramun de los salvajes unieron sus fuerzas para liberar a la Guardia. Tras su caída, cuando se supo que había estado haciendo sacrificios a los Otros, se destruyeron todos los documentos relativos al Rey de la Noche y hasta su nombre cayó en el olvido.

—Hay quien dice que era un Bolton —terminaba siempre la Vieja Tata—. Otros creen que era un Magnar de Skagos, o un Umber, un

Flint, un Norrey... Otros dicen que era un Piedemadera, de los que gobernaban la Isla del Oso antes de la llegada de los hombres del hierro. Pero no. Era un Stark, el hermano del hombre que acabó con él. —Al llegar a ese punto siempre pellizcaba a Bran en la nariz, el chico no lo olvidaría jamás—. Era un Stark de Invernalía, así que, ¿quién sabe? Puede que se llamara «Brandon». Puede que durmiera en esta misma cama, en esta misma habitación.

«No —pensó Bran—, pero caminó por este castillo, donde vamos a dormir esta noche.» Era una idea que no le tentaba lo más mínimo. Como siempre decía la Vieja Tata durante el día, el Rey de la Noche era sólo un hombre, pero la oscuridad le pertenecía. «Y está oscureciendo.»

Los Reed decidieron que lo mejor sería dormir en las cocinas, un octágono de piedra con una cúpula en ruinas. Sería un refugio mucho más adecuado que cualquiera de los otros edificios, aunque un arciano retorcido había destrozado el suelo de baldosas al lado del profundo pozo central para crecer hacia el agujero del techo, con las ramas blancas como huesos buscando el sol. Era un árbol muy extraño, el arciano más escuálido que Bran había visto en su vida, y no tenía ningún rostro, pero al menos lo hacía sentir como si allí estuvieran los antiguos dioses.

Pero eso era lo único que le gustaba de las cocinas. El tejado seguía íntegro en su mayor parte, de manera que si llovía no se mojarían, pero allí no habría manera de entrar en calor. El frío se colaba a través de las baldosas del suelo. Tampoco le gustaban las sombras, ni los enormes hornos de ladrillo que los rodeaban como bocas abiertas, ni los ganchos para la carne oxidados, ni las manchas y cicatrices que vio en el tocón que el carnicero había utilizado para cortar.

«Ahí fue donde el Cocinero Rata troceó al príncipe —supo enseguida— y luego horneó la empanada en uno de estos hornos.»

Pero lo que menos le gustaba de todo era el pozo. Medía sus buenos cuatro metros de diámetro, era todo de piedra, con peldaños tallados en la cara interior que descendían en espiral hacia la

oscuridad. Las paredes estaban húmedas y cubiertas de salitre, pero ni siquiera Meera con su vista aguda de cazadora divisaba el agua del fondo.

—Puede que no haya fondo —comentó Bran, inseguro.

—¡Hodor! —gritó Hodor, inclinándose por encima del brocal que le llegaba a la rodilla.

—*Hodorhodorhodorhodorhodor* —retumbó la palabra pozo abajo, cada vez más distante—. *Hodorhodorhodorhodorhodor*. —Hasta que apenas fue un susurro. Hodor pareció sobresaltado. Luego se echó a reír y se agachó para coger un trozo de baldosa rota del suelo.

—¡Hodor, no...! —dijo Bran, pero demasiado tarde. Hodor tiró la baldosa al pozo—. No tendrías que haberlo hecho. No sabemos qué hay ahí abajo. Podrías dañar a algo, o... o despertar a algo.

—¿Hodor? —Hodor lo miraba con inocencia.

Abajo, muy muy abajo, oyeron el sonido de la piedra contra el agua. No fue un sonido chapoteante, en realidad se trató más bien de un sorbetón, como si lo que estuviera en el fondo hubiera abierto una boca trémula y helada para tragarse la piedra de Hodor. Los ecos tenues subieron por el pozo, y por un momento a Bran le pareció oír un movimiento, algo que agitaba las aguas.

—A lo mejor no tendríamos que quedarnos aquí —dijo, inquieto.

—¿Dónde, junto al pozo? —preguntó Meera—. ¿O en el Fuerte de la Noche?

—Sí —dijo Bran.

La muchacha se echó a reír y mandó a Hodor a buscar leña. *Verano* salió también. La oscuridad era ya casi completa y el huargo quería cazar.

El único que regresó fue Hodor con los brazos llenos de leña seca y ramas rotas. Jojen Reed sacó el cuchillo y el pedernal y se dedicó a encender fuego mientras que Meera quitaba las espinas al pescado que había ensartado en el último arroyo que habían cruzado. Bran se preguntó cuántos años habrían pasado desde la última vez que se

preparó una cena en las cocinas del Fuerte de la Noche. También se preguntó quién la habría preparado, aunque tal vez sería mejor no saberlo.

Cuando las llamas prendieron, Meera empezó a asar el pescado. «Al menos no es una empanada de carne.» El Cocinero Rata había asado al hijo del rey ándalo en una enorme empanada con cebollas, zanahorias, setas, mucha sal y pimienta, lonchas de panceta y vino tinto de Dorne. Luego se lo sirvió a su padre, que alabó mucho su sabor y pidió repetir. Después de aquello los dioses transformaron al cocinero en una monstruosa rata blanca que sólo podía comerse a sus propios hijos. Desde entonces merodeaba por el Fuerte de la Noche devorando a sus retoños, pero su hambre no se saciaba jamás.

—Los dioses no lo castigaban por el asesinato —contaba la Vieja Tata—, ni por servir al rey ándalo a su hijo en una empanada. Todo hombre tiene derecho a la venganza. Pero asesinó a un invitado bajo su techo, y eso los dioses no lo pueden perdonar.

—Tenemos que dormir —dijo Jojen con solemnidad después de que hubieran cenado. El fuego ardía ya con menos intensidad, y removié las brasas con un palito—. A lo mejor tengo otro sueño verde que nos muestre el camino.

Hodor ya se había arrebuñado y empezaba a roncar. De cuando en cuando se removía debajo de su capa y gimoteaba algo que tal vez fuera un «Hodor». Bran se arrastró para acercarse más al fuego. El calor resultaba agradable y el crepitar suave de las llamas era tranquilizador, pero no conseguía conciliar el sueño. Afuera el viento enviaba ejércitos de hojas marchitas a recorrer los patios para que arañaran con suavidad las puertas y las ventanas. Aquellos sonidos le hacían recordar las historias de la Vieja Tata. Casi le parecía oír a los centinelas fantasma llamándose unos a otros en la cima del muro, haciendo sonar sus espectrales cuernos de guerra. La escasa luz de la luna que entraba por el agujero del techo abovedado, pintaba de blanco las ramas del arciano que se alzaban hacia el cielo. Era como si el árbol tratara de coger la luna y arrastrarla hasta el pozo.

«Antiguos dioses —rezó Bran—, si me estáis escuchando no me mandéis ningún sueño esta noche. O si me lo mandáis, que sea un sueño bueno.» Los dioses no respondieron.

Bran se obligó a cerrar los ojos. Tal vez durmió unos minutos o tal vez no fue más que una cabezada a medio camino de la vigilia, siempre tratando de no pensar en Hacha Demente, en el Cocinero Rata ni en la criatura que salía por la noche.

Entonces fue cuando oyó el ruido.

«¿Qué ha sido eso? —pensó, abriendo los ojos. Contuvo el aliento—. ¿Lo he soñado? ¿Estoy teniendo otra pesadilla tonta? —No quería despertar a Meera y a Jojen sólo por un mal sueño, pero...—. Ahí está otra vez. —Un sonido de algo que se arrastraba suavemente, a lo lejos—. Hojas, no son más que hojas que rozan las paredes y entre ellas... o el viento, puede que sea el viento. —Pero el sonido no procedía del exterior. Bran sintió que se le erizaba el vello del brazo—. El sonido está aquí adentro, está con nosotros, cada vez suena más fuerte. —Se incorporó sobre un codo para escuchar. Había viento, sí, y hojas susurrantes, pero también algo más—. Pisadas.»

Alguien se acercaba hacia allí. Algo se acercaba hacia allí.

Sabía que no eran los centinelas, porque los centinelas no bajaban nunca del Muro. Pero tal vez hubiera otros fantasmas en el Fuerte de la Noche, y tal vez fueran aún más aterradores. Recordó lo que le contaba la Vieja Tata sobre Hacha Demente, cómo se quitaba las botas y caminaba entre las paredes del castillo descalzo, en la oscuridad, sin que lo delatara otro sonido que el de las gotas de sangre que le caían del hacha, de los codos y de la punta de la barba empapada y enrojecida. O tal vez no fuera Hacha Demente, tal vez era la criatura que salía por las noches. Según la Vieja Tata todos los aprendices la vieron, pero después, cuando se lo contaron a su Lord Comandante, las descripciones no coincidían en lo más mínimo. «Tres de ellos murieron antes de que terminara el año, y el cuarto se volvió loco, y cien años más tarde, cuando la criatura volvió a aparecer, todos los vieron tras ella, encadenados y arrastrando los pies. A los aprendices.»

Pero no era más que un cuento. Se estaba metiendo miedo él solo. La criatura que salía por las noches no existía, se lo había dicho el maestro Luwin, y si alguna vez había habido algo semejante ya no estaba en el mundo, igual que los gigantes y los dragones.

«No es nada», pensó Bran.

Pero el sonido se oía más alto.

«Viene del pozo —comprendió. Aquello le dio todavía más miedo. Algo estaba saliendo del subsuelo, algo salía de la oscuridad—. Hodor lo ha despertado. Hodor, el muy tonto, tirando baldosas como un tonto, y ahora va y viene.» Costaba mucho oír algo por encima de los ronquidos de Hodor y los latidos retumbantes de su corazón. ¿Era el ruido de la sangre que goteaba de un hacha? ¿O era acaso el sonido tenue, lejano, de unas cadenas fantasmales? Bran trató de concentrarse con toda su atención. «Pisadas.» Sí, eran pisadas, sin duda, cada una de ellas sonaba un poquito más fuerte que la anterior. Pero no sabía cuántas. El pozo despertaba ecos. No se oían goteos ni ruido de cadenas, pero sí que había algo... Una especie de gemido agudo, como el de alguien que estuviera sufriendo mucho, y una respiración densa, ahogada. Pero lo que más resonaba eran las pisadas. Las pisadas que cada vez estaban más cerca.

Bran estaba tan asustado que no podía ni gritar. La hoguera se había reducido a unas pocas brasas y todos sus amigos estaban durmiendo. Estuvo a punto de salirse de su piel y buscar a su lobo, pero *Verano* podía estar a muchas leguas. No podía abandonar allí a sus amigos, indefensos en la oscuridad, para que se enfrentaran a lo que salía del pozo.

«Les dije que no teníamos que venir aquí —pensó desesperado—. Les dije que había fantasmas. Les dije que teníamos que ir al Castillo Negro.»

A Bran las pisadas le sonaban pesadas, lentas y sonoras contra la piedra. «Tiene que ser enorme.» Hacha Demente era un hombre muy grande en las historias de la Vieja Tata, y en las mismas la criatura que salía por las noches había sido monstruosa. Cuando aún estaban

todos en Invernalía, Sansa le había dicho que los demonios de la oscuridad no lo podrían tocar si se escondía debajo de la manta. Estuvo a punto de hacerlo antes de acordarse de que era un príncipe y ya casi un hombre.

Bran reptó por el suelo arrastrando las piernas muertas hasta llegar a Meera y tocarle un pie. La muchacha se despertó al instante. Jamás había conocido a nadie que se despertara tan deprisa como Meera Reed, ni que se pusiera alerta tan deprisa. Bran se apretó un dedo contra los labios para que ella supiera que no debía decir nada. Meera enseguida oyó el sonido, se le veía en la cara: las pisadas retumbantes, el gemido distante, la respiración entrecortada...

Se puso en pie sin decir una palabra más y pidió sus armas con un gesto. Con el tridente en la mano derecha y los pliegues de la red colgando de la izquierda se deslizó descalza hacia el pozo. Jojen seguía dormitando, mientras que Hodor mascullaba y se agitaba en un sueño inquieto. Se movía siempre entre las sombras, esquivando el haz de luz de luna silenciosa como una gata. Bran, que no dejaba de mirarla, apenas veía el brillo tenue de las puntas de su fisga.

«No puedo dejar que se enfrente sola a la criatura», pensó. *Verano* estaba demasiado lejos pero...

Se salió de su piel y buscó a Hodor.

No era como deslizarse dentro de *Verano*. Eso le resultaba tan fácil ya que Bran lo hacía casi sin pensar. En cambio con Hodor era más difícil, como intentar ponerse la bota izquierda en el pie derecho. No encajaba, además, la bota también estaba asustada, la bota no sabía qué estaba pasando, la bota se apartaba del pie. Sintió el sabor a vómito en la garganta de Hodor y eso casi bastó para echarlo atrás, pero se retorció, empujó, se incorporó, flexionó sus piernas, sus piernas grandes, fuertes, y se levantó.

«Estoy de pie.» Dio un paso. «Estoy caminando.» Era una sensación tan extraña que estuvo a punto de caerse. Se vio a sí mismo en el frío suelo de baldosas, un ser pequeño, roto, pero en aquel

momento no estaba roto. Cogió la espada larga de Hodor. Su respiración era tan sonora como el fuelle de un herrero.

Del pozo salió un aullido, un chillido tan aterrador que lo taladró como un cuchillo. Una enorme forma negra salió del pozo a la oscuridad y se tambaleó hacia la zona iluminada por la luna, y el miedo invadió a Bran en una ola tan arrasadora que ni siquiera se le ocurrió desenvainar la espada de Hodor tal como había pensado, y de repente volvió a encontrarse en el suelo.

—¡Hodor, Hodor, Hodor! —rugía Hodor, como en el lago cada vez que brillaba un relámpago. Pero la criatura que había salido a la noche también gritaba y se debatía como un loco entre los pliegues de la red de Meera. Bran vio la lanza relampaguear en la oscuridad, y la criatura se tambaleó y cayó sin dejar de forcejear con la red. El aullido del pozo seguía resonando cada vez con más fuerza. La criatura negra del suelo se debatía y se agitaba.

—¡No, no, por favor, no! —chillaba.

Meera estaba de pie junto a él, la luz de la luna arrancaba destellos plateados de las púas de la fisga.

—¿Quién eres? —preguntó, imperiosa.

—Soy Sam —sollozó la criatura negra—. Sam, Sam, soy Sam, déjame, ¡me has pinchado!

Rodó en el claro de luz de luna sacudiendo los brazos para liberarse de los pliegues de la red de Meera.

—¡Hodor, Hodor, Hodor! —seguía gritando Hodor.

Sólo Jojen tuvo la serenidad de añadir unas cuantas astillas al fuego y soplar hasta que las llamas empezaron a crepitar de nuevo. Pronto tuvieron luz, y Bran vio a la muchachita pálida y delgada que había junto al brocal del pozo, toda envuelta en pieles y pellejos bajo una enorme capa negra, que trataba de calmar al bebé que llevaba en brazos. La criatura del suelo estaba intentando sacar un brazo de la red para desenvainar el cuchillo, pero los pliegues se lo impedían. No era ninguna bestia monstruosa, no era Hacha Demente rezumando sangre,

sólo un hombre muy gordo vestido con ropas de lana negra, piel negra, cuero negro y cota de mallas negra.

—Es un hermano negro —dijo Bran—. Es de la Guardia de la Noche, Meera.

—¿Hodor? —Hodor se sentó en cuclillas para mirar al hombre de la red—. ¡Hodor! —gritó de nuevo.

—De la Guardia de la Noche, sí. —El hombre gordo seguía jadeando como un fuelle—. Soy un hermano de la Guardia. —Uno de los hilos de la malla se le había clavado bajo la papada y le obligaba a mirar hacia arriba, mientras que otros se le hundían profundos en las mejillas—. Soy un cuervo, por favor, sacadme de aquí.

—¿Eres el cuervo de tres ojos? —Bran lo miraba, sobresaltado. «No puede ser el cuervo de tres ojos.»

—Claro que no. —El hombre gordo puso los ojos en blanco, pero sólo tenía dos—. Sólo soy Sam. Samwell Tarly. ¡Sacadme de aquí, que esto duele!

Empezó a debatirse otra vez. Meera dejó escapar una exclamación despectiva.

—Deja de moverte así. Como me rompas la red te tiro al pozo. Quédate quieto, yo te desenredo.

—¿Quién eres tú? —preguntó Jojen a la niña del bebé.

—Elí —respondió—. Me lo pusieron por la flor, el alhelí. Ése es Sam. No teníamos intención de asustaros.

Meció al bebé, lo tranquilizó con susurros y por fin consiguió que dejara de llorar.

Meera estaba liberando de la red al rollizo hermano. Jojen se acercó al pozo para mirar hacia abajo.

—¿De dónde venís?

—Del Torreón de Craster —dijo la chica—. ¿Eres tú el que buscamos?

—¿El que buscáis? —preguntó Jojen, volviéndose hacia ella para mirarla.

—Él dijo que Sam no era el que buscaba —explicó—. Que había otro, nos contó. El que estaba buscando.

—¿Quién dijo eso? —inquirió Bran.

—Manosfrías —respondió Elí en voz baja.

Meera recogió un extremo de la red y el hombre gordo consiguió sentarse. Bran se dio cuenta de que estaba temblando y jadeaba sin aliento.

—También nos dijo que aquí habría gente —resopló—. En el castillo. Lo que no me imaginaba es que estaríais justo encima de la escalera. No me imaginaba que me ibais a tirar una red ni que me ibais a clavar una lanza en el estómago. —Se tocó la barriga con una mano enguantada—. ¿Estoy sangrando? No veo nada.

—No fue más que un golpecito para hacerte caer —replicó Meera—. Espera, que te lo miro. —Se arrodilló a su lado y le palpó en torno al ombligo—. ¡Pero si llevas cota de mallas! Ni siquiera me he acercado a la piel.

—Y qué, duele igual —se quejó Sam.

—¿De verdad eres un hermano de la Guardia de la Noche? —se asombró Bran.

Las papadas del hombre gordo temblaron cuando asintió. Tenía la piel muy pálida y floja.

—Aunque sólo soy un mayordomo. Antes cuidaba de los cuervos de Lord Mormont. —Por un momento pareció que se iba a echar a llorar—. Pero los perdí en el Puño. Fue culpa mía. También fue culpa mía que nos extraviáramos. No encontraba el Muro. Mide cien leguas de largo y más de doscientos metros de largo, ¡y no lo encontraba!

—Bueno, pues ya lo has encontrado —dijo Meera—. Levanta el trasero del suelo, tengo que recoger la red.

—¿Cómo habéis cruzado el Muro? —quiso saber Jojen mientras Sam se ponía en pie con esfuerzo—. ¿Es que el pozo lleva a un río subterráneo, habéis venido por ahí? Pero ni siquiera estáis mojados...

—Hay una puerta —dijo el rollizo Sam—. Una puerta oculta, tan vieja como el propio Muro. Él dijo que era la Puerta Negra.

Los Reed se miraron.

—¿Encontraremos esa puerta que dices en el fondo del pozo? —preguntó Jojen.

Sam sacudió la cabeza.

—No. Os tengo que llevar yo.

—¿Por qué? —preguntó Meera—. Si hay una puerta...

—No la encontraréis. Y aunque la encontrarais, no se abriría para vosotros. Es la Puerta Negra. —Sam se dio un tironcito de la raída lana negra de la manga—. Sólo la puede abrir un hombre de la Guardia de la Noche, nos lo dijo él. Un Hermano Juramentado. Con esas mismas palabras lo dijo.

—Él. —Jojen frunció el ceño—. ¿Ese... Manosfrías?

—No era su verdadero nombre —dijo Elí mientras mecía al bebé—. Es como lo llamábamos Sam y yo. Tenía las manos frías como el hielo, pero él y sus cuervos nos salvaron de los hombres muertos, nos trajo hasta aquí a lomos de su alce.

—¿Su alce? —dijo Bran, maravillado.

—¿Su alce? —dijo Meera, sobresaltada.

—¿Sus cuervos? —dijo Jojen.

—¿Hodor? —dijo Hodor.

—¿Era verde? —quiso saber Bran—. ¿Tenía astas?

—¿El alce? —El hombre gordo lo miró, confuso.

—Manosfrías —se impacientó Bran—. Los hombres verdes cabalgaban a lomos de alces, nos lo contaba siempre la Vieja Tata. Algunos además tenían astas.

—No era un hombre verde. Vestía de negro, como un hermano de la Guardia, pero estaba pálido como un espectro y tenía las manos tan heladas que al principio me dio miedo. Pero los espectros tienen los ojos azules y carecen de lengua, o quizá es que ya no saben utilizarla. —El hombre gordo se volvió hacia Jojen—. Os estará esperando. Tenemos que bajar. ¿Tenéis ropas abrigadas? En la Puerta Negra hace frío, y al otro lado del Muro todavía más. Vamos...

—¿Por qué no ha subido contigo? —Meera hizo un gesto en dirección a Elí y a su bebé—. Ellos han subido, ¿por qué él no? ¿Por qué no ha cruzado esa Puerta Negra?

—No... No puede.

—¿Por qué?

—Por el Muro. Dice que el Muro es mucho más que un montón de piedra y hielo. También está hecho de hechizos... hechizos antiguos, muy poderosos. No puede cruzar el Muro.

Se hizo un silencio denso en la cocina del castillo. Bran oía el crepitar tenue de las llamas, el susurro del viento que arrastraba las hojas en la noche, el crujido del esquelético arciano que tendía las ramas hacia la luna.

«Más allá de las puertas habitan monstruos, sí, y gigantes, y espectros —recordó que solía contarles la Vieja Tata—, pero mientras el Muro siga fuerte y en pie no pueden pasar. Así que duérmete, mi pequeño Brandon, mi muchachito. No tengas miedo de nada. Aquí no hay monstruos.»

—Yo no soy el que te han dicho que lleves —dijo Jojen Reed al gordo Sam, el de las ropas negras manchadas y deformes—. Es él.

—Ah. —Sam lo miró desde arriba con cierta inseguridad. Era posible que hasta entonces no se diera cuenta de que Bran estaba tullido—. No... No creo que tenga fuerzas para llevarte.

—Me puede llevar Hodor. —Bran señaló la cesta—. Yo me meto ahí y él me carga a la espalda.

Sam se lo había quedado mirando fijamente.

—Tú eres el hermano de Jon Nieve, el que se cayó...

—No —dijo Jojen—. El chico que tú dices está muerto.

—No se lo digas a nadie —suplicó Bran—. Por favor.

Por un momento Sam pareció confuso, pero acabó por asentir.

—Sé... Sé guardar un secreto. Elí también. —La miró y la chica asintió—. Jon... Jon también era mi hermano. Era el mejor amigo que he tenido jamás, pero salió de expedición con Qhorin Mediamano para

explorar los Colmillos Helados y no regresaron. Los estábamos esperando en el Puño cuando... cuando...

—Jon está aquí —dijo Bran—. *Verano* lo vio. Estaba con unos salvajes, pero mataron a un hombre y Jon cogió su caballo y escapó. Seguro que se fue al Castillo Negro.

—¿Estás segura de que era Jon? —Sam miró a Meera con los ojos muy abiertos—. ¿Lo viste bien?

—Yo me llamo Meera —dijo la chica con una sonrisa—. *Verano* es...

Una sombra se separó de la cúpula derruida y saltó a través de la zona iluminada por la luna. Hasta con la pata herida el lobo cayó con la agilidad y silencio de un copo de nieve. Elí dejó escapar un gritito de miedo y abrazó a su bebé con tanta fuerza que empezó a llorar otra vez.

—No te hará daño —dijo Bran—. Éste es *Verano*.

—Jon me contó que todos teníais lobos. —Sam se quitó un guante—. Yo conocía a *Fantasma*. —Extendió una mano temblorosa de dedos blancos y blandos, gruesos como salchichas. *Verano* se acercó, se los olisqueó y le dio un lametón.

Fue entonces cuando Bran tomó la decisión.

—Iremos contigo.

—¿Todos? —se sorprendió Sam.

—Es nuestro príncipe —dijo Meera revolviéndole el pelo a Bran.

Verano dio unas cuantas vueltas en torno al pozo sin dejar de olisquear. Se detuvo junto al peldaño superior y miró a Bran.

«Quiere bajar.»

—¿Creéis que Elí se puede quedar aquí sola hasta que vuelva? —les preguntó Sam.

—No le pasará nada —le aseguró Meera—. Estará muy bien al lado de la hoguera.

—No hay nadie en el castillo —dijo Jojen.

Elí miró a su alrededor.

—Craster siempre nos contaba cosas de los castillos, pero no me imaginaba que fueran tan grandes.

«Esto no son más que las cocinas.» Bran no podía ni imaginarse qué le parecería Invernalía si alguna vez llegaba a ir allí.

Tardaron unos minutos en recoger sus cosas y meter a Bran en el cesto de mimbre que Hodor se cargó a la espalda. Mientras se preparaban para partir Elí empezó a amamantar a su bebé junto a la hoguera.

—¿Volverás a buscarme? —le dijo a Sam.

—En cuanto pueda —prometió él—. Luego iremos a algún sitio donde haga calor.

Al oír aquello una parte de Bran se preguntó qué estaba haciendo.

«¿Volveré a estar alguna vez en un sitio donde haga calor?»

—Bajo yo primero, que conozco el camino. —Sam titubeó un instante—. Es que hay tantos peldaños... —suspiró antes de iniciar el descenso.

Jojen lo siguió, después *Verano* y luego Hodor con Bran en la cesta. Meera iba la última, con la lanza y la red en la mano.

El descenso fue muy largo. La parte superior del pozo estaba iluminada por la luz de la luna, pero a medida que bajaban en espiral, la luz se iba haciendo más tenue y estaba más distante. Sus pisadas despertaban ecos en la piedra desnuda y el sonido del agua era cada vez más alto.

—¿No tendríamos que haber cogido antorchas? —preguntó Jojen.

—Enseguida se os acostumbrarán los ojos —respondió Sam—. Poned una mano en la pared para guiaros, así no os caeréis.

Con cada vuelta descendente el pozo era más oscuro y más frío. Cuando Bran alzó la vista hacia arriba la boca del pozo era apenas más grande que una media luna.

—Hodor —susurró Hodor.

—*Hodorhodorhodorhodorhodorhodor* —susurró a su vez el pozo. El sonido del agua estaba más cerca, pero al mirar hacia abajo Bran sólo veía oscuridad.

Un par de giros más tarde, Sam se detuvo de repente. Estaba apenas un par de metros más abajo que Bran y Hodor, y aun así casi no se le veía. Lo que sí vio Bran fue la puerta. La Puerta Negra, había dicho Sam, pero en realidad no era negra.

Era de arciano blanco y tenía un rostro.

La puerta emitía un brillo de leche y luz de luna, tan tenue que apenas si tocaba nada que no fuera la propia puerta, ni siquiera a Sam, que estaba justo a su lado. El rostro era viejo y blanquecino, arrugado y encogido.

«Parece muerto. —La boca estaba cerrada, al igual que los ojos. Las mejillas estaban demacradas; la frente, marchita, y la barbilla, temblorosa—. Si un hombre pudiera vivir mil años y no morir nunca, pero seguir envejeciendo, tendría una cara como ésta.»

La puerta abrió los ojos.

También eran blancos, ciegos.

—¿Quiénes sois? —preguntó la puerta.

—*Quiénes-quienes-quienes-quienes-quienes* —susurró el pozo.

—Soy la espada en la oscuridad —dijo Samwell Tarly—. Soy el vigilante del Muro. Soy el fuego que arde contra el frío, la luz que trae el amanecer, el cuerno que despierta a los durmientes, el escudo que defiende los reinos de los hombres.

—Pasad, pues —dijo la puerta.

Los labios se abrieron, se abrieron y se abrieron hasta que sólo quedó una enorme boca rodeada de un anillo de arrugas. Sam se hizo a un lado e indicó a Jojen que pasara delante. Lo siguió *Verano*, que lo iba olisqueando todo; luego fue el turno de Bran. Hodor se agachó, pero no lo suficiente. El labio superior de la puerta rozó la cabeza de Bran, una gota de agua le cayó encima y le corrió lenta por la nariz. Aunque pareciera extraño, estaba tibia y era salada como una lágrima.

DAENERYS

Meereen era tan grande como Astapor y Yunkai juntas. Al igual que sus ciudades hermanas era toda de adoquines, pero si los de Astapor habían sido rojos y los de Yunkai amarillos, Meereen era de adoquines multicolores. Las murallas eran más altas que las de Yunkai y estaban en mejor estado, con muchos bastiones y grandes torreones defensivos en todas las esquinas. Tras ellas, destacaba gigantesca ante el cielo la Gran Pirámide, una estructura monstruosa de doscientos cincuenta metros de altura, con una monumental arpía de bronce en la cima.

—La arpía es un ser cobarde —dijo Daario Naharis cuando la vio—. Tiene corazón de mujer y patas de gallina. No es de extrañar que sus hijos se escondan detrás de las murallas.

Pero el héroe no se escondió. Salió a caballo por las puertas de la ciudad, con una armadura de escamas de cobre y azabache. La montura era un corcel blanco cuyas defensas eran de rayas rosas y blancas, a juego con la capa de seda que caía de los hombros del héroe. La lanza que llevaba medía cinco metros, con espirales rosas y blancas en el asta, y su peinado tenía la forma de dos cuernos de carnero, grandes y ensortijados. Paseaba de un lado a otro bajo las murallas de adoquines multicolores y desafiaba a los sitiadores para que enviaran un campeón que se enfrentara a él en combate singular.

Sus jinetes de sangre estaban tan desesperados por ir a enfrentarse a él que casi llegaron a las manos entre ellos.

—Sangre de mi sangre —les dijo Dany—, vuestro lugar está a mi lado. Ese hombre no es más que una mosca zumbona, nada más. No le hagáis caso, pronto se marchará.

Aggo, Jhogo y Rakharo eran guerreros valientes, pero también jóvenes y demasiado importantes para poner en peligro sus vidas. Mantenían unido el *khalasar* y también eran los mejores exploradores.

—Sabia decisión —dijo Ser Jorah, mientras lo observaban todo delante de la tienda de Dany—. Dejemos que ese idiota siga paseándose y gritando hasta que el caballo se le quede cojo. No nos hace ningún daño.

—Sí nos lo hace —insistió Arstan Barbablanca—. Las guerras no se ganan sólo con lanzas y con espadas, ser. Ese héroe insufla valor en los corazones de los suyos y planta en los de los nuestros las semillas de la incertidumbre.

—¿Qué semillas plantaría nuestro campeón si cayera derrotado? —Ser Jorah soltó un bufido.

—El hombre que teme a la batalla no consigue victorias, ser.

—Aquí no se trata de una batalla. Si ese bufón cae, las puertas de Meereen no se nos abrirán. ¿Por qué arriesgar una vida a cambio de nada?

—Por honor.

—Ya es suficiente —intervino Dany.

Lo que menos falta le hacía era aguantar sus constantes disputas, ya tenía demasiados problemas. Meereen representaba peligros mucho más graves que un héroe de rosa y blanco que gritaba insultos, no podía permitirse ninguna distracción. Después de Yunkai la seguían más de ochenta mil personas, pero apenas una cuarta parte de ellas eran soldados. Los demás... en fin, Ser Jorah los llamaba bocas con piernas, y pronto empezarían a tener hambre.

Los Grandes Amos de Meereen habían retrocedido ante el avance de Dany, cosechando todo lo que pudieron y quemando lo que no pudieron cosechar. A su paso sólo encontraron campos quemados y pozos envenenados. Lo peor de todo era que, en cada mojón del camino costero que iba de Yunkai a Meereen, habían clavado a un niño esclavo, todavía vivo, con las entrañas desparramadas y un brazo señalando siempre en dirección a la ciudad. Daario había ordenado que desclavaran a los niños antes de que Dany los viera, pero ella dio la contraorden en cuanto se enteró.

—Los veré —dijo—. Veré a todos y cada uno de ellos, los contaré, miraré sus rostros... Y los recordaré.

Cuando llegaron a Meereen, en la orilla del mar y junto al río, había contado hasta ciento sesenta y tres.

«Tomaré esta ciudad», se prometió una vez más Dany.

El héroe de rosa y blanco pasó una hora vituperando a los asediadores, burlándose de su virilidad, de sus madres, de sus esposas y de sus dioses. Los defensores de Meereen lo animaban desde las murallas de la ciudad.

—Se llama Oznak zo Pahl —le dijo Ben Plumm el Moreno cuando se presentó ante el Consejo para planear la batalla. Era el nuevo comandante de los Segundos Hijos, elegido por los votos de sus compañeros mercenarios—. En cierta ocasión, antes de unirme a los Segundos Hijos, fui guardaespaldas de su tío. Los Grandes Amos, ¡vaya montón de gusanos! Las mujeres no estaban mal, aunque uno se jugaba la vida si miraba a la que no debía de la manera que no debía. A un hombre, un tal Scarb, ese tipo, Oznak, le arrancó el hígado. Decía que por defender el honor de una dama, que Scarb la había violado con los ojos. ¡Ya me diréis cómo se puede violar a una moza con los ojos! Pero su tío es el hombre más rico de Meereen, y su padre está al mando de la guardia de la ciudad, así que tuve que huir como una rata antes de que me matara a mí también.

Vieron que Oznak zo Pahl desmontaba de su corcel blanco, se desanudaba los calzones, se sacaba el miembro y lanzaba un chorro de orina en dirección al olivar donde se alzaba el pabellón dorado de Dany, entre los árboles quemados. Aún seguía meando cuando Daario Naharis se acercó, *arakh* en mano.

—¿Queréis que se la corte y se la meta en la boca, Alteza? —Los dientes le brillaban dorados en medio de la barba azul.

—Lo que quiero es la ciudad, no ese miembro ridículo.

Pero se estaba poniendo cada vez más furiosa.

«Si sigo sin hacer nada, los míos me considerarán débil.» Pero ¿a quién podía enviar? Necesitaba a Daario tanto como a sus jinetes de

sangre. Sin el extravagante tyroshi, no tendría control alguno sobre los Cuervos de Tormenta, muchos de los cuales habían sido partidarios de Prendahl na Ghezn y Sallor el Calvo.

Arriba, en las murallas de Meereen, las burlas eran cada vez más sonoras y cientos de los defensores estaban imitando al héroe y orinaban por los baluartes para mostrar su desprecio hacia los asediadores.

«Se están meando en los esclavos para demostrar que no nos tienen miedo —pensó—. Si lo que tuvieran ante sus puertas fuera un *khalasar* dothraki, no se atreverían.»

—Hay que aceptar el desafío —repitió una vez más Arstan.

—Así se hará —dijo Dany mientras el héroe volvía a guardarse el pene—. Decid a Belwas el Fuerte que lo necesito.

El corpulento eunuco de piel morena estaba a la sombra del pabellón dorado, concentrado en devorar una salchicha. Se la terminó en tres bocados, se limpió las manos grasientas en los pantalones y pidió a Arstan Barbablanca que fuera a buscarle el acero. El anciano escudero afilaba el *arakh* de Belwas todas las noches y lo frotaba con un aceite color rojo brillante.

Cuando Barbablanca le entregó la espada, Belwas el Fuerte entrecerró los ojos para examinar el filo, gruñó, volvió a meter la hoja en la vaina de cuero y se ató el cinturón en torno a la inmensa cintura. Arstan le había llevado también el escudo, un disco redondo de acero, poco más grande que una bandeja, que el eunuco agarró con la mano izquierda en vez de atárselo al antebrazo, al estilo de Poniente.

—Consígueme hígado y cebollas, Barbablanca —pidió Belwas—. Para ahora no, para luego. Matar siempre da hambre a Belwas el Fuerte.

No esperó la respuesta; salió del olivar en dirección a Oznak zo Pahl.

—¿Por qué eliges a ése, *khaleesi*? —exigió saber Rakharo—. Es gordo y estúpido.

—Belwas el Fuerte era esclavo en las arenas de combate. Si ese noble Oznak cayera ante él, sería una vergüenza para los Grandes Amos, mientras que si lo derrotara... sería una pobre victoria, Meereen no se podría vanagloriar de nada.

Y, a diferencia de Ser Jorah, Daario, Ben el Moreno, y sus tres jinetes de sangre, el eunuco no se ponía al frente de las tropas, no planificaba las batallas ni le daba consejo.

«No hace nada más que comer, fanfarronear y gritarle a Arstan.» Belwas era el único del que podía prescindir. Y ya era hora de saber qué protector le había enviado el magíster Illyrio.

En las líneas de los asediantes se alzó un clamor nervioso cuando vieron a Belwas avanzar hacia la ciudad, y de las murallas y las torres de Meereen les llegaron gritos y burlas. Oznak zo Pahl montó de nuevo y aguardó, con la lanza rayada apuntando hacia el cielo. El corcel sacudía la cabeza con impaciencia y levantaba polvo con los cascos. Pese a su corpulencia, el eunuco parecía menudo en comparación con el héroe a caballo.

—Si fuera un caballero, desmontaría —dijo Arstan.

Oznak zo Pahl bajó la lanza y cargó.

Belwas se detuvo, con las piernas bien separadas. En una mano llevaba el pequeño escudo redondo y en la otra el *arakh* curvo que Arstan cuidaba con tanto esmero. La gran barriga morena y el pecho poderoso aparecían desnudos por encima del cinturón de seda amarilla que llevaba anudado a la cintura, y no contaba con más armadura que un chaleco de cuero tachonado, tan absurdamente pequeño que ni siquiera le cubría los pezones.

—Tendríamos que haberle dado una armadura —dijo Dany, de repente muy nerviosa.

—Eso sólo serviría para hacerlo más lento —dijo Ser Jorah—. En las arenas de combate no llevan armaduras. El público que va allí quiere ver sangre.

Los cascos del corcel blanco levantaban polvo del suelo. Oznak galopó hacia Belwas el Fuerte, con la capa a rayas ondeando al viento.

Todo Meereen parecía estarlo animando; en comparación, los gritos de apoyo de los asediados parecían pocos y bajos; los Inmaculados, formados en filas, guardaban silencio y observaban con rostros como tallados en piedra. Belwas también parecía de piedra. Estaba de pie, en el camino del caballo, con el chaleco tenso en las anchas espaldas. La lanza de Oznak le apuntaba directa al pecho. La brillante punta de acero centelleaba a la luz del sol.

«Lo va a empalar», pensó... y en ese momento el eunuco giró a un lado. Rápido como un parpadeo, el jinete pasó de largo, empezó a girar y alzó la lanza. Belwas no hizo ademán alguno de atacarlo. Los meereenos de las murallas gritaron todavía más.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Dany.

—Quiere ofrecer un buen espectáculo a la turba.

Oznak hizo que el caballo describiera un amplio círculo alrededor de Belwas, luego picó espuelas y cargó de nuevo. Una vez más, Belwas aguardó hasta el último momento y giró a la vez que desviaba la punta de la lanza de un golpe. A oídos de Dany llegó la risotada del eunuco, que despertó ecos en la explanada mientras el héroe pasaba de largo.

—La lanza es demasiado larga —dijo Ser Jorah—. Lo único que tiene que hacer Belwas es esquivar la punta. Ese idiota no tendría que intentar ensartarlo, sino arrollarlo con el caballo.

Oznak zo Pahl cargó por tercera vez, y Dany vio con toda claridad que se dirigía más allá de Belwas, como haría un caballero de Poniente al cargar contra su adversario en una justa, en vez de dirigirse contra él, que sería el estilo de un dothraki. El suelo llano permitía que el corcel alcanzara mucha velocidad, pero también facilitaba las cosas al eunuco a la hora de esquivar la engorrosa lanza de cinco metros.

El héroe rosa y blanco de Meereen trató de anticiparse a Belwas y desvió la lanza en el último momento para intentar ensartarlo cuando la esquivó. Pero el eunuco también había previsto aquello y, en aquella ocasión, se dejó caer, en vez de girarse a un lado. La lanza le

pasó inofensiva por encima de la cabeza y, de repente, Belwas rodó por el suelo y describió un arco plateado con el afilado *arakh*. Se oyó el relincho del corcel cuando la hoja se le clavó en las patas, el caballo cayó y el héroe salió despedido de la silla.

De pronto se había hecho el silencio en los parapetos de Meereen. Era el turno de la gente de Dany de aclamar y aplaudir.

Oznak consiguió que no lo aplastara el caballo y se las arregló para desenvainar la espada antes de que Belwas el Fuerte cayera sobre él. El acero chocó contra el acero, demasiado rápido y furioso para que Dany pudiera seguir los golpes. Pero en menos de doce latidos de corazón, el pecho de Belwas estuvo cubierto de sangre por un corte entre los pezones, y Oznak zo Pahl tenía un *arakh* clavado entre los cuernos de carnero. El eunuco liberó la hoja y cortó la cabeza con tres golpes salvajes en el cuello. La alzó para que los meereenos la vieran bien y la tiró hacia las puertas de la ciudad, donde rebotó y rodó por la arena.

—Vaya con el héroe de Meereen —dijo Daario entre risas.

—Es una victoria sin sentido —advirtió Ser Jorah—. No ganaremos Meereen matando a sus defensores de uno en uno.

—No —asintió Dany—, pero me alegra que hayamos matado a éste.

Los defensores de las murallas empezaron a disparar sus ballestas contra Belwas, pero los dardos se quedaban muy cortos o se clavaban en el suelo, inofensivos. El eunuco volvió la espalda hacia la lluvia de puntas de acero, se bajó los pantalones, se acuclillo y empezó a cagar en dirección a la ciudad. Cuando terminó se limpió con la capa a rayas y se entretuvo el tiempo suficiente para saquear el cadáver del héroe y poner fin a la agonía del caballo antes de regresar al bosquecillo de olivos.

Los asediantes le dieron una bienvenida calurosa cuando entró en el campamento. Los dothrakis aullaban y gritaban, y un clamor brotaba de los Inmaculados que entrechocaban las lanzas y los escudos.

—Bien hecho —le dijo Ser Jorah.

—Una fruta dulce por una dulce victoria —dijo Ben el Moreno tendiendo al eunuco una ciruela madura.

Hasta las doncellas dothrakis de Dany tuvieron palabras de alabanza para él.

—Te trenzaríamos el pelo y te pondríamos una campanilla, Belwas el Fuerte —dijo Jhiqui—. Pero no tienes pelo suficiente.

—Belwas el Fuerte no necesita campanillas tintineantes. —El eunuco se comió de cuatro bocados la ciruela de Ben el Moreno y tiró el hueso—. Belwas el Fuerte necesita hígado y cebollas.

—Hígado y cebollas tendrás —dijo Dany—. Belwas el Fuerte está herido.

Tenía el estómago enrojecido por la sangre que manaba del corte entre los pezones.

—No es nada. Siempre dejo que mi rival me corte una vez, antes de matarlo. —Se dio unas palmaditas en la barriga ensangrentada—. Cuenta los cortes y sabrás a cuántos ha matado Belwas el Fuerte.

Pero Dany había perdido a Khal Drogo por una herida semejante y no iba a permitir que quedara sin curar. Envío a Missandei en busca de un liberto yunkio que era famoso por su habilidad en las artes curativas. Belwas chilló y protestó, pero Dany le echó una regañina y lo llamó bebé calvo hasta que el hombretón permitió que el curador le restañara la sangre de la herida con vinagre, se la cosiera y le vendara el pecho con tiras de lino empapadas en vino de fuego. Sólo entonces se reunió en su pabellón con los capitanes y comandantes que formaban el Consejo.

—Necesito esta ciudad —les dijo una vez sentada con las piernas cruzadas entre los cojines, rodeada por los dragones. Irri y Jhiqui sirvieron vino—. Tienen los graneros llenos a reventar. En las terrazas de las pirámides crecen higos, dátiles y aceitunas, y en las bodegas hay barriles de pescado en salazón y carne ahumada.

—También hay cofres llenos a rebosar de oro, plata y piedras preciosas —les recordó Daario—. No nos olvidemos de las piedras preciosas.

—He examinado las murallas que dan a tierra y no he encontrado ningún punto débil —señaló Ser Jorah Mormont—. Con un poco de tiempo podríamos excavar un túnel, pero ¿qué comeríamos mientras tanto? Ya casi no nos quedan provisiones.

—¿Ningún punto débil en las murallas que dan a tierra? —preguntó Dany. Meereen estaba en un saliente de arena y piedra, allí donde el lento cauce cenagoso del Skahazadhan desembocaba en la Bahía de los Esclavos. La muralla norte de la ciudad se alzaba a lo largo de la ribera, y la muralla oeste en la orilla de la bahía—. ¿Significa eso que tendremos que atacar desde el río o desde el mar?

—¿Con tres barcos? Diremos al capitán Groleo que eche un vistazo a la muralla del río, pero, a no ser que se esté derrumbando, no es más que una manera más húmeda de morir.

—¿Y si construimos torres de asalto? Mi hermano Viserys me hablaba de esas cosas, sé que se puede hacer.

—Si hay madera, Alteza —señaló Ser Jorah—. Los traficantes de esclavos han quemado todos los árboles en veinte leguas a la redonda. Sin madera no hay trabuquetes para derruir las murallas, ni escaleras para saltarlas, ni torres de asalto, ni tortugas, ni arietes. Sí, podríamos atacar las puertas con hachas, pero...

—¿Habéis visto esas cabezas de bronce que hay sobre las puertas? —intervino Ben Plumm el Moreno—. Son hileras de cabezas de arpía con las bocas abiertas. Los meereenos pueden derramar aceite hirviendo por esas bocas y cocinar vivo a cualquiera que ataque con un hacha.

—Tal vez deberían ser los Inmaculados los que fueran con las hachas —dijo Daario Naharis sonriendo a Gusano Gris—. Para vosotros, el aceite hirviendo no es más que un baño caliente, tengo entendido.

—Es falso. —Gusano Gris no le devolvió la sonrisa—. Unos no sienten las quemaduras igual que los hombres, pero el aceite así ciega y mata. En cambio, los Inmaculados no temen a la muerte. Dadnos arietes y derribaremos las puertas o moriremos en el intento.

—Más bien moriríais en el intento —señaló Ben el Moreno.

En Yunkai, cuando se puso al frente de los Segundos Hijos, había asegurado a Dany que era veterano de cien batallas. «Aunque no puedo decir que en todas ellas luchara con valentía. Hay mercenarios viejos y mercenarios valerosos, pero no hay mercenarios viejos y valerosos.» Había llegado a comprender que era verdad.

—No pienso desperdiciar las vidas de los Inmaculados, Gusano Gris. —Dany suspiró—. Quizá podamos derrotarlos por hambre.

—Nosotros moriríamos de hambre mucho antes que ellos, Alteza. —Ser Jorah no estaba de acuerdo—. Aquí no hay alimentos, ni tampoco forraje para las mulas y los caballos. Además, no me gusta este río. Meereen caga en el Skahazadhan, pero el agua para beber la extrae de pozos más profundos. Ya hay informes de enfermos en el campamento, fiebres, diarrea y tres casos de colerina sangrienta. Si nos quedamos habrá más. La marcha ha debilitado a los esclavos.

—A los libertos —lo corrigió Dany—. Ya no son esclavos.

—Esclavos o libres, tienen hambre y no tardarán en caer enfermos. La ciudad está mucho mejor aprovisionada que nosotros y disponen de suministro de agua potable. Con los tres barcos que tenéis no basta para cortarles el acceso tanto al río como al mar.

—En ese caso, ¿qué me aconsejáis, Ser Jorah?

—No os va a gustar.

—De todos modos os escucharé.

—Como gustéis. Yo digo que pasemos de largo de esta ciudad. No podéis liberar a todos los esclavos del mundo, *khaleesi*. Os espera una guerra en Poniente.

—No me he olvidado de Poniente. —Algunas noches Dany soñaba con aquella tierra fabulosa donde no había estado jamás—. Pero, si permito que los viejos muros de adoquines de Meereen me

derroten con tanta facilidad, ¿cómo podré tomar algún día los grandes castillos de piedra de Poniente?

—Igual que lo hizo Aegon —dijo Ser Jorah—. Con fuego. Cuando lleguemos a los Siete Reinos, vuestros dragones ya serán adultos. Allí tendremos torres de asedio y trabuquetes, cosas de las que carecemos aquí... pero el viaje a través de las Tierras del Largo Verano es prolongado y penoso, hay peligros que no podemos imaginar. Os detuvisteis en Astapor para comprar un ejército, no para iniciar una guerra. Reservad las espadas y las lanzas para los Siete Reinos, mi señora. Dejad Meereen para los meereenos y seguid hacia el oeste, hacia Pentos.

—¿Derrotada? —se crispó Dany.

—Cuando los cobardes se esconden detrás de las murallas son ellos los derrotados, *khaleesi* —dijo Ko Jhogo.

Los demás jinetes de sangre estaban de acuerdo.

—Sangre de mi sangre —dijo Rakharo—, cuando los cobardes se esconden y queman la comida y el forraje, los grandes *khals* tienen que buscar enemigos más valientes. Todo el mundo lo sabe.

—Todo el mundo lo sabe —corroboró Jhiqui mientras servía vino.

—Pues yo no lo sé. —Dany tenía en gran estima el consejo de Ser Jorah, pero dejar intacta Meereen era más de lo que podía soportar. No olvidaba a los niños clavados en los mojones, a los pájaros que les picoteaban las entrañas ni los bracitos flacos que señalaban la dirección en el camino de la costa—. Ser Jorah, decís que no nos quedan provisiones. Si marchamos hacia el oeste, ¿cómo podré alimentar a mis libertos?

—No podréis. Lo siento, *khaleesi*. Tendrán que alimentarse solos, o fallecerán de hambre. Y muchos morirán durante la marcha, sí. Va a ser duro, pero no hay manera de salvarlos. Tenemos que alejarnos cuanto antes de esta tierra devastada.

Al cruzar el desierto rojo, Dany había dejado tras ella un rastro de cadáveres. Era una imagen que no quería volver a ver jamás.

—No —dijo—. No me pondré en marcha con mi pueblo para que mueran. —«Son mis hijos»—. Tiene que haber alguna manera de entrar en la ciudad.

—Yo sé una manera. —Ben Plumm el Moreno se acarició la barba salpicada de gris y blanco—. Las cloacas.

—¿Las cloacas? ¿Qué queréis decir?

—Hay grandes cloacas de ladrillo que vacían en el Skahazadhan los desperdicios de la ciudad. Por ahí podrían entrar unos pocos. Así fue como escapé de Meereen cuando mataron a Scarb. —Ben el Moreno hizo una mueca—. No he sido capaz de quitarme aquel olor. A veces todavía sueño con él por las noches.

—De todos modos, sería más fácil salir que entrar. —Ser Jorah no parecía convencido—. ¿Decís que esas cloacas van a dar al río? Eso quiere decir que las entradas estarán justo debajo de las murallas.

—Y cerradas con verjas de hierro —reconoció Ben el Moreno—, aunque algunas están muy oxidadas, de lo contrario me habría ahogado en mierda. Una vez dentro hay una larga subida en la oscuridad más absoluta, y un laberinto de ladrillo donde cualquiera se podría perder para toda la vida. La porquería llega siempre al menos a la cintura, y por las manchas de las paredes puede quedar por encima de la cabeza de un hombre. Además, dentro hay bichos. Las ratas más grandes que os podáis imaginar y cosas aún peores. Es asqueroso.

—¿Tan asqueroso como vos cuando salisteis? —Daario Naharis se echó a reír—. Si hubiera alguien tan idiota como para intentar lo que proponéis, hasta el último traficante de esclavos de Meereen lo olería cuando saliera.

—Su Alteza preguntaba si había alguna manera de entrar —dijo Ben el Moreno encogiéndose de hombros—, así que se lo he dicho... pero Ben Plumm no volvería a entrar en esas cloacas ni por todo el oro de los Siete Reinos. Si otros quieren intentarlo, por mí perfecto.

Aggo, Jhogo y Gusano Gris fueron a hablar todos a la vez, pero Dany alzó una mano para pedir silencio.

—Esas cloacas no parecen prometedoras. —Sabía que Gusano Gris guiaría a los Inmaculados por ellas si lo ordenaba, y sus jinetes de sangre no se quedarían atrás. Pero ni unos ni otros eran adecuados para la misión. Los dothrakis eran jinetes, y la fuerza de los Inmaculados residía en su disciplina en el campo de batalla. «¿Debo enviar a unos hombres a morir en la oscuridad, si las posibilidades de éxito son tan escasas?»—. Tengo que meditar sobre esto. Volved a vuestras tareas.

Sus capitanes hicieron una reverencia y la dejaron con las doncellas y los dragones. Pero, cuando Ben el Moreno se disponía a salir, *Viserion* extendió las alas blancas y revoloteó perezoso hacia su cabeza. Una de las alas rozó el rostro del mercenario. El dragón blanco se posó de forma inestable con una pata en la cabeza del hombre y otra en el hombro, gritó y salió volando de nuevo.

—Por lo visto le gustáis, Ben —dijo Dany.

—Por supuesto. —Ben el Moreno se echó a reír—. Tengo una gota de sangre de dragón, ¿no lo sabíais?

—¿Vos?

Fue una sorpresa para Dany. Plumm era un hombre de las compañías libres, un mestizo simpático. Tenía el rostro ancho, la nariz rota y el cabello gris, y de su madre dothraki había heredado unos ojos grandes, oscuros y almendrados. Decía que era en parte bravoosi, en parte isleño del verano, en parte ibbenés, en parte qohoriense, en parte dothraki, en parte dorniense y en parte de Poniente, pero era la primera vez que lo oía hablar de su sangre Targaryen. Lo miró inquisitiva.

—¿Cómo es posible?

—Bueno —dijo Ben el Moreno—, hubo un Plumm en los Reinos del Ocaso que contrajo matrimonio con una princesa dragón. Mi abuela me lo contaba a menudo. Vivió en tiempos del rey Aegon.

—¿Qué rey Aegon? —quiso saber Dany—. Cinco reyes Aegon han reinado en Poniente. —El hijo de su hermano habría sido el sexto,

pero los hombres del Usurpador le aplastaron la cabeza contra una pared.

—¿Hubo cinco? Pues vaya lío. No os puedo decir el número, mi reina. Pero ese viejo Plumm era un señor, debió de ser muy famoso en sus tiempos, seguro que todo el mundo hablaba de él. Con vuestro regío permiso, os diré que tenía una polla de veinte palmos de largo.

Las tres campanitas de la trenza de Dany tintinearón cuando se echó a reír.

—Querrás decir dedos.

—Palmos —insistió Ben el Moreno—. Si fueran dedos, ¿quién hablaría de ello?

—¿Vuestra abuela en persona vio semejante prodigio? —Dany dejó escapar una risita infantil.

—¿La vieja bruja? No. Era medio ibbenesa y medio qohoriense, no estuvo nunca en Poniente, se lo debió de contar mi abuelo. Unos dothrakis lo mataron antes de que naciera yo.

—¿Y de dónde le vino ese conocimiento a vuestro abuelo?

—Será una de esas historias que cuentan mientras lo amamantan a uno, digo yo. —Ben el Moreno se encogió de hombros—. Lo siento, eso es todo lo que sé de Aegon el Desnumerado y del enorme miembro del viejo Lord Plumm. Más vale que vaya a vigilar a mis Hijos.

—Adelante —le dijo Dany.

Una vez Ben el Moreno hubo salido de la tienda, volvió a tumbarse entre los cojines.

—Si ya fueras adulto —le dijo a *Drogon* mientras le rascaba entre los cuernos—, montaría sobre ti, sobrevolaríamos esas murallas y derretirías la arpía con tus llamas.

Pero pasarían años antes de que los dragones tuvieran tamaño suficiente para montar en ellos.

«Y cuando sean grandes, ¿quién los cabalgará? El dragón tiene tres cabezas y yo, sólo una. —Pensó en Daario—. Si ha habido alguna vez un hombre capaz de violar a una mujer con los ojos...»

Desde luego, ella tenía tanta culpa como el tyroshi. Más de una vez le había lanzado miradas cuando se reunía el Consejo con los capitanes, y muchas noches recordaba cómo le brillaba el diente de oro al sonreír. Eso y los ojos. «Esos ojos tan azules.» En el camino desde Yunkai, todas las noches, al ir a presentar el informe diario, Daario le había llevado una flor o alguna plantita... Para que aprendiera a conocer aquellas tierras, decía. Ramas de sauce avispa, rosas pardas, menta silvestre, aspérula olorosa, junco filoso, retama de escobas, zarza del desierto, oro de arpía... «Además, intentó evitarme la visión de los niños muertos.» No debería haberlo hecho, pero la intención fue buena. Y Daario Naharis la hacía reír, cosa que no le pasaba con Ser Jorah.

Dany trató de imaginar qué pasaría si permitía que Daario la besara, igual que había hecho Ser Jorah en el barco. La sola idea era excitante y turbadora a la vez.

«Es demasiado arriesgado.» El mercenario tyroshi no era una buena persona, eso no hacía falta que se lo dijera nadie. Por debajo de las sonrisas y las bromas, era peligroso y hasta cruel. Sallor y Prendahl se habían despertado una mañana como compañeros suyos y esa misma noche la había obsequiado con sus cabezas. «Khal Drogo también podía ser cruel y jamás hubo hombre más peligroso. —Y de todos modos lo había llegado a amar—. ¿Podría amar a Daario? ¿Qué pasaría si lo dejara entrar en mi cama? ¿Lo convertiría eso en una de las cabezas del dragón? —Ser Jorah se pondría furioso, sin duda, pero había sido él quien dijo que debería tomar dos esposos—. A lo mejor debería casarme con los dos, y se acabó.»

Pero eran pensamientos vanos. Tenía que tomar una ciudad, y soñar con besos y con los ojos azules de un mercenario no la ayudaría a derribar las murallas de Meereen.

«Soy de la sangre del dragón», se recordó Dany. Sus pensamientos giraban en círculos, como una rata que se persiguiera la

cola. De pronto se sintió como si no pudiera soportar los confines de su pabellón ni un instante más. «Quiero notar el viento en la cara, quiero oler el mar.»

—Missandei —llamó—, haz que ensillen a mi plata. Y tu montura también.

—Como Vuestra Alteza ordene —dijo la pequeña escriba con una reverencia—. ¿Pido que vengan vuestros jinetes de sangre para que os protejan?

—Iré con Arstan. No voy a salir del campamento.

Entre sus hijos no tenía enemigos. Además, el anciano escudero no hablaría tanto como Belwas ni la miraría como la miraba Daario.

El bosquecillo de olivos quemados donde habían levantado su pabellón se encontraba junto al mar, entre el campamento dothraki y el de los Inmaculados. Cuando los caballos estuvieron ensillados, Dany y sus acompañantes pasearon por la orilla, alejándose de la ciudad. Pese a todo, sentía la presencia de Meereen a su espalda, burlándose de ella. Volvió la vista atrás y allí estaba, con el sol de la tarde arrancando destellos de la arpía de bronce que había sobre la Gran Pirámide. Dentro de Meereen los traficantes de esclavos se tenderían pronto con sus *tokars* ribeteados para celebrar banquetes con cordero, aceitunas, perritos nonatos, lirones con miel y otras delicias semejantes, mientras afuera sus hijos pasaban hambre. Sintió una oleada de rabia.

«Acabaré contigo», juró.

Al pasar junto a las zanjas y las estacas que rodeaban el campamento de los eunucos Dany oyó a Gusano Gris y a sus sargentos, que dirigían los ejercicios de una compañía con escudos, espadas cortas y lanzas. Otra compañía se estaba bañando en el mar, con unos calzones de lino blanco por todo atuendo. Ya se había fijado en que los eunucos eran muy limpios. Algunos de los mercenarios olían como si no se hubieran lavado o cambiado la ropa desde que su padre perdió el Trono de Hierro, pero los Inmaculados se bañaban

todas las noches, aunque hubieran estado marchando el día entero. Si no había agua se lavaban con arena, al estilo dothraki.

A su paso, los eunucos se arrodillaban y se llevaban al pecho los puños cerrados. Dany les devolvió el saludo. La marea estaba subiendo y la espuma de las olas bañaba los cascos de la plata. Se veían los barcos a lo lejos, en mar abierto. La *Balerion*, la gran coca antes llamada *Saduleon*, con sus velas plegadas, era la más cercana. Más allá flotaban las galeras *Meraxes* y *Vhagar*, que antes eran *Sol del verano* y *Travesura de Joso*. En realidad los barcos no eran suyos, sino del magíster Illyrio, pero pese a todo les había puesto nombres nuevos sin detenerse a pensarlo. Nombres de dragones y no sólo eso: en la antigua Valyria, antes de la Maldición, *Balerion*, *Meraxes* y *Vhagar* habían sido dioses.

Al sur del ordenado reino de estacas, zanjaz, entrenamientos y eunucos aseados estaba el campamento de los libertos, un lugar mucho más ruidoso y caótico. Dany había armado a los antiguos esclavos lo mejor que había podido, con armas de Astapor y Yunkai, y Ser Jorah había organizado a los hombres en condiciones de luchar en cuatro compañías fuertes, pero allí nadie practicaba. Pasaron junto a una hoguera de madera arrastrada por el mar, donde un centenar de personas se habían reunido para asar un caballo muerto. Le llegó el olor de la carne y oyó cómo chisporroteaba la grasa a medida que los niños daban vueltas al espetón, pero aquello la hizo fruncir el ceño.

Los chiquillos correataron detrás de sus caballos entre saltos y risas. En vez de saludos, muchas voces la llamaron en un revoltillo de idiomas. Algunos libertos le gritaban «Madre», mientras otros le pedían dádivas o favores. Unos rezaban a dioses desconocidos para bendecirla y otros, en cambio, le pedían su bendición. Dany les sonreía, iba de izquierda a derecha, tocaba las manos que se alzaban hacia ella y permitía que los que se arrodillaban le tocaran los estribos o la pierna. Muchos libertos creían que tocarla daba buena suerte.

«Que me toquen, si eso les inspira valor —pensó—. Todavía nos esperan pruebas muy duras...»

Dany se había detenido para hablar con una mujer embarazada que quería que la Madre de Dragones pusiera nombre a su hijo cuando alguien la agarró por la muñeca izquierda. Se dio la vuelta y vio a un hombre alto y harapiento, con la cabeza afeitada y el rostro quemado por el sol.

—No tan fuerte... —empezó a decir.

Pero antes de que pudiera terminar la frase, el hombre le dio un tirón del brazo y la arrancó de la silla. El suelo subió hacia ella y la dejó sin aliento, y la plata relinchó y retrocedió. Dany, conmocionada, giró hacia un lado y se incorporó sobre un codo...

Entonces fue cuando vio la espada.

—Aquí está la puerca traidora —dijo—. Sabía que tarde o temprano vendrías a que te besaran los pies. —Tenía la cabeza calva como un melón, la nariz enrojecida y pelada, pero conocía aquella voz y aquellos ojos color verde claro—. Voy a empezar por cortarte las tetas.

Dany fue vagamente consciente de que Missandei gritaba pidiendo ayuda. Un liberto se adelantó, pero sólo un paso. Una estocada rápida y cayó de rodillas con el rostro lleno de sangre. Mero se limpió la sangre en los calzones.

—¿Quién es el siguiente?

—Yo.

Arstan Barbablanca saltó de su caballo y se situó junto a Dany; la brisa marina le agitaba el pelo blanco mientras sujetaba el largo cayado de madera con ambas manos.

—Venga, abuelo —dijo Mero—, lárgate antes de que te rompa el bastón en dos y te lo meta por el culo...

El anciano hizo una finta con un extremo del cayado, lo recogió y lanzó el otro extremo como un látigo, a una velocidad que Dany jamás había visto. El Bastardo del Titán retrocedió tambaleante hacia el mar, al tiempo que escupía sangre y dientes rotos de la boca destrozada. Barbablanca puso a Dany tras él. Mero le lanzó una estocada al rostro. El anciano saltó hacia atrás rápido como un felino. El cayado golpeó a

Mero entre las costillas y lo hizo tambalear. Arstan saltó a un lado en el agua, detuvo un tajo de la espada, esquivó un segundo con agilidad y bloqueó un tercero en medio del arco. Los movimientos eran tan rápidos que Dany apenas podía seguirlos. Missandei la estaba ayudando a ponerse en pie cuando oyó un chasquido. Al principio pensó que el cayado de Arstan se había roto, hasta que vio el hueso roto que salía de la pantorrilla de Mero. Al caer, el Bastardo del Titán se retorció y lanzó una estacada directa al pecho del anciano. Barbablanca apartó la hoja con un movimiento casi despectivo, y con el otro extremo del cayado golpeó la sien del hombretón. Mero quedó tendido, con la boca llena de sangre, mientras las olas lo cubrían. Un instante más tarde los libertos también lo cubrieron, todos con cuchillos, piedras y puños furiosos, en un enloquecido frenesí.

Dany apartó la vista, asqueada. En aquel momento tenía más miedo que cuando Mero la había atacado.

«Ha estado a punto de matarme.»

—Alteza. —Arstan se arrodilló—. Soy un anciano, estoy avergonzado. No debí permitir que se os acercara tanto. He sido negligente. Sin la barba y sin el pelo no lo reconocí.

—Igual que yo. —Dany respiró hondo para dejar de temblar. «Enemigos por todas partes»—. Llevadme a mi tienda. Por favor.

Cuando llegó Mormont, ya estaba arrebujaada en su piel de león, y bebía una copa de vino especiado.

—He estado examinando la muralla del río —empezó a decir Ser Jorah—. Es un poco más alta que las demás e igual de sólida. Además, los meereenos tienen una docena de barriles incendiarios atados bajo los baluartes...

—Tendríais que haberme avisado de que el Bastardo del Titán había conseguido escapar —lo interrumpió Dany.

—No me pareció necesario alarmaros, Alteza —dijo el caballero frunciendo el ceño—. He ofrecido una recompensa por su cabeza...

—Pues pagádsela a Barbablanca. Mero ha viajado con nosotros desde que salimos de Yunkai. Se afeitó la barba y se confundió entre

los libertos a la espera de que le llegara una ocasión para vengarse. Arstan lo ha matado.

—¿Queréis decir que un escudero con un palo ha acabado con Mero de Braavos? —Ser Jorah miraba fijamente al anciano.

—Con un palo —asintió Dany—. Pero escudero... nunca más. Ser Jorah, es mi deseo que se arme caballero a Arstan.

—No.

La sonora negativa fue toda una sorpresa. Y lo más extraño fue que salió de los labios de los dos hombres a la vez. Ser Jorah desenvainó la espada.

—El Bastardo del Titán era un individuo peligroso. Sabía cómo matar. ¿Quién sois vos, anciano?

—Un caballero mejor que vos, ser —replicó Arstan con frialdad.

«¿Un caballero?» Dany estaba confusa.

—Me dijisteis que erais escudero.

—Lo fui, Alteza. —Se dejó caer sobre una rodilla—. En mi juventud fui escudero de Lord Swann, y por orden del magíster Illyrio también he servido a Belwas el Fuerte. Pero, entre esos años, fui caballero en Poniente. No os he contado ninguna mentira, mi reina, os he ocultado algunas verdades. Por eso y por el resto de mis pecados sólo puedo suplicar vuestro perdón.

—¿Qué verdades me habéis ocultado? —A Dany no le estaba gustando nada aquello—. Decídmelo. Ahora mismo.

—En Qarth —dijo el anciano inclinando la cabeza—, cuando me preguntasteis mi nombre, os dije que me llamaban Arstan. Eso es cierto. Muchos hombres me llamaron así durante el viaje que hicimos Belwas y yo para buscaros. Pero no es mi verdadero nombre.

«Me ha engañado, como me advirtió Jorah, pero me acaba de salvar la vida.» Dany estaba cada vez más confusa y furiosa.

—Mero se afeitó la barba, vos en cambio os la dejasteis crecer, ¿verdad? —Ser Jorah tenía el rostro congestionado—. Mierda, ahora entiendo por qué me resultabais tan familiar.

—¿Lo conocéis? —preguntó Dany al caballero exiliado.

—Lo vi una docena de veces, casi siempre de lejos, cuando estaba con sus hermanos o tomaba parte en un torneo. Pero no había hombre en los Siete Reinos que no conociera a Barristan el Bravo. —Puso la punta de la espada en el cuello del anciano—. *Khaleesi*, el que se arrodilla ante vos es Ser Barristan Selmy, Lord Comandante de la Guardia Real, que traicionó a vuestra Casa para servir al Usurpador Robert Baratheon.

—El cuervo llama negro al grajo, y vos habláis de traiciones. —El anciano caballero ni siquiera pestañeó.

—¿Qué hacéis aquí? —exigió saber Dany—. Si Robert os envió para matarme, ¿por qué me habéis salvado la vida? —«Sirvió al Usurpador. Traicionó la memoria de Rhaegar y abandonó a Viserys para que viviera y muriera en el exilio. Pero, si hubiera querido verme muerta, sólo habría tenido que echarse a un lado»—. Quiero que me digáis toda la verdad, por vuestro honor de caballero. ¿A quién servís, al Usurpador o a mí?

—A vos, si me aceptáis. —Ser Barristan tenía lágrimas en los ojos—. Acepté el perdón de Robert, sí. Lo serví en la Guardia Real y en el Consejo. Serví con el Matarreyes y con otros casi tan malos como él, que deshonraron la capa blanca que llevé. No tengo excusa para eso. Tal vez aún estaría sirviendo en Desembarco del Rey si el malvado muchacho que se sienta en el Trono de Hierro no me hubiera expulsado. Me avergüenza reconocerlo. Pero cuando me quitó la capa que el Toro Blanco me había puesto en los hombros, y el mismo día envió hombres para matarme, fue como si me arrancara un velo de los ojos. Fue entonces cuando supe que debía buscar a mi verdadero rey y morir a su servicio...

—Me encantará complaceros —dijo Ser Jorah con voz tensa.

—Silencio —dijo Dany—. Quiero escucharlo.

—Tal vez deba morir como traidor —dijo Ser Barristan—. Si es así, no moriré solo. Antes de aceptar el perdón de Robert luché contra él en el Tridente. En aquella batalla vos estabais en el otro bando, ¿no,

Mormont? —No esperó la respuesta—. Siento no haberos dicho toda la verdad, Alteza. Era la única manera de impedir que los Lannister supieran que me había unido a vos. Os vigilan, igual que vigilaron a vuestro hermano. Durante años Lord Varys recibió información sobre cada movimiento de Viserys. A lo largo de los años oí cientos de noticias en el Consejo Privado. Y desde el día en que os casasteis con Khal Drogo, ha habido a vuestro lado un informador que vendía vuestros secretos, que trataba con la Araña y le cambiaba susurros por oro y promesas.

«No es posible, no puede ser...»

—Os equivocáis. —Dany miró a Jorah Mormont—. Decidle que se equivoca. Que no hay ningún informador. Decídselo, Ser Jorah. Hemos cruzado juntos el mar dothraki y el desierto rojo. —El corazón le aleteaba como un pájaro enjaulado—. Decídselo, Jorah. Decidle que lo ha entendido mal.

—Los Otros se os lleven, Selmy. —Ser Jorah dejó caer la espada sobre las alfombras—. Sólo fue al principio, *khaleesi*, antes de que llegara a conoceros... antes de que llegara a amaros...

—¡No os atreváis a pronunciar esa palabra! —Dany retrocedió—. ¿Cómo habéis sido capaz? ¿Qué os ofreció el Usurpador? ¿Oro? ¿Fue oro? —Los Eternos le habían dicho que sufriría otras dos traiciones, una por oro y otra por amor—. Decid, ¿qué os prometió?

El caballero inclinó la cabeza.

—Varys me dijo... que podría volver a casa.

«¡Yo iba a llevaros a casa!» Los dragones percibieron su furia. *Viserion* echó a volar y le empezó a salir humo gris del morro. *Drogon* batió el aire con las alas negras y *Rhaegal* echó la cabeza hacia atrás y eructó una llamarada.

«Debería dar la orden y que los quemaran a los dos.» ¿Acaso no había nadie en quien pudiera confiar, nadie que cuidara de ella y la protegiera?

—¿Todos los caballeros de Poniente son tan falsos como vosotros dos? Fuera de aquí, antes de que mis dragones os abrasen. ¿Cómo

olerá un mentiroso asado? ¿Tan mal como las cloacas de Ben el Moreno? ¡Marchaos!

Ser Barristan se levantó, despacio, con rigidez... Por primera vez, aparentaba la edad que tenía.

—¿Adónde deseáis que vayamos, Alteza?

—¡Al infierno, a servir al rey Robert! —Dany sintió las lágrimas calientes en las mejillas. *Drogon* chilló y sacudió la cola—. Los Otros se os lleven a los dos. —«Marchaos, marchaos, la próxima vez que vea vuestras caras os haré cortar esas cabezas traidoras.» Pero no fue capaz de decirlo. «Me han traicionado. Pero me han salvado. Pero me han mentido»—. Marchaos a... —«Mi oso, mi oso fiero y fuerte, ¿qué haré sin vos? Y el anciano, que fue amigo de mi hermano»—. Marchaos a... a...

«¿Adónde?»

Y, entonces, se le ocurrió.

TYRION

Tyrion se vistió en la oscuridad mientras escuchaba la respiración pausada de su esposa en el lecho que compartían. «Tiene pesadillas», pensó al oír murmurar algo a Sansa... tal vez un nombre, aunque eran simples susurros que costaba entender. Como marido y mujer compartían una cama de matrimonio, pero nada más. «Hasta las lágrimas se las guarda para ella.»

Cuando le habló de la muerte de su hermano esperaba una reacción de dolor y rabia, pero el rostro de Sansa permaneció tan impassible que por un momento temió que no lo hubiera entendido. Sólo más tarde, separados ya por una gruesa puerta de roble, la oyó sollozar. Tyrion había valorado la posibilidad de ir con ella y consolarla.

«No —tuvo que decirse—, no querrá que la consuele un Lannister.» Lo único que pudo hacer por ella fue evitarle los detalles más macabros de la Boda Roja a medida que iban llegando de Los Gemelos. Decidió que Sansa no tenía por qué saber cómo habían destrozado y mutilado el cuerpo de su hermano, ni cómo habían tirado el cadáver desnudo de su madre al Forca Verde en una parodia salvaje de las costumbres funerarias de la Casa Tully. Lo que menos falta le hacía a la chiquilla era más alimento para sus pesadillas.

Pero no fue suficiente. Le había envuelto los hombros con la capa, había jurado protegerla, pero no había sido más que una burla tan cruel como la corona que los Frey habían puesto sobre la cabeza del huargo de Robb Stark después de coserla a su cadáver decapitado. Sansa también lo sabía. Su manera de mirarlo, su rigidez cuando se metía en la cama que compartían... Cuando estaba con ella no podía olvidar ni por un instante quién era y qué era. Ella tampoco. Seguía yendo todas las noches a rezar al bosque de dioses, y Tyrion se preguntaba si no les pediría su muerte. Había perdido su hogar, su

lugar en el mundo y a todos aquellos a los que había amado, a todos en los que alguna vez pudo confiar. Se Acerca el Invierno, anunciaba el lema de los Stark, y sin duda había caído cruel sobre ellos.

«Pero para la Casa Lannister es pleno verano. Entonces, ¿cómo es que tengo tanto frío?»

Se puso las botas, se sujetó la capa con un broche en forma de cabeza de león y salió al pasillo iluminado por antorchas. Lo único bueno que tenía su matrimonio era que le había permitido escapar del Torreón de Maegor. Ahora que tenía una esposa y servicio doméstico su señor padre había coincidido con él en que le hacía falta un alojamiento más apropiado, y Lord Gyles se vio desposeído bruscamente de sus espaciosas habitaciones en la parte superior del Torreón de la Cocina. Era un alojamiento espléndido, desde luego, con un dormitorio grande y una sala adecuada, un baño y un vestidor para su mujer, y habitaciones más pequeñas para Pod y para las doncellas de Sansa. Hasta la celda de Bronn junto a la escalera tenía una especie de ventanuco. «Bueno, es más bien una tronera, pero deja entrar la luz.» Ciertamente que la cocina principal del castillo estaba al otro lado del patio, pero a Tyrion aquellos sonidos y olores le parecían infinitamente mejores a la idea de compartir Maegor con su hermana. Cuanto menos tuviera que ver a Cersei, más feliz sería.

Tyrion oyó los ronquidos de Brella al pasar junto a su celda. Shae se quejaba de aquello, pero era un precio muy bajo. El propio Varys le había recomendado a aquella mujer; en otros tiempos se había encargado de dirigir el servicio doméstico de la Casa Renly en la ciudad, lo que le había proporcionado mucha práctica a la hora de ser ciega, sorda y muda.

Encendió una vela, se dirigió hacia las escaleras de los criados y empezó a bajar. Los pisos de abajo estaban tranquilos, no se oían más pisadas que las suyas. Siguió descendiendo hasta el nivel del patio y todavía más, hasta llegar a una bodega en penumbra con techo en forma de bóveda. La mayor parte del castillo estaba conectado por subterráneos y el Torreón de la Cocina no era una excepción. Tyrion

avanzó con su andar patoso por largos pasadizos oscuros hasta dar con la puerta que buscaba y la cruzó.

Dentro lo aguardaban los cráneos de los dragones y también Shae.

—Ya pensaba que mi señor se había olvidado de mí.

Su vestido colgaba de un colmillo negro casi tan alto como ella; estaba dentro de las fauces del dragón, completamente desnuda.

«*Balerion*», pensó. ¿O era *Vhagar*? Todos los cráneos de dragón le parecían iguales.

—Ven aquí. —Sólo con ver a Shae se le ponía dura.

—Ni hablar... —Le dedicó su sonrisa más traviesa—. Estoy segura de que mi señor me sacará de las fauces del dragón.

Pero, cuando se acercó a ella, la chica se inclinó hacia delante y apagó la vela.

—Shae...

La tomó por el brazo, pero ella se giró y se liberó.

—Me tendréis que atrapar. —Su voz le llegaba desde la izquierda—. Seguro que mi señor jugaba a monstruos y doncellas cuando era pequeño.

—¿Estás diciendo que soy un monstruo?

—Tanto como yo doncella. —Estaba a su espalda, oía sus pisadas suaves sobre el suelo—. Pero aun así me tenéis que atrapar.

Al final lo consiguió, pero sólo porque ella se dejó atrapar. Cuando la abrazó tenía el rostro congestionado y jadeaba de tanto tropezar dentro de los cráneos de los dragones. Pero todo se le olvidó en un instante, cuando sintió sus pechos menudos presionados contra el rostro en la oscuridad, los pezones duros acariciándole los labios y la cicatriz de lo que había sido su nariz. Tyrion la tumbó en el suelo.

—Mi gigante —suspiró la chica cuando la penetró—. Mi gigante ha venido a salvarme.

Más tarde, mientras yacían abrazados entre los cráneos de dragones, apoyó la cabeza sobre ella para embriagarse del olor limpio de su pelo.

—Tenemos que marcharnos —dijo de mala gana—. Debe de estar a punto de amanecer. Sansa no tardará en despertarse.

—Deberíais darle vino del sueño —dijo Shae—. Es lo que hace Lady Tanda con Lollys. Una copa antes de acostarse y podríamos follar en la cama a su lado sin que se despertara. —Dejó escapar una risita—. No es mala idea, alguna noche deberíamos probar. ¿No le gustaría a mi señor? —Le puso la mano en el hombro y empezó a masajear los músculos—. Tenéis el cuello duro como la piedra. ¿Qué os preocupa?

Tyrion no se podía ver los dedos. Aun así fue alzando uno por cada una de sus aflicciones.

—Mi esposa. Mi hermana. Mi sobrino. Mi padre. Los Tyrell. —Tuvo que cambiar de mano—. Varys. Pycelle. Meñique. La Víbora Roja de Dorne. —Había llegado al último dedo—. La cara que se refleja en el agua cuando me lavo.

—Es una cara valiente. —Shae besó los restos de su nariz—. Una cara noble y buena. Ojalá pudiera verla ahora mismo.

Toda la dulce inocencia del mundo impregnaba su voz.

«¿Inocencia? No seas imbécil, es una puta, lo único que sabe de los hombres es lo que tienen entre las piernas. Idiota, idiota.»

—Tienes un gusto extraño. —Tyrion se sentó—. A los dos nos aguarda un día muy largo. No deberías haber apagado la vela. ¿Cómo vamos a encontrar tu ropa?

—A lo mejor tenemos que volver desnudos. —Shae se echó a reír.

«Y si nos ven, mi señor padre te hará ahorcar.» Al contratar a Shae como doncella de Sansa tenía excusa si lo veían hablando con ella, pero Tyrion no se engañaba, no estaban a salvo. Varys se lo había advertido.

—Le creé una historia falsa a Shae, pero era para Lollys y Lady Tanda. Vuestra hermana es mucho más desconfiada. Si me llega a preguntar qué sé...

—Le contaréis alguna mentira astuta.

—No. Le diré que es una vulgar seguidora de campamento que conocisteis antes de la batalla del Forca Verde y que trajisteis a Desembarco del Rey contra las órdenes expresas de vuestro padre. No voy a mentir a la reina.

—No sería la primera vez. ¿Queréis que se lo diga?

—Esas palabras hieren más que un cuchillo, mi señor. —El eunuco suspiró—. Os he servido con lealtad, pero también tengo que servir a vuestra hermana siempre que pueda. ¿Cuánto tiempo creéis que me dejaría vivir si ya no le resultara útil? No tengo un fiero mercenario que me proteja ni un valeroso hermano que me vengue, sólo unos cuantos pajaritos que me susurran al oído. Con esos susurros tengo que comprar mi vida un día tras otro.

—Disculpad que no llore por vos.

—Desde luego, pero vos me debéis disculpar que no llore por Shae. Os confieso que no comprendo qué tiene esa muchacha para hacer que un hombre inteligente se comporte como un idiota.

—Lo comprenderíais si no fuerais un eunuco.

—¿Eso pensáis? ¿Se pueden tener sesos o un trozo de carne entre las piernas, pero no ambas cosas? —Varys rió entre dientes—. En ese caso debería estar agradecido a los que me emascularon.

«La Araña tenía razón.» Tyrion tanteó la oscuridad plagada de dragones en busca de su ropa interior. Se sentía un miserable. El riesgo que estaba corriendo lo tensaba como un parche de tambor, además, se sentía culpable. «Que los Otros se lleven la culpa —pensó mientras se ponía la túnica por la cabeza—, ¿por qué me tengo que sentir así? Mi esposa no quiere tener nada que ver conmigo y menos con la parte de mí que sí querría relacionarse con ella. Tal vez debería contarle lo de Shae.» No era el primer hombre que tenía una concubina, desde luego. El honorabilísimo padre de la propia Sansa le había dado un hermano bastardo. Por lo que sabía, su esposa estaría encantada de que se estuviera follando a Shae, todo con tal de que no la tocara a ella.

«No, no me atrevo.» Con votos o sin ellos, no podía confiar en su esposa. Era virgen entre las piernas, sí, pero no era inocente de traición. Ya una vez había acudido a Cersei para contarle los planes de su padre. Y las niñas de su edad no sabían guardar un secreto.

La única solución definitiva era librarse de Shae.

«La podría enviar con Chataya», reflexionó Tyrion de mala gana. En el burdel de Chataya, Shae tendría todas las sedas y piedras preciosas que pudiera desear y los más gentiles clientes de noble cuna. Llevaría una vida mucho mejor de la que tenía antes de que se conocieran.

O, si estaba cansada de ganarse el pan abriéndose de piernas, le podría concertar un matrimonio.

«¿Tal vez con Bronn? —El mercenario nunca había puesto pegas a la hora de comer del plato de su señor, y lo habían nombrado caballero, el mejor partido al que Shae podía aspirar—. ¿O con Ser Tallad? —Tyrion se había fijado en cómo la miraba—. ¿Por qué no? Es alto, fuerte, en cierto modo atractivo, un joven caballero de los pies a la cabeza. —Aunque claro, Tallad creía que Shae era la hermosa doncella de una joven dama del castillo—. Si se casara con ella y descubriera que había sido prostituta...»

—¿Dónde estáis, mi señor? ¿Se os han comido los dragones?

—No. Estoy aquí. —Tanteó un cráneo de dragón—. He encontrado un zapato, pero me parece que es tuyo.

—Mi señor tiene la voz muy seria. ¿Os he disgustado?

—No —respondió quizá demasiado cortante—. Tú nunca me disgustas.

«Y por eso estamos en peligro.» En momentos como aquél soñaba con enviarla lejos, pero las buenas intenciones no le duraban. Tyrion la contempló en la penumbra mientras se ponía una media de seda en una esbelta pierna. «Hay algo de luz.» Una tenue claridad entraba por la hilera de ventanas largas y estrechas situadas en lo más alto de la pared de la bodega. A su alrededor los cráneos de los dragones Targaryen salían de la oscuridad, negros en medio del gris.

—El día llega demasiado pronto.

Un nuevo día. Un nuevo año. Un nuevo siglo.

«Sobreviví a la batalla del Forca Verde y a la del Aguasnegras, joder, también sobreviviré a la boda del rey Joffrey.»

Shae descolgó el vestido del colmillo del dragón y se lo puso por la cabeza.

—Subiré primero yo. Brella querrá que la ayude con el agua del baño. —Se inclinó para darle un último beso en la frente—. Mi gigante de Lannister. Cuánto os quiero.

«Yo también te quiero a ti, preciosa. —Sería una prostituta, pero se merecía más de lo que él le podía dar—. La casaré con Ser Tallad. Parece un hombre honrado. Y es alto.»

SANSA

«Era un sueño tan bonito... —pensó Sansa todavía adormilada. Estaba de vuelta en Invernalía y corría por el bosque de dioses con *Dama*. Su padre también estaba allí, así como sus hermanos, todos sanos y salvos—. Ojalá con soñarlo pudiera hacerlo realidad.»

«Tengo que ser valiente —se dijo, apartando las mantas a un lado. Su tormento terminaría pronto de una manera u otra—. Si tuviera *Dama* a mi lado no estaría tan asustada. —Pero *Dama* estaba muerta, al igual que Robb, Bran, Rickon, Arya, su madre, su padre y hasta la septa Mordane—. Todos están muertos menos yo.» Estaba sola en el mundo.

Su señor esposo no se encontraba a su lado, pero a eso ya se había acostumbrado. Tyrion dormía mal y a menudo se levantaba antes del amanecer. Por lo general, al levantarse lo encontraba en sus habitaciones, a la luz de una vela, absorto en algún pergamino viejo o un libro encuadernado en cuero. En ocasiones, el olor del pan recién salido de los hornos lo llevaba a la cocina, otras subía al jardín del tejado o daba una caminata a solas por el Paseo del Traidor.

Abrió los postigos y se estremeció al tiempo que se le ponía la carne de gallina. Las nubes se acumulaban en el cielo hacia el este, taladradas por rayos de luz solar.

«Parecen dos castillos gigantescos que flotaran en el cielo de la mañana.» Sansa imaginaba las paredes de piedra, los imponentes torreones y las barbacanas. En lo alto de las torres ondeaban estandartes etéreos que se izaban hacia las estrellas cada vez más difusas. El sol empezaba a salir tras ellos, y mientras los miraba pasaron del negro al gris y luego a un millar de tonalidades del rosa, el oro y el carmesí. La brisa no tardó en mezclarlos, y donde había habido dos castillos pronto quedó sólo uno.

Oyó cómo se abría la puerta cuando llegaron sus doncellas con el agua caliente para el baño. Las dos eran nuevas, Tyrion le dijo que las mujeres que la habían atendido hasta entonces eran espías de Cersei, tal como había sospechado siempre Sansa.

—Venid a ver esto —les dijo—. Hay un castillo en el cielo.

Ambas se acercaron para mirar.

—Es de oro. —Shae tenía el pelo corto moreno y ojos atrevidos. Hacía todo lo que se le ordenaba, pero a veces miraba a Sansa con demasiada insolencia—. Un castillo todo de oro, ya me gustaría a mí verlo.

—¿Un castillo? —Brella entrecerró los ojos para verlo mejor—. Esa torre de allí parece que se está derrumbando. No son más que ruinas.

Sansa no quería ni oír hablar de torres que se derrumbaban y castillos en ruinas. Cerró los postigos y se dio la vuelta.

—Hoy vamos a desayunar con la reina. ¿Está mi señor esposo en las estancias?

—No, mi señora —dijo Brella—. Esta mañana no lo he visto.

—Puede que haya ido a ver a su padre —declaró Shae—. Tal vez la Mano del Rey necesite su consejo.

Brella sorbió por la nariz.

—Será mejor que os metáis en la bañera antes de que se enfríe el agua, Lady Sansa.

Sansa dejó que Shae le sacara el camisón por la cabeza y se metió en la enorme bañera de madera. Estuvo tentada de pedir una copa de vino para calmar los nervios. La boda se iba a celebrar al mediodía en el Gran Sept de Baelor, al otro lado de la ciudad. Al anochecer tendría lugar el banquete en el salón del trono, con un millar de invitados, setenta y siete platos, bardos, malabaristas y cómicos. Pero lo primero iba a ser el desayuno en el salón de baile de la reina para todos los Lannister y los hombres Tyrell, las mujeres de la Casa Tyrell iban a desayunar con Margaery, y para un centenar de caballeros y señores menores.

«Me han convertido en una Lannister», pensó Sansa con amargura.

Brella mandó a Shae a buscar más agua mientras ella le frotaba la espalda a Sansa.

—Estáis temblando, mi señora.

—Es que el agua está fría —mintió Sansa.

Las doncellas la estaban vistiendo cuando apareció Tyrion, seguido por Podrick Payne.

—Estás muy hermosa, Sansa. —Se volvió hacia su escudero—. Pod, ponme una copa de vino, por favor.

—Habrá vino en el desayuno, mi señor —dijo Sansa.

—También hay vino aquí. No pensarás que voy a enfrentarme a mi hermana sobrio, ¿verdad? Es un nuevo siglo, mi señora. Se cumplen trescientos años de la Conquista de Aegon. —El enano cogió la copa de tinto que le ofreció Podrick y la alzó—. Por Aegon, un tipo con suerte. Dos hermanas, dos esposas y tres dragones grandes, ¿qué más se puede pedir?

Se limpió la boca con el dorso de la mano. Sansa advirtió que las ropas del Gnomo estaban sucias y arrugadas, como si hubiera dormido con ellas puestas.

—¿Te vas a cambiar, mi señor? Tu jubón nuevo es muy hermoso.

—Sí, el jubón es hermoso. —Tyrion dejó la copa a un lado—. Vamos, Pod, a ver si tengo alguna ropa que me haga parecer menos enano. No quisiera avergonzar a mi señora esposa.

Cuando el Gnomo regresó poco después estaba mucho más presentable y hasta parecía un poco más alto. Podrick Payne también se había cambiado de ropa y, para variar, parecía un escudero como es debido, aunque una enorme espinilla roja que le había salido junto a la nariz estropeaba el efecto de su espléndido atuendo púrpura, blanco y dorado.

«Qué chico tan tímido.» Al principio Sansa tenía miedo del escudero de Tyrion; al fin y al cabo era un Payne, primo de Ser Ilyn Payne, el que había cortado la cabeza a su padre. Pero no tardó en

darse cuenta de que Pod tenía tanto miedo de ella como ella de su pariente. Siempre que le dirigía la palabra se ponía tan rojo que casi daba miedo.

—¿El púrpura, el dorado y el blanco son los colores de la Casa Payne, Podrick? —le preguntó con cortesía.

—No. O sea, sí. —Se sonrojó—. Los colores. Nuestras armas son cuadrados púrpura y blancos, mi señora. Con monedas de oro. Un jaquelado. Púrpura y blanco. Los dos. —Se examinó los pies con atención.

—Esas monedas tienen su historia —comentó Tyrion—. Cualquier día de estos Pod se la contará a sus pies, pero ahora mismo nos esperan en el salón de baile de la reina. ¿Vamos?

Sansa estuvo tentada de suplicarle permiso para no asistir. «Podría decirle que tengo el estómago revuelto o que me ha venido la sangre de la luna.» Habría dado cualquier cosa por volver a meterse en la cama y correr los cortinajes. «Tengo que ser valiente, como Robb», se dijo mientras se cogía del brazo de su señor esposo y echaba a andar con rigidez.

En el salón de baile de la reina desayunaron pastelillos de miel con moras y frutos secos, tocino ahumado, panceta, pez ángel rebozado y crujiente, peras de otoño y un plato dorniense de cebolla, queso y huevos picados con chiles muy picantes.

—Nada como un buen desayuno para abrir el apetito con vistas al banquete de setenta y siete platos que habrá esta noche —comentó Tyrion mientras les llenaban los platos.

Para acompañar había jarras de leche, jarras de aguamiel y jarras de un vino dorado muy dulce y ligero. Los músicos paseaban entre las mesas tocando flautas, caramillos y violines, mientras Ser Dontos galopaba montado en una escoba a modo de caballo y el Chico Luna hacía pedorretas con la boca y cantaba canciones groseras acerca de los invitados.

Sansa advirtió que Tyrion apenas probaba la comida, aunque sí bebió varias copas de vino. En cuanto a ella, comió un bocado de

huevos dornienses, pero los chiles le abrasaron la boca. Por lo demás apenas si mordisqueó la fruta, el pescado y los pastelillos de miel. Cada vez que Joffrey la miraba el estómago se le encogía tanto que sentía como si se hubiera tragado una piedra.

Después de que los criados retiraran los restos de la comida, la reina, con gesto solemne, entregó a Joff la capa de desposada que el muchacho pondría en los hombros de Margaery.

—Es la capa que llevé cuando Robert me convirtió en su reina, la misma capa que mi madre, Lady Joanna, lució cuando se casó con mi señor padre.

A Sansa le pareció que estaba un tanto raída, pero tal vez fuera por el exceso de uso.

A continuación llegó la hora de los regalos. En el Dominio era tradición entregar obsequios a la novia y al novio la mañana de su boda. Al día siguiente recibirían más regalos como pareja, pero los de aquel momento eran para ellos como individuos.

El regalo de Jalabhar Xho para Joffrey consistió en un gran arco de madera dorada y un carcaj de flechas largas con plumas verdes y escarlatas; el de Lady Tanda fue un par de botas de montar de cuero flexible; Ser Kevan le entregó una magnífica silla de justar de cuero rojo y el dorniense, el príncipe Oberyn, un broche de oro rojo en forma de escorpión. Ser Addam le regaló unas espuelas de plata, y Lord Mathis Rowan un pabellón de torneo de seda roja. El obsequio de Lord Paxter Redwyne fue una preciosa maqueta en madera de la galera de combate de doscientos remos que en aquellos momentos se estaba construyendo en el Rejo.

—Si a Su Alteza le complace, le pondremos como nombre *Valor del rey Joffrey* —dijo.

A Joff le complació, y mucho.

—Será mi nave insignia cuando vaya a Rocadragón a matar a mi traidor tío Stannis —dijo.

«Hoy está haciéndose el rey amable.» Joffrey podía ser amable cuando le convenía, Sansa lo sabía bien, pero al parecer cada vez le

convenía menos a menudo. De hecho todo atisbo de cortesía se esfumó en el momento en que Tyrion le entregó su regalo: un libro enorme, muy antiguo, titulado *Vidas de cuatro reyes*, encuadernado en cuero y con preciosas ilustraciones. El rey pasó las hojas sin mucho interés.

—¿Qué es esto, tío?

«Un libro.» Sansa se preguntó si Joffrey movería al leer aquellos labios gordos como gusanos.

—La historia del Gran Maestre Kaeth de los reinados de Daeron el Joven Dragón, Baelor el Santo, Aegon el Indigno y Daeron el Bueno —respondió su pequeño esposo.

—Un libro que todo rey debería leer, Alteza —aportó Ser Kevan.

—Mi padre no tuvo nunca tiempo para libros. —Joffrey empujó el tomo sobre la mesa—. Tendrías que leer menos, tío Gnomo, así a lo mejor Lady Sansa tendría ya un bebé en la barriga. —Se echó a reír... y cuando el rey ríe, la corte entera ríe con él—. No estés triste, Sansa, en cuanto deje preñada a la reina Margaery visitaré tu dormitorio y enseñaré a mi tío el enano cómo se hace.

Sansa se sonrojó. Lanzó una mirada nerviosa en dirección a Tyrion, temerosa de lo que podría decir. La situación se podía poner tan desagradable como el tema del encamamiento en su banquete de bodas, pero por una vez el enano se llenó la boca de vino y no de palabras.

Lord Mace Tyrell se adelantó para hacer entrega de su regalo: un cáliz heptagonal de oro de casi un metro de altura con dos asas curvadas y abundantes gemas resplandecientes en cada una de las siete caras.

—Siete caras que representan los siete reinos de Vuestra Alteza —le explicó el padre de la novia.

Le mostró cómo cada una de las caras llevaba el blasón de una de las grandes casas: un león de rubíes, una rosa de esmeraldas, un venado de ónice, una trucha de plata, un halcón de jade azul, un sol de ópalo y un huargo de perlas.

—Una copa espléndida —dijo Joffrey—, pero me parece que vamos a tener que lijar el lobo para poner en su lugar un calamar.

Sansa fingió que no lo había oído.

—Margaery y yo beberemos de aquí esta noche en el banquete, suegro. —Joffrey alzó el cáliz por encima de su cabeza para que todos pudieran admirarlo.

—Ese trasto es casi tan alto como yo —murmuró Tyrion en voz baja—. Si se bebe la mitad de lo que cabe ahí, caerá borracho como una cuba.

«Bien —pensó ella—. Con un poco de suerte se romperá el cuello.»

Lord Tywin esperó a que todos terminaran de entregar los regalos para darle el suyo al rey: una espada larga. Sansa vio que la vaina era de cerezo, oro y cuero rojo con adornos de cabezas de leones también de oro. Los ojos de los leones eran rubíes. Todos los presentes quedaron en silencio mientras Joffrey desenvainaba la espada y la alzaba por encima de la cabeza. Las ondulaciones negras y rojas del acero brillaron bajo la luz de la mañana.

—Es magnífica —dijo Mathis Rowan.

—Sobre esa espada se compondrán canciones, señor —dijo Lord Redwyne.

—Una espada regia —dijo Ser Kevan Lannister.

El rey Joffrey estaba tan emocionado que parecía querer matar a alguien allí mismo. Hendió el aire y se echó a reír.

—¡Una gran espada debe tener un gran nombre, mis señores! ¿Cómo la voy a llamar?

Sansa se acordó de *Colmillo de León*, la espada que Arya había tirado al Tridente, y de *Comecorazones*, la que Joffrey la había obligado a besar antes de la batalla. Se preguntó si querría que Margaery besara aquélla.

Los invitados no dejaban de gritar sugerencias de nombres para la nueva hoja. Joff rechazó una docena antes de oír uno que le gustó.

—¡*Lamento de Viuda*! —exclamó—. ¡Sí! ¡Dejará viuda a más de una mujer! —Cortó de nuevo el aire—. Y cuando me enfrente a mi tío Stannis le partiré en dos su espada mágica.

Joff probó a lanzar un tajo y Ser Balon Swann tuvo que retroceder apresuradamente. Las carcajadas resonaron en la sala ante la expresión en el rostro de Ser Balon.

—Cuidado, Alteza —avisó Ser Addam Marbrand al rey—. El acero valyrio es peligroso, corta mucho.

—Lo recuerdo. —Joffrey empuñó a *Lamento de Viuda* con las dos manos y, con todas sus fuerzas, lanzó un tajo contra el libro que Tyrion le acababa de regalar. La gruesa portada de cuero se partió en dos—. ¡Vaya si corta! No es la primera vez que veo acero valyrio.

Le hicieron falta una docena de tajos más para partir en dos el grueso tomo. Cuando lo consiguió, el muchacho estaba jadeante. Sansa vio cómo su señor esposo luchaba por contener la ira.

—¡Espero que no volváis nunca contra mí esa arma tan temible, señor! —gritó Ser Osmund Kettleblack.

—Pues no me deis motivo para ello, ser.

Joffrey empujó con la espada un trozo de *Vidas de cuatro reyes* y volvió a envainar a *Lamento de Viuda*.

—Alteza —dijo Ser Garlan Tyrell—, puede que no lo supierais, pero en todo Poniente sólo había cuatro ejemplares de ese libro iluminados por el propio Kaeth.

—Ahora sólo hay tres. —Joffrey se quitó el cinto de la espada para ponerse el nuevo—. Lady Sansa y tú me debéis un regalo mejor, tío Gnomo. Éste está todo roto.

—Tal vez un cuchillo, señor, que haga juego con la espada. —Tyrion miraba a su sobrino con sus ojos dispares—. Una daga de acero valyrio tan bueno como el de la espada... ¿con empuñadura de huesodragón, por ejemplo?

—¿Sabes...? —Joff lo miró sobresaltado—. Sí, una daga a juego con mi espada, sí. —Asintió—. Con empuñadura... de oro con rubíes. El huesodragón es muy vulgar.

—Como quieras, Alteza.

Tyrion se bebió otra copa de vino. Prestaba a Sansa tan poca atención como si estuviera a solas en sus estancias, pero cuando llegó el momento de ir a la ceremonia nupcial la tomó de la mano.

Mientras cruzaban el patio el príncipe Oberyn de Dorne se reunió con ellos llevando del brazo a su amante de pelo negro. Sansa miró a la mujer con curiosidad. Era ilegítima, no estaba casada y había dado dos hijas bastardas al príncipe, pero no se avergonzaba de nada y miraba a los ojos hasta a la propia reina. Shae le había dicho que la tal Ellaria adoraba a una diosa lysena del amor.

—Cuando el príncipe la conoció era casi una puta, mi señora —le confió su doncella—, y ahora es casi una princesa.

Sansa nunca había estado tan cerca de la dorniana. «En realidad no es hermosa —pensó—, pero tiene algo que llama la atención.»

—En cierta ocasión tuve la suerte de ver la copia de *Vidas de cuatro reyes* que se conserva en la Ciudadela —comentó el príncipe Oberyn a su señor esposo—. Las iluminaciones eran bellísimas, pero me parece que Kaeth se mostró demasiado generoso con el rey Viserys.

—¿Demasiado generoso? —Tyrion se quedó mirándolo—. En mi opinión le quita demasiada importancia a Viserys. El libro debería haberse titulado *Vidas de cinco reyes*.

—Viserys apenas reinó quince días —dijo el príncipe riéndose.

—Reinó más de un año —señaló Tyrion.

—Un año, quince días, ¿qué más da? —Oberyn se encogió de hombros—. Envenenó a su sobrino para subir al trono y cuando lo consiguió no hizo nada.

—Baelor se mató él solito de tanto ayunar —replicó Tyrion—. Su tío le sirvió lealmente como Mano, igual que había servido antes al Joven Dragón. Puede que Viserys sólo reinara un año, pero gobernó durante quince mientras Daeron iba de guerra en guerra y Baelor se dedicaba a rezar. —Hizo una mueca—. Y aunque quitara de en medio

a su sobrino, ¿no os parece comprensible? Alguien tenía que salvar el reino de las idioteces de Baelor.

—Pero... —Aquello había sido como un mazazo para Sansa—. Baelor el Santo fue un gran rey. Recorrió descalzo toda la Sendahueso para firmar la paz con Dorne y rescató al Caballero Dragón de un pozo de serpientes. Las víboras no lo atacaron porque su alma era pura y santa.

—Si fuerais una víbora, ¿querriais morder un palo seco y sin sangre como Baelor el Santo, mi señora? —preguntó el príncipe Oberyn con una sonrisa—. Yo preferiría clavar los colmillos en algo más jugoso...

—Mi príncipe os está tomando el pelo, Lady Sansa —intervino Ellaria Arena—. A los septones y a los bardos les gusta decir que las serpientes no mordieron a Baelor, pero no es verdad. Lo mordieron cincuenta veces, debería haber muerto de eso.

—En ese caso Viserys habría reinado una docena de años —dijo Tyrion—, cosa que habría sido mucho mejor para los Siete Reinos. Se dice que Baelor perdió el juicio por culpa de todo aquel veneno.

—Sí —dijo el príncipe Oberyn—, pero en esta Fortaleza Roja donde vivís no he visto serpientes, así que, ¿cómo explicáis lo de Joffrey?

—Prefiero no explicarlo. —Tyrion inclinó la cabeza en gesto rígido de saludo—. Por favor, disculpadnos, nos espera la litera.

El enano ayudó a Sansa a subir y trepó tras ella con torpeza.

—Ten la bondad de correr las cortinas, mi señora.

—¿Te parece necesario, mi señor? —Sansa no quería encerrarse tras los cortinajes—. Hace un día muy bonito.

—Seguramente a los gentiles habitantes de Desembarco del Rey les daría por tirar boñigas contra la litera si ven que voy dentro. Haznos ese favor a los dos, mi señora: corre las cortinas.

Hizo lo que le pedía. Se quedaron un rato allí sentados, en una atmósfera cada vez más cálida y cargada.

—Siento lo que ha pasado con tu libro, mi señor —se obligó a decir Sansa.

—El libro era ya de Joffrey. Si lo hubiera leído, habría aprendido alguna que otra cosa. —Parecía distraído—. Tendría que haberme dado cuenta. Tendría que haber imaginado... muchas cosas.

—Puede que la daga lo complazca más.

—Sí. —El enano hizo una mueca que le tensó y le retorció la cicatriz—. Se ha ganado una buena daga, ¿no te parece? —Por suerte Tyrion no esperó a que respondiera—. Recuerdo que Joff discutió con tu hermano Robb en Invernalía. Dime, ¿Su Alteza tuvo algún enfrentamiento también con Bran?

—¿Con Bran? —La pregunta la dejó perpleja—. ¿Antes de que se cayera? —Trató de hacer memoria. Había pasado mucho tiempo—. Bran era un niño encantador, todo el mundo lo quería. Recuerdo que Tommen y él peleaban con espadas de madera, era un juego.

Tyrion volvió a encerrarse en un silencio taciturno. Sansa oyó en el exterior el tintineo lejano de las cadenas; estaban levantando el rastrillo. Un momento más tarde se escuchó un grito y su litera volvió a mecerse con el movimiento. Ya que no podía mirar el paisaje se concentró en observarse las manos entrecruzadas. Se sentía incómoda con los ojos dispares de su esposo clavados en ella.

«¿Por qué me mira así?»

—¿Querías a tus hermanos tanto como quiero yo a Jaime?

«¿Qué es esto, una trampa Lannister para acusarme de traición?»

—Mis hermanos eran traidores y como traidores murieron. Querer a un traidor es traición.

—Robb se alzó en armas contra su legítimo rey, según la ley eso lo convirtió en traidor. Pero los otros murieron demasiado jóvenes para entender siquiera qué es la traición. —Su menudo esposo soltó un bufido y se frotó la nariz—. ¿Sabes qué le pasó a Bran en Invernalía, Sansa?

—Se cayó. Se pasaba la vida trepando y al final se cayó, como nos temíamos. Y Theon Greyjoy lo mató, pero eso fue después.

—Theon Greyjoy. —Tyrion dejó escapar un suspiro—. Tu madre me acusó de... En fin, no te quiero angustiar con detalles desagradables. Me acusó en falso. Jamás le hice ningún daño a tu hermano Bran, igual que no pienso hacerte ningún daño a ti.

«¿Qué quiere que le diga?»

—Me alegro de saberlo, mi señor. —Su esposo quería algo de ella, pero Sansa no sabía qué.

«Es como un niño hambriento, pero no tengo comida que darle. ¿Por qué no me deja en paz?»

Tyrion volvió a frotarse los restos de la nariz, una fea costumbre que atraía la atención hacia su feo rostro.

—No me has preguntado nunca cómo murieron Robb y tu señora madre.

—Es que... prefiero no saberlo. Me daría pesadillas.

—En ese caso no te diré nada más.

—Eres... muy bondadoso.

—Sí, claro —respondió Tyrion—. Soy la viva imagen de la bondad. Y también entiendo de pesadillas.

TYRION

La corona nueva que su padre había regalado a la Fe era el doble de alta que la destrozada por la turba, una maravilla de cristal y oro batido. Rayos de todos los colores del arco iris relampagueaban y centelleaban cada vez que el Septon Supremo movía la cabeza, pero Tyrion no dejaba de preguntarse cómo podría soportar el peso. Y hasta él tenía que reconocer que Joffrey y Margaery formaban una pareja regia allí de pie, juntos, entre las imponentes estatuas doradas del Padre y la Madre.

La novia estaba preciosa con su vestido de seda color marfil y encaje myriense; la falda estaba decorada con dibujos florales hechos con perlas pequeñas. Como viuda de Renly podría haberse presentado con los colores de la Casa Baratheon, oro y negro, pero llegó como una Tyrell, con una capa de doncella con un centenar de rosas de hilo de oro bordadas sobre terciopelo verde. Tyrion se preguntó si sería doncella de verdad.

«Aunque Joffrey no notaría la diferencia.»

El rey estaba casi tan esplendoroso como su novia con su jubón color rosa oscuro bajo una capa de terciopelo carmesí en la que se veían los emblemas del venado y el león. La corona le enmarcaba los rizos, oro sobre oro.

«Yo salvé esa mierda de corona para él. —Tyrion cambiaba el peso del cuerpo de un pie al otro, incómodo. No podía estarse quieto—. Demasiado vino.»

Se le tendría que haber ocurrido ir a orinar antes de salir de la Fortaleza Roja. La noche sin dormir que había pasado con Shae también se dejaba notar, pero lo que más deseaba en el mundo era estrangular al imbécil de su regio sobrino.

«No es la primera vez que veo acero valyrio», había alardeado el chico. Los septones siempre hablaban de cómo el Padre en las alturas nos juzga a todos.

«Si el Padre tuviera la bondad de caerse y aplastar a Joff como si fuera un escarabajo pelotero, hasta recuperaría la fe.»

Lo tendría que haber sabido desde el principio. Jaime jamás enviaría a otro hombre a matar por él, y Cersei era demasiado astuta para emplear un cuchillo que había sido visto en sus manos, pero Joff, aquel canalla arrogante, cruel, idiota...

Recordó la fría mañana en que había bajado por los peldaños del edificio de la biblioteca de Invernalía y se encontró al príncipe Joffrey bromeando con el Perro acerca de matar lobos.

«Mandar un perro para matar a un lobo», había dicho. Pero ni siquiera Joffrey era tan idiota como para ordenar a Sandor Clegane que matara a un hijo de Eddard Stark; el Perro se lo habría contado a Cersei de inmediato. El chico habría buscado su herramienta entre el desagradable grupo de jinetes libres, comerciantes y seguidores de campamento que se habían pegado al séquito del rey durante el viaje hacia el norte.

«Cualquier estúpido con la cara picada de viruelas, dispuesto a jugarse la vida para conseguir el favor de un príncipe y un puñado de monedas. —Tyrion se preguntó a quién se le habría ocurrido esperar a que Robert saliera de Invernalía antes de cortarle el cuello a Bran—. A Joff, probablemente. Seguro que le pareció el colmo de la astucia.»

Tyrion recordó que la daga del príncipe tenía el pomo cubierto de piedras preciosas e incrustaciones de oro en la hoja. Al menos Joff no había sido tan cretino como para utilizar aquella arma. En vez de eso buscó entre las de su padre. Robert Baratheon era un hombre de generosidad descuidada, habría dado a su hijo cualquier daga que hubiera querido... Pero Tyrion se imaginó que el chico se había limitado a coger una. Robert había llegado a Invernalía con un largo séquito de caballeros y criados, una enorme casa con ruedas y todo un convoy de equipamiento. Sin duda algún criado diligente se habría

asegurado de que las armas del rey viajaran con él por si quería utilizar alguna.

El cuchillo que había elegido Joff era sencillo, nada de filigranas de oro, piedras preciosas en la empuñadura ni incrustaciones de plata en la hoja. El rey Robert no lo utilizaba nunca, probablemente hasta se había olvidado de que lo tenía. Pero el acero valyrio tenía un filo mortífero, tanto como para atravesar la piel, la carne y el músculo en un golpe rápido. «No es la primera vez que veo acero valyrio.» Pero es muy probable que todavía no lo hubiera visto nunca en aquella ocasión. De lo contrario no habría cometido la estupidez de elegir el cuchillo de Meñique.

Lo que aún no sabía era por qué. ¿Tal vez por simple crueldad? Si algo le sobraba a su sobrino era eso. Tyrion tuvo que hacer un esfuerzo para no vomitar todo el vino que había bebido, para no mearse en los calzones, o para no hacer ambas cosas. Cambió de pie, incómodo. Tendría que haber cerrado la boca en el desayuno.

«Ahora el chico sabe que lo sé. Esta lengua mía me va a llevar a la muerte.»

Se formularon los siete votos, se invocaron las siete bendiciones y se intercambiaron las siete promesas. Una vez terminó la canción nupcial y nadie se alzó para impedir el matrimonio llegó el momento del intercambio de capas. Tyrion se apoyó sobre la otra pierna atrofiada y trató de ver algo entre su padre y su tío Kevan.

«Si los dioses son justos, Joff hará una chapuza. —Evitó por todos los medios mirar a Sansa para que la amargura no le aflorase a los ojos—. Maldita sea, podrías haberte arrodillado. Joder, ¿tanto te habría costado doblar esas rígidas rodillas Stark y permitirme que conservara un poco de dignidad?»

Mace Tyrell le quitó la capa de doncella a su hija con gesto tierno, al tiempo que Joffrey aceptaba la capa de desposada que le tendía su hermano Tommen y la desplegaba con un movimiento. A sus trece años, el niño rey era tan alto como su esposa de dieciséis; no le haría falta subirse a la espalda de un bufón. Cubrió a Margaery con el tejido

dorado y carmesí, y le abrochó la capa sobre la garganta. Y así la muchacha pasó de estar bajo la protección de su padre a estar bajo la de su esposo.

«Pero ¿quién la protegerá de Joff? —Tyrion miró al Caballero de las Flores, que estaba con el resto de la Guardia Real—. Más os vale tener siempre la espada bien afilada, Ser Loras.»

—¡Con este beso te entrego en prenda mi amor! —exclamó Joffrey con voz retumbante.

Margaery repitió las palabras, y entonces la atrajo hacia él y le dio un largo beso en la boca. Los destellos de colores volvieron a danzar en torno a la corona del Septon Supremo mientras declaraba que Joffrey de las Casas Baratheon y Lannister y Margaery de la Casa Tyrell eran una sola carne, un solo corazón, una sola alma.

«Bien, ya se acabó. Ahora volvamos al castillo, a ver si puedo mear de una vez.»

Ser Loras y Ser Meryn, ataviados con sus armaduras blancas y sus capas níveas, encabezaron la procesión que salió del sept. Tras ellos, precediendo al rey y a la reina, iba el príncipe Tommen, cuya misión era arrojar al suelo pétalos de rosa de la cesta que llevaba. Después de la pareja real iban la reina Cersei con Lord Tyrell, y tras ellos la madre de la desposada del brazo de Lord Tywin. Un poco más atrás cojeaba la Reina de Espinas, con una mano en el brazo de Ser Kevan Lannister y la otra en su bastón, con los guardias gemelos siguiéndola de cerca por si se caía. Después iban Ser Garlan Tyrell y su señora esposa, y por fin les tocó a ellos.

—Mi señora...

Tyrion ofreció el brazo a Sansa. Ella lo tomó obediente, pero Tyrion advirtió su rigidez mientras recorrían juntos el pasillo. Ni por un momento bajó la vista hacia él.

Oyó los aplausos y las aclamaciones incluso antes de llegar a la puerta. El pueblo amaba tanto a Margaery que hasta estaban dispuestos a volver a amar a Joffrey. Había sido la esposa de Renly, el apuesto príncipe que los quería tanto que había vuelto de la tumba

para salvarlos. Y con ella, por el camino de las rosas que venía desde el sur, habían llegado las riquezas de Altojardín. Los muy idiotas por lo visto no recordaban que había sido Mace Tyrell el que cerró el camino de las rosas y provocó la terrible hambruna.

Salieron al fresco aire del otoño.

—Ya pensaba que no íbamos a escapar —bromeó Tyrion.

—Sí, mi señor. —Sansa no tuvo más remedio que mirarlo—. Como vos digáis. —Parecía triste—. Pero la ceremonia ha sido muy hermosa.

«Y la nuestra, no.»

—Ha sido muy larga, dejémoslo ahí. Tengo que volver al castillo para echar una meada. —Tyrion se frotó el muñón de la nariz—. Ojalá me hubieran encargado cualquier misión fuera de la ciudad. Meñique fue muy listo.

Joffrey y Margaery seguían de pie en la cima de las escaleras desde donde se dominaba la gran plaza de mármol, rodeados por la Guardia Real. Ser Addam y sus capas doradas contenían a la multitud, mientras la estatua del rey Baelor el Santo los contemplaba benevolente. A Tyrion no le quedó más remedio que esperar junto con todos los demás para felicitar a los novios. Besó la mano de Margaery y le deseó toda la felicidad del mundo. Por suerte había más gente tras ellos esperando su turno, de manera que no tuvieron que entretenerse.

Su litera había quedado al sol, y entre las cortinas hacía mucho calor. Cuando se pusieron en marcha, Tyrion se reclinó y se apoyó sobre un codo mientras Sansa iba sentada mirándose las manos.

«Es tan bonita como la Tyrell.» Tenía una hermosa cabellera castaña rojiza y los ojos del azul oscuro de los Tully. El dolor le había dado un aspecto triste y vulnerable, que la hacía parecer aún más bella. Habría querido llegar a ella, romper la armadura de su cortesía. ¿Fue eso lo que lo hizo hablar? ¿O sólo la necesidad de olvidarse de su vejiga llena?

—He estado pensando que, cuando los caminos vuelvan a ser seguros, podríamos viajar a Roca Casterly. —«Lejos de Joffrey y de

mi hermana.» Cuanto más pensaba en lo que había hecho Joff con *Vidas de cuatro reyes*, más preocupado estaba. «Seguro que significaba algo»—. Me encantaría enseñarte la Galería Dorada y la Boca del León, y también la Sala de los Héroes, donde Jaime y yo jugábamos cuando éramos niños. Se oye el retumbar del mar cuando las olas baten...

Sansa alzó la cabeza muy despacio. Tyrion sabía qué estaba viendo: el brutal ceño hinchado, el muñón de la nariz, la cicatriz rosada y los ojos desiguales. Los ojos de ella en cambio eran grandes, azules, vacíos.

—Iré a donde desee mi señor esposo.

—Esperaba que te agradara la idea, mi señora.

—Me agradará agradar a mi esposo.

«Eres un hombrecillo patético. —Tyrion apretó los labios—. ¿Pensabas que la harías sonreír diciendo tonterías sobre la Boca del León? ¿Cuándo has hecho sonreír a una mujer si no es con oro?»

—No, ha sido una idea tonta. Sólo un Lannister puede estar a gusto en la Roca.

—Sí, mi señor. Como quieras.

Tyrion alcanzó a oír los gritos de los ciudadanos que aclamaban al rey Joffrey.

«Dentro de tres años ese muchacho cruel será un hombre, gobernará por derecho propio... y los enanos inteligentes estarán a mucha distancia de Desembarco del Rey. Tal vez en Antigua. O quizá en las Ciudades Libres. Siempre había querido ver el Titán de Braavos. Puede que a Sansa le gustara.»

Le habló con dulzura de Braavos, y se encontró con un muro de cortesía hosca tan gélido e inexpugnable como el Muro que había visto en el norte. En ambas ocasiones lo invadió el desánimo.

El resto del viaje transcurrió en silencio. Al poco rato Tyrion descubrió que habría dado cualquier cosa por que Sansa dijera alguna palabra, cualquiera, pero la niña no hablaba nunca. Cuando la litera se

detuvo en el patio del castillo se apoyó en el brazo de un mozo de cuadras para bajar.

—Tenemos que estar en el banquete dentro de una hora, mi señora. Enseguida volveré contigo.

Se alejó con pasos rígidos. Desde el otro lado del patio le llegó la carcajada sin aliento de Margaery mientras Joffrey la bajaba de la silla de montar.

«Algún día el chico será tan alto y fuerte como Jaime —pensó—, y yo seguiré siendo un enano entre sus pies. Y seguro que querrá hacerme aún más bajo...»

Encontró un retrete y dejó escapar un suspiro de alivio mientras orinaba el vino de la mañana. En ciertas ocasiones una meada era casi tan buena como una mujer, y aquélla era una de ellas. Deseó poder librarse de sus dudas y culpas con tanta facilidad.

Podrick Payne lo aguardaba ante sus habitaciones.

—Os he puesto el jubón nuevo. Aquí no. En la cama. En el dormitorio.

—Sí, ahí es donde guardamos la cama. —Sansa estaría allí adentro, vistiéndose para el banquete. Y Shae también—. Vino, Pod.

Tyrion bebió junto a la ventana, mientras contemplaba el caos en las cocinas, abajo. El sol no acariciaba todavía la parte superior de la muralla del castillo, pero ya le llegaba el olor de los panes horneados y las carnes asadas. Los invitados no tardarían en llenar el salón del trono, todos expectantes; aquélla sería una velada de canciones y esplendor, ideada no sólo para unir Altojardín con Roca Casterly, sino también para anunciar su poder y riqueza como lección para cualquiera que pudiera pensar en oponerse al reinado de Joffrey.

Pero ¿quién estaría tan loco como para cuestionar a Joffrey en aquel momento, después de lo que les había pasado a Stannis Baratheon y a Robb Stark? Todavía había escaramuzas en las tierras de los ríos, pero la pinza se cerraba por todas partes. Ser Gregor Clegane había cruzado el Tridente para apoderarse del Vado Rubí y luego tomó Harrenhal casi sin esfuerzo. Varamar se había rendido a

Walder Frey el Negro y Poza de la Doncella estaba en manos de Lord Randyll Tarly, así como el Valle Oscuro y el camino real. En el oeste, Ser Daven Lannister se había unido a Ser Forley Prester en el Colmillo Dorado para marchar hacia Aguasdulces. Ser Ryman Frey avanzaba desde Los Gemelos con dos mil lanceros para reunirse con ellos. Y Paxter Redwyne aseguraba que su flota zarparía pronto del Rejo para emprender el largo viaje alrededor de Dorne y a través de los Peldaños de Piedra. Los piratas Iysenos de Stannis estarían en inferioridad numérica de diez a uno. La contienda que los maestros empezaban a llamar la Guerra de los Cinco Reyes estaba a punto de terminar. Se decía que Mace Tyrell se quejaba de que Lord Tywin no había dejado ninguna victoria para él.

—¿Mi señor? —Pod estaba a su lado—. ¿Os vais a cambiar? Os he puesto el jubón. En la cama. Para la fiesta.

—¿La fiesta? —replicó Tyrion con amargura—. ¿Qué fiesta?

—La fiesta, el banquete de bodas. —A Pod se le escapó el sarcasmo, por supuesto—. El del rey Joffrey y Lady Margaery. Quiero decir, la reina Margaery.

—Muy bien, joven Podrick, vamos a ponernos festivos. —Tyrion decidió que aquella noche se iba a emborrachar a conciencia.

Shae estaba arreglándole el pelo a Sansa cuando entraron en el dormitorio. «Alegría y dolor —pensó al verlas juntas—. Risas y lágrimas.» Sansa lucía una túnica de raso plateado con ribetes de armiño y unas mangas tan amplias que casi tocaban el suelo con los puños de suave fieltro púrpura. Shae la había peinado con un gusto exquisito, recogiendo el pelo en una redecilla de plata con gemas color púrpura. Tyrion nunca la había visto tan hermosa, aunque en aquellas mangas largas llevaba la señal del luto.

—Lady Sansa —le dijo—, esta noche vas a ser la mujer más hermosa del banquete.

—Mi señor es demasiado amable.

—Mi señora —dijo Shae implorante—, ¿no puedo ir a servirlos en la mesa? Me muero por ver salir las palomas de la empanada.

—La reina ha elegido a todos los criados. —Sansa la miraba insegura.

—Y habrá demasiada gente en la sala. —Tyrion no tuvo más remedio que tragarse la contrariedad que sentía—. Pero habrá músicos por todo el castillo, y mesas en el patio exterior, con comida y bebida para todos.

Inspeccionó su jubón nuevo, de terciopelo carmesí con hombreras acolchadas y mangas abombachadas con cortes que dejaban ver la seda negra del forro. «Hermosa prenda. Sólo hace falta un hombre hermoso que la luzca.»

—Ven, Pod, ayúdame a ponerme esto.

Se bebió otra copa de vino mientras se vestía, luego tomó a su esposa por el brazo y la acompañó al exterior del Torreón para unirse a la marea de seda, satén y terciopelo que fluía hacia el salón del trono. Algunos invitados ya habían entrado para ocupar sus lugares en los bancos. Otros remoloneaban ante las puertas para disfrutar de aquella tarde cálida tan poco propia de la estación. Tyrion y Sansa recorrieron el patio para recitar las frases cortesas de rigor.

«Se le da muy bien», pensó al verla decir a Lord Gyles que parecía mejor de su tos, alabar la túnica de Elinor Tyrell e interesarse por las costumbres matrimoniales en las Islas del Verano al hablar con Jalabhar Xho. Su primo Ser Lancel estaba allí, lo había llevado Ser Kevan, era la primera vez que abandonaba el lecho desde la batalla. «Parece un cadáver.» El pelo de Lancel se había vuelto blanco y quebradizo, y estaba flaco como un palo. Si no se hubiera apoyado en su padre se habría caído, seguro. Pero cuando Sansa ensalzó su valor y dijo cuánto se alegraba de verlo restablecido, tanto Lancel como Ser Kevan sonrieron. «Habría sido una buena reina para Joffrey, y una esposa aún mejor si hubiera tenido el sentido común de amarla.» Se preguntó si su sobrino sería capaz de amar a nadie.

—Esta noche estáis exquisita, pequeña —dijo Lady Olenna Tyrell a Sansa, cuando se acercó a ellos cojeando, con un traje de hilo de oro que debía de pesar más que ella—. Esperad, que el viento os ha

revuelto el pelo. —La anciana le colocó unos cuantos mechones en su sitio y enderezó la redecilla del cabello de Sansa—. Sentí mucho enterarme de vuestras pérdidas —le dijo mientras—. Ya sé, ya sé, vuestro hermano era un traidor espantoso, pero si empezamos a matar hombres en las bodas les dará todavía más miedo contraer matrimonio. Así, ya está. —Lady Olenna sonrió—. Me complace deciros que partiré de vuelta a Altojardín pasado mañana. Ya estoy harta de esta ciudad hedionda, toda para vosotros. ¿Queréis acompañarme para ver aquello unos días, mientras los hombres están fuera en su guerra? Voy a echar muchísimo de menos a mi Margaery y a sus encantadoras damas. Vuestra compañía sería todo un consuelo.

—Sois muy buena conmigo, mi señora —dijo Sansa—, pero mi lugar está con mi señor esposo.

Lady Olenna dedicó a Tyrion una sonrisa arrugada, desdentada.

—¿Sí? Perdonad a esta vieja tonta, mi señor. No pretendía robaros a vuestra adorable esposa. Imaginé que partiríais al frente de un ejército Lannister contra algún terrible enemigo.

—Un ejército de dragones y venados. El consejero de la moneda debe permanecer en la corte para asegurarse de que los soldados reciben la paga.

—Claro. Dragones y venados, qué agudo. Y también centavos del enano. He oído hablar de esos centavos. Sin duda recolectarlos debe de ser un trabajo muy arduo.

—Dejo que sean otros quienes los recolecten, mi señora.

—¿De veras? Me imaginaba que os queríais encargar vos en persona. No podemos permitir que le roben a la corona sus centavos del enano, por supuesto que no. ¿Verdad?

—Los dioses no lo quieran. —Tyrion empezaba a preguntarse si Lord Luthor Tyrell no se habría tirado por el acantilado adrede—. Tendréis que disculparnos, Lady Olenna, tenemos que ocupar nuestros sitios.

—Yo también. Setenta y siete platos, nada menos. ¿No os parece un poco excesivo, mi señor? Yo no voy a comer más de tres o cuatro

bocados, pero claro, vos y yo somos muy pequeños, ¿eh? —Volvió a acariciar el pelo de Sansa—. Venga, niña, seguid y tratad de ser más feliz —le dijo—. A ver, ¿dónde están mis guardias? Izquierdo, Derecho, ¿dónde os habéis metido? Venid, acompañadme al estrado.

Aunque aún quedaba una hora para la puesta del sol la sala del trono ya estaba iluminada con antorchas que ardían en todos los apliques de las paredes. Los invitados estaban junto a las mesas mientras los heraldos declamaban los nombres y títulos de las damas y señores que iban entrando. Pajes ataviados con la librea real los escoltaron por el ancho pasillo central. Arriba, la galería estaba abarrotada de músicos con tambores, flautas, violines, cuernos y gaitas.

Tyrion se agarró del brazo de Sansa e hizo el recorrido andando peor que nunca sobre las piernas torcidas. Sentía todos los ojos clavados en él, picoteándole la nueva cicatriz que lo había dejado aún más feo que antes. «Que miren —pensó mientras se subía a su asiento—. Que miren y murmuren cuanto quieran hasta hartarse, no me voy a esconder para darles un gusto.»

La Reina de Espinas fue la siguiente, arrastrando los pies con pasitos cortos. Tyrion no habría sabido decir cuál de los dos tenía un aspecto más absurdo, si él con Sansa o la menuda anciana entre sus dos guardias gemelos de más de dos metros.

Joffrey y Margaery entraron en el salón del trono a lomos de sendos corceles blancos. Los pajes corrían ante ellos y arrojaban pétalos de rosa bajo sus cascos. También el rey y la reina se habían cambiado de ropa para el banquete. Joffrey vestía calzones a rayas color negro y carmesí y un jubón de hilo de oro con mangas de satén negro e incrustaciones de ónice. Margaery había cambiado la recatada túnica que luciera en el sept por otra mucho más reveladora, un vestido de brocado color verde claro con el corpiño de encaje muy ceñido que le dejaba al descubierto los hombros y el nacimiento de los menudos pechos. Llevaba suelta la cabellera castaña, que le caía en cascada sobre los blancos hombros y le llegaba casi hasta la cintura.

Se ceñía las sienes con una delicada corona de oro. Su sonrisa era tímida y dulce.

«Es una chica encantadora —pensó Tyrion—, y un destino mucho mejor del que merece mi sobrino.»

La Guardia Real los escoltó hasta el estrado, hacia los asientos de honor situados a la sombra del Trono de Hierro, que para la ocasión estaba cubierto de largos gallardetes de seda color oro Baratheon, carmesí Lannister y verde Tyrell. Cersei abrazó a Margaery y la besó en ambas mejillas. Lord Tywin hizo lo mismo, y luego Lancel y Ser Kevan. Joffrey recibió besos cariñosos del padre de su esposa y de sus dos nuevos hermanos, Loras y Garlan. Nadie parecía tener prisa por besar a Tyrion. Cuando el rey y la reina ocuparon sus asientos, el Septon Supremo se levantó para bendecir la mesa.

«Por lo menos no babea tanto como el anterior», se consoló Tyrion.

A Sansa y a él les habían asignado asientos en el lado de la derecha del rey, muy lejos de él, junto a Ser Garlan Tyrell y su esposa, Lady Leonette. Había una docena de invitados sentados más cerca de Joffrey, cosa que un hombre más susceptible habría considerado un insulto, dado que hacía muy poco tiempo había sido la Mano del Rey. Pero Tyrion habría estado más satisfecho si en vez de una docena hubieran sido un centenar.

—¡Que se llenen las copas! —proclamó Joffrey después de recibir el permiso de los dioses. Su copero vertió una jarra entera de un espeso tinto del Rejo en el cáliz dorado que Lord Tyrell le había regalado aquella mañana. El rey tuvo que cogerlo con ambas manos—. ¡Por mi esposa, la reina!

—¡Margaery! —gritó todo el salón—. ¡Margaery! ¡Margaery! ¡Por la reina!

Un millar de copas entrechocaron y el banquete se consideró iniciado. Tyrion Lannister bebió con todos los demás, vació su copa en aquel primer brindis e hizo señal de que se la volvieran a llenar en cuanto estuvo sentado de nuevo.

El primer plato era una crema de champiñones y caracoles rehogados en mantequilla que se sirvió en cuencos dorados. Tyrion apenas si había probado el desayuno y el vino ya se le había subido a la cabeza, de manera que agradeció mucho la comida. Terminó su plato enseguida.

«Uno menos, sólo quedan setenta y seis. Setenta y siete platos cuando todavía hay niños hambrientos en la ciudad, hombres que matarían por un rábano. Si nos pudieran ver ahora tal vez no les tendrían tanto cariño a los Tyrell.»

Sansa probó una cucharada de crema y apartó el cuenco a un lado.

—¿No es de tu gusto, mi señora? —preguntó Tyrion.

—Va a haber tantos platos, mi señor... Tengo el estómago pequeño.

Jugueteó nerviosa con el pelo y miró hacia donde estaba Joffrey con su reina Tyrell. «¿Le gustaría estar en el lugar de Margaery? —Tyrion frunció el ceño—. Hasta una niña debería tener más sentido común.»

Se dio la vuelta para distraerse con algo, pero mirase hacia donde mirase había mujeres, mujeres hermosas y felices que eran de otros hombres. Margaery, claro, que sonreía con dulzura mientras Joffrey y ella bebían del gran cáliz matrimonial de siete caras. Su madre, Lady Alerie, canosa y atractiva, todavía orgullosa al lado de Mace Tyrell. Las tres primitas de la reina, vivarachas como pajarillos. La morena esposa myriense de Lord Merryweather, con sus grandes ojos negros como nubes de tormenta. Ellaria Arena, sentada entre los dornienses (Cersei les había dado una mesa propia justo bajo el estrado, en un lugar de gran honor pero tan lejos de los Tyrell como permitía la anchura del salón), que en aquel momento se reía de algo que le había dicho la Víbora Roja.

Y había una mujer sentada casi al final de la tercera mesa por la izquierda... la mujer de uno de los Fossoway, según creía, con un embarazo avanzado. El vientre abultado no menguaba en absoluto su delicada belleza, ni tampoco su disfrute de la comida y de las caricias.

Tyrion la observó mientras su esposo le daba los mejores pedacitos de comida de su plato. Bebían de la misma copa y, a menudo, se besaban sin motivo aparente. Siempre que lo hacían, él le ponía la mano sobre el vientre en gesto cariñoso, tierno y protector.

¿Qué haría Sansa si se inclinaba sobre ella y la besaba en aquel momento? «Apartarse, probablemente. O aguantar con valor, como era su deber. Si de algo sabe esta esposa mía es de cumplir con su deber.» Si le decía que aquella noche quería desvirgarla también lo soportaría porque era su deber y no lloraría más de lo justo.

Indicó por gestos que quería más vino. Cuando se lo vertieron ya se estaba sirviendo el segundo plato, un pastel de hojaldre relleno de cerdo, huevos y piñones. Sansa no probó más que un mordisco del suyo mientras los heraldos anunciaban al primero de los siete bardos.

Hamish el Arpista, con su barba blanca, anunció que ejecutaría «para los oídos de dioses y hombres una canción jamás antes escuchada en los Siete Reinos». Según dijo, su título era «Lord Renly cabalgó de nuevo».

Acarició con los dedos las cuerdas del arpa y el salón del trono se llenó de un dulce sonido.

—«Desde su trono de huesos el Señor de la Muerte contempló al caballero asesinado» —empezó Hamish.

Luego siguió cantando cómo Renly, arrepentido de su intento de usurpar la corona de su sobrino, desafió al mismísimo Señor de la Muerte y volvió a la tierra de los vivos para defender el reino del ataque de su hermano.

«Y por esto tuvo que acabar el pobre Symon en un caldero», meditó Tyrion. Al final, cuando la sombra del valiente Lord Renly voló hasta Altojardín para ver por última vez el rostro de su amada, la reina Margaery tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Renly Baratheon no se arrepintió de nada en toda su vida —le dijo el Gnomo a Sansa—, pero si algo entiendo de esto, Hamish acaba de ganar un laúd dorado.

El Arpista les cantó luego varias canciones más conocidas. «Una rosa de oro» en honor a los Tyrell, sin duda, al igual que «Las lluvias de Castamere» tenía como objetivo adular a su padre. Con «Doncella, Madre y Vieja» deleitó al Septon Supremo, y «Mi señora esposa» sirvió para conquistar a todas las jovencitas románticas del salón, así como a algunos muchachitos. Tyrion apenas prestaba atención mientras probaba los buñuelos de maíz dulce y un pan de avena caliente con trocitos de dátíl, manzana y naranja, además de mordisquear una costilla de jabalí.

Después de aquello los platos y los espectáculos se fueron sucediendo con asombrosa profusión, espoleados por una marea de vino y cerveza. Hamish dejó paso a un oso pequeño y viejo que bailaba con torpeza al ritmo de la flauta y el tambor mientras los invitados a la boda probaban la trucha preparada con una costra de almendras troceadas. El Chico Luna se subió a los zancos y caminó entre las mesas persiguiendo a Mantecas, el gordísimo bufón de Lord Tyrell, mientras los señores y las damas comían garzas asadas y empanadas de queso y cebolla. Los saltimbanquis de una compañía pentoshi dieron volteretas, caminaron sobre las manos, mantuvieron platos en equilibrio con los pies y se subieron unos encima de los hombros de otros para formar una pirámide. Sus proezas fueron acompañadas de cangrejos cocidos con picantes especias orientales, fuentes enteras de carnero guisado en leche de almendras con zanahorias, pasas y cebollas, y tartaletas de pescado recién salidas del horno, que se sirvieron tan calientes que no se podían coger con los dedos.

A continuación los heraldos convocaron a otro bardo: Collio Quaynis de Tyrosh, con una espesa barba color bermellón y un acento tan ridículo como había augurado Symon. Collio empezó con su versión de «La danza de los dragones», que en realidad se trataba de una composición para cantar a dúo un hombre y una mujer. Tyrion la soportó con una segunda ración de perdiz a la miel y varias copas de vino. La evocadora balada sobre dos amantes moribundos en medio de la Maldición de Valyria habría gustado mucho más a los asistentes si

Collio no la hubiera cantado en alto valyrio, idioma que la mayoría desconocían. Pero se los volvió a ganar con «Bessa la tabernera» y su letra tan picante. Se sirvieron pavos reales con todo su plumaje, asados enteros y rellenos de dátiles, al tiempo que Collio llamaba a un tamborilero, hacía una marcada reverencia ante Lord Tywin y entonaba las primeras notas de «Las lluvias de Castamere».

«Si tengo que aguantar siete versiones, bajaré al Lecho de Pulgas a pedir perdón al guiso.» Tyrion se volvió hacia su esposa.

—¿Cuál prefieres?

—¿Cómo decís, mi señor? —Sansa lo miraba parpadeando.

—De los bardos, ¿cuál prefieres?

—Lo... Lo siento, mucho, mi señor. No estaba prestando atención. Tampoco estaba comiendo.

—¿Suced algo, Sansa?

Lo había preguntado sin pensar y al momento se sintió como un imbécil. «Toda su familia ha muerto, la han casado conmigo, y yo le pregunto que si sucede algo.»

—No, mi señor. —Apartó la vista de él y fingió un interés nada convincente en el Chico Luna, que en aquel momento lanzaba dátiles a Ser Dontos.

Cuatro maestros piromantes conjuraron bestias de llamas vivas que se desgarraron entre ellas con zarpas de fuego mientras los criados servían cuencos de sopa roja, una mezcla de caldo de carne con vino endulzado con miel y salpicado de almendras blanqueadas y trocitos de capón. Luego llegaron los flautistas, los perros amaestrados y los tragasables, además de los guisantes con mantequilla, frutos secos y trocitos de cisne escalfados en una salsa de azafrán y melocotones.

«Otra vez cisne no, por los dioses», murmuró Tyrion al recordar la cena que había compartido con su hermana la víspera de la batalla.

Un malabarista hacía girar por el aire media docena de hachas y espadas al tiempo que se servían brochetas de carne de la que goteaba sangre al cortarla, una yuxtaposición que Tyrion consideró aceptablemente ingeniosa, aunque tal vez no de muy buen gusto.

Los heraldos hicieron sonar las trompetas.

—Para competir por el laúd dorado —exclamó uno—, ¡aquí llega Galyeon de Cuy!

Galyeon era un hombretón de pecho amplio, barba negra, cráneo calvo y una voz retumbante que llegaba a todos los rincones del salón del trono. Lo acompañaban nada menos que seis músicos.

—Nobles señores y hermosas damas, esta noche sólo os voy a cantar una canción —anunció—. Es la canción de la batalla del Aguasnegras y de cómo se salvó el reino. —El tamborilero empezó a golpear el tambor con un ritmo lento, ominoso.

—«El sombrío señor recorría la torre —comenzó Galyeon— de su castillo negro cual noche umbría.»

—«Su cabello era negro y su alma negra era» —cantaron los músicos al unísono.

Se les sumó una flauta.

—«Sed de sangre y envidia eran sus atributos, y su alma rebosaba antipatía —cantó Galyeon—. "Mi hermano, en su tiempo, gobernó siete reinos. Tomaré lo que fue suyo y mío será. Que su hijo pruebe la punta de mi daga", le dijo a su esposa malvada.»

—«Un joven muy valiente de rubia cabellera» —entonaron los músicos mientras un violín y un arpa empezaban a tocar.

—Si alguna vez vuelvo a ser la Mano, lo primero que haré será ahorcar a todos los bardos —comentó Tyrion en voz demasiado alta.

Lady Leonette rió con disimulo. Ser Garlan se inclinó hacia él.

—Una hazaña que no se cante no es menos hazaña —dijo.

—«El sombrío señor reunió sus legiones, que a su lado como cuervos formaron, y sedientos de sangre sus naves abordaron...»

—Y al pobre Tyrion la nariz cortaron —terminó Tyrion.

Lady Leonette se volvió a reír.

—Deberíais haceros bardo, mi señor. Vuestras rimas son tan buenas como las de ese Galyeon.

—No, mi señora —intervino Ser Garlan—. Mi señor de Lannister nació para hacer grandes cosas, no para cantar sobre ellas. De no ser por su cadena y su fuego valyrio el enemigo habría logrado cruzar el río. Y si los salvajes de Tyrion no hubieran matado a la mayoría de los exploradores de Lord Stannis, jamás los habríamos podido coger desprevenidos.

Tyrion sintió una oleada de absurda gratitud al oír aquello, que además sirvió para apaciguarlo mientras Galyeon cantaba interminables versos acerca del valor del niño rey y de su madre, la reina dorada.

—Eso que dice es mentira —dijo Sansa de repente.

—Nunca creas nada de lo que dice una canción, mi señora.

Tyrion hizo una señal a un criado para que les volviera a llenar las copas. No tardó en hacerse de noche al otro lado de los altos ventanales, y Galyeon seguía cantando. Su canción tenía setenta y siete versos, aunque más bien parecían un millar. «Uno por cada invitado presente en la sala.» Tyrion se pasó los últimos veinte bebiendo vino para reprimir el impulso de meterse champiñones en las orejas. Cuando el bardo terminó de hacer reverencias, algunos invitados estaban ya tan borrachos como para empezar a proporcionar diversiones alternativas de manera involuntaria a los demás. El Gran Maestre Pycelle se quedó dormido mientras unos bailarines de las Islas del Verano se cimbreaban y giraban vestidos con túnicas de sedas vaporosas y plumas de vivos colores. Se estaban sirviendo tajadas de alce relleno de queso azul cuando uno de los caballeros de Lord Rowan apuñaló a un dorniense. Los capas doradas se los llevaron a los dos, al primero a pudrirse en una celda y al otro a las dependencias del maestre Ballabar para que lo cosiera.

Tyrion jugueteaba con una rodaja de cabeza de jabalí especiada con canela, clavo, azúcar y leche de almendras cuando el rey Joffrey se puso de repente en pie.

—¡Haced entrar a los reales justadores! —gritó con la lengua trabada por el vino al tiempo que daba unas palmadas.

«Mi sobrino está aún más borracho que yo», pensó Tyrion al tiempo que observaba cómo los capas doradas abrían las grandes puertas del fondo del salón. Desde donde estaba sólo se vieron las puntas de dos lanzas cuando un par de jinetes entraron juntos. Los recibió una oleada de risas que recorrió el pasillo central hasta llegar al rey. «Deben de ir montados en ponis», pensó... hasta que los vio bien.

Los justadores eran una pareja de enanos. Uno iba montado en un perro gris muy feo, de patas largas y morro grueso. El otro cabalgaba a lomos de una enorme cerda de piel moteada. Las armaduras de madera pintada traqueteaban con el movimiento de los diminutos jinetes en sus sillas de montar. Llevaban escudos más grandes que ellos, y forcejeaban valerosos con sus lanzas mientras avanzaban tambaleantes en medio del regocijo general. Uno de los caballeros iba ataviado en oro con un venado negro pintado en el escudo; el otro vestía de gris y blanco, y su emblema era un lobo. Sus monturas lucían armaduras similares. Tyrion contempló los rostros divertidos a todo lo largo del estrado. Joffrey estaba congestionado y sin aliento, Tommen gritaba deleitado y saltaba en la silla, Cersei reía educada tapándose la boca con la mano, hasta Lord Tywin parecía entretenido. De todos los sentados en la mesa principal la única que no sonreía era Sansa Stark. Se lo habría agradecido de todo corazón, pero la verdad era que la mirada de la joven estaba perdida en la distancia, como si ni siquiera hubiera visto la entrada de los ridículos jinetes.

«La culpa no es de los enanos —decidió Tyrion—. Cuando terminen, alabaré su actuación y les regalaré una buena bolsa de plata. Mañana averiguaré quién ha planeado este espectáculo, y me encargaré de hacerle llegar otro tipo de gratitud.»

Cuando los enanos detuvieron sus monturas bajo el estrado para saludar al rey, al caballero del lobo se le cayó el escudo. Se inclinó a recogerlo, pero entonces el caballero del venado perdió el control sobre la pesada lanza y le dio un golpe en la espalda. El caballero del lobo se cayó de su cerdo y se le escapó la lanza de las manos; fue a rebotar contra la cabeza de su rival. Ambos acabaron en el suelo, en

una maraña de brazos y piernas. Cuando se levantaron los dos intentaron montarse en el perro. Hubo muchos gritos y empujones, y al final volvieron a estar en las sillas, sólo que cada uno a lomos de la montura del otro, con los escudos cambiados y mirando hacia la cola de los animales.

Tardaron un buen rato en montar bien, cada uno en su montura y con el escudo correspondiente, pero al final se dirigieron hacia extremos opuestos del salón y emprendieron el galope para embestirse. En medio de las risas y carcajadas de las damas y los señores, los hombrecitos chocaron; la lanza del caballero del lobo acertó de pleno en el yelmo del caballero del venado y le arrancó la cabeza, que salió volando por los aires con una estela de sangre para ir a aterrizar en el regazo de Lord Gyles. El enano decapitado correteó alocado entre las mesas, agitando los brazos. Los perros ladraron, las mujeres gritaron y el Chico Luna se tambaleó en sus zancos hasta que Lord Gyles sacó del yelmo destrozado una sandía chorreante. En ese momento el caballero del venado sacó la cabeza de la armadura, y otra oleada de risas recorrió el salón. Los caballeros esperaron a que cesaran las carcajadas y trazaron círculos el uno en torno al otro gritándose insultos pintorescos. Cuando estaban a punto de separarse para otra justa, el perro derribó a su jinete y montó a la cerda. La enorme marrana chilló de angustia mientras los invitados chillaban de risa. Las carcajadas se redoblaron cuando el caballero del venado saltó sobre el caballero del lobo, se bajó los calzones de madera y empezó a bombear contra el trasero del otro con movimientos frenéticos.

—¡Me rindo, me rindo! —gritó el enano de abajo—. ¡Sacadme la espada, buen caballero!

—¡Lo intento, lo intento, pero no dejáis de mover la vaina! —replicó el enano de arriba para jolgorio de todos.

A Joffrey se le salía el vino por la nariz. Se puso en pie con dificultades y a punto estuvo de tirar el alto cáliz de vino.

—¡Es el campeón! —gritó—. ¡Ya tenemos campeón!

El silencio empezó a hacerse en el salón cuando los presentes vieron que el rey estaba hablando. Los enanos se separaron, sin duda a la espera del agradecimiento real.

—Aunque no es un verdadero campeón —siguió Joff—. Un verdadero campeón derrota a todos los que lo retan. —El rey se subió a la mesa—. ¿Quién podría desafiar a nuestro pequeño campeón? —Se volvió hacia Tyrion con una sonrisa alegre—. ¡Tío! Tú defenderás el honor del reino, ¿verdad? ¡Monta en la cerda!

Las carcajadas lo golpearon como una ola. Más tarde, Tyrion no recordaría haberse levantado, ni haberse subido a la silla, pero de súbito se encontró de pie sobre la mesa. La estancia era un borrón de rostros burlones iluminados por la luz de las antorchas. Retorció el rostro en una mueca, la imitación de sonrisa más espantosa que jamás se había visto en los Siete Reinos.

—Alteza —exclamó—, yo montaré en la cerda de buena gana... ¡pero sólo si tú montas en el perro!

—¿Por qué? —Joff frunció el ceño, confuso—. ¿Por qué yo? Yo no soy un enano.

«Has picado, Joff.»

—¿Por qué va a ser? ¡Porque de todos los hombres presentes en el salón eres el único al que puedo vencer sin esfuerzo!

No habría sabido decir qué le resultó más grato, si el instante de silencio estupefacto, la repentina carcajada general que lo siguió o la expresión de rabia ciega que vio en el rostro de su sobrino. El enano saltó al suelo y cuando volvió a mirar Ser Osmund y Ser Meryn estaban ayudando a Joff a bajar también. Cuando se dio cuenta de que Cersei lo miraba, Tyrion le lanzó un beso.

Fue un alivio que los músicos empezaran a tocar de nuevo. Los pequeños justadores salieron del salón llevándose al perro y a la cerda, los invitados se centraron de nuevo en sus platos de cabeza de jabalí y Tyrion pidió otra copa de vino. De repente sintió la mano de Ser Garlan en la manga.

—Cuidado, mi señor —le avisó el caballero—. El rey.

Tyrion se volvió en el asiento. Joffrey estaba casi encima de él, congestionado y tambaleante; el vino se derramaba por el borde del gran cáliz nupcial de oro que llevaba con ambas manos.

—Alteza...

Fue lo único que le dio tiempo a decir antes de que el rey le vaciara el cáliz por la cabeza. El vino le corrió por la cara como un torrente rojo. Le empapó el pelo, le escoció en los ojos, le hizo arder la herida, le bajó por las mejillas y caló el terciopelo de su jubón nuevo.

—¿Qué te ha parecido esto, Gnomo? —se burló Joffrey.

Los ojos de Tyrion echaban chispas. Se limpió la cara con la manga y parpadeó para intentar ver con claridad.

—Eso no ha estado bien, Alteza —oyó decir a Ser Garlan con voz tranquila.

—Claro que sí, Ser Garlan. —Tyrion no podía permitir que la situación se pusiera aún peor con la mitad del reino mirando—. No son muchos los reyes que honran a un humilde súbdito sirviéndole de su cáliz real. Lástima que el vino se haya derramado.

—No se ha derramado —replicó Joffrey, demasiado torpe para aceptar la salida que le ofrecía Tyrion—. Y no te estaba sirviendo.

La reina Margaery apareció de repente al lado de Joffrey.

—Mi amado rey —suplicó la joven Tyrell—, por favor, venid y volvamos a nuestro lugar, ya hay otro bardo esperando.

—Alaric de Eysen —dijo Lady Olenna Tyrell, apoyada en su bastón y prestando al enano empapado en vino tan poca atención como le prestaba su nieta—. Espero de todo corazón que nos toque «Las lluvias de Castamere». Hace casi una hora que no la oigo y se me está olvidando la letra.

—Además, Ser Addam quiere ofrecer un brindis —insistió Margaery—. Por favor, Alteza...

—No tengo vino —declaró Joffrey—. ¿Cómo voy a brindar sin vino? Ven a servirme, tío Gnomo. Ya que no quieres justar, serás mi copero.

—Lo considero todo un honor.

—¡No es ningún honor! —chilló Joffrey—. Agáchate y recoge mi cáliz. —Tyrion hizo lo que se le decía, pero cuando fue a coger el asa, Joff le dio una patada al cáliz—. ¡Que lo recojas! ¡No sé qué eres más, si torpe o feo! —Tuvo que arrastrarse por debajo de la mesa para coger la copa—. Bien, ahora llénalo de vino. —Pidió una jarra a una sirvienta y llenó la copa hasta sus tres cuartas partes—. No, enano, de rodillas. —Tyrion se arrodilló y alzó la pesada copa sin saber si iba a recibir un segundo baño, pero Joffrey cogió el cáliz con una mano, bebió un largo trago y lo puso en la mesa—. Ya te puedes levantar, tío.

Al tratar de levantarse tuvo un calambre en las piernas y casi volvió a caer de bruces, tuvo que agarrarse a una silla para guardar el equilibrio. Ser Garlan le tendió una mano. Joffrey se echó a reír y también Cersei. Luego otros. No veía quiénes eran, pero los oía.

—Alteza. —La voz de Lord Tywin era de una corrección impecable—. Van a traer la empanada. Se requiere vuestra espada.

—¿La empanada? —Joffrey cogió a su reina de la mano—. Vamos, mi señora, es la empanada.

Los invitados se levantaron entre gritos y aplausos, entrechocaron sus copas de vino a medida que media docena de cocineros sonrientes transportaban la inmensa empanada por el pasillo central. Medía dos metros de diámetro, tenía la corteza muy dorada, y en su interior se oían ruidos de aves encerradas.

Tyrion volvió a subirse a la silla. Lo único que le faltaba para tener un día completo era que una paloma se le cagara encima. El vino le había empapado el jubón y la ropa interior, sentía la humedad sobre la piel. Habría debido ir a cambiarse, pero no estaba permitido que nadie abandonara el banquete hasta la ceremonia del encamamiento. Calculó que para eso aún quedaban lo menos veinte o treinta platos.

El rey Joffrey y su reina bajaron del estrado para ir al encuentro de la empanada. Joff fue a desenvainar la espada, pero Margaery le puso una mano en el brazo para detenerlo.

—La *Lamento de Viuda* no se hizo para cortar empanadas.

—Cierto. —Joffrey alzó la voz—. ¡Ser Ilyn, vuestra espada!

«El espectro del banquete —pensó Tyrion cuando Ser Ilyn Payne salió de las sombras del fondo del salón. Observó cómo la Justicia del Rey, flaco y sombrío, avanzaba hacia allí. Tyrion era demasiado joven para haber conocido a Ser Ilyn antes de que perdiera la lengua—. Seguro que en aquellos tiempos era muy diferente, pero ahora el silencio forma parte de él, tanto como esos ojos vacíos, la cota de mallas oxidada y el espadón que lleva a la espalda.»

Ser Ilyn hizo una reverencia ante los reyes, se echó la mano detrás del hombro y desenvainó casi dos metros de reluciente plata ornamentada llena de runas. Se arrodilló para ofrecer la enorme espada a Joffrey con el puño por delante. El pomo era un pedazo de vidriagón tallado en forma de cráneo sonriente, con ojos de rubíes que centelleaban con fuego rojizo.

—¿Qué espada es ésta? —preguntó Sansa pegando un respingo en el asiento.

A Tyrion aún le escocían los ojos por el vino. Parpadeó y la volvió a mirar. El espadón de Ser Ilyn era tan largo y ancho como *Hielo*, pero demasiado plateado; el acero valyrio tenía una oscuridad propia, un alma de humo. Sansa le agarró el brazo.

—¿Qué ha hecho Ser Ilyn con la espada de mi padre?

«Debería haber devuelto la *Hielo* a Robb Stark», pensó Tyrion. Miró en dirección a su padre, pero Lord Tywin estaba observando al rey.

Joffrey y Margaery juntaron las manos para levantar el espadón, y juntos lo blandieron para trazar un arco plateado. Cuando la corteza de la empanada se rompió las palomas salieron volando en un remolino de plumas blancas y se dispersaron en todas las direcciones, aleteando hacia las ventanas y las vigas. Un grito de admiración subió de los bancos, y los violinistas y flautistas de la galería empezaron a tocar una briosa melodía. Joff tomó a su esposa en brazos y dio unas alegres vueltas con ella.

Un criado puso ante Tyrion un trozo de empanada caliente de paloma y lo cubrió con una cucharada de crema de limón. En aquella empanada las palomas estaban cocinadas de verdad, pero no le resultaban más apetitosas que las que revoloteaban por el salón. Sansa tampoco estaba comiendo.

—Estás muy pálida, mi señora —dijo Tyrion—. Te hace falta respirar aire fresco y yo necesito un jubón limpio. —Se levantó y le ofreció la mano—. Vamos.

Pero Joffrey regresó antes de que pudieran retirarse.

—¿Adónde vas, tío? ¿No te acuerdas de que eres mi copero?

—Tengo que cambiarme de ropa, Alteza. ¿Tenemos tu permiso para retirarnos?

—No. Me gustas así. Sírreme vino.

El cáliz del rey estaba sobre la mesa, donde lo había dejado. Tyrion tuvo que volverse a subir a la silla para alcanzarlo. Joff se lo quitó de las manos y bebió a tragos largos; se le movía la garganta mientras el vino púrpura le corría por la barbilla.

—Mi señor —dijo Margaery—, deberíamos volver a nuestro lugar. Lord Buckler quiere brindar por nosotros.

—Mi tío aún no se ha comido la empanada de paloma. —Joffrey sostuvo el cáliz con una mano y metió la otra en la ración de empanada de Tyrion—. No comerse la empanada trae mala suerte —le recriminó al tiempo que se llenaba la boca de paloma caliente y especiada—. Mira qué buena está. —Escupió los trozos de corteza, tosió y se metió en la boca otro puñado—. Aunque un poco seca. Habrá que pasarla con algo. —Joff bebió un trago de vino y volvió a toser, esa vez con más violencia—. Quiero verte... *cof*... montar en esa... *cof*, *cof*, cerda, tío. Quiero...

Un ataque de tos le impidió seguir hablando. Margaery lo miró con preocupación.

—¿Alteza?

—Es... *cof*... la empanada, no... *cof*... la empanada... —Joff bebió otro trago, o más bien lo intentó, porque escupió el vino cuando lo

dominó otro ataque de tos que lo hizo doblarse por la cintura. Se le estaba poniendo la cara muy roja—. No... *cof*... no puedo... *cof, cof*...

El cáliz se le escapó de la mano y el oscuro vino tinto corrió por el estrado.

—¡Se está ahogando! —exclamó la reina Margaery.

Su abuela corrió a su lado.

—¡Ayudad al pobre muchacho! —gritó la Reina de Espinas con una voz que era diez veces su estatura—. ¡Imbéciles! ¿Os vais a quedar ahí mirando? ¡Ayudad a vuestro rey!

Ser Garlan empujó a Tyrion a un lado y empezó a golpear a Joffrey en la espalda. Ser Osmund Kettleblack le abrió el cuello del jubón. De la garganta del muchacho salió un sonido agudo espantoso, como el de alguien que tratara de sorber todo un río a través de un junco hueco; luego el sonido cesó y el silencio fue aún más espantoso.

—¡Dadle la vuelta! —gritó Mace Tyrell a nadie en concreto—. ¡Dadle la vuelta, sacudidlo por los tobillos!

—¡Agua, que beba agua! —pedía alguien más allá.

El Septon Supremo empezó a rezar en voz alta. El Gran Maestre Pycelle gritó pidiendo que lo llevaran a sus habitaciones para coger unas pócimas. Joffrey se llevó las manos engarfiadas a la garganta; las uñas dejaron surcos ensangrentados en la carne. Bajo la piel, tenía los músculos duros como piedras. El príncipe Tommen gritaba y lloraba.

«Va a morir», comprendió Tyrion. Sentía una extraña calma, aunque a su alrededor reinaba el caos. Otra vez estaban dando golpes en la espalda a Joff, pero tenía el rostro cada vez más oscuro. Los perros ladraban, los niños chillaban, los hombres se gritaban consejos inútiles unos a otros. La mitad de los invitados al banquete se habían puesto de pie, unos se empujaban para ver mejor, otros corrían hacia las puertas ansiosos por salir lo antes posible.

Ser Meryn le abrió la boca al rey para meterle una cuchara por la garganta. En aquel momento, los ojos del muchacho se cruzaron con los de Tyrion.

«Tiene los ojos de Jaime. —Aunque nunca había visto a Jaime tan asustado—. No tiene más que trece años. —Joffrey intentó hablar, pero sólo emitió un sonido seco como un chasquido. Tenía los ojos dilatados de terror y alzó una mano... en busca de la de su tío o señalando—. ¿Me está pidiendo perdón o cree que puedo salvarlo?»

—¡Nooo! —aulló Cersei—. Ayúdalo, padre, que alguien lo ayude, ¡mi hijo! ¡Mi hijo!

«Visto lo visto —Tyrion pensó en Robb Stark—, mi boda parece cada vez mejor.» Buscó con la mirada a Sansa para saber cómo se estaba tomando aquello, pero en el salón había demasiada confusión y no la vio. Lo que sí vio en cambio fue el cáliz nupcial, en el suelo, olvidado por todos. Se dirigió hacia donde estaba y lo recogió. Aun quedaba en el fondo un dedo de vino purpúreo. Tyrion pensó un momento y lo derramó en el suelo.

Margaery Tyrell lloraba abrazada a su abuela.

—Sé valiente, sé valiente —le repetía la anciana.

La mayor parte de los músicos habían huido, aunque en la galería quedaba un flautista que tocaba una marcha fúnebre. Al fondo del salón del trono los invitados se arremolinaban y se empujaban en torno a las puertas. Los capas doradas de Ser Addam se dirigieron hacia allí para restaurar el orden. Hombres y mujeres salían a la noche; unos lloraban, otros se tambaleaban y vomitaban, algunos estaban pálidos de miedo. Tyrion pensó demasiado tarde que tal vez habría sido mejor que él también se hubiera marchado.

Cuando oyó el grito de Cersei supo que todo había terminado.

«Debería marcharme —pensó Tyrion—. Ahora mismo.» En vez de eso se acercó hacia ella.

Su hermana estaba sentada en un charco de vino y acunaba el cadáver de su hijo. Tenía el vestido manchado y desgarrado, y el rostro blanco como la nieve. Un perro negro y flaco se acercó a ella y olfateó el cuerpo de Joffrey.

—El chico ha muerto, Cersei —dijo Lord Tywin. Puso una mano enguantada en el hombro de su hija al tiempo que uno de los guardias espantaba al perro—. Suéltalo. Déjalo ya.

Ella no lo oyó. Hicieron falta dos guardias reales para obligarla a aflojar los dedos de manera que el cadáver del rey Joffrey Baratheon cayera al suelo, inerte.

El Septon Supremo se arrodilló junto a él.

—Padre de los cielos, juzga con justicia a nuestro bondadoso rey Joffrey —entonó el comienzo de la plegaria por los muertos.

Margaery Tyrell empezó a sollozar, y Tyrion oyó a su madre, Lady Alerie, intentando consolarla.

—Se ha ahogado, cariño. Se ha ahogado con la empanada. No ha tenido nada que ver contigo. Se ha ahogado, lo hemos visto todos.

—No se ha ahogado. —La voz de Cersei era más afilada que la espada de Ser Ilyn—. Mi hijo ha sido envenenado. —Miró a los caballeros blancos, que la rodeaban sin saber qué hacer—. ¡Guardia real, cumplid con vuestro deber!

—¿Cómo decís, mi señora? —preguntó Ser Loras Tyrell, inseguro.

—¡Arrestad a mi hermano! —le ordenó Cersei—. ¡Ha sido él, el enano! ¡Y su mujer! Han matado a mi hijo, a vuestro rey. ¡Apresadlos! ¡Apresadlos a los dos!

SANSA

Muy lejos, al otro lado de la ciudad, una campana empezó a tañer.

Sansa se sentía como si estuviera viviendo en un sueño.

—Joffrey ha muerto —le dijo a los árboles para ver si así despertaba.

No estaba muerto aún cuando salió del salón del trono. La última vez que lo vio había caído de rodillas con las manos en la garganta y se arrancaba la piel mientras luchaba por respirar. El espectáculo era tan espantoso que tuvo que huir corriendo entre sollozos. Lady Tanda también había huido.

—Tenéis muy buen corazón, mi señora —le dijo a Sansa—. Pocas doncellas llorarían así por el hombre que las rechazó y las casó con un enano.

«Muy buen corazón. Tengo muy buen corazón.» Una carcajada histérica le subió por la garganta, pero Sansa la consiguió reprimir. Las campanas tañían lentas y pesarasas. *Dong... dong... dong...* Habían sonado igual cuando murió el rey Robert. Joffrey estaba muerto, estaba muerto, estaba muerto, muerto, muerto. ¿Por qué lloraba cuando de lo que tenía ganas era de bailar? ¿Eran lágrimas de alegría?

La ropa estaba donde la había dejado escondida la noche anterior. Sin doncellas que la ayudaran tardó más que de costumbre en desatarse las lazadas del vestido. Sentía una extraña torpeza en las manos, aunque no estaba tan asustada como debería dadas las circunstancias.

—Los dioses son crueles al llevárselo tan joven y tan guapo, en el banquete de su boda —le había dicho Lady Tanda.

«Los dioses son justos —pensó Sansa. Robb también había muerto en un banquete nupcial, por quien lloraba era por él—. Por él y

por Margaery.» Pobre Margaery, dos veces casada y dos veces viuda. Sansa sacó un brazo de la manga, se bajó el vestido y se lo sacudió de las piernas. Lo dobló como mejor pudo y lo metió en el hueco de un roble, y sacudió la ropa que había tenido escondida allí.

—Ropa abrigada —le había dicho Ser Dontos—, y que sea oscura.

No tenía nada de color negro, de modo que había elegido un vestido marrón de lana gruesa. Lo malo era que el corpiño estaba decorado con perlas de agua dulce. «La capa las tapará.» La capa era verde, con una capucha amplia. Se puso el vestido por la cabeza y se echó la capa sobre los hombros, aunque por el momento no se subió la capucha. También se puso los zapatos, sencillos y resistentes, sin tacón y con la puntera cuadrada. «Los dioses han escuchado mis plegarias —pensó. Se sentía torpe y aturdida—. Mi piel se ha vuelto de porcelana, de marfil, de acero...» Movía las manos como si las tuviera entumecidas, como si fuera la primera vez que se arreglaba el pelo. Por un momento deseó tener allí a Shae para que la ayudara a quitarse la redecilla.

Cuando se la consiguió soltar la larga cabellera castaño rojiza le cayó sobre los hombros. El entramado de hilo de plata le brilló entre los dedos, las piedras relucían negras a la luz de la luna. «Amatistas negras de Asshai.» Faltaba una. Sansa se acercó la redecilla a los ojos para verlo mejor. Había una mancha negra en la cavidad de plata de la que se había desprendido la gema.

De repente le entró pánico, el corazón le golpeó contra las costillas y contuvo la respiración un instante.

«¿Por qué tengo tanto miedo? No es más que una amatista, una amatista negra de Asshai, nada más. Se debe de haber soltado del engarce, no pasa nada. Estaba floja y se cayó, y ahora estará tirada en cualquier parte, en el salón del trono, en el patio, a no ser que...»

Ser Dontos le había dicho que la redecilla era mágica, que la llevaría a casa. Le había dicho que la tenía que lucir aquella noche en el banquete nupcial de Joffrey. Tensó el entramado de hilo de plata sobre los nudillos. Frotó con el pulgar una y otra vez el agujero donde

había estado la gema. Trató de detenerse, pero los dedos no la obedecían. Su pulgar se veía atraído hacia el agujero como la lengua hacia el hueco que ha dejado un diente. «¿Qué clase de magia?» El rey estaba muerto, el rey cruel que mil años antes había sido su príncipe azul. Si Dontos había mentido en lo de la redecilla para el pelo, ¿no habría mentido también en todo lo demás? «¿Y si no viene a buscarme? ¿Y si no hay barco, ni bote en el río, ni manera de escapar?» ¿Qué sería de ella entonces?

Oyó un tenue crujido de hojas y se guardó la redecilla de plata en lo más hondo del bolsillo de la capa.

—¿Quién anda ahí? —llamó—. ¿Quién va?

El bosque de dioses estaba sombrío y penumbroso, y las campanas tañían marcando el camino de Joff hacia la tumba.

—Yo. —Salió de entre los árboles tambaleándose, borracho perdido. La agarró del brazo para recuperar el equilibrio—. Ya he venido, dulce Jonquil. Aquí está vuestro Florian, no tengáis miedo.

—Dijisteis que tenía que llevar la redecilla del pelo. —Sansa dio un paso atrás para librarse de su mano—. La redecilla de plata con... ¿qué piedras son éstas?

—Amatistas. Amatistas negras de Asshai, mi señora.

—No son amatistas. ¿Verdad? ¿Verdad? ¡Me habéis mentido!

—Amatistas negras —le juró—. Eran mágicas.

—¡Eran asesinas!

—Más bajo, mi señora, más bajo. No fue ningún asesinato. Se ahogó con la empanada de paloma. —Dontos soltó una carcajada—. Qué empanada tan sabrosa. Plata y gemas, nada más, plata, gemas y magia.

Las campanas tañían, el silbido del viento era como el ruido que había hecho Joff al intentar respirar.

—Vos lo envenenasteis. Fuisteis vos. Me cogisteis una gema del pelo...

—Callad, vais a hacer que nos maten. Yo no he hecho nada. Vamos, nos tenemos que marchar, os estarán buscando. Han arrestado a vuestro esposo.

—¿A Tyrion? —preguntó, consternada.

—¿Acaso tenéis otro esposo? El Gnomo, el enano, ella cree que fue quien mató al rey. —La tomó de la mano y tiró de ella—. Por aquí, nos tenemos que marchar, daos prisa, no tengáis miedo.

Sansa lo siguió sin oponer resistencia. «No soporto los llantos de las mujeres», había dicho Joff en cierta ocasión, pero en aquel momento el único llanto era el de su madre. En los cuentos de la Vieja Tata, los grumkins creaban objetos mágicos que podían convertir los deseos en realidad.

«¿Fue mi deseo de que muriera lo que lo mató?», se preguntó antes de recordar que ya era demasiado mayor para creer en grumkins.

—¿Tyrion lo envenenó?

Sabía que su señor esposo odiaba a su sobrino, ¿sería posible que lo hubiera matado? «¿Sabía lo de la redecilla del pelo, lo de las amatistas negras? Él le servía el vino a Joff.» ¿Cómo se podía hacer que alguien se ahogara poniéndole una amatista en el vino? «Si ha sido Tyrion, pensarán que fui su cómplice», comprendió con un estremecimiento de pánico. ¿De qué otra manera podía ser? Eran marido y mujer, Joff había matado a su padre y se había burlado de ella con la muerte de su hermano. «Una sola carne, un solo corazón, una sola alma.»

—No habléis, querida —dijo Dontos—. Fuera del bosque de dioses no podemos hacer ningún ruido. Subíos la capucha para que os oculte el rostro.

Sansa asintió y obedeció.

Estaba tan borracho que a veces le tenía que dar el brazo para que no se cayera. Las campanas tañían por toda la ciudad, eran cada vez más numerosas. Caminó con la cabeza gacha y siempre entre las sombras, siguiendo a Dontos de cerca. Mientras estaban bajando por las escaleras de mármol se dejó caer de rodillas y vomitó. «Mi pobre

Florian», pensó Sansa mientras el bufón se limpiaba la boca con una manga ancha. «Ropa oscura», le había dicho él, pero bajo la capa marrón llevaba su antigua sobrevesta: franjas horizontales rojas y rosas bajo un yelmo negro y tres coronas de oro, las armas de la Casa Hollard.

—¿Por qué lleváis el jubón de caballero? Joff dijo que os condenaría a muerte si os volvíais a vestir como tal, os van a... oh...

Nada de lo que hubiera decretado Joff tenía ya la menor importancia.

—Quería volver a ser un caballero. Al menos para esto. —Dontos se incorporó como pudo y la cogió del brazo—. Vamos. Y guardad silencio, nada de preguntas.

Siguieron bajando por las escaleras y cruzaron un patio pequeño. Ser Dontos abrió una puerta muy pesada y encendió una vela. Estaban en una galería larga. A lo largo de las paredes había armaduras vacías, oscuras y polvorientas, con los yelmos coronados por hileras de escamas que les caían por la espalda. Al pasar junto a ellas la luz de la vela hacía que las sombras de las escamas se retorcieran y giraran. «Los caballeros huecos se están transformando en dragones», pensó.

Un último tramo de escaleras los llevó hasta una puerta de roble con refuerzos de hierro.

—Ahora tenéis que ser fuerte, mi amada Jonquil, ya casi estamos.

Cuando Dontos levantó la tranca y abrió la puerta Sansa sintió una brisa fresca en el rostro. Atravesó cuatro metros de muralla y se encontró fuera del castillo, en la cima de un acantilado. El río estaba abajo, el cielo arriba, ambos igual de negros.

—Tenemos que bajar —dijo Dontos—. Os espera un remero que os llevará hasta el barco.

—Me voy a caer. —Bran se había caído, y a él le encantaba trepar.

—No, no caeréis. Hay una especie de escalerilla, una escalerilla secreta tallada en la piedra. Tocad aquí, mi señora, ¿la notáis? —Se arrodilló y la hizo mirar por el borde del acantilado, le tomó la mano y

la ayudó a tantear hasta que sus dedos rozaron una oquedad excavada en la roca—. Es casi como una escalera de verdad.

Pero seguía siendo una caída muy larga.

—¡No puedo!

—Tenéis que hacerlo.

—¿No hay otro camino?

—Éste es el camino. Para una muchacha joven y fuerte como vos no será difícil. Agarraos bien y no miréis abajo, llegaréis al fondo enseguida. —Tenía los ojos brillantes—. En cambio, vuestro pobre Florian está viejo, gordo y borracho. Yo soy quien debería tener miedo. Siempre me caía del caballo, ¿recordáis? Así fue como empezó todo. Estaba borracho y me caí del caballo, Joffrey me quiso cortar la cabeza, pero vos me salvasteis. Vos me salvasteis, querida.

«Está llorando», advirtió.

—Y ahora vos me habéis salvado a mí.

—Sólo si bajáis. Si no, habré conseguido que nos maten a los dos.

«Ha sido él —pensó—. Ha matado a Joffrey.» Tenía que bajar, tanto por él como por ella misma.

—Vos primero, ser. —Si se caía al menos que no fuera sobre ella arrastrándola al fondo del acantilado.

—Como mi señora ordene. —Le dio un beso húmedo y se tumbó al borde del precipicio, donde movió las piernas con torpeza hasta que encontró un punto de apoyo para el pie—. Bajaré un poco y después me seguiréis. Vais a bajar, ¿verdad? Me lo tenéis que jurar.

—Bajaré —le prometió ella.

Ser Dontos desapareció. Sansa oía sus bufidos y jadeos a medida que descendía. Prestó atención al tañido de las campanas, contó los repiques. Al llegar a diez se tumbó al borde del acantilado y buscó con los dedos de los pies hasta encontrar un punto de apoyo. Las murallas del castillo se alzaban imponentes sobre ella, y por un momento deseó con todas sus fuerzas volver a subir y correr hacia sus cálidas habitaciones en el Torreón de la Cocina.

«Sé valiente —se dijo—. Sé valiente como las damas de las canciones.»

No se atrevía a mirar abajo. Mantenía la vista fija en la pared del acantilado, se aseguraba cada asidero antes de buscar el siguiente. La piedra era basta y fría. A veces se le resbalaban los dedos, y las oquedades no estaban distribuidas a intervalos tan regulares como habría sido de desear. Las campanas no dejaban de sonar. A mitad del trayecto los brazos le temblaban y supo que se iba a caer.

«Un paso más —se dijo—. Un paso más. —Tenía que seguir bajando. Si se detenía sabía que no volvería a ponerse en marcha, y el amanecer la encontraría aún aferrada a la pared del acantilado, paralizada por el pánico—. Un paso más, un paso más.»

El suelo la cogió desprevenida. Tropezó y cayó con el corazón latiéndole a toda velocidad. Cuando rodó sobre la espalda y vio el trayecto que había recorrido, sintió que la cabeza se le llenaba de brumas y clavó los dedos en la tierra del suelo.

«Lo he logrado. Lo he logrado, no me he caído, he conseguido bajar y ahora me voy a casa.»

Ser Dontos la ayudó a ponerse en pie.

—Por aquí. Ahora mucho silencio, silencio, silencio...

Caminaron protegidos por las densas sombras negras al pie de los acantilados. Por suerte no tuvieron que recorrer mucho trayecto. Cincuenta metros río abajo aguardaba un hombre sentado en un pequeño esquife, casi oculto por los restos de una galera de gran tamaño que había varado allí después de arder. Dontos cojeó hacia él jadeante.

—¿Oswell?

—Nada de nombres —dijo el otro—. Al bote. —Se sentó a los remos. Era de edad avanzada, alto y flaco, con el pelo largo blanco, la nariz ganchuda y los ojos escondidos bajo la capucha—. Subid, deprisa —masculló—. Nos tenemos que marchar.

Cuando ambos estuvieron a bordo, el hombre de la capucha metió las palas en el agua y empezó a remar hacia el canal. Tras ellos las

campanas seguían tañendo para anunciar la muerte del niño rey. Aparte de ellos no había nadie más en el oscuro río.

Avanzaban río abajo al ritmo lento y firme de los remos, se deslizaron sobre galeras hundidas, pasaron junto a mástiles rotos, cascos quemados y velas desgarradas. Las palas de los remos estaban envueltas en trapos, de modo que se movían casi sin el menor ruido. Una neblina empezaba a alzarse de las aguas. Sansa divisó las murallas almenadas de una de las torres con cabestrantes del Gnomo, pero la gigantesca cadena estaba bajada y nada les impidió pasar por el lugar donde habían muerto un millar de hombres. La orilla se fue alejando, la niebla se hizo más espesa, el sonido de las campanas era cada vez más distante. Por fin hasta las luces desaparecieron, se perdieron a sus espaldas. Estaban en la bahía del Aguasnegras, el mundo allí se reducía a agua oscura, neblina serpenteante y su silencioso compañero a los remos.

—¿Tenemos que ir muy lejos? —preguntó.

—Silencio.

El remero era entrado en años, pero también más fuerte de lo que parecía y con una voz imperiosa. Tenía algo en el rostro que le resultaba familiar, aunque Sansa no habría sabido decir qué era.

—Ya queda cerca. —Ser Dontos le tomó una mano entre las suyas y se la acarició con gesto amable—. Vuestro amigo está cerca, os espera.

—¡Silencio! —volvió a gruñir el remero—. El sonido viaja mucho sobre el agua, Ser Bufón.

Sansa se sonrojó, se mordió el labio y guardó silencio. Desde entonces lo único que se oyó fue el sonido amortiguado de los remos contra el agua.

El cielo del este empezaba a mostrar los primeros atisbos de luz del amanecer cuando Sansa vio por fin una forma fantasmal que emergía en la oscuridad: era una galera mercante con las velas desplegadas, que avanzaba despacio con una sola hilera de remos. Cuando estuvieron más cerca alcanzó a distinguir el mascarón de

proa, un tritón con una corona dorada que soplab a un cuerno en forma de concha marina. Oyó una llamada y la galera empezó a girar.

Se situaron a un costado, y desde arriba lanzaron una escalerilla por encima de la baranda. El remero soltó los remos dentro del bote y ayudó a Sansa a ponerse en pie.

—Venga, arriba. Ya os tengo, niña, arriba.

Sansa le dio las gracias por su amabilidad, pero no recibió más respuesta que un gruñido. Subir por la escalerilla de cuerda fue mucho más sencillo que el descenso por el acantilado. El remero llamado Oswell la seguía de cerca, mientras que Ser Dontos permanecía en el bote.

Junto a la baranda la esperaban dos marineros que la ayudaron a subir a la cubierta. Sansa estaba tiritando.

—Tiene frío —oyó decir a alguien. El hombre se quitó la capa y se la puso sobre los hombros—. Mejor así, ¿verdad, mi señora? Tranquila, lo peor ha pasado ya.

Reconoció la voz al instante. «Pero si está en el Valle», pensó. A su lado se encontraba Ser Lothor Brune con una antorcha.

—¡Lord Petyr! —llamó Dontos desde el bote—. Tengo que volver antes de que empiecen a buscarme.

—Pero antes vuestra recompensa —dijo Petyr Baelish poniendo una mano en la baranda—. Diez mil dragones, ¿verdad?

—Diez mil. —Dontos se frotó la boca con el dorso de la mano—. Tal como prometisteis, mi señor.

—Ser Lothor, la recompensa.

Lothor Brune bajó la antorcha. Tres hombres se adelantaron hasta la regala, levantaron las ballestas y dispararon. Uno de los dardos acertó a Dontos en el pecho mientras miraba hacia arriba y le perforó la corona de la izquierda del jubón. Los otros se le clavaron en la garganta y en el vientre. Todo sucedió tan deprisa que ni Dontos ni Sansa tuvieron tiempo de gritar. Cuando todo hubo terminado, Lothor Brune tiró la antorcha sobre el cadáver. El pequeño bote ardió mientras la galera se alejaba.

—¡Lo habéis matado! —Sansa se agarró a la baranda y vomitó. ¿Había escapado de los Lannister para caer en manos aún peores?

—Mi señora —murmuró Meñique—, desperdiciáis vuestro dolor con semejante hombre. Era un borracho, no vuestro amigo.

—Pero me salvó...

—Os vendió a cambio de la promesa de diez mil dragones. Vuestra desaparición os convertirá en sospechosa de la muerte de Joffrey. Los capas doradas empezarán a buscar y el eunuco hará tintinear las monedas. Dontos... Bueno, ya lo habéis oído. Os vendió a cambio de oro, y cuando se lo hubiera gastado en bebida os habría vendido de nuevo. Una bolsa de dragones compra el silencio de cualquiera por un tiempo, pero un dardo disparado con puntería lo compra para siempre. —Esbozó una sonrisa triste—. Todo lo que hizo fue por orden mía. Yo no me habría atrevido a ayudaros de manera abierta. Cuando me enteré de cómo le salvasteis la vida en el torneo de Joffrey, supe que sería el instrumento ideal.

—Decía que era mi Florian. —Sansa volvía a sentir náuseas.

—¿Por casualidad recordáis qué os dije aquel día en que vuestro padre se sentó en el Trono de Hierro?

Recordó el momento con toda claridad.

—Me dijisteis que la vida no era una canción. Que algún día lo descubriría y sería doloroso. —Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero no habría sabido decir si lloraba por Ser Dontos Hollard, por Joff, por Tyrion o por ella misma—. ¿Es que todo son mentiras, siempre mentiras, es que nadie es sincero?

—Casi nadie. Excepto vos y yo, claro. —Sonrió—. Si queréis volver a casa, acudid esta noche al bosque de dioses.

—La nota... ¿era vuestra?

—Tenía que ser en el bosque de dioses. No hay otro lugar en la Fortaleza Roja fuera del alcance de los pajaritos del eunuco... las ratitas, como los llamo yo. En el bosque de dioses hay árboles en vez de paredes, cielo en vez de techo, raíces y tierra en vez de suelo. Las ratas no tienen por dónde corretear. Y las ratas tienen que esconderse,

si no los hombres las ensartan con sus espadas. —Lord Petyr la cogió del brazo—. Permitidme que os muestre vuestro camarote. Habéis tenido un día muy largo y duro, debéis de estar agotada.

El pequeño esquife no era ya más que un jirón de humo y llamas tras ellos, casi perdido en la inmensidad del mar bajo el cielo del amanecer. No tenía vuelta atrás; el único camino que le quedaba era hacia delante.

—Sí, agotada —reconoció.

—Habladme del banquete —dijo mientras la acompañaba bajo la cubierta—. La reina se tomó muchas molestias. Los bardos, los malabaristas, el oso bailarín... ¿A vuestro pequeño esposo le gustaron mis enanos justadores?

—¿Eran vuestros?

—Tuve que mandar a buscarlos en Braavos y esconderlos en un burdel hasta el día de la boda. No sé qué ocasionaron más, si gastos o problemas. Os sorprendería saber lo difícil que es ocultar a un enano, y en cuanto a Joffrey... Bueno, se puede llevar a un perro hasta el agua, pero hacer que beba es otra cosa. Cuando le hablé de mi pequeña sorpresa me dijo «¿Para qué quiero enanos en mi banquete? Odio a los enanos». Lo tuve que coger por el hombro y susurrarle: «No tanto como los odiará vuestro tío».

La cubierta se mecía bajo sus pies y Sansa se sentía como si el mundo entero fuera inestable.

—Creen que Tyrion envenenó a Joffrey. Ser Dontos me dijo que lo habían hecho prisionero.

—La viudedad os sentará muy bien, Sansa —dijo Meñique con una sonrisa.

La sola idea le provocó una sensación extraña en la boca del estómago. Tal vez no tendría que volver a compartir una cama con Tyrion. Eso era lo que deseaba... ¿verdad?

El camarote era de techo bajo y tamaño reducido, pero en el estrecho saliente para el colchón habían puesto un lecho de plumas para hacerlo más cómodo, y encima pieles gruesas y abrigadas.

—No es gran cosa, ya lo sé, pero espero que estéis cómoda. —Meñique señaló un baúl de cedro situado bajo el ojo de buey—. Ahí tenéis ropa limpia. Vestidos, ropa interior, medias abrigadas, una capa... sólo lana y lino, lo siento, no son dignas de una doncella tan hermosa, pero os servirán hasta que os encontremos algo mejor.

«Lo tenía todo preparado para mí.»

—Mi señor, no... No comprendo... Joffrey os dio Harrenhal, os nombró Señor Supremo del Tridente... ¿por qué...?

—¿Por qué querría verlo muerto? —Meñique se encogió de hombros—. No tengo ningún motivo concreto. Además, estoy a un millar de leguas de distancia, en el Valle. Hay que confundir siempre a los enemigos. Si nunca están seguros de quién es uno ni de qué quiere, no tienen manera de saber qué será lo próximo que haga. A veces la mejor manera de desconcertarlos es hacer movimientos que no tienen sentido, o que incluso parece que van contra los intereses de uno. No lo olvidéis cuando juguéis al juego, Sansa.

—¿Qué... qué juego?

—El único juego que importa, el juego de tronos. —Le apartó un mechón de pelo de la cara—. Ya tenéis edad suficiente para saber que vuestra madre y yo fuimos más que amigos. Hubo un tiempo en que Cat era lo único que yo quería en este mundo. Me atreví a soñar con la vida que llevaríamos, los hijos que me daría... pero ella era hija de Aguasdulces, hija de Hoster Tully. Familia, Deber, Honor, Sansa. Familia, Deber, Honor; eso significaba que nunca tendría su mano. Pero ella me dio algo mejor, el regalo que una mujer sólo puede dar una vez. ¿Cómo podría darle la espalda a su hija? En un mundo mejor habríais sido hija mía, no de Eddard Stark. Mi querida hija, mi queridísima hija... Olvidaos ya de Joffrey, pequeña. De Dontos, de Tyrion, de todos. No volverán a molestaros. Ahora estáis a salvo, es lo único que importa. Estáis a salvo conmigo, en un barco rumbo a casa.

JAIME

«El rey ha muerto», le dijeron, sin saber que Joffrey no era sólo su soberano, era también su hijo.

—El Gnomo le rajó la garganta con una daga —declaró un vendedor callejero en la posada del camino donde se detuvieron para pasar la noche—. Y luego se bebió su sangre en un gran cáliz de oro.

Aquel hombre no reconoció al caballero manco de la barba con un murciélago en el escudo, igual que los demás, de manera que decía cosas que se habría cuidado muy bien de decir si hubiera sabido quién lo estaba escuchando.

—Qué va, fue con veneno —insistió el posadero—. Por lo visto al chico se le puso la cara más negra que una ciruela.

—Que el Padre lo juzgue con justicia —murmuró un septon.

—La esposa del enano lo ayudó a asesinarlo —juraba un arquero con la librea de Lord Rowan—. Luego se esfumó del salón en medio de una nube de azufre, y desde entonces se ha visto un huargo fantasmal que ronda por la Fortaleza Roja con las fauces llenas de sangre.

Jaime escuchó los comentarios en silencio, dejándose empapar por el alcance de la noticia, el cuerno de cerveza olvidado en su única mano.

«Joffrey. Mi sangre. Mi primogénito. Mi hijo. —Trató de visualizar el rostro del chico, pero sus rasgos enseguida se transformaban en los de Cersei—. Estará de duelo, con los cabellos revueltos, los ojos enrojecidos de tanto llorar, la boca le temblará cada vez que intente hablar. Cuando me vea llorará otra vez, aunque tratará de contener las lágrimas. —Su hermana rara vez lloraba delante de alguien que no fuera él. No soportaba que los demás pensaran que era débil. Sólo le mostraba las heridas a su gemelo—. Acudirá a mí en busca de consuelo y venganza.»

Al día siguiente, por insistencia de Jaime, cabalgaron sin descanso. Su hijo había muerto y su hermana lo necesitaba.

Cuando divisaron la ciudad, con sus atalayas como moles negras ante el cielo del ocaso, Jaime Lannister se puso al medio galope junto con Walton Patas de Acero, detrás de Nage, que llevaba el estandarte de paz.

—Qué peste, ¿a qué huele? —se quejó el norteño.

«A muerte», pensó Jaime.

—A humo, a sudor y a mierda —dijo—. En pocas palabras, a Desembarco del Rey. Si tenéis buen olfato, os llegará también el olor de la traición. ¿Nunca habíais oído una ciudad?

—Olí Puerto Blanco, pero no apestaba de esta manera.

—Puerto Blanco es a Desembarco del Rey lo que mi hermano Tyrion es a Ser Gregor Clegane.

Nage los precedió en el ascenso de una pequeña colina, con el estandarte de paz de las siete colas ondeando al viento y la brillante estrella de siete puntas bien visible en la parte superior. Pronto vería a Cersei, a Tyrion y a su padre.

«¿Será posible que mi hermano haya matado al chico?» A Jaime no le parecía posible.

Era extraño, pero estaba tranquilo. Sabía que, cuando un hombre pierde a su hijo, enloquece de dolor. Se arranca los cabellos de raíz, maldice a los dioses y jura venganza. Entonces, ¿por qué no sentía nada virulento? «El chico vivió y murió creyendo que Robert Baratheon era su padre.»

Sí, Jaime lo había visto nacer, aunque lo hizo más por Cersei que por el niño. Pero no lo llegó a tener en brazos. «¿Qué dirá la gente? —le advirtió su hermana cuando por fin los dejaron solos—. Ya es bastante grave que Joff se parezca a ti, sólo falta que te dediques a hacerle monerías.» Jaime se rindió sin presentar batalla. El crío no había sido más que una cosita rosada y berreante que exigía demasiada parte del tiempo de Cersei, del amor de Cersei y de las tetas de Cersei. Por lo que a él respectaba, se lo podía quedar Robert.

«Y ahora está muerto.» Se imaginó a Joff tendido, frío e inmóvil, con el rostro ennegrecido por el veneno, y siguió sin sentir nada. Tal vez era cierto que era un monstruo, como decían. Si el Padre se le apareciera en aquel momento y le ofreciera recuperar su mano o a su hijo, Jaime sabía qué elegiría. Al fin y al cabo tenía otro hijo y semilla suficiente para muchos más. «Si Cersei quiere otro bebé, se lo daré... y esta vez lo cogeré en brazos, y que los Otros se lleven al que no le guste.» Robert se pudría ya en su tumba y Jaime estaba harto de mentiras.

Guiado por un impulso, se dio media vuelta y cabalgó en busca de Brienne.

«Los dioses sabrán por qué me molesto. Es la criatura menos sociable que he tenido la desgracia de conocer.» La moza cabalgaba muy atrás y a unos metros a un lado de la columna, como para dejar bien claro que no era parte del grupo. Por el camino habían ido encontrando atuendos masculinos para ella: una túnica aquí, un manto allí, unos calzones y una capa con capucha, incluso una vieja coraza de hierro. Parecía más cómoda vestida de hombre, pero nada la haría parecer atractiva. «Ni feliz.» Una vez lejos de Harrenhal, no había tardado en recuperar su tozudez.

—Quiero recuperar mis armas y mi armadura —había insistido.

—Oh, por los dioses, volvamos a vestirla de acero —replicó Jaime, harto—. El yelmo, sobre todo. Todos estaremos mucho mejor si mantenéis la boca cerrada y el visor bajado. —En eso Brienne pudo complacerlo, pero sus silencios hoscos no tardaron en minar el buen humor de Jaime, casi tanto como los interminables intentos de Qyburn por adularlo.

«Los dioses me ayuden, nunca imaginé que acabaría extrañando la compañía de Cleos Frey.» Empezaba a pensar que habría sido mejor dejarla con el oso.

—Desembarco del Rey —anunció Jaime cuando la encontró—. Nuestro viaje ha terminado, mi señora. Habéis cumplido vuestro

juramento, me habéis traído a Desembarco del Rey. A falta de unos cuantos dedos y una mano.

—Eso era sólo la mitad del juramento. —Los ojos de Brienne sólo mostraban indiferencia—. Le prometí a Lady Catelyn que le llevaría de vuelta a sus hijas. Al menos a Sansa. Y ahora...

«No llegó a conocer a Robb Stark, pero llora su muerte más que yo la de Joff.» O quizá lloraba por Lady Catelyn. Fue en Bosquepinto donde se enteraron de aquella otra noticia, de labios de un caballero gordo y de rostro rubicundo llamado Ser Bertram Beesbury, cuyo blasón eran tres colmenas sobre un campo de franjas negras y doradas. Según Beesbury, el día anterior una tropa de hombres de Lord Piper había pasado por Bosquepinto al galope hacia Desembarco del Rey bajo un estandarte de paz.

—Una vez muerto el Joven Lobo, Piper cree que no tiene sentido seguir luchando —comentó Beesbury—. Su hijo está prisionero en Los Gemelos.

Brienne abrió y cerró la boca como una vaca a punto de ahogarse con el bolo regurgitado, de manera que le correspondió a Jaime sonsacarle toda la historia de la Boda Roja.

—Todo gran señor tiene vasallos rebeldes que lo envidian —dijo más tarde a Brienne—. Mi padre tenía a los Reyne y los Tarbeck, los Tyrell tienen a los Florent, Hoster Tully tenía a Walder Frey... Lo único que mantiene en su sitio a esos hombres es la fuerza. En el momento que huelen la menor debilidad... Durante la Edad de los Héroes, los Bolton tenían la costumbre de desollar a los Stark y ponerse sus pieles a modo de capas.

Estaba tan desolada que a Jaime casi le dieron ganas de intentar consolarla.

Desde aquel día era como si Brienne estuviera medio muerta. Ni siquiera llamarla «moza» provocaba en ella ninguna respuesta. «La han abandonado las fuerzas.» Aquella mujer había dejado caer una roca sobre Robin Ryger, había peleado contra un oso con una espada de torneo, le había arrancado la oreja de un mordisco a Vargo Hoat,

había luchado contra Jaime hasta la extenuación... y ahora estaba acabada, rota.

—Hablaré con mi padre para que os devuelva a Tarth, si lo deseáis —le dijo—. O, si preferís quedaros, tal vez os pueda encontrar un lugar en la corte.

—¿Como dama de compañía de la reina? —dijo ella con amargura.

Jaime la recordó con aquella túnica de seda rosa y trató de no imaginar lo que diría su hermana de semejante compañera.

—Tal vez haya un puesto en la Guardia de la Ciudad.

—No serviré con perjuros y asesinos.

«Entonces, ¿para qué te molestaste en aprender el manejo de la espada?», podría haberle dicho. Pero se tragó las palabras.

—Como queráis, Brienne.

Con una mano, hizo dar la vuelta al caballo y se alejó.

La Puerta de los Dioses estaba abierta cuando llegaron junto a ella, pero había dos docenas de carromatos alineados a lo largo del camino, cargados de barriles de sidra, bidones de manzanas, balas de heno y algunas de las calabazas más grandes que Jaime había visto en su vida. Casi todos los carromatos estaban vigilados por soldados con los blasones de señores menores, por mercenarios con cotas de mallas y corazas, o sencillamente por el rubicundo hijo de un campesino armado con una lanza de fabricación casera, con la punta endurecida al fuego. Jaime les sonrió cuando pasó junto a ellos al trote. En la puerta, los capas doradas cobraban unas monedas a cada conductor antes de permitir la entrada de los carromatos.

—¿Qué pasa aquí? —exigió saber Patas de Acero.

—Tienen que pagar por el derecho a entrar en la ciudad para vender su mercancía. Por orden de la Mano del Rey y el consejero de la moneda.

Jaime contempló la larga cola de carros, carromatos y caballos cargados.

—¿Y aun así hacen cola para pagar?

—Aquí se puede ganar mucho, ahora que han acabado las batallas —les comentó alegre el molinero del carro más cercano—. Los Lannister defienden la ciudad, nada menos que el viejo Lord Tywin de la Roca. Se dice que caga plata.

—Oro —lo corrigió Jaime con tono seco—. Y supongo que Meñique acuña las monedas a partir de pétalos de margarita.

—Ahora el consejero de la moneda es el Gnomo —dijo el capitán de la puerta—. Mejor dicho, lo era hasta que lo arrestaron por asesinar al rey. —Miró a los norteños con gesto de desconfianza—. ¿Quiénes sois vosotros?

—Hombres de Lord Bolton, venimos a ver a la Mano del Rey.

El capitán echó un vistazo a Nage, con su estandarte de paz.

—Querrás decir que venís a doblar la rodilla. No sois los primeros. Id directos al castillo y nada de altercados.

Les hizo un gesto para que entraran y volvió a concentrarse en los carromatos.

Si Desembarco del Rey estaba de luto por la muerte del niño rey, Jaime no vio muestras de ello. En la calle de las Semillas, un hermano mendicante con su túnica raída rezaba en voz alta por el alma de Joffrey, pero los transeúntes no le prestaban más atención que a un postigo suelto azotado por el viento. Por lo demás, la ciudad estaba como siempre: capas doradas con sus armaduras negras, aprendices de panadero que vendían panes, empanadas y pasteles calientes; putas asomadas por las ventanas con los corpiños a medio atar, y alcantarillas hediondas con los residuos de la noche. Pasaron junto a cinco hombres que intentaban sacar a rastras un caballo muerto de un callejón y, más adelante, con un malabarista que hacía girar cuchillos en el aire para deleite de un grupo de niños pequeños y soldados borrachos de los Tyrell.

Al atravesar aquellas calles conocidas en compañía de doscientos norteños, un maestro sin cadena y una mujer de increíble fealdad,

Jaime descubrió que nadie lo miraba dos veces. No supo si sonreír o sentirse molesto.

—No me conocen —le dijo a Patas de Acero mientras cruzaban la plaza de los Zapateros.

—Vuestro rostro es diferente, y también vuestro blasón —señaló el norteño—. Además, ahora tienen un nuevo Matarreyes.

Las puertas de la Fortaleza Roja estaban abiertas, pero una docena de capas doradas armados con picas cerraban el paso. Bajaron las puntas cuando Patas de Acero se acercó al trote, pero Jaime reconoció al caballero blanco que estaba al mando.

—Ser Meryn —saludó.

—¿Ser Jaime? —Los ojos caídos de Ser Meryn Trant se abrieron como platos.

—Menos mal que alguien me recuerda. Decid a los hombres que se hagan a un lado.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez en que alguien se precipitara a obedecer una orden suya. Jaime había olvidado lo grata que era aquella sensación.

En el patio de armas encontraron a otros dos caballeros de la Guardia Real, que no vestían capas blancas la última vez que Jaime sirviera allí.

«Muy propio de Cersei, me nombra Lord Comandante y luego elige a mis hombres sin consultarme.»

—Por lo que veo me han dado dos nuevos hermanos —dijo al tiempo que desmontaba.

—Tenemos ese honor, ser.

El Caballero de las Flores estaba tan deslumbrante y puro con sus sedas y su armadura blanca que, en comparación, Jaime se sintió sucio y andrajoso. Se volvió hacia Meryn Trant.

—Por lo visto no habéis explicado bien sus deberes a nuestros nuevos hermanos, ser.

—¿Qué deberes? —preguntó Meryn Trant a la defensiva.

—El de mantener con vida al rey, por ejemplo. ¿Cuántos monarcas habéis perdido desde que me fui de la ciudad? Dos, ¿no?

Fue entonces cuando Ser Balon le vio el muñón.

—Vuestra mano...

—Ahora lucho con la izquierda. —Jaime se forzó a sonreír—. Así resulta más emocionante. ¿Dónde puedo encontrar a mi señor padre?

—En sus habitaciones, con Lord Tyrell y el príncipe Obery.

«¿Ahora Mace Tyrell y la Víbora Roja comparten el pan? Esto es cada vez más extraño.»

—¿La reina también está con ellos?

—No, mi señor —respondió Ser Balon—. La podéis encontrar en el sept, rezando por el rey Joff...

—¡Vos!

Jaime se volvió. El último de los norteños había descabalgado, y por fin Loras Tyrell había divisado a Brienne. Ella lo miró con gesto estúpido, agarrada a las riendas.

—Ser Loras...

—¿Por qué? —exigió Loras Tyrell avanzando a zancadas hacia ella—. ¿Por qué, decidme, por qué? Él os trató bien, os dio la capa arco iris. ¿Por qué lo matasteis?

—No lo maté. Habría muerto por él.

—Por él moriréis. —Ser Loras desenvainó la espada larga.

—No fui yo.

—Con su último aliento, Emmon Cuy juró que sí.

—Estaba fuera de la tienda, no pudo ver nada...

—Porque dentro de la tienda sólo estabais Lady Stark y vos. ¿Queréis decir que esa vieja fue capaz de atravesar el acero de un tajo?

—¡Había una sombra! Sé que parece cosa de locos, pero... Yo estaba ayudando a Renly a ponerse la armadura y de repente se apagaron las velas, y había sangre por todas partes... Lady Catelyn

dijo que fue Stannis... No, su sombra. Yo no tuve nada que ver, lo juro por mi honor.

—Vos no tenéis honor. Desenvainad la espada. No quiero que se diga que os maté mientras estabais indefensa.

—Guardad la espada, ser —ordenó Jaime interponiéndose entre ellos.

Ser Loras dio un paso a un lado para esquivarlo.

—¿Sois cobarde, además de asesina, Brienne? ¿Por eso escapasteis, con su sangre en las manos? ¡Desenvainad la espada, mujer!

—Más os vale que no lo haga. —Jaime volvió a cerrarle el paso—. De lo contrario, será vuestro cadáver el que tengamos que retirar. La moza es tan fuerte como Gregor Clegane, aunque no sea tan bonita.

—Esto no os concierne, ser. —Ser Loras lo apartó a un lado.

—Soy el Lord Comandante de la Guardia Real, mocoso arrogante. —Jaime agarró al muchacho con la mano buena y lo zarandeó—. Soy tu comandante, al menos mientras vistas esa capa blanca. Ahora, envaina esa espada de mierda, o te la quitaré y te la meteré hasta un lugar que ni siquiera Renly encontró jamás.

El muchacho titubeó un segundo, lo necesario para que Ser Balon Swann interviniera.

—Haced lo que os dice el Lord Comandante, Loras.

Algunos capas doradas desenvainaron el acero, y en respuesta unos cuantos hombres de Fuerte Terror hicieron lo mismo.

«Espléndido —pensó Jaime—. Apenas desmonto del caballo y ya organizo un baño de sangre en el patio.»

Ser Loras Tyrell volvió a envainar la espada con un movimiento rabioso.

—Vaya, no ha sido tan difícil, ¿eh?

—Quiero que sea arrestada —señaló Ser Loras—. Lady Brienne, os acuso del asesinato de Lord Renly Baratheon.

—Por si os sirve de algo —dijo Jaime—, la moza tiene honor. Más honor del que he visto en vos. Y es posible que diga la verdad. Por mi vida que no es lo que se dice lista, pero hasta a mi caballo se le ocurriría una mentira mejor, si fuera una mentira lo que hubiera querido contar. Pero, dado que insistís... Ser Balon, escoltad a Lady Brienne a una celda de la torre y retenedla allí con vigilancia. Buscad también alojamientos adecuados para Patas de Acero y sus hombres, hasta que mi padre considere oportuno recibirlos.

—Sí, mi señor.

Los grandes ojos azules de Brienne lo miraban ofendidos mientras una docena de capas doradas al mando de Balon Swann se la llevaban.

«Me deberías estar lanzando besos, moza —habría querido decirle. ¿Por qué todo el mundo tenía que malinterpretar todo lo que hacía?—. Aerys. Siempre igual. Todo se remonta a Aerys.»

Jaime le dio la espalda y cruzó el patio a zancadas.

Otro caballero de armadura blanca guardaba las puertas del sept real. Era un hombre alto, de barba negra, hombros anchos y nariz aguileña. Al ver a Jaime esbozó una sonrisa agria.

—¿Adónde crees que vas?

—Al sept. —Jaime señaló con el muñón—. A ese sept. Quiero ver a la reina.

—Su Alteza está de luto. ¿Por qué querría recibir a alguien como tú?

«Porque soy su amante y porque soy el padre de su hijo asesinado», habría querido decir.

—Por los siete infiernos, ¿quién sois vos?

—Un caballero de la Guardia Real, y más te valdría aprender un poco de respeto, tullido, o te cortaré la otra mano y mañana te tendrás que tomar las gachas a sorbos.

—Soy el hermano de la reina, ser.

—¿Qué, habéis escapado? —Al caballero blanco le parecía de lo más divertido—. ¿Y de paso habéis crecido, mi señor?

—Su otro hermano, imbécil. Y el Lord Comandante de la Guardia Real. Venga, échate a un lado o lo lamentarás.

—Si sois... —El imbécil lo miró con más atención—. Ser Jaime. —Se irguió—. Os ruego que me perdonéis, mi señor. No os había reconocido. Tengo el honor de ser Ser Osmund Kettleblack.

«¿Y qué tiene eso de honorable?»

—Quiero estar un rato a solas con mi hermana. Encargaos de que nadie entre en el sept, ser. Si nos molestan, os cortaré la cabeza.

—Sí, señor. Como digáis, señor.

Ser Osmund le abrió la puerta.

Cersei estaba de rodillas delante del altar de la Madre. El féretro de Joffrey estaba a los pies del Desconocido, encargado de guiar al otro mundo a los que acaban de morir. El olor del incienso era tan denso que el aire se podía cortar; había un centenar de velas ardiendo, que elevaban otras tantas plegarias.

«Joff va a necesitar de todas y cada una de ellas.»

—¿Quién es? —Su hermana giró la cabeza. Después, cuando lo vio, preguntó—: ¿Jaime? —Se levantó, los ojos rebosantes de lágrimas—. ¿Eres tú de verdad? —Pero no fue hacia él.

«Nunca viene a mí —pensó Jaime—. Siempre espera, siempre deja que vaya a ella. Ella otorga, pero yo se lo tengo que pedir.»

—Tendrías que haber venido antes —murmuró cuando la tomó entre sus brazos—. ¿Por qué no pudiste venir antes, para salvarlo? Mi hijo...

«Nuestro hijo.»

—Vine tan pronto como pude. —Se liberó del abrazo y retrocedió un paso—. Ahí afuera hay una guerra, hermana.

—Qué delgado estás. Y tu pelo, tu pelo dorado...

—El pelo me volverá a crecer. —Jaime alzó el muñón. «Tiene que verlo cuanto antes»—. Esto no.

—Los Stark... —dijo Cersei abriendo los ojos como platos.

—No. Ha sido cosa de Vargo Hoat.

—¿De quién? —Aquel nombre no le decía nada.

—La Cabra de Harrenhal. Por poco tiempo.

Cersei desvió la mirada hacia el ataúd de Joffrey. Habían vestido al rey difunto con una armadura dorada que recordaba a la de Jaime de una manera escalofriante. El visor del yelmo estaba cerrado, pero las velas arrancaban suaves destellos del oro, de manera que el chico parecía luminoso y valiente en la muerte. La luz de las velas jugaba también con los rubíes que decoraban el corpiño del vestido de luto de Cersei, hacía que parecieran llamas diminutas. El cabello le caía sobre los hombros, sin peinar, desarreglado.

—Él lo mató, Jaime. Me lo había advertido. Me dijo que un día, cuando me sintiera segura y feliz, haría que mi alegría se me convirtiera en cenizas en la boca.

—¿Tyrion te dijo eso? —Jaime no lo quería creer. A los ojos de los dioses y de los hombres, matar a alguien de la misma sangre era peor que matar a un rey. «Él sabía que era hijo mío. Yo quería a Tyrion. Siempre fui bueno con él. Bueno, excepto en una ocasión... pero él no sabía la verdad acerca de aquello. ¿O sí?»—. ¿Por qué iba a matar a Joff?

—Por una puta. —Le agarró la mano buena y la sostuvo entre las suyas—. Me dijo que lo iba a matar. Joff lo supo. Mientras agonizaba, señaló a su asesino. Nuestro hermanito es un monstruo retorcido. —Besó los dedos de Jaime—. Lo matarás, ¿verdad?, lo matarás por mí. Vengarás a nuestro hijo.

Jaime apartó la mano.

—Sigue siendo mi hermano. —Le agitó el muñón ante la cara, por si no lo había visto bien—. Y no estoy precisamente en condiciones de matar a nadie.

—Tienes otra mano, ¿no? Y tampoco te estoy pidiendo que derrotes al Perro en combate. Tyrion es un enano encerrado en una celda. Si se lo ordenas, los guardias te dejarán pasar.

—Tengo que saber más. —La sola idea le revolvía el estómago—. Tengo que saber cómo fue.

—Lo sabrás —le prometió Cersei—. Habrá un juicio. Cuando sepas todo lo que hizo, desearás su muerte tanto como yo. —Le acarició el rostro—. Sin ti estaba perdida, Jaime. Tenía miedo de que los Stark me enviaran tu cabeza. No lo habría soportado. —Lo besó. Fue un beso ligero, apenas un roce de los labios sobre los suyos, pero cuando la rodeó con los brazos la sintió temblar—. Sin ti no estoy entera, Jaime.

En el beso que él le devolvió no había ternura, sólo hambre. Cersei abrió la boca para dejar paso a su lengua.

—No —protestó débilmente cuando los labios bajaron hacia el cuello—. Aquí no. Los septones...

—Los Otros se lleven a los septones.

La besó de nuevo, la besó en silencio, la besó hasta que empezó a gemir... Entonces barrió las velas con el brazo y la subió al altar de la Madre, le levantó las faldas y las mudas de seda. Ella lo golpeaba en el pecho con puños débiles, murmuraba algo sobre el riesgo, el peligro, sobre su padre, sobre los septones, sobre la ira de los dioses... Jaime no la oía. Se desanudó los calzones, se subió al altar y le abrió las blancas piernas. Deslizó una mano por el muslo y le arrancó la ropa interior. Vio entonces que tenía la sangre lunar, pero no le importó.

—Deprisa —le susurraba ella—, deprisa, deprisa, sigue, no pares, deprisa. Jaime, Jaime, Jaime. —Lo guió con las manos—. Sí —gimió Cersei ante su embestida—, mi hermano, mi querido hermano, sí, así, así, te tengo, ya estás en casa, ya estás en casa, ya estás en casa...

Le besó la oreja y le acarició el pelo corto, hirsuto. Jaime se perdió en su carne. Sentía cómo el corazón de Cersei latía al mismo ritmo que el suyo, y notaba la humedad de la sangre y la semilla allí donde se unían.

Pero, en cuanto hubieron terminado, la reina se lo quitó de encima.

—Déjame levantarme. Si nos encuentran así...

De mala gana, rodó hacia un lado y la ayudó a bajarse del altar. El mármol blanquecino estaba manchado de sangre. Jaime lo limpió con la manga y recogió las velas que había derribado. Por suerte, todas se habían apagado al caer.

«Si el sept se hubiera incendiado, no me habría dado ni cuenta.»

—Esto ha sido una locura. —Cersei se estiró el vestido—. Nuestro padre está en el castillo... Hemos de tener cuidado.

—Estoy harto de tener cuidado. Los Targaryen se casaban entre hermanos, ¿por qué nosotros no podemos hacer lo mismo? Cástate conmigo, Cersei. Ponte en pie ante todo el reino y di que es a mí a quien quieres. Celebraremos un banquete de bodas y tendremos otro hijo para sustituir a Joffrey.

—No tiene gracia. —Cersei dio un paso atrás.

—¿Acaso me estoy riendo?

—¿Es que te has dejado el cerebro en Aguasdulces? —La tensión se palpaba en su voz—. El derecho de Tommen al trono deriva de Robert, lo sabes muy bien.

—Heredará Roca Casterly, ¿no le basta con eso? Deja que sea nuestro padre quien se siente en el trono. Yo lo único que quiero es a ti.

Hizo ademán de acariciarle la mejilla. Por la fuerza de la costumbre, el brazo que alzó fue el derecho. Cersei se apartó del muñón.

—No... No digas esas cosas. Me estás asustando, Jaime. No seas idiota. Una palabra nos lo podría costar todo. ¿Qué te han hecho?

—Me han cortado la mano.

—No, es algo más; has cambiado. —Retrocedió un paso—. Seguiremos hablando luego. Mañana. He mandado encerrar a las doncellas de Sansa Stark en una celda de la torre, tengo que ir a interrogarlas... y tú debes ver a nuestro padre.

—He viajado mil leguas para estar contigo, por el camino he perdido lo mejor de mí mismo. No me digas que me vaya.

—Vete —repitió ella al tiempo que se daba la vuelta.

Jaime se anudó los calzones e hizo lo que le ordenaba Cersei. Estaba agotado, pero no podía irse a la cama. A aquellas alturas su señor padre sabría ya que estaba de vuelta en la ciudad.

La Torre de la Mano estaba vigilada por guardias de la Casa Lannister, que lo reconocieron al instante.

—Los dioses son bondadosos por haberos devuelto a nosotros, ser —dijo uno al tiempo que le franqueaba el paso.

—Los dioses no han tenido nada que ver. La que me ha devuelto ha sido Catelyn Stark. Ella y el señor de Fuerte Terror.

Subió por las escaleras y entró en la estancia sin hacerse anunciar. Su padre estaba sentado junto a la chimenea, a solas, circunstancia que Jaime agradeció. No sentía el menor deseo de exhibir la mano mutilada ante Mace Tyrell o la Víbora Roja, y menos aún ante los dos juntos.

—Jaime —dijo Lord Tywin como si se hubieran visto por última vez durante el desayuno—. Lord Bolton me indujo a pensar que llegarías antes. Tenía la esperanza de que estuvieras aquí para la boda.

—Me retrasaron. —Jaime cerró la puerta con suavidad—. Tengo entendido que mi hermana se superó a sí misma. Setenta y siete platos y un regicidio, nunca se había visto una celebración así. ¿Desde cuándo sabes que estoy libre?

—El eunuco me lo dijo a los pocos días de tu fuga. Envié hombres a buscarte por las tierras de los ríos. Gregor Clegane, Samwell Spicer, los hermanos Plumm... Varys también hizo correr la voz, pero con discreción. Estuvimos de acuerdo en que cuantas menos personas supieran que estabas libre, menos intentarían darte caza.

—¿Varys te mencionó también esto? —Jaime se acercó a la chimenea para que su padre lo viera mejor.

Lord Tywin se levantó bruscamente de la silla, el aliento se le escapó entre los dientes con un siseo.

—¿Quién te ha hecho eso? Si Lady Catelyn cree que...

—Lady Catelyn me puso una espada en la garganta y me obligó a jurar que le devolvería a sus hijas. Esto ha sido obra de tu Cabra. ¡De Vargo Hoat, el señor de Harrenhal!

—Ya no. —Lord Tywin apartó la vista, asqueado—. Ser Gregor ha tomado el castillo. Casi todos los mercenarios desertaron y abandonaron a su capitán, y algunos de los antiguos criados de Lady Whent les abrieron una poterna. Clegane encontró a Hoat a solas, en Sala de las Cien Chimeneas, medio enloquecido de dolor y fiebre por una herida que se le había infectado. Me dijeron que era una herida en la oreja.

Jaime no pudo contener una carcajada. «¡La oreja! ¡Es increíble!» Se moría de ganas de contárselo a Brienne, aunque seguro que a la moza no le haría ni la mitad de gracia que a él.

—¿Ha muerto ya?

—No tardará. Le han cortado las manos y los pies, pero por lo visto a Clegane le divierte el ceceo del qohoriense.

—¿Y qué hay de sus Compañeros Audaces? —A Jaime se le había borrado la sonrisa.

—Los pocos que se quedaron en Harrenhal están muertos. El resto se dispersó. Seguramente se dirigirán hacia los puertos o tratarán de ocultarse en los bosques. —Volvió a clavar los ojos en el muñón de Jaime y la rabia le tensó la boca—. Les cortaremos la cabeza. A todos, sin excepción. ¿Puedes manejar la espada con la mano izquierda?

«Apenas puedo vestirme solo por las mañanas.» Jaime alzó la mano en cuestión para que su padre se la inspeccionase.

—Cinco dedos, igual que la otra. No veo por qué no va a funcionar igual.

—Bien. —Su padre se sentó—. Me alegro. Tengo un regalo para ti. Por tu regreso. Desde que Varys me lo dijo.

—A menos que se trate de una mano nueva, puede esperar. —Jaime se sentó en una silla frente a él—. ¿Cómo murió Joffrey?

—Veneno. Se intentó que pareciera que se había ahogado con un trocito de comida, pero hice que los maestros le abrieran la garganta y no encontraron ninguna obstrucción.

—Cersei dice que fue Tyrion.

—Tu hermano sirvió al rey el vino envenenado, ante los ojos de un millar de personas.

—Qué estúpido por su parte, ¿no?

—He mandado detener al escudero de Tyrion. Y a las doncellas de su esposa. Veremos qué nos cuentan. Los capas doradas de Ser Addam están buscando a la Stark y Varys ha ofrecido una recompensa. Se hará la justicia del rey.

«La justicia del rey.»

—¿De verdad ejecutarías a tu hijo?

—Ha sido acusado de regicidio, con el agravante de que la víctima es pariente suyo. Si es inocente no tiene nada que temer. Lo primero que tenemos que hacer es valorar las pruebas que hay contra él.

«Pruebas.» Jaime se imaginaba el tipo de pruebas que se podían presentar en aquella ciudad de mentirosos.

—Renly también murió en circunstancias extrañas, justo cuando le convenía a Stannis.

—A Lord Renly lo asesinó uno de sus guardias, una mujer de Tarth.

—Esa mujer de Tarth es la que me ha traído aquí. La he encerrado en una celda para apaciguar a Ser Loras, pero antes creeré en el fantasma de Renly que en quien diga que ella le hizo el menor daño. En cambio, Stannis...

—Lo que mató a Joffrey fue el veneno, no la brujería. —Lord Tywin volvió a mirar el muñón de Jaime—. No puedes servir en la Guardia Real sin mano para manejar la espada...

—Sí puedo —interrumpió—. Y serviré. Hay precedentes. Si quieres consultaré el Libro Blanco y te los buscaré. Entero o mutilado, un caballero de la Guardia Real sirve de por vida.

—Eso lo cambió Cersei cuando sustituyó a Ser Barristan por motivos de edad. Un regalo adecuado a la Fe persuadirá al Septon Supremo para que te libere de los votos. Reconozco que tu hermana cometió una estupidez al prescindir de Selmy, pero ahora que ha abierto las puertas...

—Alguien las tiene que volver a cerrar. —Jaime se levantó—. Estoy harto de mujeres de noble cuna que me cubren de mierda, padre. A mí nadie me preguntó si quería ser Lord Comandante de la Guardia Real, pero por lo visto lo soy. Tengo un deber...

—Así es. —Lord Tywin se levantó también—. Un deber para con la Casa Lannister. Eres el heredero de Roca Casterly. Ahí es donde tienes que estar. Tommen te acompañará, como pupilo y escudero. En la Roca es donde aprenderá a ser un Lannister; quiero mantenerlo alejado de su madre. He decidido buscarle un nuevo esposo a Cersei. Puede que Oberyn Martell, en cuanto consiga convencer a Lord Tyrell de que ese matrimonio no supondría una amenaza para Altojardín. Y ya va siendo hora de que tú también te cases. Los Tyrell se empeñan ahora en casar a Margaery con Tommen, pero si te ofreciera a ti en su lugar...

—¡No! —Jaime había soportado todo lo soportable. No, más de lo soportable. Estaba harto, harto de los señores, de las mentiras, harto de su padre, de su hermana, harto de toda aquella mierda—. No. No. No. No. No. ¿Cuántas veces tengo que decir que no para que lo entiendas? ¿Oberyn Martell? Es infame, y no sólo porque pone veneno en su espada. Tiene más bastardos que Robert y se acuesta con muchachitos. Y si por un instante se te ha pasado por la cabeza que me iba a casar con la viuda de Joffrey...

—Lord Tyrell me asegura que sigue siendo doncella.

—Por lo que a mí respecta puede morir doncella. ¡No la quiero, y tampoco quiero tu Roca!

—Eres mi hijo...

—Soy un caballero de la Guardia Real. ¡Soy el Lord Comandante de la Guardia Real! ¡Y no pienso ser otra cosa!

Las llamas de la chimenea arrancaban destellos de las espesas patillas que enmarcaban el rostro de Lord Tywin. Una vena le latía en el cuello. Pero nada dijo. Y nada dijo. Y nada dijo.

El silencio se fue haciendo más y más tenso, hasta que por último Jaime no lo pudo soportar.

—Padre... —empezó.

—No sois mi hijo. —Lord Tywin se dio la vuelta—. Decís que sois el Lord Comandante de la Guardia Real y nada más. Muy bien, ser. Id a cumplir con vuestro deber.

DAVOS

Sus voces se alzaban como pavesas que se arremolinaran en el cielo púrpura del anochecer.

—Aléjanos de la oscuridad, oh, Señor. Inflama nuestros corazones para que podamos recorrer tu camino luminoso.

La hoguera nocturna ardía en la creciente oscuridad, era como una gran bestia brillante cuya cambiante luz anaranjada proyectaba sombras de cinco metros por todo el patio. En las murallas de Rocadragón, el ejército de gárgolas y figuras grotescas parecía moverse inquieto.

Davos observaba el espectáculo desde una ventana en forma de arco situada en la galería superior. Vio a Melisandre alzar los brazos como si quisiera abrazar las llamas tremolantes.

—R'hllor —entonó con voz alta y clara—, tú eres la luz de nuestros ojos, el fuego de nuestros corazones, el calor de nuestras entrañas. Tuyo es el sol que calienta nuestros días, tuyas las estrellas que nos guardan en la noche oscura...

—Señor de la Luz, defiéndenos. La noche es oscura y alberga cosas aterradoras.

La reina Selyse era la que le daba las respuestas, con el rostro anguloso transido de fervor. El rey Stannis se encontraba junto a ella, tenía las mandíbulas apretadas y las puntas de la corona de oro rojo brillaban cada vez que movía la cabeza. «Está con ellos, pero no es uno de ellos», pensó Davos. Entre ambos se encontraba la princesa Shireen; la luz del fuego hacía que las zonas grises de la cara y el cuello parecieran casi negras.

—Señor de la Luz, protégenos —entonó la reina.

El rey no daba las respuestas como los demás. Estaba contemplando las llamas. Davos se preguntó qué vería en ellas. «¿Otra

visión de la guerra que se avecina? ¿O tal vez algo más cercano a casa?»

—R'hllor que nos concedes el aliento, te damos las gracias —cantó Melisandre—. R'hllor que nos concedes los días, te damos las gracias.

—Te damos las gracias por el sol que nos calienta —respondieron la reina Selyse y los demás fieles—. Te damos las gracias por las estrellas que velan por nosotros. Te damos las gracias por el fuego de los hogares y las antorchas que mantienen a raya la oscuridad.

Las voces que recitaban eran menos que la noche anterior, o eso le pareció a Davos; menos rostros iluminados por la luz anaranjada del fuego. Pero ¿qué pasaría al día siguiente? ¿Habría menos aún... o más?

La voz de Ser Axell Florent resonó como un trompetazo. El resplandor del fuego lamía como una monstruosa lengua anaranjada el rostro del hombre de pecho abombado y piernas torcidas. Davos pensó que tal vez Ser Axell le daría más tarde las gracias. Lo que iban a hacer aquella noche bien podía convertirlo en Mano del Rey como había soñado.

—Te damos las gracias por Stannis, nuestro rey según tu voluntad —exclamó Melisandre—. Te damos las gracias por el puro fuego blanco de su bondad, por la espada roja de justicia que esgrime, por el amor que inspira en su leal pueblo. Guíalo y defiéndelo, R'hllor, y dale fuerzas para aniquilar a sus enemigos.

—Dale fuerzas —respondieron la reina Selyse, Ser Axell, Devan y los demás—. Dale valor. Dale sabiduría.

Cuando era niño los septones habían enseñado a Davos que al rezar pidiera sabiduría a la Vieja, valor al Guerrero y fuerza al Herrero. Pero en aquel momento a quien rezaba era a la Madre para que mantuviera a su querido hijo Devan a salvo del demoníaco dios de la mujer roja.

—¿Lord Davos? Será mejor que empecemos. —Ser Andrew le tocó el codo—. ¿Mi señor?

El título le seguía sonando raro, pero Davos se apartó de la ventana.

—Sí. Ha llegado el momento.

Stannis, Melisandre y los hombres de la reina seguirían rezando una hora o más. La sacerdotisa roja encendía hogueras a diario al llegar el ocaso, para dar las gracias a R'hllor por el día que terminaba y suplicarle que a la mañana siguiente volviera a enviar el sol para que dispersara la oscuridad. «Un contrabandista tiene que conocer las mareas y saber aprovecharlas.» Al final eso es lo único que era, Davos el contrabandista. Se llevó la mano mutilada al cuello en busca de su suerte y no encontró nada. La bajó de golpe y aceleró el paso un poco más.

Sus compañeros lo siguieron a zancadas para mantenerse a su altura. El Bastardo de Canto Nocturno tenía el rostro picado de viruelas y un aire de caballería destrozada; Ser Gerald Gower era grueso, rudo y rubio; Ser Andrew Estermont era una cabeza más alto que los demás, con la barba en forma de punta de lanza y las cejas castañas muy pobladas.

«Todos son hombres buenos, cada uno a su manera —pensó Davos—. Y pronto serán hombres muertos si esta noche algo sale mal.»

—El fuego es un ser vivo —le había dicho la mujer roja cuando le pidió que le enseñara a ver el futuro en las llamas—. Está siempre en movimiento, siempre cambiando... como un libro cuyas letras danzaran y se movieran mientras intentáis leerlas. Hacen falta años de adiestramiento para ver las formas más allá de las llamas, y más años todavía para aprender a distinguir las formas de lo que será, de las formas de lo que puede ser o de lo que fue. Y aun entonces es difícil, muy difícil. Vosotros, los hombres de las tierras del ocaso, no lo entendéis.

Davos le preguntó cómo había hecho Ser Axell para aprender el truco tan deprisa, pero ella se limitó a sonreír con gesto enigmático.

—Cualquier gato puede mirar el fuego y ver ratones rojos.

No había querido mentir a los hombres del rey.

—Puede que la mujer roja vea nuestras intenciones —les advirtió.

—Entonces deberíamos empezar por matarla —propuso Lewys el Pescadero—. Conozco un lugar perfecto para tenderle una emboscada, cuatro de nosotros con espadas bien afiladas...

—Nos condenarías a todos —dijo Davos—. El maestre Cressen trató de matarla y lo supo al instante. Me imagino que lo vería en las llamas. Creo que percibe enseguida cualquier amenaza contra su persona, pero no puede verlo todo. Si no le hacemos caso, quizá no se fije en nosotros.

—Esconderse y actuar a hurtadillas no es honorable —objetó Ser Triston de Colina Cuenta, que había sido vasallo de los Sunglass antes de que Lord Guncer acabara en el fuego de Melisandre.

—¿Y es honorable arder en la hoguera? —le preguntó Davos—. Ya visteis morir a Lord Guncer. ¿Es eso lo que queréis? Ahora mismo no me hacen falta hombres de honor. Me hacen falta contrabandistas. ¿Estáis conmigo o no?

Estaban con él. Loados fueran los dioses, estaban con él.

El maestre Pylos le enseñaba sumas a Edric Tormenta cuando Davos abrió la puerta. Ser Andrew lo seguía de cerca; los otros se habían quedado atrás para vigilar las escaleras y la puerta del sótano. El maestre interrumpió la lección.

—Por hoy ya es suficiente, Edric.

El chico se quedó desconcertado ante la intromisión.

—Lord Davos, Ser Andrew... Estamos haciendo sumas.

—Cuando yo tenía tu edad detestaba las sumas, primo —dijo Ser Andrew con una sonrisa.

—A mí tampoco me gustan mucho. Prefiero la historia, se cuentan muchas cosas.

—Edric —dijo el maestre Pylos—, busca tu capa. Irás con Lord Davos.

—¿Por qué? —Edric se puso en pie—. ¿Adónde vamos? —Apretó los labios con gesto testarudo—. No pienso rezar al Señor de la Luz. Soy hombre del Guerrero, igual que mi padre.

—Ya lo sabemos —dijo Davos—. Vamos, muchacho, no tenemos tiempo que perder.

Edric se puso una gruesa capa de lana sin teñir con capucha. El maestre Pylos lo ayudó a abrochársela y le subió la capucha de manera que el rostro le quedara oculto entre las sombras.

—¿No venís con nosotros, maestre? —preguntó el chico.

—No. —Pylos se tocó la cadena de diversos metales que llevaba al cuello—. Mi lugar está aquí, en Rocadragón. Ve con Lord Davos y haz todo lo que te diga. Recuerda que es la Mano del Rey. ¿Qué te he dicho de la Mano del Rey?

—La Mano habla con la voz del rey.

—Eso es —dijo el joven maestre con una sonrisa—. Venga, vete.

Davos había tenido sus dudas acerca de Pylos, tal vez le guardara cierto rencor por ocupar el lugar de Cressen, pero en aquel momento admiraba su valor. «Esto le podría costar la vida a él también.»

En el exterior de las habitaciones del maestre, Ser Gerald Gower aguardaba en las escaleras. Edric Tormenta lo miró con curiosidad.

—¿Adónde vamos, Lord Davos? —preguntó mientras descendían.

—Al mar. Te está esperando un barco.

—¿Un barco? —El chico se detuvo de golpe.

—Sí, uno de los de Salladhor Saan. Salla es buen amigo mío.

—Iré contigo, primo —lo tranquilizó Ser Andrew—. No temas.

—No tengo miedo —se indignó Edric—. Pero... ¿no viene también Shireen?

—No —respondió Davos—. La princesa tiene que quedarse aquí, con sus padres.

—Entonces tengo que ir a verla —explicó Edric—. Para despedirme, si no se va a poner muy triste.

«No tan triste como si te viera arder en la hoguera.»

—No hay tiempo ahora —intervino Davos—. Le diré a la princesa que te acordaste de ella. Y puedes escribirle una carta cuando llegues a tu destino.

—¿Seguro que me tengo que marchar? —El chico frunció el ceño—. ¿Es que mi tío no me quiere en Rocadragón? ¿Lo he molestado en algo? No ha sido mi intención. —Volvía a tener su expresión más obstinada en el rostro—. Quiero ver a mi tío. Quiero ver al rey Stannis.

Ser Andrew y Ser Gerald se miraron.

—No hay tiempo para eso, primo —dijo Ser Andrew.

—¡Quiero verlo! —insistió Edric casi a gritos.

—Él no te quiere ver. —Davos tenía que decir algo para que siguiera caminando—. Yo soy su Mano, hablo con su voz. ¿Quieres que vaya y le diga que no quieres obedecer? ¿Sabes hasta qué punto se enfadará? ¿No has visto nunca a tu tío enfadado? —Se quitó el guante y le mostró al chico los cuatro dedos que Stannis le había cortado—. Yo sí.

No era más que un puñado de mentiras. Stannis Baratheon no estaba en absoluto furioso cuando cortó las puntas de los dedos de su Caballero de la Cebolla; sólo fue una demostración de su férreo sentido de la justicia. Pero por aquel entonces, Edric Tormenta no había nacido y no tenía manera de saberlo. La amenaza surtió el efecto deseado.

—No os tendría que haber hecho eso —dijo, pero permitió que Davos le cogiera la mano y lo llevara escaleras abajo.

El Bastardo de Canto Nocturno se reunió con ellos ante la puerta de la planta baja. Caminaron con paso vivo para atravesar el patio envuelto en sombras antes de bajar unos cuantos peldaños bajo la cola pétrea de un dragón. Lewys el Pescadero y Omer Blackberry aguardaban junto a la poterna, al lado de dos guardias atados que yacían a sus pies.

—¿El bote? —les preguntó Davos.

—Está ahí —señaló Lewys—. Con cuatro remeros. La galera está anclada nada más pasar la punta. Es la *Loco Prendos*.

«Un barco con el nombre de un loco. Qué apropiado.» Davos dejó escapar una risita. Siempre le había gustado el humor negro de Salla. Se agachó al lado de Edric Tormenta.

—Ahora me tengo que marchar —dijo—. Te está esperando un bote de remos que te llevará a la galera, luego cruzarás el mar. Eres hijo de Robert así que sé que, pase lo que pase, te portarás como un valiente.

—Sí, pero... —titubeó el muchacho.

—Piensa que es como una aventura. —Davos trataba de parecer animado y alegre—. Es el principio de la mayor aventura de tu vida. Que el Guerrero te proteja.

—Que el Padre os juzgue con justicia, Lord Davos.

El chico salió con su primo Ser Andrew por la poterna. Lo siguieron todos los demás excepto el Bastardo de Canto Nocturno. «Que el Padre me juzgue con justicia», pensó Davos entristecido. El único juicio que lo preocupaba en aquel momento era el del rey.

—¿Qué hacemos con estos dos? —preguntó Ser Rolland a los guardias una vez hubieron cerrado y atrancado la puerta.

—Arrastradlos a una bodega —dijo Davos—. Los podréis liberar en cuanto Edric esté lejos, a salvo.

El Bastardo asintió con un gesto seco. No había nada más que decir; lo fácil ya lo habían hecho. Davos se puso el guante y deseó una vez más no haber perdido su suerte. En los tiempos en que llevaba la bolsita de huesos colgada del cuello había sido un hombre mejor, más valiente... Se pasó los dedos mutilados por el pelo castaño cada vez más escaso y se preguntó si no le haría falta cortárselo. Quería estar presentable cuando fuera a ver al rey.

Rocadragón no le había parecido nunca tan oscuro y temible. Caminó despacio y sus pisadas resonaron contra los muros negros y los dragones.

«Dragones de piedra que ojalá no despierten jamás. —El Tambor de Piedra se alzaba imponente ante él. Los guardias de la puerta descruzaron las lanzas al verlo acercarse—. No abren paso al Caballero de la Cebolla, sino a la Mano del Rey. —Davos era la Mano al entrar y no podía dejar de preguntarse qué sería al salir—. Si es que salgo...»

La escalera le pareció más larga y empinada que nunca, o tal vez era simplemente que estaba cansado.

«La Madre no me hizo para estas tareas. —Había ascendido demasiado alto y demasiado deprisa, y allí arriba, en la cima de la montaña, le faltaba el aire y le costaba respirar. De muchacho había soñado con riquezas sin fin, pero de aquello hacía mucho tiempo. Ya de adulto lo único que había querido eran unos cuantos acres de tierra fértil, un hogar en el que hacerse viejo y una vida mejor para sus hijos. El Bastardo Ciego solía decirle que un contrabandista inteligente no abarcaba demasiado ni atraía mucha atención—. Unos cuantos acres, un techo de madera, un "ser" delante de mi nombre... debería haberme dado por satisfecho. —Si sobrevivía a aquella noche se llevaría a Devan de vuelta al cabo de la Ira, con su dulce Marya—. Lloraremos juntos a nuestros hijos muertos, educaremos a los que nos quedan para que sean hombres buenos y no volveremos a hablar de reyes.»

La Cámara de la Mesa Pintada estaba oscura y desierta cuando entró Davos; el rey debía de estar todavía junto a la hoguera nocturna, con Melisandre y los hombres de la reina. Se arrodilló y encendió un fuego en la chimenea para templar la estancia y devolver las sombras a sus rincones. Luego recorrió la sala hasta cada una de las ventanas para correr los pesados cortinajes de terciopelo y abrir los postigos de madera. El viento entró cargado de olor a sal y a mar y le agitó la sencilla capa marrón.

Al llegar a la ventana que daba al norte se apoyó en el alféizar para aspirar el aire fresco de la noche. Trató de divisar las velas izadas de la *Loco Prendos*, pero hasta donde alcanzaba la vista el mar estaba oscuro y desierto.

«¿Ya se ha alejado tanto?» Rezaba por que así fuera, y con ella el muchacho. La luna creciente entraba y salía de detrás de los jirones de nubes, y Davos contempló las estrellas que le resultaban tan conocidas. Allí estaba la Galera, rumbo al oeste, y el Farol de la Vieja, cuatro estrellas brillantes que acotaban una bruma dorada. Las nubes ocultaban la mayor parte de la constelación llamada Dragón de Hielo, sólo se veía el radiante ojo azulado que señalaba el camino hacia el norte. «El cielo está lleno de estrellas de contrabandistas.» Aquellas estrellas eran viejas amigas; Davos esperaba que le trajeran suerte.

Pero al bajar la vista del cielo hacia las murallas del castillo perdía toda seguridad. Las alas de los dragones de piedra proyectaban grandes sombras negras a la luz de la hoguera nocturna. Trató de decirse que no eran más que esculturas frías y sin vida. «Éste era su lugar. Un lugar para dragones y señores dragón, el asentamiento de la Casa Targaryen.» Por las venas de los Targaryen corría la sangre de la antigua Valyria...

El viento soplabá en la estancia y las llamas se agitaban en la chimenea. Se quedó escuchando los crujidos de la leña. Cuando se apartó de la ventana, su sombra lo adelantó, larga y delgada, y cayó como una espada sobre la Mesa Pintada. Esperó mucho rato. Oyó pisadas de botas en los peldaños de piedra cuando subieron. La voz del rey lo precedía.

—No son tres —iba diciendo.

—Tres son tres —oyó responder a Melisandre—. Os lo juro, Alteza. Lo he visto morir y he oído los gritos de su madre.

—En la hoguera nocturna. —Stannis y Melisandre entraron juntos por la puerta—. Las llamas son engañosas. Lo que es, lo que será, lo que puede ser... No me lo podéis garantizar...

—Alteza. —Davos dio un paso adelante—. Lo que Lady Melisandre ha visto es cierto. Vuestro sobrino Joffrey ha muerto.

Si el rey se sorprendió de encontrarlo en la Cámara de la Mesa Pintada no dio muestras de ello.

—Lord Davos —saludó—. No era mi sobrino, aunque durante años creí que sí.

—Se ahogó con un trozo de comida durante su banquete de bodas —dijo Davos—. Puede que lo envenenaran.

—Es el tercero —dijo Melisandre.

—Sé contar, mujer. —Stannis rodeó la mesa, pasó junto a Antigua y el Rejo y subió hacia las islas Escudo y la desembocadura del Mander—. Parece que las bodas son más peligrosas que las batallas últimamente. ¿Se sabe quién lo envenenó?

—Dicen que su tío, el Gnomo.

—Es un hombre peligroso. —Stannis apretó los dientes—. Lo aprendí demasiado bien en el Aguasnegras. ¿Cómo os ha llegado la noticia?

—El lyseno sigue comerciando con Desembarco del Rey. Salladhor Saan no tiene motivos para mentirme.

—No, me imagino que no. —El rey pasó los dedos por la mesa—. Joffrey... Recuerdo que una vez había una gata en las cocinas... los cocineros la querían mucho y le daban de comer restos y cabezas de pescado. Un cocinero le dijo al chico que tenía gatitos en la barriga, pensando que tal vez querría quedarse con uno. Joffrey abrió con una daga al pobre animal para ver si era verdad. Cuando encontró los gatitos se los llevó a su padre para enseñárselos, y Robert le dio un golpe tal que pensé que lo había matado. —El rey se quitó la corona y la puso sobre la mesa—. Enano o sanguijuela, quienquiera que lo matara ha hecho un servicio al reino. Ahora tendrán que enviar a buscarme.

—No será así —dijo Melisandre—. Joffrey tiene un hermano.

—Tommen —dijo el rey de mala gana.

—Coronarán a Tommen y gobernarán en su nombre.

Stannis apretó los puños.

—Tommen es mejor muchacho que Joffrey, pero nació del mismo incesto. Es otro monstruo, otra sanguijuela sobre esta tierra. Poniente necesita la mano de un hombre, no la de un niño.

—Salvad el reino, mi señor —dijo Melisandre acercándose a él—. Dejadme que despierte a los dragones de piedra. Tres son tres. Entregadme al chico.

—Edric Tormenta —dijo Davos.

—Sé cómo se llama. —Stannis se volvió hacia él, gélido de ira—. No quiero oír vuestros reproches. Esto me gusta tan poco como a vos, pero tengo un deber para con el reino. Y mi deber... —Se volvió hacia Melisandre—. ¿Me juráis que no hay otra manera de hacerlo? Jurádmelo por vuestra vida, porque os prometo que si mentís moriréis muy lentamente.

—Vos sois aquel que deberá enfrentarse al Otro, aquel cuya llegada se profetizó hace cinco mil años. El cometa rojo fue vuestro heraldo. Sois el príncipe que nos fue prometido; si caéis, el mundo caerá con vos. —Melisandre se acercó todavía más con los labios rojos entreabiertos y el rubí palpitante—. Entregadme al chico —susurró—, y yo os entregaré vuestro reino.

—No puede —intervino Davos—. Edric Tormenta se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido? —Stannis se giró—. ¿Qué queréis decir?

—Está a bordo de una galera lysena, a salvo en alta mar.

Davos observó el rostro blanco en forma de corazón de Melisandre. Vio en él la sombra de la consternación, la repentina inseguridad. «¡No lo había anticipado!»

Los ojos del rey eran como heridas azules en sus cuencas.

—¿Se han llevado al bastardo de Rocadragón sin mi permiso? ¿Una galera, decís? Si ese pirata lyseno piensa que lo puede usar para sacarme oro...

—Esto es obra de vuestra Mano, señor. —Melisandre clavó una mirada de certeza en Davos—. Lo traeréis de vuelta. Lo traeréis de vuelta.

—El muchacho está fuera de mi alcance —dijo Davos—. Y también fuera del vuestro, mi señora.

Sus ojos rojos lo hicieron estremecer.

—Tendría que haberos dejado en la celda, ser. ¿Sabéis qué habéis hecho?

—Cumplir con mi deber.

—Hay quien diría que ha sido traición.

Stannis se dirigió hacia la ventana para contemplar la noche. «¿Está buscando el barco?»

—Yo os saqué de la nada, Davos. —Su voz sonaba más cansada que furiosa—. ¿Un poco de lealtad era mucho pedir?

—Cuatro de mis hijos murieron por vos en el Aguasnegras. Yo mismo estuve a punto de morir. Tenéis toda mi lealtad, igual que siempre. —Davos Seaworth había pensado mucho las palabras que iba a decir a continuación; sabía que su vida dependía de ellas—. Alteza, me hicisteis jurar que os daría consejo sincero, que os obedecería con presteza, que defendería el reino de vuestros enemigos y que protegería a vuestro pueblo. ¿Acaso Edric Tormenta no es parte de vuestro pueblo? ¿No es una de las personas que juré proteger? He cumplido mi juramento. ¿Cómo se puede considerar traición?

—Yo no pedí esta corona. —Stannis volvió a apretar los dientes—. El oro es frío y me pesa en la cabeza, pero mientras sea el rey tengo un deber. Si he de sacrificar a un niño en las llamas para salvar a un millón de la oscuridad... El sacrificio... nunca es fácil, Davos. De lo contrario no sería un verdadero sacrificio. Decídselo, mi señora.

—Azor Ahai templó la *Dueña de Luz* con la sangre del corazón de su amada esposa —dijo Melisandre—. Si un hombre que tiene un millar de vacas entrega una a dios, no significa nada. En cambio un hombre que le ofrezca su única vaca...

—La mujer habla de vacas —dijo Davos al rey—. Yo estoy hablando de un niño, del amigo de vuestra hija, del hijo de vuestro hermano.

—El hijo de un rey, con el poder de la sangre real en las venas. —El rubí de Melisandre le brillaba en la garganta como una estrella roja—. ¿Creéis que lo habéis salvado, Caballero de la Cebolla? Cuando caiga la Larga Noche, Edric Tormenta morirá como todos los

demás, esté donde esté. Morirá y también morirán vuestros hijos. La oscuridad y el frío se adueñarán de la tierra. Os entrometéis en asuntos que no podéis comprender.

—Hay muchas cosas que no comprendo —reconoció Davos—. Nunca he dicho lo contrario. Sé de ríos y de mares, de la forma de las costas y dónde acechan las rocas en los bajíos. Sé de calas secretas en las que un barco puede atracar sin que nadie lo vea. Y sé que un rey protege a su pueblo, de lo contrario no es un rey.

—¿Os estáis burlando de mí? —Stannis tenía el rostro sombrío—. ¿Acaso un contrabandista de cebollas pretende enseñarme cuál es el deber de un rey?

—Si os he ofendido —dijo Davos dejándose caer sobre una rodilla—, cortadme la cabeza. Moriré como he vivido siempre, leal a vos. Pero antes escuchadme. Por las cebollas que os traje y los dedos que me cortasteis, escuchadme.

Stannis, con los tendones del cuello tensos como cuerdas, desenvainó a *Dueña de Luz*. El brillo de la hoja iluminó la estancia.

—Decid lo que queráis, pero que sea deprisa.

Davos rebuscó entre los pliegues de la capa y sacó el trozo de pergamino arrugado. Era fino y frágil, pero también el único escudo que tenía.

—La Mano del Rey tiene que saber leer y escribir. El maestro Pylos me ha estado enseñando.

Estiró la carta sobre la rodilla y, a la luz de la espada mágica, empezó a leer.

JON

Soñó que estaba otra vez en Invernalía y que cojeaba entre los reyes de piedra sentados en sus tronos. Sus ojos de granito gris se movían para seguirlo a medida que avanzaba, sus dedos de granito se apretaban en torno a los pomos de las espadas oxidadas que tenían en los regazos.

—No eres un Stark —les oía murmurar con sus roncas voces de granito—. Aquí no hay lugar para ti. Márchate.

—¿Padre? —llamó internándose en la oscuridad—. ¿Bran? ¿Rickon? —Nadie respondió. Una brisa helada le soplaba en el cuello—. ¿Tío? —llamó—. ¿Tío Benjen? ¿Padre? Por favor, padre, ayúdame.

Arriba se oían tambores. «Están celebrando un banquete en la sala principal, pero no me quieren con ellos. No soy un Stark, no me corresponde estar aquí.» La muleta se le resbaló de la mano y cayó de rodillas. Las criptas estaban cada vez más oscuras. «Se ha apagado la luz.»

—¿Ygritte? —susurró—. Perdóname. Por favor. —Pero sólo era un huargo, gris y cadavérico, salpicado de sangre, los ojos dorados brillando tristes en la oscuridad...

La celda estaba oscura y sentía el lecho duro bajo su peso. Su cama, recordó, su cama en su celda de mayordomo bajo las estancias del Viejo Oso. Tendría que haberle proporcionado sueños más gratos. Pese a las pieles seguía teniendo frío. Antes de la expedición, *Fantasma* había compartido la celda con él y le daba calor en lo más gélido de la noche. Y, entre los salvajes, Ygritte dormía a su lado. «Los he perdido a los dos.» Él mismo había quemado el cadáver de Ygritte, sabía que era lo que ella habría querido, y en cuanto a *Fantasma*... «¿Dónde estás?» ¿Habría muerto también, era eso lo que significaba su sueño, el lobo ensangrentado de las criptas? Pero el

lobo de su sueño era gris, no blanco. «Gris, como el lobo de Bran.» ¿Los thenitas le habrían dado caza para matarlo después de lo sucedido en Corona de la Reina? Si era así, también había perdido a Bran para siempre.

Jon seguía tratando de encontrar el sentido de todo aquello cuando sonó el cuerno.

«El Cuerno del Invierno», pensó, todavía adormilado y confuso. Pero Mance no había llegado a encontrar el cuerno de Joramun, de modo que no podía tratarse de eso. Sonó una segunda llamada, tan larga y grave como la primera. Jon sabía que tenía que levantarse e ir al Muro, lo sabía bien, pero le costaba tanto...

Apartó las mantas a un lado y se sentó. El dolor de la pierna se había atenuado, no era nada que no pudiera soportar. Se había acostado con los calzones y la túnica puestos para estar más abrigado, de modo que sólo tuvo que ponerse las botas, el cuero, la cota de mallas y la capa. El cuerno volvió a sonar, dos llamadas largas, de modo que se colgó a *Garra* del hombro, tanteó en busca de la muleta y cojeó escaleras abajo.

En el exterior era noche cerrada, el cielo estaba nublado y hacía un frío gélido. Sus hermanos salían de las torres y fortalezas, abrochándose los cinturones de la espada mientras caminaban en dirección al Muro. Jon buscó a Pyp y a Grenn con la mirada, pero no los encontró. Tal vez uno de ellos fuera el centinela que hacía sonar el cuerno.

«Es Mance, por fin viene —pensó casi aliviado—. Habrá lucha y después descansaremos. Vivos o muertos, pero descansaremos.»

En el lugar donde había estado la escalera sólo quedaba una inmensa maraña de madera chamuscada y hielo desmenuzado al pie del Muro, así que tenían que subir con la grúa, pero en la jaula sólo cabían diez hombres por vez y cuando Jon llegó ya estaba muy arriba. Tendría que esperar a que volviera. No era el único que esperaba: con él aguardaban Seda, Mully, Bota de Sobra, Tonelete y el corpulento y rubio Hareth, con sus dientes saltones. Todos lo llamaban «Caballo».

Había sido mozo de cuadras en Villa Topo y fue uno de los pocos aldeanos que se quedaron en el Castillo Negro. Los demás se habían apresurado a volver a sus campos y sus chozas, o a sus camas en el burdel subterráneo. En cambio, Caballo, el muy idiota, con aquellos dientes inmensos, había preferido vestir el negro. También se quedó Zei, la prostituta que se había mostrado tan hábil con la ballesta, y Noye había acogido a tres niños huérfanos cuyo padre había muerto en la escalera. Eran muy pequeños, de nueve, ocho y cinco años, pero por lo visto, nadie más los quería.

Mientras aguardaban el regreso de la jaula, Clydas les llevó tazones de vino especiado caliente y Hobb Tresdedos repartió pedazos de pan moreno. Jon cogió el suyo y lo empezó a mordisquear.

—¿Es Mance Rayder? —preguntó Seda con ansiedad.

—Eso esperamos.

En la oscuridad acechaban cosas mucho peores que los salvajes. Jon recordó lo que le había dicho el rey salvaje en el Puño de los Primeros Hombres, en medio de la nieve teñida de rojo. «Cuando los muertos caminan, los muros, las estacas y las espadas no sirven de nada. No se puede luchar contra los muertos, Jon Nieve. Nadie lo sabe ni la mitad de bien que yo.» Sólo con pensarlo sentía el viento aún más frío.

Por fin la jaula volvió a bajar entre chirridos, meciéndose al final de la larga cadena. Entraron en silencio y cerraron la puerta.

Mully tiró tres veces de la cuerda de la campana. Un instante después empezaron a subir, al principio a tropicones, luego con un movimiento más fluido. Nadie decía nada. Al llegar a la cima, la jaula se columpió de costado a medida que iban saliendo de uno en uno. Caballo tendió una mano a Jon para ayudarlo a saltar al hielo. El frío le golpeó en los dientes como un puño.

En la parte superior del Muro ardía una hilera de hogueras en cubos de hierro situados sobre pértigas más altas que un hombre. El cuchillo helado del viento sacudía y agitaba las llamas, de manera que la luz anaranjada no dejaba de cambiar. Tenían una provisión

abundante de haces de flechas, dardos, lanzas y proyectiles para el escorpión. Las rocas estaban apiladas en montones de tres metros de altura, y a su lado había enormes barriles de madera llenos de brea y aceite de lámpara. Bowen Marsh había dejado el Castillo Negro bien provisto de todo excepto de hombres. El viento azotaba las capas negras de los centinelas espantapájaros que se erguían a lo largo del baluarte con lanzas en las manos.

—Espero que no fuera uno de éstos el que hizo sonar el cuerno —le dijo Jon a Donal Noye cuando se acercó a él cojeando.

—¿Oyes eso? —preguntó Noye.

Se escuchaba el sonido del viento, los relinchos de los caballos y... algo más.

—Un mamut —dijo Jon—. Eso ha sido un mamut.

El aliento del herrero se le convertía en escarcha bajo la nariz ancha y aplastada. El norte del Muro era un mar de oscuridad que parecía extenderse hasta el infinito. Jon divisaba el tenue brillo rojo de fuegos lejanos que se movían por el bosque. Era Mance, no cabía duda. Los Otros no encendían antorchas.

—¿Cómo lucharemos contra ellos si no los podemos ver? —preguntó Caballo.

Donal Noye se volvió hacia los dos gigantescos trabuquetes que había conseguido reparar Bowen Marsh.

—¡Necesito luz! —rugió.

A toda prisa cargaron barriles de brea en las palas y les prendieron fuego con una antorcha. El viento avivó las llamas, que pronto crepitaron vigorosas con furia roja.

—¡Ya! —rugió Noye.

Los contrapesos cayeron de golpe y los brazos del trabuquete golpearon las amortiguaciones de las traviesas. La brea ardiente voló por la oscuridad y proyectó sobre el terreno una luz parpadeante y espectral. Durante un instante, Jon atisbó los mamuts que se movían con pesadez en la penumbra, y enseguida desaparecieron de nuevo. «Hay una docena, puede que más.» Los barriles chocaron contra el

Reinos, y tan estrecho que los exploradores tenían que llevar a sus caballos por las riendas y en fila. Tres puertas de hierro cerraban el recorrido del pasadizo, cada una de ellas asegurada con cadenas y protegida por un matacán. La puerta exterior era de roble macizo de un palmo de grosor y con refuerzos de hierro, no les resultaría fácil derribarla. «Pero Mance tiene mamuts —pensó— y gigantes.»

—Ahí abajo debe de hacer mucho frío —dijo Noye—. ¿Qué tal si les damos un poco de calor, muchachos?

Habían alineado al borde del precipicio una docena de garrafas llenas de aceite para las lámparas. Pyp recorrió la hilera con una antorcha en la mano y las fue prendiendo de una en una. Owen el Bestia iba detrás de él y las empujaba para precipitarlas por el borde. Las lenguas de fuego amarillo aletearon en torno a las garrafas mientras caían. Cuando perdieron de vista la última, Grenn sacó de una patada las cuñas que sujetaban un tonel de brea y lo empujó para que también cayera rodando por el borde. Abajo los sonidos cambiaron; pasaron de gritos a alaridos de dolor que les sonaron como música celestial.

Pero los tambores siguieron batiendo, los trabuquetes se alzaban y se estremecían y el sonido de las gaitas les llegaba en el aire nocturno como el canto de extraños pájaros salvajes. El septon Cellador también empezó a cantar con voz trémula, trabucada por el vino.

*Madre Gentil, fuente de toda piedad,
salva a nuestros hijos de la guerra y la maldad,
contén las espadas y las flechas detén...*

—Al primero que se le ocurra detener una flecha lo tiro del Muro de una patada en el culo —le espetó Donal Noye—. Empezando por ti, septon. ¡Arqueros! ¿Dónde cojones están los arqueros?

—Aquí —dijo Seda.

—Y aquí —dijo Mully—. Pero ¿cómo vamos a encontrar blancos? Todo está oscuro. ¿Dónde están los enemigos?

—Dispara muchas flechas —dijo Noye señalando hacia el norte—, alguno encontrarás. Y al menos les meterás un poco de miedo en el cuerpo. —Se dio la vuelta y escudriñó el corro de rostros iluminados por el fuego—. Necesito dos arqueros y dos lanceros que me ayuden a defender el túnel si consiguen derribar la puerta. —Más de diez dieron un paso adelante; el herrero eligió a cuatro—. Jon, el Muro está en tus manos hasta que yo vuelva.

Por un momento Jon pensó que había oído mal. Parecía como si Noye lo estuviera dejando al mando.

—¿Qué has dicho, mi señor?

—¿Qué señor ni qué señor? Soy un herrero. He dicho que el Muro está en tus manos.

«Aquí hay hombres mayores —habría querido responder Jon—. Hay hombres más expertos. Yo todavía estoy tan verde como la hierba del verano. Estoy herido y aún me acusan de deserción.» Se le había secado la boca.

—Sí —consiguió responder.

Más adelante Jon Nieve se sentiría como si aquella noche la hubiera soñado. Codo con codo con los soldados de paja, con arcos o ballestas en las manos agarrotadas por el frío, sus arqueros lanzaron un centenar de andanadas de flechas contra hombres a los que en ningún momento llegaron a ver. De cuando en cuando les llegaba como respuesta alguna flecha salvaje. Envío a hombres a las catapultas más pequeñas y el aire se llenó de rocas del tamaño del puño de un gigante, pero la oscuridad las engulló igual que él se había podido tragar un puñado de avellanas. Los mamuts barritaban en la oscuridad, voces extrañas gritaban en lenguas más extrañas todavía, y el septon Cellador rezaba tan alto y tan borracho suplicando que llegara el amanecer que más de una vez Jon se sintió tentado de darle él mismo la prometida patada en el culo. Oyeron cómo un mamut agonizaba al pie del muro y vieron cómo otro se alejaba en estampida por el bosque arrollando hombres y árboles a su paso. El viento soplaba cada vez más frío. Hobb subió en la grúa con tazones de sopa

de cebolla, y Owen y Clydas se los fueron repartiendo a los arqueros para que pudieran beberlo entre andanada y andanada de flechas. Zei ocupó un lugar entre ellos con su ballesta. Al trabuquete de la derecha se le estropeó algo en el mecanismo por un uso tan intensivo, y el contrapeso se soltó de repente con resultados catastróficos. El brazo se quebró hacia un lado con un crujido estrepitoso. El trabuquete de la izquierda siguió funcionando, pero los salvajes no tardaron en aprender a evitar el lugar a donde iban a parar sus proyectiles.

«Deberíamos tener veinte trabuquetes, no dos, y deberían estar montados sobre trineos y plataformas giratorias para que pudiéramos moverlos.» Eran consideraciones inútiles. Conseguía lo mismo que deseando tener otro millar de hombres y quizá un par de dragones.

Donal Noye no regresó, ni tampoco los que habían bajado con él para defender aquel túnel frío y negro. «El Muro está en mis manos», se recordaba Jon cada vez que le empezaban a fallar las fuerzas. Él también estaba disparando con el arco, tenía los dedos rígidos y entumecidos, medio congelados. Volvía a tener fiebre y la pierna le temblaba de manera incontrolable, con lo que el dolor era como un cuchillo al rojo blanco que le recorría el cuerpo.

«Una flecha más y descansaré —se dijo medio centenar de veces—. Sólo una flecha más. —Siempre que se le vaciaba el carcaj uno de los topos huérfanos le llevaba otro—. Este carcaj es el último. No puede faltar mucho para el amanecer.»

Cuando llegó la mañana, ninguno de ellos se dio cuenta al principio. El mundo seguía inmerso en la oscuridad, pero el negro se había transformado en gris y las formas empezaban a dejarse entrever en la penumbra. Jon bajó el arco y contempló la masa de nubes densas que ocultaban el cielo hacia el este. Le parecía ver un brillo tras ellas, pero tal vez no fuera más que un sueño. Puso otra flecha en el arco.

Y fue entonces cuando el sol naciente iluminó el campo de batalla con haces de luz blanquecina. Jon se quedó sin respiración al contemplar casi un kilómetro de terreno despejado que separaba el Muro del bosque. En media noche lo habían convertido en un erial de hierba ennegrecida, brea burbujeante, piedras destrozadas y cadáveres.

El cuerpo del mamut quemado ya empezaba a atraer a los cuervos. También había gigantes muertos en el suelo, pero tras ellos...

A su izquierda alguien dejó escapar un gemido.

—Ay, Madre, apiádate de nosotros —empezó a sollozar el septon Cellador—. Ay, Madre, apiádate de nosotros...

Entre los árboles estaban todos los salvajes del mundo: gigantes, wargs y cambiapielos, hombres de las montañas, marineros del agua salada, caníbales del río de hielo, habitantes de las cavernas con el rostro pintado, carros de perros de la Costa Helada, hombres Pies de Cuerno con las plantas como cuero endurecido, todos los pueblos que había reunido Mance para cruzar el Muro. «Ésta no es vuestra tierra —les querría gritar—. Aquí no hay lugar para vosotros. Marchaos.» Imaginó la risa de Tormund Matagigantes si lo oyera. «No sabes nada, Jon Nieve», le habría dicho Ygritte. Flexionó la mano de la espada y abrió y cerró los dedos, aunque sabía que no se llegaría al cuerpo a cuerpo allí arriba.

Estaba helado y febril, y de repente el peso del arco era más de lo que podía soportar. Comprendió que la batalla contra el Magnar no había sido nada, que la de aquella noche era menos que nada, apenas una sonda, una daga en la oscuridad para tratar de cogerlos desprevenidos. La verdadera batalla no había hecho más que empezar.

—No sabía que eran tantos —dijo Seda.

Jon sí. Ya los había visto antes, pero no de aquella manera, desplegados para el combate. Durante la marcha la columna de salvajes había estado dispersa a lo largo de muchas leguas, como un enorme gusano, pero no los había visto a todos a la vez. En cambio, en ese momento...

—Ahí vienen —dijo alguien con voz ronca.

Los mamuts estaban en el centro de las filas de salvajes, eran más de cien, todos cabalgados por gigantes que esgrimían mazas y grandes hachas de piedra. Otros gigantes caminaban a su lado y empujaban un gran tronco de árbol sobre enormes ruedas de madera. Uno de los extremos estaba muy afilado. «Un ariete», pensó con desánimo. Si la

puerta de abajo aún resistía bastarían unos cuantos besos de aquella monstruosidad para reducirla a astillas. A ambos lados de los gigantes avanzaban los jinetes con arneses de cuero reforzado y lanzas endurecidas al fuego, incontables arqueros y cientos de hombres a pie con arpones, hondas, porras y escudos de cuero. Los carretones de huesos de la Costa Helada traqueteaban en los flancos tras las reatas de perros blancos que saltaban sobre las rocas y las raíces al descubierto. «La furia de los salvajes», pensó Jon mientras escuchaba el sonido agudo de las gaitas, los ladridos y aullidos de los perros, el barritar de los mamuts, los gritos y silbidos del pueblo libre, los rugidos de los gigantes que hablaban en la antigua lengua. El eco de sus tambores contra el hielo era como el retumbar de un trueno.

Sintió cómo a su alrededor los hombres caían en la desesperación.

—Deben de ser más de cien mil —gimió Seda—. ¿Cómo vamos a detener a tantos?

—El Muro los detendrá —se oyó decir Jon. Se dio la vuelta y lo repitió en voz más alta—. El Muro los detendrá. ¡El Muro se defiende! —No eran más que palabras vacías, pero necesitaba pronunciarlas casi tanto como sus hermanos necesitaban oírlas—. Mance nos quiere acobardar por la fuerza del número. ¿Acaso nos cree idiotas? —Estaba ya hablando a gritos, se le había olvidado el dolor de la pierna, y todos lo escuchaban—. Los carretones, los jinetes, todos esos imbéciles a pie... ¿qué nos pueden hacer aquí arriba? ¿Y alguno habéis visto a un mamut trepar por una pared? —Se echó a reír, y Pyp, Owen y otra media docena de hombres rieron con él—. No son nada, son aún menos que estos hermanos nuestros de paja, no pueden llegar a nosotros, no pueden hacernos daño y no nos dan miedo. ¿Nos dan miedo?

—¡No! —gritó Grenn.

—Ellos están ahí abajo y nosotros aquí arriba —siguió Jon—, y mientras defendamos la puerta no pueden pasar. ¡No pueden pasar! —Para entonces todos gritaban ya, rugían palabras de ánimo, agitaban en el aire las espadas y las ballestas con las mejillas enrojecidas... Jon vio

a Tonelete, que llevaba bajo el brazo el cuerno de batalla—. Hermano —le dijo—, llama al combate.

Tonelete sonrió, se llevó el cuerno a los labios y lo hizo sonar dos veces, dos bramidos largos que indicaban que había salvajes. Otros cuernos repitieron la llamada hasta que el propio Muro pareció estremecerse y el eco de los tonos graves ahogó cualquier otro sonido.

—Arqueros —ordenó Jon cuando los cuernos callaron—, apuntad a los gigantes que llevan el ariete, todos, ¡hasta el último! Disparad cuando lo ordene, no antes. ¡Los gigantes y el ariete! Quiero que les lluevan flechas a cada paso que den, pero esperaremos hasta que estén a nuestro alcance. El primero que desperdicie una flecha tendrá que bajar a recogerla, ¿entendido?

—¡Entendido! —gritó Owen el Bestia—. ¡Entendido, Lord Nieve!

Jon se echó a reír, se rió como un borracho o como un demente, y sus hombres rieron con él. Se dio cuenta de que los carretes y los jinetes de los flancos iban ya muy por delante de la columna central. Los salvajes no habían recorrido ni una tercera parte de la distancia y su línea de batalla ya se estaba truncando.

—Cargad el trabuquete grande con abrojos —ordenó Jon—. Owen, Tonelete, enfilad los trabuquetes pequeños hacia el centro. Quiero los escorpiones cargados con lanzas incendiarias, las soltaréis cuando yo diga. —Señaló a los niños de Villa Topo—. Tú, tú y tú, encargaos de las antorchas.

Los arqueros salvajes disparaban a medida que avanzaban, corrían un tramo, se detenían, disparaban y adelantaban un poco más. Eran tantos que el aire estaba siempre lleno de flechas. Todas, por supuesto, se quedaban cortas. «Qué desperdicio —pensó Jon—. No tienen la menor disciplina.» Los pequeños arcos de cuerno y madera del pueblo libre tenían mucho menos alcance que los largos de tejo de la Guardia de la Noche, y los salvajes intentaban disparar contra hombres que estaban a doscientos metros de altura sobre ellos.

—Que disparen lo que quieran —dijo Jon—. Esperad. Aguantad. —Las capas les ondeaban a las espaldas—. Tenemos el viento en contra, eso nos resta alcance. Esperad.

«Más cerca, más cerca.» Las gaitas aullaban, los tambores retumbaban, las flechas de los salvajes volaban y caían al suelo.

—¡Tensad!

Jon alzó el arco y se llevó la flecha hasta la oreja. Seda hizo lo mismo, así como Grenn, Owen el Bestia, Bota de Sobra, Jack Bulwer el Negro, Arron y Emrick. Zei se puso la ballesta a la altura del hombro. Jon veía cómo se acercaba el ariete, veía cómo los mamuts y los gigantes lo arrastraban a ambos lados. Eran tan pequeños que parecía como si los pudiera aplastar a todos con una mano. «Ojalá tuviera una mano así de grande.» Se acercaron por aquella explanada que era un matadero. Un centenar de cuervos posados en el cadáver del mamut muerto levantaron el vuelo cuando los salvajes pasaron a ambos lados. Más cerca, cada vez más cerca, hasta que...

—¡Disparad!

Las flechas negras silbaron mientras descendían como serpientes con alas emplumadas. Jon no aguardó a ver dónde se clavaban. Tan pronto como hubo soltado la primera flecha puso la segunda en el arco.

—Cargad. Tensad. Disparad. —En cuanto la flecha voló buscó la siguiente—. Cargad. Tensad. Disparad. —Una vez, y otra, y otra. Jon ordenó a gritos que entrara en acción el trabuquete y oyó el crujido y el golpe contra el travesaño acolchado cuando un centenar de abrojos con púas de acero salieron volando por el aire—. ¡Los trabuquetes pequeños! —ordenó—. ¡Los escorpiones! ¡Arqueros, disparad a voluntad!

Las flechas salvajes empezaban ya a golpear el Muro a treinta metros por debajo de ellos. Un segundo gigante se giró y se tambaleó. «Cargad, tensad, disparad.» Un mamut se giró contra el que tenía al lado y los gigantes cayeron rodando por el suelo. «Cargad, tensad,

disparad.» Vio que el ariete estaba en el suelo, inútil, y que los gigantes que lo transportaban yacían muertos o moribundos.

—¡Flechas de fuego! —gritó—. ¡Quiero ver cómo arde ese ariete!

Los bramidos de los mamuts heridos y los gritos retumbantes de los gigantes se mezclaban con los tambores y los caramillos para componer una música horrenda, pero sus arqueros seguían tensando y disparando como si todos se hubieran quedado de repente tan sordos como el difunto Dick Follard. Tal vez fueran la escoria de la orden, pero seguían siendo hombres de la Guardia de la Noche, o casi, no importaba. «Por eso es por lo que no podrán pasar.»

Uno de los mamuts había enloquecido y en su estampida aplastaba a los salvajes con el cuerpo o los destrozaba bajo las patas. Jon volvió a levantar el arco y clavó otra flecha en el lomo peludo de la bestia para azuzarlo todavía más. Hacia el este y el oeste, las líneas del ejército salvaje habían llegado al Muro sin encontrar oposición. Los carros llegaban o daban vueltas mientras los jinetes se agrupaban sin objetivo bajo el imponente acantilado de hielo.

—¡En la puerta! —le llegó el grito. Tal vez fuera Bota de Sobra—. ¡Mamut en la puerta!

—¡Fuego! —rugió Jon—. ¡Grenn, Pyp!

Grenn tiró el arco a un lado, tumbó de costado un barril de aceite y lo hizo rodar hasta el borde del muro, donde Pyp partió a martillazos la clavija que lo cerraba, metió en el agujero un trapo y le prendió fuego con una antorcha. Entre los dos lo empujaron para que cayera. Treinta metros más abajo chocó contra un saliente del muro y estalló, y el aire se llenó de duelas destrozadas y aceite ardiendo. Para entonces Grenn ya estaba empujando hacia el borde un segundo barril, igual que Tonelete. Pyp los encendió los dos.

—¡Le ha dado! —gritó Seda; estaba tan asomado por el borde que por un momento Jon dio por seguro que se iba a caer—. ¡Le ha dado, le ha dado, le ha dado!

Le llegó el rugido del fuego y vio a un gigante envuelto en llamas que se tambaleaba y rodaba por el suelo.

De repente los mamuts huían en estampida para escapar del humo y las llamas, presas del pánico, aplastaban a todos los que tenían detrás. Se vieron obligados a retroceder, gigantes y salvajes emprendieron la huida para apartarse de su camino. En menos de un instante todo el centro de su columna se derrumbaba. Los jinetes de los flancos se encontraron abandonados y también retrocedieron sin siquiera haber visto la sangre. Hasta los carros volvieron sobre sus pasos sin haber hecho otra cosa que mucho ruido y presentar un aspecto aterrador.

«Cuando se desbandan, se desbandan a base de bien», pensó Jon Nieve mientras los observaba retroceder. Los tambores habían quedado en silencio. «¿Qué te parece esta música, Mance? ¿Qué te parece la mujer del dorniense?»

—¿Tenemos algún herido? —preguntó.

—Esos cabrones me han dado en la pierna. —Bota de Sobra se arrancó la flecha y la agitó en el aire—. ¡En la de madera!

El Muro estalló en gritos de alegría. Zei agarró a Owen por las manos y giró en círculos con él y le dio un largo beso en la boca delante de todos. También trató de besar a Jon, pero él le puso una mano en el hombro y la apartó con suavidad, pero también con firmeza.

—No —dijo. «Para mí se acabaron los besos.» De repente se sentía tan débil que no podía ni mantenerse en pie, desde la rodilla hasta la ingle el dolor era insoportable. Tanteó hasta dar con la muleta—. Pyp, ayúdame a llegar a la jaula. Grenn, estás al mando del Muro.

—¿Yo? —dijo Grenn.

—¿Él? —dijo Pyp.

Habría sido difícil decidir cuál de los dos parecía más horrorizado.

—P-p-pero... —tartamudeó Grenn—, ¿qué hago s-si los salvajes vuelven a atacar?

—Detenerlos —respondió Jon.

Una vez en la jaula, cuando ya bajaban, Pyp se quitó el yelmo y se secó la frente.

—Sudor helado. ¿Habrá cosa más asquerosa que el sudor helado? —Se echó a reír—. Dioses, creo que en mi vida había tenido tanta hambre, me comería un uro entero, te lo juro. ¿Qué te parece, le pedimos a Hobb que nos guise a Grenn? —Al ver la cara de Jon se le borró la sonrisa—. ¿Qué te pasa? ¿Es la pierna?

—La pierna —asintió Jon. Hasta hablar le costaba un esfuerzo.

—Pero no la batalla, ¿verdad? Hemos ganado.

—Eso lo hablaremos cuando veamos la puerta —dijo Jon con tono sombrío.

«Quiero un fuego, una comida caliente, una cama abrigada y algo para que la pierna me deje de doler», pensó. Pero antes tenía que examinar el túnel y averiguar qué había sido de Donal Noye.

Tras la batalla con los thenitas habían tardado casi todo un día en despejar de hielo y de vigas rotas la puerta interior. Calvasucia y Tonelete, así como otros constructores, habían argumentado acaloradamente que deberían dejar allí los escombros, que serían otro obstáculo para Mance. Pero semejante decisión habría implicado abandonar la defensa del túnel, y de eso, Noye no quería ni oír hablar. Mientras hubiera hombres en los matacanes, y arqueros y lanceros detrás de cada una de las puertas interiores, unos pocos hermanos valientes podrían mantener a raya a centenares de salvajes y entorpecer el camino con cadáveres. No tenía la menor intención de proporcionar una ruta despejada a través del hielo para Mance Rayder. Por tanto retiraron los peldaños rotos con cuerdas y palas, y volvieron a excavar el camino hasta la puerta.

Jon aguardó junto a los fríos barrotes de hierro mientras Pyp iba a ver al maestre Aemon para pedirle la llave de repuesto. Se sorprendió al ver que era el propio maestre quien se la llevaba, acompañado de Clydas, que portaba una lámpara.

—Sube a mis habitaciones en cuanto termines —dijo el anciano mientras Pyp retiraba las cadenas—. Tengo que cambiarte el vendaje

y ponerte una cataplasma fresca. Y supongo que querrás un poco de vino del sueño para quitarte el dolor.

Jon asintió con gesto débil. La puerta se abrió. Pyp encabezó la marcha, seguido por Clydas con la lámpara. Jon tuvo que esforzarse por mantenerse al paso del maestro Aemon. El hielo se cerraba en torno a ellos, sentía cómo el frío se le metía en los huesos, sentía todo el peso del Muro sobre la cabeza. Era como meterse por la garganta de un dragón de hielo. El túnel describió una curva, luego otra. Pyp abrió la segunda puerta de hierro. Avanzaron más, giraron de nuevo y vieron a lo lejos una luz, tenue, escasa, a través del hielo.

«Mala cosa —supo Jon al instante—. Muy, muy mala cosa.»

—Hay sangre en el suelo —dijo Pyp.

En los cinco últimos metros del túnel era donde habían luchado, donde habían muerto. La puerta exterior de roble reforzado estaba destrozada, arrancada de las bisagras, y uno de los gigantes se había arrastrado entre las astillas. La luz de la lámpara bañó una escena espeluznante con su brillo rojizo. Pyp se volvió a un lado para vomitar y en aquel momento Jon envidió la ceguera del maestro Aemon.

Noye y sus hombres lo habían estado esperando tras una puerta de barrotes de hierro igual que las dos que Pyp acababa de abrir. Los dos ballesteros habían conseguido disparar una docena de dardos mientras el gigante avanzaba hacia ellos. Luego fue el turno de los lanceros, que clavaron sus picas entre los barrotes. Pese a todo el gigante tuvo fuerzas para meter los brazos, arrancarle la cabeza a Calvasucia, agarrar la puerta de hierro y destrozar los barrotes. Por todo el suelo había eslabones rotos de la cadena.

«Un gigante. Todo esto ha sido obra de un solo gigante.»

—¿Están todos muertos? —preguntó el maestro Aemon con voz tranquila.

—Sí. Donal fue el último. —La espada de Noye estaba clavada en la garganta del gigante casi hasta la empuñadura. A Jon, el armero siempre le había parecido un hombre muy corpulento, pero atrapado entre los enormes brazos del gigante casi parecía un niño—. El

gigante le rompió la columna vertebral. No sé cuál murió primero. —Cogió la lámpara y se adelantó para ver más. —Mag. —«Soy el último de los gigantes», recordó con tristeza, pero no había tiempo para lamentos—. Era Mag el Poderoso. El rey de los gigantes.

Necesitaba ya la luz del sol. Dentro del túnel hacía demasiado frío, estaba demasiado oscuro, y el hedor de la sangre y la muerte era asfixiante. Jon devolvió la lámpara a Clydas, rodeó como pudo los cadáveres, cruzó entre los barrotes retorcidos y caminó hacia al luz del día que se divisaba más allá de la puerta destrozada.

El imponente corpachón de un mamut muerto bloqueaba el camino en parte. Uno de los colmillos de la bestia se le enganchó en la capa y le hizo un desgarrón al pasar. En el exterior había otros tres gigantes muertos, medio enterrados en piedras, légamo y brea endurecida. Vio el punto donde el fuego había derretido el Muro, donde grandes planchas de hielo se habían desprendido por el calor para ir a estrellarse contra el terreno ennegrecido. Alzó la vista para contemplar el lugar de donde había bajado.

«Desde aquí parece inmenso, como si estuviera a punto de aplastar al que lo mira.»

Jon regresó a donde lo aguardaban los demás.

—Tenemos que reparar la puerta exterior lo mejor que podamos y bloquear esta sección del túnel. Con cascotes, con trozos de hielo, con lo que sea. Hasta la segunda puerta si es posible. Ser Wynton tendrá que tomar el mando, es el último caballero que queda, pero es imprescindible que se ponga en marcha ya, los gigantes volverán antes de que nos demos cuenta. Tenemos que decirle...

—Le puedes decir lo que quieras —lo interrumpió el maestro Aemon con suavidad—. Sonreirá, asentirá y se le olvidará al momento. Hace treinta años Ser Wynton Stout estuvo a doce votos de ser elegido Lord Comandante. Lo habría hecho muy bien. Hace diez años todavía habría sido capaz de actuar. Pero ya no. Lo sabes tan bien como lo sabía Donal, Jon.

Era verdad.

—Entonces vos estáis al mando —dijo Jon al maestre—. Lleváis toda la vida en el Muro, los hombres os seguirán. Tenemos que cerrar la puerta.

—Soy un maestre, llevo la cadena, hice el juramento. Mi orden sirve, Jon. Nosotros damos consejos, no órdenes.

—Pero alguien tiene que...

—Tú. Tienes que ponerte al mando.

—No.

—Sí, Jon. No hace falta que sea por mucho tiempo, sólo hasta que vuelva la guarnición. Donal te eligió, igual que te eligió antes Qhorin Mediamano. El Lord Comandante Mormont te nombró mayordomo para que aprendieras de él. Eres hijo de Invernalía y sobrino de Benjen Stark. O tú o nadie. El Muro está en tus manos, Jon Nieve.

ARYA

Todas las mañanas al despertarse sentía el agujero en su interior. No era hambre, aunque a veces también. Era como un hueco, un vacío allí donde había tenido el corazón, donde habían estado sus hermanos y sus padres. También le dolía la cabeza. No tanto como al principio, pero mucho. Arya ya se había acostumbrado, y al menos el chichón iba desapareciendo. Pero el agujero de su interior seguía igual.

«El agujero no se va a curar nunca», se decía cuando se echaba a dormir.

Algunas mañanas Arya no quería despertarse. Se acurrucaba bajo la capa con los ojos muy apretados y trataba de dormirse de nuevo a pura fuerza de voluntad. Si el Perro no se lo hubiera impedido habría dormido noche y día.

Y soñaba. Eso, los sueños, eran lo mejor. Casi todas las noches soñaba con lobos. Una gran manada de lobos, con ella a la cabeza. Era más grande que ninguno de los demás, más fuerte, más ágil y más rápida. Podía vencer al caballo en una carrera y al león en un combate. Cuando mostraba los dientes hasta los hombres huían de ella, no tenía nunca el estómago vacío demasiado tiempo, y el pelaje la mantenía abrigada incluso cuando el viento soplabla gélido. Y sus hermanos estaban con ella, muchos, fieros, temibles, suyos. No la abandonarían jamás.

Pero, si sus noches estaban llenas de lobos, sus días pertenecían al perro. Sandor Clegane la obligaba a levantarse todas las mañanas, tanto si quería como si no. La maldecía con su voz rasposa o la levantaba por la fuerza y la sacudía. En cierta ocasión, le vació sobre la cabeza el yelmo lleno de agua fría. Ella se levantó de un salto escupiendo y tiritando, y trató de darle una patada, pero él se limitó a reírse.

—Sécate y echa de comer a los malditos caballos —ordenó, y ella obedeció.

Tenían dos monturas, *Extraño* y una yegua alazana a la que Arya llamaba *Gallina* porque Sandor decía que seguro que había escapado de Los Gemelos igual que ellos dos. La noche que siguió a la matanza la habían encontrado vagando sin jinete por un prado. Era un buen caballo, pero Arya no podía sentir cariño alguno hacia un ser cobarde. «*Extraño* habría peleado.» Aun así, cuidaba de la yegua lo mejor que podía. Era mejor que montar en el mismo caballo que el Perro. Además, tal vez *Gallina* fuera una cobarde, pero también era joven y fuerte. Arya creía que tal vez podría correr más que *Extraño* si llegaba la ocasión.

El Perro ya no la vigilaba tan de cerca como antes. En ocasiones parecía que no le importaba si se iba o se quedaba, y por las noches ya no la ataba en la capa.

«Una noche de éstas lo mataré mientras duerme —se decía, pero nunca lo hacía—. Un día de éstos me alejaré con *Gallina* al galope y no me podrá alcanzar», pensaba, pero tampoco lo hacía. ¿Adónde podía ir? Invernalía ya no existía. El hermano de su abuelo estaba en Aguasdulces, pero no lo conocía, y él no la conocía a ella. Tal vez Lady Smallwood la acogiera en el Torreón Bellota... y tal vez no. Además, Arya no estaba segura de poder encontrar el camino de vuelta al Torreón Bellota. A veces pensaba que podría volver a la posada de Sharna, si las inundaciones no se la habían llevado por delante. Podría quedarse con Pastel Caliente, o tal vez Lord Beric la encontraría allí. Anguy la enseñaría a manejar el arco, podría cabalgar al lado de Gendry y ser una bandida igual que Wenda, la Gacela Blanca de las canciones.

Pero eso no eran más que idioteces, sueños como los que tendría Sansa. Pastel Caliente y Gendry la habían abandonado en cuanto tuvieron ocasión, y Lord Beric y los bandidos no querían más que cobrar un rescate por ella, igual que el Perro. Ninguno de ellos la quería tener cerca. «Nunca fueron mi manada, ni siquiera Pastel

Caliente y Gendry. Pensaba que sí, pero era una idiota, una niña idiota, sin pizca de loba.»

De manera que seguía con el Perro. Cabalgaban todos los días, jamás dormían dos veces en el mismo sitio, siempre que les era posible esquivaban las ciudades, pueblos y castillos. Una vez le había preguntado a Sandor Clegane adónde iban.

—Lejos —replicó—. No te hace falta saber más. Ahora mismo vales menos que un escupitajo para mí, así que no quiero oírte gimotear. Debería haber dejado que te metieras en aquel castillo de mierda.

—Ojalá —respondió ella, pensando en su madre.

—Entonces estarías muerta. Me deberías dar las gracias. Me deberías cantar una canción bonita igual que hizo tu hermana.

—¿A ella también le diste un hachazo?

—Te pegué con el plano de la hoja, loba idiota. Si te hubiera dado con el filo todavía habría trozos de tu cabeza flotando en el Forca Verde. Y cierra esa maldita boca de una vez. Lo que tendría que hacer es entregarte a las hermanas silenciosas. A las niñas que hablan demasiado les cortan la lengua.

Aquello no había sido justo. Quitando aquella ocasión, Arya no hablaba casi nunca. Podían pasar días enteros sin que ninguno de los dos dijera una palabra. Ella estaba demasiado vacía para hablar, y el Perro, demasiado furioso. Arya percibía su rabia, se la veía en el rostro, en su manera de apretar la boca y fruncirla, en las miradas que le echaba... Siempre que cogía el hacha para cortar madera y encender fuego se dejaba llevar por una ira sorda, asestaba golpes salvajes al árbol, al tronco o a la rama rota hasta que tenían astillas y leña para encender veinte hogueras. A veces después se quedaba tan agotado y magullado que se tumbaba directamente a dormir y ni siquiera prendía el fuego. Arya detestaba esas ocasiones y también lo detestaba a él. Aquellas noches era cuando más rato contemplaba el hacha. «Parece muy pesada, pero seguro que la podría blandir.» Y desde luego no lo golpearía con el plano de la hoja.

Muy de vez en cuando en su camino se encontraban con más gente: campesinos en los campos, porquerizos con sus pjaras, una lechera que tiraba de su vaca, un escudero que llevaba un mensaje por un camino vecinal... No quería hablar con ellos tampoco. Era como si vivieran en un mundo lejano y hablaran una lengua incomprensible; no tenían nada que ver con ella, ni ella con ellos.

Además, no era prudente dejarse ver. De cuando en cuando divisaban columnas de jinetes que iban por los tortuosos caminos entre las granjas, siempre con el estandarte de los torreones gemelos de los Frey ondeando ante ellos.

—A la caza de los nortños que hayan podido escapar —comentó el Perro cuando pasaron de largo—. Siempre que oigas cascos de caballos agacha la cabeza, y deprisa, seguro que no es ningún amigo.

Un día, en el hueco que formaban las raíces de un roble caído, se encontraron con otro superviviente de Los Gemelos. El distintivo que llevaba en el pecho mostraba a una doncella desnuda, de color rosa bailando en un torbellino de sedas, y les dijo que era uno de los hombres de Ser Marq Piper; un arquero, aunque había perdido el arco. Tenía el hombro izquierdo todo torcido e hinchado, les dijo que era por un golpe de maza que le había destrozado la armadura clavándosela en la carne.

—Y fue un nortño —sollozó—. Su emblema era un hombre ensangrentado, y cuando vio el mío hasta gastó bromas, dijo que el hombre rojo y la chica rosa deberían juntarse. Bebí a la salud de su Lord Bolton, él bebió a la de Ser Marq, juntos brindamos por Lord Edmure, Lady Roslin y el Rey en el Norte. Luego me mató.

Al decir aquello tenía los ojos brillantes por la fiebre, y Arya supo que lo que decía era verdad. La hinchazón del hombro era espantosa y tenía todo el costado izquierdo manchado de sangre y pus. Además, apestaba. «Huele como un cadáver.» El hombre les suplicó un trago de vino.

—Si tuviera vino, me lo bebería yo —le replicó el Perro—. Os puedo dar agua y el don de la piedad.

El arquero lo miró bastante rato antes de responder.

—Sois el perro de Joffrey.

—Ahora soy mi propio perro. ¿Queréis el agua?

—Sí. —El hombre tragó saliva—. Y la piedad. Por favor.

Poco antes habían pasado junto a un pequeño lago. Sandor le entregó el yelmo a Arya con la orden de que fuera a llenarlo, de manera que regresó a la orilla del agua. El barro le llegaba por encima de la puntera de las botas. Utilizó la cabeza de perro a modo de cubo; el agua se escapaba por los agujeros de los ojos, pero en el fondo aún quedaba bastante.

Cuando regresó, el arquero alzó el rostro y ella le derramó el agua en la boca. El hombre la tragó tan deprisa como pudo, y lo que no consiguió tragar le corrió por las mejillas y hacia la sangre seca de los bigotes, de manera que pronto tuvo la barba cubierta de lágrimas rosadas. Cuando se acabó el agua, agarró el yelmo y lamió el acero.

—Qué buena —dijo—. Pero ojalá hubiera sido vino. Quería vino.

—Yo también.

El Perro clavó la daga en el corazón del hombre casi con ternura; el peso de su cuerpo hundió la punta a través del jubón, la cota de mallas y el protector acolchado. Al sacar la hoja y limpiarla en la ropa del muerto miró a Arya.

—Ahí es donde está el corazón, niña. Así se mata a un hombre.

«Y de otras maneras.»

—¿Lo enterramos?

—¿Para qué? —replicó Sandor—. A él no le importa, y nosotros no tenemos palas. Que se lo queden los lobos y los perros salvajes. Tus hermanos y los míos. —Le lanzó una mirada dura—. Pero antes le robamos, claro.

En la bolsa del arquero había dos venados de plata y casi treinta cobres. Su daga tenía una bonita piedra rosada en el puño. El Perro sopesó el cuchillo y se lo tiró a Arya. Ella lo cogió por la empuñadura, se lo puso al cinto y se sintió un poco mejor. No era *Aguja*, pero era

acero. El hombre muerto también tenía un carcaj de flechas, que no servía de nada sin arco. Sus botas eran demasiado grandes para Arya y demasiado pequeñas para el Perro, de modo que se las dejaron. Ella cogió también su casco, aunque le caía casi hasta la nariz y se lo tenía que echar hacia atrás para ver.

—Seguro que también tenía un caballo o no habría conseguido escapar —dijo Clegane mirando a su alrededor—, pero el animal de mierda se ha ido. No sabemos cuánto tiempo llevaba aquí.

Cuando llegaron a las estribaciones de las Montañas de la Luna las lluvias casi habían cesado. Arya podía ver el sol, la luna y las estrellas, y se dio cuenta de que se dirigían hacia el este.

—¿Adónde vamos? —preguntó de nuevo.

—Tienes una tía que vive en el Nido de Águilas. —El Perro había decidido responderle en aquella ocasión—. Puede que ella quiera pagar un rescate por tu culo flaco, aunque sólo los dioses saben por qué. Una vez lleguemos al camino alto lo podemos seguir hasta la Puerta de la Sangre.

«La tía Lysa.» Al pensar en ella Arya se sentía igual de vacía. Quería a su madre, no a la hermana de su madre. No la conocía, igual que tampoco conocía a su tío abuelo, el Pez Negro. «Tendríamos que haber entrado en el castillo.» No podían estar seguros de que hubieran muerto su madre y Robb. No los habían visto morir ni nada así. A lo mejor Lord Frey se había limitado a cogerlos prisioneros. A lo mejor los tenían encadenados en una mazmorra, o los Frey los iban a llevar a Desembarco del Rey para que Joffrey les cortara la cabeza. No estaban seguros.

—Tendríamos que volver —decidió de repente—. Tendríamos que volver a Los Gemelos a buscar a mi madre. No puede estar muerta. Tenemos que ayudarla.

—Creía que era tu hermana la que tenía la cabeza llena de canciones —gruñó el Perro—. Es cierto que Frey podría haber perdonado la vida a tu madre para pedir un rescate, pero por los siete

infiernos te juro que no voy a meterme solo en aquel castillo para sacarla.

—Solo no. Yo iría contigo.

—¡Eso, seguro que el viejo se mea del susto nada más verte! —El Perro emitió un sonido que podía pasar por una carcajada.

—¡Lo que pasa es que te da miedo morir! —replicó ella, despectiva.

Clegane se rió de nuevo, esta vez con una carcajada de verdad.

—La muerte no me asusta. Sólo el fuego. Y venga, calla de una vez o te cortaré la lengua yo mismo para ahorrarles el trabajo a las hermanas. Nosotros vamos al Valle.

Arya no creía que le fuera a cortar la lengua de verdad; lo decía igual que cuando Ojorrojo decía que le iba a arrancar el pellejo a latigazos. De todos modos, no pensaba comprobarlo. Sandor Clegane no era Ojorrojo. Ojorrojo no cortaba a la gente por la mitad ni golpeaba a nadie con un hacha. Ni siquiera con el plano del hacha.

Aquella noche se acostó pensando en su madre y se preguntó si no debería matar al Perro mientras dormía e ir ella misma a rescatar a Lady Catelyn. Al cerrar los ojos vio el rostro de su madre ante los párpados. «Está tan cerca que casi la puedo oler...»

Y entonces, de repente, la pudo oler de verdad. Era un olor tenue oculto bajo otros olores, el del musgo, el barro y el agua, el hedor de las hierbas que se pudrían y los hombres que se pudrían. Trotó despacio por el suelo blando hasta la orilla del río, bebió agua a lametones, alzó la cabeza y olisqueó. El cielo estaba gris y cubierto de nubes; el río, verde y cubierto de cosas que flotaban. Los cadáveres se amontaban en las zonas de aguas poco profundas, algunos se movían todavía empujados por la corriente, otros habían quedado varados en las orillas. Sus hermanos se arremolinaban en torno a ellos y desgarraban a dentelladas la carne sabrosa, madura.

También estaban allí los cuervos, que graznaban a los lobos y llenaban el aire de plumas. Tenían la sangre más caliente, y una de sus hermanas había atrapado a uno por el ala justo cuando emprendía el

vuelo. Aquello le dio ganas de coger ella también un cuervo. Deseaba el sabor de la sangre, oír el crujido de los huesos entre los dientes, llenarse el estómago de carne caliente, no fría. Tenía hambre y estaba rodeada de carne, pero sabía que no podía comer.

El olor era cada vez más fuerte. Alzó las orejas y escuchó los gruñidos de su manada, los graznidos de los cuervos furiosos, el batir de las alas y el sonido del agua que corría. A lo lejos se oían cascos de caballos y gritos de hombres vivos, pero no eran lo que le interesaba. Lo único que le interesaba era el olor. Volvió a olfatear el aire. Allí estaba, entonces lo vio: una forma blancuzca que se deslizaba río abajo, desviada aquí y allá por los salientes. Los juncos se inclinaban sobre ella.

Chapoteó por las aguas bajas y se lanzó a las más profundas moviendo las patas. La corriente era fuerte, pero ella lo era más. Nadó guiada por el olfato. Los olores del río eran húmedos e intensos, pero no eran esos olores los que la impulsaban. Nadó en pos de la estela de sangre fría, del dulce hedor empalagoso de la muerte. La persiguió como tantas veces había perseguido a un ciervo entre los árboles y al final la atrapó, y cerró las mandíbulas en torno a un brazo blanco. Lo sacudió para hacer que se moviera, pero en la boca sólo tenía muerte y sangre. Estaba empezando a cansarse, y tuvo que hacer un esfuerzo para tirar del cuerpo hasta la orilla. Cuando lo consiguió arrastrar hasta el barro uno de sus hermanos pequeños se acercó con la lengua fuera. Tuvo que espantarlo de un gruñido para que no se alimentara. Sólo entonces hizo una pausa para sacudirse el agua del pelaje. La cosa blanca yacía de bruces sobre el lodo, con la carne muerta arrugada y pálida, con un reguero de sangre fría que le salía de la garganta.

«Levántate —pensó—. Levántate y ven aquí a comer y a correr con nosotros.»

El ruido de caballos le hizo volver la cabeza. «Hombres.» Se acercaban en contra del viento, así que no le había llegado su olor, y en aquel momento los tenía casi encima. Hombres a caballo con ondulantes alas negras, amarillas y rosadas, y largas garras afiladas en

las manos. Algunos de sus hermanos más jóvenes mostraron los dientes para defender la comida que habían encontrado, pero ella les lanzó mordiscos al aire hasta que se dispersaron. Así era la vida salvaje. Los ciervos, las liebres y los cuervos huían de los lobos, y los lobos huían de los hombres. Abandonó en el barro el frío trofeo blanco que había conseguido arrastrar hasta allí y huyó, y no se avergonzó por ello.

A la mañana siguiente el Perro no tuvo que gritar ni sacudir a Arya para que se despertara. Por una vez se había levantado antes que él, y hasta había abrevado a los caballos. Desayunaron en silencio hasta que Sandor lo rompió.

—Eso que dijiste de tu madre...

—No importa —dijo Arya con voz átona—. Ya sé que está muerta. La he visto en un sueño.

El Perro se quedó mirándola bastante rato y al final asintió. No se volvió a hablar del tema y cabalgaron hacia las montañas.

En las colinas más elevadas se encontraron con una aldea pequeña, aislada y rodeada de centinelas color gris verdoso y altos pinos soldado, y Clegane decidió que podían arriesgarse a entrar.

—Nos hace falta comida —dijo—, y un techo bajo el que refugiarnos. No creo que aquí sepan qué pasó en Los Gemelos, y con un poco de suerte no me reconocerán.

Los aldeanos estaban construyendo una empalizada de madera en torno a sus casas, y cuando vieron la envergadura de hombros del Perro les ofrecieron comida, refugio y hasta algunas monedas a cambio de su trabajo.

—Si hay también vino, hecho —les gruñó.

Al final se conformó con cerveza y todas las noches bebió hasta caer dormido.

Pero su sueño de vender a Arya murió en aquellas colinas.

—Por encima de nosotros ya hay escarcha y los pasos altos están nevados —le dijo el anciano de la aldea—. Si no morís de hambre os congelaréis, y si no algún gatosombra os hará pedazos o tal vez los

osos cavernarios. Además, también están los clanes. Los Hombres Quemados no tienen miedo de nada desde que Timett Un-Ojo regresó de otra guerra. Y hace medio año Gunthor, hijo de Gurn, atacó con sus Grajos de Piedra un poblado que no está ni a tres leguas de aquí. Se llevaron a todas las mujeres y hasta el último saco de grano, y mataron a la mitad de los hombres. Ahora tienen acero, buenas espadas y cotas de mallas, y vigilan el camino alto. Allí están todos, los Grajos de Piedra, los Serpientes de Leche, los Hijos de la Niebla... Seguro que os llevaríais a unos cuantos por delante, pero al final os matarían y se quedarían con vuestra hija.

«¡No soy su hija!», habría gritado Arya de no estar tan cansada. Ya no era hija de nadie. Ya no era nadie. Ni Arya, ni Comadreja, ni Nan, ni Arry, ni Perdiz, ni siquiera Chichones. Sólo era una niña que de día viajaba con un perro y de noche soñaba con lobos.

La aldea era silenciosa. Tenían colchones rellenos de paja sin apenas chinches, la comida era sencilla pero abundante y el aire olía a pinos. Pese a todo, Arya llegó a la conclusión de que detestaba aquel lugar. Los aldeanos eran unos cobardes. Ninguno se atrevía a mirar al Perro a la cara, al menos por mucho tiempo. Algunas mujeres trataron de ponerle un vestido y obligarla a coser, pero ninguna de ellas era Lady Smallwood, así que no se lo consintió. Además, había una niña que la seguía a todas partes, la hija del anciano de la aldea. Tenía la misma edad que Arya, pero no era más que una cría; lloraba si se hacía un rasguño en la rodilla y llevaba a todas partes un muñeco de trapo de lo más idiota. El muñeco representaba a un guerrero, más o menos, así que la niña lo llamaba Ser Soldado y decía que cuidaba de ella.

—Lárgate —le dijo Arya cien veces—. Déjame en paz.

Pero no lo hizo, así que al final Arya le quitó el muñeco, lo rasgó y le sacó el relleno de la barriga con un dedo.

—¡Ahora sí que parece un soldado! —le gritó antes de tirar el muñeco a un arroyo.

Después de aquello la niña dejó de perseguirla, y Arya se pasaba los días cuidando de *Gallina* y de *Extraño* o paseando por los bosques. A veces encontraba un palo y se dedicaba a practicar sus labores de aguja, pero entonces se acordaba de lo que había pasado en Los Gemelos y lo golpeaba contra cualquier árbol hasta destruirlo.

—Puede que nos quedemos aquí una temporada —le dijo el Perro dos semanas más tarde. Estaba ebrio de cerveza, pero más ensimismado que dormido—. No podemos llegar al Nido de Águilas y los Frey aún estarán buscando supervivientes en las tierras de los ríos. Aquí parece que hacen falta espadas para enfrentarse a los de los clanes. Podemos descansar, y a lo mejor hacer llegar una carta a tu tía.

El rostro de Arya se ensombreció. No quería quedarse, pero tampoco tenía adónde ir. A la mañana siguiente, cuando el Perro fue a cortar árboles y acarrear leña, volvió a meterse en la cama.

Pero, cuando el trabajo se terminó y la alta empalizada de madera se alzó en torno a la aldea, el anciano dejó bien claro que allí no había lugar para ellos.

—Cuando llegue el invierno ya nos costará bastante alimentar a los nuestros —explicó—. Además... un hombre como vos atrae la sangre.

—De modo que sabéis quién soy. —Sandor apretó los labios.

—Sí. Aquí no llegan muchos viajeros, pero a veces vamos al mercado y a las ferias. Hemos oído hablar del perro del rey Joffrey.

—Cuando vengan a visitaros esos Grajos de Piedra tal vez os convendría tener un perro.

—Es posible. —El hombre titubeó, pero hizo acopio de valor—. Aunque se dice que perdisteis el coraje en la batalla del Aguasnegras. Se dice...

—Ya sé qué se dice. —La voz de Sandor sonaba como dos sierras manejadas la una contra la otra—. Pagadme y nos marcharemos.

Al partir el Perro tenía una bolsa llena de monedas de cobre, un odre de cerveza amarga y una espada nueva. La verdad es que se trataba de una espada muy vieja, pero para él era nueva. Se la había

cambiado a su propietario por el hacha que había cogido en Los Gemelos, la que había utilizado para hacerle aquel chichón en la cabeza a Arya. La cerveza se acabó en menos de un día, pero Clegane afilaba la espada todas las noches sin dejar de maldecir a su anterior propietario por cada melladura y cada punto oxidado.

«Si ha perdido el coraje, ¿qué le importa si la espada está afilada o no?» No era una pregunta que Arya pudiera hacerle en voz alta, pero a menudo pensaba sobre el tema. ¿Era por eso por lo que había huido de Los Gemelos llevándola con él?

De vuelta en las tierras de los ríos se encontraron con que las lluvias no eran tan abundantes y las aguas crecidas habían empezado a retroceder. El Perro decidió dirigirse al sur, de retorno al Tridente.

—Iremos a Aguasdulces —le dijo a Arya mientras asaban una liebre que había matado—. A lo mejor el Pez Negro quiere comprarse una loba.

—No me conoce. Ni siquiera sabrá si de verdad soy yo. —Arya estaba cansada de ir a Aguasdulces. Tenía la sensación de que llevaba años viajando hacia allí sin llegar jamás. Cada vez que emprendía la marcha hacia Aguasdulces acababa en un lugar peor—. No te pagará ningún rescate. Seguro que te ahorca y ya está.

—Que lo intente. —Giró la cabeza y escupió.

«No habla como si hubiera perdido el coraje.»

—Ya sé qué podemos hacer —dijo Arya. Aún le quedaba un hermano. «Jon me querrá aunque nadie más me quiera. Me llamará hermanita y me revolverá el pelo.» Pero era un viaje largo y sabía que no conseguiría llegar sola. Ni siquiera había podido llegar a Aguasdulces—. Podríamos ir al Muro.

—La niña lobo quiere unirse a la Guardia de la Noche, ¿eh? —La risa de Sandor fue como un gruñido.

—Mi hermano está en el Muro —insistió, testaruda.

—El Muro está a mil leguas de aquí. —Hizo una mueca involuntaria con la boca—. Tendríamos que abrírnos paso luchando entre esos malditos Frey sólo para llegar al Cuello. En esos pantanos

hay lagartos león que desayunan lobos. Y aunque llegáramos al norte sin que nos despellejaran, la mitad de los castillos están ocupados por hombres del hierro, sin mencionar que hay miles de norteños de mierda.

—¿Te dan miedo? —preguntó—. ¿Has perdido el coraje?

Por un momento pensó que la iba a abofetear. Pero, para entonces, la liebre ya estaba tostada, con la piel crujiente y gotas de grasa que restallaban al caer entre las llamas. Sandor la arrancó del espetón, la partió en dos con sus enormes manazas y tiró la mitad al regazo de Arya.

—A mi coraje no le pasa nada —dijo al tiempo que arrancaba una pata—, pero tu hermano y tú me importáis tanto como una cagada de rata. Y yo también tengo un hermano.

TYRION

—Tyrion —dijo Ser Kevan con tono cansado—, si de verdad eres inocente de la muerte de Joffrey no te costará nada demostrarlo en el juicio.

—¿Quién me va a juzgar? —preguntó Tyrion apartándose de la ventana.

—La justicia corresponde al trono. El rey ha muerto, pero tu padre sigue siendo la Mano. Dado que es su hijo el acusado, y su nieto fue la víctima, ha pedido a Lord Tyrell y al príncipe Oberyn que sean jueces también.

Aquello no sirvió para tranquilizar a Tyrion en absoluto. Mace Tyrell había sido el suegro de Joffrey aunque por muy poco tiempo, y la Víbora Roja era... En fin, una serpiente.

—¿Se me permitirá exigir un juicio por combate?

—No te lo recomiendo.

—¿Por qué no? —Si así se había salvado en el Valle, ¿por qué no allí?—. Respóndeme, tío. ¿Se me concederá un juicio por combate y un campeón que pruebe mi inocencia?

—Desde luego, si es eso lo que deseas. Pero más vale que lo sepas, en caso de que se celebre un juicio así, tu hermana piensa pedir que su campeón sea Ser Gregor Clegane.

«La muy puta se adelanta a mis movimientos. Lástima que no eligiera a un Kettleblack.» Ninguno de los tres hermanos daría el menor trabajo a Bronn, pero la Montaña que Cabalga era harina de otro costal.

—Tendré que consultarlo con la almohada.

«Lo que tengo que hacer es hablar con Bronn, y cuanto antes.» No quería ni pensar cuánto le iba a costar aquello. Bronn tenía un alto concepto del valor de su pellejo.

—¿Tiene Cersei algún testigo contra mí?

—Más y más cada día que pasa.

—En ese caso yo también necesitaré testigos.

—Dime a quién quieres y Ser Addam enviará a la Guardia para asegurarse de que se presenten en el juicio.

—Preferiría ir a buscarlos en persona.

—Se te acusa de regicidio y del asesinato de tu sobrino. ¿De verdad crees que se te va a permitir que entres y salgas a tu antojo? — Ser Kevan señaló la mesa—. Tienes pluma, tinta y pergamino. Escribe los nombres de los testigos que necesites y haré todo lo que esté en mi mano para proporcionártelos, te doy mi palabra de Lannister. Pero no saldrás de esta torre más que para asistir al juicio.

—¿Se permitirá entrar y salir a mi escudero? —Tyrion no quiso rebajarse a suplicar.

—¿A ese muchacho, cómo se llama, Podrick Payne? Desde luego, si es eso lo que desees. Haré que te lo envíen.

—Por favor. Mejor temprano que tarde, y mejor ahora que temprano. —Anadeó hasta la mesa, pero al oír cómo se abría la puerta se volvió—. Tío...

Ser Kevan se detuvo.

—¿Sí?

—No he sido yo.

—Ojalá pudiera creerte, Tyrion.

Cuando la puerta se cerró, Tyrion Lannister se subió a la silla, afiló la pluma y sacó una hoja de pergamino en blanco. «¿Quién hablará en mi favor?» Mojó la pluma en el tintero.

La hoja seguía virginal cuando llegó Podrick Payne algo más tarde.

—Mi señor —saludó el muchacho.

—Ve a buscar a Bronn y dile que venga enseguida. —Tyrion dejó la pluma—. Dile que habrá oro, más del que ha soñado jamás, y no se te ocurra volver sin él.

—Sí, mi señor. Quiero decir no. No volveré.

Salió de la estancia.

No había vuelto cuando se puso el sol, tampoco cuando amaneció. Tyrion se quedó dormido sentado junto a la ventana, y cuando despertó con las primeras luces del alba estaba rígido y dolorido. Un criado le llevó el desayuno: gachas, manzanas y un cuerno de cerveza ligera. Comió en la mesa, todavía con el pergamino en blanco delante. Una hora más tarde el mismo criado volvió a recoger el cuenco.

—¿Has visto a mi criado? —le preguntó Tyrion.

El hombre sacudió la cabeza.

Con un suspiro, volvió a sentarse a la mesa y mojó la pluma en el tintero. «Sansa», escribió. Se quedó mirando el nombre con los dientes tan apretados que hasta le dolió.

Suponiendo que Joffrey no se hubiera ahogado con un trozo de comida, cosa que hasta a Tyrion le costaba creer, Sansa lo debía de haber envenenado. «Joff poco menos que le puso la copa en el regazo y le había dado motivos más que suficientes.» Cualquier duda que Tyrion pudiera albergar había desaparecido con su esposa. «Una sola carne, un solo corazón, una sola alma.» Hizo una mueca. «No tardó mucho en demostrar cuánto le importaban los votos, ¿verdad? Bueno, enano, ¿y qué esperabas?»

Aun así... ¿de dónde había sacado Sansa el veneno? Lo que no se podía creer era que la niña hubiera actuado sola. «¿De verdad me interesa encontrarla?» ¿Se creerían los jueces que aquella chiquilla, la esposa de Tyrion, había envenenado a un rey a espaldas de su marido? «Yo no, desde luego.» Y Cersei insistiría en que lo habían planeado juntos.

De todos modos al día siguiente entregó el pergamino a su tío. Al verlo, Ser Kevan frunció el ceño.

—¿Tu único testigo es Lady Sansa?

—Ya pensaré en otros, dame tiempo.

—Más vale que se te ocurran deprisa. Los jueces quieren empezar el juicio de hoy en tres días.

—Es demasiado pronto. Me tienes aquí encerrado, ¿cómo voy a encontrar testigos de mi inocencia?

—A tu hermana no le ha costado nada encontrar testigos de tu culpabilidad. —Ser Kevan enrolló el pergamino—. Ser Addam ha puesto a sus hombres a buscar a tu esposa. Varys ha ofrecido cien venados a quien lo informe de su paradero, y cien dragones a quien le entregue a la chica. Si es posible encontrar a la chica, la encontrarán, y te la traeré. No veo nada de malo en que marido y mujer compartan celda y se den apoyo y consuelo.

—Qué amable. ¿Has visto a mi escudero?

—Te lo envié ayer, ¿no vino?

—Sí que vino —reconoció Tyrion—, pero se volvió a marchar.

—Haré que venga otra vez.

Pero Podrick Payne no regresó hasta la mañana siguiente. Entró en la habitación titubeante, con el miedo escrito en la cara. Bronn entró tras él. El caballero mercenario vestía un jubón con adornos de plata y una gruesa capa de montar, y llevaba colgados del cinturón de la espada un par de guantes de cuero fino.

Sólo con ver la expresión de Bronn, Tyrion sintió que se le hacía un nudo en la boca del estómago.

—Has tardado mucho.

—El chico no paraba de suplicar, de lo contrario ni habría venido. Me esperan para cenar en el Castillo Stokeworth.

—¿En Stokeworth? —Tyrion saltó de la cama—. Dime, ¿qué se te ha perdido a ti allí?

—Una esposa. —Bronn sonrió como un lobo que estuviera viendo un corderito perdido—. Pasado mañana me voy a casar con Lollys.

—Con Lollys. —«Perfecto, joder, perfecto.» La hija retrasada de Lady Tanda conseguía un marido caballero y una especie de padre para el bastardo que llevaba en la barriga, y Ser Bronn del Aguasnegras subía otro peldaño. Aquello llevaba la odiosa firma de Cersei—. La zorra de mi hermana te ha vendido un caballo cojo. Esa chica no tiene sesos.

—Si quisiera sesos me casaría contigo.

—Lollys está preñada de otro hombre.

—En cuanto escupa al cachorro le haré uno mío.

—Ni siquiera es la heredera de Stokeworth —le señaló Tyrion—. Tiene una hermana mayor. Falyse. Que, por cierto, está casada.

—Desde hace diez años y todavía no ha parido —dijo Bronn—. Su señor esposo no frecuenta su lecho. Se dice que prefiere a las vírgenes.

—Como si prefiere a las cabras, no importa. Cuando Lady Tanda muera, las tierras pasarán a manos de su esposa.

—A menos que Falyse muera antes que su madre.

Tyrion se preguntó si Cersei tendría la más remota idea de la clase de serpiente que había puesto a mamar del pecho de Lady Tanda. «Y si la tiene, ¿le importará?»

—Entonces, ¿por qué has venido?

—En cierta ocasión —contestó Bronn encogiéndose de hombros— me dijiste que si alguien hablaba conmigo para que te vendiera, tú doblarías la oferta.

«Sí.»

—¿Y qué quieres, dos esposas o dos castillos?

—Con uno de cada me vale. Pero si lo que quieres es que mate a Gregor Clegane por ti va a tener que ser un castillo muy, muy grande.

En los Siete Reinos sobraban las doncellas de noble cuna, pero ni la solterona más vieja, más pobre y más fea del reino accedería a casarse con un canalla plebeyo como Bronn. «A no ser que tuviera los sesos aguados y un niño sin padre en la barriga fruto de medio centenar de violaciones.» Lady Tanda había estado tan desesperada por buscarle marido a Lollys que hasta había perseguido a Tyrion durante un tiempo, y eso había sido antes de que medio Desembarco del Rey se la tirase. Sin duda, Cersei había endulzado la oferta, y Bronn era caballero, así que resultaba un partido adecuado para la hija pequeña de una casa menor.

—Ahora mismo ando muy corto de castillos y de doncellas nobles —reconoció Tyrion—, pero te puedo ofrecer oro y gratitud, como antes.

—Oro ya tengo. ¿Y qué se puede comprar con gratitud?

—Te sorprenderías. Un Lannister siempre paga sus deudas.

—Tu hermana también es una Lannister.

—Mi señora esposa es la heredera de Invernalía. Si salgo de ésta con la cabeza sobre los hombros, puede que algún día gobierne el norte en su nombre. Te podría reservar un buen pedazo.

—Muy largo me lo fías —dijo Bronn—. Además, allí hace un frío de mierda. Lollys es suave, cálida y está cerca. Dentro de dos noches me la podría estar follando.

—No es precisamente una perspectiva halagüeña.

—¿De verdad? —Bronn sonrió—. Reconócelo, Gnomo, si te dieran a elegir entre tirarte a Lollys y luchar contra la Montaña, tendrías los calzones bajados y la polla tesa antes de que me diera tiempo a parpadear.

«Me conoce demasiado bien.» Tyrion probó una táctica diferente.

—Tengo entendido que Ser Gregor resultó herido en el Forca Roja y otra vez en el Valle Oscuro. Seguro que ahora es más lento.

—Nunca ha sido rápido. —Bronn hizo una mueca—. Sólo monstruosamente grande y monstruosamente fuerte. Y desde luego más rápido de lo que se podría esperar en un hombre de su tamaño. Tiene un alcance increíble con la espada y parece que no siente los golpes como los demás.

—¿Tanto miedo te da? —preguntó Tyrion con la esperanza de provocarlo.

—Sería imbécil si no me diera miedo. —Bronn se encogió de hombros—. Es posible que pudiera derrotarlo. Bailaría a su alrededor hasta que estuviera tan cansado de lanzarme golpes que no pudiera levantar la espada. O lo derribaría de alguna manera. Cuando están tumbados de espaldas no importa lo altos que sean. Pero es muy arriesgado. Un paso en falso y me puedo dar por muerto. ¿Por qué voy

a correr el riesgo? Eres el hijoputa más feo que he visto en mi vida y aun así me caes bien... pero, si peleo por ti, pase lo que pase salgo perdiendo. O la Montaña me saca las tripas o lo mato yo y pierdo Stokeworth. Yo vendo mi espada, no la regalo. No soy tu hermano.

—No —dijo Tyrion con tristeza—. Eso es verdad. —Hizo un gesto de despedida con la mano—. Pues venga, márchate. Corre a por Stokeworth y a por tu Lady Lollys. Ojalá tu matrimonio te proporcione más alegrías que a mí el mío.

Ya junto a la puerta, Bronn titubeó un instante.

—¿Qué vas a hacer, Gnomo?

—Mataré a Gregor yo mismo. Menuda canción saldría de eso, ¿eh?

—Espero oírla cantar. —Bronn sonrió una última vez y salió de la estancia, del castillo y de su vida.

Pod arrastró los pies por el suelo.

—Lo siento mucho.

—¿Por qué? ¿Tienes tú la culpa de que Bronn sea un canalla insolente con el corazón podrido? Siempre ha sido un canalla insolente con el corazón podrido. Por eso mismo me gustaba.

Tyrion se sirvió una copa de vino y se la llevó al asiento junto a la ventana. En el exterior el día era gris y lluvioso, pero con perspectivas más alegres que las suyas. Podría enviar a Podrick Payne en busca de Shagga, claro, pero en lo más profundo del Bosque Real había tantos lugares donde esconderse que a veces los bandidos podían pasarse décadas sin que los apresaran. «Y a Pod le cuesta encontrar el camino hasta la cocina cuando lo mando a buscar un trozo de queso.» Timett, hijo de Timett, debía de estar ya de vuelta en las Montañas de la Luna. Y pese a lo que le había dicho a Bronn, enfrentarse en persona contra Ser Gregor Clegane sería una farsa aún mayor que la de los enanos justadores de Joffrey. No tenía la menor intención de morir con los oídos llenos de carcajadas burlonas. «Genial esto del juicio por combate.»

Ser Kevan lo volvió a visitar más tarde y otra vez al día siguiente. Su tío le informó con educación de que Sansa no había aparecido. Tampoco se encontraba al bufón Ser Dontos, que se había esfumado la misma noche. ¿Tenía Tyrion otros testigos a los que quisiera hacer llamar? No, no los tenía. «¿Cómo coño puedo demostrar que no le puse veneno en el vino si mil personas me vieron llenar la copa de Joff?»

Aquella noche no pudo conciliar el sueño. Se pasó las horas tumbado en la oscuridad, contemplando el dosel de la cama y contando sus fantasmas. Vio a Tysha sonriendo cuando lo besaba, vio a Sansa desnuda y temblando de miedo. Vio a Joffrey desgarrándose la garganta, con la sangre corriéndole por el cuello a medida que el rostro se le oscurecía. Vio los ojos de Cersei, la sonrisa astuta de Bronn, la risa traviesa de Shae... Ni siquiera pensando en Shae se le levantaba. Se acarició con la esperanza de que, si despertaba su polla y la dejaba satisfecha, luego le sería más fácil descansar, pero no lo consiguió.

Y así llegó el amanecer y el día en el que empezaría su juicio.

No fue Ser Kevan quien acudió a buscarlo aquella mañana, sino Ser Addam Marbrand con una docena de capas doradas. Tyrion había desayunado huevos cocidos, panceta tostada y pan frito, y se había vestido con sus mejores galas.

—Ser Addam —dijo—, pensaba que mi padre enviaría a la Guardia Real para que me escoltaran hasta la sala del juicio. Sigo siendo miembro de la familia real, ¿no?

—Así es, mi señor, pero mucho me temo que la mayor parte de la Guardia Real va a presentar testimonio contra vos. Lord Tywin pensó que no sería apropiado que también fueran vuestros guardias.

—Los dioses no quieran que hagamos algo poco apropiado. Por favor, adelante.

El juicio se iba a celebrar en el salón del trono, donde Joffrey había muerto. Ser Addam lo escoltó cuando cruzó las imponentes puertas de bronce y también cuando recorrió la larga alfombra; sentía

todos los ojos clavados en él. Se habían congregado cientos de personas para presenciar su juicio. O al menos eso esperaba, que estuvieran allí para mirar. «Por lo que sé puede que todos vayan a testificar contra mí.» Divisó en la galería a la reina Margaery, pálida y hermosa con sus ropas de luto. «Dos veces casada, dos veces viuda y sólo tiene dieciséis años.» Junto a ella estaba su madre, muy alta, y su menuda abuela al otro lado, rodeadas por sus damas y por los caballeros de la casa de su padre, que ocupaban toda la galería.

El estrado estaba todavía al pie del desierto Trono de Hierro, aunque se habían retirado todas las mesas menos una. Junto a ella estaban sentados el fornido Lord Mace Tyrell, con un manto dorado sobre ropas verdes, y el esbelto príncipe Oberyn Martell, con una larga túnica a rayas naranjas, amarillas y escarlatas. Lord Tywin Lannister se había situado entre ellos.

«Puede que aún me quede alguna esperanza. —El dorniense y el de Altojardín se detestaban—. Si encuentro la manera de utilizar eso en mi favor...»

El Septon Supremo empezó con una plegaria en la que se pedía al Padre en las alturas que los guiara hacia la justicia. En cuanto hubo terminado, el padre en la tierra se inclinó hacia delante.

—Tyrion, ¿mataste tú al rey Joffrey?

«No pierde un instante.»

—No.

—Menos mal, qué alivio —comentó Oberyn Martell en tono seco.

—¿Fue entonces Sansa Stark? —preguntó Lord Tyrell.

«Si yo hubiera estado en su lugar lo habría matado, desde luego.» Pero, estuviera donde estuviera Sansa, fuera cual fuera el papel que había desempeñado, seguía siendo su esposa. Al rodearle los hombros con su capa había jurado protegerla, aunque para hacerlo hubiera tenido que subirse sobre la espalda de un bufón.

—Los dioses mataron a Joffrey. Se ahogó con la empanada de paloma.

—¿Echas la culpa a los cocineros? —Lord Tyrell se había puesto rojo.

—A ellos o a las palomas. Pero a mí no me metáis en esto.

Tyrion oyó algunas risitas nerviosas y supo que había cometido un error. «Vigila esa lengua, enano idiota, o te cavaré una tumba.»

—Hay testigos contra ti —dijo Lord Tywin—. Primero los escucharemos a ellos, luego podrás presentar a tus testigos. Hablarás sólo cuando te demos permiso.

Tyrion no pudo hacer otra cosa que asentir.

Ser Addam le había dicho la verdad: el primer hombre al que se hizo pasar fue Ser Balon Swann de la Guardia Real.

—Mi señor Mano —empezó después de que el Septon Supremo le tomara juramento de decir sólo la verdad—, tuve el honor de luchar al lado de vuestro hijo en el puente de barcos. Pese a su tamaño es un valiente, y me niego a creer que hiciera esto de lo que se le acusa.

Un murmullo recorrió el salón. Tyrion se preguntó a qué estaría jugando Cersei. «¿Por qué presenta un testigo que me considera inocente?» No tardó en descubrirlo. De mala gana, Ser Balon relató cómo había tenido que apartar a Tyrion de Joffrey el día de la revuelta.

—Golpeó a Su Alteza, es cierto. Pero no fue más que un momento de ira. Una tormenta de verano. La turba había estado a punto de matarnos a todos.

—En tiempos de los Targaryen el hombre que osaba golpear a alguien de sangre real perdía la mano con la que lo había tocado —observó la Víbora Roja de Dorne—. ¿Es que al enano le volvió a crecer o los Espadas Blancas olvidasteis cumplir con vuestro deber?

—Él también es de sangre real —respondió Ser Balon—. Además, era la Mano del Rey.

—No —intervino Lord Tywin—. Actuaba como la Mano, pero en mi lugar.

Ser Meryn Trant estuvo encantado de ampliar el relato de Ser Balon cuando ocupó su lugar como testigo.

—Tiró al rey al suelo y empezó a darle patadas. Gritaba que era una injusticia que Su Alteza hubiera escapado ileso de la turba.

Tyrion empezaba a entender el plan de su hermana. «Ha arrancado con un hombre conocido por su honestidad y le ha sacado todo lo posible. A partir de ahora cada testigo contará algo peor hasta hacer que parezca una mezcla entre Maegor el Cruel y Aerys el Loco, con un toque de Aegon el Indigno para dar color.»

Ser Meryn pasó a relatar cómo Tyrion había detenido a Joffrey cuando estaban golpeando a Sansa Stark.

—El enano le preguntó a Su Alteza si sabía qué le había pasado a Aerys Targaryen. Cuando Ser Boros habló en defensa del rey, el Gnomo amenazó con hacerlo matar.

El propio Blount fue el siguiente y corroboró aquella historia. Si Ser Boros guardaba algún rencor a Cersei por expulsarlo de la Guardia Real, no lo demostró y dijo lo que ella quería oír.

Tyrion no pudo seguir en silencio.

—¿Por qué no les decís a los jueces qué estaba haciendo Joffrey?

—Ordenasteis a vuestros salvajes que me mataran si abría la boca —contestó el hombretón de la papada mirándolo—, eso es lo que diré.

—Tyrion —intervino Lord Tywin—, sólo puedes hablar cuando lo indiquemos. Esto es una advertencia.

Tyrion, rabioso, se mordió los labios.

Los siguientes fueron los Kettleblack, los tres, por turno. Osney y Osfryd relataron su cena con Cersei antes de la batalla del Aguasnegras y no omitieron ninguna de las amenazas que había formulado.

—Le dijo a Su Alteza la reina que le iba a hacer daño —narró Ser Osfryd—. Que iba a sufrir.

Su hermano Osney fue un poco más lejos.

—Dijo que esperaría un día en que ella se sintiera segura y feliz y haría que la alegría se le convirtiera en cenizas en la boca.

Ninguno mencionó a Alayaya.

Ser Osmund Kettleblack, la viva imagen de la caballería con su immaculada armadura de lamas y su capa de lana blanca, declaró bajo juramento que el rey Joffrey sabía desde hacía mucho tiempo que su tío Tyrion pretendía asesinarlo.

—Fue el día en que me entregaron la capa blanca, mis señores —les dijo a los jueces—. Aquel valiente muchacho me dijo: «Mi buen Ser Osmund, guardadme bien, pues mi tío quiere hacerme daño. Quiere sentarse en el trono en mi lugar».

—¡Mentira! —exclamó Tyrion. Aquello era más de lo que podía soportar. Dio dos pasos adelante antes de que los capas doradas lo arrastraran a su sitio.

—¿Tendremos que encadenarte de pies y manos como a un vulgar bandolero? —le preguntó Lord Tywin frunciendo el ceño.

Tyrion rechinó los dientes. «El segundo error, idiota, idiota, enano idiota. Mantén la calma o estás perdido.»

—No. Os pido perdón, mis señores. Sus mentiras me enfurecen.

—Sus verdades, querrás decir —intervino Cersei—. Padre, te ruego que le pongas grilletes, es por tu seguridad. Ya has visto cómo es.

—Yo he visto que es un enano —señaló el príncipe Oberyn—. El día que tema la ira de un enano será el día en que decida ahogarme en un tonel de vino.

—No harán falta grilletes. —Lord Tywin miró hacia las ventanas y se levantó—. Se está haciendo tarde. Seguiremos mañana por la mañana.

Aquella noche, a solas en la celda de la torre con un pergamino en blanco y una copa de vino, Tyrion no pudo evitar pensar en su esposa. No en Sansa, sino en su primera esposa, Tysha. «La esposa puta, no la esposa loba.» El amor que decía sentir por él había sido fingido, y él se lo había creído, y al creerlo había sido feliz. «A mí dadme dulces mentiras y guardaos vuestras amargas verdades.» Se bebió el vino y pensó en Shae. Más tarde, cuando Ser Kevan acudió para la cotidiana visita nocturna, Tyrion pidió ver a Varys.

—¿Crees que el eunuco hablará en tu defensa?

—No lo sabré hasta que charle con él. Ten la bondad de pedirle que venga a verme, tío.

—Como quieras.

Los maestros Ballabar y Frenken abrieron el segundo día de juicio. También habían abierto el noble cadáver del rey Joffrey y juraron que no habían encontrado ningún trocito de empanada de paloma ni de ningún otro alimento en la garganta real.

—La causa de su muerte fue el veneno, mis señores —dijo Ballabar, a lo que Frenken asintió con gesto serio.

Luego hicieron entrar al Gran Maestre Pycelle, que llegó apoyado en un bastón retorcido, caminando tembloroso, con unos cuantos pelos blancos saliéndole del largo cuello de pollo. Últimamente estaba demasiado débil para mantenerse en pie, de manera que los jueces permitieron que declarara sentado en una silla y tras una mesa. Sobre la mesa había varios frasquitos, Pycelle fue nombrando el contenido de cada uno.

—Setagrís —dijo con voz temblorosa—. Se extrae de hongos venenosos. Solano, sueñodulce, danza del diablo... Esto es ojociego. A esto lo llaman sangre de viuda, por el color. Una pócima muy cruel, hace que a la víctima se le cierren la vejiga y los intestinos hasta que se ahoga en sus propios venenos. Esto es matalobos, esto veneno de basilisco, esto son lágrimas de Lys. Sí, los reconozco todos. El Gnomo Tyrion Lannister los robó de mis habitaciones cuando me hizo encerrar con falsos cargos.

—¡Pycelle! —exclamó Tyrion aún a riesgo de incurrir en la ira de su padre—, ¿es posible que alguno de estos venenos ahogue a un hombre?

—No. Para eso hay que recurrir a uno más raro. Cuando era niño, en la Ciudadela, mis maestros lo llamaban tan solo «el estrangulador».

—Pero no se encontró ni rastro de ese raro veneno, ¿verdad?

—No, mi señor. —Pycelle lo miró y parpadeó—. Lo gastasteis todo en matar al niño más noble que jamás pusieron los dioses sobre esta tierra.

—Joffrey era estúpido y cruel —soltó Tyrion; la rabia le había nublado los sentidos—, pero yo no lo maté. Cortadme la cabeza si queréis, pero no tuve nada que ver con la muerte de mi sobrino.

—¡Silencio! —exclamó Lord Tywin—. Es la tercera vez que te lo digo. En la próxima ocasión ordenaré que te pongan los grilletes y la mordaza.

A Pycelle lo siguió toda una procesión interminable y agotadora. Damas y señores, nobles caballeros, gente de alta cuna y de baja estofa por igual, todos habían asistido al banquete de bodas, todos habían visto cómo se ahogaba Joffrey, cómo se le ponía la cara tan negra como una ciruela de Dorne. Lord Redwyne, Lord Celtigar y Ser Flement Brax habían oído a Tyrion amenazar al rey; dos criados, un malabarista, Lord Gyles, Ser Hobber Redwyne y Ser Philip Foote lo habían visto llenar el cáliz nupcial. Lady Merryweather juró que había visto al enano poner algo en el vino del rey mientras Joff y Margaery estaban cortando la empanada. El anciano Estermont, el joven Peckledon, el bardo Galyeon de Cuy y los escuderos Morros y Jothos Slynt relataron cómo Tyrion había cogido el cáliz mientras Joff agonizaba y había derramado en el suelo el resto del vino envenenado.

«¿Cuándo me he creado tantos enemigos?» Lady Merryweather era una completa desconocida para él. Tyrion no sabía si era miope o si la habían comprado. Por suerte Galyeon de Cuy no había puesto música a su declaración, de lo contrario habría contado con setenta y siete versos de mierda.

Cuando su tío lo visitó aquella noche después de la cena su trato era frío y distante.

«Él también cree que fui yo.»

—¿Quieres presentar algún testigo? —le preguntó Ser Kevan.

—No, no como tal. A menos que hayáis encontrado a mi esposa.

Su tío hizo un gesto de negación.

—Parece que el juicio lleva muy mal camino para ti.

—¿De verdad, tú crees? No me había dado cuenta. —Tyrion se rascó la cicatriz—. Varys no ha venido.

—Ni vendrá. Mañana testificará contra ti.

«Estupendo.»

—Ya veo. —Se reacomodó en el asiento—. Satisface mi curiosidad, tío. Siempre has sido un hombre justo, ¿qué te ha convencido a ti?

—¿Para qué robar los venenos de Pycelle si no ibas a utilizarlos? —respondió Ser Kevan sin tapujos—. Y Lady Merryweather vio...

—¡Nada! No vio nada porque no había nada que ver. Pero ¿cómo lo puedo demostrar? ¿Cómo puedo demostrar algo si estoy aquí encerrado?

—Puede que haya llegado el momento de que confieses.

Pese a los gruesos muros de piedra de la Fortaleza Roja, Tyrion oía el repiqueteo constante de la lluvia.

—¿Me lo repites, tío? Me ha parecido que me decías que debía confesar.

—Si reconocieras tu culpabilidad ante el trono y te arrepintieras del crimen, tu padre no decretaría la espada. Se te permitiría vestir el negro.

Tyrion se le rió a la cara.

—Las mismas condiciones que Cersei ofreció a Eddard Stark, y todos sabemos cómo terminó aquello.

—Tu padre no tuvo nada que ver en esa ocasión.

Al menos eso era verdad.

—El Castillo Negro está lleno de asesinos, ladrones y violadores —señaló Tyrion—, pero cuando estuve allí no conocí a ningún regicida. ¿Quieres que crea que si me confieso culpable de regicidio y de asesinar a mi sobrino, mi padre sonreirá, me perdonará y me mandará al Muro con una muda de ropa interior abrigada? —Soltó una carcajada grosera.

—No he dicho nada de que te perdone —insistió Ser Kevan—. Con una confesión este asunto quedaría en suspenso. Por eso tu padre me ha dicho que te transmita esta oferta.

—Dale las gracias de mi parte, tío, pero dile que ahora mismo no estoy de humor para confesar.

—Yo que tú cambiaría de humor. Tu hermana quiere tu cabeza, y al menos Lord Tyrell se inclina a satisfacerla.

—De modo que uno de mis jueces ya me ha condenado sin escuchar ni una palabra de mi defensa. —No esperaba otra cosa—. Al menos dime, ¿se me permitirá hablar y presentar testigos?

—No tienes ningún testigo —le recordó su tío—. Tyrion, si eres culpable de esta monstruosidad el Muro es un destino mucho mejor del que mereces. Y si eres inocente... Bueno, ya sé que se combate en el norte, pero pase lo que pase en este juicio para ti será un lugar más seguro que Desembarco del Rey. El populacho está convencido de que eres culpable. Si cometieras la estupidez de salir a las calles, te desmembrarían.

—Ya veo que la sola posibilidad te aterra.

—Eres el hijo de mi hermano.

—Eso se lo podrías recordar a él.

—¿Crees que te permitiría vestir el negro si no fueras de su sangre y de la de Joanna? Ya sé que Tywin te parece un hombre duro, pero no es más duro de lo necesario. Nuestro padre era amable y bondadoso, pero tan débil que sus vasallos se burlaban de él cuando se emborrachaban. Algunos no dudaban en desafiarlo abiertamente. Otros señores nos pedían prestado oro y no se molestaban en devolverlo. En la corte se bromeaba acerca de los leones desdentados. Hasta su amante le robaba. ¡Una mujer que era poco más que una prostituta se llevaba las joyas de mi madre! A Tywin le correspondió devolver a la Casa Lannister a su lugar, igual que le correspondió gobernar este reino cuando no tenía más de veinte años. Llevó esa pesada carga sobre los hombros hasta los cuarenta, y lo único que consiguió fue despertar la envidia de un rey loco. En vez de los

honores que se merecía tuvo que soportar agravios y más agravios, pero trajo paz, abundancia y justicia a los Siete Reinos. No es más que un hombre. Harías bien en confiar en él.

Tyrion parpadeó, atónito. Ser Kevan siempre había sido firme, impasible y pragmático. Nunca le había oído hablar con tanta vehemencia.

—Lo quieres mucho.

—Es mi hermano.

—De acuerdo... Pensaré en lo que me has dicho.

—Piénsalo bien. Y de prisa.

No pensó en otra cosa durante toda la noche, pero al llegar la mañana no tenía ni un ápice más claro si podía confiar en su padre. Un criado le llevó gachas y miel para desayunar, pero el único sabor que sentía en la boca era el de la bilis ante la sola idea de hacer una confesión.

«Me llamarán asesino toda la vida. Durante mil años o más si se me recuerda será como el enano monstruoso que envenenó a su joven sobrino en su banquete de bodas.» Con sólo pensarlo se puso tan furioso que lanzó el cuenco con la cuchara contra la pared, en la que dejó una mancha de gachas. Ser Addam Marbrand la miró con curiosidad cuando acudió para escoltar a Tyrion al juicio, pero tuvo la delicadeza de no preguntar nada.

—Lord Varys —anunció el heraldo—, consejero de los rumores.

Empolvado, acicalado y con olor a agua de rosas la Araña no dejó de frotarse las manos una contra otra mientras hablaba.

«Lavándoselas de mi vida —pensó Tyrion mientras escuchaba el lastimero relato del eunuco acerca de cómo el Gnomo había intentado privar a Joffrey de la protección del Perro y lo que había comentado con Bronn sobre los beneficios de que Tommen fuera el rey—. Las medias verdades son peores que las mentiras directas.»

A diferencia de los otros, Varys tenía documentos: pergaminos enteros llenos de anotaciones, detalles, fechas, conversaciones enteras... Era tanto el material que sólo recitarlo llevó todo aquel día, y

la mayor parte resultaba condenatorio. Varys confirmó la visita a medianoche a las habitaciones del Gran Maestre Pycelle y el robo de las pócimas y venenos, confirmó las amenazas que había hecho a Cersei la noche de la cena, confirmó hasta el último detalle de mierda excepto el envenenamiento en sí. Cuando el príncipe Oberyn le preguntó cómo sabía todo aquello si no había estado presente en ninguno de los acontecimientos, el eunuco dejó escapar una risita.

—Me lo contaron mis pajaritos. Su misión es saber, al igual que la mía.

«¿Cómo puedo contrainterrogar a un pajarito —pensó Tyrion—. Tendría que haberle cortado la cabeza al eunuco el día que llegué a Desembarco del Rey. Maldito sea. Y maldito sea yo por haber confiado en él.»

—¿Hemos terminado de escuchar a tus testigos? —preguntó Lord Tywin a su hija mientras Varys salía del salón.

—Casi —respondió Cersei—. Te ruego que me permitas presentar uno más mañana ante el tribunal.

—Como quieras —dijo Lord Tywin.

«Genial —pensó Tyrion, rabioso—. Después de esta farsa de juicio la ejecución va a ser casi un alivio.»

Aquella noche, meditaba sentado junto a la ventana y bebía una copa de vino cuando oyó voces al otro lado de la puerta.

«Ser Kevan viene a saber qué respondo», pensó al instante.

Pero el que entró no fue su tío. Tyrion se levantó para hacer una reverencia burlona ante el príncipe Oberyn.

—¿Se permite a los jueces visitar al acusado?

—A los príncipes se les permite hacer lo que les venga en gana. Al menos eso he dicho a vuestros guardias. —La Víbora Roja se sentó.

—Mi padre se va a disgustar mucho con vos.

—La felicidad de Tywin Lannister no ha sido nunca una de mis prioridades. ¿Estáis bebiendo vino de Dorne?

—No, del Rejo.

—Agua roja. —Oberyn hizo una mueca—. ¿Lo envenenasteis vos?

—No. ¿Y vos?

—¿Todos los enanos tienen la lengua así de larga? —preguntó el príncipe con una sonrisa—. El día menos pensado alguien os la va a cortar.

—No sois el primero que me lo dice. A veces pienso que debería cortármela yo mismo, no hace más que meterme en líos.

—Ya me he dado cuenta. Bien pensado, beberé un poco de zumo de uvas de Lord Redwyne.

—Como queráis.

Tyrion le sirvió una copa. El príncipe tomó un sorbo, lo paladeó y lo tragó.

—No está del todo mal. Mañana os enviaré un vino dorniense bien fuerte. —Bebió otro sorbo—. Ya he encontrado a la puta de pelo rubio que buscaba.

—Así que habéis estado en casa de Chataya.

—En casa de Chataya me acosté con la chica de piel negra. Creo que se llama Alayaya. Es exquisita, y eso a pesar de las cicatrices de la espalda. Pero la puta a la que me refiero es vuestra hermana.

—¿Ya os ha seducido? —preguntó Tyrion nada sorprendido.

Oberyn soltó una carcajada.

—No, pero lo hará si pago su precio. Hasta ha llegado a insinuar la posibilidad de un matrimonio. ¿Qué mejor esposo para Su Alteza que un príncipe de Dorne? Ellaria dice que debería aceptar. Sólo con imaginarse a Cersei en nuestra cama se pone caliente, la muy guarra. Así ni siquiera tendríamos que pagar el penique del enano. Lo único que me pide vuestra hermana a cambio es una cabeza, una cabeza bastante grande y sin nariz.

—¿Y? —inquirió Tyrion, a la espera.

El príncipe Oberyn hizo girar el vino en la copa antes de responder.

—Cuando el Joven Dragón conquistó Dorne, hace ya mucho tiempo, dejó al señor de Altojardín para que nos gobernara tras la claudicación de Lanza del Sol. Aquel Tyrell y los suyos fueron de fortaleza en fortaleza dando caza a los rebeldes y asegurándose de que seguíamos de rodillas. Llegaba con su ejército, se apoderaba de un castillo, se quedaba todo un ciclo lunar y luego partía hacia el siguiente. Tenía la costumbre de echar a los señores de sus habitaciones y dormir en sus lechos. Una noche se encontró bajo una cama con dosel de terciopelo. Cerca de las almohadas había un cordón para llamar al servicio por si quería que le llevaran a una moza. A Lord Tyrell le gustaban las mujeres dornienses, cosa comprensible, de manera que tiró del cordón, y cuando lo hizo el dosel se le abrió sobre la cabeza y le cayeron encima un centenar de escorpiones rojos. Su muerte fue la chispa que prendió el fuego que pronto se extendió por todo Dorne, con lo que las victorias del Joven Dragón quedaron en nada en menos de quince días. Los hombres arrodillados se levantaron y volvimos a ser libres.

—Ya conocía la historia —replicó Tyrion—. ¿Qué me queréis decir con ella?

—Sólo una cosa: si alguna vez me encuentro un cordón junto a la cama y tiro de él, preferiría mil veces que me cayeran encima los escorpiones a la reina desnuda.

—Al menos en eso estamos de acuerdo —dijo Tyrion sonriendo.

—Lo cierto es que tengo mucho que agradecer a vuestra hermana. De no ser por su acusación durante el banquete tal vez me estarían juzgando a mí en vez de a vos. —Los ojos del príncipe brillaban divertidos—. Al fin y al cabo, ¿quién sabe más de venenos que la Víbora Roja de Dorne? ¿Quién tiene más motivos para mantener a los Tyrell lejos de la corona? Una vez muerto Joffrey, según las leyes dornienses, el Trono de Hierro debería pasar a su hermana Myrcella, quien da la casualidad de que es la prometida de mi sobrino, gracias a vos.

—Aquí no se aplica la ley dorniense. —Tyrion había estado tan inmerso en sus propios problemas que no se había detenido a pensar en el tema de la sucesión—. Podéis estar seguro de que mi padre coronará a Tommen.

—Desde luego, puede coronar a Tommen aquí, en Desembarco del Rey. Pero también mi hermano puede coronar a Myrcella en Lanza del Sol. ¿Vuestro padre hará la guerra contra vuestra sobrina en defensa de vuestro sobrino? ¿Y vuestra hermana? —Se encogió de hombros—. Tal vez debería casarme con la reina Cersei, la única condición que le pondría sería que apoyara a su hija en vez de a su hijo. ¿Qué creéis que me respondería?

«Que jamás», se disponía a decir Tyrion, pero las palabras se le atragantaron. Cersei siempre había sentido amargura al verse apartada del poder por culpa de su sexo. «Si la ley dorniense se aplicara en occidente, tendría derecho a heredar Roca Casterly.» Jaime y ella eran gemelos, pero Cersei había sido la primera en nacer, no hacían falta más argumentos. Al defender la causa de Myrcella estaría defendiendo la suya propia.

—No sé qué haría mi hermana si tuviera que elegir entre Tommen y Myrcella —reconoció—. Pero da igual, mi padre no le permitirá tomar una decisión.

—Vuestro padre no vivirá eternamente —señaló el príncipe Oberyn.

Hubo algo en su manera de decirlo que hizo que a Tyrion se le erizara el vello de la nuca. De pronto se volvió a acordar de Elia y de lo que había hecho Oberyn el día de su llegada, mientras cruzaban el campo quemado.

«Quiere la cabeza que dio la orden, no sólo la mano que blandió la espada.»

—No es buena idea hablar como un traidor en la Fortaleza Roja, príncipe. Los pajaritos están escuchando.

—Que escuchen. ¿Acaso es traición decir que un hombre es mortal? *Valar morghulis*, como decían en la antigua Valyria, «Todos

los hombres mueren». Y la Maldición demostró que era verdad. —El dorniense se dirigió hacia la ventana y contempló la noche—. Se dice que no tenéis ningún testigo que presentarnos.

—Albergaba la esperanza de que sólo con ver mi dulce rostro quedaríais convencidos de mi inocencia.

—Os equivocáis, mi señor. La Flor Gorda de Altojardín está convencido de que sois culpable y quiere veros morir. Su adorada Margaery también bebía de ese cáliz, como nos ha recordado cien veces.

—¿Y vos? —preguntó Tyrion.

—Los hombres rara vez son aquello que parecen. Y vos parecéis tan culpable que estoy seguro de que sois inocente. De todos modos lo más probable es que seáis condenado. A este lado de las montañas no abunda la justicia. No ha habido justicia para Elia, para Aegon ni para Rhaenys. ¿Por qué va a haberla para vos? A lo mejor al verdadero asesino de Joffrey lo ha devorado un oso. Son cosas que pasan en Desembarco del Rey. Ah, no, esperad, lo del oso fue en Harrenhal, ahora me acuerdo.

—¿Ése es vuestro juego? —Tyrion se frotó el muñón de la nariz. No tenía nada que perder con decirle la verdad a Oberyn—. Había un oso en Harrenhal y mató a Ser Amory Lorch.

—Mala suerte para él —dijo la Víbora Roja—. Y para vos. ¿Todos los hombres desnarigados mienten así de mal?

—No estoy mintiendo. Ser Amory sacó a rastras a la princesa Rhaenys de debajo de la cama de su padre y la mató a puñaladas. Lo acompañaban algunos soldados, pero no sé quiénes eran. —Se inclinó hacia delante—. Fue Ser Gregor Clegane quien destrozó la cabeza del príncipe Aegon contra una pared y violó a vuestra hermana Elia con las manos todavía manchadas de su sangre y sus sesos.

—Lo que hay que ver. Un Lannister diciendo la verdad. —Oberyn le dedicó una sonrisa fría—. Fue vuestro padre quien dio la orden, ¿verdad?

—No. —La mentira le salió sin vacilaciones, ni siquiera se paró a preguntarse por qué defendía a Lord Tywin.

—Qué hijo tan obediente. —El dorniense arqueó una fina ceja negra—. Y qué mentira tan endeble. Fue Lord Tywin quien puso a los hijos de mi hermana ante el rey Robert, envueltos en capas escarlata de los Lannister.

—Esto lo tendríais que hablar con mi padre, él era el que estaba allí. Yo estaba en la Roca y era tan joven que pensaba que la cosa que tenía entre las piernas sólo valía para mear.

—Sí, pero ahora estáis aquí, y me atrevo a decir que en una situación un tanto comprometida. Vuestra inocencia puede ser tan evidente como la cicatriz que tenéis en la cara, pero eso no os va a salvar. Y tampoco vuestro padre. —El príncipe dorniense sonrió—. En cambio yo sí podría.

—¿Vos? —Tyrion lo miró bien—. Sólo sois uno de los tres jueces, ¿cómo me podríais salvar?

—Como juez, no. Como campeón.

JAIME

Era un libro blanco sobre una mesa blanca en una habitación blanca.

La habitación era redonda y las paredes de piedra blanca, con tapices de lana blanca. Ocupaba el primer piso de la Torre de la Espada Blanca, una esbelta edificación de cuatro pisos que se alzaba en un ángulo del muro del castillo y desde la que se dominaba la bahía. En la cripta se guardaban las armas y armaduras, los pisos segundo y tercero albergaban las celdas austeras y pequeñas donde dormían los seis hermanos de la Guardia Real.

Había ocupado una de aquellas celdas durante dieciocho años, pero esa misma mañana había trasladado sus pertenencias al piso superior, que se destinaba por completo a las estancias del Lord Comandante. Aquellas habitaciones también eran austeras, pero más espaciosas. Y quedaban por encima de la muralla exterior, de manera que tenía vistas al mar.

«Va a ser agradable —pensó—. Las vistas y todo lo demás.»

Tan pálido como la habitación, Jaime estaba sentado junto al libro, vestido con las ropas blancas de la Guardia Real mientras aguardaba a sus Hermanos Juramentados. De la cadera le colgaba una espada larga. De la cadera que no era. Antes siempre llevaba la espada a la izquierda y la desenvainaba con la derecha. Aquella mañana se la había colgado a la derecha para poder desenvainarla con la izquierda, y el peso en aquel lado le hacía sentirse extraño; cuando intentó desenvainar la espada, el movimiento le pareció torpe y antinatural. La ropa también le sentaba mal. Se había puesto el atuendo de invierno de la Guardia Real, una túnica y unos calzones de lana blanca y una gruesa capa del mismo color, pero todo le quedaba demasiado holgado.

Jaime se había pasado los días en el juicio de su hermano, siempre al fondo de la sala. Tyrion no lo vio desde donde estaba, o tal vez no

lo reconoció, cosa que tampoco lo habría sorprendido. Por lo visto la mitad de la corte ya no lo conocía. «Soy un desconocido entre los de mi Casa.» Su hijo estaba muerto, su padre lo había desheredado y su hermana... no había permitido que se encontraran a solas ni una sola vez, después de aquel primer día en el sept real durante el velatorio de Joffrey. E incluso entonces, cuando lo llevaron a través de la ciudad a su tumba en el Gran Sept de Baelor, Cersei mantuvo en todo momento una distancia prudente.

Volvió a mirar a su alrededor, la Sala Circular. Las paredes estaban cubiertas de paramentos de lana blanca y sobre la chimenea había un escudo blanco con dos espadas cruzadas. La silla que había detrás de la mesa era de roble negro, antigua, con cojines de cuero blanqueado, muy desgastados. «Desgastados por el culo flaco de Barristan el Bravo, y por el de Ser Gerold Hightower, que lo precedió, y por el del príncipe Aemon, el Caballero Dragón, el de Ser Ryam Redwyne, el del Demonio de Darry, el de Ser Duncan el Alto y el de Griffin Alyn Connington el Pálido...» ¿Qué hacía el Matarreyes en tan noble compañía?

Pues allí estaba.

La misma mesa era también antigua, de arciano, blanquecina como el hueso, tallada en forma de enorme escudo que reposaba sobre tres corceles blancos. La tradición mandaba que, en las escasas ocasiones en que se reunían los siete, el Lord Comandante ocupara el puesto de honor en la cabecera del escudo, con tres hermanos a cada lado. El libro que tenía junto al codo era enorme, media sesenta centímetros de altura y cuarenta y cinco de ancho, tenía mil páginas de grosor; eran de excelente pergamino blanco entre unas tapas de cuero blanco, con los goznes y los cierres de oro. Su título real era *El libro de los hermanos*, pero por lo general todos lo llamaban, sencillamente, el «Libro Blanco».

El Libro Blanco era la historia de la Guardia Real. Todos y cada uno de los caballeros que habían servido en ella tenían su página, en la que se detallaban su nombre y sus hazañas para la posteridad. En la esquina superior izquierda de cada página aparecía dibujado el escudo

que había lucido cada hermano en el momento en que fue elegido, coloreado con tonos vivos. En la esquina inferior derecha estaba el escudo de la Guardia Real: níveo, sin dibujos, puro. Todos los escudos de la parte superior eran diferentes; todos los escudos de la parte inferior eran iguales. Y, entre ellos, estaban escritos todos los hitos de la vida y el servicio de cada hombre. Los dibujos de los blasones y las iluminaciones eran obra de los septonos que el Gran Sept de Baelor enviaba tres veces al año, pero al Lord Comandante le correspondía la misión de mantener actualizadas las anotaciones.

«Ahora es mi misión.» En cuanto aprendiera a escribir con la mano izquierda, claro. El Libro Blanco estaba muy atrasado. Había que anotar las muertes de Ser Mandon Moore y Ser Preston Greenfield, así como la breve y sanguinaria etapa de servicio de Sandor Clegane en la Guardia Real. Había que crear páginas nuevas para Ser Balon Swann, Ser Osmund Kettleblack y el Caballero de las Flores. «Tengo que llamar a un septon para que dibuje los escudos.»

Ser Barristan Selmy había sido el predecesor de Jaime como Lord Comandante. El escudo que aparecía en la parte superior de su página mostraba las armas de la Casa Selmy: tres espigas de trigo amarillas sobre campo marrón. Jaime sonrió al ver que Ser Barristan se había tomado tiempo para reseñar su propio despido antes de abandonar el castillo, aunque no lo sorprendió.

Ser Barristan de la Casa Selmy. Hijo primogénito de Ser Lyonel Selmy de Torreón Cosecha. Sirvió como escudero de Ser Manfredd Swann. Apodado «el Bravo» a los diez años, cuando con una armadura prestada se presentó como caballero misterioso en el torneo de Refugionegro, en el que fue derrotado y desenmascarado por Duncan, Príncipe de las Libélulas. Armado caballero a los dieciséis años por el rey Aegon V Targaryen, tras llevar a cabo grandes hazañas como caballero misterioso en el torneo de invierno de Desembarco del Rey, derrotando al príncipe Duncan el Pequeño y a Ser Duncan el Alto, Lord

Comandante de la Guardia Real. Mató en combate singular a Maelys el Monstruoso, el último de los Fuegoscurio que pretendían el trono, durante la Guerra de los Reyes Nuevepeniques. Derrotó a Lormelle Lanza Larga y a Cedrik Tormenta, el Bastardo de Puertabronce. Nombrado miembro de la Guardia Real a los veintitrés años por el Lord Comandante Ser Gerold Hightower. Defendió la posición contra todos los desafiantes en el torneo de Puente de Plata. Vencedor en el combate cuerpo a cuerpo de Poza de la Doncella. Pese a una herida de flecha en el pecho, consiguió poner a salvo al rey Aerys II durante el Desafío de Valle Oscuro. Vengó la muerte de su Hermano Juramentado, Ser Gwayne Gaunt. Rescató a Lady Jeyne Swann y a su septa de la Hermandad del Bosque Real, derrotando a Simon Toyne y al Caballero Sonriente, y acabando con la vida del primero. En el torneo de Antigua, derrotó y desenmascaró al caballero misterioso Escudonegro, que resultó ser el Bastardo de Tierras Altas. Único campeón en el torneo de Lord Steffon en Bastión de Tormentas, en el que descabalgó a Lord Robert Baratheon, al príncipe Oberynt Martell, a Lord Leyton Hightower, a Lord Jon Connington, a Lord Jason Mallister y al príncipe Rhaegar Targaryen. Recibió heridas de flecha, lanza y espada durante la batalla del Tridente, en la que combatió al lado de sus Hermanos Juramentados y del príncipe Rhaegar de Rocadragón. Perdonado y nombrado Lord Comandante de la Guardia Real por el rey Robert I Baratheon. Sirvió en la guardia de honor que acompañó a Lady Cersei de la Casa Lannister hasta Desembarco del Rey, para su matrimonio con el rey Robert. Encabezó el ataque a Viejo Wyk durante la Rebelión de Balon Greyjoy. Campeón del torneo de Desembarco del Rey a los cincuenta y siete años. Despedido del servicio por el rey Joffrey I

Baratheon a los sesenta y un años por motivo de su avanzada edad.

La primera parte de la historia de la carrera de Ser Barristan la había escrito Ser Gerold Hightower con caligrafía amplia y contundente. La letra de Selmy, más menuda y elegante, retomaba la narración con el relato de sus heridas en el Tridente.

En comparación, la página de Jaime era escueta.

Ser Jaime de la Casa Lannister. Hijo primogénito de Lord Tywin y Lady Joanna de Roca Casterly. Sirvió contra la Hermandad del Bosque Real como escudero de Lord Sumner Crakehall. Armado caballero a los quince años por Ser Arthur Dayne de la Guardia Real, por su valor en el campo de batalla. Elegido para la Guardia Real a los quince años por el rey Aerys II Targaryen. Durante el Saqueo de Desembarco del Rey, mató al rey Aerys II al pie del Trono de Hierro. Llamado a partir de entonces «Matarreyes». El crimen le fue perdonado por el rey Robert I Baratheon. Sirvió en la guardia de honor que acompañó hasta Desembarco del Rey a su hermana, Lady Cersei Lannister para su matrimonio. Campeón en el torneo celebrado en Desembarco del Rey con motivo de la boda real.

Resumida de aquella manera, su vida parecía bastante magra y miserable. Ser Barristan podría haber reseñado al menos algunas de sus victorias en otros torneos. Y Ser Gerold se podría haber molestado en detallar un poco más las hazañas que había llevado a cabo cuando Ser Arthur Dayne acabó con la Hermandad del Bosque Real. Había salvado la vida a Lord Sumner cuando Ben Barrigas estaba a punto de destrozarle la cabeza, aunque al final el forajido se le había escapado. Y había demostrado su valía contra el Caballero Sonriente, aunque al final fue Ser Arthur el que lo mató. «Qué gran pelea y qué gran enemigo.» El Caballero Sonriente había sido un demente, una mezcla

imposible de caballerosidad y crueldad, pero no conocía la palabra miedo. «Y Dayne, con *Albor* en la mano...» Hacia el final la espada larga del forajido tenía tantas melladuras que Ser Arthur se había detenido para darle tiempo a coger otra arma. «La que quiero es esa espada blanca vuestra», le dijo el caballero ladrón cuando reanudaron la pelea, aunque para entonces sangraba por una docena de heridas. «En ese caso, la tendréis, ser», respondió la Espada del Amanecer, y con eso puso fin al combate.

«En aquellos tiempos el mundo era más sencillo —pensó Jaime—. Y los hombres y las espadas eran de mejor acero.» ¿O sería porque entonces sólo tenía quince años? Todos descansaban ya en sus tumbas, la Espada del Amanecer y el Caballero Sonriente, el Toro Blanco y el príncipe Lewyn, Ser Oswell Whent, siempre de mal humor, el impetuoso Jon Darry, Simon Toyne y su Hermandad del Bosque Real, el fanfarrón Sumner Crakehall... «Y el muchacho que fui... ¿cuándo murió? ¿Cuando me pusieron la capa blanca? ¿Cuando le rajé la garganta a Aerys?» Aquel muchacho quería convertirse en Ser Arthur Dayne, pero en vez de eso se había transformado en el Caballero Sonriente.

Al oír que se abría la puerta, cerró el Libro Blanco y se puso en pie para recibir a sus Hermanos Juramentados. Ser Osmund Kettleblack fue el primero en entrar. Sonrió a Jaime como si fueran viejos compañeros de armas.

—Ser Jaime —dijo—, si hubierais tenido este aspecto la otra noche os habría reconocido al instante.

—¿De veras?

Jaime tenía serias dudas. Los criados lo habían bañado y afeitado, le habían lavado el pelo y se lo habían cepillado. Cuando se miró al espejo ya no vio al hombre que había cruzado las tierras de los ríos con Brienne... Pero tampoco vio al que había sido. Tenía el rostro enjuto y macilento, y profundas arrugas debajo de los ojos.

«Parezco un viejo.»

—Tomad asiento, ser.

Kettleblack obedeció. El resto de los Hermanos Juramentados fueron entrando de uno en uno.

—Mis señores —empezó Jaime en tono formal cuando estuvieron reunidos los cinco—, ¿quién guarda al rey?

—Mis hermanos, Ser Osney y Ser Osfryd —respondió Ser Osmund.

—Y mi hermano, Ser Garlan —dijo el Caballero de las Flores.

—¿Garantizan su seguridad?

—Sí, mi señor.

—Entonces, tomad asiento.

Las frases eran las rituales. Antes de que los siete iniciaran una reunión había que confirmar que el rey estaba protegido.

Ser Boros y Ser Meryn se sentaron a su derecha, dejando una silla vacía entre ellos que correspondía a Ser Arys Oakheart, que estaba en Dorne. Ser Osmund, Ser Balon y Ser Loras ocuparon los asientos a su izquierda. «Los viejos y los nuevos.» Jaime no sabía si debía interpretarlo de alguna manera. A lo largo de la historia había habido ocasiones en las que la Guardia Real se había dividido, la más notable y terrible durante la Danza de los Dragones. ¿Era otra cosa contra la que debía guardarse?

Ocupar la silla del Lord Comandante, la misma en la que Barristan el Bravo se había sentado durante tantos años, hacía que se sintiera extraño. «Y aún más extraño por sentarme aquí tullido.» De todos modos, era su asiento, y aquélla era ahora su Guardia Real. «Los siete de Tommen.»

Jaime había servido muchos años con Meryn Trant y Boros Blount; eran luchadores aceptables, pero Trant era taimado y cruel, y Blount, huraño y fanfarrón. Ser Balon Swann era más digno de su capa, y por supuesto el Caballero de las Flores era, al menos en teoría, todo lo que un caballero debía ser. Al quinto hombre, el tal Osmund Kettleblack, no lo conocía de nada.

Se preguntó qué habría dicho Ser Arthur Dayne a semejante grupo. «Algo así como "¡Qué bajo ha caído la Guardia Real!", seguro.

Y yo le habría respondido que fue cosa mía. Que yo abrí la puerta y no hice nada cuando empezaron a entrar las alimañas.»

—El rey ha muerto —empezó Jaime—. El hijo de mi hermana, un muchacho de trece años, asesinado en su banquete de bodas, en su castillo. Los cinco estabais presentes. Los cinco lo estabais protegiendo. Y aun así ha muerto.

Esperó a ver qué le decían, pero ni siquiera carraspearon para aclararse la garganta.

«El joven Tyrell está furioso; y Balon Swann, avergonzado», percibió. En los otros tres, Jaime no vio más que indiferencia.

—¿Fue mi hermano? —les espetó sin contemplaciones—. ¿Fue Tyrion quien envenenó a mi sobrino?

Ser Balon se movió en la silla, inquieto. Ser Boros cerró el puño. Ser Osmund se encogió de hombros con gesto indiferente. Fue Meryn Trant quien respondió por fin.

—Fue él quien le llenó la copa de vino a Joffrey. Debió de ser entonces cuando le vertió el veneno.

—¿Estáis seguro de que el veneno estaba en el vino?

—¿Dónde si no? —dijo Ser Boros Blount—. El Gnomo tiró la copa al suelo. ¿Por qué lo hizo, si no fue para derramar el vino que habría demostrado su culpabilidad?

—Sabía que el vino estaba envenenado —dijo Ser Meryn.

—El Gnomo no era el único que estaba en el estrado —dijo Ser Balon Swann frunciendo el ceño—. Ni mucho menos. El banquete estaba ya muy avanzado, los invitados se habían puesto de pie, se movían, cambiaban de lugar, iban al servicio, los criados iban y venían... El rey y la reina acababan de cortar la empanada con las palomas, todos los ojos estaban fijos en ellos, o bien en aquellas palomas, malditas sean mil veces. Nadie se fijaba en la copa de vino.

—¿Quién más había en el estrado? —preguntó Jaime.

—La familia del rey y la familia de la novia —respondió Ser Meryn—. También el Gran Maestre Pycelle y el Septon Supremo...

—Ése es el envenenador —sugirió Ser Osmund Kettleblack con una sonrisa artera—. Menudo santurrón, ese vejestorio. Nunca me ha gustado. —Rió.

—No —replicó el Caballero de las Flores, sin sonreír—. La envenenadora fue Sansa Stark. Por lo visto todos han olvidado que mi hermana bebía también de ese cáliz. Sansa Stark era la única persona presente que podía querer matar a Margaery, además de al rey. Puso el veneno en la copa con la esperanza de matarlos a los dos. Además, si no es culpable, ¿por qué huyó?

«Lo que dice el muchacho tiene lógica. Aún es posible que Tyrion sea inocente.» Pero no había manera de encontrar a la chiquilla. Tal vez Jaime debería encargarse en persona de aquel asunto. Para empezar, habría que saber cómo había conseguido salir del castillo. «Puede que Varys tenga algún secretito.» Nadie conocía la Fortaleza Roja tan bien como el eunuco.

De todos modos, aquello tendría que esperar. En aquel momento Jaime tenía preocupaciones más acuciantes. «Decís que sois el Lord Comandante de la Guardia Real —le había espetado su padre—. Id a cumplir con vuestro deber.» Aquellos cinco no eran los hermanos que habría querido, pero eran los hermanos que tenía. Ya iba siendo hora de que los pusiera en su sitio.

—Fuera quien fuera el envenenador, Joffrey está muerto —les dijo—, y ahora el Trono de Hierro le corresponde a Tommen. Tengo intención de que lo ocupe hasta que el pelo se le vuelva blanco y se le caigan los dientes. Y no por culpa de un veneno. —Jaime se volvió hacia Ser Boros Blount. En los últimos años había ganado mucho peso, aunque tenía un esqueleto de huesos grandes capaz de soportarlo—. Por vuestro aspecto es obvio que os gusta comer, Ser Boros. De ahora en adelante, probaréis todo lo que Tommen vaya a comer o beber.

Ser Osmund Kettleblack se echó a reír y el Caballero de las Flores sonrió, pero Ser Boros se puso rojo como una remolacha.

—¡No soy catador de comida! ¡Soy un caballero de la Guardia Real!

—Es triste reconocerlo, pero lo sois. —Cersei jamás debería haberlo despojado de la capa blanca, pero su padre, al devolvérsela, no había hecho más que multiplicar la vergüenza—. Mi hermana me ha contado con cuánta presteza entregasteis a mi sobrino a los mercenarios de Tyrion. Espero que las zanahorias y los guisantes os resulten menos amenazadores. Cuando vuestros Hermanos Juramentados estén en el patio, entrenándose con la espada y el escudo, vos os podréis entrenar con la cuchara y el tenedor. A Tommen le encantan las tartas de manzana. Tratad de que no se las robe ningún mercenario.

—¿Vos os atrevéis a hablarme así? ¿Vos?

—Tendríais que haber muerto antes de permitir que os arrebataran a Tommen.

—¿Igual que moristeis vos protegiendo a Aerys, ser? —Ser Boros se puso en pie y echó la mano al pomo de la espada—. No pienso tolerar esto, ¡no lo voy a tolerar! Si alguien tiene que dedicarse a probar comida, mejor lo haríais vos. ¿Para qué otra cosa vale un tullido?

—Estoy de acuerdo —dijo Jaime con una sonrisa—. Soy tan incapaz de proteger al rey como vos. De modo que dejad de acariciar esa espada y desenvainadla, veremos qué tal os sirven vuestras dos manos contra la mía. Al final uno de nosotros habrá muerto, y la Guardia Real saldrá ganando. —Se levantó—. O, si lo preferís, podéis ir a cumplir con vuestras obligaciones.

—¡Bah! —Ser Boros escupió un coágulo de flema verdosa a los pies de Jaime y salió, sin sacar la espada de la vaina.

«Es un cobarde, menos mal.» Pese a la edad, la gordura y su poca habilidad con la espada, Ser Boros lo podría haber hecho pedazos. «Pero eso Boros no lo sabe, y los demás tampoco lo deben saber. Temían al hombre que fui; hacia el hombre que soy sólo sienten compasión.»

Jaime volvió a sentarse y se volvió hacia Kettleblack.

—A vos no os conozco, Ser Osmund. Me parece curioso. He tomado parte en torneos, combates cuerpo a cuerpo y batallas por los Siete Reinos. Conozco a todos los caballeros errantes, jinetes libres y escuderos con ínfulas hábiles o torpes que alguna vez hayan roto una lanza en las lizas. Entonces, ¿cómo es que nunca había oído hablar de vos, Ser Osmund?

—No sabría deciros, mi señor. —El tal Ser Osmund sonreía de oreja a oreja, como si Jaime y él fueran viejos compañeros de armas que estuvieran bromeando—. Aunque la verdad es que soy un soldado, no un caballero de torneos.

—¿Dónde servisteis antes de que os encontrara mi hermana?

—Pues... aquí y allá, mi señor.

—He viajado hacia el sur hasta Antigua, hasta Invernalía en el norte. He viajado al oeste hasta Lannisport, y hasta Desembarco del Rey en el este. Pero nunca he estado en Aquí. Y tampoco en Allá. —A falta de dedo, Jaime señaló la nariz ganchuda de Ser Osmund con el muñón—. Os lo preguntaré por última vez. ¿Dónde habéis servido?

—En los Peldaños de Piedra. También en las Tierras de la Discordia. Por allí siempre hay batallas. Cabalgué con los Galantes. Luchábamos por Lys, y a veces por Tyrosh.

«Luchabas por cualquiera que te pagara.»

—¿Cómo obtuvisteis el rango de caballero?

—En el campo de batalla.

—¿Quién os armó caballero?

—Ser Robert... Piedra. Ya ha muerto, mi señor.

—Me lo imaginaba.

Supuso que Ser Robert Piedra tal vez hubiera sido un bastardo del Valle, que vendía su espada en las Tierras de la Discordia. Por otra parte, muy bien pudiera ser un nombre que Ser Osmund se acababa de inventar a partir de un rey muerto y una pared del castillo.

«¿En qué diantres estaba pensando Cersei cuando le dio a éste una capa blanca?»

Al menos Kettleblack seguramente sabría utilizar la espada y el escudo. Los mercenarios rara vez se encontraban entre los más honorables de los hombres, pero para seguir vivos precisaban de cierta habilidad en el uso de las armas.

—Muy bien, ser —dijo Jaime—. Podéis retiraros.

El hombre recuperó la sonrisa y salió contoneándose como un pavo.

—Ser Meryn. —Jaime sonrió al hosco caballero del pelo color rojo óxido y bolsas debajo de los ojos—. Tengo entendido que Joffrey os utilizaba para castigar físicamente a Sansa Stark. —Con su única mano le acercó el Libro Blanco—. Por favor, mostradme dónde pone que entre nuestros votos está el juramento de dar palizas a mujeres y niños.

—Hice lo que Su Alteza me ordenaba. Juramos obedecerle.

—De ahora en adelante ejerceréis la obediencia con mejor criterio. Mi hermana es la reina regente. Mi padre es la Mano del Rey. Yo soy el Lord Comandante de la Guardia Real. Obedecednos a nosotros. Y a nadie más.

—¿Nos estáis diciendo que no obedezcamos al rey? —El rostro de Ser Meryn estaba tenso, con una expresión testaruda.

—El rey tiene ocho años. Nuestro principal deber es protegerlo, y en eso entra protegerlo de sí mismo. Utilizad esa cosa que guardáis dentro del yelmo. Si Tommen quiere que le ensilléis el caballo, obedeced. Si os dice que matéis a su caballo, venid a verme.

—Sí, señor. Como ordenéis.

—Retiraos.

Mientras salía, Jaime se volvió hacia Ser Balon Swann.

—Ser Balon, os he visto más de una vez en las lizas y he peleado contra vos en los combates cuerpo a cuerpo. Me han dicho que demostrasteis vuestro valor cien veces durante la batalla del

Aguasnegras. La Guardia Real se honra de contar con vos entre sus miembros.

—El honor es mío, mi señor —dijo Ser Balon, pero parecía receloso.

—Tan sólo querría haceros una pregunta. Nos habéis servido con lealtad, es cierto... Pero Varys me dice que vuestro hermano cabalgó con Renly y luego con Stannis, mientras que vuestro señor padre decidió no convocar a sus vasallos y permaneció tras los muros de Timón de Piedra durante toda la guerra.

—Mi padre es un anciano, mi señor. Ya hace mucho que cumplió los cuarenta. Sus días de luchar pasaron hace mucho.

—¿Y qué hay de vuestro hermano?

—Donnel resultó herido en la batalla y se rindió ante Ser Elwood Harte. Cuando se pagó el rescate por él, juró lealtad al rey Joffrey, como hicieron muchos otros prisioneros.

—Es cierto —dijo Jaime—. Pero, de todos modos... Renly, Stannis, Joffrey, Tommen... ¿Cómo es que se saltó a Balon Greyjoy y a Robb Stark? Habría podido convertirse en el primer caballero del reino en jurar lealtad a los seis reyes.

—Donnel cometió errores, pero ahora es leal a Tommen. —La incomodidad de Ser Balon era evidente—. Os doy mi palabra.

—El que me preocupa no es Donnel el Constante, sois vos. —Jaime se inclinó hacia delante—. ¿Qué haréis si el valeroso Ser Donnel entrega su espada a un usurpador más y un día se presenta en el salón del trono? Allí estaréis vos, vestido de blanco, entre vuestro rey y vuestra sangre. ¿Qué haréis?

—Mi... mi señor, eso no va a suceder.

—A mí me sucedió —replicó Jaime. Swann se secó la frente con la manga de la túnica blanca—. ¿No me respondéis?

—Mi señor. —Ser Balon se levantó—. Por mi espada, por mi honor, por el nombre de mi padre, os juro... que no haré lo que hicisteis vos.

—Muy bien —dijo Jaime riéndose—. Volved a vuestros deberes... y decid a Ser Donnel que debería añadir una veleta a su escudo.

Y, por último, quedó a solas con el Caballero de las Flores.

Esbelto como la hoja de una espada, ágil y en perfecta forma, Ser Loras Tyrell lucía una nivea túnica de lino y calzones blancos de lana, con un cinturón de oro en torno a la cintura y un broche también de oro en forma de rosa para sujetarse la hermosa capa de seda. Su cabello era una suave mata castaña, a juego con unos ojos del mismo color, que brillaban llenos de insolencia.

«Cree que esto es un torneo y que ha llegado su momento de entrar en la liza.»

—Diecisiete años y ya sois caballero de la Guardia Real —dijo Jaime—. Supongo que estaréis orgulloso. El príncipe Aemon, el Caballero Dragón, tenía diecisiete años cuando recibió el nombramiento. ¿Lo sabíais?

—Sí, mi señor.

—¿Y sabíais que yo tenía quince?

—También, mi señor.

Sonrió. Jaime detestaba aquella sonrisa.

—Yo era mejor que vos, Ser Loras. Era más alto, más fuerte y más rápido.

—Y ahora sois más viejo —dijo el muchacho—. Mi señor.

No tuvo más remedio que echarse a reír. «Esto es increíble. Tyrion se burlaría de mí hasta la muerte si me viera ahora, comparando tamaños de pollas con este mocoso.»

—Más viejo y más sabio, ser. Tendríais que aprender de mí.

—¿Igual que vos aprendisteis de Ser Boros y Ser Meryn?

Aquella flecha había estado a punto de dar en el blanco.

—Yo aprendí del Toro Blanco y de Barristan el Bravo —le espetó Jaime—. Aprendí de Ser Arthur Dayne, la Espada del Amanecer, que os podría haber matado a los cinco con la mano izquierda mientras se sujetaba la polla con la derecha para mear. Aprendí del príncipe

Lewyn de Dorne, de Ser Oswell Whent, de Ser Jonothor Darry, hombres buenos todos ellos.

—Hombres muertos todos ellos.

«Es como yo —comprendió Jaime de repente—. Estoy hablando conmigo mismo, tal como era, todo confianza, todo arrogancia, todo caballerosidad hueca... Esto es lo que pasa cuando eres demasiado bueno siendo demasiado joven.»

Al igual que en un combate a espada, a veces era mejor probar con un golpe diferente.

—Se dice que luchasteis de manera impresionante en la batalla... casi tan bien como el fantasma de Lord Renly, que estaba a vuestro lado. Un Hermano Juramentado no tiene secretos para su Lord Comandante. Decidme, ser, ¿quién llevaba la armadura de Renly?

Por un momento pareció que Loras Tyrell iba a negarse a responder, pero al final recordó sus votos.

—Mi hermano —dijo de mala gana—. Renly era más alto que yo, y de pecho más ancho. Su armadura me quedaba muy suelta, pero a Garlan le sentaba bien.

—¿De quién partió la idea, de vos o de él?

—Nos lo sugirió Meñique. Dijo que los soldados ignorantes de Stannis se asustarían.

—Y así fue. —«Y de paso, a algunos caballeros y señores menores»—. Bien, habéis proporcionado a los bardos un tema sobre el que componer muchas rimas, no es pequeño logro. ¿Qué hicisteis con Renly?

—Lo enterré con mis propias manos, en un lugar que él mismo me mostró cuando yo era escudero en Bastión de Tormentas. Allí nadie lo encontrará para turbar su descanso. —Miró a Jaime, desafiante—. Defenderé al rey Tommen con todas mis fuerzas, lo juro. Si es necesario, daré mi vida por él. Pero jamás traicionaré a Renly, ni de palabra ni de obra. Era el rey que debería haberse sentado en el trono. Era el mejor de todos.

«Era el que mejor vestía, eso no lo discuto —pensó Jaime. Pero, por una vez, no lo dijo en voz alta. La arrogancia se había desvanecido de la voz de Ser Loras en cuanto empezó a hablar de Renly—. Me ha dicho la verdad. Es orgulloso, atolondrado y un completo idiota, pero no es falso. Por ahora, no.»

—Como queráis. Sólo una cosa más y podréis volver a vuestros deberes.

—¿Sí, mi señor?

—Todavía tengo a Brienne de Tarth en una celda de la torre.

—Mejor estaría en un calabozo sin ventanas. —La boca del muchacho se convirtió en una línea dura.

—¿Estáis seguro de que es eso lo que merece?

—Merece la muerte. Le dije a Renly que no había lugar para una mujer en la Guardia Arcoiris. Ganó el combate cuerpo a cuerpo porque utilizó un truco.

—Sé de otro caballero al que le gustaban los trucos. En cierta ocasión, eligió una yegua en celo para enfrentarse a un rival que montaba un corcel de muy mal genio. ¿Qué truco fue el que utilizó Brienne?

—Saltó y... —Ser Loras se puso rojo—. Bueno, no importa. Venció, lo reconozco. Su Alteza le puso en los hombros una capa arco iris. Y ella lo mató. O dejó que muriera.

—Hay mucha diferencia.

«La diferencia entre mi crimen y la vergüenza de Boros Blount.»

—Ella había jurado protegerlo. Ser Emmon Cuy, Ser Robar Royce y Ser Parmen Crane también lo habían jurado. ¿Cómo es posible que nadie le causara mal alguno, si ella estaba dentro de la tienda y los demás en la entrada? A menos que todos tomaran parte en la conspiración.

—En el banquete de la boda estabais cinco de vosotros —señaló Jaime—. ¿Cómo fue posible que Joffrey muriera? A menos que todos tomarais parte en la conspiración.

—No pudimos hacer nada, era imposible. —Ser Loras se puso rígido.

—Es lo mismo que dice la moza. Ella llora a Renly igual que vos. Y os aseguro que yo nunca lloré por Aerys. Brienne es fea, y testaruda como una mula, pero le falta cerebro para mentir, y es leal hasta la estupidez. Juró que me traería a Desembarco del Rey y aquí estoy. Si he perdido una mano... Bueno, fue tanto culpa suya como mía. Considerando todo lo que hizo para protegerme, no me cabe duda de que habría luchado por Renly, si hubiera habido un enemigo contra el que luchar. Pero... dice que era una sombra. —Jaime sacudió la cabeza—. Desenvainad la espada, Ser Loras. Mostradme cómo lucharíais vos contra una sombra. Me encantaría verlo.

—Escapó —dijo Ser Loras sin hacer ademán de levantarse—. Salió huyendo con Catelyn Stark, lo dejaron en un charco de sangre y salieron huyendo. ¿Por qué huyeron si no fue cosa suya? —Se quedó mirando la mesa—. Renly me había asignado la vanguardia. De lo contrario habría sido yo quien lo habría ayudado a ponerse la armadura. Era una tarea que me confiaba a menudo. Aquella misma noche habíamos... habíamos rezado juntos. Cuando me marché, estaba con ella. Ser Parmen y Ser Emmon vigilaban la tienda, y Ser Robar Royce también estaba allí. Ser Emmon juró que Brienne había... aunque...

—Seguid —indicó Jaime al percibir un atisbo de duda.

—El gorjal estaba atravesado. Fue un golpe limpio que cortó un gorjal de acero. Y la armadura de Renly era del mejor acero que existe. ¿Cómo pudo dar semejante golpe? Yo mismo lo intenté y me fue imposible. Para ser una mujer, tiene una fuerza monstruosa, pero hasta la Montaña habría necesitado un hacha, y pesada. Además, ¿para qué ponerle la armadura y luego cortarle la garganta? —Miró a Jaime, confuso—. Pero, si no fue ella... ¿Cómo pudo matarlo una sombra?

—Preguntádselo a Brienne. —Jaime había tomado una decisión—. Id a su celda. Preguntadle lo que queráis y escuchad lo que os responda. Si después seguís convencido de que fue ella la que asesinó a Lord Renly, me encargaré de que lo pague. Vos seréis quien decida.

Acusadla o dejadla libre. Lo único que os pido es que seáis justo, por vuestro honor de caballero.

—Seré justo. —Ser Loras se levantó—. Por mi honor.

—En ese caso, hemos terminado.

El joven se dirigió hacia la puerta, pero al llegar se volvió.

—A Renly le parecía absurda. Una mujer que vestía armadura de hombre y se hacía pasar por caballero...

—Si la hubiera visto alguna vez vestida con sedas rosas y encajes de Myr no se habría quejado tanto.

—Le pregunté por qué la mantenía a su lado, si tan grotesca le parecía. Me dijo que todos los demás caballeros querían algo de él, castillos, honores, riquezas... En cambio, lo único que Brienne le pedía era morir por él. Cuando lo vi todo ensangrentado, cuando me enteré de que ella había huido y los tres estaban ilesos... pero, si es inocente, entonces Robar y Emmon...

No consiguió expresar lo que sentía. Jaime no se había parado a mirarlo desde aquel punto de vista.

—Yo habría hecho lo mismo, Ser.

La mentira le salió sin esfuerzo, pero Ser Loras pareció agradecerla.

Una vez se hubo marchado, el Lord Comandante quedó a solas en la habitación blanca, meditabundo. El Caballero de las Flores había estado tan enloquecido de dolor por la muerte de Renly que había matado a dos de sus Hermanos Juramentados, pero a Jaime no se le había pasado por la cabeza hacer lo mismo con los cinco que no habían conseguido proteger a Joffrey.

«Era mi hijo, mi hijo secreto... ¿qué soy yo si no levanto la mano que me queda para vengar a quien lleva mi sangre, al fruto de mi semilla?» Tendría que matar al menos a Ser Boros, aunque sólo fuera para librarse de él.

Se miró el muñón e hizo una mueca.

«Algo tengo que hacer con esto. —Si el difunto Ser Jacelyn Bywater tenía una mano de hierro, él se haría fabricar una de oro—. Puede que a Cersei le guste. Una mano de oro para acariciar su pelo dorado, para estrecharla con fuerza contra mí.»

Pero lo de la mano podía esperar. Antes tenía que ocuparse de otras cosas. Tenía que pagar otras deudas.

SANSA

La escalerilla que llevaba al castillo de proa era empinada y estaba llena de astillas, de manera que Sansa aceptó la mano que le tendía Lothor Brune.

«Ser Lothor», tuvo que recordarse; lo habían armado caballero por su valor en la batalla del Aguasnegras, aunque ningún caballero luciría aquellos calzones remendados ni las botas tan gastadas, o aquel jubón de cuero que el agua salada había desgastado y agrietado. Brune era un hombre callado, regordete, de rostro cuadrado y nariz aplastada, y tenía una mata de pelo gris. «Pero es más fuerte de lo que parece.» Lo sabía por la facilidad con que la levantaba, como si no pesara nada.

Ante la proa de la *Rey Pescadilla* se divisaba una playa inhóspita, azotada por los vientos, desprovista de vegetación. Pese a todo, la recibieron con alegría. Habían tardado mucho tiempo en recuperar el rumbo, la última tormenta los había apartado de tierra firme, además de barrer la cubierta de la galera con unas olas tales que Sansa había estado segura de que se hundirían sin remedio. Oyó comentar al viejo Oswald que dos hombres habían caído por la borda y otro más se había precipitado desde el mástil y se había roto el cuello.

Ella no se había atrevido a subir a la cubierta casi nunca. Su camarote era pequeño, húmedo y frío, y Sansa había estado enferma la mayor parte del viaje. Enferma de miedo, enferma de fiebre, enferma con mareos... No conseguía retener nada en el estómago y hasta le costaba dormir. Siempre que cerraba los ojos veía a Joffrey echándose las manos al cuello, desgarrándose la piel de la garganta y agonizando con trozos de empanada en los labios y manchas de vino en el jubón. Y el viento que aullaba entre los aparejos le recordaba el espantoso sonido agudo que había hecho intentando respirar. A veces soñaba también con Tyrion.

—No hizo nada —dijo en cierta ocasión a Meñique cuando fue a verla a su camarote para interesarse por su salud.

—Es cierto que no mató a Joffrey, pero no se puede decir que tuviera las manos limpias. ¿Sabíais que tuvo otra esposa antes que vos?

—Sí, me lo dijo.

—¿Os dijo también que, cuando se aburrió de ella, se la regaló a los guardias de su padre? Puede que con el tiempo os hubiera hecho lo mismo a vos. No derramáis ni una lágrima por el Gnomo, mi señora.

El viento le agitaba el cabello con dedos salados, y Sansa se estremeció. Pese a estar tan cerca de la costa, el movimiento del barco le revolvía el estómago. Necesitaba desesperadamente un baño y ropa limpia.

«Debo de estar demacrada como un cadáver y huelo a vómito.»

Lord Petyr llegó junto a ella tan alegre como siempre.

—Buenos días. La brisa marina es muy tonificante, ¿verdad? A mí siempre me abre el apetito. —Le rodeó los hombros con un brazo en gesto cariñoso—. ¿Os encontráis bien? Estáis tan pálida...

—No es nada, sólo el estómago. Estoy un poco mareada.

—Una copa de vino os sentará bien. Os la serviré en cuanto lleguemos a la orilla. —Petyr señaló en dirección a una vieja torre de sílex que destacaba ante el triste cielo gris mientras las olas rompían contra las rocas a su pie—. Bonita, ¿eh? Mucho me temo que no hay un lugar seguro para anclar, tendremos que ir a la orilla en bote.

—¿Aquí? —No quería desembarcar en aquel lugar. Tenía entendido que los Dedos eran un lugar deprimente, y aquella torrecilla tenía aspecto triste y abandonado—. ¿No me puedo quedar en el barco hasta que zarpemos hacia Puerto Blanco?

—La *Rey* va a poner rumbo al este, hacia Braavos. Sin nosotros.

—Pero... mi señor, me dijisteis... me dijisteis que íbamos a casa.

—Y ahí está, por pobre que resulte. Mi casa, mi hogar ancestral. Por desgracia no tiene nombre. El asentamiento de un gran señor

debería tener nombre, ¿verdad? Invernalía, Nido de Águilas, Aguasdulces... Eso sí que son castillos. Ahora soy el señor de Harrenhal, que suena muy bien, pero ¿qué era antes? ¿El señor de la Cagarruta de Oveja, dueño de Aburrimiento Mortal? No sé, como que les falta algo a esos títulos. —Sus ojos verde grisáceo la miraron con inocencia—. Parecéis decepcionada, ¿pensabais que nos dirigíamos hacia Invernalía, pequeña? Invernalía fue tomada, quemada y saqueada. Todos aquellos a quienes conocíais y amabais han muerto. Los nortños que no se han rendido a los hombres del hierro están luchando entre ellos, hasta han atacado el Muro. Invernalía fue vuestro hogar de la infancia, Sansa, pero ya no sois una niña. Sois una mujer y tenéis que crear vuestro propio hogar.

—Pero no aquí —protestó ella con desaliento—. Es un lugar tan...

—¿Tan pequeño, tan sombrío, tan feo? Sí, todo eso y mucho más. Los Dedos son un lugar precioso si eres una piedra. Pero no tengáis miedo, no nos quedaremos más de un par de semanas. Creo que vuestra tía ya viene a recibarnos. —Sonrió—. Lady Lysa y yo vamos a contraer matrimonio.

—¿Os vais a casar? —Sansa estaba atónita—. ¿Con mi tía?

—El señor de Harrenhal y la señora del Nido de Águilas.

«Dijisteis que a quien amabais era a mi madre.» Pero claro, Lady Catelyn estaba muerta, de manera que aunque hubiera amado a Petyr en secreto y le hubiera entregado su virginidad, ya no tenía importancia.

—Estáis muy callada, mi señora —dijo Petyr—. Pensaba que me daríais vuestra bendición. No es corriente que un niño que nació para heredar piedras y cagarrutas de oveja contraiga matrimonio con la hija de Hoster Tully y viuda de Jon Arryn.

—Señor... Rezo por que viváis juntos muchos años, tengáis muchos hijos y seáis muy felices el uno con el otro.

Habían pasado años desde la última vez que Sansa viera a la hermana de su madre. «Será buena conmigo, lo hará por mi madre, seguro. Es de mi propia sangre.» Y el Valle de Arryn era muy

hermoso, lo decían todas las canciones. Tal vez no sería tan malo pasar allí una temporada.

Lothor y el viejo Oswell los llevaron a la orilla en el bote de remos. Sansa iba acurrucada en la proa, abrigada con la capa y con la capucha en la cabeza para protegerse del viento. No podía dejar de preguntarse qué la esperaba. Los criados salieron de la torre para recibirlos: una anciana flaca y una mujer de mediana edad un tanto gruesa, dos viejos de pelo blanco y una niña de dos o tres años con un orzuelo en un ojo. Al reconocer a Petyr se arrodillaron en las rocas.

—Mi servicio —dijo—. A la niña no la conozco, debe de ser otro de los bastardos de Kella. Escupe uno cada pocos años.

Los dos ancianos se metieron en el agua hasta los muslos para levantar a Sansa del bote de manera que no se mojara las faldas. Oswell y Lothor caminaron chapoteando hasta la orilla, al igual que el propio Meñique. Dio un beso en la mejilla a la anciana y sonrió a la más joven.

—¿Quién es el padre de ésta, Kella?

—No os sabría decir, mi señor, no soy de las que dicen que no. — La mujer gorda se echó a reír.

—Cosa que seguro que agradecen mucho los mozos de por aquí.

—Nos alegramos de que estéis en casa, mi señor —dijo uno de los ancianos. Tenía al menos ochenta años, pero llevaba una brigantina claveteada y del costado le colgaba una espada larga—. ¿Cuánto tiempo os vais a quedar?

—Tan poco como me sea posible, Bryen, no temáis. ¿Qué tal está la torre, habitable?

—Si hubiéramos sabido que veníais habríamos puesto juncos frescos en los suelos, mi señor —dijo la vieja—. Hemos encendido la chimenea con bostas secas.

—El olor de la mierda al arder siempre me trae recuerdos de mi hogar. —Petyr se volvió hacia Sansa—. Grisel fue mi ama de cría y ahora se encarga del castillo. Umfred es el mayordomo y Bryen... ¿no te nombré capitán de la guardia la última vez que pasé por aquí?

—Sí, mi señor. También dijisteis que me daríais más hombres, pero se os olvidó. El perro y yo hacemos todas las guardias.

—Y salta a la vista que las hacéis muy bien. Nadie me ha robado ninguna de mis rocas ni de mis cagarrutas de oveja, eso se nota. —Petyr hizo un gesto en dirección a la mujer gorda—. Kella se encarga de mis incontables rebaños. ¿Cuántas ovejas tengo ahora mismo, Kella?

La mujer se paró a pensar un momento.

—Veintitrés, mi señor. Había veintinueve, pero los perros de Bryen mataron una y sacrificamos otras para salar la carne.

—Ah, cordero en salazón. Ahora sí que me siento en casa. Cuando desayune huevos de gaviota y sopa de algas, ya estaré completamente seguro.

—Como queráis, mi señor —dijo la anciana Grisel.

—Vamos a ver si mis estancias son tan lúgubres como las recuerdo. —Lord Petyr hizo una mueca.

Empezó a subir por la costa de rocas resbaladizas cubiertas de algas medio podridas. Al pie de la torre de sílex unas cuantas ovejas pastaban la escasa hierba que crecía entre el redil y el establo de techo de paja. Sansa tuvo que mirar muy bien por dónde pisaba, había excrementos por todas partes.

Vista desde dentro la torre parecía aún más pequeña. Una escalera de piedra sin protecciones ascendía pegada a la pared desde la bodega al tejado. En cada piso no había más que una habitación. Los criados vivían y dormían en la cocina de la planta baja, cuyo espacio compartían con un enorme mastín pinto y media docena de perros ovejeros. Encima había un modesto salón, y en la parte superior estaba el dormitorio. No había ventanas, sólo troneras en el muro exterior situadas a intervalos regulares a lo largo de la curva de la escalera. Sobre la chimenea colgaban una espada larga rota y un escudo de roble astillado con la pintura cuarteada.

Sansa no reconoció el emblema pintado en el escudo, una cabeza de piedra gris con ojos llameantes sobre campo color verde claro.

—Es el escudo de mi abuelo —le explicó Petyr al ver que lo estaba mirando—. Su padre había nacido en Braavos y vino al Valle como mercenario contratado por Lord Corbray, de manera que mi abuelo eligió como emblema la cabeza del Titán cuando lo nombraron caballero.

—Es muy feroz —dijo Sansa.

—Demasiado feroz para un tipo tan afable como yo —sonrió Petyr—. Prefiero mil veces mi sinsonte.

Oswell hizo otros dos viajes a la *Rey Pescadilla* para descargar provisiones. Entre las cosas que llevó a la orilla había varios toneles de vino, y Petyr sirvió a Sansa una copa tal como había prometido.

—Bebed, mi señora, espero que os calme el estómago.

El hecho de tener suelo firme bajo los pies ya se lo había calmado hasta cierto punto, pero Sansa obedeció, levantó la copa con ambas manos y bebió un sorbo. El vino era excelente, del Rejo, le pareció. Sabía a roble, a fruta y a noches cálidas de verano. Los sabores le estallaban en la boca como flores que se abrieran bajo el sol. Lo único que esperaba era poder retenerlo, Lord Petyr estaba siendo muy amable con ella y no quería echarlo a perder vomitándole encima.

En aquel momento la estaba mirando por encima de su copa, con los claros ojos gris verdoso que reflejaban... ¿Podía ser diversión? ¿O tal vez otra cosa? Sansa no habría sabido decirlo.

—Grisel —llamó a la vieja—, trae algo de comer. Nada indigesto, mi señora está delicada del estómago. ¿Qué tal un poco de fruta? Oswell ha traído naranjas y granadas de la *Rey*.

—Sí, mi señor.

—¿Podría tomar un baño? —le preguntó Sansa.

—Le diré a Kella que traiga agua, mi señora.

Sansa bebió otro sorbo de vino y trató de pensar un tema de conversación cortés, pero Lord Petyr le ahorró la molestia. Esperó a que Grisel y los demás criados se hubieran retirado antes de empezar a hablar.

—Lysa no vendrá sola. Antes de que llegue tenemos que aclarar quién sois.

—¿Quién soy...? No entiendo...

—Varys tiene informadores por todas partes. Si Sansa Stark apareciera en el Valle, el eunuco se enteraría antes de un mes, lo que nos traería... desagradables complicaciones. En estos momentos nadie que se llame Stark está a salvo, así que le diremos a los acompañantes de Lysa que sois mi hija natural.

—¿Natural? —Se espantó Sansa—. ¿Vuestra hija bastarda?

—Bueno, difícilmente podríais ser mi hija legítima; no me he casado nunca, eso lo sabe todo el mundo. ¿Cómo os queréis llamar?

—Pues... Podría llamarme como mi madre...

—¿Catelyn? Demasiado evidente... pero tal vez podáis usar el nombre de mi madre, Alayne. ¿Os gusta?

—Alayne suena muy bien. —Sansa esperaba ser capaz de recordarlo—. Pero ¿no podría ser hija legítima de algún caballero que os sirva? Quizá murió heroicamente en la batalla y...

—No tengo ningún caballero heroico que me sirva, Alayne. Semejante historia sólo conseguiría atraer preguntas indeseadas como un cadáver atrae a los cuervos. En cambio es de mala educación curiosear sobre el origen de los hijos naturales. —Inclinó la cabeza a un lado—. A ver, ¿quién sois?

—Alayne... Piedra, ¿verdad? —Lord Petyr asintió—. Pero ¿quién es mi madre?

—¿Kella?

—No, por favor —suplicó mortificada.

—Era una broma. Vuestra madre fue una noble de Braavos, hija de un príncipe mercader. Nos conocimos en Puerto Gaviota cuando yo estaba al mando del tráfico marítimo. Murió al daros a luz y os dejó en manos de la Fe. Tengo unos cuantos libros piadosos para que les echéis un vistazo, acostumbraos a citarlos. No hay nada que evite las preguntas indeseadas tanto como un montón de balidos religiosos. En cualquier caso, después de florecer decidisteis que no queríais ser una

septa y me escribisteis una carta. Así supe de vuestra existencia. —Se acarició la barba con un dedo—. ¿Seréis capaz de recordarlo todo?

—Creo que sí. Será como un juego, ¿verdad?

—¿Os gustan los juegos, Alayne?

Iba a tardar en acostumbrarse al nuevo nombre.

—¿Los juegos? No sé... depende...

Antes de que pudiera decir más regresó Grisel con una gran bandeja en equilibrio que puso entre los dos. Había manzanas, peras, granadas, unas uvas un tanto mustias y una gran naranja sanguina. La anciana les llevó también una hogaza redonda de pan y un cuenco de barro con mantequilla. Petyr cortó una granada en dos con la daga y ofreció la mitad a Sansa.

—Deberíais tratar de comer algo, mi señora.

—Gracias, mi señor.

No era fácil comer granadas sin mancharse, de manera que Sansa escogió una pera y le dio un mordisquito delicado. Estaba muy madura y el jugo le corrió por la barbilla.

Lord Petyr soltó una semilla con la punta de la daga.

—Estoy seguro de que extrañáis muchísimo a vuestro padre. Lord Eddard era un hombre valiente, honesto, leal... Pero, como jugador, un completo desastre. —Se llevó la semilla a la boca con el puñal—. En Desembarco del Rey hay dos tipos de personas, los jugadores y las piezas.

—¿Yo era una pieza? —Temía la respuesta, pero se la imaginaba.

—Sí, pero eso no tiene por qué preocuparos. Todavía sois casi una niña. Todo hombre y toda doncella empiezan siendo piezas, aunque algunos se crean jugadores. —Se comió otra semilla—. Por ejemplo, Cersei. Se cree astuta, pero la verdad es que es predecible hasta el aburrimiento. Su poder depende de su belleza, su noble cuna y su riqueza, y de esas tres cosas sólo la primera es suya en realidad, pero no tardará en abandonarla. Entonces será digna de compasión. Quiere poder, pero cuando lo consigue no sabe qué hacer con él. Todo el

mundo quiere algo, Alayne, y cuando uno sabe qué quiere un hombre sabe quién es y cómo manejarlo.

—¿Igual que vos manejasteis a Ser Dontos para que envenenara a Joffrey? —Había tenido que ser Dontos, después de mucho pensarlo estaba segura.

—Ser Dontos el Tinto era un odre de vino con patas —dijo Meñique riéndose—. No se le podía encomendar una tarea de tal importancia, habría hecho una chapuza, o me habría traicionado. No, lo único que tenía que hacer Dontos era sacaros del castillo... y asegurarse de que llevabais puesta la redecilla de plata en el banquete.

«Las amatistas negras.»

—Pero... Si no fue Dontos, ¿quién fue? ¿Es que tenéis... otras piezas?

—Aunque volvierais patas arriba Desembarco del Rey no encontraríais ni un hombre con un sinsonte bordado en el pecho, pero eso no quiere decir que carezca de amigos. —Petyr se dirigió hacia las escaleras—. Oswell, sube un momento para que te vea Lady Sansa.

El anciano apareció segundos más tarde, todo sonrisas y reverencias.

—¿Qué tengo que ver? —preguntó Sansa, mirándolo con inseguridad.

—¿Lo reconocéis? —preguntó Petyr.

—No.

—Miradlo mejor.

Examinó el rostro arrugado y reseado por el viento, la nariz ganchuda, el pelo canoso, las manos grandes y nudosas... Había en él algo que le resultaba familiar, pero Sansa tuvo que hacer un gesto de negación.

—No. Nunca había visto a Oswell antes de subir a su bote, estoy segura.

—No, pero tal vez mi señora conoce a mis tres hijos. —Oswell sonrió mostrando un montón de dientes careados.

Lo de los tres hijos y la sonrisa hicieron que cayera en la cuenta.

—¡Kettleblack! —Sansa abrió los ojos como platos—. ¡Sois un Kettleblack!

—Para servir a mi señora.

—La señora está más que servida. —Lord Petyr lo despidió con un gesto y volvió a concentrarse en la granada mientras Oswald bajaba por la escalera arrastrando los pies—. Decidme, Alayne, ¿qué daga es más peligrosa, la que esgrime un enemigo o la escondida que os pone en la espalda alguien a quien no llegáis a ver?

—La daga escondida.

—Chica lista. —Sonrió con los finos labios teñidos de rojo por las semillas de granada—. Cuando el Gnomo despidió a los guardias de la reina ella hizo que Ser Lancel contratara mercenarios. Lancel dio con los Kettleblack, cosa que a vuestro pequeño esposo le pareció excelente, ya que estaban a sueldo de él a través de Bronn. —Dejó escapar una risita—. Pero había sido yo quien dijo a Oswald que enviara a sus hijos a Desembarco del Rey cuando descubrí que Bronn estaba buscando espadas. Ahí tenéis, Alayne, tres dagas escondidas en el lugar perfecto.

Sansa recordó que Ser Osmund había pasado casi todo el banquete al lado del rey.

—¿De modo que uno de los Kettleblack puso el veneno en la copa de Joff?

—¿Acaso he dicho yo eso? —Lord Petyr cortó en dos la naranja sanguina con la daga y ofreció la mitad a Sansa—. Esos muchachos son demasiado traicioneros para formar parte de un plan así... y Osmund era aún menos digno de confianza después de entrar en la Guardia Real. He descubierto que esa capa blanca tiene un efecto extraño sobre los hombres, hasta sobre hombres como él. —Echó la cabeza hacia atrás y exprimió la naranja sanguina para beberse el zumo—. Me encanta el zumo, pero detesto que se me pongan los dedos pegajosos —dijo al tiempo que se secaba las manos—. Manos

limpias, Sansa. Hagáis lo que hagáis, aseguraos de tener siempre las manos limpias.

Sansa se puso un poco de zumo de la naranja en la cuchara.

—Pero si no fueron los Kettleblack y no fue Ser Dontos... Vos ni siquiera estabais en la ciudad y Tyrion no pudo ser...

—¿No se os ocurre nadie más, pequeña?

—No... —Sansa sacudió la cabeza.

—Apuesto cualquier cosa a que en algún momento de la noche alguien os dijo que teníais la redecilla del pelo mal puesta y os la enderezó. —Petyr sonrió.

—No es posible... —Sansa se llevó una mano a la boca—. Si ella quería llevarme a Altojardín, si me iba a casar con su propio nieto...

—Sí, con el amable, piadoso y bondadoso Willas Tyrell. Dad gracias, de menuda os habéis salvado, os habríais muerto de aburrimiento. En cambio la vieja no tiene nada de aburrida, eso seguro. Esa bruja es temible, y no es ni mucho menos tan frágil como aparenta. Cuando llegué a Altojardín para regatear por la mano de Margaery dejó la fanfarria a su señor hijo mientras que ella hacía preguntas inteligentes sobre la naturaleza de Joffrey. Yo lo puse por las nubes, claro... mientras mis hombres hacían correr historias muy preocupantes entre los sirvientes de Lord Tyrell. Así se juega a este juego.

»También sembré la semilla de la idea de que Ser Loras vistiera el blanco. No lo sugerí yo, claro, habría sido demasiado directo, pero algunos hombres de mi partida esparcieron relatos aterradores de cómo la turba había asesinado a Ser Preston Greenfield y violado a Lady Lollys, y se repartieron unas cuantas monedas de plata entre el ejército de bardos de Lord Tyrell para que cantaran las hazañas de Ryam Redwine, Serwyn del Escudo Espejo y el príncipe Aemon, el Caballero Dragón. En las manos adecuadas un arpa puede ser tan peligrosa como una espada.

»Mace Tyrell llegó a pensar que la idea de nombrar miembro de la Guardia Real a Ser Loras como parte del contrato matrimonial había

sido suya. ¿Quién mejor para proteger a su hija que su espléndido hermano caballero? Y de paso se libraba de la dura tarea de buscar tierras y esposa para un tercer hijo, cosa que nunca es sencilla y en el caso de Ser Loras resulta doblemente difícil.

»El caso es que Lady Olenna no tenía la menor intención de permitir que Joff hiciera daño a su adorada nieta, pero a diferencia de su hijo también se daba cuenta de que, por debajo de las flores y las ropas exquisitas, Ser Loras es tan impulsivo como Jaime Lannister. Pones a Joffrey, a Margaery y a Loras en una olla y ahí tienes, la receta del guiso de Matarreyes. La anciana también comprendió otra cosa. Su hijo estaba decidido a que Margaery fuera reina, y para eso le hacía falta un rey... Pero no tenía por qué ser Joffrey. Esperad y veréis cómo pronto tenemos otra boda real. Margaery se casará con Tommen. Conservará la corona y la virginidad, dos cosas que no quiere, pero en fin, ¿qué importa? La gran alianza occidental estará a salvo... al menos durante un tiempo.

«Margaery y Tommen.» Sansa no sabía qué decir. Se había encariñado con Margaery Tyrell y con su abuela menuda, siempre tan brusca. Pensó con melancolía en Altojardín, en sus patios y sus músicos, en las barcasas que surcaban el Mander... un lugar tan diferente de aquella playa inhóspita donde se encontraban. «Al menos aquí estoy a salvo. Joffrey está muerto, ya no me puede hacer daño, y ahora únicamente soy una chica bastarda, Alayne Piedra, que no tiene esposo ni derechos.» Además, su tía no tardaría en llegar. La larga pesadilla de Desembarco del Rey había quedado atrás, así como su parodia de matrimonio. Allí podría crear un nuevo hogar, tal como había dicho Petyr.

Pasaron ocho días antes de que llegara Lysa Arryn. Durante cinco de ellos no hizo más que llover, y Sansa se los pasó sentada ante el fuego, aburrida e inquieta, al lado del viejo perro ciego. El animal estaba demasiado enfermo y desdentado para seguir haciendo la ronda de guardia con Bryen, lo único que hacía era dormir, pero cuando le dio una palmadita en la cabeza gimió y le lamió la mano, con lo que se hicieron amigos íntimos. Cuando dejó de llover Petyr la llevó a

recorrer sus dominios, cosa que les ocupó menos de medio día. Tal como le había dicho era el dueño de un montón de rocas. Había un lugar donde la marea subía en un chorro de más de diez metros por un agujero del suelo, y otro donde alguien había grabado en una piedra la estrella de siete puntas de los nuevos dioses. Petyr le dijo que marcaba uno de los lugares donde los ándalos habían desembarcado cuando llegaron del otro lado del mar para arrebatarse el Valle a los primeros hombres.

Tierra adentro vivían una docena de familias en chozas de piedras amontonadas alrededor de una turbera.

—Mi pueblo —le dijo Petyr, aunque sólo el más viejo de los habitantes parecía conocerlo. También había una cueva de un ermitaño, aunque sin ermitaño—. Ya está muerto, pero cuando era niño mi padre me trajo a verlo. Aquel tipo no se había bañado en cuarenta años, ya os podéis imaginar cómo olía, pero se suponía que tenía el don de la profecía. Me palpó un poco y dijo que sería un gran hombre, y a cambio de eso mi padre le dio un odre de vino. —Petyr soltó un bufido burlón—. Yo le habría podido decir lo mismo por media copa.

Por fin, una tarde gris de mucho viento, Bryen volvió corriendo a la torre con sus perros ladrando tras él para anunciar que se acercaban jinetes procedentes del sudoeste.

—Es Lysa —dijo Lord Petyr—. Vamos, Alayne, salgamos a recibirla.

Se pusieron las capas y esperaron en el exterior. Los jinetes eran apenas una veintena, una escolta muy modesta para la señora del Nido de Águilas. Con ella cabalgaban tres doncellas y una docena de caballeros de su Casa con armaduras y corazas. También la acompañaba un septon y un atractivo bardo de bigote ralo y largos rizos color arena.

«¿Es posible que sea mi tía?» Lady Lysa tenía dos años menos que su madre, pero aquella mujer aparentaba diez más. La espesa cabellera castaño rojiza le llegaba a la cintura, pero bajo el costoso

vestido de terciopelo y el corpiño recamado de joyas, el cuerpo se notaba fofo y carnoso. Llevaba el rostro rosado muy pintado y tenía los pechos amplios y caídos; los miembros, gruesos. Era más alta que Meñique y también más pesada; además tampoco mostró ninguna elegancia en su manera torpe de bajarse del caballo.

Petyr se arrodilló para besarle los dedos.

—El Consejo Privado del rey me ordenó cortejarte y ganarme tu corazón, mi señora. ¿Qué dices, me aceptarás como señor y esposo?

Lady Lysa hizo un morrito con los labios y lo ayudó a levantarse para estamparle un beso en la mejilla.

—Bueno, es posible que me deje convencer. —Soltó una risita—. ¿Me has traído regalos que predispongan mi corazón?

—La paz del rey.

—Oh, a la porra la paz del rey, ¿qué más me traes?

—A mi hija. —Meñique hizo un gesto con la mano a Sansa para que se adelantara—. Mi señora, permite que te presente a Alayne Piedra.

Lysa Arryn no pareció nada contenta de verla. Sansa hizo una profunda reverencia con la cabeza inclinada.

—¿Una bastarda? —oyó decir a su tía—. ¿Has sido travieso, Petyr? ¿Quién es la madre?

—Ya está muerta. Quería llevar a Alayne al Nido de Águilas.

—¿Y qué hago allí con ella?

—Se me ocurren un par de cosas —dijo Lord Petyr—, pero ahora mismo me interesa mucho más lo que voy a hacer yo contigo, mi señora.

El gesto adusto se disolvió en el rostro rosado y redondo de su tía, y por un momento Sansa pensó que Lysa Arryn se iba a echar a llorar.

—Cuánto te he echado de menos, mi querido Petyr, no lo sabes, no te lo puedes ni imaginar. Yohn Royce me ha estado causando muchos problemas, no para de exigirme que llame a mis banderizos y vaya a la guerra. Y todos los demás que revolotean a mi alrededor,

Hunter, Corbray, ese odioso Nestor Royce... se quieren casar conmigo y tomar a mi hijo como pupilo, pero ninguno me ama de verdad. Sólo tú, Petyr. Llevo tanto tiempo soñando contigo...

—Y yo contigo, mi señora. —La rodeó con un brazo y la besó en el cuello—. ¿Nos podremos casar pronto? ¿Cuándo?

—Ahora —suspiró Lady Lysa—. He traído a mi septon, un bardo y aguamiel para el banquete de bodas.

—¿Aquí? —Aquello no le gustó en absoluto—. Preferiría casarme contigo en el Nido de Águilas, delante de toda tu corte.

—A la porra con mi corte. Ya he esperado demasiado, no soportaría esperar un minuto más. —Lo estrechó entre sus brazos—. Quiero compartir la cama contigo esta noche, mi amor. Quiero que tengamos un hijo, un hermano para Robert o tal vez una niñita adorable.

—Yo también sueño con eso, cariño. Pero nos convendría mucho más una gran boda pública, a la vista de todo el Valle...

—¡No! —Dio una patada contra el suelo—. Te quiero ahora, esta misma noche. Y te lo aviso, después de tantos años de silencio y susurros pienso gritar cuando me hagas el amor. ¡Voy a gritar tan fuerte que me oirán desde el Nido de Águilas!

—¿Y por qué no nos acostamos ahora y nos casamos más adelante?

—Ay, Petyr Baelish, qué malo eres. —Lady Lysa rió como una niña pequeña—. No, he dicho que no, soy la señora del Nido de Águilas, ¡te ordeno que te cases conmigo ahora mismo!

—Será como ordene mi señora —dijo Petyr encogiéndose de hombros—. Como de costumbre, no puedo decirte que no a nada.

Pronunciaron los votos antes de una hora bajo la cúpula azul del cielo, mientras el sol se ponía por el oeste. Después se montaron mesas sobre caballetes bajo el pequeño torreón de sílex y celebraron un banquete a base de codornices, venado y jabalí asado, que pasaron con un buen aguamiel muy ligero. A medida que oscurecía se fueron encendiendo las antorchas. El bardo de Lysa cantó «El voto que no se

pronunció», «Las estaciones de mi amor» y «Dos corazones que laten como uno». Incluso varios caballeros jóvenes invitaron a Sansa a bailar. Su tía también bailó; sus faldas giraban cuando Petyr le hacía dar vueltas. El aguamiel y el matrimonio le habían quitado años a Lady Lysa. Se reía de cualquier cosa mientras su esposo la tuviera cogida de la mano y cada vez que lo miraba le brillaban los ojos.

Cuando llegó la hora del encamamiento sus caballeros se la llevaron torre arriba desnudándola por el camino y gritando chistes soeces. «Tyrion me salvó de eso», recordó Sansa. No habría estado tan mal que la desnudaran para el hombre que amaba, que la desnudaran amigos que los querían a ambos... «Pero Joffrey...» No pudo contener un escalofrío.

Su tía sólo traía tres doncellas, de manera que insistieron a Sansa para que las ayudara a desvestir a Lord Petyr y a llevarlo a su lecho nupcial. Él se dejó hacer con buen talante y dando tanto como recibía. Cuando lo tuvieron en la torre y desnudo las otras mujeres tenían los rostros congestionados, los corpiños desanudados, los mantos torcidos y las faldas revueltas. Pero Meñique se limitó a sonreír a Sansa mientras lo llevaban al dormitorio donde lo aguardaba su señora esposa.

Lady Lysa y Lord Petyr tenían el dormitorio del tercer piso para ellos solos, pero la torre era pequeña y, fiel a su palabra, su tía había gritado. Afuera había empezado a llover, de manera que los invitados del banquete tuvieron que trasladarse al salón del piso de abajo y oyeron casi cada palabra.

—Petyr —gemía su tía—. Oh, Petyr, Petyr, mi amado Petyr, ah, ah, ¡ah! Ahí, Petyr, ahí. Ahí es donde tienes que estar. —El bardo de Lady Lysa se lanzó a cantar una versión soez de «La cena de mi señora», pero ni siquiera su voz y su instrumento conseguían imponerse a los gritos de Lysa—. Hazme un hijo, Petyr —aulló—. Hazme un bebé, un bebé. Oh, Petyr, mi amor, mi amor, ¡Peeettyyr!

El último grito fue tan escandaloso que los perros empezaron a ladrar, y dos de las doncellas de su tía apenas pudieron contener las carcajadas.

Sansa bajó por las escaleras y salió al exterior, a la noche. Una lluvia ligera caía sobre los restos del banquete, pero el aire tenía un olor fresco y limpio. No la abandonaba el recuerdo de su noche de bodas con Tyrion. «En la oscuridad soy el Caballero de las flores —le había dicho—. Podría ser bueno contigo.» No era más que otra mentira Lannister. «Los perros olfatean las mentiras, ¿sabes?», le había dicho en cierta ocasión el Perro. Era casi como si pudiera oír su voz rasposa, su tono brusco. «Mira a tu alrededor y olisquea bien. Esto está lleno de mentirosos... y todos son mejores que tú.» Se preguntó qué habría sido de Sandor Clegane. ¿Sabría que habían matado a Joffrey? ¿Le importaría? Había sido el escudo juramentado del príncipe durante muchos años.

Se quedó allí mucho rato. Cuando por fin se fue a la cama, helada y empapada, sólo quedaban unas brasas de turba en la chimenea del salón oscuro. Arriba ya no se oía nada. El joven bardo estaba sentado en un rincón, tocando una canción queda sólo para sí mismo. Una de las doncellas de su tía besaba a un caballero en la silla de Lord Petyr, ambos tenían las manos perdidas bajo las ropas del otro. Algunos de los caballeros dormían el sueño de los borrachos, otro estaba en el retrete y vomitaba estrepitosamente. Sansa se encontró al perro ciego de Bryen en la pequeña alcoba en que ella dormía bajo las escaleras y se tumbó a su lado. El animal se despertó y le lamió la cara.

—Pobre perro viejo —dijo mientras le acariciaba el pelaje.

—Alayne. —El bardo de su tía estaba de pie junto a ella—. Hermosa Alayne, soy Marillion. Os he visto regresar de la lluvia. La noche es fría y húmeda, deja que te dé calor.

El viejo perro levantó la cabeza y gruñó, pero el bardo le dio un manotazo y el animal gimoteó y se escabulló.

—¿Marillion? —dijo insegura—. Sois... sois muy amable al preocuparos por mí, pero... os ruego que me disculpéis. Estoy muy cansada.

—Lo que estáis es muy bella. Me he pasado la noche componiendo canciones sobre vos. Una melodía sobre vuestros ojos,

una balada sobre vuestros labios, un dueto sobre vuestros pechos... Pero no las voy a cantar, resultarían muy pobres, indignas de tanta hermosura. —Se sentó en su cama y le puso una mano en la pierna—. En vez de eso dejad que os cante con mi cuerpo.

—Estáis borracho —le dijo cuando le llegó una bocanada del aliento del bardo.

—Yo no me emborracho nunca. El aguamiel sólo me hace feliz. Estoy en llamas. —Le deslizó la mano muslo arriba—. Y vos también.

—Apartad esa mano. No os estáis comportando.

—Tened piedad de mí, llevo horas cantando canciones de amor. Tengo la sangre alborotada, igual que vos, estoy seguro... No hay mujeres tan lujuriosas como las bastardas. ¿Estáis húmeda de amor por mí?

—¡Soy doncella! —protestó.

—¿De verdad? Oh, Alayne, Alayne, mi hermosa doncella, entregadme el regalo de vuestra inocencia. Luego daréis las gracias a los dioses. Os haré cantar más alto que Lady Lysa.

—Si no me dejáis en paz mi... mi padre os mandará ahorcar. Lord Petyr —amenazó Sansa apartándose de él, asustada.

—¿Meñique? —El bardo rió entre dientes—. Lady Lysa me aprecia mucho y soy el favorito de Lord Robert. Si vuestro padre me ofende lo destruiré con un verso. —Le puso la mano en un pecho y se lo apretó—. Tenéis que quitaros esas ropas empapadas, no querréis que os las arranque. Vamos, mi dulce señora, seguid los dictados de vuestro corazón...

Sansa oyó el susurro del acero sobre el cuero.

—Bardo —dijo una voz ronca—, lárgate de aquí si quieres volver a cantar.

Había muy poca luz, pero vio el destello de una hoja. El bardo también.

—Búscate una moza para ti... —El cuchillo se movió como un relámpago y el hombre gritó—. ¡Me has cortado!

—Te haré algo peor que cortarte si no te vas.

Un instante después Marillion había desaparecido. El otro hombre se quedó allí, mirando a Sansa de pie en la oscuridad.

—Lord Petyr me dijo que cuidara de vos.

Era la voz de Lothor Brune. «No la del Perro, no, claro, era imposible. Tenía que ser Lothor, por supuesto...»

Aquella noche Sansa apenas pudo dormir, se la pasó dando vueltas como cuando había estado a bordo de la *Rey Pescadilla*. Soñó con la muerte de Joffrey, pero mientras se desgarraba la garganta y la sangre le corría por los dedos vio con espanto que se transformaba en su hermano Robb. También soñó con su noche de bodas, con los ojos de Tyrion que la devoraban mientras se desnudaba. Aunque aquel Tyrion era mucho más alto, era enorme, y cuando se subía a la cama su rostro sólo tenía cicatrices en un lado. «Cantarás para mí», gruñó, y Sansa despertó para encontrarse de nuevo al lado de la cama al perro viejo y ciego.

—Ojalá fueras *Dama* —le dijo.

Al llegar la mañana, Grisel subió al dormitorio para llevar a los señores una bandeja de pan recién hecho, mantequilla, miel, frutas y nata. Cuando volvió le dijo que se requería la presencia de Alayne. Sansa, todavía adormilada, tardó un momento en recordar que Alayne era ella.

Lady Lysa seguía en la cama, pero Lord Petyr estaba levantado y vestido.

—Tu tía quiere hablar contigo —le dijo mientras se ponía una bota—. Le he dicho quién eres.

«Loados sean los dioses.»

—Os... os lo agradezco, mi señor.

—Ya he tenido más dosis de hogar de lo que puedo aguantar. — Petyr se subió la otra bota—. Partiremos hacia el Nido de Águilas esta tarde.

Besó a su señora esposa, le lamió de los labios una mancha de miel y se dirigió hacia las escaleras.

Sansa se quedó al pie de la cama mientras su tía se comía una pera y la examinaba.

—Ahora lo veo claro —dijo Lady Lysa. Dejó el corazón en la bandeja—. Te pareces mucho a Catelyn.

—Eres muy amable.

—No es un halago. A decir verdad, te pareces demasiado a Catelyn. Habrá que hacer algo al respecto. Te tendremos que oscurecer el pelo antes de llevarte al Nido de Águilas.

«¡Oscurecerme el pelo!»

—Lo que tú digas, tía Lysa.

—No me llames así jamás. No debe llegar a Desembarco del Rey noticia alguna de tu presencia aquí. No pienso poner en peligro a mi hijo. —Mordisqueó un trocito de panal—. He conseguido que el Valle quedara al margen de esta guerra. La cosecha ha sido abundante, las montañas nos protegen y el Nido de Águilas es inexpugnable. Pero de todos modos no quiero atraer las iras de Lord Tywin. —Lysa dejó el panal y se lamió la miel de los labios—. Me ha dicho Petyr que estuviste casada con Tyrion Lannister. Ese enano malvado...

—Me obligaron a casarme con él, yo no quería.

—Tampoco quería casarme yo —dijo su tía—. Jon Arryn no era un enano, pero sí un viejo. A lo mejor ahora al verme no te das cuenta, pero el día de mi boda yo era tan bonita que nadie habría mirado a tu madre. Y lo único que quería Jon eran las espadas de mi padre para ayudar a sus muchachitos. Tendría que haberlo rechazado, pero era tan viejo... ¿cuánto podría vivir? Le faltaban la mitad de los dientes y el aliento le olía a queso podrido. No soporto a los hombres con mal aliento. Petyr siempre lo tiene fresco... Fue el primer hombre al que besé, ¿sabes? Mi padre decía que era de origen demasiado humilde, pero yo sabía que llegaría muy alto. Jon le encargó las aduanas y el tráfico marítimo de Puerto Gaviota para complacerme, pero cuando multiplicó por diez los ingresos mi señor esposo se dio cuenta de lo listo que era y le encomendó otros encargos, hasta lo llevó a Desembarco del Rey para que fuera consejero de la moneda. Fue muy

duro verlo todos los días estando casada con aquel hombre tan viejo y tan frío. Jon cumplía con su deber en el dormitorio, pero no me podía dar placer igual que no me podía dar hijos. Su semilla era vieja y floja. Todos mis bebés menos Robert murieron, perdí tres hijas y dos hijos. Perdí a todos mis bebés, y aquel viejo seguía viviendo, y seguía, con su aliento asqueroso... Así que ya ves, yo también he padecido. —Lady Lysa sorbió por la nariz—. ¿Sabes que tu pobre madre ha muerto?

—Me lo dijo Tyrion —asintió Sansa—. Me contó que los Frey la habían asesinado a ella y a Robb en Los Gemelos.

—Tú y yo somos dos mujeres que estamos solas. —De repente a Lady Lysa se le habían llenado los ojos de lágrimas—. ¿Tienes miedo, pequeña? Sé valiente. Jamás abandonaría a una hija de Cat. Nos une la sangre. —Hizo un gesto a Sansa para que se le acercara—. Puedes venir a darme un beso, Alayne.

Ella, obediente, se acercó y se arrodilló junto a la cama. Su tía estaba bañada en perfumes dulces, pero por debajo de ellos olía a leche agria. Sabía a maquillaje y a polvos.

Cuando se levantó y dio un paso atrás Lady Lysa la agarró por la muñeca.

—Ahora dime la verdad —le ordenó con tono brusco—. ¿Estás preñada? No me mientas, si me mientes me daré cuenta.

—No —dijo ella, desconcertada por la pregunta.

—Pero eres una mujer, has florecido, ¿no?

—Sí. —Sansa sabía que aquello no lo podría ocultar mucho tiempo en el Nido de Águilas—. Pero Tyrion no... nunca me... —Se sintió sonrojar—. Todavía soy doncella.

—¿Es que el enano era impotente?

—No. Es que era... era... —«¿Bueno?» No podía decir aquello, su tía lo detestaba—. Tenía... tenía prostitutas, mi señora. Me lo dijo él.

—Prostitutas. —Lysa le soltó la muñeca—. Claro, claro. ¿Qué mujer se iría a la cama con un monstruo así si no fuera por oro? Tendría que haber matado al Gnomo cuando lo tuve en mi poder, pero

me engañó. Es un bicho astuto. Su mercenario mató a mi buen Ser Vardis Egen. Catelyn no lo tendría que haber traído aquí, ya se lo dije. Además, cuando se fue se llevó a nuestro tío. No estuvo bien. El Pez Negro era mi Caballero de la Puerta, desde que nos dejó los clanes de las montañas se han vuelto cada vez más insolentes. Bueno, Petyr lo solucionará pronto. Lo nombraré Lord Protector del Valle. —Por primera vez su tía sonrió y fue casi con afecto—. Puede que no parezca tan alto o tan fuerte como otros, pero vale más que ninguno. Confía en él y haz lo que te diga.

—Eso haré, tía... mi señora.

Lady Lysa pareció satisfecha.

—Conocía a ese muchacho, a Joffrey. Siempre estaba insultando a mi Robert, una vez le pegó con una espada de madera. Los hombres te dirán que el veneno es deshonroso, pero las mujeres tenemos otro tipo de honor. La Madre nos hizo para proteger a nuestros hijos, para nosotros la única deshonra es no conseguirlo. Lo sabrás cuando tengas un hijo.

—¿Un hijo? —preguntó Sansa, insegura.

—Aún faltan muchos años para eso. —Lysa hizo un gesto desdeñoso con la mano—. Eres demasiado joven para ser madre. Pero algún día querrás tener hijos, igual que querrás casarte.

—Eh... Ya estoy casada, mi señora.

—Sí, pero pronto enviudarás. Date por satisfecha de que el Gnomo prefiriera a las putas. No estaría muy bien que mi hijo aceptara los despojos de ese enano, pero dado que no llegó a tocarte... ¿Qué te parecería casarte con tu primo, Lord Robert?

La sola idea desalentaba a Sansa. Lo único que sabía de Robert Arryn era que se trataba de un niño enfermizo. «No quiere que me case con su hijo por mí, es por mis derechos. Nadie se casará conmigo por amor, jamás.» Pero las mentiras le salían ya con facilidad.

—Me muero de ganas de conocerlo, mi señora. Aunque todavía es un niño, ¿no?

—Tiene ocho años y mala salud. Pero es un muchachito muy bueno, muy listo e inteligente. Será un gran hombre, Alayne. «La semilla es fuerte», dijo mi señor esposo antes de morir. Fueron sus últimas palabras. A veces los dioses nos dejan atisbar el futuro en nuestro lecho de muerte. No hay motivo para que no os caséis en cuanto tengamos noticia de que tu esposo Lannister ha muerto. Será una boda secreta, claro, no se puede saber que el señor del Nido de Águilas se casa con una bastarda, no sería apropiado. Nada más rueda la cabeza del Gnomo los cuervos nos traerán la noticia desde Desembarco del Rey. Robert y tú os podéis casar al día siguiente, qué maravilla, ¿verdad? Le convendrá tener una amiguita. Solía jugar con el hijo de Vardis Egen cuando volvimos al Nido de Águilas, y también con los hijos de mi mayordomo, pero todos eran muy bruscos y no tuve más remedio que echarlos. ¿Lees bien, Alayne?

—La septa Mordane tenía la gentileza de decir que sí.

—Robert tiene los ojos delicados, pero le gusta que le lean —le confió Lady Lysa—. Lo que más le gustan son las historias con animales. ¿Te sabes la canción del pollo que se disfrazaba de zorro? Se la canto una y otra vez, y no se cansa nunca de ella. También le gusta jugar al salto de la rana, a gira la espada y a entra en mi castillo, pero le tienes que dejar ganar siempre. Es lo más correcto, ¿no te parece? Al fin y al cabo es el señor del Nido de Águilas, no lo debes olvidar. Eres de noble cuna y los Stark de Invernalía siempre fueron orgullosos, pero ahora Invernalía ha caído y no eres más que una mendiga, así que deja a un lado ese orgullo. Dada tu situación la gratitud te conviene mucho más. Sí, y la obediencia. Mi hijo tendrá una esposa agradecida y obediente.

JON

Las hachas resonaban día y noche.

Jon no recordaba la última vez que había dormido. Cuando cerraba los ojos soñaba con la batalla, cuando despertaba, combatía. Hasta en la Torre del Rey se oía el incesante tañido del bronce, la piedra y el acero robado al morder la madera, sonaba aún más alto cuando intentaba descansar en el cobertizo situado encima del Muro. Mance tenía también almádenas, así como largas sierras con dientes de hueso y pedernal. En una ocasión, mientras se hundía en un sueño extenuado, se produjo un tremendo crujido en el Bosque Encantado y un árbol centinela se derrumbó en una nube de polvo y agujas.

Cuando Owen fue a buscarlo estaba despierto, metido bajo un montón de pieles sobre el suelo del cobertizo.

—Lord Nieve —dijo Owen, sacudiéndolo por el hombro—, ya amanece.

Le dio la mano a Jon y lo ayudó a incorporarse. Había otros despertándose, empujándose mutuamente mientras se ponían las botas y abrochaban los cinturones de las espadas en el mínimo espacio del cobertizo. Nadie hablaba. Estaban demasiado agotados para hablar. Muy pocos de ellos se habían siquiera alejado del Muro en aquellos días. Subir y bajar en la jaula llevaba demasiado tiempo. El Castillo Negro había quedado en manos del maestro Aemon, de Ser Wynton Stout y otros pocos hombres, demasiados viejos o enfermos para combatir.

—He tenido un sueño: el rey había venido —dijo Owen con alegría—. El maestro Aemon enviaba un cuervo y el rey Robert venía con todos sus ejércitos. He soñado que veía sus estandartes dorados.

—Sería un espectáculo muy bien recibido, Owen —le dijo Jon, obligándose a sonreír.

Haciendo caso omiso del pinchazo de dolor en la pierna se echó una capa negra de piel por encima de los hombros, cogió la muleta y salió al Muro para enfrentarse a un nuevo día.

Una ráfaga de viento le recorrió con tentáculos de hielo el largo cabello castaño. Un kilómetro al norte los campamentos de los salvajes se despertaban, sus hogueras lanzaban dedos humeantes que rascaban el pálido cielo de la aurora. A lo largo del borde del bosque se veían sus tiendas de campaña de cuero y pieles, y hasta una basta edificación de troncos y ramas entretejidas; al este se veían filas de caballos, al oeste mamuts, y por doquier había hombres que afilaban espadas, ponían puntas a lanzas bastas o preparaban armaduras rudimentarias con pieles, huesos y cuernos. Jon sabía que por cada hombre que veía, entre los árboles se escondían muchos más. La espesura les ofrecía cierta protección ante los elementos y los ocultaban de los ojos de los odiados cuervos.

Los arqueros salvajes ya estaban avanzando cubiertos por los manteletes redondos que empujaban.

—Ahí vienen nuestras flechas para el desayuno —anunció Pyp alegremente, tal como hacía cada mañana.

«Qué suerte que se lo puede tomar a broma —pensó Jon—. Al menos queda alguien con humor.» Tres días antes una de aquellas flechas para el desayuno había alcanzado a Alyn el Rojo de Palisandro en una pierna. Todavía se podía ver su cuerpo en la base del Muro si uno se atrevía a asomarse lo suficiente. Jon pensaba que para ellos era mejor sonreír ante la broma de Pyp que meditar sobre el cadáver de Alyn.

Los manteletes eran escudos de madera con amplitud suficiente para que se escondieran detrás cinco arqueros del pueblo libre. Los arqueros los empujaron tanto como se atrevieron y a continuación se agacharon detrás para apuntar con sus flechas a través de ranuras en la madera. La primera vez que los salvajes los sacaron, Jon había pedido flechas encendidas y había logrado incendiar media docena, pero después de aquello Mance comenzó a cubrir los manteletes con pieles sin curtir. Así ni todas las flechas en llamas del mundo los habrían

hecho arder. Incluso los hermanos comenzaron a apostar cuál de los centinelas de paja recibiría más flechazos antes de que acabaran con ellos. Edd el Penas iba a la cabeza con cuatro, pero Othell Yarwick, Tumberjon y Watt de Lago Largo tenían tres por cabeza. Había sido idea de Pyp comenzar a bautizar los señuelos con los nombres de los hermanos perdidos.

—Así parece que somos más —dijo.

—Que somos más con flechas en la panza —se quejó Grenn, pero como aquello parecía elevar la moral de sus hermanos, Jon dejó siguieran con el juego de los nombres y las apuestas.

Al borde del Muro había un ornamentado ojo myriense de bronce que se erguía sobre tres patas largas y finas. El maestre Aemon lo había usado tiempo atrás para mirar a las estrellas antes de que los ojos le fallaran. Jon apuntó el tubo hacia abajo para ver mejor al adversario. Incluso a esa distancia era inconfundible la enorme tienda de campaña blanca de Mance Rayder, confeccionada con pieles de osos de las nieves. Las lentes myrienses acercaban lo suficiente a los salvajes para verles las caras. Esa mañana no vio al propio Mance, pero Dalla, su mujer, estaba fuera atendiendo el fuego mientras que su hermana Val ordeñaba una cabra junto a la tienda. Dalla estaba tan grande que era un milagro que pudiera moverse.

«El niño debe de estar a punto de nacer», pensó Jon. Desplazó el ojo hacia el este y buscó entre las tiendas de campaña y los árboles hasta encontrar a la tortuga. «Eso también llegará pronto.» Los salvajes habían desollado a uno de los mamuts muertos durante la noche y estaban extendiendo la piel sanguinolenta por encima del techo de la tortuga, una capa más encima de los pellejos y las pieles de oveja. La tortuga tenía una cima redonda y ocho ruedas grandes, y bajo las pieles había un robusto armazón de madera. Cuando los salvajes comenzaron a armarla, Seda pensó que estaban construyendo una nave. «No se equivocaba mucho.» La tortuga era como un casco puesto al revés y abierto por proa y popa, una verdadera edificación sobre ruedas.

—¿Ya está a punto? —preguntó Grenn.

—Casi. —Jon apartó el ojo—. Parece que la terminarán hoy. ¿Has llenado los toneles?

—Hasta el último. Se han congelado por la noche. Pyp los acaba de revisar.

Grenn había cambiado mucho, ya no era el chaval grande, torpe y congestionado del que Jon se había hecho amigo. Había crecido medio palmo, se le habían ensanchado el pecho y los hombros, y no se había cortado el cabello ni arreglado la barba desde el Puño de los Primeros Hombres. Eso lo hacía parecer tan corpulento y greñudo como un uro, el apodo que le había colgado Ser Alliser Thorne durante los entrenamientos. Sin embargo, en aquel momento parecía muy cansado. Asintió al oír la respuesta de Jon.

—He estado oyendo sus hachas toda la noche. No han parado de talar, no me han dejado dormir.

—Entonces vete a dormir ahora.

—No me hace falta.

—Sí. Quiero que estés descansado. Vete, diré que te despierten para que no te pierdas la batalla. —Se obligó a sonreír—. Eres el único capaz de mover esos toneles.

Grenn se marchó refunfuñando y Jon volvió a concentrarse en el ojo para examinar el campamento de los salvajes. De vez en cuando una flecha le pasaba por encima de la cabeza, pero había aprendido a no prestarles atención. La distancia era grande y el ángulo no resultaba favorable, por lo que eran pocas las posibilidades de que le acertaran. Seguía sin ver rastro alguno de Mance Rayder en el campamento, pero divisó a Tormund Matagigantes y a dos de sus hijos en torno a la tortuga. Los hijos se afanaban con la piel del mamut mientras Tormund roía la pata asada de una cabra y daba órdenes a gritos. En otra parte encontró a Varamyr Seispielos, el cambiapiel salvaje, que caminaba entre los árboles con su gatosombra pisándole los talones.

Cuando oyó el traqueteo de las cadenas del cabestrante y el gruñido metálico de la puerta de la jaula al abrirse, supo que se trataba de Hobb, que les llevaba el desayuno como lo hacía cada mañana. La

visión de la tortuga de Mance le había quitado el apetito. El aceite se les había terminado y el último barril de brea había salido disparado del Muro dos días atrás. Pronto escasearían también las flechas y no había armeros que fabricaran más. Y dos noches antes, había llegado un cuervo del oeste, de Ser Denys Mallister. Al parecer Bowen Marsh había perseguido a los salvajes hasta la Torre Sombria y más allá, hasta la oscuridad de la Garganta. En el Puente de los Cráneos se había enfrentado al Llorón y trescientos salvajes y había vencido en un combate sangriento. Pero la victoria había sido muy cara. Más de cien hermanos muertos, entre ellos Ser Endrew Tarth y Ser Aladale Wynch. Llevaron al Viejo Granada, gravemente herido, a la Torre Sombria. El maestro Mullin los atendía pero pasaría algún tiempo antes de que estuviera en condiciones de volver a Castillo Negro.

Al leer aquello, Jon había despachado a Zei a Villa Topo en su mejor caballo para pedirles a los lugareños que mandaran gente al Muro. La muchacha no volvió. Cuando envió a Mully tras ella, el hombre regresó diciendo que toda la villa estaba desierta, incluyendo el burdel. Lo más probable era que Zei los hubiera seguido por el camino real.

«Quizá deberíamos hacer lo mismo», fue la sombría reflexión de Jon.

Se obligó a comer aunque no tenía hambre. Ya era bastante con no poder dormir, no podía seguir adelante sin comida. «Además, ésta podría ser mi última comida. Podría ser la última comida para todos nosotros.» Cuando Jon ya tenía el estómago lleno de pan, panceta, cebollas y queso, oyó un grito.

—¡Ahí viene! —exclamó Caballo.

Nadie tuvo que preguntar qué venía. A Jon no le hizo falta el ojo myriense del maestro para ver cómo avanzaba entre las tiendas de campaña y los árboles.

—No se parece mucho a una tortuga —comentó Seda—. Las tortugas no tienen pelo.

—La mayoría tampoco tiene ruedas —dijo Pyp.

—Que suene el cuerno de guerra —ordenó Jon, y Tonelete dio dos toques largos para despertar a Grenn y a otros que estaban dormidos porque habían hecho guardia durante la noche.

Si los salvajes atacaban, el Muro necesitaría de todos los hombres. «Bien saben los dioses que tenemos pocos.» Jon miró a Pyp, a Tonelete y a Seda, a Caballo y a Owen el Bestia, a Tim Lenguatrabada, a Mully, a Bota de Sobra y a los demás, y trató de imaginárselos marchando codo con codo, espada con espada, contra un centenar de salvajes aullantes en la gélida oscuridad de aquel túnel con unas pocas barras de hierro entre ellos. A eso se reduciría todo si no podían detener la tortuga antes de que abrieran una brecha en la puerta.

—Es muy grande —dijo Caballo.

—Piensa en toda la sopa que podremos hacer. —Pyp chasqueó los labios.

La broma murió sin nacer. Hasta Pyp sonaba agotado.

«Parece medio muerto —pensó Jon—, pero me imagino que todos estamos igual.» El Rey-más-allá-del-Muro disponía de tantos hombres que podía lanzar contra ellos fuerzas descansadas a cada momento, mientras que el mismo puñado de hermanos negros tenía que enfrentarse a todos los ataques y eso había minado sus energías.

Jon sabía que los hombres que iban bajo la madera y las pieles empujaban con fuerza, metían los hombros y se tensaban para que las ruedas siguieran girando, pero tan pronto lanzaran la tortuga contra la puerta cambiarían las cuerdas por hachas. Al menos, Mance no enviaba mamuts ese día. Para Jon era un alivio. La fuerza titánica de aquellas bestias no servía de nada contra el Muro, y sus dimensiones los convertían en blancos fáciles. El último había tardado día y medio en morir y sus trompetazos agónicos eran un sonido espantoso.

La tortuga avanzaba lenta por encima de piedras, tocones y arbustos. Los primeros ataques le habían costado al pueblo libre cien hombres o más. La mayoría aún yacía donde había caído. En las treguas los cuervos se posaban sobre ellos y les rendían tributo, pero

en aquellos momentos los pájaros levantaban el vuelo entre graznidos. No les gustaba el aspecto de aquella tortuga, a él tampoco.

Seda, Caballo y los demás lo estaban mirando, Jon lo sabía, esperaban sus órdenes. Estaba tan cansado que apenas se daba cuenta de nada.

«El Muro está en mis manos», se recordó.

—Owen, Caballo, a las catapultas. Tonelete, tú y Bota de Sobra, a los escorpiones. Los demás, tensad los arcos. Disparad las flechas. A ver si la podemos quemar.

Jon sabía que, con toda probabilidad, era un gesto fútil, pero aun así era mejor que quedarse allí de pie impotentes.

La tortuga, lenta y voluminosa, era un blanco fácil y sus arqueros y ballesteros la convirtieron enseguida en un puercoespín de madera... pero los pellejos húmedos la protegían, igual que habían hecho con los manteletes, y las flechas ardientes se apagaban casi al instante de clavarse. Jon soltó un taco para sus adentros.

—Escorpiones —ordenó—. Catapultas.

Los proyectiles de los escorpiones se hundieron profundos en los pellejos, pero no hicieron más daño que las flechas ardientes. Las rocas rebotaron en el techo de la tortuga y dejaron abolladuras en las gruesas capas de pieles. Una roca lanzada por alguno de los grandes trabuquetes la hubiera aplastado, pero una de las máquinas con que contaban todavía estaba rota y los salvajes se habían apartado del sitio donde caían los proyectiles de la otra.

—Jon, sigue avanzando —dijo Owen el Bestia.

Ya se había dado cuenta. Palmo a palmo, la tortuga se aproximaba; reptaba, se abría camino y se balanceaba mientras atravesaba el terreno de la carnicería. Cuando los salvajes lograran alinearla contra el Muro, les proporcionaría toda la protección que necesitaban mientras empleaban las hachas contra la puerta exterior que tan precipitadamente habían reparado. En el interior, bajo el hielo, apenas tardarían unas horas en quitar los escombros dispersos del túnel, y entonces lo único que se interpondría entre ellos y el reino

serían dos verjas de hierro, unos pocos cadáveres medio congelados y todos los hermanos que Jon pudiera poner en su camino para pelear y morir abajo en la oscuridad.

A su izquierda se oyó el sonido de la catapulta y el aire se llenó de piedras voladoras. Cayeron sobre la tortuga como granizo y rebotaron hacia un lado sin causar el menor daño. Los arqueros de los salvajes seguían disparando flechas desde debajo de sus manteletes. Una se clavó en el rostro de un hombre de paja.

—¡Cuatro para Watt de Lago Largo! —gritó Pyp—. ¡Tenemos un empate! —La siguiente silbó junto a su oído—. ¡Eh! —gritó mirando hacia abajo—. ¡Yo no participo en el torneo!

—Las pieles no arden —dijo Jon, tanto para sí como para los otros. Su única esperanza era intentar aplastar la tortuga cuando llegara al pie del Muro. Para eso necesitaban rocas. No importaba cuán robusta fuera la estructura de la tortuga, si desde doscientos metros de altura caía sobre ella una roca grande, algún daño le tendría que causar—. Grenn, Owen, Tonelete, ha llegado el momento.

A lo largo del cobertizo habían alineado una docena de toneles de roble grandes. Estaban llenos de piedra molida, la gravilla que los hermanos negros esparcían habitualmente por los caminos para tener mejor agarre al caminar por la parte superior del Muro. El día anterior, después de ver cómo el pueblo libre cubría la tortuga con pieles de oveja, Jon había ordenado a Grenn que vertiera agua en los toneles, toda la que cupiera. El agua llenaría los intersticios entre la piedra molida y durante la noche todo aquello se congelaría hasta formar una masa sólida. Era lo más parecido a una gran roca que podían conseguir.

—¿Por qué tenemos que congelarlos? —le había preguntado Grenn—. ¿Por qué no hacemos rodar los toneles tal como están?

—Si golpean el Muro en la caída se reventarán y la gravilla suelta caerá como una lluvia. Y no nos va a bastar con una simple lluvia para detener a esos hijoputas —fue la respuesta de Jon.

Arrimó el hombro a un tonel para ayudar a Grenn, mientras Tonelete y Owen se ocupaban de otro. Lograron balancearlo adelante y atrás, para romper las tenazas del hielo que se había formado en torno a la base.

—Esta mierda pesa una tonelada —dijo Grenn.

—Derríbalo y hazlo rodar —dijo Jon—. Con cuidado, si te pasa por encima de un pie terminarás como Bota de Sobra.

Cuando el tonel quedó acostado, Jon agarró una antorcha y la hizo oscilar sobre la superficie del Muro, de un lado a otro, lo suficiente para derretir levemente el hielo. La fina capa de agua ayudó a que el tonel rodara con más facilidad. De hecho con demasiada, estuvieron a punto de perderlo. Pero finalmente, uniendo las fuerzas de los cuatro, rodaron su gran roca hasta el borde y la pusieron de nuevo en vertical.

En el momento en que Pyp los llamó a gritos tenían ya alineados encima de la puerta cuatro de los enormes toneles de roble.

—¡Tenemos una tortuga en la puerta! —avisó.

Jon ancló bien la pierna herida y se inclinó para echar un vistazo.

«Parapetos, Marsh tendría que haber construido parapetos.» Tendrían que haber hecho tantas cosas... Los salvajes arrastraban a los gigantes muertos para apartarlos de la puerta. Caballo y Mully les lanzaban rocas y a Jon le pareció ver que un hombre caía, pero las piedras eran demasiado pequeñas para tener algún efecto sobre la tortuga. Se preguntó qué haría el pueblo libre con el mamut muerto del camino, pero pronto se dio cuenta. La tortuga era casi del ancho de un gran salón, así que se limitaron a pasar por encima del cadáver. La pierna se le movió, pero Caballo le agarró el brazo y tiró de él hasta dejarlo en lugar seguro.

—No deberías asomarte tanto —dijo el muchacho.

—Tendríamos que haber construido parapetos. —A Jon le pareció oír el golpe de hachas contra la madera, pero probablemente no fuera más que el miedo que le zumbaba en las orejas. Miró a Grenn—. Adelante.

Grenn se colocó detrás de un tonel, apoyó el hombro, gruñó y comenzó a empujar. Owen y Mully se movieron para ayudarlo. Desplazaron el tonel un palmo, después otro, después otro, hasta que de pronto desapareció.

Oyeron el impacto cuando golpeó el Muro en su caída y después hubo un estruendo mayor, el sonido de la madera al partirse, seguido por chillidos y alaridos. Seda gritó y Owen el Bestia se puso a bailar en círculos mientras Pyp se asomaba.

—¡La tortuga estaba rellena de conejos! —gritó—. ¡Mirad cómo salen corriendo!

—¡Otra vez! —ladró Jon.

Grenn y Tonelete apoyaron los hombros contra el tonel siguiente y lo lanzaron al vacío.

Cuando terminaron, la parte delantera de la tortuga de Mance era una ruina aplastada y hecha astillas, y los salvajes salían a toda prisa por el otro extremo en busca de su campamento. Seda apuntó su ballesta y les envió cuatro dardos para que corrieran más deprisa. Grenn sonreía debajo de la barba, Pyp gastaba bromas y ninguno de ellos moriría ese día.

«Pero mañana...» Jon echó una mirada al cobertizo. Donde poco antes había doce toneles llenos de gravilla ya sólo quedaban ocho. Sólo entonces se dio cuenta de lo cansado que estaba y cuánto le dolía la herida. «Necesito dormir. Aunque sea unas horas.» Podía ir a ver al maestro Aemon para que le diera vino del sueño.

—Voy a bajar a la Torre del Rey —les dijo—. Llamadme si a Mance se le ocurre cualquier cosa. Pyp, estás al mando del Muro.

—¿Yo? —dijo Pyp.

—¿Él? —dijo Grenn.

Sonrió y los dejó allí perplejos mientras se dirigía hacia la jaula.

Desde luego, la copa de vino le fue de gran ayuda. Tan pronto se tendió en el estrecho camastro, el sueño se apoderó de él. Sus sueños fueron extraños e informes, llenos de voces desconocidas, de llantos y

gritos, con el sonido de un cuerno de guerra que sonaba grave y alto, una nota retumbante que flotaba en el aire.

Cuando despertó el cielo estaba negro al otro lado de la aspillera que le servía de ventana y cuatro hombres que no conocía estaban de pie junto a él. Uno de ellos llevaba una lámpara.

—Jon Nieve —dijo bruscamente el de mayor estatura—, ponte las botas y ven con nosotros.

Su primer pensamiento aturdido fue que, de alguna manera, el Muro había caído mientras él dormía, que Mance Rayder había mandado más gigantes u otra tortuga y habían irrumpido por la puerta. Pero cuando se frotó los ojos vio que los extraños vestían todos de negro.

«Son hombres de la Guardia de la Noche», comprendió.

—¿Adónde? ¿Quiénes sois?

El hombre alto hizo un gesto y dos de los otros levantaron a Jon del lecho. Con la lámpara abriendo camino lo sacaron de su celda y le hicieron subir medio tramo de escaleras, hasta llegar a las habitaciones privadas del Viejo Oso. Vio al maestro Aemon de pie junto al fuego, con las manos cruzadas sobre el puño de un bastón de endrino. El septon Cellador estaba medio borracho como siempre, y Ser Wynton Stout dormía en un asiento junto a la ventana. Los demás hermanos le resultaban desconocidos. Todos menos uno.

Ser Alliser Thorne, inmaculado en su capa con ribetes de piel, se volvió hacia él.

—Aquí tienes al cambiacapas, mi señor. El bastardo de Ned Stark, de Invernalía.

—No soy ningún cambiacapas, Thorne —dijo Jon con frialdad.

—Eso ya lo veremos. —En el sillón de cuero tras el escritorio sobre el que el Viejo Oso escribía sus cartas se sentaba un hombre corpulento, ancho y de papada colgante, a quien Jon no conocía—. Sí, ya lo veremos —repitió—. Supongo que no negarás que eres Jon Nieve, el bastardo de Stark, ¿no?

—Prefiere que lo llamen Lord Nieve. —Ser Alliser era un hombre enjuto y esbelto, compacto y nervudo, y en ese momento sus ojos de pedernal parecían burlarse de él.

—Fuiste tú quien me apodó Lord Nieve —dijo Jon. A Ser Alliser le encantaba ponerles moteles a los chicos que entrenaba cuando había sido maestro de armas en el Castillo Negro. El Viejo Oso había enviado a Thorne a Guardiaoriental del Mar. «Esos hombres deben de ser de Guardiaoriental. El pájaro ha llegado hasta Cotter Pyke y nos ha mandado ayuda»—. ¿Cuántos hombres habéis traído? —le preguntó al hombre sentado al otro lado del escritorio.

—Aquí las preguntas las hago yo —respondió el hombre de la papada—. Se te acusa de violar los votos, de cobardía y deserción, Jon Nieve. ¿Niegas haber abandonado a la muerte a tus hermanos en el Puño de los Primeros Hombres y haberte unido al salvaje Mance Rayder, que se hace llamar Rey-más-allá-del-Muro?

—¿Abandonado? —Jon estuvo a punto de atragantarse con la palabra.

—Mi señor —intervino el maestre Aemon—, Donal Noye y yo discutimos este asunto cuando Jon Nieve volvió con nosotros y consideramos satisfactorias las explicaciones que nos dio.

—Pues yo aún no estoy satisfecho, maestre —dijo el hombre de la papada—. Quiero oír personalmente esas explicaciones. Y las oiré.

—Yo no abandoné a nadie —dijo Jon tragándose la rabia—. Dejé el Puño con Qhorin Mediamano para explorar el Paso Aullante. Me uní a los salvajes siguiendo órdenes. El Mediamano temía que Mance hubiera encontrado el Cuerno del Invierno...

—¿El Cuerno del Invierno? —Ser Alliser rió entre dientes—. ¿También te ordenaron contar sus snarks, Lord Nieve?

—No, pero conté sus gigantes lo mejor que pude.

—Ser —espetó el hombre de la papada—. Te dirigirás a Ser Alliser como «ser», y a mí como «mi señor». Soy Janos Slynt, señor de Harrenhal y comandante aquí, en el Castillo Negro, hasta el momento en que Bowen Marsh regrese con su guarnición. Nos

tratarás con la debida cortesía, sí. No voy a permitir que un caballero ungido, como el noble Ser Alliser, sea insultado por el bastardo de un traidor. —Levantó una mano y apuntó un dedo grueso al rostro de Jon—. ¿Niegas haber llevado a tu lecho a una mujer salvaje?

—No. —El dolor de Jon por la muerte de Ygritte era demasiado reciente como para negarla—. No, mi señor.

—Supongo que también fue el Mediamano quien te ordenó follar con esa puta asquerosa, ¿no? —preguntó Ser Alliser con una mueca.

—Ser. No era una puta, ser. El Mediamano me dijo que no importaba qué me exigieran los salvajes, que lo hiciera, pero... no negaré que fui más allá de lo que debía hacer, que... me encariñé con ella.

—Entonces admites haber roto tus votos —dijo Janos Slynt.

La mitad de los hombres del Castillo Negro visitaban Villa Topo de tiempo en tiempo para buscar tesoros escondidos en el burdel, Jon lo sabía, pero no deshonraría a Ygritte equiparándola a las ramera de Villa Topo.

—Rompí mis votos con una mujer. Lo admito. Sí.

—¡Sí, mi señor!

Cuando Slynt fruncía el ceño la papada se le estremecía. Era tan ancho como el Viejo Oso, y sin duda sería igual de calvo si llegaba a la edad de Mormont. Ya había perdido la mitad del pelo aunque no podía tener más de cuarenta años.

—Sí, mi señor —se corrigió Jon—. Cabalgué con los salvajes y comí con ellos, como me ordenó el Mediamano, y compartí mis pieles con Ygritte. Pero os juro que nunca cambié de capa. Huí del Magnar tan pronto pude y nunca tomé las armas contra mis hermanos ni contra el reino.

Los ojillos de Lord Slynt lo estudiaron.

—Ser Glendon —ordenó—, traed al otro prisionero.

Ser Glendon era el hombre alto que lo había sacado de la cama. Cuando dejó el recinto, lo hizo acompañado por otros cuatro hombres, pero regresaron enseguida con un cautivo, un hombrecillo cetrino y

enjuto, atado de pies y manos. Tenía una sola ceja, un pico de pelo sobre la frente entre las entradas del cabello y un bigote que más bien parecía una salpicadura de lodo sobre el labio superior. Tenía el rostro hinchado y lleno de hematomas, y había perdido la mayoría de los dientes.

Los hombres de Guardiaoriental tiraron con rudeza al cautivo al suelo. Lord Slynt lo miró con el ceño fruncido.

—¿Es éste el hombre de quien hablaste?

—Sí. —Los ojos amarillos del cautivo parpadearon.

Sólo en ese instante Jon reconoció a Casaca de Matraca.

«Sin la armadura parece otro hombre», pensó.

—Sí —repitió el salvaje—, éste es el cobarde que mató al Mediamano. Fue allá arriba, en los Colmillos Helados, después de que hubiéramos cazado a otros cuervos y los hubiéramos matado a todos. También habríamos matado a éste, pero imploró por su despreciable vida y se ofreció a unirse a nosotros si lo aceptábamos. El Mediamano juró que antes mataría a este cuervo, pero el lobo destrozó a Qhorin y éste le cortó la garganta.

Le dedicó a Jon una sonrisa torcida y a continuación escupió sangre a sus pies.

—¿Bien? —le preguntó bruscamente Janos Slynt a Jon—. ¿Lo niegas? ¿O alegarás que Qhorin te ordenó que lo mataras?

—Me lo dijo... —Las palabras salieron con dureza—. Me dijo que hiciera cualquier cosa que me pidieran. Cualquier cosa.

La vista de Slynt paseó por los aposentos y se posó en los demás hombres de Guardiaoriental.

—¿Acaso este chico cree que me ha caído en la cabeza un carro lleno de nabos?

—Tus mentiras no te salvarán ahora, Lord Nieve —le avisó Ser Alliser Thorne—. Te vamos a sacar la verdad, bastardo.

—Os he dicho la verdad. Nuestros caballos estaban agotados y Casaca de Matraca nos alcanzaba. Qhorin me dijo que aparentara

unirme a los salvajes. «No importa qué te exijan, hazlo», me dijo. Sabía que me obligarían a matarlo. Casaca de Matraca lo iba a matar de todos modos, eso también lo sabía.

—¿Así que ahora dices que el gran Qhorin Mediamano tenía miedo de este bicho? —Slynt miró a Casaca de Matraca y resopló.

—Todos los hombres temen al Señor de los Huesos —gruñó el salvaje.

Ser Glendon le pegó una patada y el prisionero volvió a sumirse en el silencio.

—No he dicho eso —insistió Jon.

—¡Ya te he oído! —exclamó Slynt dando un puñetazo sobre el escritorio—. Parece que Ser Alliser te ha tomado bien la medida. Mientes con esa boca de bastardo. No pienso tolerarlo. ¡Y no lo voy a tolerar! ¡Puede que engañaras a ese herrero tullido, pero no a Janos Slynt! Ah, no, ni hablar. Janos Slynt no se traga tus mentiras con tanta facilidad. ¿Crees que tengo la cabeza llena de coles?

—No sé de qué tenéis llena la cabeza, mi señor.

—Lord Nieve no es otra cosa que arrogante —dijo Ser Alliser—. Asesinó a Qhorin de la misma manera que sus compinches cambiacapas mataron a Lord Mormont. No me sorprendería saber que todo era parte del mismo complot. Es posible que Benjen Stark haya tenido algo que ver en esto. Por lo que sabemos, ahora mismo puede estar sentado en la tienda de Mance Rayder. Ya sabéis cómo son estos Stark, mi señor.

—Sí, lo sé demasiado bien —repuso Janos Slynt.

Jon se quitó el guante y les mostró su mano quemada.

—Me quemé la mano defendiendo a Lord Mormont de un espectro. Y mi tío era un hombre de honor. No hubiera violado sus votos jamás.

—¿Como tú? —se burló Ser Alliser.

—Lord Slynt —dijo el septon Cellador aclarándose la garganta—. Este muchacho se negó a hacer sus votos en el sept, como debe ser, y cruzó el Muro para pronunciar sus palabras ante un árbol corazón.

Dijo que eran los dioses de su padre, pero también son los dioses de los salvajes.

—Son los dioses del norte, septon. —El maestre Aemon se mostró cortés, pero firme—. Mis señores, cuando Donal Noye fue asesinado quien se hizo cargo del Muro y lo defendió contra toda la furia del norte fue este joven, Jon Nieve. Ha mostrado ser un hombre valiente, leal y lleno de recursos. De no ser por él, vos, Lord Slynt, hubierais encontrado a Mance Rayder sentado en esa butaca. Estáis cometiendo un tremendo error. Jon Nieve era el mayordomo de Lord Mormont y su escudero. Fue elegido para esa misión porque el Lord Comandante lo consideraba muy prometedor. Y yo también.

—¿Prometedor? —dijo Slynt—. Bueno, la promesa puede resultar falsa. La sangre de Qhorin Mediamano lo salpica. Dices que Mormont confiaba en él, pero ¿de qué vale eso? Sé lo que es que a uno lo traicionen hombres en los que confiaba. Oh, sí. Y también sé cómo se comportan los lobos. —Señaló al rostro de Jon—. Tu padre murió como un traidor.

—Mi padre fue asesinado. —A Jon no le importaba ya qué le hicieran, pero no soportaría más mentiras sobre su padre.

—¿Asesinado? —Slynt enrojeció—. Cachorro insolente... El cadáver del rey Robert no se había enfriado cuando Lord Eddard se alzó contra su hijo. —Se levantó, era un hombre de menor estatura que Mormont, pero de pecho y brazos muy gruesos, con la barriga a juego. El broche de su capa sobre el hombro era una pequeña lanza dorada con la punta de esmalte rojo—. Tu padre murió por la espada, pero era de noble cuna, había sido Mano del Rey. Para ti bastará con una cuerda. Ser Alliser, llevaos a este cambiacapas a una celda de hielo.

—Mi señor es sabio —dijo Ser Alliser cogiendo a Jon del brazo.

Jon dio un paso atrás y agarró al caballero por la garganta con tal ferocidad que lo levantó del suelo. Lo habría estrangulado si los hombres de Guardiaoriental no lo llegan a detener. Thorne retrocedió

tambaleándose y frotándose las marcas que los dedos de Jon habían dejado en su cuello.

—Ya lo habéis visto, hermanos. Este chico es un salvaje.

TYRION

Cuando llegó el amanecer se dio cuenta de que no soportaba pensar en la comida. «Puede que me hayan condenado antes de la puesta del sol.» Tenía el estómago lleno de bilis y le picaba la nariz. Tyrion se la rascó con la punta de la daga. «Sólo tengo que soportar a un testigo más y luego me tocará el turno.» Pero ¿qué podía hacer? ¿Negarlo todo? ¿Acusar a Sansa y a Ser Dontos? ¿Confesar, con la esperanza de pasar el resto de sus días en el Muro? ¿Tirar los dados y rezar por que la Víbora roja pudiera derrotar a Ser Gregor Clegane?

Tyrion pinchó la grasienta salchicha con indiferencia. Habría preferido que fuera su hermana.

«En el Muro hace un frío de cojones, pero al menos estaría lejos de Cersei.» Como explorador no sería gran cosa, pero en la Guardia de la Noche no sólo hacían falta hombres fuertes, también eran necesarios los inteligentes. Eso le había dicho el Lord Comandante Mormont cuando Tyrion visitó el Castillo Negro. «Está el problema de esos votos tan inconvenientes, claro.» Aquello implicaba el fin de su matrimonio y de cualquier derecho que pudiera tener sobre Roca Casterly, pero no parecía que su destino fuera disfrutar de ninguna de las dos cosas. Y si mal no recordaba, en una aldea cercana había un prostíbulo.

No era la vida que había soñado, pero era una vida. Para ganársela lo único que tenía que hacer era confiar en su padre, levantarse sobre aquellas piernas atrofiadas y decir: «Sí, lo confieso, fui yo». Eso era lo que le provocaba un nudo en las tripas. Casi deseaba haberlo hecho, ya que de todas maneras iba a pagar por ello.

—¿Mi señor? —dijo Podrick Payne—. Están aquí, mi señor. Ser Addam. Y los capas doradas. Esperan afuera.

—Dime la verdad, Pod, ¿crees que fui yo?

El chico titubeó. Cuando intentó hablar lo único que le salió fue una especie de gemido.

«Estoy perdido.» Tyrion suspiró.

—No hace falta que respondas. Has sido un buen escudero para mí. Mejor de lo que merecía. Pase lo que pase hoy, te doy las gracias por tus leales servicios.

Ser Addam y seis capas doradas aguardaban al otro lado de la puerta. Por lo visto aquella mañana no tenía nada que decirle. «Otro hombre honrado que cree que he asesinado a uno de mi sangre.» Tyrion reunió toda la dignidad que pudo y anadeó escaleras abajo. Sintió las miradas de todos clavadas en él mientras cruzaba el patio: los guardias de la muralla, los mozos de cuadras de los establos, los pinches de cocina, las lavanderas, las criadas... Dentro del salón del trono los caballeros y los señores menores les abrieron paso y susurraron comentarios a los oídos de sus damas.

En cuanto Tyrion ocupó su lugar ante los jueces otro grupo de capas doradas entró en el salón escoltando a Shae.

«Varys la ha traicionado —pensó. Sintió una mano helada que le oprimía el corazón. Luego lo recordó—. No. Yo fui quien la traicionó. Tendría que haberla dejado con Lollys. Interrogaron a las doncellas de Sansa, claro, yo habría hecho lo mismo.» Tyrion se frotó el muñón de la nariz y se preguntó por qué Cersei querría interrogarla. «Shae no sabe nada que pueda hacerme daño.»

—Lo planearon entre los dos —dijo ella, la muchacha a la que amaba—. El Gnomo y Lady Sansa lo planearon tras la muerte del Joven Lobo. Sansa quería vengar a su hermano y Tyrion pretendía ocupar el trono. A continuación iba a matar a su hermana y después a su señor padre para convertirse en la Mano del príncipe Tommen. Pero cuando pasara un año o así, antes de que Tommen se hiciera demasiado mayor, también lo haría matar y se coronaría él mismo.

—¿Cómo sabes todo esto? —exigió saber el príncipe Oberyn—. ¿Por qué haría partícipe el Gnomo de sus planes a la doncella de su esposa?

—Algunas cosas las oí de pasada, mi señor —dijo Shae—, y otras se le escapaban a mi señora. Pero la mayor parte las supe de sus labios. No era sólo la doncella de Sansa, también he sido la puta del enano todo el tiempo que lleva en Desembarco del Rey. La mañana de la boda me llevó a rastras abajo, adonde guardan los cráneos de los dragones, y me folló allí mismo, en medio de los monstruos. Cuando me vio llorar me dijo que era una ingrata, que no cualquier chica tenía el honor de ser la puta de un rey. Fue entonces cuando me contó cómo pensaba llegar a rey. Me dijo que ese pobre chico, Joffrey, nunca conocería a su esposa tal como él me estaba conociendo a mí. —Entonces empezó a sollozar—. No quería ser una puta, mis señores. Me iba a casar. Mi prometido era un escudero, un muchacho bueno, valiente y gentil. Pero el Gnomo me vio en el Forca Verde y puso al chico con el que me iba a casar en la primera fila de la vanguardia, y cuando murió mandó a sus salvajes a que me llevaran a su tienda. A Shagga, el grandullón, y a Timett, el del ojo quemado. Me dijo que si no lo complacía me entregaría a ellos, así que obedecí. Luego me trajo a la ciudad para tenerme cerca siempre que me quisiera. Me obligaba a hacer unas cosas horribles...

—¿Qué clase de cosas? —El príncipe Oberyn la miró con curiosidad.

—Cosas que no se pueden contar. —Cuando las lágrimas empezaron a correr por aquel bello rostro no hubo hombre en la sala que no deseara tomar a Shae en sus brazos para consolarla—. Con la boca y... con otras partes, mi señor. Todas mis partes. Me utilizó de todos los modos posibles y... Y me obligaba a decirle lo grande que era. Me obligaba a llamarlo «mi gigante». «Mi gigante de Lannister».

Osmund Kettleblack fue el primero en echarse a reír. Luego se le unieron Boros y Meryn, Cersei, Ser Loras, y más damas y señores de los que habría podido contar. La repentina oleada de risas retumbó en el Trono de Hierro y sacudió las vigas del techo.

—Es verdad —protestó Shae—. Mi gigante de Lannister.

Las carcajadas se redoblaron. Las bocas se abrieron en muecas de diversión infinita, las barrigas temblaron. Algunos se rieron tanto que se les salieron los mocos.

«Yo os salvé a todos —pensó Tyrion—. Salvé esta ciudad de mierda y vuestras vidas insignificantes.» Había cientos de personas en el salón del trono y todos se reían a excepción de su padre. O eso le parecía. Hasta la Víbora Roja reía a carcajadas, y Mace Tyrell parecía al borde de un ataque, pero Lord Tywin Lannister, sentado entre ellos, parecía una estatua de piedra con los dedos entrecruzados bajo la barbilla.

—¡Mis señores! —rugió Tyrion dando un paso adelante.

Tuvo que gritar mucho para hacerse oír. Su padre alzó una mano. Poco a poco se fue haciendo el silencio en el salón.

—Quitad a esa puta mentirosa de mi vista y confesaré —dijo Tyrion.

Lord Tywin asintió e hizo una señal. Shae puso cara de terror cuando los capas doradas formaron en torno a ella. Su mirada se llegó a cruzar con la de Tyrion mientras la escoltaban fuera de la estancia. ¿Fue vergüenza lo que vio en sus ojos o tal vez miedo? Se preguntó qué le habría prometido Cersei.

«Te dará el oro, las joyas, lo que sea que le pidieras —pensó mientras veía alejarse su espalda—, pero antes de que cambie la luna te tendrá divirtiendo a los capas doradas en sus barracones.»

Tyrion alzó la vista hacia los duros ojos verdes de su padre, con sus motas de frío oro.

—Culpable —dijo—, muy culpable. ¿Es eso lo que queríais que dijera?

Lord Tywin no respondió. Mace Tyrell asintió. El príncipe Oberyn parecía algo decepcionado.

—¿Admitís que envenenasteis al rey?

—Ni por asomo —respondió Tyrion—. De la muerte de Joffrey soy inocente. Soy culpable de un crimen mucho más horrendo. —Dio un paso hacia su padre—. Nací. Sobreviví. Soy culpable de ser un

enano, lo confieso. Y por muchas veces que me haya perdonado mi bondadoso padre, siempre persistí en mi infamia.

—Esto es absurdo, Tyrion —declaró Lord Tywin—. Habla del tema que nos ocupa. No se te está juzgando por ser enano.

—Ahí es donde te equivocas, mi señor. Se me ha estado juzgando por ser enano toda mi vida.

—¿No tienes nada que decir en tu defensa?

—Sólo una cosa: Yo no lo hice. Pero ahora me gustaría haberlo hecho. —Se volvió para enfrentarse a la sala, a aquel mar de caras pálidas—. Me gustaría tener veneno suficiente para todos vosotros. Hacéis que lamente no ser el monstruo que creéis que soy, pero así es. Soy inocente, y sé que aquí no voy a conseguir justicia. No me dejáis más salida que recurrir a los dioses. Exijo un juicio por combate.

—¿Es que has perdido los sesos? —dijo su padre.

—No, los he encontrado. ¡Exijo un juicio por combate!

Su querida hermana estaba de lo más satisfecha.

—Lo asiste ese derecho, mis señores —recordó a los jueces—. Que lo juzguen los dioses. Ser Gregor Clegane luchará por Joffrey. Regresó a la ciudad hace dos noches para poner su espada a mi servicio.

El rostro de Lord Tywin estaba tan granate que por un instante Tyrion pensó que también él había bebido vino envenenado. Dio un puñetazo en la mesa, tan furioso que no podía hablar. Fue Mace Tyrell quien se volvió hacia Tyrion.

—¿Tenéis un campeón que defienda vuestra inocencia? —le preguntó.

—Lo tiene, mi señor. —El príncipe Oberyn de Dorne se puso en pie—. El enano me ha convencido.

El rugido fue ensordecedor. Una de las cosas que más satisfacción provocaron a Tyrion fue la sombra de duda que asomó a los ojos de Cersei. Hicieron falta un centenar de capas doradas dando golpes contra el suelo con el asta de la lanza para que se volviera a hacer el

silencio en el salón del trono. Para entonces Lord Tywin Lannister ya había recuperado la compostura.

—Este asunto quedará zanjado mañana —declaró con voz retumbante—. Yo me lavo las manos.

Lanzó una mirada fría y airada a su hijo enano y salió de la estancia por la puerta del rey, detrás del Trono de Hierro, acompañado por su hermano Kevan.

Más tarde, de vuelta en su celda de la torre, Tyrion se sirvió una copa de vino y envió a Podrick Payne a buscar queso, pan y aceitunas. Dudaba mucho de que pudiera retener en el estómago nada más contundente.

«¿Creías que me dejaría matar como un borrego, padre? —preguntó a la sombra que las velas proyectaban contra la pared—. Me parezco demasiado a ti para eso.» Sentía una extraña tranquilidad al haber arrancado de las manos de su padre el poder sobre la vida y la muerte para ponerlo en manos de los dioses. «Suponiendo que existan los dioses y que yo les importe una mierda. Si no, estoy en manos del dorniense.» Pasara lo que pasara Tyrion tenía la satisfacción de saber que había hecho añicos los planes de Lord Tywin. Si el príncipe Oberyn ganaba, se acrecentaría el odio de Altojardín contra el dorniense; Mace Tyrell vería al hombre que había dejado tullido a su hijo hacer que el enano que estuvo a punto de envenenar a su hija escapara de su justo castigo. Y si la Montaña triunfaba, era más que probable que Doran Martell exigiera saber por qué a su hermano se le había dado la muerte en vez de la justicia prometida por Tyrion. Tal vez Dorne coronara a Myrcella al fin y al cabo.

Casi valía la pena morir con tal de causar tantos problemas. «¿Irás a ver cómo acaba todo, Shae? ¿Estarás con los demás para presenciar cómo Ser Ilyn me corta esta cabeza tan fea? ¿Echarás de menos a tu gigante de Lannister cuando esté muerto?» Apuró el vino, tiró la copa a un lado y empezó a cantar a voz en grito.

*Recorrió las calles de la urbe
desde lo alto de su colina.*

*Por callejones y escalones,
a la llamada de una mujer acude.
Porque ella era su secreto tesoro,
era su alegría y su deshonra.
Nada son una torre ni una cadena
si a un beso de mujer se las compara.*

Ser Kevan no fue a visitarlo aquella noche. Seguramente estaba con Lord Tywin, tratando de aplacar a los Tyrell. «Me temo que no volveré a ver a mi tío.» Se sirvió otra copa de vino. Una lástima que hubiera hecho matar a Symon Pico de Oro antes de saberse toda la letra de la canción. Lo cierto es que no era tan mala, sobre todo comparada con las que se escribirían acerca de él en adelante.

—«Las manos de oro siempre están frías, pero las de mujer siempre están tibias» —cantó.

Podría intentar escribir el resto por su cuenta. Si es que vivía lo suficiente.

Aquella noche, de manera sorprendente, Tyrion disfrutó de un sueño largo y reparador. Se levantó con las primeras luces del alba, bien descansado y con un saludable apetito, y desayunó pan frito, morcilla, pasteles de manzana y una ración doble de huevos fritos con cebollas y chiles picantes dornienses. Luego pidió permiso a los guardias para ir a ver a su campeón. Ser Addam se lo concedió.

Tyrion se encontró al príncipe Oberyn bebiendo una copa de vino tinto mientras le ponían la armadura. Sus ayudantes eran cuatro jóvenes señores dornienses.

—Buenos días, mi señor —dijo el príncipe—. ¿Queréis un poco de vino?

—¿Os parece que debéis beber antes del combate?

—Siempre bebo antes de un combate.

—Eso puede hacer que os maten. Peor aún, puede hacer que me maten a mí.

El príncipe Oberyn se echó a reír.

—Los dioses defienden a los inocentes. Y vos sois inocente, o eso espero.

—Sólo de matar a Joffrey —reconoció Tyrion—. Espero que sepáis a qué estáis a punto de enfrentaros. Gregor Clegane es...

—¿Grande? Eso tengo entendido.

—Mide casi dos metros y medio y debe de pesar como doscientos kilos de puro músculo. Lucha con un espadón de dos manos, pero lo esgrime sólo con una. En cierta ocasión cortó a un hombre en dos de un golpe. Su armadura es tan pesada que un hombre de menor envergadura no soportaría su peso, no hablemos ya de moverse con ella.

—No es la primera vez que mato a un hombre corpulento. —El príncipe Oberyn no parecía nada impresionado—. El truco está en que pierdan el equilibrio. Una vez caen se pueden dar por muertos. —El dorniense parecía tan despreocupado y tranquilo que Tyrion casi sintió seguridad hasta que se volvió hacia uno de sus ayudantes—. ¡Daemon, mi lanza! —pidió. Ser Daemon se la arrojó y la Víbora Roja la atrapó en el aire.

—¿Vais a enfrentaros a la Montaña con una lanza?

Tyrion volvía a estar nervioso. En una batalla las filas de lanceros eran una fuerza formidable, pero un combate singular contra un hábil espadachín era otra cosa muy diferente.

—En Dorne nos gustan las lanzas. Además, es la única manera de contrarrestar su alcance. Examinadla, Lord Gnomo, pero no la toquéis.

La lanza era de fresno torneado, medía casi dos metros, el asta era lisa, gruesa y pesada. El último medio metro era todo acero con una punta fina en forma de hoja que se estrechaba para formar un agudísimo aguijón. Los bordes parecían tan afilados como para afeitarse con ellos. Cuando Oberyn hizo girar el asta entre las palmas de las manos emitieron un brillo negro.

«¿Aceite? ¿O tal vez veneno?» Tyrion prefería no saberlo.

—Espero que la sepáis manejar —dijo con tono dubitativo.

—No tendréis motivos de queja. Aunque puede que Ser Gregor sí. Por gruesa que sea su armadura habrá aberturas en las articulaciones. En la cara interior del codo y la rodilla, bajo los brazos... Os aseguro que ya encontraré dónde hacerle cosquillas. —Dejó la lanza a un lado—. Se dice que un Lannister siempre paga sus deudas. Tal vez os gustaría volver conmigo a Lanza del Sol cuando termine de correr la sangre. A mi hermano Doran le encantará conocer al legítimo heredero de Roca Casterly... Sobre todo si lo acompaña su encantadora esposa, la señora de Invernalía.

«¿Acaso la serpiente cree que tengo a Sansa escondida quién sabe dónde, como si fuera una nuez que guardara para el invierno?» Si era así, Tyrion no tenía la menor intención de sacarlo de su error.

—Ahora que lo decís, un viaje a Dorne sería de lo más agradable.

—Id con tiempo, será una visita larga. —El príncipe Oberyn bebió un sorbo de vino—. Doran y vos tenéis muchos intereses en común, muchas cosas de las que os gustará hablar. Música, comercio, historia, vino, el penique del enano... Las leyes de la herencia y la sucesión... Sin duda la reina Myrcella agradecerá el consejo de su tío en los duros tiempos que nos aguardan.

Si los pajaritos de Varys estaban escuchando, Oberyn les acababa de dar mucho que oír.

—Os voy a aceptar esa copa de vino —dijo Tyrion.

«¿La reina Myrcella?» Todo habría sido mucho más tentador si hubiera tenido a Sansa escondida en una manga. «Si ella apoyara a Myrcella contra Tommen, ¿la seguiría el norte?» Lo que la Víbora Roja insinuaba era traición. ¿Sería capaz Tyrion de empuñar las armas contra Tommen y contra su padre? «Cersei escupiría sangre.» Tal vez valdría la pena sólo por eso.

—¿Recordáis aquello que os conté cuando nos conocimos, Gnomo? —preguntó el príncipe Oberyn mientras el Bastardo de Bondadivina se arrodillaba ante él para ajustarle las grebas—. El motivo de que mi hermana y yo fuéramos a Roca Casterly no fue sólo ver si teníais cola. Habíamos emprendido una especie de búsqueda.

Una búsqueda que nos llevó a Campoestrella, al Rejo, a Antigua, a las islas Escudo, a Crakehall y por último a Roca Casterly... pero nuestro auténtico destino era el matrimonio. Doran estaba prometido a Lady Mellario de Norvos, de modo que se había quedado como castellano de Lanza del Sol, pero aún no había matrimonios concertados para mi hermana ni para mí.

»A Elia todo le parecía de lo más emocionante. Estaba en esa edad, ya sabéis, y su salud delicada le había impedido viajar mucho hasta entonces. Yo en cambio me entretenía burlándome de todos los pretendientes de mi hermana. Estaba el Señorito Ojobizco, el Escudero Labiosdebabosa, uno al que llamé la Ballena Andante... cosas así. El único medio pasable fue el joven Baelor Hightower. Un muchacho atractivo, sí; mi hermana se había enamorado de él hasta el día en que tuvo la desgracia de tirarse un pedo delante de nosotros. Enseguida pasé a llamarlo Baelor de los Vientos y después de aquello Elia no podía ni mirarlo sin echarse a reír. He de reconocer que era yo un jovencito monstruoso, me tendrían que haber cortado aquella lengua cruel.

«Sí», asintió Tyrion para sus adentros. Baelor Hightower ya no era joven, pero seguía siendo el heredero de Lord Leyton, rico y atractivo, un caballero de impecable reputación. Ahora lo llamaban Baelor el Sonriente. Si Elia se hubiera casado con él, en vez de con Rhaegar Targaryen, estaría viviendo en Antigua mientras sus hijos crecían junto a ella. Se preguntó cuántas vidas habría apagado aquel pedo.

—Lannisport era la última parada en nuestro viaje —prosiguió el príncipe Oberynd mientras Ser Arron Qorgyle lo ayudaba a ponerse la túnica de cuero acolchada y empezaba a atársela a la espalda—. ¿Sabíais que nuestras madres se conocían desde hacía mucho?

—Creo recordar que habían estado juntas en la corte. Como compañeras de la princesa Rhaella, ¿no?

—Exacto. Me parece que las madres lo tenían todo planeado. El Escudero Labiosdebabosa y los demás, y las diferentes doncellas granujentas que habían desfilado ante mí, no eran más que las

almendras antes del banquete, su único objetivo era abrirnos el apetito. El plato fuerte se iba a servir en Roca Casterly.

—Cersei y Jaime.

—Qué enano tan listo. Elia y yo éramos mayores, claro. Vuestros hermanos no tendrían más allá de ocho o nueve años. Pero una diferencia de cinco o seis años no es gran cosa. Y en nuestro barco había un camarote vacío, un camarote muy bonito, como el que se reservaría para una persona de noble cuna. Como si nuestra intención fuera volver con alguien a Lanza del Sol. Tal vez con un joven paje, o con una compañera para Elia. Vuestra señora madre pretendía comprometer a Jaime con mi hermana, o a Cersei conmigo. Puede que ambas cosas.

—Es posible —dijo Tyrion—, pero mi padre...

—Gobernaba los Siete Reinos, pero en casa lo gobernaba su señora esposa. Eso decía siempre mi madre. —El príncipe Oberyk levantó los brazos para que Lord Dagos Manwoody y el Bastardo de Bondadivina pudieran meterle por la cabeza la cota de mallas—. En Antigua nos enteramos de la muerte de vuestra madre y del niño monstruoso que había dado a luz. Podríamos haber dado media vuelta, pero mi madre decidió seguir adelante con el viaje. Ya os conté el recibimiento que nos esperaba en Roca Casterly.

»Lo que no os dije es que mi madre esperó el tiempo que consideró oportuno y habló con vuestro padre sobre nuestras intenciones. Años más tarde, en su lecho de muerte, me contó que Lord Tywin nos había rechazado de malos modos. Le dijo que su hija se casaría con el príncipe Rhaegar, y cuando le pidió que comprometiera a Jaime con Elia os ofreció a vos en su lugar.

—Oferta que ella consideró un insulto, claro.

—Es que lo era. Hasta vos tendréis que reconocerlo.

—Claro, claro. —«Todo tiene raíces en el pasado, en nuestras madres, en nuestros padres y en los padres de nuestros padres. No somos más que marionetas, nos mueven los hilos de los que nos precedieron, y algún día nuestros hijos tendrán que bailar como les

dicten nuestros hilos»—. Bueno, el príncipe Rhaegar se casó con Elia de Dorne, no con Cersei Lannister de Roca Casterly. Así que al final ese combate lo ganó vuestra madre.

—Eso creía ella —asintió el príncipe Oberyn—, pero vuestro padre no es hombre que perdone ese tipo de menosprecios. Les enseñó esa lección a Lord y Lady Tarbeck, y también a los Reyne de Castamere. En Desembarco del Rey se la enseñó a mi hermana. Mi yelmo, Dagos. —Manwoody se lo entregó; era un yelmo alto, dorado, con un disco de cobre sobre la frente, el sol de Dorne. Tyrion vio que le habían quitado el visor—. Elia y sus hijos llevan demasiado tiempo esperando justicia. —El príncipe Oberyn se puso unos guantes de cuero rojo y suave, y volvió a coger la lanza—. Hoy por fin la van a tener.

El lugar elegido para el combate era el patio exterior. Tyrion se vio obligado a correr para mantenerse a la altura del príncipe Oberyn, que caminaba a largas zancadas.

«La serpiente está deseando empezar —pensó—. Esperemos que tenga el veneno a punto.» El día era gris y hacía viento. El sol luchaba por asomarse entre las nubes; Tyrion era tan incapaz de predecir quién vencería en aquella batalla como de aventurar el resultado de la otra, de la que dependía su vida.

Al parecer más de un millar de personas se habían congregado para ver si su destino era la vida o la muerte. Estaban de pie en los adarves del castillo y se apelotonaban en las escaleras de torres y torreones. Observaban desde las puertas de los establos, desde ventanas y puentes, desde tejados y balcones... Y el patio estaba abarrotado, había tanta gente que los capas doradas y los caballeros de la Guardia Real tuvieron que empujarlos hacia atrás a fin de hacer sitio para el combate. Algunos habían sacado sillas para ver más cómodos el espectáculo, otros estaban subidos sobre barriles.

«Tendríamos que haberlo organizado en Pozo Dragón —pensó Tyrion con amargura—. Podríamos haber cobrado un penique por persona y tendríamos para pagar la boda de Joffrey y también su funeral.» Algunos de los mirones hasta habían llevado a sus hijos

pequeños, los subían a los hombros para que no se perdieran detalle. En cuanto divisaron a Tyrion empezaron a gritar y a señalar.

La propia Cersei parecía una niña al lado de Ser Gregor. La Montaña, con armadura, era el hombre más gigantesco que se había visto jamás. Bajo la larga sobrevesta amarilla con los tres perros negros de la Casa Clegane llevaba una gruesa coraza sobre la cota de mallas, de acero gris mate, mellada y arañada en mil combates. Debajo debía de vestir prendas de cuero endurecido y acolchamientos. Llevaba un yelmo de cúspide plana atornillado al gorjal, con respiraderos en torno a la boca y la nariz, y una estrecha hendidura que le permitía ver. La cresta del yelmo era un puño de piedra.

Si las heridas que había recibido afectaban a Ser Gregor, Tyrion no veía ningún indicio de ello desde el otro lado del patio.

«Parece como si lo hubieran tallado en roca.» Su espadón estaba clavado en el suelo delante de él, eran casi dos metros de metal mellado. Las gigantescas manos de Ser Gregor, enfundadas en guanteletes de lamas de acero, agarraban el puño a ambos lados de la cruz. Hasta la concubina del príncipe Oberyn palideció al verlo.

—¿Vas a luchar contra eso? —preguntó Ellaria Arena con voz insegura.

—Voy a matarlo —replicó su amante con tono despreocupado.

Ahora que se acercaba el momento definitivo, Tyrion también empezaba a tener sus dudas. Cada vez que miraba al príncipe Oberyn deseaba más y más que su defensor fuera Bronn... O mejor todavía, Jaime. La Víbora Roja llevaba una armadura ligera: grebas, avambrazos, gorjal, hombreras y bragadura de acero. Por lo demás el atuendo de Oberyn era de cuero flexible y finas sedas. Sobre la cota de mallas llevaba las lamas de cobre brillante, pero entre ambas cosas no le proporcionaban ni la cuarta parte de protección que a Gregor su pesada armadura. Sin el visor, el yelmo del príncipe era poco más que un casco, ni siquiera tenía defensa para la nariz. El escudo redondo de acero era muy brillante y mostraba el emblema del sol y la lanza en oro rojo, oro amarillo, oro blanco y cobre.

«Bailará a su alrededor hasta que esté tan cansado que no pueda ni levantar el brazo; luego lo derribará.» Por lo visto la Víbora Roja tenía el mismo plan que Bronn, pero el mercenario le había expuesto muy claramente los riesgos que conllevaba semejante táctica. «Espero por los siete infiernos que sepas lo que haces, serpiente.»

Al lado de la Torre de la Mano, a medio camino entre los dos campeones, se había erigido una plataforma. Allí estaban sentados Lord Tywin y su hermano Ser Kevan. El rey Tommen no estaba presente, cosa por la que Tyrion dio las gracias.

Lord Tywin lanzó una mirada breve a su hijo enano antes de levantar la mano. Una docena de heraldos tocaron una fanfarria con sus trompetas para silenciar a la multitud. El Septon Supremo se adelantó con su alta corona de cristal y rezó al Padre en las alturas para que los ayudara en aquel juicio y al Guerrero para que diera su fuerza al brazo del hombre cuya causa fuera justa. «Ése soy yo», estuvo a punto de gritar Tyrion; pero sólo conseguiría que se rieran y estaba harto de oír risas.

Ser Osmund Kettleblack entregó a Clegane un escudo gigantesco de pesado roble ribeteado en hierro negro. Mientras la Montaña metía el brazo izquierdo por las cintas, Tyrion se fijó en que habían pintado otro emblema encima de los perros de la Casa Clegane. Esa mañana, Ser Gregor lucía la estrella de siete puntas que los ándalos habían llevado a Poniente cuando cruzaron el mar Angosto para doblegar a los primeros hombres y a sus dioses.

«Qué detalle tan pío, Cersei, pero no creo que con eso compres a los dioses.»

Cincuenta metros los separaban. El príncipe Oberyn avanzó con paso rápido, Ser Gregor a ritmo más ominoso. «El suelo no tiembla bajo sus pisadas —se dijo Tyrion—, es el corazón, que se me ha desbocado.» Cuando estuvieron a tan sólo diez metros de distancia, la Víbora Roja se detuvo.

—¿Te han dicho quién soy? —preguntó.

—Un muerto cualquiera —gruñó Ser Gregor en respuesta—, qué más da.

Siguió avanzando, inexorable. El dorniense se echó a un lado.

—Soy Oberyn Martell, uno de los príncipes de Dorne —dijo mientras la Montaña se giraba para no perderlo de vista—. La princesa Elia era mi hermana.

—¿Quién? —preguntó Gregor Clegane.

La lanza larga de Oberyn se disparó en un agujonazo, pero Ser Gregor recibió la punta con el escudo, la desvió hacia un lado y contraatacó con un tajo relampagueante del espadón. El dorniense lo esquivó con un giro. La lanza volvió a atacar. Clegane la desvió con la espada, Martell la recogió velozmente y la volvió a lanzar. Se oyó el chirrido del metal contra el metal cuando la punta se deslizó por la coraza de la Montaña, desgarró el jubón y dejó un brillante arañazo en el acero de debajo.

—Elia Martell, princesa de Dorne —siseó la Víbora Roja—. La violaste. La asesinaste. Mataste a sus hijos.

Ser Gregor gruñó. Lanzó un tajo bestial hacia la cabeza del dorniense. El príncipe Oberyn lo esquivó sin dificultad.

—La violaste. La asesinaste. Mataste a sus hijos.

—¿Has venido a charlar o a pelear?

—He venido a hacer que confieses.

Con un golpe rápido, la Víbora Roja acertó a la Montaña en el vientre, pero sin resultado. Gregor le lanzó una estocada y falló. La lanza larga se abrió camino por encima de la espada. Entró y salió como la lengua de una serpiente, haciendo una finta abajo y entrando por arriba, intentando pinchar el bajo vientre, el escudo, los ojos...

«Al menos, la Montaña es un blanco grande», pensó Tyrion. Era muy difícil que el príncipe Oberyn errara, aunque ninguno de sus golpes había logrado penetrar la pesada armadura de Ser Gregor. El dorniense seguía dando vueltas a su alrededor, pinchándolo y retrocediendo después, obligando al hombre más corpulento a darse la vuelta una y otra vez. «Clegane lo está perdiendo de vista.» El yelmo

de la Montaña tenía una estrecha ranura para los ojos, lo que limitaba mucho su visión. Oberyn se aprovechaba de aquello, así como de su rapidez y de la longitud de su arma.

Todo siguió igual durante lo que pareció un tiempo infinito. Cruzaban el patio avanzando y retrocediendo, dando vueltas en espiral... Ser Gregor lanzaba tajos al aire, mientras la lanza de Oberyn, golpeaba un brazo, una pierna, la sien en dos ocasiones... El enorme escudo de madera de Gregor también recibía lo suyo, hasta que una cabeza de perro asomó bajo la estrella y en otro sitio apareció el roble desnudo. Clegane gruñía de cuando en cuando, y en una ocasión Tyrion lo oyó mascullar una maldición, aunque el resto del tiempo combatía en un silencio hosco.

Al contrario que Oberyn Martell.

—La violaste —decía, haciendo una finta—. La asesinaste —decía, eludiendo una complicada estocada del espadón de Gregor—. Mataste a sus hijos —gritó, lanzando la punta de la lanza a la garganta del gigante, sólo para ver cómo arañaba el grueso gorjal de acero con un chirrido.

—Oberyn está jugando con él —dijo Ellaria Arena.

«Un juego de idiotas», pensó Tyrion.

—La Montaña es demasiado grande para ser el juguete de nadie.

Por todo el patio, la multitud de espectadores iba cerrándose en torno a los dos combatientes, avanzando palmo a palmo para ver mejor. La Guardia Real intentó hacerlos retroceder, empujando violentamente a los mirones con sus grandes escudos blancos, pero había cientos de mirones y sólo seis hombres de blanca armadura.

—La violaste. —El príncipe Oberyn paró un tajo bestial con la lanza—. La asesinaste. —Atacó a Clegane en los ojos con tanta celeridad que el hombrón dio un salto atrás—. Mataste a sus hijos. —La lanza descendió hacia un lado, arañando el peto de la Montaña—. La violaste. La asesinaste. Mataste a sus hijos.

La lanza era medio metro más larga que la espada de Ser Gregor, más que suficiente para mantenerlo a una distancia incómoda. Éste

lanzaba tajos a la lanza cada vez que Oberynd atacaba, intentaba cortar la punta, pero con el mismo éxito que si intentara cortarle las alas a una mosca.

—La violaste. La asesinaste. Mataste a sus hijos. —Gregor trató de embestir, pero Oberynd lo eludió y lo rodeó por la espalda—. La violaste. La asesinaste. Mataste a sus hijos.

—Cállate. —Ser Gregor parecía moverse un poco más lentamente y su espadón no se alzaba tan alto como al principio del combate—. Cierra la boca, joder.

—La violaste —dijo el príncipe, desplazándose a la derecha.

—¡Basta!

Ser Gregor dio dos zancadas y dejó caer la espada sobre la cabeza de Oberynd, pero el dorniense retrocedió una vez más.

—La asesinaste —dijo.

—¡Cállate!

Gregor cargó de frente, hacia la punta de la lanza que chocó con la parte derecha de su peto y se deslizó a un lado con un espantoso chirrido metálico. De pronto, la Montaña estaba tan cerca que podía golpear, su espada se movía en el aire como una mancha acerada. La multitud gritaba también. Oberynd esquivó el primer tajo y soltó la lanza, inútil ahora que Ser Gregor estaba a tan poca distancia. El dorniense paró el segundo golpe con el escudo. El metal chocó contra el metal con un estruendo que estremeció los oídos, haciendo que la Víbora Roja retrocediera. Ser Gregor lo siguió, dando grandes voces.

«No utiliza palabras, se limita a rugir como un animal», pensó Tyrion. La retirada de Oberynd se convirtió en saltos precipitados hacia atrás, a escasos centímetros del espadón que le lanzaba estocadas contra el pecho, los brazos, la cabeza...

Las caballerizas estaban a su espalda. Los espectadores gritaban y se empujaban para quitarse del camino. Uno de ellos tropezó con la espalda de Oberynd. Ser Gregor lanzó un golpe descendente con toda su fuerza salvaje. La Víbora Roja se lanzó a un lado, dando una voltereta. El desafortunado caballerizo detrás de él no fue tan rápido.

En el momento en que levantaba el brazo para protegerse el rostro, la espada de Gregor lo sajó entre el codo y el hombro.

—¡Cállate! —rugió la Montaña al oír el grito del caballerizo y esta vez el tajo fue lateral: la mitad superior de la cabeza del chico atravesó volando el patio, salpicando sangre y sesos.

De pronto cientos de espectadores parecieron perder todo interés en la culpa o inocencia de Tyrion Lannister, a juzgar por cómo se empujaban y cargaban unos contra otros con tal de escapar del patio. Pero la Víbora Roja de Dorne estaba nuevamente de pie, con su lanza en la mano.

—Elia —dijo, mirando a Ser Gregor—. La violaste. La asesinaste. Mataste a sus hijos. Venga, pronuncia su nombre.

La Montaña se giró. El yelmo, el escudo, la espada y el jubón eran un amasijo rojo, salpicado de sangre de pies a cabeza.

—Hablas demasiado —gruñó—. Me das dolor de cabeza.

—Quiero que lo digas. Era Elia de Dorne.

La Montaña bufó con desprecio y avanzó... y en ese momento el sol irrumpió entre las nubes bajas que habían ocultado el cielo desde el amanecer.

«El sol de Dorne», dijo Tyrion para sus adentros, pero fue Gregor Clegane el primero que se movió para dejar el sol a su espalda. «Es estúpido y brutal, pero tiene los instintos de un guerrero.»

La Víbora Roja se agachó con los ojos entrecerrados y volvió a atacar con la lanza. Ser Gregor intentó cortarla, pero aquello no había sido más que una finta. Perdido el equilibrio, trastabilló y dio un paso.

El príncipe Oberyn inclinó su abollado escudo de metal. Un dardo de luz solar lanzó su destello cegador, se reflejó sobre el oro y el cobre pulidos y entró por la estrecha ranura del yelmo de su enemigo. Clegane levantó el escudo para cubrirse del resplandor. La lanza del príncipe Oberyn se movió como un relámpago y encontró el espacio desprotegido de la pesada armadura, la articulación bajo el brazo. La punta atravesó la malla y el cuero endurecido. Gregor soltó un rugido

gutural cuando el dorniense hizo girar la lanza antes de tirar de ella para liberarla.

—¡Elia, dilo, Elia de Dorne! —Daba vueltas en torno a él, con la lanza preparada para asestar otro golpe—. ¡Dilo!

Tyrion rezaba una oración propia. «Cae y muere», eso decía. «¡Maldita sea, cae y muere!» La sangre que manaba del sobaco de la Montaña era suya y todavía debía de caerle más por dentro de la armadura. Cuando Ser Gregor intentó dar un paso, se le dobló una rodilla. Tyrion pensó que iba a caer.

El príncipe Oberyn estaba ahora a sus espaldas.

—¡Elia de Dorne! —gritó.

Ser Gregor comenzó a volverse, pero con demasiada lentitud y demasiado tarde. Aquella vez la lanza le golpeó la corva, atravesando las capas de malla metálica y cuero entre la greba y la pieza del muslo. La Montaña retrocedió, se tambaleó y cayó al suelo de cara. Se le escapó el espadón de las manos. Se dio vuelta sobre la espalda lenta y pesadamente.

El dorniense tiró a un lado su escudo destrozado, agarró la lanza con las dos manos y se apartó lentamente. Detrás de él, la Montaña soltó un gemido e intentó levantarse sobre un codo. Oberyn giró con la rapidez de un gato y corrió hacia su enemigo caído. Emitió un grito salvaje al bajar la lanza con todo el peso de su cuerpo detrás. El crujido del asta de fresno al partirse fue un sonido casi tan dulce como el llanto de furia de Cersei, y por un instante al príncipe Oberyn le salieron alas.

«La serpiente ha saltado sobre la Montaña.» Metro y cuarto de lanza rota asomaba del vientre de Clegane mientras el príncipe Oberyn daba una voltereta, se levantaba y se sacudía el polvo. Tiró a un lado el pedazo de lanza y recogió el mandoble de su adversario.

—Si mueres antes de pronunciar su nombre te perseguiré por los siete infiernos —prometió.

Ser Gregor intentó incorporarse. La lanza rota lo había atravesado y lo clavaba al suelo. Entre gruñidos, agarró el mástil con las dos

manos pero no pudo arrancárselo. Bajo su cuerpo crecía un gran charco de sangre.

—Cada minuto que pasa me siento más inocente —le dijo Tyrion a Ellaria Arena, que estaba a su lado.

El príncipe Oberyn se aproximó a Gregor Clegane.

—¡Di su nombre!

Puso un pie sobre el pecho de la Montaña y levantó el mandoble con ambas manos. Tyrion no llegaría nunca a saber si tenía la intención de cortarle la cabeza a Gregor o de clavarle la punta por la ranura del yelmo.

La mano de Clegane se alzó de súbito y agarró al dorniense por la corva. La Víbora Roja dejó caer el mandoble en un tajo feroz, pero había perdido el equilibrio y el filo se limitó a hacer una nueva abolladura en el avambrazo de la Montaña. La espada quedó olvidada mientras la mano de Gregor se tensaba y giraba, haciendo que el dorniense cayera encima de él. Lucharon cuerpo a cuerpo en el polvo y la sangre mientras la lanza rota oscilaba de un lado a otro. Tyrion vio horrorizado que la Montaña había abrazado al príncipe con un brazo enorme, pegándolo a su pecho como un amante.

—Elia de Dorne —oyeron decir a Ser Gregor cuando estuvieron a la distancia necesaria para un beso. Su voz grave resonaba dentro del yelmo—. Yo maté a la mocosa llorona. —Lanzó su mano libre hacia el rostro desprotegido de Oberyn, clavándole los dedos acerados en los ojos—. Fue después cuando la violé. —Clegane hundió el puño en la boca del dorniense, destrozándole los dientes—. Y al final le reventé la cabeza de mierda. Así.

Cuando echó hacia atrás el enorme puño, la sangre en su guantelete era como humo en el aire frío del amanecer. Se oyó un crujido escalofriante. Ellaria Arena aulló de terror y el desayuno de Tyrion le subió ardiente hacia la boca. Cayó de rodillas mientras devolvía la panceta, las salchichas, los pasteles de manzana y la ración doble de huevos fritos con cebolla y chiles picantes dornienses.

No oyó a su padre pronunciar las palabras que lo condenaron. Quizá no hizo falta palabra alguna.

«Puse mi vida en las manos de la Víbora Roja y la ha perdido.» Cuando cayó en la cuenta demasiado tarde de que las serpientes no tienen manos, Tyrion empezó a reírse histérico.

Estaba a medio camino en la escalera de caracol cuando se dio cuenta de que los capas doradas no lo llevaban de vuelta a sus aposentos en la torre.

—Me van a encerrar en las celdas negras —dijo.

Nadie se molestó en responderle. ¿Para qué hablar con un muerto?

DAENERYS

Dany desayunó bajo el palo santo que crecía en el jardín de la terraza, mientras veía cómo sus dragones se perseguían alrededor de la cúspide de la Gran Pirámide, donde antes había estado la enorme arpía de bronce. En Meereen había muchas pirámides menores, pero ninguna tenía ni la mitad de la altura que aquélla. Desde allí alcanzaba a ver toda la ciudad: los callejones estrechos y tortuosos, las anchas calles de adoquines, los templos y los graneros, las chozas y los palacios, los burdeles y las casas de baños, los jardines y las fuentes, los grandes círculos rojos que eran las arenas de combate... Y al otro lado de las murallas estaba el mar color estaño, los meandros del Skahazadhan, las colinas resacas, los bosques quemados, los campos ennegrecidos... Allí arriba, en su jardín, a veces Dany se sentía como una diosa que viviera en la montaña más alta del mundo.

«¿Se sentirán así de solos todos los dioses?» Seguro que algunos sí. Missandei le había hablado del Señor de la Armonía, adorado por el Pueblo Pacífico de Naath; según la pequeña escriba era el único dios verdadero, el dios que había habido siempre y que no dejaría de existir nunca, el que hizo la luna, las estrellas, la tierra y todas las criaturas que en ella habitan. «Pobre Señor de la Armonía.» Dany se compadecía de él. Debía de ser espantoso estar eternamente solo, atendido por hordas de mujeres mariposa que podía crear o eliminar a voluntad. En Poniente había al menos siete dioses, aunque Viserys le había dicho que, según algunos septones, los siete no eran más que diferentes aspectos de un único dios, siete facetas de un único cristal. Aquello resultaba de lo más confuso. Según tenía entendido, los sacerdotes rojos creían en dos dioses, pero estaban eternamente en guerra. Eso a Dany le gustaba todavía menos. No quería estar eternamente en guerra.

Missandei le sirvió huevos de pato y salchicha de perro, y media copa de vino endulzado mezclado con el zumo de una lima. La miel atraía a las moscas, pero una vela aromática las mantenía a distancia. Allí arriba las moscas no eran tan molestas como en el resto de la ciudad, y era otra de las cosas que le gustaban de la pirámide.

—Recuérdame que hay que hacer algo con respecto a las moscas —dijo Dany—. ¿Hay muchas moscas en Naath, Missandei?

—En Naath lo que hay son mariposas —respondió la escriba en la lengua común—. ¿Más vino?

—No. La corte se va a reunir enseguida.

Dany había cobrado mucho afecto a Missandei. La pequeña escriba de los enormes ojos dorados tenía una sabiduría impropia de su edad.

«Además, es valiente. Ha tenido que serlo, para sobrevivir con la vida que le ha tocado.» Tenía la esperanza de ver algún día aquella fabulosa isla de Naath. Missandei decía que el pueblo pacífico empuñaba instrumentos musicales en vez de armas. No mataban, ni siquiera a los animales; sólo comían fruta, carne jamás. Los espíritus en forma de mariposas que eran sagrados para su Señor de la Armonía protegían la isla de aquellos que querían hacerles daño. Muchos conquistadores habían zarpado rumbo a Naath para manchar de sangre las espadas, pero antes de llegar enfermaron y murieron. «Pero las mariposas no los salvaron cuando llegaron los barcos de los esclavistas.»

—Algún día te llevaré a casa, Missandei —le prometió Dany. «¿Me habría vendido Jorah si le hubiera prometido esto mismo?»—. Te lo juro.

—Una se da por satisfecha con serviros, Alteza. Naath seguirá siempre donde está. Sois muy bondadosa con una... conmigo.

—Y tú conmigo. —Dany tomó a la niña de la mano—. Ven, ayúdame a vestirme.

Jhiqui y Missandei la bañaron, mientras Irri sacaba la ropa que se iba a poner. Aquel día llevaría una túnica de brocado púrpura con un

fajín de plata, y en la cabeza la corona en forma de dragón de tres cabezas que le había regalado la Hermandad de la Turmalina en Qarth. Las zapatillas también eran plateadas, con unos tacones tan altos que temía caerse en cualquier momento. Una vez vestida, Missandei le llevó un espejo de plata pulida para que se pudiera ver. Dany se contempló en silencio. «¿Es éste el rostro de una conquistadora?» A ella no le parecía más que el de una niña.

Por el momento nadie la llamaba aún Daenerys la Conquistadora, aunque tal vez lo hicieran algún día. Aegon el Conquistador había tomado Poniente con tres dragones, pero ella había tomado Meereen con ratas de las cloacas y una polla de madera, en menos de un día. «Pobre Groleo.» Sabía que seguía llorando la pérdida de su barco. Si una galera de combate podía embestir contra otro barco, ¿por qué no contra una puerta? Eso era lo que había pensado cuando ordenó a los capitanes llevar los barcos a la orilla. Los mástiles se habían convertido en arietes, y un enjambre de libertos dismanteló los cascos para construir manteletes, tortugas, catapultas y escaleras. Los mercenarios habían bautizado cada ariete con un nombre obscuro, y fue el mástil principal de la *Meraxes*, antes la *Travesura de Joso*, el que derribó la puerta este. Lo llamaban la «Polla de Joso». La batalla había sido dura y sangrienta durante casi todo el día, y ya estaba bien entrada la noche cuando la madera empezó a astillarse y el figurón de proa de hierro de la *Meraxes*, una cara de bufón sonriente, la atravesó.

Dany había querido ponerse al frente del ataque, pero sus capitanes le dijeron al unísono que sería una locura, y sus capitanes nunca estaban de acuerdo en nada. De manera que se quedó en la retaguardia, ataviada con una larga cota de mallas a lomos de la plata. Oyó literalmente cómo caía la ciudad a media legua de distancia, cuando los gritos desafiantes de los defensores se convirtieron en alaridos de miedo. En aquel momento sus dragones empezaron a rugir y llenaron la noche de llamas. Supo al instante que los esclavos se habían rebelado.

«Mis ratas de cloaca les han mordido las cadenas.»

Una vez los Inmaculados aplastaron los últimos reductos de resistencia y hubieron terminado los saqueos, Dany entró en la ciudad. El montón de cadáveres ante la puerta destrozada era tan grande que los libertos tardaron casi una hora en abrirle un camino para la plata. Dentro, yacía abandonada la Polla de Joso, junto con la gran tortuga de madera cubierta de pieles de caballo que la había protegido. Pasó a caballo junto a edificios quemados y ventanas rotas, por calles de adoquines cuyos sumideros estaban atascados de cadáveres hinchados y rígidos. Los esclavos de manos ensangrentadas la aclamaban al pasar y la llamaban «Madre».

En la plaza, ante la Gran Pirámide, los meereenos estaban acucillados y desesperados. A la luz de la mañana los Grandes Amos parecían cualquier cosa menos grandes. Despojados de las joyas y los *tokars* ribeteados, resultaban patéticos y despreciables, no eran más que un rebaño: ancianos con los huevos arrugados y la piel llena de manchas y jóvenes con peinados ridículos. Unas mujeres eran gordas y fofas, y otras, secas como leña vieja, todas con la pintura de la cara corrida por las lágrimas.

—Quiero a vuestros líderes —les dijo Dany—. Entregadlos y los demás seréis perdonados.

—¿Cuántos? —había preguntado una anciana entre sollozos—. ¿A cuántos hay que entregar para que nos perdonéis la vida?

—A ciento sesenta y tres —fue su respuesta.

Los hizo clavar en postes de madera alrededor de la plaza, cada uno señalando al siguiente. Al dar la orden, la furia ardía abrasadora en su interior y se sentía como un dragón vengativo. Pero más tarde, cuando pasó ante los moribundos de los postes, cuando oyó los gemidos y olió la sangre y las entrañas...

Dany frunció el ceño y dejó el espejo.

«Fue justo. Fue justo. Lo hice por los niños.»

La sala de audiencias estaba en un nivel inferior, era una estancia de techos altos llena de ecos, con paredes de mármol purpúreo. Pese a su grandiosidad, se trataba de un lugar gélido. Allí había habido un

trono, un objeto estrafalario de madera dorada y tallada en forma de arpía salvaje. Dany lo había contemplado bastante rato antes de ordenar que lo convirtieran en leña para el fuego.

—No me sentaré en el regazo de la arpía —dijo.

En vez de eso se sentaba en un sencillo banco de ébano. Para ella resultaba suficiente, aunque le habían dicho que los meereenos murmuraban que no era digno de una reina.

Sus jinetes de sangre la estaban aguardando ya. En sus trenzas aceitadas tintineaban campanillas de plata y lucían el oro y las joyas de muchos muertos. Las riquezas de Meereen superaban todo lo imaginable. Hasta los mercenarios parecían saciados, al menos por el momento. Al otro lado de la estancia, Gusano Gris vestía el sencillo uniforme de los Inmaculados, con el casco de púa debajo de un brazo. Al menos en ellos sí podía confiar, o eso quería creer... Y también en Ben Plumm el Moreno, el íntegro Ben, con su pelo gris y blanco, y su rostro lleno de arrugas, tan querido por los dragones... Y a su lado, Daario, deslumbrante de oro. Daario y Ben Plumm, Gusano Gris, Irri, Jhiqui, Missandei... Mientras los miraba, Dany se descubrió preguntándose quién sería el siguiente en traicionarla.

«El dragón tiene tres cabezas. Hay dos hombres en el mundo en los que puedo confiar, ojalá los encontrara. Entonces no estaría sola. Seríamos tres contra el mundo, como Aegon y sus hermanas.»

—¿Ha sido tranquila la noche o sólo me lo ha parecido? —preguntó Dany.

—Al parecer ha sido tranquila, Alteza —dijo Ben Plumm el Moreno.

Aquello la alegró. El saqueo de Meereen había sido salvaje, como sucedía con todas las ciudades que caían, pero ahora que ya era suya Dany estaba decidida a poner fin a los destrozos. Decretó que se colgara a los asesinos, que a los saqueadores les fuera cortada una mano, y a los violadores el miembro viril. Ocho asesinos pendían ya de las murallas y los Inmaculados habían llenado un canasto de un

celemín con manos ensangrentadas y blandos gusanos rojos, y Meereen volvía a estar en calma.

«¿Durante cuánto tiempo?»

Una mosca le zumbó al lado de la cara. Dany la espantó, molesta, pero volvió al instante.

—En esta ciudad hay demasiadas moscas.

—Esta mañana tenía moscas en la cerveza. Hasta me tragué una.
—Ben Plumm soltó una carcajada.

—Las moscas son la venganza de los muertos. —Daario sonrió y se acarició el mechón central de la barba—. Los cadáveres crían gusanos, y los gusanos crían moscas.

—Pues nos libraremos de los cadáveres, empezando por los de la plaza. ¿Te encargarás de eso, Gusano Gris?

—La reina ordena, unos obedecen.

—Más vale que traigas sacos y palas, Gusano —le aconsejó Ben el Moreno—. Ésos están bien maduros. Se van cayendo a pedazos de los postes y están llenos de...

—Ya lo sabe. Y yo también.

Dany recordaba el horror que había sentido al ver la Plaza del Castigo de Astapor.

«Yo he cometido una crueldad de la misma magnitud, pero sin duda lo merecían. La justicia, por dura que sea, sigue siendo justicia.»

—Alteza —intervino Missandei—, los ghiscarios entierran a sus honrados muertos en las criptas que hay debajo de sus mansiones. Si hervís los huesos para limpiarlos y los devolvéis a sus parientes, alabarán vuestra bondad.

«Las viudas me seguirán maldiciendo.»

—Que así se haga. —Dany se volvió hacia Daario—. ¿Cuántos han solicitado audiencia esta mañana?

—Se han presentado dos que quieren contemplar vuestro esplendor. —Daario había saqueado todo un guardarropa nuevo en Meereen, y para que le hicieran juego las tres puntas de la barba y la

cabellera rizada se las había teñido de púrpura oscuro. Eso hacía que sus ojos también parecieran casi purpúreos, como si fuera un valyrio extraviado—. Llegaron anoche en la *Estrella índigo*, una galera mercante procedente de Qarth.

«Una galera de esclavos, querrás decir.» Dany frunció el ceño.

—¿Quiénes son?

—El maestre de la *Estrella* y un hombre que dice hablar en nombre de Astapor.

—Recibiré primero al emisario.

Resultó ser un hombrecillo pálido, con rostro de hurón y ristras de perlas y oro en torno al cuello.

—¡Vuestra Adoración! —exclamó—. Mi nombre es Ghael. Traigo saludos a la Madre de Dragones en nombre del rey Cleon de Astapor, Cleon el Grande.

—Yo dejé el gobierno de Astapor en manos de un Consejo —dijo Dany poniéndose rígida—. Un sanador, un sabio y un sacerdote.

—Vuestra Adoración, esos canallas taimados traicionaron la confianza que depositasteis en ellos. Se descubrió que estaban conspirando para devolver el poder a los Bondadosos Amos y encadenar otra vez al pueblo. Cleon el Grande puso de manifiesto sus tramas y les cortó las cabezas con el hacha de carnicero, y el agradecido pueblo de Astapor quiso coronarlo por su valor.

—Noble Ghael —dijo Missandei en el dialecto de Astapor—, ¿se trata del mismo Cleon que antes fuera propiedad de Grazdan mo Ullhor?

La voz de la niña parecía cándida, pero resultó evidente que la pregunta ponía nervioso al enviado.

—Cierto —reconoció—. Es un gran hombre.

Missandei se acercó a Dany.

—Era carnicero en las cocinas de Grazdan —le susurró al oído—. Se decía de él que era capaz de matar un cerdo más deprisa que ningún otro hombre de Astapor.

«He puesto Astapor en manos de un rey carnicero.» Dany sintió náuseas, pero sabía que no podía permitir que el enviado se diera cuenta.

—Rezaré para que el rey Cleon gobierne con bondad y sabiduría. ¿Qué quiere de mí?

—¿Podríamos hablar en privado, Alteza? —Ghael se frotó la boca.

—No tengo secretos para mis capitanes y comandantes.

—Como deseáis. Cleon el Grande me pide que os transmita su devoción hacia la Madre de Dragones. Dice que vuestros enemigos son sus enemigos, y los peores de todos ellos son los Sabios Amos de Yunkai. Os propone un pacto entre Astapor y Meereen contra los yunkai'i.

—Juré que nada malo sucedería a Yunkai si liberaba a los esclavos —dijo Dany.

—Esos perros yunkios no son dignos de confianza, Vuestra Adoración. En estos mismos momentos están conspirando contra vos. Están reclutando un ejército, se los ha visto entrenar junto a las murallas de la ciudad, hay barcos de guerra en construcción, han partido enviados rumbo a Nuevo Ghis y Volantis, hacia el oeste, para pactar alianzas y contratar mercenarios. Incluso han enviado jinetes a Vaes Dothrak para lanzar un *khalasar* contra vos. Cleon el Grande me pide que os diga que no tengáis miedo. Astapor tiene buena memoria. Astapor no os dejará desamparada. Como muestra de su compromiso, Cleon el Grande se ofrece a sellar la alianza con un matrimonio.

—¿Un matrimonio? ¿Conmigo?

—Cleon el Grande os dará muchos hijos fuertes —dijo Ghael con una sonrisa. Tenía los dientes rotos y llenos de caries.

Dany se quedó sin palabras, pero la pequeña Missandei acudió en su ayuda.

—¿Dio muchos hijos a su primera esposa?

—Cleon el Grande tiene tres hijas de su primera esposa. —El enviado la miraba, descontento—. Dos de sus nuevas esposas están

embarazadas. Pero si la Madre de Dragones accede a casarse con él, las repudiará a todas.

—Es muy noble por su parte —dijo Dany—. Meditaré sobre lo que me habéis dicho, mi señor.

Dio orden de que se alojara a Ghael en la parte baja de la pirámide.

«Todas las victorias se convierten en escoria en mis manos —pensó—. Haga lo que haga, todo termina en muerte y espanto.» Cuando corriera la voz de lo que había acaecido en Astapor, y no tardaría en suceder, decenas de miles de los nuevos libertos meereenos querrían seguirla cuando partiera hacia occidente, por temor a qué les sucedería si se quedaban... pero lo que les sucedería durante la marcha podía ser todavía peor. Aunque vaciara hasta el último granero de la ciudad y la dejara morir de hambre, ¿cómo podría alimentar a tantos? Tenía por delante un camino cargado de adversidades, peligros y sangre. Ser Jorah se lo había advertido. La había advertido de tantas cosas... La había... «No, no quiero pensar en Jorah Mormont. Que siga así un poco más.»

—Recibiré al capitán de la galera —anunció.

Esperaba que tal vez le llevara mejores noticias, pero fue en vano. El maestre de la *Estrella índigo* era de Qarth, así que derramó copiosas lágrimas cuando le preguntó por Astapor.

—La ciudad se sangra. Los cadáveres se pudren en las calles, cada pirámide es un campamento armado, y en los mercados no hay comida ni esclavos en venta. ¡Y lo peor son los niños! Los secuaces del rey carnicero han cogido a todos los niños de noble cuna de Astapor para preparar nuevos Inmaculados, aunque tardarán años en entrenarlos.

Lo que más sorprendió a Dany fue lo poco sorprendida que se quedó con la noticia. Se acordó de Eroeh, la chica lhazareena a la que había intentado proteger, y de lo que le había sucedido.

«Lo mismo pasará en Meereen cuando me marche», pensó. Los esclavos de las arenas de combate, criados y entrenados para matar, ya

empezaban a resultar demasiado pendencieros y desafiantes. Por lo visto pensaban que la ciudad era suya, junto con todos sus habitantes. Entre los que había hecho ahorcar estaban dos de ellos. «No puedo hacer nada más», se dijo.

—¿Qué queréis de mí, capitán?

—Esclavos —dijo—. Tengo las bodegas llenas a reventar de marfil, ámbar gris, pieles de caballos rayados y otras mercancías de calidad.

—No tenemos esclavos en venta —dijo Dany.

—Perdonad, mi reina. —Daario dio un paso adelante—. La orilla del río está llena de meereenos que suplican vuestro permiso para venderse a este mercader. Son incontables.

—¿Quieren ser esclavos? —preguntó Dany boquiabierta.

—Los que se ofrecen son de hablar culto y noble cuna, dulce reina. Los esclavos así son muy valorados. En las Ciudades Libres serían tutores, escribas, esclavos de cama, o incluso sanadores y sacerdotes. Dormirían en lechos blandos, comerían alimentos exquisitos y vivirían en mansiones. Aquí lo han perdido todo, viven inmersos en el miedo y la mugre.

—Ya entiendo. —Tal vez no fuera tan sorprendente, si las noticias sobre Astapor eran ciertas. Dany meditó un instante—. Si un hombre o una mujer quieren venderse, pueden hacerlo. —Alzó una mano—. Pero no permitiré que vendan a los niños, ni que el marido venda a la esposa.

—En Astapor, cada vez que un esclavo cambiaba de manos la ciudad se quedaba con una décima parte del precio —le dijo Missandei.

—Nosotros haremos lo mismo —decidió Dany. Para ganar una guerra hacía falta tanto oro como espadas—. Una décima parte. En monedas de oro o plata, o en marfil. Meereen no tiene necesidad de azafrán, clavos ni pieles extravagantes.

—Se hará como ordenáis, gloriosa reina —dijo Daario—. Mis Cuervos de Tormenta recolectarán el diezmo para vos.

Dany sabía que, si los Cuervos de Tormenta se encargaban de la recaudación, se perdería al menos la mitad del oro. Pero los Segundos Hijos no eran más de fiar y los Inmaculados, aunque incorruptibles, eran analfabetos.

—Hay que llevar un registro —ordenó—. Buscad entre los libertos a unos pocos que sepan leer, escribir y hacer cuentas.

Terminadas sus gestiones, el capitán de la *Estrella indigo* hizo una reverencia y se retiró. Dany se acomodó inquieta en el asiento de ébano. Tenía miedo de lo que iba a continuación, pero sabía que ya lo había demorado demasiado tiempo. Yunkai y Astapor, amenazas de guerra, proposiciones de matrimonio, la marcha hacia el oeste que pendía sobre ella como una sombra... «Necesito a mis caballeros. Necesito sus espadas y necesito sus consejos.» Pero la sola idea de volver a ver a Jorah Mormont la hacía sentir como si se hubiera tragado una nube de moscas: furiosa, nerviosa y asqueada. Casi las oía zumbar en su vientre. «Soy de la sangre del dragón. Tengo que ser fuerte. Cuando me enfrente a ellos en mis ojos debe haber fuego, no lágrimas.»

—Decid a Belwas que haga venir a mis caballeros —ordenó Dany para no permitirse cambiar de opinión—. A mis buenos caballeros.

El ascenso había dejado jadeante a Belwas el Fuerte cuando cruzó las puertas con ellos, agarrando a cada uno por un brazo con una manaza enorme. Ser Barristan entró con la cabeza bien alta, pero Ser Jorah se acercó sin levantar la vista del suelo de mármol.

«Uno se siente orgulloso, y el otro, culpable.»

El anciano se había afeitado la barba blanca, sin ella parecía diez años más joven. En cambio, su oso de pelo cada vez más escaso parecía envejecido. Se detuvieron ante el asiento. Belwas el Fuerte retrocedió un paso, cruzó los brazos ante el pecho lleno de cicatrices y quedó a la espera. Ser Jorah carraspeó para aclararse la garganta.

—*Khaleesi...*

Cuánto había añorado el sonido de su voz... Pero tenía que mostrarse firme.

—Silencio. Yo os diré cuándo podéis hablar. —Se levantó—. Cuando os envié por las cloacas, en parte tenía la esperanza de no volver a veros. Me pareció un fin muy adecuado para los mentirosos, morirían ahogados en excrementos de traficantes. Pensé que los dioses se encargarían de vosotros, pero en vez de eso volvisteis a mí. Mis galantes caballeros de Poniente, un informador y un cambiacapás. Mi hermano os habría colgado a los dos. —Al menos Viserys sí, en cuanto a lo que habría hecho Rhaegar ya no estaba tan segura—. He de reconocer que me ayudasteis a ganar esta ciudad...

—Ganamos esta ciudad para vos. —Ser Jorah apretó los labios—. Nosotros, las ratas de cloaca.

—Silencio —ordenó de nuevo.

Aunque lo que decía era verdad. Mientras la Polla de Joso y los otros arietes destrozaban las puertas de la ciudad y mientras los arqueros disparaban andanadas de flechas llameantes por encima de las murallas, Dany había enviado a doscientos hombres por el río al abrigo de la oscuridad, para prender fuego a los cascos de los barcos allí donde estaban atracados. Pero el objetivo de aquello no era más que ocultar su verdadero propósito. Cuando las naves en llamas atrajeron la atención de los defensores de las murallas, un puñado de nadadores osados se aventuraron a meterse en el río, encontraron una entrada de las cloacas y abrieron las rejas de hierro oxidadas. Ser Jorah, Ser Barristan, Belwas el Fuerte y veinte locos valerosos atravesaron las aguas marrones y subieron por un túnel de ladrillo. Eran una mezcla de mercenarios, Inmaculados y libertos. Dany había ordenado que eligieran sólo a hombres sin familia... y, a ser posible, sin sentido del olfato.

Habían tenido tanta suerte como valor. Un mes entero había transcurrido desde las últimas lluvias, y el agua de las cloacas no les llegaba más que hasta el muslo. Llevaban las antorchas envueltas en hule para mantenerlas secas, así que disponían de luz. Algunos de los libertos tenían miedo de las enormes ratas, hasta que Belwas el Fuerte atrapó una y, de un mordisco, la despedazó. Un gran lagarto blancuzco se les acercó por detrás, agarró con las fauces la pierna de un hombre

y se lo llevó, pero la siguiente vez que vieron ondulaciones en el agua Ser Jorah mató a la bestia con la espada. Se equivocaron en algunas encrucijadas, pero cuando llegaron a la superficie, Belwas el Fuerte los guió hasta la arena de combate más cercana, donde cogieron por sorpresa a unos pocos guardias y rompieron las cadenas de los esclavos. En menos de una hora, la mitad de los esclavos de Meereen se habían rebelado.

—Ayudasteis a ganar esta ciudad —repitió, testaruda—. Y en el pasado me servisteis bien. Ser Barristan me salvó del Bastardo del Titán, y también del Hombre Pesaroso en Qarth. Ser Jorah me salvó del envenenador de Vaes Dothrak y de los jinetes de sangre de Drogo tras la muerte de mi sol y estrellas. —Tanta gente la había querido matar que a veces perdía la cuenta—. Y pese a todo me mentisteis, me engañasteis y me traicionasteis. —Se volvió hacia Ser Barristan—. Protegisteis a mi padre durante muchos años, en el Tridente luchasteis junto a mi hermano, pero abandonasteis a Viserys en el exilio y os arrodillasteis ante el Usurpador. ¿Por qué? Quiero saber la verdad.

—Hay verdades duras. Robert era... un buen caballero y valiente... me perdonó la vida a mí y a otros muchos... El príncipe Viserys no era más que un niño, habrían tenido que pasar muchos años para que estuviera en condiciones de reinar y... Perdonadme, mi reina, pero me habéis pedido que diga la verdad. Incluso de niño, vuestro hermano Viserys era digno hijo de su padre, muy diferente de Rhaegar.

—¿Digno hijo de su padre? —Dany frunció el ceño—. ¿Qué queréis decir?

—En Poniente, a vuestro padre lo llamaban el Rey Loco. —El anciano caballero ni siquiera parpadeó—. ¿No os lo ha dicho nadie?

—Viserys, sí. —«El Rey Loco»—. El que lo llamaba así era el Usurpador, el Usurpador y sus perros. —«El Rey Loco»—. Infamias.

—¿Por qué pedís la verdad, si luego vais a cerrar los oídos para no escucharla? —le dijo Barristan con voz amable. Titubeó un momento antes de continuar—. Ya os dije que utilicé un nombre falso para que los Lannister no supieran que me había unido a vos. No era toda la

verdad, no era ni la mitad de la verdad, Alteza. Lo que quería era observaros un tiempo antes de juraros lealtad. Para asegurarme de que no...

—¿De que no era digna hija de mi padre?

Y si no era hija de su padre, ¿quién era?

—De que no estabais loca —terminó Ser Barristan—. Pero no veo la lacra en vos.

—¿La lacra? —le espetó Dany.

—No soy un maestro que pueda citaros la historia, Alteza. Mi vida han sido las espadas, no los libros. Pero hasta los niños saben que los Targaryen han bordeado siempre la locura. Vuestro padre no fue el primero. En cierta ocasión el rey Jaehaerys me dijo que la locura y la grandeza no son más que dos caras de la misma moneda. Según él, cada vez que nacía un Targaryen los dioses tiraban la moneda al aire y el mundo entero contenía el aliento para ver de qué lado caía.

«Jaehaerys. Este anciano conoció a mi abuelo.» Aquello la hizo meditar. La mayor parte de lo que sabía de Poniente se lo había contado su hermano, y el resto Ser Jorah. Ser Barristan sabría mucho más que los dos juntos. «Él puede decirme de dónde vengo.»

—¿Estáis diciendo que soy una moneda en las manos de algún dios, ser?

—No —replicó Ser Barristan—. Sois la legítima heredera de Poniente. Os serviré fielmente como caballero hasta el fin de mis días, si es que me consideráis digno de volver a llevar una espada. Si no, me daré por satisfecho con servir como escudero a Belwas el Fuerte.

—¿Y si decido que sólo sois digno de ser mi bufón? —dijo Dany, despectiva—. ¿O tal vez mi cocinero?

—Sería un honor, Alteza —dijo Selmy con tranquila dignidad—. Se me da bien asar manzanas y hervir carne de buey, y he asado muchos patos en la hoguera de un campamento. Espero que os gusten grasientos, con la piel quemada y la carne todavía cruda.

—Tendría que estar loca para comer semejante bazofia. —No pudo por menos que sonreír—. Ben Plumm, entregad vuestra espada larga a Ser Barristan.

Pero Barbablanca no la aceptó.

—Tiré mi espada a los pies de Joffrey, y desde entonces no he vuelto a tocar una. Sólo de la mano de mi legítima reina volveré a aceptar una espada.

—Como deseéis. —Dany cogió la espada de Ben el Moreno y se la ofreció por el puño. El anciano la aceptó con gesto reverente—. Ahora, arrodillaos y prestad juramento.

Ser Barristan hincó una rodilla en el suelo, depositó la espada ante ella y recitó el juramento tradicional. Dany apenas le prestó atención.

«Éste ha sido el fácil —pensó—. El difícil va a ser el otro.» Una vez terminó el juramento, se volvió hacia Jorah Mormont.

—Ahora vos, ser. Decidme la verdad.

El hombretón tenía el cuello rojo, Dany no sabía si por la rabia o por la vergüenza.

—He intentado deciros la verdad un centenar de veces. Os advertí que Arstan no era lo que parecía. Os advertí de que Xaro y Pyat Pree no eran de confianza. Os advertí...

—Me advertisteis contra todo el mundo excepto contra vos. —Su insolencia la ponía furiosa. «Tendría que ser más humilde, tendría que suplicar mi perdón»—. No confiéis en nadie, me decíais, sólo en Jorah Mormont... ¡y mientras, vos erais la marioneta de la Araña!

—No soy la marioneta de nadie. Acepté el oro del eunuco, sí. Aprendí unas claves y escribí unas cuantas cartas, pero nada más.

—¿Nada más? ¡Me espiasteis, me vendisteis a mis enemigos!

—Durante un tiempo, sí —reconoció de mala gana—. Luego dejé de hacerlo.

—¿Cuándo? ¿Cuándo parasteis?

—Envié un informe en Qarth, pero...

—¿En Qarth? —Dany había tenido la esperanza de que hubiera terminado mucho antes—. ¿Y qué les dijisteis desde Qarth, que me erais leal y no queríais saber más de ellos? —Ser Jorah no se atrevía a mirarla a la cara—. Cuando Khal Drogo murió, me pedisteis que fuera con vos a Yi Ti y al mar de Jade. ¿Eran vuestros deseos o los de Robert?

—Sólo quería protegeros —insistió—. Tenía que apartaros de ellos. Sabía que son unas serpientes...

—¿Serpientes? ¿Y vos qué sois, ser? —Se le ocurrió algo inimaginable—. ¿Les dijisteis que estaba embarazada de Drogo?

—*Khaleesi*...

—No intentéis negarlo, ser —intervino Ser Barristan con brusquedad—. Yo estaba presente cuando el eunuco se lo dijo al Consejo, y Robert decretó que Su Alteza y el niño debían morir. Vos erais el informador, ser. Incluso se comentó que os podríais encargar del trabajo a cambio de un perdón.

—Es mentira. —Ser Jorah tenía el rostro sombrío—. Yo jamás habría... Daenerys, fui yo quien impidió que bebierais el vino.

—Cierto. ¿Cómo supisteis que el vino estaba envenenado?

—Pues... lo sospeché... con la caravana llegó una carta de Varys, me decía que intentarían asesinaros. Él os quería tener vigilada, pero sin que sufrierais daño alguno. —Se dejó caer de rodillas—. Si no hubiera sido yo, habrían encontrado otro informador. Lo sabéis bien.

—Sé que me traicionasteis. —Se tocó el vientre, donde había muerto su hijo Rhaego—. Sé que un envenenador trató de matar a mi hijo por vuestra culpa. Eso es lo que sé.

—No... no. —Sacudió la cabeza—. No tuve intención de... Perdonadme. Tenéis que perdonarme.

—¿Tengo que perdonaros? —Era demasiado tarde. «Tendría que haber empezado por suplicar perdón.» Ya no podía exculparlo, como había sido su intención. Había arrastrado al vendedor de vinos atado a la yegua hasta que no quedó nada de él. ¿No merecía lo mismo el hombre que la había vendido? «Es Jorah, mi oso valiente, el brazo

derecho que jamás me falló. Sin él habría muerto, pero...»—. No, no puedo perdonaros —dijo.

—Habéis perdonado al viejo.

—Me mintió en cuanto a su nombre. Vos vendisteis mis secretos a los que mataron a mi padre y robaron el trono de mi hermano.

—Os he protegido. He luchado por vos. He matado por vos.

«Me habéis besado —pensó—. Me habéis traicionado.»

—Entré en las cloacas como una rata. Todo por vos.

«Tal vez habría sido mejor para vos si hubierais muerto en ellas.»

Dany no dijo nada. No había nada que decir.

—Daenerys —terminó—, os he amado.

Ya estaba. «Tres traiciones conocerás. Una por oro, una por sangre y una por amor.»

—Dicen que los dioses no hacen nada sin un propósito. No habéis muerto en la batalla, así que debe de ser que aún quieren algo de vos. Pero yo, no. No deseo teneros cerca. Quedáis desterrado, ser. Volved con vuestros amos a Desembarco del Rey, recoged el perdón que os prometieron. O marchaos a Astapor. No me cabe duda de que el rey carnicero necesitará caballeros.

—No. —Tendió la mano hacia ella—. Daenerys, por favor, escuchadme...

Ella le dio un golpe en el brazo.

—No os atreváis a tocarme de nuevo, ni a pronunciar mi nombre. Tenéis hasta el amanecer para recoger vuestras pertenencias y salir de esta ciudad. Si la luz del día os encuentra todavía en Meereen, haré que Belwas el Fuerte os arranque la cabeza. Así será. Creedme. —Se dio la vuelta bruscamente; las faldas se le enrollaron a las piernas. «No soportaré verle el rostro»—. Sacad a este mentiroso de mi vida —ordenó.

«No debo llorar. No debo llorar. Si lloro, lo perdonaré.» Belwas el Fuerte cogió a Ser Jorah por el brazo y lo sacó casi a rastras. Cuando Dany miró de reojo, el caballero caminaba como si estuviera borracho,

lento y tambaleante. Apartó la vista de nuevo hasta que oyó que las puertas se abrían y se cerraban. Sólo entonces se dejó caer en el asiento de ébano. «Ya se ha ido. Mi padre y mi madre, mis hermanos, Ser Willem Darry, Drogo, que era mi sol y estrellas, su hijo que se me murió dentro y ahora Ser Jorah...»

—La reina tiene buen corazón —ronroneó Daario entre los bigotes color púrpura—, pero ese hombre es más peligroso que todos los Oznaks y todos los Meros juntos. —Acarició las empuñaduras de las dos espadas, aquellas lascivas mujeres doradas, con manos fuertes—. No tenéis ni siquiera que dar la orden, mi resplandor. Con que hagáis un pequeño gesto de asentimiento, vuestro Daario os traerá su cabeza.

—Dejadlo en paz. La balanza ya está equilibrada. Que se vaya a casa.

Dany se imaginó a Jorah entre viejos robles nudosos, arbustos de espino en flor, piedras grises cubiertas de musgo y arroyuelos gélidos que discurrían por colinas elevadas. Lo vio entrar en un torreón hecho de grandes troncos, donde los perros dormían junto a la chimenea y el olor a carne e hidromiel impregnaba el ambiente espeso.

—Hemos terminado por ahora —le dijo a sus capitanes.

Tuvo que controlarse para no correr escaleras arriba por los peldaños de mármol. Irri la ayudó a despojarse de los ropajes de recibir a la corte para ponerse algo más cómodo: unos amplios pantalones de lana, una túnica de fieltro muy suelta y un chaleco pintado dothraki.

—¡Pero si estáis temblando, *khaleesi*! —dijo la muchacha cuando se arrodilló para atarle las sandalias.

—Tengo frío —mintió Dany—. Tráeme el libro que estaba leyendo anoche.

Quería perderse entre las palabras, en otros tiempos y lugares. El grueso volumen encuadernado en cuero estaba lleno de canciones e historias de los Siete Reinos. En realidad eran cuentos para niños, demasiado simples y fantasiosos para tratarse de historias reales. Todos los héroes eran altos y atractivos, y a los traidores se los

reconocía por sus ojos huidizos. Pero, de todos modos, le gustaban. La noche anterior había leído acerca de las tres princesas de la torre roja y el rey que las había encerrado por el crimen de ser hermosas. Cuando la doncella le llevó el libro, a Dany no le costó encontrar la página donde había dejado la lectura, pero fue inútil. Descubrió que tenía que leer cada párrafo una docena de veces.

«Ser Jorah me regaló este libro el día de mi boda, el día en que me casé con Khal Drogo. Pero Daario tiene razón, no tendría que haberlo desterrado. Tendría que haberlo conservado a mi lado, o si no, hacerlo matar.» Jugaba a ser reina, pero a veces volvía a sentirse como una niñita asustada. «Viserys siempre me decía que era estúpida. ¿De verdad estaría loco?» Cerró el libro. Podía volver a llamar a Ser Jorah si lo deseaba. O enviar a Daario a matarlo.

Dany rehuyó la decisión saliendo a la terraza. Se encontró a *Rhaegal* dormido junto al estanque, una gran espiral verde y bronce que se tostaba al sol. *Drogon* estaba posado en la cima de la pirámide, allí donde se había alzado la gran arpía de bronce antes de que ordenara que la derribaran. Al verla, el dragón extendió las alas y rugió. No había ni rastro de *Viserion*, pero al acercarse al antepecho para escudriñar el horizonte divisó a lo lejos las alas claras que sobrevolaban el río.

«Está cazando. Cada día se vuelven más atrevidos. —Pero se seguía poniendo nerviosa cuando se alejaban demasiado en sus vuelos—. Puede que algún día uno de ellos no regrese.»

—¿Alteza?

Se volvió al oír la voz de Ser Barristan a su espalda.

—Perdonadme, Alteza. Sólo quería deciros... ahora que sabéis quién soy... —El anciano titubeó—. Un caballero de la Guardia Real está en presencia de su rey día y noche. Por ese motivo, nuestros juramentos nos exigen proteger sus secretos de la misma manera que protegeríamos su vida. Pero, por derecho, los secretos de vuestro padre ahora os pertenecen a vos, al igual que su trono, y... pensé que tal vez quisierais hacerme algunas preguntas.

«¿Preguntas?» Tenía cien preguntas, mil, diez mil. ¿Por qué en aquel momento no se le ocurría ninguna?

—¿De verdad estaba loco mi padre? —se le escapó. «¿Por qué pregunto semejante cosa?»—. Viserys decía que eso de la locura era una estratagema del Usurpador...

—Viserys era un niño y la reina lo protegía tanto como le era posible. Ahora creo que en vuestro padre siempre hubo un punto de locura. Pero también era encantador y generoso, de modo que se le perdonaban sus errores. El inicio de su reinado fue muy prometedor... pero, a medida que pasaban los años, los errores fueron cada vez más frecuentes, hasta que...

—¿Seguro que quiero escuchar eso ahora mismo? —lo interrumpió Dany.

—Puede que no. —Ser Barristan meditó un instante—. Ahora mismo, no.

—Ahora mismo, no —asintió ella—. Algún día. Algún día me lo tendréis que contar todo. Lo bueno y lo malo. Espero que habrá algo bueno que decir sobre mi padre.

—Desde luego, Alteza. Sobre él y sobre los que lo precedieron. Vuestro abuelo Jaehaerys y su hermano, su padre Aegon, vuestra madre... y Rhaegar. Más que ningún otro.

—Me hubiera gustado conocerlo —dijo con melancolía.

—A mí me hubiera gustado que os conociera —dijo el anciano caballero—. Cuando estéis preparada os lo contaré todo.

Dany lo besó en la mejilla y le dio permiso para retirarse.

Aquella noche sus doncellas le sirvieron cordero, una ensalada de zanahorias y uvas pasas maceradas en vino, y un pan caliente y hojaldrado que rezumaba miel. No consiguió comer ni un bocado.

«¿Se sentiría tan cansado Rhaegar alguna vez? —se preguntó—. ¿O Aegon, después de la conquista?»

Aquella noche, cuando llegó la hora de acostarse, Dany se llevó a Irri a la cama por primera vez desde lo que sucedió en el barco. Pero mientras se estremecía de alivio y pasaba los dedos por la espesa

cabellera negra de su doncella, imaginaba que era Drogo quién la tenía entre sus brazos... sólo que, sin saber por qué, el rostro de su sol y estrellas se seguía transformando en el de Daario.

«Si quisiera a Daario sólo tendría que decirlo.» Permaneció despierta en la cama, con las piernas entrelazadas con las de Irri. «Hoy tenía los ojos casi púrpura.»

Aquella noche los sueños de Dany fueron muy agitados, y en tres ocasiones la despertaron pesadillas que apenas si podía recordar. Después de la tercera vez estaba demasiado inquieta para intentar dormir de nuevo. La luz de la luna se colaba por las ventanas inclinadas y teñía de plata los suelos de mármol. Una brisa fresca soplaba a través de las puertas abiertas de la terraza. Irri dormía profundamente a su lado, tenía los labios entreabiertos y un pezón oscuro le asomaba de las sábanas de seda. Por un momento Dany se sintió tentada, pero a quien quería era a Drogo, o tal vez a Daario. No a Irri. La doncella era dulce y hábil, pero sus besos tenían el sabor del deber.

Se levantó y dejó a Irri dormida a la luz de la luna. Jhiqui y Missandei dormían en sus lechos. Dany se puso una túnica y, descalza, salió a la terraza. El aire era gélido, pero le gustaba la sensación de la hierba entre los dedos de los pies, el sonido de las hojas susurrándose entre ellas... La brisa provocaba ondas en la superficie del pequeño estanque donde se bañaba y hacía que el reflejo de la luna danzara y se estremeciera.

Se apoyó en el bajo antepecho de ladrillos para contemplar la ciudad. Meereen también dormía. «Tal vez perdida en sueños de tiempos mejores.» La noche cubría las calles como un manto negro, ocultaba los cadáveres, las ratas grises que salían de las cloacas para devorarlos, los enjambres de moscas zumbonas... A lo lejos las antorchas brillaban rojas y amarillas allí donde los centinelas hacían las rondas, y de cuando en cuando se divisaba la luz tenue de un farol que se movía por un callejón. Tal vez uno de ellos fuera de Ser Jorah, que guiaba su caballo a paso lento hacia las puertas de la ciudad. «Adiós, viejo oso. Adiós, traidor.»

Ella era Daenerys de la Tormenta, la que no arde, *khaleesi* y reina, Madre de Dragones, exterminadora de brujos, rompedora de cadenas, y no había ni una persona en el mundo en la que pudiera confiar.

—¿Alteza? —A su lado estaba Missandei, envuelta en una túnica y calzada con sandalias de madera—. Me he despertado y he visto que no estabais. ¿Habéis dormido bien? ¿Qué estáis mirando?

—Mi ciudad —dijo Dany—. Buscaba una casa con una puerta roja, pero de noche todas las puertas son negras.

—¿Una puerta roja? —se extrañó Missandei—. ¿De qué casa habláis?

—De ninguna. No importa. —Dany cogió a la niña de la mano—. No me mientas nunca, Missandei. No me traiciones nunca.

—Jamás —prometió Missandei—. Mirad, está amaneciendo.

El cielo se había tornado de un azul cobalto desde el horizonte hasta el cenit, y hacia el oriente, más allá de las colinas, se divisaba un brillo entre dorado pálido y rosa. Dany siguió cogida de la mano con Missandei mientras veían salir el sol. Todos los adoquines grises se fueron tornando rojos, amarillos, azules, verdes, anaranjados... Ante sus ojos las arenas de combate color escarlata se convirtieron en heridas sangrantes. Más allá, la cúpula dorada del Templo de las Gracias deslumbraba con su brillo, y las estrellas de bronce parpadeaban en las murallas allí donde la luz del sol naciente arrancaba destellos de las púas en los cascos de los Inmaculados. En la terraza, unas cuantas moscas zumbaban con torpeza. Un pájaro empezó a gorjear en el palo santo, luego lo siguieron otros dos. Dany inclinó la cabeza para escuchar su canto, pero los sonidos de la ciudad no tardaron en ahogarlo.

«Los sonidos de mi ciudad.»

Aquella mañana convocó a los capitanes y comandantes en el jardín, en vez de bajar a la sala de audiencias.

—Aegon el Conquistador llevó la sangre y el fuego a Poniente, pero luego les dio paz, prosperidad y justicia. En cambio, yo no he

traído más que ruina y muerte a la Bahía de los Esclavos. He sido más *khal* que reina, he arrasado, saqueado y pasado de largo.

—Es que no hay por qué quedarse —dijo Ben Plumm el Moreno.

—Alteza, los traficantes de esclavos fueron los causantes de su desgracia —dijo Daario Naharis.

—También habéis traído libertad —señaló Missandei.

—¿Libertad para morir de hambre? ¿Qué soy, un dragón o una arpía?

«¿Estoy loca? ¿Tengo la lacra?»

—Un dragón —dijo Ser Barristan sin titubeos—. Meereen no es Poniente, Alteza.

—Pero ¿cómo podré gobernar los Siete Reinos, si no puedo dirigir ni una ciudad?

El caballero no supo qué responderle. Dany les dio la espalda, para contemplar la ciudad una vez más.

—Mis hijos necesitan tiempo para curarse y para aprender. Mis dragones necesitan tiempo para crecer y fortalecer las alas. Y yo también. No dejaré que esta ciudad siga el camino de Astapor. No permitiré que la arpía de Yunkai vuelva a encadenar a los que he liberado. —Se dio la vuelta para mirarlos—. No proseguiré la marcha.

—¿Qué haréis entonces, *khaleesi*? —preguntó Rakharo.

—Quedarme —respondió ella—. Gobernar. Reinar.

JAIME

El rey estaba sentado a la cabecera de la mesa, con un montón de cojines debajo del trasero, y firmaba los documentos a medida que se los iban presentando.

—Ya sólo quedan unos pocos, Alteza —le aseguró Ser Kevan Lannister—. Esto es un decreto contra Lord Edmure Tully, según el cual se le confisca Aguasdulces, todas sus tierras y sus rentas, por rebelarse contra su legítimo rey. Esto es un decreto similar contra su tío, Ser Brynden Tully, el Pez Negro.

Tommen fue firmándolos uno tras otro, mojando la pluma con cuidado y escribiendo su nombre con letra amplia, infantil.

Jaime lo miraba desde el otro extremo de la mesa y pensaba en tantos y tantos señores que aspiraban a ocupar un asiento en el Consejo Privado del rey. «Por mí que se queden con el mío.» Si aquello era el poder, ¿por qué se parecía tanto al aburrimiento? Allí, mirando cómo Tommen mojaba de nuevo la pluma en el tintero, no se sentía especialmente poderoso. Lo que se sentía era aburrido.

«Y magullado.» Le dolían todos los músculos del cuerpo, tenía las costillas y los hombros llenos de magulladuras por la paliza recibida, cortesía de Ser Addam Marbrand. Sólo con recordarla se le tensaba el rostro en una mueca de dolor. Su única esperanza era que Marbrand mantuviera la boca cerrada. Jaime lo conocía desde que era niño y servía como paje en Roca Casterly. Confiaba en él como en quien más, tanto como para pedirle que cogieran escudos y espadas de torneo. Había querido saber si podía luchar con la mano izquierda.

«Y ahora ya lo sé.» La certeza era aún más dolorosa que la paliza que le había propinado Ser Addam, y la paliza había sido tal que aquella mañana apenas si había conseguido vestirse. Si la pelea hubiera sido real, Jaime habría muerto dos docenas de veces. Cambiar de mano parecía tan sencillo... Y no lo era. Todos los instintos lo

inducían a error. Antes sólo tenía que moverse, entonces estaba obligado a pensar primero. Y, mientras pensaba, Marbrand lo golpeaba. Con la mano izquierda ni siquiera podía sujetar bien la espada; Ser Addam lo había desarmado tres veces, le había arrancado el arma y la había lanzado por los aires.

—Esto otorga tierras, rentas y un castillo a Ser Emmon Frey y a su señora esposa, Lady Genna. —Ser Kevan puso otro montón de pergaminos delante del rey. Tommen mojó la pluma y firmó—. Esto es un decreto de legitimidad para el hijo natural de Lord Roose Bolton de Fuerte Terror. Y esto nombra a Lord Bolton vuestro Guardián del Norte.

Tommen mojaba y firmaba, mojaba y firmaba.

—Esto otorga a Ser Rolph Spicer la propiedad del castillo Castamere, así como el título de señor.

Tommen garabateó su nombre.

«Tendría que haber acudido a Ser Ilyn Payne», reflexionó Jaime. La Justicia del Rey no era tan amigo suyo como Marbrand y seguramente le habría dado una paliza mucho peor... pero, al no tener lengua, luego no habría podido alardear de ello. Lo único que hacía falta era que Ser Addam bebiera una copa de más y se le escapara un comentario, y el mundo entero sabría la clase de inútil en que se había convertido. «Lord Comandante de la Guardia Real.» Era sin duda una broma cruel... aunque no tanto como el regalo que su padre le había enviado.

—Esto es vuestro perdón real para Lord Gawen Westerling, su señora esposa y su hija, Jeyne, dándoles la bienvenida de vuelta a la paz del rey —siguió Ser Kevan—. Esto es un perdón real para Lord Jonos Bracken de Seto de Piedra. Esto es un perdón para Lord Vance. Esto para Lord Goodbrook. Esto para Lord Mooton de Poza de la Doncella.

—Parece que lo tienes todo bajo control, tío —dijo Jaime levantándose—. Dejo a Su Alteza a tu cargo.

—Como quieras. —Ser Kevan se levantó también—. Jaime, tendrías que ir a ver a tu padre. Esta brecha que se ha abierto entre nosotros...

—La ha abierto él. Y no la cerrará si me envía regalos con ánimo de escarnecerme. Díselo, si es que lo puedes apartar de los Tyrell el tiempo suficiente.

—Te hizo el regalo de corazón —dijo su tío con una expresión afligida—. Pensamos que tal vez te animaría para...

—¿Para que me creciera una nueva mano?

Jaime se volvió hacia Tommen. Aunque tenía los rizos dorados y los ojos verdes de Joffrey, el nuevo rey no compartía gran cosa con su difunto hermano. Era regordete, con el rostro redondo y sonrosado, y hasta le gustaba leer.

«Mi hijo, aún no tiene ni nueve años. El niño no es aún el hombre.» Tendrían que pasar siete años antes de que Tommen empezara a gobernar por derecho propio. Hasta entonces, el reino estaría bajo el firme control de su señor abuelo.

—Alteza —dijo—, solicito permiso para retirarme.

—Como queráis, Ser Tío. —Tommen se volvió hacia Ser Kevan—. ¿Los puedo sellar ya, tío abuelo?

Hasta el momento, lo que más le gustaba de ser rey era presionar el sello real sobre la cera caliente.

Jaime salió a zancadas de la sala del Consejo. Al otro lado de la puerta se encontró con Ser Meryn Trant, firme y rígido, de guardia con la armadura blanca y la capa nívea.

«Si éste, Kettleblack o Blount supieran lo vulnerable que soy...»

—Quedaos aquí hasta que Su Alteza haya terminado —dijo—, luego escoltadlo de vuelta a Maegor.

—Como digáis, mi señor —dijo Trant, inclinando la cabeza.

Aquella mañana el patio de armas estaba lleno de gente y ruido. Jaime se dirigió hacia los establos, donde un nutrido grupo de hombres ensillaba los caballos.

—¡Patas de Acero! —llamó—. De modo que ya os ponéis en marcha.

—En cuanto mi señora monte —dijo Patas de Acero Walton—. Mi señor de Bolton nos espera. Ah, ya está aquí.

Un mozo de cuabras salió del establo llevando una hermosa yegua gris por las riendas. La montaba una niña delgada, de ojos inexpresivos, abrigada con una gruesa capa. Era gris, al igual que el vestido que llevaba debajo, con ribetes de seda blanca. El broche que se la cerraba ante el pecho tenía forma de cabeza de lobo, con ópalos a modo de ojos rasgados. Llevaba la larga cabellera castaña suelta al viento. Jaime pensó que tenía un rostro muy atractivo, aunque los ojos eran tristes y recelosos.

Al verlo, la niña inclinó la cabeza.

—Ser Jaime —dijo con voz baja, nerviosa—, qué amable por vuestra parte venir a despedirme.

—Veo que me conocéis. —Jaime clavó la mirada en ella.

La niña se mordió el labio.

—Tal vez no me recordéis, mi señor, entonces era más pequeña, pero... tuve el honor de conocerlos en Invernalía, cuando el rey Robert fue a visitar a mi padre, Lord Eddard. —Bajó los grandes ojos castaños—. Soy Arya Stark —murmuró.

Jaime no había prestado nunca mucha atención a Arya Stark, pero le pareció que aquella niña era mayor.

—Tengo entendido que partís para contraer matrimonio.

—Han dispuesto que me case con el hijo de Lord Bolton, Ramsay. Era un Nieve, pero Su Alteza le ha concedido el apellido Bolton. Dicen que es muy valiente. Estoy dichosa.

«Entonces, ¿por qué pareces tan asustada?»

—Os deseo todo lo mejor, mi señora. —Jaime se volvió hacia Patas de Acero—. ¿Os han dado el dinero que se os prometió?

—Sí, y ya lo hemos compartido. Tenéis toda mi gratitud. —El norteño sonrió—. Un Lannister siempre paga sus deudas.

—Siempre —dijo Jaime, lanzando una última mirada en dirección a la niña.

Se preguntó si habría alguna similitud. No es que tuviera mucha importancia, la verdadera Arya Stark se encontraría con toda probabilidad enterrada en una tumba anónima del Lecho de Pulgas. Sus padres habían muerto, y también todos sus hermanos, ¿quién osaría destapar el fraude?

—Buen viaje —le dijo a Patas de Acero.

Nage alzó el estandarte de paz, los norteños formaron una columna tan desastrada como sus capas de piel y salieron al trote por la puerta del castillo. En medio de la columna, la niña delgada de la yegua gris parecía muy menuda y desamparada.

Algunos caballos todavía se espantaban en la mancha negra del suelo de arena prensada, allí donde la tierra se había bebido la sangre del mozo de cuadras al que Gregor Clegane había matado de manera tan torpe. Sólo con verla Jaime se ponía furioso. Había dicho a la Guardia Real que mantuviera alejado al gentío, pero el imbécil de Ser Boros se había distraído con el duelo. Parte de la culpa había sido del estúpido muchacho, claro, y otra parte también del dorniense muerto. Pero sobre todo de Clegane. El golpe que cortó el brazo al muchacho había sido pura mala suerte, pero el segundo...

«En fin, Gregor lo está pagando caro.» El Gran Maestre Pycelle le estaba tratando las heridas pero, a juzgar por los alaridos que se escuchaban en las estancias del maestre, la curación no iba tan bien como debería.

—La carne se le pudre y las heridas rezuman pus —había dicho Pycelle al Consejo—. Ni siquiera los gusanos quieren acercarse a tal inmundicia. Sufre convulsiones tan violentas que lo he tenido que amordazar para que no se arranque la lengua de un mordisco. He cortado tanto tejido como he podido y he tratado la podredumbre con vino hirviendo y moho de pan, pero no ha servido de nada. Las venas del brazo se le están volviendo negras. Cuando lo sangré, todas las sanguijuelas murieron. Mis señores, tengo que saber qué sustancia

maligna puso en su lanza el príncipe Oberyn. Propongo que detengamos a los otros dornienses hasta que sean más sinceros.

Lord Tywin se había negado.

—Ya vamos a tener suficientes problemas con Lanza del Sol por la muerte del príncipe Oberyn. No tengo la menor intención de empeorar las cosas tomando prisioneros a sus acompañantes.

—En ese caso, mucho me temo que Ser Gregor morirá.

—Sin duda. Es lo que le juré al príncipe Doran en la carta que le envié junto con el cuerpo de su hermano. Pero es imprescindible que lo mate la justicia del rey, no una lanza envenenada. Curadlo.

—Mi señor... —El Gran Maestre Pycelle lo miraba, consternado.

—Curadlo —repitió Lord Tywin, contrariado—. Supongo que estáis informado de que Lord Varys ha enviado pescadores a las aguas que rodean Rocadragón. Informan de que la isla está defendida por un destacamento casi simbólico. Los lysenos se han ido de la bahía, y con ellos la mayor parte de los hombres de Stannis.

—Excelente —dijo Pycelle—. Propongo que dejemos que Stannis se pudra en Lys. Nos hemos librado de ese hombre y de sus ambiciones.

—¿Acaso perdisteis también el cerebro cuando Tyrion os afeitó la barba? Estamos hablando de Stannis Baratheon. Ese hombre luchará hasta el final, y ni siquiera entonces se detendrá. Si se ha marchado, quiere decir que tiene intención de reanudar la guerra. Lo más probable es que se dirija a Bastión de Tormentas y trate de alzar en armas a los señores de la tormenta. Si es así, estará perdido. Pero si fuera más osado apostaría por Dorne. Trataría de ganar Lanza del Sol para su causa, y la guerra podría prolongarse años y años. De modo que no ofenderemos más a los Martell, por ningún motivo. Los dornienses podrán marcharse cuando deseen y vos curaréis a Ser Gregor.

De modo que la Montaña gritó, día y noche. Por lo visto, Lord Tywin Lannister podía intimidar al propio Desconocido.

Mientras subía por la escalera espiral de la Torre de la Espada Blanca, Jaime oyó los ronquidos de Ser Boros en su celda. La puerta de Ser Balon también estaba cerrada; aquella noche le correspondía velar por el rey, de modo que se pasaría el día durmiendo. Aparte de los ronquidos de Blount, la torre estaba muy silenciosa, cosa que convenía a Jaime.

«Yo también debería descansar.» La noche anterior, tras el baile con Ser Addam, el dolor de los golpes le había impedido dormir.

Pero, al entrar en el dormitorio, se encontró con su hermana que lo esperaba.

Estaba junto a la ventana abierta contemplando las murallas del castillo y el mar más allá. El viento de la bahía soplaba en torno a ella y le ceñía el vestido al cuerpo de una manera que a Jaime le aceleró el pulso. La túnica era blanca, tan blanca como las colgaduras de las paredes y los cortinajes de la cama. Espirales de esmeraldas diminutas adornaban los extremos de las anchas mangas y le adornaban el corpiño. La redecilla de oro con la que se recogía el pelo estaba cuajada de esmeraldas más grandes. El escote de la túnica dejaba al descubierto los hombros y la parte superior de los pechos.

«Qué hermosa es.» Lo único que deseaba en el mundo era tomarla entre sus brazos.

—Cersei. —Cerró la puerta con suavidad—. ¿Qué haces aquí?

—¿Adónde si no podía ir? —Cuando se dio la vuelta, vio que tenía los ojos llenos de lágrimas—. Nuestro padre me ha dejado bien claro que ya no me quiere en el Consejo. Jaime, tienes que hablar con él.

—Hablo con Lord Tywin todos los días. —Jaime se quitó la capa y la colgó de un clavo en la pared.

—¿Por qué eres tan terco? Lo único que quiere...

—Es obligarme a abandonar la Guardia Real y enviarme de vuelta a Roca Casterly.

—No es tan grave. A mí también me envía de vuelta a Roca Casterly. Me quiere bien lejos para manejar a Tommen a su antojo. ¡Tommen es hijo mío, no suyo!

—Tommen es el rey.

—¡Es un niño! Es un niño asustado que ha visto cómo asesinaban a su hermano durante su banquete de bodas. Y ahora le están diciendo que se tiene que casar. ¡Esa chica le dobla la edad y ya ha enviudado dos veces!

Jaime se acomodó en una silla y trató de hacer caso omiso del dolor de los músculos magullados.

—Los Tyrell se muestran insistentes. Y no veo que tenga nada de malo. Tommen ha estado muy solo desde que Myrcella partió hacia Dorne. Le gusta estar con Margaery y con sus doncellas. Deja que los casen.

—Es tu hijo...

—Es mi semilla. No me ha llamado nunca padre, igual que Joffrey. Me lo dijiste un millón de veces, me advertiste que no mostrara demasiado interés por ellos.

—¡Era para protegerlos! Y también para protegerte a ti. ¿Qué habrían pensado todos si mi hermano se mostrara paternal con los hijos del rey? Hasta Robert habría sospechado algo.

—Bueno, ya no está en condiciones de sospechar nada. —La muerte de Robert le había dejado un regusto amargo en la boca. «Debí ser yo quien lo matara, y no Cersei»—. Yo sólo quería que muriera a mis manos. —«Cuando aún tenía dos»—. Si hubiera permitido que lo de matar reyes se convirtiera en costumbre, como a él le gustaba decir, te habría tomado como esposa ante los ojos de todo el mundo. No me avergüenzo de amarte, sólo me avergüenzo de las cosas que he hecho para ocultarlo. Aquel chiquillo de Invernalía...

—¿Acaso te dije yo que lo tirases por la ventana? Si hubieras tomado parte en la cacería, como te supliqué que hicieras, no habría pasado nada. Pero no, tenías que estar conmigo, no podías esperar a que volviéramos a la ciudad.

—Ya estaba harto de esperar. No soportaba ver a Robert meterse a trompicones en tu cama noche tras noche, siempre preguntándome si te exigiría que cumplieras tus deberes como esposa. —De repente, Jaime recordó algo más que le daba vueltas en la cabeza, algo relativo a Invernalía—. En Aguasdulces, Catelyn Stark estaba convencida de que yo había enviado a un criminal para cortarle el cuello a su hijo. Decía que le había dado una daga.

—Ah, ya —replicó ella, despectiva—. Tyrion también me preguntó por el tema.

—Lo de la daga era cierto. Las cicatrices que Lady Catelyn tenía en las manos no eran imaginarias, me las enseñó. ¿Fuiste tú la que...?

—Por favor, no digas tonterías. —Cersei cerró la ventana—. Sí, tenía la esperanza de que el crío muriese. Igual que tú. ¡Pero si hasta Robert pensaba que habría sido lo mejor para él!

»—Matamos a los caballos cuando se rompen una pata y a los perros cuando se quedan ciegos, pero somos demasiado débiles para mostrarnos igual de misericordiosos con un niño tullido —me dijo. Con esas palabras. Claro que él también estaba ciego en ese momento, de tanto beber.

«¿Robert?» Jaime había velado por el rey suficientes veces para saber que, cuando bebía de más, Robert Baratheon decía cosas que al día siguiente negaría airado.

—¿Estabais a solas cuando Robert hizo ese comentario?

—Me imagino que no pensarás que lo dijo delante de Ned Stark. Claro que estábamos a solas. Con los niños. —Cersei se quitó la redecilla del pelo, la colgó de un poste de la cama y sacudió la cabeza para desenredar los rizos dorados—. A lo mejor fue Myrcella la que envió al hombre de la daga, ¿qué te parece?

Pretendía que fuera una burla, pero Jaime vio al momento que había dado en el clavo.

—Myrcella no. Joffrey.

—A Joffrey no le gustaba Robb Stark —dijo Cersei con el ceño fruncido—, pero el crío no le importaba lo más mínimo. Si él mismo no era más que un niño...

—Un niño ansioso por que ese cerdo que le dijiste que era su padre le diera una palmadita en la espalda. —Se le ocurrió una idea incómoda—. Tyrion estuvo a punto de morir por culpa de esa daga de mierda. Si supiera que todo fue obra de Joffrey, tal vez ése fuera el motivo de que...

—No me importa el motivo —lo interrumpió Cersei—. Por mí, que se lleve sus razones al infierno. Si hubieras visto cómo murió Joff... Luchó, Jaime, luchó por cada bocanada de aire, pero era como si un espíritu maligno le estuviera apretando la garganta. Si hubieras visto cuánto terror había en sus ojos... Cuando era pequeño, venía a mí corriendo cada vez que tenía miedo o se había hecho daño, y yo lo protegía. Pero aquella noche no pude hacer nada. Tyrion lo asesinó delante de mí, ¡y no pude hacer nada! —Cersei se dejó caer de rodillas delante de la silla de Jaime, le cogió la mano entre las suyas—. Joff está muerto y Myrcella está en Dorne. Sólo me queda Tommen. Por favor, Jaime, no dejes que nuestro padre me lo arrebatte. Por favor.

—Lord Tywin no me ha pedido mi aprobación. Puedo hablar con él, pero no me prestará atención...

—Te prestará atención si accedes a dejar la Guardia Real.

—No voy a dejar la Guardia Real.

—Jaime, para mí eres mi caballero de la brillante armadura. —Su hermana trató de contener las lágrimas—. ¡No puedes abandonarme cuando más te necesito! Me va a arrebatar a mi hijo, me va a enviar lejos... y, si no lo impides, ¡nuestro padre me va a obligar a casarme de nuevo!

Jaime no tendría que haberse sorprendido, pero se sorprendió. Aquellas palabras fueron un golpe más duro que ninguno de los que le había asestado Ser Addam Marbrand.

—¿Con quién?

—¿Y qué más da? Con cualquier señor, yo qué sé. Con alguien a quien nuestro padre necesite. No me importa. No quiero tener otro esposo. ¡No quiero tener a ningún otro hombre en mi cama, nunca, sólo a ti!

—¡Pues díselo!

—Ya vuelves a decir tonterías. —Cersei retiró las manos—. ¿Quieres que nos separen, como aquella vez cuando nuestra madre nos encontró jugando? Tommen perdería el trono, Myrcella su matrimonio... Quiero ser tu esposa, somos el uno para el otro, pero no puede ser, Jaime. También somos hermanos.

—Los Targaryen...

—¡Nosotros no somos Targaryen!

—Baja la voz —dijo, desdeñoso—. Si sigues gritando así, vas a despertar a mis Hermanos Juramentados. Y eso no puede ser, ¿verdad? La gente se enteraría de que has venido a verme.

—Jaime —sollozó ella—, ¿no te das cuenta de que lo deseo tanto como tú? No me importa con quién vayan a casarme, a quien quiero a mi lado es a ti, a quien quiero en mi cama es a ti, a quien quiero dentro de mí es a ti. Entre nosotros no ha cambiado nada. Te lo voy a demostrar.

Le levantó la túnica y empezó a desatarle la lazada de los calzones.

—No —dijo Jaime, casi contra su voluntad—. No, aquí no. —Nunca lo habían hecho en la Torre de la Espada Blanca y mucho menos en las estancias del Lord Comandante—. En este lugar no, Cersei.

—Tú me tomaste a mí en el sept. No hay diferencia.

Le sacó la polla e inclinó la cabeza. Jaime la apartó con el muñón de la mano derecha.

—¡No! ¡Te he dicho que aquí no!

Se obligó a ponerse de pie. Por un momento vio en aquellos ojos verdes confusión y miedo. Después, sólo rabia. Cersei se recompuso, se levantó y se arregló las faldas.

—¿Qué te cortaron en Harrenhal, la mano o la virilidad? —Sacudió la cabeza y la cabellera se le agitó sobre los blancos hombros desnudos—. Qué estupidez he cometido al acudir a ti. No has tenido valor para vengar a Joffrey, ¿por qué ibas a tenerlo para proteger a Tommen? Dime, si el Gnomo hubiera matado a tus tres hijos, a los tres, ¿te habrías encolerizado por fin?

—Tyrion no va a hacer ningún daño a Tommen ni a Myrcella. Y sigo sin estar seguro de que matara a Joffrey.

—¿Cómo puedes decir semejante cosa? —La boca de su hermana se retorció en un gesto de rabia—. Con todo lo que nos amenazó...

—Las amenazas no quieren decir nada. Tyrion jura que no tuvo nada que ver.

—Vaya, así que jura que no tuvo nada que ver. Y los enanos no mienten, claro.

—A mí, no. Igual que no me mentirías tú.

—Eres un completo idiota. Te ha mentido un millón de veces, igual que yo. —Se volvió a recoger el pelo y se lo sujetó con la redecilla que había colgado del poste de la cama—. Por mí puedes pensar lo que quieras. Ese pequeño monstruo está en una celda negra y Ser Ilyn le cortará la cabeza muy pronto. A lo mejor la quieres de recuerdo. —Echó una mirada en dirección a la almohada—. Te estará mirando mientras duermes a solas, en esa cama tan blanca y tan fría. Hasta que se le pudran los ojos, claro.

—Es mejor que te vayas, Cersei. Me estás haciendo enfadar.

—Ay, qué miedo, un tullido enfadado. —Se echó a reír—. Lástima que Lord Tywin Lannister no tuviera ningún hijo varón. Yo podría haber sido el heredero que buscaba, pero nací sin polla. Hablando del tema, será mejor que te guardes la tuya, hermano. Ahí, colgándote de los calzones, parece muy triste y muy pequeña.

Cuando hubo salido, Jaime siguió su consejo y se ató la lazada con mano torpe. Sentía un profundo dolor en los dedos fantasmales.

«He perdido una mano, un padre, un hijo, una hermana, una amante y pronto perderé a un hermano. Y aún dicen que la Casa Lannister ha ganado la guerra.»

Se puso la capa y bajó al piso inferior, donde Ser Boros Blount estaba bebiendo una copa de vino en la sala común.

—Cuando acabéis de beber, decidle a Ser Loras que quiero verla.

Ser Boros era demasiado cobarde para hacer nada aparte de mirarlo con odio.

—¿A quién queréis ver?

—Transmitid el mensaje a Loras.

—Sí, señor. —Ser Boros apuró la copa—. Sí, Lord Comandante.

Pero se tomó su tiempo o tal vez le costó mucho encontrar al Caballero de las Flores. Tuvieron que pasar varias horas antes de que llegaran juntos, el joven esbelto y atractivo con la doncella enorme y fea. Jaime estaba sentado a solas, en la habitación circular, y ojeaba sin interés el Libro Blanco.

—Lord Comandante —dijo Ser Loras—, ¿deseabais ver a la Doncella de Tarth?

—Así es. —Jaime les hizo gestos con la mano izquierda para que se acercaran más—. He de suponer que ya habéis hablado con ella.

—Tal como me ordenasteis, mi señor.

—¿Y bien?

—Puede... —El muchacho se puso rígido—. Puede que sucediera tal como dice esta mujer, ser. Que fuera Stannis. No estoy seguro.

—Varys me ha contado que el castellano de Bastión de Tormentas también pereció en circunstancias extrañas —señaló Jaime.

—Ser Cortnay Penrose —dijo Brienne con tristeza—. Era un buen hombre.

—Era un testarudo. Un día se interpone en el camino del rey de Rocadragón y al siguiente salta de una torre. —Jaime se levantó—. Seguiremos hablando en otro momento, Ser Loras. Dejadme a solas con Brienne.

Cuando Tyrell hubo salido, comprobó que la moza estaba tan fea y desgarrada como siempre. La habían vestido otra vez con ropas de mujer, aunque aquéllas le quedaban mucho mejor que el espantoso harapo rosa que le había hecho usar la Cabra.

—El azul os sienta muy bien, mi señora —observó Jaime—. Hace juego con vuestros ojos.

«Tiene unos ojos asombrosos.»

Brienne se miró el vestido, sonrojada.

—La septa Donyse ha puesto rellenos en el corpiño para darle forma. Me ha dicho que la enviabais vos. —Seguía de pie al lado de la puerta, como si pensara huir en cualquier momento—. Estáis...

—¿Diferente? —Se las arregló para esbozar una sonrisa—. Más carne sobre las costillas y menos piojos en el pelo, nada más. El muñón sigue siendo el mismo. Cerrad la puerta y venid aquí.

Brienne obedeció.

—La capa blanca...

—Es nueva, pero seguro que pronto la mancharé.

—No es eso... iba a deciros que os sienta bien. —Se acercó un poco más, titubeante—. Jaime, ¿de verdad pensáis lo que le dijisteis a Ser Loras? ¿Lo de... el rey Renly, lo de la sombra?

—Yo mismo habría matado a Renly si nos hubiéramos encontrado en el campo de batalla. —Jaime se encogió de hombros—. ¿Qué me importa quién le cortara la garganta?

—Le dijisteis que tenía honor...

—Soy el Matarreyes, ¿o lo habéis olvidado? Que yo diga que tenéis honor es como que una puta jure que sois doncella. —Se inclinó hacia adelante y alzó la vista hacia ella—. Patas de Acero va de camino hacia el norte, entregará a Arya Stark a Roose Bolton.

—¿Se la lleváis a él? —exclamó con desaliento—. Hicisteis un juramento a Lady Catelyn...

—Con una espada en el cuello, pero no importa. Lady Catelyn está muerta. No podría devolverle a sus hijas aunque las tuviera. Y la niña que mi padre envió con Patas de Acero no era Arya Stark.

—¿Que no era Arya Stark?

—Ya me habéis oído. Mi señor padre encontró a una cría norteña flaca, más o menos de la misma edad y complexión. La vistió de blanco y gris, le cerró la capa con un broche de plata en forma de lobo y la envió a casarse con el bastardo de Bolton. —Alzó el muñón para señalarla—. Quería decíroslo antes de que os lanzarais al galope para rescatarla y os hicierais matar en balde. Sois bastante buena con la espada, pero no tanto como para enfrentaros sola a doscientos hombres.

—Cuando Lord Bolton descubra que vuestro padre le ha pagado con moneda falsa... —Brienne sacudió la cabeza.

—Ya lo sabe. Los Lannister mentimos, ¿recordáis? Y no importa, esta chica cumple su objetivo. ¿Quién va a decir que no es Arya Stark? Todas las personas cercanas a la niña han muerto, a excepción de su hermana, que ha desaparecido.

—Si todo esto es verdad, ¿por qué me lo contáis? Me estáis entregando los secretos de vuestro padre.

«Los secretos de la Mano —pensó—. Yo ya no tengo padre.»

—Pago mis deudas, como todo leoncito bueno. Prometí a Lady Stark que le entregaría a sus hijas... y una de ellas sigue con vida. Puede que mi hermano sepa dónde está, pero no lo confiesa. Cersei está convencida de que Sansa lo ayudó a asesinar a Joffrey.

—No creeré nunca que esa dulce niña sea una envenenadora. —La moza tensó los labios en gesto obstinado—. Lady Catelyn decía que tenía un gran corazón. Fue vuestro hermano. Ser Loras me contó que hubo un juicio.

—Dos, para ser exactos. Tanto las palabras como las espadas le fallaron. Una mierda. ¿Lo visteis desde la ventana?

—Mi celda daba al mar, pero oí los gritos.

—El príncipe Oberyn de Dorne ha muerto, Ser Gregor Clegane yace moribundo y Tyrion ha sido condenado ante los ojos de los dioses y los hombres. Lo tienen en una celda negra y van a matarlo.

—Vos no creéis que sea culpable —dijo Brienne mirándolo.

—¿Lo veis, moza? —Jaime le dedicó una sonrisa burlona—. Nos conocemos demasiado bien el uno al otro. Tyrion ha querido ser como yo toda la vida, pero nunca seguiría mis pasos en lo de matar reyes. Sansa Stark mató a Joffrey. Mi hermano calla para protegerla. De cuando en cuando le entran estos ataques de caballeridad. El último le costó la nariz. Esta vez le va a costar la cabeza.

—No —dijo Brienne—. No ha sido la hija de mi señora. No ha podido ser ella.

—Ésa es la moza idiota y testaruda que recordaba.

Ella se puso roja.

—Me llamo...

—Brienne de Tarth. —Jaime suspiró—. Tengo un regalo para vos.

Metió la mano bajo la silla del Lord Comandante y sacó un objeto envuelto en pliegues de terciopelo escarlata.

Brienne se aproximó como si el objeto la fuera a morder y apartó la tela con una enorme mano pecosa. Los rubíes centellearon a la luz. Cogió el tesoro con timidez, cerró los dedos en torno al puño de cuero y, muy despacio, desenvainó la espada. Las ondulaciones brillaban de color sangre y negro. Un dedo de luz se reflejaba a lo largo del filo.

—¿Es acero valyrio? Nunca había visto colores así.

—Ni yo. Hubo un tiempo en el que habría dado la mano derecha por esgrimir una espada como ésta. Parece que lo he hecho, pero conmigo estaría desperdiciada. Es para vos. —Siguió hablando antes de que Brienne tuviera ocasión de rechazarla—. Una espada así tiene que tener nombre. Me complacería mucho si la llamarais *Guardajuramentos*. Una cosa más: la espada tiene un precio.

A la mujer se le nubló el rostro.

—Ya os dije que no serviré...

—A perjuros y asesinos. Sí, ya lo recuerdo. Escuchadme bien, Brienne, los dos hicimos juramentos relacionados con Sansa Stark. Cersei está empeñada en sacar a la niña de su escondrijo para matarla...

El poco agraciado rostro de Brienne se retorció de ira.

—Si creéis que voy a matar a la hija de mi señora por una espada, estáis...

—Escuchad y callad —le espetó, furioso por su presunción—. Quiero que encontréis a Sansa antes que ella y la pongáis a salvo. Si no, ¿cómo vamos a cumplir el juramento que hicimos a vuestra querida y difunta Lady Catelyn?

—Pensé que... —La moza parpadeó.

—Ya sé qué pensasteis. —De repente, Jaime estaba harto de ella. «No hace más que balar como una oveja de mierda»—. Tras la muerte de Ned Stark, su espadón quedó en manos de la justicia del rey —le explicó—. Pero mi padre consideró que era un desperdicio dejar un arma de tanta calidad en manos de un simple verdugo. Dio una espada nueva a Ser Ilyn y ordenó que fundieran a *Hielo* y la volvieran a forjar. Hubo acero suficiente para dos espadas nuevas. Vos tenéis una de ellas. Por si os interesa saberlo, estaréis defendiendo a la hija de Ned Stark con el acero de Ned Stark.

—Ser, os debo una discul...

—Coged la maldita espada y marchaos antes de que cambie de opinión —la interrumpió—. En los establos hay una yegua baya, tan fea como vos, pero que está mejor entrenada. Corred en pos de Patas de Acero, buscad a Sansa o marchaos a casa, a vuestra isla de zafiros, me da igual. No quiero volver a veros.

—Jaime...

—Matarreyes —le recordó—. Más os valdría usar la espada para limpiaros la cera de las orejas, moza. Hemos terminado.

Brienne persistió, empecinada.

—Joffrey era vuestro...

—Era mi rey. Dejadlo ahí.

—Decís que Sansa lo mató. Entonces, ¿por qué la protegéis?

«Porque para mí Joff no era más que un poco de semilla en el coño de Cersei. Y porque merecía morir.»

—He puesto y quitado reyes, pero Sansa Stark es mi última oportunidad de demostrar mi honor. —Jaime sonrió—. Además, los matarreyes tenemos que ayudarnos entre nosotros. ¿Os vais de una vez o no?

La mano enorme de la mujer asió con fuerza a *Guardajuramentos*.

—Así será. Encontraré a la niña y la pondré a salvo. Lo haré por su madre. Y por vos.

Hizo una reverencia rígida, se dio la vuelta y se marchó.

Jaime quedó a solas junto a la mesa, mientras las sombras empezaban a reptar por la habitación. Cuando se puso el sol, encendió una vela y abrió el Libro Blanco por la página que le correspondía a él. En un cajón encontró pluma y tinta. Bajo la última línea que había anotado Ser Barristan, empezó a escribir con la mano torpe de un niño de seis años al que el maestro empezara a enseñar las letras.

Derrotado en el Bosque Susurrante por el Joven Lobo, Robb Stark, durante la Guerra de los Cinco Reyes. Cautivo en Aguasdulces, consiguió la libertad a cambio de una promesa incumplida. Capturado de nuevo por los Compañeros Audaces y mutilado por orden de su capitán, Vargo Hoat, perdiendo la mano de la espada por obra de Zollo el Gordo. Devuelto a Desembarco del Rey por Brienne, la Doncella de Tarth.

Cuando terminó aún quedaban por llenar más de tres cuartos de la página, entre el león de oro en el escudo rojo de la parte superior y el escudo blanco vacío de la inferior. Ser Gerold Hightower había empezado su historia y Ser Barristan Selmy la había continuado, pero el resto la tendría que escribir el propio Jaime Lannister. En adelante podría escribir lo que eligiera.

Lo que eligiera...

JON

Soplaba un vendaval desde el este con tanta fuerza que la pesada jaula se bamboleaba cada vez que una ráfaga la apresaba entre sus dientes. Aullaba a lo largo del Muro, arañaba el hielo y hacía que la capa de Jon azotara los barrotes metálicos. El cielo era de un gris pizarra, el sol apenas una leve mancha brillante tras las nubes. Al otro lado del campo de batalla se divisaba el brillo de miles de hogueras, pero sus luces parecían pequeñas e impotentes contra aquel fondo de oscuridad y frío inmensos.

«Va a ser un día lúgubre.» Jon Nieve se aferró a los barrotes con las manos enguantadas y se sujetó con fuerza mientras el viento martillaba la jaula una vez más. Cuando miró hacia abajo, más allá de sus pies, el terreno se perdía en las sombras como si lo bajaran a una sima sin fondo. «Bueno, en realidad la muerte es algo así como una sima sin fondo —pensó—, y cuando termine este día, mi nombre quedará envuelto en sombras para siempre.»

Los hombres decían que los hijos bastardos nacían de la lujuria y las mentiras, y su naturaleza era impredecible y traicionera. En otros tiempos, Jon había querido demostrar que se equivocaban, enseñar a su señor padre que podía ser un hijo tan bueno y fiel como Robb.

«Lo he estropeado todo.» Robb se había convertido en un rey heroico, y si algún recuerdo quedaba de Jon sería como cambiacapas, como alguien que había roto sus votos, como un asesino. Se alegraba de que Lord Eddard no estuviera vivo para ver su vergüenza.

«Debí quedarme en aquella caverna con Ygritte. Si hay otra vida después de ésta, espero poder decírselo. Me arañará el rostro como lo hizo el águila y me maldecirá por cobarde, pero aun así se lo diré.» Flexionó la mano con la que empuñaba la espada, como le había enseñado el maestro Aemon. El hábito se había convertido en parte de

sí mismo y necesitaba tener los dedos flexibles para contar aunque fuera con una mínima posibilidad de matar a Mance Rayder.

Lo habían sacado aquella mañana tras cuatro días en el hielo, encerrado en una celda de metro y medio por metro y medio por metro y medio, demasiado baja para ponerse de pie, demasiado estrecha para acostarse. Los mayordomos habían descubierto mucho tiempo atrás que los alimentos y la carne se conservaban mejor en las despensas heladas talladas en la base del Muro... pero los prisioneros, no.

—Vas a morir ahí adentro, Lord Nieve —le había dicho Ser Alliser antes de cerrar la pesada puerta de madera, y Jon lo había creído.

Pero aquella mañana lo habían sacado. Lo llevaron entumecido y tembloroso a la Torre del Rey para comparecer una vez más ante Janos Slynt y su papada.

—Ese viejo maestro dice que no puedo ahorcarte —declaró Slynt—. Le ha escrito a Cotter Pyke y hasta tuvo el descaro de mostrarme la carta. Dice que no eres un cambiacapás.

—Aemon ha vivido demasiado, mi señor —le aseguró Ser Alliser—. Ha perdido los sesos, igual que la vista.

—Sí —dijo Slynt—. Un ciego con una cadena al cuello. ¿Quién se cree que es?

«Aemon Targaryen —pensó Jon—, hijo de un rey, hermano de un rey, un hombre que pudo ser rey...» Pero no dijo nada.

—De todos modos —dijo Slynt—, no permitiré que se diga que Janos Slynt ahorcó a un hombre injustamente. Ni hablar. He decidido darte una última oportunidad de demostrar que eres tan leal como dices, Lord Nieve. Una última oportunidad para cumplir con tu deber, ¿eso es! —Se puso de pie—. Mance Rayder quiere parlamentar con nosotros. Sabe que ahora que ha llegado Janos Slynt no tiene la menor posibilidad de vencer, así que ese Rey-más-allá-del-Muro quiere discutir. Pero es un cobarde y no quiere venir aquí. Sin duda sabe que lo colgaría. ¡Lo colgaría por los pies desde la cima del Muro, con una

cuerda de sesenta metros de largo! Pero no vendrá. Exige que le mandemos un emisario.

—Vamos a mandarte a ti, Lord Nieve —sonrió Ser Alliser.

—¿A mí? —La voz de Jon no mostraba emoción alguna—. ¿Por qué a mí?

—Tú cabalgaste con esos salvajes —dijo Thorne—. Mance Rayder te conoce. Será más proclive a confiar en ti.

—Todo lo contrario. —Estaba tan equivocado que Jon casi se echó a reír—. Mance sospechó de mí desde el principio. Si me presento en su campamento, vestido otra vez con una túnica negra y hablando en nombre de la Guardia de la Noche, sabrá que lo he traicionado.

—Ha pedido un enviado y se lo vamos a mandar —dijo Slynt—. Si eres demasiado cobarde para enfrentarte a ese rey cambiacapas podemos llevarte de vuelta a tu celda de hielo. Y esta vez sin las pieles.

—No será necesario, mi señor —dijo Ser Alliser—. Lord Nieve hará lo que le pedimos. Quiere demostrarnos que no es un cambiacapas. Quiere probar que es un miembro leal de la Guardia de la Noche.

Thorne era con mucho el más inteligente de los dos, supo Jon; todo aquel plan llevaba su huella. Estaba atrapado.

—Iré —dijo con voz cortante, seca.

—Mi señor —le recordó Janos Slynt—. Te dirigirás a mí...

—Iré, mi señor. Pero estáis cometiendo un error, mi señor. Estás enviando al hombre menos adecuado, mi señor. En cuanto me vea Mance se enfurecerá. Mi señor tendría más posibilidades de llegar a un acuerdo si enviara a...

—¿Un acuerdo? —Ser Alliser dejó escapar una risita.

—Janos Slynt no llega a acuerdos con salvajes sin ley, Lord Nieve. No, ni hablar.

—No te enviamos para hablar con Mance Rayder —explicó Ser Alliser—. Te enviamos a que lo mates.

El viento silbó entre los barrotes y Jon Nieve se estremeció. La pierna le dolía muchísimo, la cabeza también. No estaba en condiciones de matar ni a un gatito, pero ésa era su misión.

«Era una trampa mortal.» El maestre Aemon insistía en la inocencia de Jon y Lord Janos no se había atrevido a dejarlo morir en el hielo. Aquel plan era mejor. «Nuestro honor no significa más que nuestras vidas, siempre que el reino esté a salvo», había dicho Qhorin Mediamano en los Colmillos Helados. Debía recordarlo. Si asesinaba a Mance, o si lo intentaba y fallaba, el pueblo libre lo mataría. Aunque quisiera ni siquiera le quedaba la posibilidad de desertar: para Mance era un mentiroso y un traidor más allá de toda duda.

Cuando la jaula se detuvo con una sacudida, Jon saltó al suelo y dio unos golpecitos en la empuñadura de *Garra* para liberar en su vaina la espada bastarda. La puerta estaba unos pocos metros a su izquierda, bloqueada aún por las ruinas destrozadas de la tortuga dentro de la cual se pudría el cuerpo de un mamut. También había otros cadáveres dispersos entre toneles rotos, brea endurecida y zonas de hierba quemada, todo a la sombra del Muro. Jon no tenía el menor deseo de permanecer allí. Echó a andar en dirección al campamento de los salvajes, dejando atrás el cadáver de un gigante muerto a quien una piedra le había aplastado la cabeza. Un cuervo arrancaba trozos de sesos de la calavera rota. Cuando pasó por su lado el pájaro lo miró.

—*Nieve* —le graznó—. *Nieve, nieve*. —Extendió las alas y echó a volar.

Apenas había comenzado a andar cuando un jinete solitario emergió del campamento de los salvajes y se encaminó hacia él. Se preguntó si Mance salía a parlamentar en tierra de nadie.

«Así me resultaría más fácil. Aunque no hay manera de que me resulte fácil.» Pero a medida que se acortaba la distancia entre ellos, Jon fue viendo que el jinete era bajo y corpulento, con los brazos

robustos llenos de brazaletes dorados y una barba blanca que le cubría parte del ancho pecho.

—¡Ja! —rugió Tormund cuando estuvieron a la misma altura—. Jon Nieve, el cuervo. Temía no volver a verte.

—Nunca pensé que temieras nada, Tormund.

Aquello hizo sonreír al salvaje.

—Bien dicho, chaval. Veo que tu capa vuelve a ser negra. A Mance no le va a gustar. Si has venido a cambiar de bando otra vez será mejor que te subas a vuestro Muro a toda prisa.

—Me envían a parlamentar con el Rey-más-allá-del-Muro.

—¿A parlamentar? —Tormund se echó a reír—. Vaya palabrita. ¡Ja! Mance quiere hablar, cierto. Pero no creo que quiera hablar contigo.

—Soy el que han enviado.

—Ya lo veo. En fin, vamos. ¿Quieres montar?

—Puedo ir andando.

—Nos has dado duro aquí. —Tormund volvió su caballo hacia el campamento de los salvajes—. Hay que reconocer el mérito a tus hermanos y a ti. Doscientos hombres muertos y una docena de gigantes. El propio Mag entró por esa puerta vuestra y no regresó.

—Murió por la espada de un valiente llamado Donal Noye.

—¿Sí? ¿Era un gran señor ese Donal Noye? ¿Uno de vuestros brillantes caballeros con ropa interior de acero?

—Era un herrero y sólo tenía un brazo.

—¿Un herrero manco acabó con Mag el Poderoso? Debe de haber sido un combate digno de ver. Seguro que Mance le compondrá una balada. —Tormund cogió el odre que llevaba en la montura y sacó el tapón de corcho—. Esto nos hará entrar en calor. Por Donal Noye y Mag el Poderoso. —Bebió un trago y se la pasó a Jon.

—Por Donal Noye y Mag el Poderoso.

La bota estaba llena de un aguamiel tan fuerte que a Jon le lagrimearon los ojos y unos tentáculos de fuego le bajaron

serpenteando por dentro del pecho. Tras la celda de hielo y el frío descenso en la jaula la sensación de calor era muy grata.

Tormund cogió el odre, bebió otro trago y se secó los labios.

—El Magnar de Thenn nos juró que abriría la puerta y que todo lo que tendríamos que hacer era entrar cantando. Iba a derribar todo el Muro.

—Derribó una parte —dijo Jon—. Sobre su cabeza.

—¡Ja! —dijo Tormund—. Bueno, Styr nunca valió gran cosa. Cuando un hombre no tiene barba ni pelo ni orejas no hay manera de agarrarlo si uno se pelea con él. —Mantuvo su caballo al paso para que Jon pudiera cojear a su lado—. ¿Qué te ha pasado en la pierna?

—Una flecha. Creo que de Ygritte.

—Ésa sí que es una mujer de verdad. Un día besa y al siguiente acribilla a flechas.

—Está muerta.

—¿Sí? —Tormund movió la cabeza, apenado—. Una lástima. Si hubiera tenido diez años menos, yo mismo la habría secuestrado. Qué pelo. Bueno, los fuegos más calientes arden más deprisa. —Levantó la bota de hidromiel—. ¡Por Ygritte, besada por el fuego! —Bebió un trago largo.

—Por Ygritte, besada por el fuego —repitió Jon cuando Tormund volvió a pasarle la bota. Su trago fue más largo todavía.

—¿La mataste tú?

—No, mi hermano.

Jon no había averiguado cuál y tenía la esperanza de no saberlo nunca.

—Cuervos de mierda. —El tono de Tormund era áspero pero extrañamente tierno—. Ese canalla de Lanzalarga me secuestró a la hija. Munda, mi manzanita de otoño. La sacó de mi tienda delante de las narices de sus cuatro hermanos. Toregg se la pasó durmiendo, el muy patán, y Torwynd... Bueno, lo llaman Torwynd el Manso, eso lo dice todo, ¿no? Pero los más jóvenes se pelearon con él.

—¿Y Munda? —preguntó Jon.

—Ella es sangre de mi sangre —dijo Tormund con orgullo—. Le partió un labio y le arrancó la mitad de una oreja, y tiene tantos arañazos en la espalda que no puede ni ponerse la capa. La verdad es que el muchacho le gusta mucho. ¿Y por qué no? No pelea con lanza, ¿sabes? En su vida. ¿De dónde crees que salió ese nombre? ¡Ja!

Pese a estar donde estaba y pese a las circunstancias, Jon no pudo contener la risa. Ygritte le había tenido mucho cariño a Ryk Lanzalarga. Esperaba que fuera feliz con Munda, la hija de Tormund. Alguien tenía que ser feliz en alguna parte.

«No sabes nada, Jon Nieve», le habría dicho Ygritte.

«Sé que voy a morir —pensó él—. Al menos, eso lo sé.»

«Todos los hombres mueren. —Casi podía oírla—. Y las mujeres también, y todo animal que vuela, nada o corre. Lo que importa no es cuándo se muere, sino cómo, Jon Nieve.»

«Para ti es fácil decirlo —le respondió en su pensamiento—. Tuviste una muerte de valiente, en combate, cuando atacabas el castillo de un enemigo. Yo moriré como un cambiacapas y un asesino.»

Tampoco sería rápida su muerte, a no ser que le llegara con el filo de la espada de Mance.

Pronto estuvieron entre las tiendas. Era el habitual campamento salvaje, un revoltijo descontrolado de hogueras para cocinar y agujeros para orinar, con niños y cabras que vagaban a su antojo, ovejas balando entre los árboles y pieles de caballos colgadas a secar. Carecía de planificación, de orden y de defensas. Pero había hombres, mujeres y animales por doquier.

Muchos no les prestaron atención, pero por cada uno que se concentraba en sus asuntos había diez que se detenían a mirar: niños agachados junto al fuego, viejas con carros tirados por perros, habitantes de las cavernas con los rostros pintarrajeados, jinetes con garras, serpientes y cabezas cortadas pintadas en sus escudos... todos se volvían para echar un vistazo. Jon también vio a mujeres del acero

con largas cabelleras agitadas por el viento que suspiraba entre los pinos y les llevaba su aroma.

Allí no había colinas dignas de tal nombre pero la tienda de pieles blancas de Mance Rayder se alzaba en un punto elevado sobre terreno pedregoso, en el mismo límite de los árboles. El Rey-más-allá-del-Muro lo esperaba fuera; su capa negra y roja hecha jirones aleteaba al viento. Jon vio que Harma Cabeza de Perro estaba con él, de vuelta de sus ataques y maniobras de distracción a lo largo del Muro. También estaba allí Varamyr Seispielos junto a su gatosombra y dos flacos lobos grises.

Cuando vieron quién era el enviado de la Guardia, Harma volvió la cabeza y escupió, y uno de los lobos de Varamyr mostró los dientes y empezó a gruñir.

—Debes de ser muy valiente o muy estúpido, Jon Nieve, para volver a nosotros con una capa negra —dijo Mance Rayder.

—¿Qué otra cosa puede llevar un hombre de la Guardia de la Noche?

—Mátalo —instó Harma—. Devuelve su cuerpo en esa jaula que tienen y diles que manden a otro. La cabeza me la quedaré para mi estandarte. Un cambiacapás es peor que un perro.

—Te advertí que mentía. —El tono de Varamyr era suave, pero su gatosombra miraba hambriento a Jon con los ojos grises convertidos en dos hendiduras—. Nunca me gustó su olor.

—Recoged las zarpas, fieras. —Tormund Matagigantes saltó del caballo—. Hay que escuchar al chico. Si le ponéis una garra encima puede que me haga esa capa de piel de gatosombra que tanto me apetece.

—Tormund Besacuervos —se burló Harma—. Pura palabrería, viejo.

—Cuando un caballo se acostumbra a la silla, cualquier hombre puede cabalgarlo —dijo con voz suave el cambiapiel. Tenía el rostro grisáceo, los hombros caídos y la cabeza calva; un ratón humano con ojos de lobo—. Cuando una bestia se habitúa a un hombre, cualquier

cambiapiel puede metérsele dentro y cabalgarla. Orell se marchitaba dentro de sus plumas, por eso me quedé con el águila. Pero la unión funciona en ambos sentidos, warg. Orell vive ahora dentro de mí, me está susurrando cuánto te odia. Y yo puedo planear por encima del Muro y ver con ojos de águila.

—Así que lo sabemos todo —dijo Mance—. Sabemos los pocos que erais cuando conseguisteis detener la tortuga. Sabemos cuántos han venido desde Guardiaoriental. Sabemos cómo se van agotando vuestros suministros. Hasta vuestra escalera ha desaparecido y en esa jaula sólo pueden subir unos pocos cada vez. Lo sabemos todo. Y ahora tú sabes que lo sabemos. —Apartó el faldón de la tienda—. Entra. Los demás, esperad fuera.

—¿Cómo, yo también? —dijo Tormund.

—Tú sobre todo. Como siempre.

Dentro hacía calor. Había un pequeño fuego bajo los agujeros de salida del humo y un brasero ardía cerca del montón de pieles donde yacía Dalla, pálida y sudorosa. Su hermana le sostenía la mano.

«Val», recordó Jon.

—Sentí mucho lo que le pasó a Jarl —le dijo.

—Siempre trepaba demasiado deprisa. —Val lo miraba con ojos color gris claro.

Era tan blanca como la recordaba, esbelta, de pechos generosos, grácil hasta cuando no se movía, con los pómulos altos muy marcados y una gruesa trenza de cabellos color miel que le caía hasta la cintura.

—Se acerca la hora de Dalla —explicó Mance—. Ella y Val se quedan. Saben lo que tengo intención de decir.

Jon mantuvo su expresión tan inamovible como el hielo. «Ya era bastante canalla asesinar a un hombre en su tienda durante una tregua. ¿También tengo que matarlo delante de su esposa mientras nace su hijo?» Cerró los dedos en torno a la empuñadura de la espada. Mance no vestía armadura pero llevaba la espada envainada colgada del cinturón. Y en la tienda había otras armas, dagas y puñales, un arco y

un carcaj con flechas, una lanza con punta de bronce recostada tras aquel...

Cuerno negro.

Jon se quedó sin respiración.

Un cuerno de guerra, un gigantesco cuerno de guerra.

«Mierda.»

—Sí —dijo Mance—. El Cuerno del Invierno, el mismo que Joramun hizo sonar en cierta ocasión para despertar a los gigantes de la tierra.

El cuerno era enorme, el largo de la curva era de dos metros y medio y tan ancho en la boca que habría podido meter el brazo hasta el codo. «Si de verdad perteneció a un uro, debió de ser el más grande que haya existido.» Al principio pensó que las bandas metálicas que lo circundaban eran de bronce, pero al acercarse vio que eran de oro. «Oro viejo, más tostado que amarillo, con runas grabadas.»

—Ygritte me dijo que no habíais encontrado el cuerno.

—¿Crees que los cuervos son los únicos que pueden mentir? Para ser un bastardo me caías bien... pero nunca confié en ti. Mi confianza hay que ganársela.

—Si has tenido el Cuerno de Joramun desde el principio, ¿por qué no lo has usado? —preguntó Jon mirándolo a la cara—. ¿Por qué te has molestado en construir tortugas y mandar thenitas para que nos maten mientras dormimos? Si este cuerno puede hacer lo que dicen las canciones, ¿por qué no lo haces sonar y terminamos de una vez?

Fue Dalla la que le respondió. Tenía la barriga tan grande que apenas si pudo incorporarse sobre el montón de pieles junto al brasero.

—Nosotros, el pueblo libre, sabemos cosas que los arrodillados han olvidado. A veces el camino más corto no es el más seguro, Jon Nieve. El Señor Astado dijo una vez que la brujería es una espada sin empuñadura. No hay manera segura de agarrarla.

—Ningún hombre sale de cacería con una sola flecha en su carcaj —dijo Mance pasando una mano a lo largo de la curva del gran cuerno—. Tenía la esperanza de que Styr y Jarl cogieran

desprevenidos a tus hermanos y nos abrieran la puerta. Hice que tu guarnición se dispersara con amagos, incursiones y ataques secundarios. Bowen Marsh picó el anzuelo, como esperaba, pero tu banda de tullidos y huérfanos resultó ser más terca de lo previsto. Pero no pienses que nos has detenido. La verdad sigue siendo que sois muy pocos y nosotros, demasiados. Podría continuar atacando aquí y mandar diez mil hombres a atravesar la bahía de las Focas en balsas para tomar Guardiaoriente por la retaguardia. También podría asaltar la Torre Sombría, conozco los accesos tan bien como cualquiera. Podría mandar hombres y mamuts a excavar las puertas en los castillos que habéis abandonado, todo eso a la vez.

—Entonces, ¿por qué no lo haces?

En ese momento podría haber sacado a *Garra*, pero quería oír lo que decía el salvaje.

—La sangre —dijo Mance Rayder—. Al final vencería, sí, pero me desangraréis, y mi gente ya ha perdido demasiada sangre.

—Tus pérdidas no han sido tan grandes.

—Contra vosotros, no. —Mance estudió el rostro de Jon—. Ya viste el Puño de los Primeros Hombres. Sabes qué pasó allí. Sabes a qué nos enfrentamos.

—Los Otros...

—Se hacen más fuertes a medida que los días se acortan y las noches se vuelven más frías. Primero matan, después mandan a tus muertos contra ti. Los gigantes no han podido nada contra ellos, tampoco los thenitas, los clanes del río de hielo ni los hombres Pies de Cuerno.

—¿Ni tú?

—Ni yo. —En aquella admisión había ira y una amargura demasiado profunda como para expresarla con palabras—. Raymun Barbarroja, Bael el Bardo, Gendel y Gorne, el Señor Astado, todos vinieron al sur como conquistadores; en cambio yo he venido con el rabo entre las piernas para esconderme detrás de vuestro Muro. —Volvió a palpar el cuerno—. Si toco el Cuerno del Invierno, el Muro

caerá. Al menos, eso es lo que dicen las canciones. Entre mi gente los hay que no desean otra cosa...

—Pero una vez caiga el Muro —dijo Dalla—, ¿qué detendrá a los Otros?

—Tengo una mujer sabia. —Mance le dedicó una sonrisa cariñosa—. Una verdadera reina. —Se volvió de nuevo hacia Jon—. Regresa y diles que abran la puerta y nos dejen pasar. Si lo hacen les daré el cuerno y el Muro permanecerá en pie hasta el fin de los tiempos.

«Abrir la puerta y dejarlos pasar.» Era fácil de decir, pero... ¿qué ocurrirá luego? ¿Gigantes acampados en las ruinas de Invernalía? ¿Caníbales en el Bosque de los Lobos, carros de guerra por los Túmulos, el pueblo libre secuestrando a las hijas de los armadores y plateros de Puerto Blanco, a las pescaderas de Costa Pedregosa...?

—¿Eres un verdadero rey? —preguntó Jon de repente.

—No he llevado nunca una corona en la cabeza ni he plantado el trasero en ningún trono de mierda, si eso es lo que preguntas —replicó Mance—. Mi nacimiento es de los más humildes, ningún septon me ungió la cabeza con óleos. No poseo castillos y mi reina lleva pieles y ámbar, no seda y zafiros. Soy mi propio campeón, mi propio bufón y mi propio arpista. No se llega a Rey-más-allá-del-Muro porque el padre de uno lo fuera antes que él. El pueblo libre no sigue a un nombre y no les importa qué hermano nació antes. Ellos siguen a los luchadores. Cuando dejé la Torre Sombría había cinco hombres que juraban que tenían madera de reyes. Tormund era uno de ellos, el Magnar otro. Maté a los tres restantes cuando dejaron claro que lucharían antes de seguirme.

—Puedes matar a tus enemigos —dijo Jon con brusquedad—, pero ¿puedes gobernar a tus amigos? Si dejamos que tu gente pase, ¿tienes la fuerza suficiente para hacerlos respetar la paz del rey y obedecer las leyes?

—¿Las leyes de quién? ¿Las de Invernalía y Desembarco del Rey? —Mance se echó a reír—. Cuando queramos leyes ya nos haremos las

nuestras. También puedes quedarte con la justicia de tu rey y con sus impuestos. Te ofrezco el cuerno, no nuestra libertad. No nos arrodillaremos ante vosotros.

—¿Y si rechazamos la oferta?

Jon no dudaba de que ésa sería la respuesta. El Viejo Oso al menos habría escuchado, aunque se habría opuesto a la sola idea de permitir que treinta o cuarenta mil salvajes vagaran por los Siete Reinos. Pero Alliser Thorne y Janos Slynt lo rechazarían sin dedicarle un segundo de atención.

—Si os negáis —dijo Mance Rayder—, Tormund Matagigantes tocará el Cuerno del Invierno dentro de tres días, al amanecer.

Podía llevar el mensaje de vuelta al Castillo Negro y contarles lo del Cuerno, pero si dejaba vivo a Mance, Lord Janos y Ser Alliser se agarrarían de eso como prueba de que era un cambiacapás. Mil ideas atravesaron la cabeza de Jon.

«Si pudiera destruir el cuerno, si pudiera destrozarlo aquí y ahora...» Pero antes de que pudiera dar forma a ningún plan oyó el sonido grave de otro cuerno que las paredes de piel de la carpa hacían más tenue. Mance también lo oyó. Con el ceño fruncido se dirigió a la puerta. Jon lo siguió.

El cuerno de guerra sonaba con más fuerza. Su llamada había revuelto el campamento de los salvajes. Tres hombres Pies de Cuerno pasaron corriendo con picas en las manos. Los caballos resoplaban y relinchaban, los gigantes rugían en la antigua lengua y hasta los mamuts se mostraban inquietos.

—El cuerno de los exploradores —le dijo Tormund a Mance.

—Algo se acerca. —Varamyr estaba sentado con las piernas cruzadas sobre la tierra a medio congelar, y sus lobos, incansables, describían círculos a su alrededor. Una sombra pasó por encima de él y Jon levantó la vista para ver las alas color gris azulado del águila—. Viene del este.

«Cuando los muertos caminan, las paredes, las estacas y las espadas no significan nada —recordó—. No puedes luchar con los muertos, Jon Nieve. Ningún hombre sabe eso tan bien como yo.»

—¿Del este? —Harma hizo una mueca—. Los espectros deberían estar a nuestra espalda.

—Del este —repitió el cambiapielos—. Algo se acerca.

—¿Los Otros? —preguntó Jon.

—Los Otros no vienen jamás cuando el sol brilla en el cielo —dijo Mance con un gesto de negación.

Los carros de guerra traqueteaban en el campo de batalla llenos de jinetes que agitaban lanzas de hueso afilado. El rey soltó un gruñido.

—¿Adónde demonios se creen que van? Quenn, haz que esos idiotas vuelvan a su sitio. Que alguien me traiga mi caballo. La yegua, el potro no. También quiero mi armadura. —Mance lanzó una mirada suspicaz en dirección al Muro. Encima del parapeto helado estaban los soldados de paja llenos de flechas, pero no había señal de ninguna otra actividad—. Harma, que monten tus exploradores. Tormund, busca a tus hijos y forma una triple línea de lanceros.

—Sí —dijo Tormund mientras se alejaba con paso vivo.

—Los veo —dijo el pequeño cambiapielos de aspecto ratonil con los ojos cerrados—. Vienen siguiendo las corrientes y los senderos de los animales...

—¿Quiénes?

—Hombres. Hombres a caballo. Hombres vestidos de acero. Hombres de negro.

—Cuervos. —Mance pronunció la palabra como si fuera una maldición. Se volvió hacia Jon—. ¿Creen mis antiguos hermanos que me atraparán con los calzones bajos si me atacan mientras parlamentamos?

—Si planeaban un ataque, a mí no me lo dijeron.

Jon no podía creerlo. Lord Janos no contaba con suficientes hombres para atacar el campamento de los salvajes. Además, estaba al otro lado del Muro y la puerta estaba sellada con escombros.

«Slynt había planeado otro tipo de traición, esto no puede ser cosa suya.»

—Si has vuelto a mentirme no saldrás vivo de aquí —lo avisó Mance.

Sus guardias le llevaron el caballo y la armadura. Jon vio gente correr por todo el campamento, cada cual con un propósito diferente. Algunos formaban como si fueran a asaltar el Muro mientras otros se escondían en el bosque, había mujeres que llevaban hacia el este carros tirados por perros, hacia el oeste vagaban los mamuts. Se llevó la mano a la espalda y sacó a *Garra* en el momento en que una fina línea de exploradores apareció por la linde del bosque, a unos trescientos metros. Llevaban cotas negras, medios yelmos negros y capas negras. Mance sacó su espada con la armadura aún a medio poner.

—No sabías nada de esto, ¿verdad? —le dijo a Jon con voz gélida.

Los exploradores se lanzaron sobre el campamento de los salvajes abriéndose camino entre los macizos de aulaga y los grupos de árboles, sobre las raíces y las rocas. Los salvajes corrieron a enfrentarse con ellos lanzando gritos de guerra y agitando garrotes y espadas de bronce, hachas de pedernal, cualquier cosa contra sus viejos enemigos. «Un grito, un tajo y la muerte de un valiente»; era lo que Jon había oído contar a los hermanos sobre la manera de combatir del pueblo libre.

—Puedes creer lo que quieras —le dijo a Mance—, pero no sabía nada de ningún ataque.

Antes de que Mance pudiera replicar, Harma pasó como un relámpago al galope, al frente de treinta jinetes. Su estandarte la precedía: un perro muerto empalado en una lanza, que salpicaba sangre a cada paso. Mance la contempló mientras chocaba con los exploradores.

—Quizá sea verdad lo que dices. Parecen hombres de Guardiaoriental. Marineros a caballo. Cotter Pyke siempre ha tenido más redaños que cerebro. Atrapó al Señor de los Huesos en Túmulo Largo, debe de haber pensado que también le funcionaría conmigo.

—¡Mance! —se oyó un grito. Era un explorador que acababa de salir de los árboles a lomos de un caballo con la boca llena de espuma—. Mance, hay más, nos tienen rodeados, hombres de hierro, de hierro, un ejército de hombres de hierro.

Con una maldición, Mance montó su caballo.

—Varamyr, quédate y cuida de que no le pase nada a Dalla. —El Rey-más-allá-del-Muro apuntó su espada hacia Jon—. Y vigila también a este cuervo. Si intenta huir, rájale la garganta.

—Será un placer. —El cambiapielos era una cabeza más bajo que Jon, encorvado y blando, pero el gatosombra podía sacarle las tripas con una garra—. También vienen del norte —le dijo Varamyr a Mance—. Será mejor que vayas.

Mance se colocó el yelmo con las alas de cuervo. Sus hombres ya habían montado.

—Punta de flecha —espetó Mance—, conmigo, en formación de cuña.

Pero, en cuanto clavó los talones en los ijares de la yegua y salió disparado por el campo en dirección a los exploradores, los hombres que corrían en pos de él abandonaron cualquier parecido con una formación.

Jon dio un paso hacia la tienda pensando en el Cuerno del Invierno, pero el gatosombra se interpuso moviendo la cola. Las fosas nasales de la bestia estaban dilatadas, la saliva le goteaba de los incisivos curvos. «Huele mi miedo.» En ese momento echó de menos a *Fantasma* más que nunca. A sus espaldas los dos lobos gruñían.

—Estandartes —oyó murmurar a Varamyr—. Veo estandartes dorados, ah... —Un mamut pasó cerca, barritando, con media docena de arqueros en la torre de madera que llevaba sobre el lomo—. El rey... no...

En aquel momento el cambiapielos echó atrás la cabeza y lanzó un grito.

El sonido era estremecedor, hendía los oídos con un dolor inmenso. Varamyr cayó al suelo retorciéndose y el gato comenzó a aullar también... y muy arriba, en lo más alto del cielo oriental, ante una pared de nubes, Jon vio que el águila ardía. Durante un segundo ardió con más fuerza que una estrella, envuelta en rojo, oro y naranja, con las alas agitándose enloquecidas en el aire como si pudiera escapar del dolor. Voló más alto, más y más y más.

El grito hizo que Val saliera de la tienda con el rostro blanco.

—¿Qué pasa, qué ocurre? —Los lobos de Varamyr peleaban entre sí, el gatosombra había desaparecido entre los árboles, el hombre seguía retorciéndose en el suelo—. ¿Qué le pasa? —preguntó Val horrorizada—. ¿Dónde está Mance?

—Allí —señaló Jon—. Se ha ido a luchar.

El rey iba al frente de su cuña dispersa hacia un grupo de exploradores; su espada brillaba.

—¿Se ha ido? No puede irse ahora. Ha empezado.

—¿La batalla?

Vio cómo los exploradores se dispersaban ante la sangrienta cabeza de perro de Harma. Los jinetes gritaron, lanzaron tajos y persiguieron a los hombres de negro que retrocedieron hacia el bosque. Pero más hombres salían de la espesura, una columna de soldados a caballo. «Caballería pesada», vio Jon. Harma tuvo que reagrupar sus fuerzas y dar la vuelta para enfrentarse a ellos, pero la mitad de sus hombres ya se había adelantado demasiado.

—¡El parto! —le estaba gritando Val.

Por doquier sonaban las trompetas con un sonido alto y estridente. «Los salvajes no tienen trompetas, sólo cuernos de guerra.» Ellos lo sabían tan bien como él; aquello hizo que el pueblo libre corriera en desorden: algunos hacia el combate; otros, en dirección contraria. Un mamut pisoteó un rebaño de ovejas que tres hombres intentaban llevar hacia el oeste. Los tambores retumbaban mientras los salvajes corrían

para formar en columnas o líneas de defensa, pero eran demasiado lentos, demasiado desorganizados, era demasiado tarde. El enemigo salía del bosque, del este, del norte, del nordeste, tres grandes columnas de caballería pesada, todo acero bruñido, con sobrevestas de lana de vivos colores. No eran los hombres de Guardiaoriental, aquéllos sólo habían formado una línea de avanzadilla. Era un ejército. «¿El ejército del rey?» Jon estaba tan confuso como los salvajes. ¿Habría vuelto Robb? ¿Había decidido hacer algo por fin el niño del Trono de Hierro?

—Es mejor que vuelvas a entrar en la tienda —le dijo a Val.

Al otro lado del campo de batalla una columna había barrido a Harma Cabeza de Perro. Otra había aplastado el flanco de los lanceros de Tormund mientras él y su hijo intentaban hacerlos regresar a la desesperada. Los gigantes montaban en sus mamuts y eso no gustaba para nada a los caballeros que montaban los caballos con armadura; Jon vio cómo los corceles y los caballos de batalla relinchaban y se dispersaban a la vista de aquellas montañas de carnes bamboleantes. Pero también había miedo en el bando de los salvajes, cientos de mujeres y niños huían de la batalla, algunos para ir a meterse directamente entre los cascos de los caballos. Vio cómo el carro de perros de una anciana se interponía en el camino de tres carros de combate y los hacía chocar entre sí.

—Dioses —susurró Val—, dioses, ¿por qué hacen eso?

—Vuelve dentro de la tienda y quédate con Dalla. Aquí no estás a salvo.

Tampoco lo estaría adentro, pero eso no tenía por qué decírselo.

—Tengo que buscar a la comadrona.

—Tendrás que hacer de comadrona tú. Me quedaré aquí hasta que vuelva Mance.

Lo había perdido de vista pero volvió a localizarlo, se abrió paso a través de un grupo de hombres a caballo. Los mamuts habían dispersado la columna central, pero las otras dos se acercaban en formación de pinza. En la linde oriental del campo algunos arqueros

disparaban flechas en llamas contra las tiendas de campaña. Vio a un mamut que arrancaba a un jinete de su silla y lo lanzaba a quince metros de distancia con un movimiento de la trompa. Los salvajes pasaban a su lado, mujeres y niños que huían de la batalla junto con algunos hombres que los apuraban. Unos pocos lanzaron miradas torvas en dirección a Jon, pero tenía a *Garra* en la mano y nadie lo molestó. Hasta Varamyr huyó gateando a cuatro patas.

De los árboles salían más y más hombres, ya no sólo caballeros sino también jinetes libres, arqueros a caballo y hombres de armas con armadura ligera y capellinas, docenas, cientos de hombres. Hacían ondear un verdadero bosque de estandartes. El viento los agitaba demasiado deprisa para que Jon pudiera ver los blasones, pero logró distinguir un caballito de mar, un campo de aves, un anillo de flores... Y amarillo, mucho amarillo, estandartes amarillos con un emblema rojo. ¿De quién eran aquellos blasones?

Al este, al norte y al nordeste vio bandas de salvajes que intentaban resistir y pelear, pero los atacantes los estaban barriendo. El pueblo libre aún contaba con superioridad numérica pero los atacantes tenían armaduras de acero y caballería pesada. En lo más ardoroso de la batalla vio a Mance de pie sobre los estribos. Su capa roja y negra y su yelmo con alas de cuervo lo hacían fácilmente reconocible. Levantó la espada y sus hombres corrían ya hacia él cuando una cuña de caballeros chocó con ellos con lanzas, espadas y picas. La yegua de Mance se levantó sobre las patas traseras, corcoveó y una lanza le atravesó el pecho. Luego la marea de acero lo arrastró.

«Se ha terminado —pensó Jon—, no tienen nada que hacer.» Los salvajes corrían y arrojaban sus armas. Los hombres Pies de Cuerno, los habitantes de las cavernas, los thenitas con armaduras de bronce... todos huían. Mance había desaparecido, alguien exhibía la cabeza de Harma clavada en un palo, las líneas de Tormund estaban rotas... Sólo resistían los gigantes sobre sus mamuts, islas peludas en un mar de acero rojo. Las llamas pasaban de una tienda a otra y algunos de los pinos también empezaron a arder. Y en medio del humo llegó otra cuña de caballería pesada. Sobre los jinetes ondeaban las enseñas

mayores, estandartes reales grandes como sábanas, una de ellas amarilla con largas lenguas puntiagudas que señalaban un corazón ardiente, y otra como una lámina de oro batido con un venado negro que tremolaba con el viento.

«Robert», pensó Jon en un momento de locura, acordándose del pobre Owen. Pero cuando las trompetas volvieron a sonar y los caballeros se lanzaron a la carga, el nombre que gritaban era otro.

—¡Stannis! ¡Stannis! ¡Stannis!

Jon se dio la vuelta y entró a la tienda.

ARYA

Junto a la posada, en una horca maltratada por la intemperie, los huesos de una mujer se mecían y traqueteaban con cada ráfaga de viento.

«Esta posada la conozco.» Pero no había habido ninguna horca junto a la puerta cuando durmió allí con su hermana Sansa, bajo la mirada vigilante de la septa Mordane.

—Será mejor que no entremos —dijo Arya de repente—. Puede que haya fantasmas.

—¿Sabes cuánto hace que no bebo una copa de vino? —Sandor Clegane desmontó—. Además, tenemos que averiguar en qué manos está el Vado Rubí. Si quieres, quédate con los caballos, por mí...

—¿Y si te reconocen? —Sandor ya no se molestaba en ocultar el rostro, por lo visto no le importaba si lo reconocían o no—. A lo mejor te quieren coger prisionero.

—Que lo intenten.

Soltó la tira de sujeción de la espada para poder desenvainar con facilidad y empujó la puerta.

Arya no volvería a tener mejor ocasión de huir. Podía montar a lomos de *Gallina* y llevarse también a *Extraño*. Se mordió el labio. Luego, llevó a los caballos a los establos y entró tras él.

«Lo han reconocido.» Lo supo al instante por el silencio. Pero aquello no era lo peor. Ella también los conocía. Al posadero flaco no, ni a las mujeres, ni a los campesinos reunidos junto a la chimenea. A los otros. A los soldados. Conocía a los soldados.

—¿Qué, Sandor, buscando a tu hermano? —Polliver había tenido la mano bajo el corpiño de la chica sentada en su regazo, pero ya la había sacado.

—Buscando una copa de vino. —Clegane tiró un puñado de monedas de cobre al suelo—. Posadero, una jarra de tinto.

—No quiero problemas, ser —dijo el posadero.

—A mí no me llames «ser». —Se le frunció la boca—. ¿Qué pasa, estás sordo? ¡He pedido vino! —El hombre salió corriendo perseguido por los gritos de Clegane—. ¡Dos copas! ¡La niña también tiene sed!

«Sólo son tres», pensó Arya. Polliver apenas si la miró de reojo, y el chico sentado junto a él ni siquiera le prestó atención, pero el tercero le clavó una mirada larga y atenta. Era un hombre de mediana estatura y constitución, con un rostro tan corriente que no se sabía qué edad tenía. «El Cosquillas. El Cosquillas y Polliver.» A juzgar por su edad y atuendo, el chico no era más que un escudero. Tenía una enorme espinilla blanca a un lado de la nariz y unas cuantas rojas en la frente.

—¿Es el cachorrito perdido del que hablaba Ser Gregor? —le preguntó al Cosquillas—. ¿El que se hizo pipí en la alfombra y se escapó?

El Cosquillas puso una mano en el brazo del niño a modo de advertencia y asintió con la cabeza. Arya entendió perfectamente el gesto.

El escudero, no. O quizá no le importaba.

—Ser Gregor dice que el cachorrito de su hermano escondió el rabo entre las patas cuando la batalla se puso seria en Desembarco del Rey. Dice que huyó gimoteando. —Miró al Perro con una sonrisa burlona de lo más idiota.

Clegane miró al escudero sin decir palabra. Polliver empujó a la chica para que se bajara de su regazo y se puso en pie.

—El chico está borracho —dijo. El soldado era casi tan alto como el Perro, aunque ni mucho menos tan musculoso. Una barbita afilada le cubría la barbilla y la mandíbula, espesa, negra y bien recortada, pero en la cabeza apenas si tenía pelo—. No pasa nada, es que no sabe beber.

—Entonces que no beba.

—El cachorrito no me asusta... —empezó el chico, pero el Cosquillas le retorció la oreja como quien no quiere la cosa entre el índice y el pulgar y las palabras se transformaron en un aullido de dolor.

El posadero regresó a toda prisa con dos copas de barro y una jarra sobre una bandeja de latón. Sandor se llevó la jarra a la boca. Arya vio cómo se le movían los músculos del cuello al tragar. Cuando la volvió a dejar caer de golpe en la mesa ya estaba por la mitad.

—Ahora ya puedes servir. Y más vale que recojas esas monedas de cobre, son las únicas que vas a ver hoy.

—Nosotros pagaremos cuando terminemos de beber —dijo Polliver.

—Cuando terminéis de beber le haréis cosquillas al posadero para averiguar dónde guarda el oro. Es lo que hacéis siempre.

De repente el posadero pareció recordar que tenía algo al fuego. Los parroquianos también se estaban marchando y las chicas habían desaparecido. Lo único que se oía en la sala común era el tenue crepitar del fuego en la chimenea.

«También nosotros deberíamos marcharnos.» De eso Arya estaba segura.

—Si venís en busca de Ser Gregor, llegáis demasiado tarde —dijo Polliver—. Estaba en Harrenhal, pero ya se ha ido. La reina lo mandó llamar. —Arya vio que llevaba tres hojas al cinto: una espada larga a la izquierda, y a la derecha, una daga y otra arma más estilizada, demasiado larga para ser un puñal y demasiado corta para ser una espada—. Supongo que sabréis que el rey Joffrey ha muerto —añadió—. Envenenado en su banquete nupcial.

Arya dio un paso más hacia el centro de la estancia. «Joffrey está muerto.» Casi lo podía ver ante ella, con aquellos rizos rubios y la sonrisa antipática en los labios gordos y blandos. «¡Joffrey está muerto!» Sabía que tendría que alegrarse, pero aún se sentía vacía por dentro. Joffrey había muerto, sí, pero ¿qué importaba, si Robb había muerto también?

—Bravo por mis valientes hermanos de la Guardia Real. —El Perro soltó un bufido despectivo—. ¿Quién lo mató?

—Dicen que el Gnomo. Con la ayuda de su mujercita.

—¿Qué mujercita?

—Se me olvidaba que habéis estado escondido debajo de una piedra. La norteña, la chica de Invernalía. Nos han dicho que mató al rey con un hechizo y se transformó en un lobo con alas de murciélago para salir volando por la ventana de una torre. Pero se fue sin el enano y Cersei quiere cortarle la cabeza.

«Qué idiotez —pensó Arya—. Sansa sólo se sabe canciones, no hechizos, y jamás se casaría con el Gnomo.»

El Perro se sentó en el banco más cercano a la puerta. La boca se le contrajo, pero sólo por donde estaba quemada.

—Lo debería meter en fuego valyrio y cocerlo. O hacerle cosquillas hasta que la luna se vuelva negra. —Alzó la copa de vino y la vació de un trago.

«Es como ellos —pensó Arya al verlo. Se mordió el labio con tanta fuerza que notó sabor a sangre—. Igual que los demás. Tendría que matarlo mientras duerme.»

—¿Así que Gregor tomó Harrenhal? —preguntó Sandor.

—No le costó mucho —respondió Polliver—. Los mercenarios huyeron en cuanto corrió la voz de que nos acercábamos, sólo quedaron unos pocos. Uno de los cocineros nos abrió una poterna, quería vengarse de la Cabra, que le había cortado un pie. —Rió entre dientes—. Nos lo quedamos a él como cocinero, a un par de mozas para que nos calentaran las camas y a todos los demás los pasamos por la espada.

—¿A todos? —preguntó Arya sin poder contenerse.

—Bueno, Ser Gregor se quedó con la Cabra para divertirse un rato.

—¿El Pez Negro sigue en Aguasdulces? —intervino Sandor.

—Por poco tiempo —respondió Polliver—. Ha empezado el asedio. El viejo Frey ahorcará a Edmure Tully a menos que rinda el castillo. Ahora mismo sólo se está luchando de verdad en el Árbol de los Cuervos. Los Blackwood y los Bracken. Los Bracken están de nuestra parte.

El Perro sirvió una copa de vino para Arya y otra para él, y se la bebió mientras contemplaba la chimenea.

—Así que el pajarito consiguió escapar, ¿eh? Bien por ella, joder. Le dio por culo al Gnomo y salió volando.

—Darán con ella —le aseguró Polliver—, aunque haga falta la mitad del oro de Roca Casterly.

—Según dicen, es una muchacha preciosa —dijo el Cosquillas. Chasqueó los labios y sonrió—. Dulce como la miel.

—Y cortés —asintió el Perro—. Toda una damita. No como su maldita hermana.

—A ella también la encontraron —le dijo Polliver—. A la hermana pequeña. La van a casar con el bastardo de Bolton.

Arya bebió un sorbo de vino para que no le pudieran ver la boca. No entendía de qué hablaba Polliver. «Sansa no tiene ninguna otra hermana.» Sandor Clegane se echó a reír.

—¿Qué os hace tanta gracia? —quiso saber Polliver.

—Si quisiera que lo supierais, os lo habría dicho. —El Perro no miró a Arya ni por un momento—. ¿Hay barcos en Salinas?

—¿En Salinas? ¿Cómo voy a saberlo yo? Tengo entendido que los mercaderes han vuelto a la Poza de la Doncella. Randyll Tarly se apoderó del castillo y encerró a Mooton en una celda de la torre. No he oído nada de Salinas.

—¿Os haríais a la mar sin despediros de vuestro hermano? —preguntó el Cosquillas inclinándose hacia delante. A Arya le dio escalofríos oírle formular la pregunta—. Él preferiría que volvierais con nosotros a Harrenhal, Sandor, estoy seguro. O a Desembarco del Rey...

—Que le den por culo a la ciudad. Que le den por culo a él. Que os den por culo a vosotros.

El Cosquillas se encogió de hombros, se irguió y se llevó una mano a la parte trasera de la cabeza para rascarse el cuello. Fue como si todo sucediera a la vez; Sandor se puso en pie de un salto, Polliver desenvainó la espada, y la mano del Cosquillas se movió como un relámpago y envió un rayo plateado que cruzó la sala común. Si el Perro no se hubiera estado moviendo, el cuchillo le habría cortado en dos la nuez de la garganta; en vez de eso sólo le arañó las costillas antes de clavarse vibrante en una pared cerca de la puerta. Sandor se echó a reír, con una risa tan fría y hueca como si viniera del fondo del más profundo de los pozos.

—Estaba deseando que hicierais alguna tontería.

Sacó la espada de la vaina justo a tiempo para detener el primer golpe de Polliver.

Arya retrocedió un paso cuando empezó la canción del acero. El Cosquillas saltó del banco con una espada corta en una mano y una daga en la otra. Hasta el rechoncho escudero de pelo castaño se había levantado y se buscaba el puño de la espada. Arya cogió la copa de vino y se la tiró a la cara. Tuvo mejor puntería que en Los Gemelos, la copa le acertó de pleno en la enorme espinilla blanca y el chico cayó de culo.

Polliver era un combatiente serio y metódico; presionaba a Sandor hacia atrás con firmeza y manejaba la espada con precisión brutal. Las estocadas del Perro eran más torpes, sus quites apresurados y sus movimientos lentos y descoordinados.

«Está borracho —comprendió Arya con desaliento—. Ha bebido demasiado sin meterse comida en la barriga.» Y el Cosquillas se deslizaba ya junto a la pared para situarse tras él. Cogió la segunda copa de vino y se la tiró, pero fue más rápido que el escudero y agachó la cabeza a tiempo. La mirada que le lanzó estaba llena de promesas gélidas. «¿Dónde está escondido el oro de la aldea?», le oía preguntar. El idiota del escudero se estaba agarrando al borde de la mesa para

incorporarse sobre las rodillas. Arya empezaba a sentir el sabor del pánico en la garganta. «El miedo hiere más que las espadas. El miedo hiere más...»

Sandor dejó escapar un gruñido de dolor. Tenía el lado quemado de la cara rojo desde la sien a la mejilla y le faltaba el muñón de la oreja. Aquello lo había hecho enfadar. Hizo retroceder a Polliver con un ataque salvaje, lanzando golpes con la vieja espada mellada que había conseguido en las colinas. El barbudo cedía terreno, pero ninguno de los tajos lo llegaba a rozar. Y en aquel momento el Cosquillas saltó sobre un banco rápido como una serpiente y con el filo de su espada corta lanzó un tajo contra el cuello del Perro.

«Lo están matando.» Arya no tenía más copas, pero sí algo mejor que lanzar. Sacó la daga que le habían robado al arquero moribundo y trató de lanzarla contra el Cosquillas tal como había hecho él. Pero no era lo mismo que tirar una piedra o una manzana. El cuchillo cabeceó y le dio con el puño. «Ni siquiera lo ha notado.» Estaba demasiado concentrado en Clegane.

Cuando lanzó la puñalada, Clegane se movió a un lado, con lo que consiguió un instante de respiro. La sangre le corría por la cara y por el corte del cuello. Los dos hombres de la Montaña lo atacaron sin miramientos, Polliver le lanzaba tajos a la cabeza y a los hombros mientras el Cosquillas trataba de apuñalarle la espalda y el vientre. La pesada jarra de vino seguía sobre la mesa. Arya la cogió con ambas manos, pero justo cuando la levantaba, alguien la agarró por el brazo. La jarra se le resbaló entre los dedos y se hizo añicos contra el suelo. Se retorció hacia un lado y se encontró frente a frente con el escudero.

«¡Serás idiota, te has olvidado de él!» Vio que se le había reventado la espinilla blanca.

—¿Tú eres el cachorro del cachorro?

El chico tenía la espada en la mano derecha y el brazo de Arya en la izquierda, en cambio ella tenía las manos libres, así que se sacó el cuchillo de la vaina y lo volvió a envainar en su vientre, retorciéndolo. Él no llevaba cota de mallas, ni siquiera coraza, así que la hoja entró

igual que cuando había matado con *Aguja* al mozo de cuadras de Desembarco del Rey. Los ojos del escudero estaban muy abiertos cuando le soltó el brazo. Arya se dio media vuelta hacia la puerta y arrancó de la pared el cuchillo del Cosquillas.

Polliver y el Cosquillas tenían arrinconado al Perro detrás de un banco, y uno de ellos le había hecho un buen corte en el muslo. Sandor estaba apoyado en la pared, sangrando y jadeante. No parecía que pudiera tenerse en pie, y mucho menos luchar.

—Dejad la espada y os llevaremos a Harrenhal —le dijo Polliver.

—¿Para que pueda matarme Gregor en persona?

—Tal vez os deje en mis manos —dijo el Cosquillas.

—Si me queréis, venid a por mí.

Sandor se apartó de la pared y se acucilló a medias tras el banco, con la espada cruzada ante el cuerpo.

—¿Creéis que no lo haremos? —bufó Polliver—. Estáis borracho.

—Es posible —replicó el Perro—, pero vosotros estáis muertos.

Lanzó una patada repentina hacia el banco, que fue a chocar contra las espinillas de Polliver. El barbudo consiguió mantenerse en pie, pero el Perro se agachó para esquivar su tajo y alzó la espada en un salvaje revés. La sangre salpicó el techo y las paredes. La hoja había acertado a Polliver en medio de la cara, y cuando el Perro la liberó de un tirón se llevó con ella la mitad de su cabeza.

El Cosquillas retrocedió. Arya olió su miedo. De repente, la espada corta que él llevaba en la mano parecía casi un juguete comparada con la larga hoja que blandía el Perro, y tampoco llevaba armadura. Se movía deprisa, con los pies ligeros, sin apartar los ojos de Sandor Clegane. Por eso a Arya no le costó nada ponerse tras él y apuñalarlo.

—¿Dónde está escondido el oro de la aldea? —le gritó mientras le clavaba la daga en la espalda—. ¿Plata, piedras preciosas? —Lo apuñaló dos veces más—. ¿Hay más comida? ¿Dónde está Lord Beric Dondarrion? —Estaba encima de él y lo seguía apuñalando—. ¿Qué dirección tomó? ¿Cuántos hombres llevaba? ¿Cuántos caballeros,

cuántos arqueros, cuántos hombres de a pie, cuántos, cuántos, cuántos, cuántos, cuántos? ¿Dónde está escondido el oro de la aldea?

Cuando Sandor consiguió apartarla de él, ya tenía las manos rojas y pegajosas.

—Basta —fue lo único que dijo.

Él mismo sangraba como un cerdo degollado y arrastraba una pierna al caminar.

—Hay uno más —le recordó Arya.

El escudero se había arrancado el cuchillo del vientre y trataba de detener la hemorragia con las manos. Cuando el Perro lo puso en pie empezó a gritar y a lloriquear como un bebé.

—Piedad —lloró—, por favor. No me matéis. Madre, ten piedad.

—¿Tengo cara de ser tu madre? —La cara del Perro ni siquiera parecía humana—. A éste también lo has matado —le dijo a Arya—. Le has perforado las tripas, no hay nada que hacer. Pero va a tardar mucho en morir.

—Yo venía por las chicas —sollozó el muchacho, que parecía no oírlo—. Polly dijo que me harían un hombre... Oh, dioses, por favor, llevadme a un castillo... A un maestro, llevadme a un maestro, mi padre tiene oro... Sólo venía por las chicas... piedad, ser.

El Perro le dio una bofetada que lo hizo gritar de nuevo.

—A mí no me llames «ser». —Se volvió hacia Arya—. Éste es tuyo, loba. Encárgate tú.

Arya sabía a qué se refería. Fue hacia donde estaba Polliver y se arrodilló en la sangre del hombre para desatarle el cinto de la espada. Junto a la daga había otra arma más estilizada, demasiado larga para ser un puñal y demasiado corta para ser la espada de un hombre... pero en su mano era perfecta.

—¿Recuerdas dónde está el corazón? —preguntó el Perro.

Arya asintió. El escudero puso los ojos en blanco.

—Piedad.

Aguja se deslizó entre sus costillas y se la concedió.

—Bien. —La voz de Sandor sonaba tensa de dolor—. Si estos tres venían aquí de putas es que Gregor domina el vado además de Harrenhal. Pueden llegar más animales de los suyos en cualquier momento y ya hemos matado a bastantes cabrones por hoy.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A Salinas. —Le apoyó una mano enorme en el hombro para no caerse—. Coge un poco de vino, loba. Y todas las monedas que encuentres, nos van a hacer falta. Si hay barcos en Salinas podemos llegar al Valle por mar. —La boca se le retorció y le salió más sangre de donde había tenido la oreja—. Puede que Lady Lysa te case con su pequeño Robert. Menuda pareja ibais a hacer.

La risotada se le transformó en un gemido.

Cuando llegó el momento de marchar necesitó la ayuda de Arya para subir a lomos de *Extraño*. Se había atado una tira de tela en torno al cuello y otra alrededor del muslo. También había cogido la capa del escudero, que estaba colgada de un clavo junto a la puerta. La capa era verde, con el emblema de una flecha también verde en un arco blanco, pero en cuanto el Perro se la arrebujo contra la herida que quedaba donde había tenido la oreja, no tardó en tornarse roja. Arya tenía miedo de que se derrumbara en cuanto se pusieran en marcha, pero Sandor se mantuvo firme en la silla.

No podían correr el riesgo de encontrarse con quienquiera que fuera el que dominaba el Vado Rubí, así que en vez de seguir por el camino real se desviaron por el sudeste, entre campos llenos de hierbajos, bosques y cenagales. Tardaron horas en llegar a las orillas del Tridente. Arya vio que el río había vuelto mansamente a su cauce habitual, las lluvias se habían llevado todo su lodazal de rabia. «Hasta el río está cansado», pensó.

Cerca de la ribera encontraron unos sauces que crecían en medio de un montón de rocas erosionadas. Rocas y árboles formaban una especie de refugio natural donde podían protegerse sin ser vistos desde el río ni desde el sendero.

—Esto nos valdrá —dijo el Perro—. Abreva a los caballos y coge algo de leña para encender una hoguera.

Al desmontar tuvo que agarrarse a la rama de un árbol para no caerse.

—¿No nos delatará el humo?

—Si alguien nos quiere encontrar sólo tiene que seguir mi rastro de sangre. Venga, agua, leña. Pero antes tráeme el odre de vino.

Una vez hubo encendido la hoguera Sandor puso el yelmo entre las llamas, vació dentro la mitad del odre de vino y se dejó caer contra una piedra cubierta de musgo como si no pensara volver a levantarse. Ordenó a Arya que lavara la capa del escudero y la cortara en tiras. Luego las metió también en el yelmo.

—Si tuviera más vino bebería hasta perder el sentido. Tendría que mandarte de vuelta a aquella posada de mierda a buscar un par de odres más.

—No —replicó Arya.

«No se atreverá, ¿verdad? Si lo intenta, me iré a caballo y lo dejaré aquí tirado.»

Al ver el miedo reflejado en su cara Sandor se echó a reír.

—Era broma, niña lobo. Una broma de mierda. Búscame un palo, como así de largo y no muy grueso. Y límpialo de barro, no me gusta el sabor a barro.

Los dos primeros que le llevó no le gustaron. Cuando encontró uno que le pareció adecuado las llamas habían chamuscado el hocico de su perro hasta los ojos. Dentro el vino hervía a borbotones.

—Tráeme la taza de las alforjas y llénala hasta la mitad —le dijo—. Y ten cuidado. Como se te derrame te mandaré a buscar más. Luego me viertes el vino sobre las heridas. ¿Sabrás hacerlo? —Arya asintió—. Entonces, ¿a qué esperas? —gruñó.

La primera vez que llenó la taza rozó el acero con los nudillos y se quemó tanto que le salieron ampollas. Arya tuvo que morderse el labio para no gritar. El Perro utilizó el palo con el mismo objetivo, le clavó los dientes mientras ella le echaba el vino. Primero limpió el corte del

muslo, luego el de la parte trasera del cuello, que era menos profundo. Mientras le curaba la pierna, Sandor apretó el puño derecho y dio golpes contra el suelo. Cuando le llegó el turno al cuello mordió el palo tan fuerte que lo rompió y tuvo que ir a buscarle otro. El terror se reflejaba en los ojos del hombre.

—Vuelve la cabeza.

Derramó el vino sobre la carne viva, la herida roja donde había tenido la oreja, y unos dedos de sangre oscura y vino tinto se le deslizaron por la mandíbula. Entonces, pese al palo, gritó y después se desmayó del dolor.

El resto Arya lo tuvo que improvisar. Sacó las tiras de la capa del escudero del fondo del yelmo y las utilizó para vendar las heridas. Cuando le llegó el turno a la de la oreja tuvo que envolverle la mitad de la cabeza para detener la hemorragia. Cuando terminó el sol se ponía ya sobre el Tridente. Dejó pastar a los caballos, luego los maneó y por último se acomodó como mejor pudo en un nicho entre dos rocas. El fuego siguió ardiendo un rato antes de consumirse. Arya contempló la luna entre las ramas del árbol bajo el que se refugiaba.

—Ser Gregor la Montaña —dijo en voz baja—. Dunsen, Raff el Dulce, Ser Ilyn, Ser Meryn, la reina Cersei.

Se sintió rara al dejar fuera de la lista a Polliver y al Cosquillas. Y a Joffrey, también a Joffrey. Se alegraba de que hubiera muerto, pero le habría gustado verlo morir o mejor aún matarlo ella.

«Polliver dijo que Sansa y el Gnomo lo mataron. —¿Sería verdad? El Gnomo era un Lannister y Sansa—... Ojalá me pudiera transformar en lobo, ojalá me salieran alas y pudiera marcharme volando.»

Si Sansa también había caído, ella era la única Stark que quedaba. Jon estaba en el Muro a mil leguas de distancia, pero era un Nieve, y aquellos tíos y tías a los que el Perro quería venderla tampoco eran Starks. No eran lobos.

Sandor gimió y Arya giró para ponerse de costado y mirarlo. Se dio cuenta de que también había omitido su nombre. ¿Por qué? Trató

de pensar en Mycah, pero le costaba recordar su cara. No lo había conocido durante mucho tiempo.

«Lo único que hizo fue jugar a las espadas conmigo.»

—El Perro —susurró—. *Valar morghulis* —añadió.

Tal vez por la mañana estaría muerto...

Pero, cuando la pálida luz del amanecer empezó a filtrarse entre los árboles, fue él quien la despertó con la punta de la bota. Había soñado otra vez que era una loba, que perseguía a un caballo sin jinete colina arriba, seguida por su manada, pero el pie de Sandor la trajo de vuelta justo cuando lo iban a matar.

El Perro estaba todavía muy débil y sus movimientos eran lentos y torpes. Daba cabezadas en la silla, sudaba y la oreja le volvía a sangrar a través de las vendas. Tenía que hacer acopio de todas sus fuerzas sólo para no caerse de *Extraño*. Si los hombres de la Montaña los hubieran perseguido, Arya dudaba de que hubiera tenido fuerzas para levantar una espada. Miró por encima del hombro, pero tras ellos no había nada más que un cuervo que revoloteaba de árbol en árbol. El único sonido que le llegaba era el del río.

Sandor Clegane se estaba tambaleando bastante antes del mediodía. Aún quedaban muchas horas de luz cuando la hizo detenerse.

—Tengo que descansar —fue lo único que dijo.

En aquella ocasión, al desmontar, cayó sin poder apoyarse en nada. No trató de levantarse, sino que se arrastró débilmente hasta debajo de un árbol y se apoyó en el tronco.

—Mierda —maldijo—. Mierda. —Vio que Arya lo estaba mirando—. Te despellejaría viva por una copa de vino, niña.

Ella le llevó agua. Sandor bebió un poco, se quejó de que sabía a barro y se hundió en un sueño febril y ruidoso. Lo tocó, y la piel le ardía. Arya olfateó las vendas como hacía a veces el maestro Luwin cuando le trataba un corte o un arañazo. Lo que más le había sangrado era la cara, pero era la herida de la pierna la que tenía un olor raro.

Se preguntó si aquello de Salinas estaría lejos y si podría llegar por su cuenta. «No tendría que matarlo. Si me marcho a caballo y lo dejo aquí se morirá él solo. Se morirá de fiebre y se quedará aquí tirado bajo el árbol hasta el fin de los tiempos.» Pero quizá sería mejor si lo mataba ella misma. Había matado al escudero en la posada, y el chico no había hecho más que agarrarla por el brazo. El Perro en cambio había matado a Mycah. «A Mycah y a muchos más. Seguro que ha matado a más de cien Mycahs.» Probablemente la habría matado también a ella si no fuera por el rescate.

Aguja centelleó cuando se la sacó del cinturón. Al menos Polliver la había conservado afilada y en buen estado. Giró el cuerpo de lado en una posición de danzarina del agua que le salió por instinto. Las hojas secas crujieron bajo sus pies. «Rápida como una serpiente —pensó—. Suave como la seda de verano.»

Sandor abrió los ojos.

—¿Recuerdas dónde está el corazón? —preguntó en un susurro ronco.

—Sólo... iba a... —Se había quedado inmóvil como una piedra.

—¡No mientas! —gruñó—. Detesto a los mentirosos. Y a los mentirosos cobardes aún más. Venga. Hazlo. —Al ver que Arya no se movía entrecerró los ojos—. Maté a tu amiguito, el hijo del carnicero. Casi lo corté en dos y me reí. —Emitió un sonido extraño; Arya tardó un momento en comprender que estaba sollozando—. Y el pajarito, tu hermana, tu preciosa hermana... me quedé allí, con mi capa blanca, y dejé que la golpearan. Yo le arrebaté aquella canción de mierda, no me la dio. Y me la habría llevado a ella. Me la tendría que haber llevado. Me la tendría que haber follado hasta matarla, le tendría que haber arrancado el corazón antes de dejarla para ese enano. —Un espasmo de dolor le retorció el rostro—. ¿Qué quieres, loba, que te lo suplique? ¡Vamos! El don de la piedad... venga a tu amigo Michael...

—Mycah. —Arya se alejó de él—. No te mereces el don de la piedad.

El Perro la observó con los ojos brillantes de fiebre mientras ensillaba a *Gallina*. En ningún momento intentó levantarse para detenerla.

—Una loba de verdad remataría a un animal herido —le dijo cuando la vio montar.

«A lo mejor te encuentran lobos de verdad —pensó Arya—. A lo mejor les llega tu olor cuando se ponga el sol.» Así aprendería qué les hacían los lobos a los perros.

—No me tendrías que haber pegado con el hacha —dijo—. Tendrías que haber salvado a mi madre.

Hizo dar la vuelta a la yegua y se alejó de él sin volver la vista atrás.

Una luminosa mañana, seis días más tarde, llegó a un lugar donde el Tridente empezaba a ensancharse y el aire olía más a sal que a árboles. Siguió avanzando siempre cerca del agua, pasó junto a prados y granjas, y poco después de mediodía divisó una ciudad.

«Ojalá sea Salinas», pensó esperanzada. Un pequeño castillo dominaba la ciudad; era poco más que un torreón, apenas una edificación alta, cuadrada, con un patio y una muralla exterior. En la mayor parte de las tiendas, posadas y tabernas que rodeaban el puerto se veían los efectos de incendios y saqueos, pero algunos edificios aún parecían habitados. El puerto estaba allí y hacia el este se extendía la bahía de los Cangrejos, con aguas que centelleaban azules y verdes bajo el sol.

Y había barcos.

«Tres —contó Arya—, hay tres.» Dos de ellos no eran más que remeros fluviales, barcazas de bajíos hechas para surcar las aguas del Tridente. El tercero era más grande, un mercante marino con dos hileras de remos, proa dorada y tres mástiles altos con velas plegadas color púrpura. El casco también estaba pintado de color púrpura. A lomos de *Gallina*, Arya recorrió el muelle para verlo mejor. En un puerto los forasteros no eran tan raros como en una aldea, y a nadie pareció importarle quién era ni qué hacía allí.

«Necesito plata.» Se mordió el labio. A Polliver le habían quitado un venado y una docena de cobres, al escudero con espinillas que ella había matado ocho platas, y tan sólo un par de monedas en el bolso del Cosquillas. Pero el Perro le había dicho que le quitara las botas y que le descosiera el dobladillo de su jubón empapado de sangre. Ella había puesto un venado bajo cada pulgar en las botas y tres dragones de oro en el dobladillo que volvió a coser. Sandor se había quedado con todo.

«No fue justo. Eran tan míos como suyos.» Si le hubiera concedido el don de la piedad... pero no lo había hecho. No podía volver atrás, de la misma manera que no podía suplicar ayuda. «Suplicando no se consigue nada.» Tenía que vender a *Gallina*, y ojalá sacara suficiente por ella.

Un muchachito del puerto le dijo que los establos se habían quemado, pero su propietaria había llevado el negocio a la parte trasera del sept. A Arya no le costó dar con ella: era una mujer alta, corpulenta, con un agradable olor a caballo. Le gustó *Gallina* nada más verla, le preguntó a Arya cómo una yegua así había llegado a su poder y sonrió al oír su respuesta.

—Es un caballo de crianza —dijo—, eso se nota a la legua, y no dudo que perteneciera a un caballero, cariño. Pero ese caballero no era tu hermano muerto. Llevo muchos años haciendo negocio con el castillo, así que sé cómo es la gente de buena cuna. Esta yegua es de buena cuna, tú no. —Clavó un dedo en el pecho de Arya—. No sé si la encontraste o la robaste, me da igual, pero fue una de dos. Sólo así una pequeñaja harapienta como tú podría montar semejante palafrén.

—Entonces, ¿no me la vais a comprar? —Arya se mordió el labio.

—Sí, cariño, pero aceptarás lo que te ofrezca. —La mujer se rió entre dientes—. O eso o vamos al castillo y a lo mejor allí no te dan nada. Y si te descuidas, te ahorcan por robarle el caballo a un buen caballero.

Había media docena de habitantes de Salinas en las cercanías, cada uno dedicado a sus asuntos, así que Arya comprendió que no

podía matar a la mujer. Por lo tanto, tuvo que morderse el labio y dejarse estafar. La bolsa que obtuvo daba pena de puro exigua, y cuando pidió algo más por la silla, la manta y las riendas, la mujer se rió de ella.

«Al Perro no lo habría timado», pensó durante el largo trayecto de vuelta a los muelles. Le pareció una distancia inmensamente más larga que cuando la había recorrido a caballo.

La galera púrpura seguía allí. Si el barco hubiera zarpado mientras se dejaba estafar habría sido demasiado para ella. Cuando llegó estaban subiendo por la plancha un barril de aguamiel. Trató de ir detrás, pero un marinero de la cubierta empezó a gritarle en un idioma que no conocía.

—Quiero ver al capitán —le dijo Arya.

Lo único que consiguió fue que gritara más fuerte, pero el jaleo atrajo la atención de un hombre corpulento de pelo cano con una chaqueta de lana púrpura, que por suerte hablaba la lengua común.

—Yo soy el capitán —dijo—. ¿Qué es lo que quieres? Date prisa, la marea no espera.

—Quiero ir al norte, al Muro. Mirad, tengo para pagar. —Le entregó la bolsa—. La Guardia de la Noche tiene un castillo a la orilla del mar.

—Guardiaorient. —El capitán se vació la bolsa en la palma de la mano y frunció el ceño—. ¿Esto es todo lo que tienes?

«No es suficiente», supo Arya antes de que se lo dijera. Lo veía bien claro en su rostro.

—No me hace falta camarote ni nada así —dijo—. Puedo dormir en la bodega o...

—Que venga como chica de camarote —dijo un remero que pasaba por allí con una bala de algodón al hombro—. Puede dormir conmigo.

—Cuidado con lo que dices —le replicó el capitán.

—También puedo trabajar —insistió Arya—. Sabría fregar las cubiertas. Estuve un tiempo fregando las escaleras de un castillo. O podría remar...

—No —le replicó—, no podrías. —Le devolvió las monedas—. Y aunque pudieras tampoco importaría, niña. No se nos ha perdido nada en el norte. No hay nada más que hielo, guerra y piratas. De hecho, nos encontramos con una docena de barcos piratas al doblar Punta Zarpa Rota y no tengo ningunas ganas de volver a verlos. Nosotros vamos a poner rumbo hacia casa, y te recomiendo que hagas lo mismo.

«Yo no tengo casa —pensó Arya—. No tengo manada. Y ahora ni siquiera tengo caballo.»

El capitán empezó a darse la vuelta, ya no había más que hablar.

—¿Qué barco es éste, mi señor? —preguntó a la desesperada.

El hombre se detuvo lo justo para dedicarle una sonrisa cansada.

—Es la *Hija del Titán*, de la Ciudad Libre de Braavos.

—¡Esperad! —exclamó Arya de repente—. Tengo otra cosa.

Se la había escondido tan bien en la ropa interior para que nadie se la quitara que tuvo que hurgar un rato para encontrarla, todo ello mientras los remeros se reían y el capitán aguardaba con impaciencia evidente.

—Una moneda de plata más no va a cambiar nada, niña —le dijo.

—No es de plata. —Cerró los dedos en torno a ella—. Es de hierro. Tomad.

Le apretó contra la palma de la mano la pequeña moneda de hierro que Jaqen H'ghar le había dado, tan gastada que el hombre cuya cabeza aparecía en ella no tenía ya rasgos.

«Seguro que no vale nada, pero...»

El capitán la examinó, parpadeó y clavó la vista en Arya.

—¿Esto... cómo...?

«Jaqen me dijo que dijera las palabras también.» Arya se cruzó los brazos sobre el pecho.

—*Valar morghulis* —exclamó en voz tan alta como si supiera lo que significaba.

—*Valar dohaeris* —respondió él mientras se tocaba la frente con dos dedos—. Tendrás un camarote, por supuesto.

SAMWELL

—Chupa más fuerte que el mío. —Elí acariciaba la cabeza del bebé mientras lo sostenía contra el pecho.

—Es que tiene hambre —dijo Val, la mujer rubia a la que los hermanos negros llamaban «la princesa salvaje»—. Hasta ahora ha vivido de leche de cabra y de las pócimas que le hacía el maestro ciego.

El niño aún no tenía nombre, igual que el de Elí. Era la costumbre de los salvajes. Por lo visto, ni siquiera el hijo de Mance Rayder tendría un nombre hasta que llegara su tercer año, aunque Sam había oído a los hermanos llamarlo «el principito» o «nacido-en-la-batalla».

Contempló cómo el niño mamaba del pecho de Elí, luego se fijó en cómo lo miraba Jon.

«Jon está sonriendo. —Una sonrisa triste, sí, pero al menos era una sonrisa. Sam se alegró de verla—. Es la primera vez que lo veo sonreír desde que volvió.»

Habían caminado desde el Fuerte de la Noche a Lago Hondo, y luego de Lago Hondo a Puerta de la Reina, siempre por un sendero angosto que iba de un castillo al siguiente, sin perder nunca de vista el Muro. A un día y medio del Castillo Negro, mientras se forzaban a seguir la marcha con los pies encallecidos, Elí oyó caballos tras ellos y se volvió para ver una columna de jinetes negros que procedían del oeste.

—Mis hermanos —la tranquilizó Sam—. Por este camino no va nadie más que la Guardia de la Noche.

Resultó que era Ser Denys Mallister, de la Torre Sombria, con un herido Bowen Marsh y los supervivientes de la batalla en el Puente de los Cráneos. Cuando Sam vio a Dywen, a Gigante y a Edd Tollett el Penas, se derrumbó y se echó a llorar.

Fueron ellos los que le relataron la batalla que había tenido lugar al pie del Muro.

—Stannis llegó a Guardiaoriente con sus caballeros y Cotter Pyke lo guió por los caminos de los exploradores para coger desprevenidos a los salvajes —le contó Gigante—. Los destrozó. Mance Rayder cayó prisionero y murieron un millar de sus mejores hombres, entre ellos Harma Cabeza de Perro. Por lo que nos han dicho, el resto se dispersaron como hojas en una tormenta.

«Los dioses son bondadosos», pensó Sam.

Si no se hubiera extraviado cuando Elí y él iban hacia el sur tras huir del Torreón de Craster, se habrían topado de frente con la batalla... o, como mínimo, se habrían metido en el campamento de Mance. A Elí y al niño les habría ido bien, pero a él no. Sam había oído historias acerca de qué hacían los salvajes con los cuervos capturados. Se estremeció.

Pero nada de lo que le contaron sus hermanos pudo prepararlo para lo que se encontró al llegar al Castillo Negro. La sala común había ardido hasta los cimientos, y de la gran escalera de madera sólo quedaban montones de hielo quebrado y troncos chamuscados. Donal Noye había muerto, igual que Rast, Dick el Sordo, Alyn el Rojo y otros muchos más, pero el castillo estaba lleno de gente como jamás lo había visto Sam; la mayoría no eran hermanos negros, sino soldados del rey, más de un millar. Por primera vez que se recordara había un rey en la Torre del Rey y ondeaban estandartes en la Lanza, en la Torre de Hardin, en la Fortaleza Gris y en el Torreón del Escudo, y también en otros edificios que llevaban años desiertos y abandonados.

—El grande, el dorado con el venado negro, es el estandarte real de la Casa Baratheon —le dijo a Elí, que no había visto nunca un estandarte—. El del zorro con las flores es de la Casa Florent. La tortuga es el de Estermont, el pez espada es el de Bar Emmon, y las trompetas cruzadas son de Wensington.

—Tienen tantos colores como las flores. —Elí señaló en dirección a uno—. Me gustan aquellos, los amarillos con el fuego. Y mira, algunos guerreros llevan el mismo dibujo en los jubones.

—Un corazón llameante. No sé a qué casa corresponde ese blasón. No tardó en averiguarlo.

—Son los hombres de la reina —le contó Pyp, después de lanzar un grito de alegría y proclamar «¡Atrancad las puertas, muchachos, es Sam el Mortífero, ha vuelto de la tumba», mientras Grenn lo abrazaba con tal fuerza que pensó que le iba a romper las costillas—. Pero mejor no preguntes dónde está la reina. Stannis la dejó en Guardiaoriente con su hija y toda su flota. No ha venido con más mujer que la roja.

—¿La roja? —repitió Sam, inseguro.

—Melisandre de Asshai —dijo Grenn—. La hechicera del rey. Se dice que quemó vivo a un hombre en Rocadragón para que Stannis tuviera vientos favorables en su viaje hacia el norte. También cabalgó junto a él en la batalla y le dio una espada mágica. Se llama *Dueña de Luz*. Ya la verás. Brilla como si tuviera metido dentro un trozo del sol. —Miró de nuevo a Sam y sonrió con una sonrisa amplia, bobalicona—. Aún no me puedo creer que estés aquí.

Jon Nieve también había sonreído al verlo, pero con una sonrisa cansada, como la que tenía en aquel momento.

—Así que lo has logrado —dijo—. Además, has traído a Elí. Bien hecho, Sam.

Por lo que explicaba Grenn, Jon lo había hecho bastante mejor que bien. De todos modos, y aunque había conseguido el Cuerno del Invierno y a un príncipe salvaje, nada de ello parecía ser suficiente para que Ser Alliser Thorne y sus amigos dejaran de llamarlo «cambiacapas». El maestre Aemon decía que la herida se le estaba curando bien, pero que Jon tenía también otras cicatrices más profundas que las que le rodeaban el ojo.

«Llora por su chica salvaje y por sus hermanos.»

—Qué curioso —comentó Sam—. Craster no sentía ningún aprecio por Mance, ni Mance por Craster, pero ahora la hija de Craster está amamantando al hijo de Mance.

—Yo tengo leche —dijo Elí en voz baja, tímida—. El mío sólo toma un poco. No es tan codicioso como éste.

Val, la mujer salvaje, se volvió para enfrentarse a ellos.

—He oído hablar a los hombres de la reina, dicen que la mujer roja quiere quemar a Mance en cuanto recupere las fuerzas.

—Mance es un desertor de la Guardia de la Noche. —Jon le lanzó una mirada llena de cansancio—. Eso se castiga con la muerte. Si lo hubiera capturado la Guardia ya lo habrían ahorcado, pero es prisionero del rey, y nadie sabe qué piensa el rey, excepto la mujer roja.

—Quiero verlo —dijo Val—. Quiero enseñarle a su hijo. Al menos se merece eso antes de que lo matéis.

—Nadie puede verlo excepto el maestre Aemon, mi señora —intentó explicarle Sam.

—Si de mí dependiera, Mance podría abrazar a su hijo. —La sonrisa de Jon se había desvanecido—. Lo siento mucho, Val. —Se dio la vuelta—. Sam y yo tenemos que ocuparnos de nuestros deberes. Bueno, al menos Sam. Preguntaremos si puedes visitar a Mance. Es lo único que te prometo.

Sam se demoró un instante para dar un apretoncito en la mano a Elí y prometerle que regresaría después de la cena. Luego, se apresuró en pos de Jon. Había guardias ante la puerta, hombres de la reina armados con lanzas. Jon ya estaba a medio camino del tramo de escaleras, pero se detuvo a esperar cuando oyó a Sam jadear tras él.

—Le tienes algo más que cariño a Elí, ¿verdad?

—Elí es buena. —Sam se había sonrojado—. Es buena y amable. —Se alegraba de que hubiera terminado la larga pesadilla, se alegraba de volver a estar con sus hermanos en el Castillo Negro... pero algunas noches, a solas en su celda, recordaba el calor que emanaba del cuerpo de Elí cuando se acurrucaban bajo las pieles, con el bebé entre

ambos—. Ella... ella me hizo más valiente, Jon. No valiente, pero sí un poco valiente.

—Sabes que no puedes seguir con ella —le dijo Jon con cariño—, igual que yo no podía seguir con Ygritte. Pronunciaste el juramento, Sam, igual que yo. Igual que todos nosotros.

—Ya lo sé. Elí dijo que sería mi esposa, pero... Le conté lo del juramento y le expliqué qué significaba. No sé si se puso contenta o triste, pero se lo conté. —Tragó saliva, nervioso—. Jon, ¿puede haber honor en una mentira, si es por una... por una buena causa?

—Según la mentira y su causa. —Jon lo miró—. No te lo recomiendo. No vales para mentir, Sam. Te sonrojas, tartamudeas y te salen gallos.

—Es verdad —dijo—, pero podría mentir en una carta. Con la pluma en la mano se me da mejor. Es que... se me ocurrió una idea. Cuando las cosas se calmen un poco por aquí, he pensado que lo mejor para Elí sería... He pensado que podría enviarla a Colina Cuerno. Con mi madre, mis hermanas y mi... mi p-p-padre. Si Elí dijera que el bebé es mío... —Se estaba sonrojando de nuevo—. Mi madre lo querría, estoy seguro. Le buscaría un lugar a Elí, no sé, en el servicio, no sería tan duro como servir a Craster. Y en cuanto a Lord R-Randyll, pues... no lo reconocería jamás, pero hasta le complacería pensar que le he hecho un bastardo a una chica salvaje. Al menos le demostraría que soy suficientemente hombre como para acostarme con una mujer y engendrar un hijo. Una vez me dijo que estaba seguro de que moriría virgen, de que ninguna mujer querría nunca... ya sabes... Jon, si lo hago, si escribo esta mentira... ¿sería bueno? El niño llevaría una vida...

—Crecería como bastardo en el castillo de su abuelo. —Jon se encogió de hombros—. No sé, depende en buena parte de tu padre y de cómo sea el niño. Si sale a ti...

—Imposible. Su padre era Craster. Ya lo conociste, era duro como el tocón de un árbol viejo, y Elí es más fuerte de lo que parece.

—Si el chico demuestra habilidad con la espada o con la lanza, seguramente tendrá un lugar en la guardia de tu padre, como mínimo —dijo Jon—. No es raro que a los bastardos los eduquen como escuderos y luego los armen caballeros. Pero tienes que estar seguro de que Elí resultará convincente. Por lo que me has contado de Lord Randyll, no creo que se tome muy bien que lo engañen.

Había más guardias apostados junto a las escaleras del exterior de la torre. Pero aquéllos eran hombres del rey. Sam había aprendido a distinguirlos enseguida. Los hombres del rey eran tan terrenales e impíos como cualquier otro soldado, mientras que los de la reina sentían una devoción fervorosa por Melisandre de Asshai y su Señor de la Luz.

—¿Vas a entrenar al patio otra vez? —le preguntó Sam mientras caminaban—. ¿Crees que es conveniente entrenar tanto antes de que se te termine de curar la pierna?

—¿Qué más puedo hacer? —Jon se encogió de hombros—. Marsh me ha apartado del servicio; tiene miedo de que siga siendo un cambiacapás.

—Eso sólo lo piensan unos pocos —lo tranquilizó Sam—. Ser Alliser y sus amigos. La mayoría de los hermanos saben que no es verdad. Seguro que el rey Stannis también lo sabe. Le trajiste el Cuerno del Invierno y capturaste al hijo de Mance Rayder.

—Sólo protegí a Val y al bebé de los saqueadores cuando huyeron los salvajes y los defendí hasta que nos encontraron los exploradores. No capturé a nadie. Desde luego, es obvio que el rey Stannis tiene bien controlados a sus hombres. Los deja saquear hasta cierto punto, pero hasta ahora sólo he oído que violaran a tres mujeres salvajes, y han castrado a los culpables. Me imagino que tendría que haber estado matando al pueblo libre mientras huían. Ser Alliser no para de decir que la única vez que desenvainé la espada fue para defender a nuestros enemigos. Según él, no maté a Mance Rayder porque estábamos compinchados.

—Eso no lo piensa más que Ser Alliser —dijo Sam—. Y ya saben todos cómo es.

Con su noble cuna, su rango de caballero y sus muchos años de servicio en la Guardia, Ser Alliser Thorne podría haber sido un buen candidato para el título de Lord Comandante, pero todos los hombres que había entrenado mientras había ejercido como maestro de armas lo despreciaban. Su nombre se había barajado, por supuesto, pero tras quedar en un triste sexto lugar el primer día, y llegar incluso a perder votos el segundo, Thorne se había retirado para dar su apoyo a Lord Janos Slynt.

—Lo que todos saben es que Ser Alliser es un caballero de noble estirpe, hijo legítimo, mientras que yo soy el bastardo que mató a Qhorin Mediamano y se acostó con una mujer del acero. Me llaman warg, los he oído. A ver, ¿cómo puedo ser un warg si no tengo lobo? —Frunció los labios—. Ya ni siquiera sueño con *Fantasma*. Todos mis sueños son en las criptas, con los reyes de piedra en sus tronos. A veces oigo la voz de Robb y la de mi padre, como si estuvieran en un banquete. Pero nos separa un muro y sé que no estoy invitado.

«Los vivos no están invitados a los banquetes de los muertos.» A Sam se le rompía el corazón, pero tenía que guardar silencio.

«Bran no está muerto, Jon —habría querido decirle—. Está con unos amigos, viajan hacia el norte a lomos de un alce gigante, en busca de un cuervo de tres ojos que vive en lo más profundo del Bosque Encantado.»

A él mismo le sonaba tan demencial que a veces pensaba que lo había soñado todo, que había sido una escena fruto de la fiebre, el miedo y el hambre... Pero de todos modos se lo habría contado de no ser porque había dado su palabra.

Tres veces había tenido que jurar que mantendría el secreto: una al propio Bran, otra a aquel extraño muchachito, Jojen Reed, y la última a Manosfrías.

—El mundo cree que el chico está muerto —le había dicho su salvador en el momento de separarse—. Deja que sus huesos

descansen en paz. No queremos que vengan a buscarnos. Júralo, Samwell de la Guardia de la Noche. Júralo por la vida que me debes.

Sam se movió, inquieto y triste.

—Lord Janos no será elegido Lord Comandante. —Era el mejor consuelo que podía ofrecer a Jon, el único consuelo—. De verdad.

—Sam, eres un bobo encantador. Abre los ojos. Esto lo pusieron en marcha hace días. —Jon se apartó el pelo de los ojos—. Sé pocas cosas, pero de ésa no me cabe duda. En fin, discúlpame, tengo que ir a golpear a alguien con una espada.

Sam no pudo hacer nada más que mirar cómo se alejaba hacia la armería y el patio de entrenamiento. Allí era donde Jon Nieve pasaba la mayor parte de sus horas de vigilia. Muerto Ser Endrew y desinteresado Ser Alliser, el Castillo Negro no tenía maestro de armas, de modo que Jon se había echado sobre los hombros la tarea de trabajar con algunos de los reclutas más verdes. Seda, Caballo, Petirrojo Saltarín con su pie zambo, Arron y Emrick. Y cuando estaban de servicio se entrenaba a solas durante horas con la espada, el escudo y la lanza, o se probaba contra cualquiera que se prestara voluntario.

«Sam, eres un bobo encantador —las palabras de Jon le resonaron durante todo el camino de vuelta hacia el torreón del maestre—. Abre los ojos. Esto lo pusieron en marcha hace días.»

¿Sería posible que tuviera razón? Cualquier candidato necesitaba los votos de dos tercios de los Hermanos Juramentados para convertirse en Lord Comandante de la Guardia de la Noche, y tras nueve días y nueve votaciones no había ninguno que estuviera ni siquiera cerca de ese porcentaje. Lord Janos había estado ganando terreno, sí, primero había superado a Bowen Marsh y luego a Othell Yarwyck, pero seguía muy por detrás de Ser Denys Mallister de la Torre Sombria y de Cotter Pyke de Guardiaoriente del Mar.

«Uno de ellos será el nuevo Lord Comandante, no cabe duda», se dijo Sam.

Stannis había puesto guardias también ante la puerta del maestre. En las estancias hacía calor; estaban abarrotadas de hombres heridos en la batalla, tanto hermanos negros como soldados del rey y soldados de la reina. Clydas caminaba entre ellos con jarras de leche de cabra y vino del sueño, pero el maestre Aemon aún no había regresado de su visita matutina a Mance Rayder. Sam colgó la capa de un clavo y subió para ayudar. Pero, incluso mientras hacía recados, daba de beber y cambiaba vendas, las palabras de Jon le seguían resonando en los oídos.

«Sam, eres un bobo encantador. Abre los ojos. Esto lo pusieron en marcha hace días.»

Pasó más de una hora antes de que encontrara ocasión de excusarse para ir a atender a los cuervos. De camino a la pajarera, se detuvo para mirar el recuento que había hecho de la votación de la noche anterior. Cuando empezó todo, se habían presentado más de treinta nombres, pero la mayoría se habían retirado en cuanto quedó claro que no tenían ninguna posibilidad de ganar. Desde la noche anterior sólo quedaban siete. Ser Denys Mallister había conseguido doscientas trece fichas; Cotter Pyke, ciento ochenta y siete; Lord Slynt, setenta y cuatro; Othell Yarwyck, sesenta; Bowen Marsh, cuarenta y una; Hobb Tresdedos, cinco, y Edd Tollett el Penas, una.

«Pyp y sus bromas tontas.»

Sam pasó páginas para consultar recuentos anteriores. Ser Denys, Cotter Pyke y Bowen Marsh habían estado perdiendo votos desde el tercer día, y Othell Yarwyck desde el sexto. El único cuyas cifras mejoraban, día tras día, era Lord Janos Slynt.

Los pájaros graznaban en la pajarera, de modo que dejó los papeles y subió por las escaleras para darles de comer. Comprobó con satisfacción que habían llegado tres cuervos más.

—*Nieve* —graznaron—. *Nieve, nieve, nieve.*

Era la palabra que les había enseñado. Pese a los nuevos cuervos, la pajarera parecía muy vacía. De los pájaros que había enviado Aemon sólo unos pocos habían regresado por el momento.

«Pero uno llegó a Stannis. Uno llegó a Rocadragón, a un rey al que todavía le importamos.»

A mil leguas hacia el sur, Sam sabía que su padre había puesto la Casa Tarly al servicio de la causa del chico que ocupaba el Trono de Hierro, pero ni el rey Joffrey ni el pequeño rey Tommen habían hecho ningún gesto cuando la Guardia pidió ayuda.

«¿De qué sirve un rey que no defiende su reino?», pensó furioso al recordar la noche en el Puño de los Primeros Hombres y el terrible viaje hasta el Torreón de Craster en medio de la oscuridad, entre la nieve y el miedo. Ciertamente, los hombres de la reina lo incomodaban, pero al menos estaban allí.

Aquella noche, a la hora de la cena, Sam buscó a Jon Nieve, pero no se encontraba en la gigantesca cripta de piedra donde comían los hermanos. Acabó por ocupar un lugar en el banco cerca de sus otros amigos. Pyp estaba hablando a Edd el Penas acerca de la competición para ver cuál de los soldados de paja recibía más flechas salvajes.

—Casi todo el tiempo fuiste por delante, pero el último día Watt de Lago Largo recibió tres y te adelantó.

—Nunca gano nada —se quejó Edd el Penas—. En cambio, los dioses siempre sonrieron a Watt. Cuando los salvajes lo derribaron en el Puente de los Cráneos, no cayó sobre las rocas, sino en un estanque de agua. Eso sí que es tener suerte.

—¿Cayó desde muy alto? —quiso saber Grenn—. ¿Salvó la vida al caer en el estanque?

—No —replicó Edd el Penas—. Ya estaba muerto, le habían partido la cabeza de un hachazo. Pero tuvo suerte de no caer contra las rocas.

Hobb Tresdedos les había prometido a los hermanos una pata asada de mamut para aquella noche, tal vez con la esperanza de atraer unos cuantos votos.

«Si era eso lo que pretendía, tendría que haber buscado un mamut más joven», pensó Sam mientras se sacaba una hebra de ternilla de entre los dientes. Dejó la comida a un lado con un suspiro.

Pronto habría otra votación y la tensión que se palpaba en el aire era más espesa que el humo. Cotter Pyke estaba sentado junto al fuego, rodeado de exploradores de Guardiaoriental. Ser Denys Mallister ocupaba un lugar cerca de la puerta con un grupo más reducido de hombres de la Torre Sombria.

«Janos Slynt tiene el mejor lugar —advirtió Sam—, a medio camino entre las llamas y la corriente.»

Se alarmó al ver junto a él a Bowen Marsh, ojeroso y demacrado, con la cabeza todavía vendada, pero escuchando lo que fuera que estuviera diciendo Lord Janos. Se lo comentó a sus amigos.

—Y mira allí —le dijo Pyp—. Ser Alliser está hablando con Othell Yarwyck al oído.

Después de la cena el maestre Aemon se levantó para preguntar si algún hermano quería tomar la palabra antes de votar con las fichas. Edd el Penas se puso en pie, con el semblante tan sombrío como siempre.

—Sólo quiero decir a quien quiera que esté votando por mí que sin lugar a dudas sería un pésimo Lord Comandante. Al igual que el resto de los candidatos.

Tras él tomó la palabra Bowen Marsh, con una mano sobre el hombro de Lord Slynt.

—Hermanos y amigos, pido que mi nombre se retire de la lista de candidatos. La herida todavía me molesta y la carga de ser Lord Comandante resultaría excesiva para mí... pero no para Lord Janos, que durante muchos años estuvo al mando de los capas doradas en Desembarco del Rey. Espero que todos le demos nuestro apoyo.

Sam oyó murmullos airados en la zona de la estancia donde estaba Cotter Pyke, y Ser Denys miró a uno de sus compañeros y asintió con la cabeza. «Es demasiado tarde, el daño ya está hecho.» Se preguntó dónde estaría Jon y por qué se había mantenido al margen.

La mayor parte de los hermanos eran analfabetos, de manera que, por tradición, las votaciones se hacían depositando fichas en una enorme olla de hierro que Hobb Tresdedos y Owen el Bestia habían

sacado a rastras de la cocina. Los barriles con las fichas estaban en un rincón, tras una gruesa cortina, de manera que los votantes pudieran hacer su elección en secreto. Estaba permitido que un amigo votara en nombre de otro que estuviera de servicio, de modo que algunos hombres cogían dos fichas, tres o cuatro, y Ser Denys y Cotter Pyke depositaban los votos de las guarniciones que habían dejado atrás.

Cuando por fin estuvieron solos en la estancia, Sam y Clydas volcaron la olla delante del maestro Aemon. Una cascada de conchas marinas, piedras y monedas de cobre cubrió la mesa. Las manos arrugadas de Aemon se movieron a una velocidad sorprendente, pusieron las conchas en un lado, las piedras en otro, las monedas en un tercero y amontonaron juntas las pocas puntas de flecha, clavos y bellotas. Sam y Clydas contaron los montones y tomaron cada uno nota de los resultados.

Aquella noche le correspondía a Sam ser el primero en anunciar los resultados.

—Doscientos tres para Ser Denys Mallister —dijo—. Ciento sesenta y nueve para Cotter Pyke. Ciento treinta y siete para Lord Janos Slynt, setenta y dos para Othell Yarwyck, cinco para Hobb Tresdedos y dos para Edd el Penas.

—Yo he contado ciento sesenta y ocho para Pyke —dijo Clydas—. Según mis cuentas faltan dos votos, y según las de Sam, uno.

—Sam ha contado bien —dijo el maestro Aemon—. Jon Nieve no ha depositado ficha. No importa, ninguno de los candidatos está cerca.

Sam sintió más alivio que decepción. Pese al apoyo de Bowen Marsh, Lord Janos seguía teniendo sólo un tercio de los votos.

—¿Quiénes son los cinco que siguen votando por Hobb Tresdedos? —preguntó, intrigado.

—Hermanos que no lo quieren en las cocinas, seguro —dijo Clydas.

—Ser Denys ha perdido diez votos desde ayer —señaló Sam—. Y Cotter Pyke casi veinte. Mala cosa.

—Mala cosa para sus esperanzas de ocupar el puesto de Lord Comandante, sin duda —dijo el maestre Aemon—. Eso no nos corresponde a nosotros decidirlo. Diez días no es tanto tiempo. Hubo una vez una elección que duró casi dos años, con unas setecientas votaciones. Los hermanos tomarán una decisión a su debido tiempo.

«Sí —pensó Sam—, pero ¿qué decisión?»

Más tarde, mientras tomaban copas de vino rebajado con agua en la intimidad de la celda de Pyp, a Sam se le soltó la lengua y empezó a pensar en voz alta.

—Cotter Pyke y Ser Denys Mallister están perdiendo terreno, pero entre los dos todavía tienen dos tercios de los votos —comentó a Pyp y a Grenn—. Cualquiera de ellos sería un buen Lord Comandante. Alguien tendría que convencer a uno de ellos de que se retirase y diese su apoyo al otro.

—¿Alguien? —dijo Grenn, dubitativo—. ¿Quién?

—Grenn es tan tonto que cree que podría ser él —dijo Pyp—. Quizá cuando alguien acabe con lo de Pyke y Mallister debería convencer al rey Stannis de que se casara con la reina Cersei.

—El rey Stannis ya está casado —objetó Grenn.

—¿Qué puedo hacer con él, Sam? —suspiró Pyp.

—Cotter Pyke y Ser Denys no se caen bien —insistió Grenn, testarudo—. Se pelean por todo, ¡por todo!

—Sí, pero sólo porque tienen opiniones diferentes acerca de lo que es mejor para la Guardia —señaló Sam—. Si nosotros les explicáramos...

—¿Nosotros? —lo interrumpió Pyp—. ¿Cómo es que «alguien» se ha convertido en «nosotros»? Yo soy un mono de feria, ¿recuerdas? Y Grenn es... Bueno, Grenn. —Sonrió a Sam y movió las orejas—. En cambio, tú... tú eres hijo de un lord, el mayordomo del maestre...

—Y Sam el Mortífero —terminó Grenn—. Mataste al Otro.

—Lo que lo mató fue el vidriagón —dijo Sam por enésima vez.

—Hijo de un lord, el mayordomo del maestro y Sam el Mortífero —caviló Pyp—. Podrías hablar con ellos, tal vez...

—Podría —dijo Sam con voz tan lúgubre como la de Edd el Penas—, si no fuera demasiado cobarde para enfrentarme a ellos.

JON

Jon, con la espada en la mano, describió un lento círculo en torno a Seda, obligándolo a volverse.

—Levanta el escudo —dijo.

—Es demasiado pesado —se quejó el chico de Antigua.

—Es tan pesado como tiene que ser para parar una espada —repuso Jon—. Venga, levántalo.

Avanzó un paso y lanzó un golpe. Seda alzó súbitamente el escudo a tiempo para parar el tajo con el borde y lanzó una estocada con su acero a las costillas de Jon.

—Bien —dijo Jon al notar el impacto en su escudo—. Eso ha estado muy bien. Pero tienes que darte impulso con el cuerpo. Añade tu peso al filo del acero y harás más daño que si usas sólo la fuerza del brazo. Vamos, inténtalo de nuevo, atácame, pero mantén arriba el escudo o haré que la cabeza te suene como una campana.

En lugar de eso Seda retrocedió un paso y se levantó el visor.

—Jon —dijo, con voz ansiosa.

Cuando se volvió ella estaba de pie detrás de él, rodeada por media docena de hombres de la reina.

«No es de extrañar que se haya hecho el silencio en el patio.» Había visto a Melisandre junto a sus hogueras nocturnas y en sus idas y venidas por el castillo, pero nunca tan de cerca. «Es bella», pensó; pero en los ojos rojos había algo más que perturbador.

—Mi señora.

—El rey quiere hablar contigo, Jon Nieve.

—¿Me permitís cambiar de ropa? —Jon clavó en el suelo la espada de prácticas—. Mi aspecto no es adecuado para presentarme ante un rey.

—Te esperaremos en la cima del Muro —dijo Melisandre.

«"Te esperaremos" —se fijó Jon—, no "te esperará". Es tal como cuentan. Ésta es su auténtica reina, no la que dejó en Guardiaoriental.»

Colgó la cota y el peto en la armería, regresó a su celda, se quitó las ropas empapadas de sudor y se puso otras negras limpias. Sabía que en la jaula haría frío y viento, y que encima del hielo lo notaría todavía más, por lo que eligió una capa con un grueso capuchón. Por último recogió a *Garra* y se colgó la espada bastarda a la espalda.

Melisandre lo esperaba en la base del Muro. Había despedido a los hombres de la reina.

—¿Qué quiere de mí Su Alteza? —le preguntó Jon cuando entraron en la jaula.

—Todo lo que puedas dar, Jon Nieve. Es un rey.

Jon cerró la puerta y tiró de la cuerda de la campana. La polea comenzó a girar. Ascendieron. El día era claro y el Muro lloraba, largos dedos de agua bajaban por su cara iluminada por el sol. En el espacio cerrado de la jaula de hierro notaba intensamente la presencia de la mujer roja.

«Hasta huele a rojo.» El aroma le recordó la forja de Mikken, el olor del hierro cuando estaba al rojo blanco; era un aroma de humo y sangre. «Besada por el fuego», pensó, recordando a Ygritte. El viento se introdujo entre las largas túnicas rojas de Melisandre y las hizo aletear contra las piernas de Jon que se encontraba de pie a su lado.

—¿No tenéis frío, mi señora? —le preguntó.

Ella se echó a reír.

—Nunca. —El rubí de su garganta parecía pulsar al unísono con los latidos de su corazón—. El fuego del Señor vive en mí, Jon Nieve. Siéntelo. —Le cogió la mano y se la llevó a la mejilla, y la mantuvo allí para que percibiera su calor—. Así debe ser la vida —le dijo—. Sólo la muerte es fría.

Stannis Baratheon estaba solo, de pie junto al borde del Muro, contemplando el campo donde había ganado su batalla y el inmenso bosque verde más allá. Llevaba los mismos calzones, túnica y botas negras que debía usar un hermano de la Guardia de la Noche. Sólo su

capa lo diferenciaba: una pesada capa dorada, ribeteada de piel negra, con un broche en forma de un corazón ardiente.

—Alteza, os he traído al bastardo de Invernalía —dijo Melisandre.

Stannis se volvió para estudiarlo. Los ojos, bajo las espesas cejas, eran pozos azules insondables. Las mejillas hundidas y el mentón voluntarioso estaban cubiertos por una barba de un negro azulado, bien recortada, que no hacía gran cosa para ocultar la delgadez de su rostro. Tenía los dientes apretados, y el cuello, los hombros y la mano derecha, tensos.

Jon se acordó de algo que Donal Noye le había dicho en una ocasión con respecto a los hermanos Baratheon. «Robert era el auténtico acero. Stannis es puro hierro, negro, duro y fuerte, pero quebradizo como suele ser el hierro. Se partirá antes de doblarse.» Inquieto, se arrodilló mientras se preguntaba para qué lo necesitaba aquel rey quebradizo.

—Levántate. He oído muchas cosas sobre ti y muy variadas, Lord Nieve.

—No soy un lord, señor. —Jon se levantó—. Sé lo que habéis oído. Que soy un cambiacapas y un cobarde, que maté a mi hermano Qhorin Mediamano para que los salvajes me perdonaran la vida. Que cabalgué con Mance Rayder y tomé una mujer salvaje.

—Sí. Todo eso y mucho más. También dicen que eres un warg, un cambiapiel que merodea por las noches como un lobo. —La sonrisa del rey Stannis era dura—. ¿Qué hay de verdad en lo que se cuenta?

—Yo tenía un huargo, *Fantasma*. Lo abandoné cuando subí al Muro cerca de Guardiagrís y desde entonces no he vuelto a verlo. Qhorin Mediamano me dio la orden de unirme a los salvajes. Sabía que me obligarían a matar para probarme y me dijo que hiciera cualquier cosa que me pidieran. La mujer se llamaba Ygritte. He roto los votos que hice con ella, pero os juro por el nombre de mi padre que nunca he cambiado mi capa.

—Te creo —le dijo el rey, y eso lo sorprendió.

—¿Por qué?

—Conozco a Janos Slynt. —Stannis resopló—. Y también conocí a Ned Stark. Tu padre no era mi amigo, pero habría que ser tonto para poner en duda su honor o su honestidad. Tú te pareces a él. —Stannis Baratheon era un hombre alto y le sacaba una cabeza a Jon, pero estaba tan delgado que aparentaba diez años más de los que tenía—. Sé mucho más de lo que te imaginas, Jon Nieve. Sé que fuiste tú quien encontró la daga de vidriagón que utilizó el hijo de Randyll Tarly para matar al Otro.

—La encontró *Fantasma*. La hoja estaba envuelta en la capa de un explorador y la habían enterrado al pie del Puño de los Primeros Hombres. También había otras hojas... de lanzas, puntas de flechas, todas de vidriagón.

—Sé que aquí defendiste la puerta —dijo el rey Stannis—. De no ser así, yo hubiera llegado demasiado tarde.

—Donal Noye defendió la puerta. Murió abajo, en el túnel, combatiendo contra el rey de los gigantes.

—Noye me hizo mi primera espada, así como el martillo de guerra de Robert. —Stannis hizo una mueca—. Si el dios hubiera querido preservar su vida, habría sido mejor Lord Comandante de vuestra orden que cualquiera de los idiotas que se pelean ahora por el cargo.

—Cotter Pyke y Ser Denys Mallister no son idiotas, señor —dijo Jon—. Son hombres buenos y capaces. También lo es Othell Yarwyck a su manera. Lord Mormont confiaba en ambos.

—Vuestro Lord Mormont era demasiado confiado. De otro modo no hubiera muerto de la forma en que lo hizo. Pero estábamos hablando de ti. No he olvidado que fuiste tú quien nos trajo este cuerno mágico y quien capturó a la mujer y al hijo de Mance Rayder.

—Dalla murió. —Jon aún estaba triste por aquello—. Val es su hermana. No tuve que esforzarme mucho para capturarla a ella y al niño, Alteza. Vos habíais hecho huir a los salvajes y el cambiapiel que Mance había dejado para custodiar a su reina enloqueció cuando el águila ardió. —Jon miró a Melisandre—. Algunos dicen que sois vos quien hizo eso.

—El Señor de la Luz tiene garras feroces, Jon Nieve —dijo ella con una sonrisa; el largo cabello cobrizo le cubría parte del rostro.

Jon asintió y volvió a mirar al rey.

—Alteza, habéis hablado de Val. Ella ha pedido ver a Mance Rayder, llevarle a su niño. Eso sería... un acto de bondad.

—Ese hombre es un desertor de vuestra orden. Vuestros hermanos insisten en que debe morir. ¿Por qué debería tener con él un acto de bondad?

—Si no es por él —dijo Jon, que no sabía qué contestar a aquello—, que sea por Val. O por su hermana, la madre del niño.

—¿Le tienes cariño a esa tal Val?

—Apenas la conozco.

—Me dicen que tiene un aspecto muy dulce.

—Sí, señor —admitió Jon.

—La belleza puede ser traicionera. Mi hermano aprendió esa lección con Cersei Lannister. Ella lo asesinó, no lo dudes. Así como a tu padre y a Jon Arryn. —El rey puso mala cara—. Tú cabalgaste con esos salvajes. ¿Crees que tienen algún honor?

—Sí —dijo Jon—, pero es un tipo de honor propio, señor.

—¿Y Mance Rayder?

—Sí. Eso creo.

—¿El Señor de los Huesos?

—Lo llamábamos Casaca de Matraca —respondió Jon tras vacilar un instante—. Traicionero y sediento de sangre. Si tiene algún honor, lo esconde bien debajo de su traje de huesos.

—¿Y ese otro hombre, Tormund de los muchos nombres, que se nos escapó después de la batalla? Respóndeme sinceramente.

—Tormund Matagigantes me parecía de los hombres que pueden ser buenos amigos pero malos enemigos, Alteza.

Stannis asintió bruscamente.

—Tu padre era un hombre de honor. No fue mi amigo, pero vi su valía. Tu hermano fue un rebelde y un traidor que quería robar la

mitad de mi reino, pero ningún hombre puede poner en duda su valor. ¿Y tú?

«¿Quiere que diga que cuenta con mi amor?»

—Soy un hombre de la Guardia de la Noche —al decir aquello, la voz de Jon era severa, formal.

—Palabras. Las palabras sólo son viento. ¿Por qué crees que abandoné Rocadragón y vine al Muro, Lord Nieve?

—No soy un lord, señor. Habéis venido porque os lo pedimos, eso espero. Aunque no sé por qué os tomasteis tanto tiempo.

Sorprendentemente, Stannis sonrió al oír aquello.

—En esa osadía se nota que eres un Stark. Sí, debí haber llegado antes. De no ser por mi Mano no hubiera venido. Lord Seaworth es un hombre de modesta cuna, pero me recordó mi deber cuando todo lo que tenía en la cabeza eran mis derechos. Davos dijo que había puesto el carro por delante de los caballos. Yo estaba tratando de ganar el trono para salvar el reino, cuando debería intentar salvar el reino para ganar el trono. —Stannis señaló hacia el norte—. Ahí es donde encontraré al enemigo que nací para combatir.

—Que su nombre no se mencione —añadió Melisandre con suavidad—. Es el Dios de la Noche y el Terror, Jon Nieve, y esas formas en la nieve son sus criaturas.

—Me cuentan que diste muerte a uno de esos cadáveres andantes para salvar la vida de Lord Mormont —dijo Stannis—. Es posible que ésta sea también tu guerra, Lord Nieve. Si me ofreces tu ayuda.

—Mi espada pertenece a la Guardia de la Noche, Alteza —respondió Jon Nieve con precaución.

Aquello no le gustó al rey. Stannis hizo rechinar los dientes.

—Necesito de ti algo más que una espada —dijo.

—¿Mi señor? —Jon no lo entendía.

—Necesito el norte.

«El norte.»

—Mi... mi hermano Robb era el Rey en el Norte...

—Tu hermano era el legítimo señor de Invernalía. Si se hubiera quedado en casa y hubiera cumplido con su deber en lugar de coronarse y salir a la conquista de las tierras fluviales, hoy estaría vivo. Pero dejemos eso. Tú no eres Robb, lo mismo que yo no soy Robert.

La brusquedad de sus palabras había destruido cualquier simpatía que Jon hubiera podido albergar hacia Stannis.

—Yo quería a mi hermano —dijo.

—Y yo al mío. Pero fueron lo que fueron; lo mismo pasa con nosotros. Soy el único rey auténtico en Poniente, al norte o al sur. Y tú eres el hijo bastardo de Ned Stark. —Stannis lo estudió con los oscuros ojos azules—. Tywin Lannister ha nombrado Guardián del Norte a Roose Bolton para recompensarlo por traicionar a tu hermano. Los hombres del hierro pelean entre sí desde la muerte de Balon Greyjoy, pero aún conservan Foso Cailin, Bosquespeso, la Ciudadela de Torrhen y buena parte de la Costa Pedregosa. Las tierras de tu padre se desangran y yo no tengo tiempo ni las fuerzas necesarias para restañar las heridas. Lo que hace falta es un señor de Invernalía. Un señor de Invernalía leal a su legítimo rey.

«Me lo está diciendo a mí», pensó Jon con aturdimiento.

—Invernalía no existe ya. Theon Greyjoy la quemó.

—El granito no arde con facilidad —dijo Stannis—. El castillo se puede reconstruir en su momento. Lo que hace a un señor no son los muros, sino el hombre. Tus norteños no me conocen, no tienen ningún motivo para quererme, pero yo necesito su fuerza para las batallas que me aguardan. Necesito a un hijo de Eddard Stark para que gane esas batallas bajo mi estandarte.

«Quiere hacerme señor de Invernalía.» Las ráfagas de viento eran cada vez más fuertes y Jon se sentía tan mareado que temía caer del Muro.

—Alteza, olvidáis que soy un Nieve, no un Stark.

—Eres tú el que olvida con quién está hablando.

—Un rey puede borrar la mancha de la ilegitimidad con un gesto, Lord Nieve —dijo Melisandre, poniendo una tibia mano sobre el brazo de Jon.

«Lord Nieve.» Ser Alliser Thorne lo llamaba así para burlarse de su nacimiento ilegítimo. Muchos de sus hermanos también se acostumbraron a llamarlo así, algunos con afecto, otros para zaherirlo. De pronto, sonaba distinto a oídos de Jon. Sonaba... auténtico.

—Sí —dijo con vacilación—, los reyes han legitimado antes a bastardos pero... sigo siendo un hermano de la Guardia de la Noche. Me arrodillé ante un árbol corazón y juré no poseer tierra alguna ni tener hijo ninguno.

—Jon. —Melisandre estaba tan cerca que podía percibir la calidez de su aliento—. R'hllor es el único dios verdadero. Un voto hecho ante un árbol no tiene más valor que un juramento que hicieras ante tus zapatos. Abre tu corazón y deja que la luz del Señor entre en él. Quema esos arcianos y acepta Invernalía como un regalo del Señor de la Luz.

Cuando Jon era muy joven, demasiado joven para comprender qué significaba ser un bastardo, solía soñar que Invernalía sería suya algún día. Más tarde, cuando era mayor, aquellos sueños lo avergonzaban. Invernalía sería para Robb y sus hijos, o para Bran o Rickon en caso de que Robb muriera sin descendencia. Y a continuación venían Sansa y Arya. Hasta soñar otra cosa parecía una deslealtad, como si los estuviera traicionando en su corazón, deseando su muerte.

«Nunca quise esto —pensó mientras se encontraba de pie ante el rey de ojos azules y la mujer roja—. Yo quería a Robb, yo los quería a todos... nunca quise que les pasara nada a ninguno de ellos, pero les pasó. Y ahora sólo quedo yo.»

Todo lo que tenía que hacer era decir una palabra y sería Jon Stark, ya nunca más Jon Nieve. Todo lo que tenía que hacer era jurar lealtad a este rey, e Invernalía sería suya. Todo lo que tenía que hacer...

Era abjurar otra vez de sus votos.

Y esta vez no sería una estratagema. Para reivindicar el castillo de su padre, tenía que volverse en contra de los dioses de su padre.

El rey Stannis volvió a mirar hacia el norte, con la capa dorada colgando de los hombros.

—Quizá me haya equivocado contigo, Jon Nieve. Los dos sabemos las cosas que se dicen de los bastardos. Quizá te falte el honor de tu padre o el talento de tu hermano con las armas. Pero tú eres el arma que el Señor me ha dado. Te he encontrado aquí, de la misma manera que tú encontraste el depósito de vidriagón bajo el Puño, y tengo la intención de utilizarte. Ni siquiera Azor Ahai ganó su guerra solo. Maté a mil salvajes, tomé a otros mil cautivos y dispersé al resto, pero ambos sabemos que volverán. Melisandre lo ha visto en sus hogueras. Ese Tormund Puño de Trueno debe de estar ahora mismo organizándolos y planeando un nuevo asalto. Y mientras más nos sangremos mutuamente, más débiles estaremos para el momento en que el enemigo real caiga sobre nosotros.

—Como digáis, Alteza. —Jon había llegado a las mismas conclusiones. Se preguntó adónde quería llegar este rey.

—Mientras tus hermanos han estado luchando para decidir quién los dirigirá, yo he hablado con el tal Mance Rayder. —Rechinó los dientes—. Es un hombre soberbio, henchido de orgullo. No me dejará más opción que entregarlo a las llamas. Pero hemos hecho otros cautivos, entre los que hay otros líderes. El que se hace llamar Señor de los Huesos, algunos de los jefes de clanes, el nuevo Magnar de Thenn. A tus hermanos no les gustará, lo mismo que a los señores de tu padre, pero tengo la intención de dejar que los salvajes crucen el Muro... los que me juren lealtad, prometan respetar la paz del rey, cumplir sus leyes y aceptar como su dios al Señor de la Luz. Hasta los gigantes, en caso de que esas enormes rodillas puedan doblarse. Los asentaré en el Agasajo una vez que se lo haya arrebatado a tu nuevo Lord Comandante. Cuando se levanten los vientos fríos, viviremos o moriremos juntos. Ha llegado el momento de que nos aliemos contra nuestro enemigo común. —Miró a Jon—. ¿Estarás de acuerdo?

—Mi padre soñaba con colonizar el Agasajo —admitió Jon—. Él y mi tío Benjen hablaban de eso. —«Pero no pensó nunca en poblarlo con salvajes... aunque tampoco galopó nunca con ellos.» No se engañaba, el pueblo libre sería un vecino peligroso que se rebelaría a cada paso. Pero cuando comparaba el cabello rojo de Ygritte con los fríos ojos azules de los espectros, la elección resultaba sencilla—. Estoy de acuerdo.

—Bien —dijo el rey Stannis—, porque el modo más seguro de sellar una nueva alianza es con un matrimonio. Tengo la intención de casar a mi señor de Invernalía con esa princesa de los salvajes.

Tal vez porque había pasado demasiado tiempo con el pueblo libre no pudo contener una carcajada.

—Alteza —dijo—, cautiva o no, si creéis que podéis entregar a Val a nadie, me temo que os quedan muchas cosas por aprender sobre las mujeres salvajes. Quien se case con ella debe estar preparado para subir a su ventana en la torre y llevársela a punta de espada...

—¿Quien se case con ella? —Stannis lo midió con la mirada—. ¿Significa eso que no vas a casarte con esa chica? Te advierto que es parte del precio que tienes que pagar si quieres el nombre y el castillo de tu padre. Esa unión es necesaria para ayudar a asegurar la fidelidad de nuestros nuevos súbditos. ¿Me estás rechazando, Jon Nieve?

—No —respondió Jon demasiado deprisa. El rey hablaba de Invernalía y no era algo que se pudiera rechazar fácilmente—. Quiero decir... Esto ha sido totalmente inesperado, Alteza. ¿Puedo pedirlos un tiempo para pensarlo?

—Como quieras. Pero piénsalo deprisa. No soy un hombre paciente, como van a descubrir muy pronto tus hermanos negros. —Stannis puso una mano flaca y descarnada sobre el hombro de Jon—. No hables de lo que hemos discutido aquí hoy. Con nadie. Pero cuando regreses, sólo tienes que doblar la rodilla, poner tu espada a mis pies y prometer ponerte a mi servicio, y te levantarás como Jon Stark, el señor de Invernalía.

TYRION

Al oír ruidos al otro lado de la gruesa puerta de su celda, Tyrion Lannister se dispuso a morir.

«Ya iba siendo hora —pensó—. Venga, venga, acabemos de una vez. —Se puso de pie. Había estado sentado sobre las piernas y se le habían dormido. Se inclinó y se las frotó para calmar los pinchazos—. No pienso llegar ante el verdugo tambaleándome.»

Se preguntó si lo matarían allí abajo, en la oscuridad, o si lo arrastrarían por la ciudad para que Ser Ilyn Payne le pudiera cortar la cabeza. Tras la farsa que había sido el juicio, tal vez su querida hermana y su querido padre preferirían librarse de él discretamente en vez de arriesgarse a una ejecución pública.

«Si me dejaran hablar, podría contar al populacho un par de cositas.» Pero no serían tan estúpidos, claro.

Cuando las llaves tintinearón y la puerta de la celda se empezó a abrir hacia adentro entre crujidos, Tyrion apoyó la espalda en la pared húmeda. Habría dado cualquier cosa por un arma.

«Todavía me queda la posibilidad de morder y dar patadas. Al menos moriré con el sabor de la sangre en la boca.» Le habría gustado tener tiempo para buscar unas buenas últimas palabras. Un «A tomar por culo todos» no le granjearía un lugar interesante en la historia.

La luz de una antorcha le iluminó la cara. Se protegió los ojos con una mano.

—Venga, ¿es que te da miedo un enano? —Demasiados días sin hablar, tenía la voz ronca—. Acaba de una vez, hijo de una puta piojosa.

—Ésa no es manera de hablar de nuestra señora madre. —El hombre se adelantó. Llevaba la antorcha en la mano izquierda—. Esto

es aún peor que mi celda en Aguasdulces, aunque no tan húmedo, claro.

Por un momento Tyrion se quedó sin respiración.

—¿Eres tú?

—La mayor parte de mí. —Jaime estaba demacrado y llevaba el pelo corto—. Me dejé una mano en Harrenhal. Fue nuestro padre quien trajo a los Compañeros Audaces desde el otro lado del mar Angosto. Ha tenido ideas mejores.

Alzó el brazo y Tyrion vio el muñón. No pudo controlarse y cedió ante un ataque de risa histérica.

—Ay, dioses —dijo—. Lo siento mucho, Jaime, pero... por los dioses, mira qué pareja hacemos. Manco y Desnarigado, los hermanos Lannister.

—Hubo días en los que mi mano olía tan mal que me habría gustado no tener nariz. —Jaime bajó la antorcha para examinar el rostro de su hermano—. Vaya cicatriz. Impresionante.

—Me obligaron a luchar en una batalla sin la protección de mi hermano mayor. —Tyrion se apartó de la luz.

—He oído que casi quemaste la ciudad.

—Mentira cochina. Sólo quemé el río. —De pronto Tyrion recordó dónde estaba y por qué—. ¿Has venido a matarme?

—Serás ingrato... Si vas a ponerte tan antipático te dejaré aquí para que te pudras.

—No creo que el destino que me reserva Cersei sea la putrefacción.

—La verdad, no. Te quiere decapitar mañana, en donde se celebraban antes los torneos.

—¿Habrá comida? —Tyrion se volvió a reír—. Oye, tienes que ayudarme con lo de las últimas palabras, no se me ocurre nada interesante.

—No te harán falta últimas palabras. He venido a rescatarte. —La voz de Jaime tenía una extraña solemnidad.

—¿Quién te ha dicho que necesito que me rescaten?

—¿Sabes una cosa? Casi se me había olvidado lo insoportable que llegas a ser. Ahora que me lo has recordado, me parece que dejaré que Cersei te corte la cabeza.

—Eso no me lo creo. —Salió de la celda—. ¿Es de día o de noche ahí arriba? No sé cuánto tiempo llevo aquí.

—Hace tres horas que pasó la medianoche. La ciudad duerme.

Jaime volvió a poner la tea en el aplique del muro que separaba dos celdas. El pasadizo estaba tan mal iluminado que Tyrion casi tropezó con el carcelero, que estaba tirado en el duro suelo de piedra. Le dio un golpecito con el pie.

—¿Está muerto?

—No, dormido. Igual que los otros tres. El eunuco les puso sueñodulce en el vino, pero no tanto como para matarlos. Bueno, eso dice él. Te está esperando en la escalera, vestido con una túnica de septon. Vas a ir por las cloacas hasta el río, te aguarda una galera en la bahía. Varys tiene agentes en las Ciudades Libres que se encargarán de que no te falte dinero... Pero intenta no llamar mucho la atención. No me cabe duda de que Cersei enviará hombres a buscarte. Harías bien en adoptar otro nombre.

—¿Otro nombre? Claro, qué buena idea. Y cuando los Hombres sin Rostro vengan a matarme les diré: «No, no, os equivocáis de hombre, soy otro enano con una espantosa cicatriz en la cara».

Los dos Lannister se echaron a reír ante lo absurdo de la situación. Luego Jaime se arrodilló y le dio un rápido beso en cada mejilla, sus labios acariciaron el tejido cicatrizado.

—Gracias, hermano —dijo Tyrion—. Me has salvado la vida.

—Tenía... una deuda contigo. —La voz de Jaime era extraña.

—¿Una deuda? —Inclinó la cabeza a un lado—. No te entiendo.

—Mejor. Hay puertas que están mejor cerradas.

—Cielos —dijo Tyrion—. ¿Por qué, hay algo muy feo al otro lado? ¿Será que alguien hizo alguna vez un comentario cruel sobre mí? Trataré de no llorar. Dime de qué se trata.

—Tyrion...

«Jaime tiene miedo.»

—Dime de qué se trata —insistió.

—Tysha —dijo en voz baja su hermano, apartando la vista.

—¿Tysha? —Sintió un nudo en la boca del estómago—. ¿Qué pasa con ella?

—No era ninguna puta. No le pagué para que se acostara contigo. Nuestro padre me ordenó que te mintiera. Tysha era... lo que aparentaba. La hija de un campesino, nos la tropezamos en el camino por casualidad.

Tyrion oía el sonido quedo de su respiración siseante a medida que el aire le salía por la cicatriz de la nariz. Jaime no le miraba a los ojos. Tysha. Trató de recordar cómo era.

«Una niña, apenas una niña, tendría la edad de Sansa.»

—Era mi esposa —graznó—. Se había casado conmigo.

—Nuestro padre dijo que fue por tu oro. Era una plebeya y tú un Lannister de Roca Casterly. Lo único que quería era tu oro, así que al fin y al cabo era como una puta, de manera que... de manera que en el fondo no era una mentira y... y me dijo que te hacía falta una buena lección. Que así aprenderías y me darías las gracias...

—¿Que te daría las gracias? —dijo Tyrion con voz ahogada—. La entregó a sus guardias. A un barracón entero de guardias. Me obligó a... mirar.

«Sí, y no sólo a mirar. Yo también la tomé... era mi esposa...»

—No sabía que iba a hacer aquello. Tienes que creerme.

—¿De verdad? —rugió Tyrion—. ¿Por qué tengo que creer nada de lo que me digas? ¡Era mi esposa!

—Tyrion...

Lo abofeteó. Fue un simple sopapo de revés, pero puso en él todas sus fuerzas, todo su miedo, toda su rabia, todo su dolor... Jaime estaba en cuclillas, en equilibrio precario, de manera que el golpe lo hizo caer de espaldas.

—Sí... Me imagino que me lo he ganado.

—Te has ganado mucho más que eso, Jaime. Tú, mi querida hermana y nuestro amante padre, sí, no hay manera de sumar todo lo que os habéis ganado. Pero os lo pagaré, podéis estar seguros. Un Lannister siempre paga sus deudas.

Tyrion se alejó con sus andares torpes tan deprisa que a punto estuvo de tropezar con el carcelero otra vez. No recorrió ni una docena de metros antes de darse de bruces con una puerta de hierro que cerraba el camino.

«Dioses.» Tuvo que contenerse para no gritar.

—Tengo las llaves del carcelero —dijo Jaime acercándose a él.

—Pues abre de una puta vez. —Se echó a un lado.

Jaime hizo girar la llave en la cerradura, empujó la puerta y la cruzó. Miró hacia atrás.

—¿Vienes?

—Contigo no, desde luego. —Tyrion cruzó la puerta—. Dame las llaves y vete. Ya encontraré a Varys yo solo. —Inclinó la cabeza y miró a su hermano con aquellos ojos dispares—. ¿Qué tal peleas con la mano izquierda, Jaime?

—Bastante peor que tú —respondió con amargura.

—Mejor. Así, si nos volvemos a encontrar, estaremos igualados. El enano y el tullido.

—Yo te he dicho la verdad. —Jaime le tendió el aro de las llaves—. Me debes otro tanto. ¿Fuiste tú? ¿Lo mataste?

—¿Seguro que quieres saberlo? —preguntó Tyrion. La pregunta había sido como otro cuchillo que le retorcieran en las entrañas—. Joffrey habría sido mucho peor rey que Aerys. Le robó una daga a su

padre y se la dio a un gañán para que le cortara el cuello a Brandon Stark, ¿lo sabías?

—Pues... me lo imaginaba.

—Bueno, los hijos salen a sus progenitores. Joff también me habría matado a mí en cuanto llegara al poder. Por el crimen de ser bajo y feo, del cual soy tan obviamente culpable.

—No has respondido a mi pregunta.

—Eres un pobre idiota tullido. ¿Es que te lo tengo que deletrear todo? De acuerdo. Cersei es una zorra mentirosa, ha estado follando con Lancel y con Osmund Kettleblack, y por lo que yo sé, puede que se tire hasta al Chico Luna. Y yo soy el monstruo que todos dicen. Sí, maté al canalla de tu hijo.

Se forzó a sonreír. A la escasa luz de las antorchas debió de ser un espectáculo pavoroso.

Jaime se volvió sin decir palabra y se marchó.

Tyrion se quedó mirando cómo se alejaba a zancadas de sus largas piernas. Una parte de él habría querido llamarlo, decirle que no era verdad, pedirle perdón. Pero luego pensó en Tysha y siguió en silencio. Escuchó las pisadas cada vez más distantes hasta que dejó de oírlas y se puso en marcha para buscar a Varys.

El eunuco aguardaba en la oscuridad de una escalera de caracol. Vestía una túnica apolillada con una capucha que le ocultaba la palidez de la piel de la cara.

—Habéis tardado tanto que empezaba a temerme que hubiera fallado algo —dijo cuando vio a Tyrion.

—No, por los dioses —le aseguró Tyrion en tono venenoso—. ¿Qué podría fallar? —Volvió la cabeza para mirarlo—. Durante el juicio pedí que fuerais a verme.

—Me resultó imposible. La reina me tenía vigilado día y noche. No me habría atrevido a ayudaros.

—Ahora me estáis ayudando.

—¿De verdad? Vaya. —Varys rió entre dientes. En aquel lugar de piedra fría y oscuridad retumbante el sonido parecía fuera de lugar—. Vuestro hermano es muy persuasivo.

—Varys, sois frío y rastrero como una babosa, ¿no os lo ha dicho nadie? Hicisteis todo lo posible por matarme. Tal vez debería devolveros el favor.

—El perro fiel siempre recibe patadas, y por bien que teja la araña nadie la quiere. —El eunuco suspiró—. Pero temo por vuestra vida si me matáis, mi señor. Puede que no encontrarais nunca la salida de aquí. —A la luz cambiante de la antorcha sus ojos brillaban, oscuros y húmedos—. Estos túneles están llenos de trampas en las que caen los confiados.

—¿Confiado? —Tyrion soltó un bufido—. Soy el hombre más desconfiado que hay en el mundo, en parte gracias a vos. —Se frotó la nariz—. En fin, mago, decidme, ¿dónde está mi inocente esposa doncella?

—Me duele reconocer que no he encontrado ni rastro de Lady Sansa en Desembarco del Rey. Tampoco aparece Ser Dontos Hollard, que a estas alturas ya tendría que haber aparecido borracho por cualquier sitio. Los vieron juntos en las escaleras de mármol la noche en que ella desapareció. Después se les perdió la pista. Aquella noche hubo mucha confusión. Mis pajaritos guardan silencio. —Varys dio un tironcito de la manga del enano y lo guió hacia la escalera—. Tenemos que descender, mi señor, no podemos quedarnos aquí.

«Al menos eso es verdad.» Tyrion siguió de cerca al eunuco, con los talones rozando la basta piedra a medida que descendían. En la escalera de caracol hacía un frío que helaba los huesos y enseguida empezó a tiritar.

—¿En qué parte de las mazmorras estamos? —preguntó.

—Maegor el Cruel decretó que en su castillo hubiera cuatro niveles de mazmorras —respondió Varys—. En el nivel superior están las celdas grandes donde se podía encerrar juntos a los criminales vulgares. Hay ventanas estrechas en la parte superior de los muros. En

el segundo nivel están unas celdas más pequeñas donde se encerraba a los prisioneros de noble cuna. No hay ventanas, pero las antorchas de los pasillos dejan entrar la luz entre los barrotes. En el tercer nivel las celdas son aún más pequeñas y las puertas de madera maciza. Las llaman «celdas negras». Ahí es donde estabais vos y donde os precedió Eddard Stark. Pero todavía hay un nivel más bajo. Una vez un hombre baja al cuarto nivel no vuelve a ver la luz del sol, ni a oír una voz humana, ni a respirar un segundo sin sufrir un dolor indescriptible. Maegor destinaba estas celdas para la tortura. —Habían llegado al pie de las escaleras. Una puerta daba paso a la oscuridad ante ellos—. Éste es el cuarto nivel. Dadme la mano, mi señor. Aquí es mejor caminar a oscuras. Hay cosas que seguro que no querríais ver.

Tyrion se quedó inmóvil un instante. Varys ya lo había traicionado en una ocasión. ¿Quién sabía a qué jugaba el eunuco? ¿Y qué mejor lugar para matar a alguien que allí, en la oscuridad, en un lugar cuya existencia nadie conocía? Probablemente su cadáver no aparecería jamás. Por otra parte, ¿tenía alguna alternativa? ¿Volver a subir y salir por la puerta principal? Eso sí que era imposible.

«Jaime no tendría miedo», pensó antes de recordar lo que le había hecho su hermano. Cogió la mano que le tendía el eunuco y se dejó guiar en la oscuridad, siempre en pos del suave susurro del cuero contra la piedra. Varys caminaba deprisa, de cuando en cuando le susurraba advertencias como «Cuidado, delante tenemos tres peldaños» o «El túnel desciende un poco en este punto, mi señor».

«Llegué aquí como Mano del Rey y entré a caballo por las puertas al frente de mis hombres —pensó Tyrion—, y me marché como una rata que se escabulle en la oscuridad de la mano de una araña.»

Ante ellos apareció una luz demasiado tenue como para ser la del sol, que fue aumentando de intensidad a medida que se acercaban a ella. Al cabo de un rato pudo distinguir una puerta en forma de arco cerrada por otra verja de hierro. Varys sacó la llave. Daba a una pequeña estancia redonda en la que había otras cinco puertas, todas con verjas de hierro. También había una abertura en el techo y una

serie de asideros clavados en la pared que se perdían en las alturas. A un lado había un brasero muy ornamentado en forma de cabeza de dragón. Los carbones de la boca abierta de la bestia se habían reducido a brasas, pero aún despedían una luz naranja mortecina. Por escasa que fuera, la luz era un agradable cambio tras la negrura del túnel.

Por lo demás la encrucijada estaba vacía, pero en el suelo había un mosaico de un dragón de tres cabezas hecho de baldosines rojos y negros. Tyrion se quedó un instante pensando, luego lo recordó.

«Éste es el lugar del que me habló Shae la primera vez que Varys me la llevó a la cama.»

—Estamos bajo la Torre de la Mano.

—Sí. —Las bisagras congeladas protestaron cuando Varys abrió una puerta que llevaba mucho tiempo cerrada. Fragmentos de metal oxidado cayeron al suelo—. Por aquí llegaremos al río.

Tyrion se dirigió muy despacio hacia la escalera y pasó la mano por el peldaño más bajo.

—Por aquí se llega a mi antiguo dormitorio.

—Ahora es el dormitorio de vuestro señor padre.

—¿Cuánto hay que subir? —Miró hacia arriba.

—Mi señor, estáis muy débil para esas locuras, además, no disponemos de tiempo. Tenemos que irnos.

—He de aclarar un asunto allí arriba. ¿Cuánto hay que subir?

—Doscientos treinta peldaños, pero sea lo que sea lo que pretendéis...

—Doscientos treinta peldaños, ¿y luego?

—El túnel de la izquierda, pero prestadme atención...

—¿Está muy lejos el dormitorio? —Tyrion puso un pie en el peldaño más bajo.

—No serán más de sesenta pasos. Id siempre con una mano pegada a la pared. Así notaréis las puertas. La del dormitorio es la tercera. —Dejó escapar un suspiro—. Esto es una locura, mi señor.

Vuestro hermano os ha salvado la vida. ¿La vais a tirar a la basura, junto con la mía?

—Varys, en estos momentos la única cosa que me importa menos que mi vida es la vuestra. Esperadme aquí.

Dio la espalda al eunuco y empezó a subir mientras contaba para sus adentros.

Peldaño a peldaño, ascendió hacia la oscuridad. Al principio aún veía la silueta de cada asidero a medida que lo agarraba, así como la textura basta de la piedra gris en la que se incrustaban, pero a medida que ascendía la oscuridad era cada vez más impenetrable.

«Trece, catorce, quince, dieciséis. —Al llegar a los treinta los brazos le temblaban ya por el esfuerzo. Se detuvo un instante para recuperar el aliento y miró hacia abajo. Muy lejos brillaba un círculo de luz tenue, en parte oscurecida por sus pies. Tyrion prosiguió el ascenso—. Treinta y nueve, cuarenta, cuarenta y uno. —A los cincuenta le ardían las piernas. La escalerilla era interminable, agotadora—. Sesenta y ocho, sesenta y nueve, setenta. —A los ochenta le ardía la espalda como un infierno. Pero siguió subiendo. No habría sabido decir por qué—. Ciento trece, ciento catorce, ciento quince.»

Al llegar a los doscientos treinta, el pozo era negro como la noche, pero sintió el aire caliente que surgía del túnel a su izquierda. Era como el aliento de una bestia gigantesca. Asomó el pie con torpeza y tanteó hasta dar con el suelo. El túnel era aún más angosto que el pozo. Cualquier persona de estatura normal habría tenido que ir a cuatro patas, pero Tyrion era suficientemente bajo para caminar erguido.

«Mira, por fin encuentro un lugar diseñado para enanos.» Sus botas rozaban la piedra sin apenas hacer ruido. Caminó despacio y contó los pasos al tiempo que tanteaba las hendiduras en las paredes. Pronto empezó a oír voces, al principio amortiguadas e ininteligibles, luego más claras. Escuchó con atención. Dos de los guardias de su padre hacían chistes sobre la puta del enano, hablaban de cómo

disfrutarían cuando se la follaran y de las ganas que tendría de ver una polla de verdad en vez del miembro retorcido y diminuto del Gnomo.

—Seguro que lo tiene ganchudo —dijo Lum. Luego empezaron a hablar de cómo moriría Tyrion al día siguiente—. Ya verás cómo llora como una mujer y pide clemencia —insistía Lum.

Lester aventuró que se enfrentaría al hacha con la valentía de un león porque era un Lannister y estaba dispuesto a apostarse las botas nuevas.

—Anda y vete a cagarte en tus botas nuevas —replicó Lum—. Sabes de sobra que no me caben en este pedazo de pies que tengo. Te cambio la apuesta: si gano yo, me limpias la cota de mallas dos semanas.

Durante un par de metros, Tyrion pudo oír todas y cada una de las palabras de la discusión, pero cuando siguió avanzando, las voces se apagaron enseguida.

«No me extraña que Varys no quisiera que subiera por la escalerilla —pensó Tyrion mientras sonreía en la oscuridad—. Pajaritos. Sí, claro.»

Llegó junto a la tercera puerta y la tanteó bastante, antes de rozar con los dedos un pequeño gancho de hierro clavado entre dos piedras. Cuando lo empujó hacia abajo se oyó un crujido sordo que, en el silencio reinante, sonó como una avalancha, y junto a sus pies se abrió un cuadrado de tenue luz anaranjada.

«¡La chimenea!» Estuvo a punto de echarse a reír. El hogar estaba lleno de cenizas calientes y había un tronco ennegrecido con el centro todavía brillante. Pasó sobre las brasas con paso ligero, deprisa para no quemarse las botas. Los carbones calientes crujieron suavemente bajo sus pies. Cuando se encontró en lo que había sido su dormitorio se detuvo durante un buen rato, mientras recuperaba la respiración con jadeos en el silencio. ¿Lo habría oído su padre? ¿Echaría mano de la espada, daría la voz de alarma?

—¿Mi señor? —dijo una voz de mujer.

«Esto me habría hecho daño hace tiempo, cuando aún sentía dolor.» El primer paso fue el más difícil. Cuando llegó junto a la cama, Tyrion echó las cortinas a un lado y allí estaba, vuelta hacia él con una sonrisa adormilada en los labios. Se esfumó en cuanto lo vio y se subió las mantas hasta la barbilla como si con eso se pudiera proteger.

—¿Esperabas a alguien más alto, querida?

—No quería decir aquellas cosas, la reina me obligó. —Los ojos de la muchacha se anegaron de lágrimas—. Por favor. Vuestro padre me da tanto miedo...

Se incorporó y dejó que la manta se le deslizara hasta el regazo. No llevaba ropa alguna, nada a excepción de la cadena que le rodeaba el cuello. Una cadena de manos entrelazadas, cada una agarrada a la siguiente.

—Mi señora Shae —saludó Tyrion en voz baja—. Todo el tiempo que estuve en la celda negra, a la espera de la muerte, no dejaba de recordar lo hermosa que eres. Vestida con sedas, con lana basta o con nada.

—Mi señor no tardará en volver. Tenéis que marcharos o... ¿habéis venido a llevarme con vos?

—¿Te gustó? ¿Alguna vez te gustó? —Le puso la mano en la mejilla mientras recordaba todas las veces que lo había hecho. Todas las veces que le había rodeado la cintura con las manos, que le había apretado los pechos pequeños y firmes, que le había acariciado la melenita morena, que le había tocado los labios, los pómulos, las orejas... Todas las veces que la había abierto con un dedo para sondear su secreta dulzura y hacerla gemir—. ¿Alguna vez te gustó que te tocara?

—Más que nada en el mundo —respondió ella—, mi gigante de Lannister.

«No podrías haber dicho nada peor, cariño.»

Tyrion deslizó una mano bajo la cadena de su padre y la retorció. Los eslabones se tensaron y se le hincaron en el cuello.

—Las manos de oro siempre están frías, pero las de mujer siempre están tibias —dijo.

Retorció una vez más las manos frías al tiempo que las tibias le borran a golpes las lágrimas de los ojos.

Más tarde encontró la daga de Lord Tywin en la mesilla de noche y se la colgó del cinturón. De la pared colgaban una maza con cabeza en forma de león, un hacha de guerra y una ballesta. El hacha de guerra sería poco útil dentro de un castillo y la maza estaba demasiado alta, pero justo debajo de la ballesta había un baúl de madera y hierro. Se subió en él y descolgó la ballesta junto con un carcaj lleno de dardos. Puso un pie en la cuerda, la tensó y la cargó con un dardo.

Jaime le había hablado más de una vez de los peligros de las ballestas. Si Lum y Lester acudían de donde fuera que estuvieran enfrascados en su conversación, no tendría tiempo de cargarla de nuevo, pero al menos se llevaría a uno al infierno por delante. A Lum, si lo dejaban elegir.

«Te tendrás que limpiar la cota de mallas tú solito, Lum. Has perdido.»

Fue hasta la puerta, se detuvo a escuchar un instante y la abrió muy despacio. En un nicho de piedra ardía una lamparilla que proyectaba una luz amarillenta en el pasillo desierto. Lo único que se movía era la llama. Tyrion retrocedió con la ballesta pegada a la pierna.

Encontró a su padre donde sabía que estaría, sentado en la penumbra de la habitación del retrete de la torre, con la túnica enroscada en torno a la cintura. Al oír las pisadas, Lord Tywin alzó los ojos. Tyrion le dedicó una reverencia burlona.

—Mi señor.

—Tyrion. —Si tenía miedo, Tywin Lannister no daba muestras de ello—. ¿Quién te ha liberado de la celda?

—Ojalá te lo pudiera decir, pero hice un juramento sagrado.

—El eunuco —decidió su padre—. Haré que le corten la cabeza. ¿Esa ballesta es la mía? Suéltala.

—¿Qué harás si me niego, padre? ¿Castigarme?

—Esta fuga es una estupidez. No te van a matar, si es eso lo que temes. Mi intención sigue siendo enviarte al Muro, pero no podía hacerlo sin el permiso de Lord Tyrell. Deja la ballesta y pasaremos a mis habitaciones a hablar de este asunto.

—También podemos hablar aquí. Puede que no me apetezca ir al Muro, padre. Allí arriba hace un frío de cojones, y para frialdad ya he tenido bastante con la que me has mostrado tú. Así que dime una cosa, sólo una cosa, y me marcharé. Es una pregunta muy sencilla, lo mínimo que me debes.

—Yo no te debo nada.

—Toda mi vida me has dado menos que nada, pero esto me lo darás. ¿Qué hiciste con Tysha?

—¿Tysha?

«Ni siquiera recuerda su nombre.»

—La chica con la que me casé.

—Ah, sí. Tu primera puta.

—La próxima vez que digas esa palabra, te mataré —amenazó Tyrion, apuntando al pecho de su padre.

—No tienes valor para eso.

—¿Quieres que lo averigüemos? Es una palabra muy corta, y por lo visto te sale muy fácilmente. —Tyrion hizo un gesto impaciente con la ballesta—. Tysha. ¿Qué hiciste con ella después de darme la lección?

—No me acuerdo.

—Pues inténtalo. ¿Ordenaste que la mataran?

Su padre frunció los labios.

—No había motivo para semejante cosa, había aprendido cuál era su lugar... y si mal no recuerdo, se le pagó por su trabajo. Supongo que el mayordomo la envió de vuelta, no se me ocurrió preguntar.

—¿De vuelta adónde?

—Al lugar de donde vienen las putas.

Tyrion apretó el dedo. La ballesta se disparó justo mientras Lord Tywin empezaba a levantarse. El dardo se le clavó en la ingle y se volvió a sentar con un gruñido. El dardo se había hincado profundamente, hasta las plumas. La sangre manaba a borbotones en torno al asta y le salpicaba el vello del pubis y los muslos desnudos.

—Me has disparado —dijo con incredulidad y los ojos vidriosos por la conmoción.

—Siempre has sido único a la hora de analizar una situación de crisis, mi señor —dijo Tyrion—. Seguro que por eso eres la Mano del Rey.

—No... No eres... hijo mío.

—En eso te equivocas, padre. De hecho, soy tu viva imagen. Anda, hazme un favor y muérete deprisa. Me está esperando un barco.

Por una vez en su vida, su padre hizo lo que Tyrion le pedía. La prueba fue el hedor repentino cuando se le aflojaron los intestinos en el momento de la muerte.

«Bueno, al menos estaba en el lugar adecuado», pensó Tyrion. Pero la peste que llenó el excusado fue prueba fehaciente de que el chiste acerca de su padre que se repetía tan a menudo era una mentira más.

Obviamente, Lord Tywin Lannister no cagaba oro.

SAMWELL

El rey estaba muy enfadado. Sam se dio cuenta al instante.

A medida que los hermanos negros iban entrando de uno en uno y se arrodillaban ante él, Stannis apartó a un lado su desayuno: pan duro, huevos cocidos y carne en salazón, y los miró con frialdad. A su lado la mujer roja, Melisandre, parecía meditabunda.

«Yo no pinto nada aquí —pensó Sam con ansiedad cuando le clavó los ojos rojos—. Alguien tenía que ayudar al maestre Aemon a subir las escaleras. No me mires, no soy más que el mayordomo del maestre.» Los demás eran aspirantes al puesto que había ocupado el Viejo Oso, todos menos Bowen Marsh, que se había retirado de la elección pero seguía siendo el castellano y el Lord Mayordomo. Sam no entendía por qué Melisandre parecía tan interesada en él.

El rey Stannis tuvo de rodillas a los hermanos negros durante un lapso de tiempo extraordinariamente largo.

—Levantaos —dijo al final.

Sam ofreció su hombro al maestre Aemon para ayudarlo a ponerse en pie.

El carraspeo de Lord Janos Slynt para aclararse la garganta quebró el silencio tenso.

—Alteza, permitid que os diga lo honrados que nos sentimos por que nos hayáis convocado aquí. Cuando vi vuestros estandartes desde el Muro, supe que el reino estaba salvado y le dije al buen Ser Alliser: «Ahí viene un hombre que no olvida su deber. Un hombre fuerte y un verdadero rey». ¿Puedo felicitaros por vuestra victoria sobre los salvajes? Los bardos la llevarán por todo el reino, estoy seguro...

—Los bardos pueden hacer lo que quieran —le espetó Stannis—. Dejaos de adulaciones, Janos, no os servirán de nada. —Se puso en pie y los miró con el ceño fruncido—. Lady Melisandre me ha dicho

que aún no habéis elegido al Lord Comandante. Estoy disgustado. ¿Cuánto va a durar esta tontería?

—Señor —empezó Bowen Marsh en tono defensivo—, nadie ha conseguido por ahora dos tercios de los votos. Sólo llevamos diez días.

—Nueve más de lo necesario. Tengo que ocuparme de unos prisioneros, tengo que poner orden en un reino y tengo que ganar una guerra. Hay que tomar decisiones relativas al Muro y a la Guardia de la Noche. Por derecho, vuestro Lord Comandante debería tener voz en esas decisiones.

—Cierto, así es —dijo Janos Slynt—. Pero una cosa es cierta. Nosotros, los hermanos, sólo somos soldados. ¡Soldados, sí! Y como bien sabrá Vuestra Alteza, a los soldados se les da mejor acatar órdenes. En mi opinión, les convendría contar con vuestra regia orientación. Por el bien del reino. Para ayudarlos a elegir con sabiduría.

Algunos de los otros vieron la sugerencia como una afrenta.

—¿Quieres que el rey nos ayude también a limpiarnos el culo? —dijo Cotter Pyke, furioso.

—La elección de un Lord Comandante corresponde a los Hermanos Juramentados y a nadie más —insistió Ser Denys Mallister.

—Si eligieran con sabiduría no me estarían votando a mí —gimió Edd el Penas.

—Alteza —intervino el maestre Aemon, tan sosegado como siempre—, la Guardia de la Noche ha estado eligiendo a su líder desde que Brandon el Constructor erigió el Muro. Hasta Jeor Mormont hemos tenido novecientos noventa y siete comandantes en sucesión ininterrumpida, cada uno de ellos elegido por los hombres a los que luego dirigiría. Es una tradición de hace muchos milenios.

—No deseo sabotear vuestros derechos y tradiciones. —Stannis apretó los dientes—. En cuanto a lo de la «regia orientación», Janos, si lo que pretendéis es que diga a vuestros hermanos que os elijan a vos, al menos tened la valentía de decirlo.

Aquello tomó por sorpresa a Lord Janos, que sonrió inseguro y empezó a sudar, pero Bowen Marsh salió en su defensa.

—¿Quién mejor para dirigir a los capas negras que el hombre que antes dirigió a los capas doradas, señor?

—En mi opinión, cualquiera de vosotros. Hasta el cocinero. —Lanzó una mirada gélida a Slynt—. Janos no ha sido el primer capa dorada en aceptar un soborno, desde luego, pero tal vez sí haya sido el primer comandante que se ha llenado la bolsa vendiendo puestos y ascensos. Al final, la mitad de los oficiales de la Guardia de la Ciudad le pagaban parte de su salario. ¿No es verdad, Janos?

—¡Mentiras, mentiras y nada más! —Slynt tenía el cuello de color púrpura—. Todo hombre fuerte se granjea enemistades, Vuestra Alteza lo sabe bien, susurran mentiras a nuestras espaldas. Nada se pudo demostrar jamás, nadie declaró...

—Dos hombres que estaban dispuestos a declarar murieron de manera repentina mientras hacían sus rondas. —Stannis entrecerró los ojos—. No intentéis jugar conmigo, mi señor. Vi las pruebas que Jon Arryn presentó al Consejo Privado. Si yo hubiera sido el rey, habríais perdido algo más que el cargo, os lo aseguro, pero Robert se limitó a encogerse de hombros. Aún recuerdo lo que dijo: «Todos roban, qué más da. Más vale un ladrón conocido que otro por conocer, el próximo podría ser hasta peor». Las palabras de Petyr en la boca de mi hermano, sin duda. Meñique tenía olfato para el oro, estoy seguro de que arregló las cosas para que la corona se beneficiara de vuestra corrupción tanto como vos.

A Lord Slynt le temblaba la mandíbula de rabia, pero antes de que pudiera seguir protestando intervino el maestre Aemon.

—Alteza, por ley los crímenes y transgresiones de todo hombre se borran cuando pronuncia sus votos y se convierte en Hermano Juramentado de la Guardia de la Noche.

—Soy consciente. Si resulta que Lord Janos es lo mejor que puede ofrecer la Guardia de la Noche, apretaré los dientes y tragaré con él.

No me importa a qué hombre elijáis, mientras elijáis ya. Tengo una guerra por delante.

—Alteza —dijo Ser Denys Mallister con cautelosa cortesía—, si os referís a los salvajes...

—No. Y lo sabéis de sobra, ser.

—Igual que vos debéis de saber que, aunque os estamos agradecidos por la ayuda que nos prestasteis contra Mance Rayder, no podemos colaborar con vos para conquistar el trono. La Guardia de la Noche no toma parte en las guerras de los Siete Reinos. Desde hace ocho mil años...

—Conozco vuestra historia, Ser Denys —lo interrumpió el rey con brusquedad—. Os doy mi palabra de que no os pediré que alcéis las espadas contra ninguno de los rebeldes y usurpadores que se enfrentan a mí. Espero de vosotros que sigáis defendiendo el Muro como habéis hecho siempre.

—Defenderemos el Muro hasta el último hombre —dijo Cotter Pyke.

—Que probablemente seré yo —apuntó Edd el Penas con tono resignado.

—También quiero otras cosas de vosotros. —Stannis cruzó los brazos—. Cosas que quizá no me entreguéis de tan buena gana. Quiero vuestros castillos. Y quiero el Agasajo.

Las palabras, tan bruscas, prendieron en los ánimos de los hermanos negros como un frasco de fuego valyrio que cayera sobre un brasero. Marsh, Mallister y Pyke trataron de hablar todos a la vez. El rey Stannis los dejó hacer hasta que terminaron.

—Tengo tres veces más hombres que vosotros —dijo entonces—. Si quiero, puedo apoderarme de las tierras, pero prefiero hacerlo de manera legal, con vuestro consentimiento.

—El Agasajo fue entregado a la Guardia de la Noche a perpetuidad, Alteza —insistió Bowen Marsh.

—Lo que significa que, por ley, no se os puede robar ni arrebatar. Pero lo que fue entregado una vez, puede ser entregado de nuevo.

—¿Qué uso daríais al Agasajo? —exigió saber Cotter Pyke.

—Uno mejor del que le habéis dado vosotros. En cuanto a los castillos, Guardiaoriente, el Castillo Negro y la Torre Sombría seguirían en vuestro poder. Dotadlos de guarniciones como habéis hecho hasta ahora, pero los demás los necesito para las mías, si es que vamos a defender el Muro.

—No tenéis hombres suficientes —objetó Bowen Marsh.

—Algunos de los castillos abandonados son poco más que ruinas —señaló Othell Yarwyck, el capitán de los Constructores.

—Las ruinas se pueden reconstruir.

—¿Pretendéis reconstruirlos? —apuntó Yarwyck—. ¿Quién se encargará?

—Eso es cosa mía. Quiero que me sea entregado un documento en el que se detalle el estado actual de cada castillo y qué haría falta para restaurarlo. Mi intención es dotarlos a todos de guarniciones este mismo año y tener hogueras nocturnas encendidas ante las entradas.

—¿Hogueras nocturnas? —Bowen Marsh miró a Melisandre, inseguro—. ¿Ahora tenemos que encender hogueras nocturnas?

—Así es. —La mujer se puso en pie con un revoloteo de seda escarlata y la larga cabellera cobriza ondeándole sobre los hombros—. Las meras espadas no pueden poner coto a esta oscuridad. Sólo es posible con la luz del Señor. No os engañéis, buenos caballeros y valientes hermanos, la guerra en la que estamos inmersos no es una disputa banal sobre tierras y honores. La nuestra es una guerra por la vida, y si cayéramos derrotados, el mundo moriría con nosotros.

Sam advirtió que los oficiales no sabían cómo tomarse la afirmación. Bowen Marsh y Othell Yarwyck intercambiaron una mirada dubitativa, Janos Slynt estaba echando humo y Hobb Tresdedos tenía cara de preferir estar cortando zanahorias en aquel momento. Pero todos, sin excepción, se sorprendieron al oír al maestro Aemon.

—Habláis de la guerra por el amanecer, mi señora —murmuró el anciano—. Pero ¿dónde está el príncipe prometido?

—Lo tenéis delante de vosotros —declaró Melisandre—, aunque vuestros ojos no lo saben ver. Stannis Baratheon es Azor Ahai revivido, el guerrero de fuego. En él se cumplen las profecías. El cometa rojo surcó los cielos para anunciar su llegada y esgrime a *Dueña de Luz*, la *Espada Roja de los Héroes*.

A Sam le resultaba evidente que aquellas palabras incomodaban sobremanera al rey. Stannis apretó los dientes.

—Me llamasteis y acudí, mis señores —dijo—. Ahora tendréis que vivir conmigo o morir conmigo. Más vale que os vayáis acostumbrando. —Hizo un brusco gesto de despedida—. Eso es todo. Maestre, quedaos un momento. Y vos, Tarly. Los demás os podéis marchar.

«¿Yo? —pensó Sam, asombrado, mientras sus hermanos hacían una reverencia y se dirigían a la salida—. ¿Qué querrá de mí?»

—Tú fuiste el que mató a aquella criatura en la nieve —dijo el rey Stannis cuando los cuatro estuvieron a solas.

—Sam el Mortífero —sonrió Melisandre.

—No, mi señora. —Sam se sintió sonrojar—. Alteza. O sea, sí, soy yo. Soy Samwell Tarly, sí.

—Tu padre es un buen soldado —dijo el rey Stannis—. En cierta ocasión derrotó a mi hermano, en Vado Ceniza. Mace Tyrell se quedó con el honor de aquella victoria, pero Lord Randyll lo tenía todo zanjado antes de que Tyrell supiera dónde estaba el campo de batalla. Mató a Lord Cafferren con ese espadón valyrio que tiene y envió su cabeza a Aerys. —El rey se rascó la mandíbula con un dedo—. No eres el tipo de hijo que le habría imaginado.

—N-no soy el tipo de hijo que él habría querido, señor.

—Si no hubieras vestido el negro, serías un rehén muy útil —caviló Stannis.

—Ha vestido el negro, señor —señaló el maestre Aemon.

—Soy consciente —dijo el rey—. Soy consciente de más cosas de las que imagináis, Aemon Targaryen.

—Sólo soy Aemon, señor —dijo el anciano inclinando la cabeza—. Al forjar nuestras cadenas de maestros olvidamos los nombres de las casas que nos vieron nacer.

El rey le dedicó un breve asentimiento, dando a entender que no le importaba.

—Me han contado que mataste a aquella criatura con una daga de obsidiana —le dijo a Sam.

—S-sí, Alteza. Me la dio Jon Nieve.

—Vidriagón. —La risa de la mujer roja sonaba a música—. «Fuego helado», en la lengua de la antigua Valyria. No es de extrañar que sea anatema para esos fríos hijos de los Otros.

—En Rocrdragón, donde tenía mi asentamiento, hay mucha obsidiana de ésta en los antiguos túneles bajo la montaña —dijo el rey a Sam—. Grandes rocas, inmensas. La mayor parte era negra, pero creo recordar que también la había verde, roja y hasta púrpura. He enviado un mensaje a Ser Rolland, mi castellano, para que empiece a extraerla. Me temo que no podré seguir defendiendo Rocrdragón por mucho más tiempo, pero tal vez el Señor de la Luz nos conceda suficiente fuego helado para armarnos contra estas criaturas antes de que caiga el castillo.

—S-s-señor, la daga... —Sam carraspeó para aclararse la garganta—. Cuando traté de apuñalar a un espectro, el vidriagón se hizo pedazos.

—La necromancia anima a esos espectros —explicó Melisandre con una sonrisa—, pero siguen siendo carne muerta. Para ellos bastará con acero y fuego. En cambio, éstos a los que llamas «los Otros» son diferentes.

—Demonios hechos de nieve, hielo y frío —dijo Stannis Baratheon—. El antiguo enemigo. El único enemigo que importa de verdad. —Volvió a concentrarse en Sam—. Me han dicho que esa chica salvaje y tú pasasteis bajo el Muro a través de una especie de puerta mágica.

—La P-puerta Negra —tartamudeó Sam—. Está debajo de Fuerte de la Noche.

—El Fuerte de la Noche es el más grande y más antiguo de los castillos del Muro. Ahí es donde pienso asentarme mientras dure esta guerra. Me mostrarás esa puerta.

—S-sí —dijo Sam—. A-aunque... no s-sé si...

«No sé si seguirá allí, no sé si se abrirá para alguien que no vista el negro, no sé si...»

—Me la mostrarás —zanjó el rey—. Ya te diré cuándo.

—Alteza —intervino el maestre Aemon con una sonrisa—, antes de retirarnos, ¿nos haríais el gran honor de mostrarnos esa espada maravillosa de la que tanto hemos oído hablar?

—¿Queréis ver a *Dueña de Luz*? ¿No estáis ciego?

—Sam será mis ojos.

—La ha visto todo el mundo —dijo el rey frunciendo el ceño—, ¿por qué no la va a ver también un ciego?

El cinturón del arma y la vaina colgaban de un clavo cerca de la chimenea. Lo bajó y desenfundó la espada larga. El acero rozó la madera y el cuero al salir, y su brillo bañó la estancia: trémulo, cambiante, una danza de luz naranja, roja y dorada, todos los colores del fuego.

—Cuéntame, Samwell —pidió el maestre Aemon tocándole el brazo.

—Brilla mucho —dijo Sam con voz queda—. Como si estuviera en llamas. No hay fuego, pero el acero es amarillo, rojo y naranja, relampaguea y centellea como un rayo del sol sobre el agua, aunque más bonito. Ojalá la pudierais ver, maestre.

—Ahora la veo, Sam. Una espada llena de luz solar. Qué hermosa visión. —El anciano hizo una reverencia rígida—. Alteza, mi señora, habéis sido muy bondadosos.

Cuando el rey Stannis envainó la espada deslumbrante, la habitación pareció quedarse a oscuras, aunque el sol entraba a raudales por la ventana.

—Bien, ya la habéis visto. Ya podéis regresar a vuestras tareas. Y no olvidéis lo que os he dicho. Más vale que vuestros hermanos elijan a un Lord Comandante esta noche o haré que se arrepientan.

Mientras Sam lo ayudaba a bajar por la estrecha escalera, el maestro Aemon parecía perdido en sus pensamientos. Pero, cuando cruzaban el patio, se volvió hacia él.

—No sentí ningún calor. ¿Y tú, Sam?

—¿Calor? ¿De la espada? —Trató de hacer memoria—. Alrededor de la hoja el aire tremolaba, como si debajo hubiera un brasero caliente.

—Pero el caso es que no sentiste calor, ¿verdad? Y la vaina donde estaba la espada era de madera y cuero, ¿no? Oí el sonido cuando Su Alteza la desenfundó. ¿Estaba chamuscado el cuero, Sam? ¿La madera parecía quemada en algún punto?

—No —reconoció Sam—. Que yo viera, no.

El maestro Aemon asintió. Una vez de vuelta en sus habitaciones, pidió a Sam que encendiera el fuego y lo ayudara a ocupar su asiento junto a la chimenea.

—Es duro ser tan viejo —suspiró al tiempo que se acomodaba en el cojín—. Y más duro todavía estar ciego. Echo de menos el sol. Y los libros. Sobre todo echo de menos los libros. —Aemon hizo un gesto de despedida con la mano—. Puedes retirarte, no te necesitaré hasta la votación.

—La votación... maestro, ¿no podéis hacer algo? Lo que ha dicho el rey sobre Lord Janos...

—Lo he oído —asintió el maestro Aemon—, pero soy un maestro, Sam; llevo la cadena, presté juramento. Mi deber es aconsejar al Lord Comandante, sea quien sea. No sería correcto que se me viera preferir a uno u a otro.

—Yo no soy maestro —dijo Sam—. ¿Puedo hacer algo?

—Vaya, Samwell, pues no lo sé. —Aemon volvió hacia Sam los ojos ciegos y esbozó una tenue sonrisa—. ¿Tú qué crees?

«Que sí —pensó Sam—. Tengo que hacer algo. —Y lo tenía que hacer cuanto antes. Si se paraba a pensar, sin duda perdería todo rastro de valor—. Soy un hombre de la Guardia de la Noche —se recordó mientras cruzaba el patio a toda prisa—. Pertenezco a la Guardia de la Noche. Puedo hacerlo.» Hubo un tiempo en el que temblaba y tartamudeaba si Lord Mormont lo miraba, pero aquello habían sido cosas del antiguo Sam, antes del Puño de los Primeros Hombres y del Torreón de Craster, antes de los espectros y de Manosfrías y del Otro a lomos de su caballo muerto. El nuevo Sam era más valiente. «Elí me hizo más valiente», le había dicho a Jon. Y era verdad. Tenía que ser verdad.

Cotter Pyke era el que más miedo le daba de los dos comandantes, de manera que Sam fue a hablar primero con él, mientras aún sentía vivas las llamas del valor. Lo encontró en el antiguo Torreón del Escudo, jugando a los dados con tres hombres de Guardiaoriente y un sargento pelirrojo que había llegado con Stannis de Rocadragón.

Cuando Sam le pidió permiso para hablar con él un momento, Pyke rugió una orden y los demás cogieron los dados y las monedas y los dejaron a solas.

Nadie habría calificado a Cotter Pyke de atractivo, aunque el cuerpo que se cubría con la cota de mallas y los calzones de lana gruesa era esbelto, duro, nervudo y fuerte. Tenía los ojos pequeños y muy juntos, la nariz rota y un pico de pelo sobre la frente, entre las entradas, tan afilado como una punta de lanza. La viruela le había destrozado la cara, y la barba que se había dejado crecer para ocultar las cicatrices era rala y estaba desaseada.

—¡Sam el Mortífero! —fue su saludo—. ¿Seguro que apuñalaste a uno de los Otros y no al muñeco de nieve de cualquier chiquillo?

«Mal empezamos.»

—Lo que lo mató fue el vidriagón, mi señor —explicó Sam sin energía.

—Claro, no me cabe duda. Bueno, dime qué quieres, Mortífero. ¿Te ha enviado el maestro a verme?

—Eh... —Sam tragó saliva—. Acabo de estar con él, mi señor.

No era ninguna mentira, pero si Pyke la interpretaba mal se sentiría más inclinado a escucharlo. Respiró hondo y empezó a formular la súplica. Pyke lo interrumpió antes de que dijera veinte palabras.

—Quieres que me arrodille y bese el dobladillo de esa capa tan bonita que tiene Mallister, ¿no? Debería habérmelo imaginado. Los nobles de pacotilla formáis rebaños, como las ovejas. Bueno, pues haz el favor de decirle a Aemon que te ha hecho malgastar saliva, y a mí, tiempo. Si alguien debe retirarse es Mallister. Es demasiado viejo para el cargo, ¿por qué no se lo dices? Si lo elegimos a él, antes de un año estaremos reunidos aquí de nuevo, eligiendo a otro.

—Es anciano —accedió Sam—, pero tiene mucha experiencia.

—Sí, experiencia en sentarse en su torre y mirar mapas. ¿Qué planes tiene, escribir cartas a los espectros? Es un caballero, no hay duda, pero no es un luchador, y me la pela a quién derribase de un caballo en cualquier torneo de hace cincuenta años. El que peleaba en su lugar era el Mediamano, eso lo puede ver hasta un viejo ciego. Y con esta mierda de rey pegado a nosotros, necesitamos un luchador más que nunca. Hoy Su Alteza no quiere más que ruinas y campos yermos, no hay duda, pero ¿qué querrá mañana? ¿Crees que Mallister tiene agallas para enfrentarse a Stannis Baratheon y a esa puta roja? —Soltó una carcajada—. A mí me parece que no.

—Entonces, ¿no le daréis vuestro apoyo? —preguntó Sam, decepcionado.

—¿Quién eres, Sam el Mortífero o Dick el Sordo? No, no le voy a dar mi apoyo. —Pyke lo señaló con el dedo—. A ver si te enteras bien, chico. No quiero ese puesto de mierda, no lo he querido nunca. Cuando mejor lucho es cuando tengo una cubierta de barco bajo los pies, no un caballo entre las piernas, y el Castillo Negro está demasiado lejos del mar. Pero que me metan por el culo una espada al

rojo si permito que la Guardia de la Noche quede a las órdenes de ese presuntuoso de la Torre Sombria. Anda, corre a contarle al viejo lo que te he dicho. —Se levantó—. Fuera de mi vista.

Sam tuvo que hacer acopio de todo el valor que le quedaba para formular otra pregunta.

—¿Q-qué pasaría si fuera otro? ¿Daríais vuestro apoyo a un tercero?

—¿A quién, a Bowen Marsh? Sólo vale para contar cucharas. Othell sigue órdenes, hace lo que le dicen y lo hace bien, pero nada más. Slynt... Bueno, sus hombres lo aprecian, eso sí, y casi valdría la pena apoyarlo para ver si Stannis vomita, pero no. Tiene demasiado de Desembarco del Rey. A un sapo le salen alas y ya cree que es un dragón. —Pyke se echó a reír—. Así pues, ¿quién nos queda? ¿Hobb? Bueno, sí, lo podríamos elegir, pero entonces, ¿quién nos haría el guiso de carnero, Mortífero? Tienes pinta de gustarte el guiso de carnero.

No había más que decir. Sam, derrotado, apenas si pudo tartamudear una despedida cortés antes de retirarse.

«Me saldrá mejor con Ser Denys —trató de convencerse mientras recorría el castillo. Denys era un caballero, de noble cuna y conversación culta, y había tratado a Sam con suma cortesía cuando se lo encontró con Elí en el camino—. Ser Denys me escuchará, me tiene que escuchar.»

El comandante de la Torre Sombria había nacido bajo la Torre Retumbante de Varamar, y parecía un Mallister de los pies a la cabeza. El cuello de su jubón de terciopelo negro era de marta cibelina, al igual que los puños de las mangas. Un águila de plata clavaba las garras en los pliegues de su capa. Tenía la barba blanca como la nieve, estaba casi calvo y sí, unas arrugas profundas le surcaban el rostro. Pero al moverse aún conservaba la elegancia, también tenía todos los dientes y los años no habían nublado sus ojos azul grisáceo ni sus modales corteses.

—Mi señor de Tarly —dijo cuando su mayordomo guió a Sam hasta la Lanza, donde se alojaban los hombres de la Torre Sombria—. Me alegra ver que os habéis recuperado de vuestra dura experiencia. ¿Me permitís que os ofrezca una copa de vino? Si mal no recuerdo, vuestra señora madre es una Florent. Alguna ocasión tendremos para que os hable del día en que descabalgué a vuestros dos abuelos en el mismo duelo. Pero no será hoy. Sé que tenemos problemas más acuciantes. Sin duda venís de parte del maestre Aemon. ¿Quiere ofrecerme algún consejo?

Sam bebió un sorbo de vino y trató de elegir las palabras con cuidado.

—La cadena y el juramento de un maestre... En fin, no sería correcto que se dijera que ha influido en la elección del Lord Comandante...

—Y por eso no ha venido a verme en persona. —El anciano caballero sonrió—. Sí, Samwell, lo entiendo. Tanto Aemon como yo tenemos muchos años y mucha experiencia en estos asuntos. Decidme lo que me tengáis que decir.

El vino era dulce, y a diferencia de Cotter Pyke, Ser Denys escuchó la súplica de Sam con toda cortesía. Pero, cuando terminó, el anciano caballero sacudió la cabeza.

—Estoy de acuerdo, sería un día triste para la historia de la Guardia si un rey llegara a nombrar al Lord Comandante. Y más este rey. Dudo que conserve la corona mucho tiempo. Pero lo cierto, Samwell, es que debería ser Pyke quien se retirase. Tengo más apoyos que él y estoy más preparado para el cargo.

—Así es —asintió Sam—, pero Cotter Pyke también puede ocupar el cargo. Se dice que ha demostrado a menudo su valor en la batalla. —No quería ofender a Ser Denys ensalzando a su rival, pero si no, ¿cómo lo iba a convencer para que se retirase?

—Muchos de mis hermanos han demostrado su valor en la batalla. Con eso no basta. Hay asuntos que no se pueden resolver con un hacha en la mano. Seguro que el maestre Aemon lo comprenderá,

aunque ya sé que Cotter Pyke no. El Lord Comandante de la Guardia de la Noche es, ante todo, un señor. Tiene que estar en condiciones de tratar con otros señores... y con reyes. Tiene que ser un hombre digno de respeto. —Ser Denys se inclinó hacia delante—. Vos y yo somos hijos de grandes señores. Conocemos la importancia de la cuna, de la sangre, sabemos que no hay nada que sustituya al entrenamiento desde la infancia. Yo era escudero a los doce años, caballero a los dieciocho y campeón a los veintidós. He sido comandante de la Torre Sombría desde hace treinta y tres años. La sangre, la cuna y el entrenamiento me han capacitado para tratar con reyes. En cambio, Pyke... Bueno, ya lo visteis, preguntó si Su Alteza le tenía que limpiar el culo. Mirad, Samwell, no tengo por costumbre hablar mal de mis hermanos, pero seamos sinceros. Los hijos del hierro son una raza de piratas y ladrones, Cotter Pyke se dedicaba a violar y asesinar desde que era un niño. El maestro Harmune le tiene que leer y escribir las cartas, lleva años haciéndolo. No, por mucho que me disguste decepcionar al maestro Aemon, mi honor me impide hacerme a un lado para dejar paso a Pyke de Guardiaoriental.

—¿Os haríais a un lado si se tratara de otro? —En esta ocasión Sam estaba preparado—. ¿De un candidato más adecuado?

—No he deseado nunca este honor en sí —dijo Ser Denys tras meditar un instante—. En la última elección, me hice a un lado de buena gana cuando se presentó Lord Mormont, igual que hice con Lord Qorgyle en la elección anterior. Mientras la Guardia de la Noche quede en buenas manos, me doy por satisfecho. Pero Bowen Marsh no está a la altura de esta misión, igual que Othell Yarwyck. En cuanto al que se hace llamar señor de Harrenhal, no es más que el hijo de un carnicero ensalzado por los Lannister. No es de extrañar que sea tan sobornable y corrupto.

—Hay alguien más —barboteó Sam—. El Lord Comandante Mormont confiaba en él, igual que Donal Noye y Qhorin Mediamano. Aunque su cuna no es tan noble como la vuestra, su sangre es antigua. Nació y fue educado en un castillo, aprendió a manejar la espada y la

lanza con un caballero, y las letras con un maestro de la Ciudadela. Su padre fue señor y su hermano es rey.

—Puede ser —dijo Ser Denys tras largo rato acariciándose la larga barba blanca—. Es muy joven, pero... puede ser. Mejor sería elegirme a mí, no te quepa duda. Sería lo más inteligente.

«Jon dijo que podía haber honor en una mentira si se contaba por una buena causa.»

—Si no elegimos a un Lord Comandante esta noche, el rey Stannis nos impondrá a Cotter Pyke —susurró Sam—. Se lo dijo esta mañana al maestro Aemon después de haceros salir a los demás.

—Ya veo. —Ser Denys se levantó—. Tengo que meditar sobre lo que me habéis contado, Samwell. Transmitid mi gratitud también al maestro Aemon.

Cuando salió de la Lanza, Sam estaba temblando.

«¿Qué he hecho —pensó—. ¿Qué he dicho? —Si descubrían que había mentido, le harían...—. ¿Qué? ¿Enviarme al Muro? ¿Arrancarme las entrañas? ¿Transformarme en un espectro?» De repente, todo le pareció absurdo. ¿Cómo era posible que hubiera tenido tanto miedo de Cotter Pyke y de Ser Denys Mallister, cuando había visto cómo un cuervo devoraba la cara de Paul el Pequeño?

A Pyke no le hizo gracia verlo de vuelta.

—¿Otra vez tú? Date prisa, empiezas a molestarme.

—Sólo será un momento —le prometió Sam—. Dijisteis que no os retiraríais ante Ser Denys, pero sí ante otro.

—¿De quién se trata esta vez, Mortífero? ¿De ti?

—No. De un luchador. Donal Noye lo puso al mando del Muro cuando llegaron los salvajes y fue el escudero del Viejo Oso. Su único inconveniente es que nació bastardo.

—¡Por todos los infiernos! —Cotter Pyke se echó a reír—. Eso le metería una lanza por el culo a Mallister, ¿eh? Casi valdría la pena sólo por eso. Y el chico no lo haría mal. —Bufó, despectivo—. Por supuesto, yo lo haría mucho mejor, eso lo sabe cualquier idiota.

—Cualquier idiota —asintió Sam—. Hasta yo. Pero... Bueno, no sé, no debería decíroslo... pero el rey Stannis tiene intención de imponernos a Ser Denys si no elegimos a un lord comandante esta noche. Se lo dijo esta mañana al maestre Aemon, después de haceros salir a los demás.

JON

Férreo Emmett era un explorador larguirucho y desgarrado cuya fuerza, resistencia y habilidad con la espada eran el orgullo de Guardiaoriental. Jon siempre salía de las sesiones de entrenamiento agarrotado y magullado, y al día siguiente se despertaba con el cuerpo cubierto de moratones, que era exactamente lo que quería. Su destreza no mejoraría jamás entrenando con oponentes del nivel de Seda, Caballo o el propio Grenn.

Le gustaba pensar que la mayoría de los días daba tanto como recibía, pero no estaba siendo el caso en aquella ocasión. La noche anterior apenas había podido dormir; tras una hora de dar vueltas inquieto, dejó de intentarlo, se vistió y subió a la cima del Muro para ver salir el sol y seguir debatiéndose con la oferta de Stannis Baratheon. La falta de sueño se estaba cobrando su precio y Emmett lo obligaba a retroceder por el patio sin misericordia tajo tras tajo, y de cuando en cuando le asestaba de propina un golpe con el escudo. Jon tenía el brazo entumecido por el dolor de los impactos y la espada embotada de entrenamientos se le hacía cada vez más pesada.

Estaba a punto de bajar el arma y pedir un alto cuando Emmett hizo una finta baja y lo alcanzó por encima del escudo con un tajo terrible que acertó a Jon en la sien. Se tambaleó aturdido; tanto la cabeza como el yelmo le resonaban por la fuerza del impacto. Por un instante el mundo que se divisaba al otro lado de las hendiduras se convirtió en una mancha difusa.

Y entonces los años se borraron; volvía a estar una vez más en Invernal y llevaba un jubón de cuero acolchado en lugar de coraza y cota de mallas. La espada que esgrimía era de madera, y el que se enfrentaba a él no era Férreo Emmett, sino Robb.

Se entrenaban juntos todas las mañanas desde que aprendieron a caminar; Nieve y Stark fintaban y esquivaban entre los edificios de

Invernalía, gritaban, se reían y, a veces, si nadie los estaba mirando también lloraban. Cuando luchaban no eran niños pequeños, sino caballeros y héroes poderosos.

—¡Soy el príncipe Aemon, el Caballero Dragón! —gritaba Jon.

—¡Pues yo soy Florian el Bufón! —respondía Robb también a gritos.

—¡Soy el Joven Dragón! —proclamaba Robb en otras ocasiones.

—¡Y yo soy Ser Ryam Redwyne! —decía Jon.

Aquella mañana, él había sido el primero.

—¡Soy el señor de Invernalía! —exclamó como había hecho antes en cientos de ocasiones.

Pero aquella vez, aquella vez, la respuesta de Robb fue muy diferente.

—No puedes ser el señor de Invernalía porque eres bastardo. Mi señora madre dice que nunca serás el señor de Invernalía.

«Creía que se me había olvidado.» Notaba el sabor de la sangre en la boca por el golpe que había recibido.

Al final Halder y Caballo lo tuvieron que apartar de encima de Férreo Emmett uno por cada brazo. El explorador se sentó en el suelo aturdido, con el escudo casi hecho astillas, el visor del yelmo torcido y la espada a seis metros de distancia.

—¡Ya basta, Jon! —le estaba gritando Halder—. Está en el suelo, lo has desarmado. ¡Ya basta!

«No. No basta. Nunca bastará.» Jon soltó la espada.

—Lo siento mucho —susurró—. ¿Te he hecho daño, Emmett?

Férreo Emmett se quitó el yelmo abollado.

—¿Qué sueles entender cuando te gritan «me rindo», Lord Nieve? —Pero lo decía con tono amable. Emmett era un hombre agradable y le encantaba la música de las espadas—. Que el Guerrero me proteja —gimió—, ahora sé cómo se sintió Qhorin Mediamano.

Aquello ya fue demasiado. Jon se sacudió las manos de sus amigos y volvió a la armería a solas. Todavía le zumbaban los oídos

del golpe que le había dado Emmett. Se sentó en el banco y se puso la cabeza entre las manos.

«¿Por qué estoy tan furioso? —se dijo. Pero era una pregunta idiota—. Señor de Invernalía. Podría ser el señor de Invernalía. Podría ser el heredero de mi padre.»

Pero no era el rostro de Lord Eddard el que veía en el aire ante él; era el de Lady Catelyn. Con aquellos ojos color azul oscuro y la boca siempre dura, siempre fría, en cierto modo era parecida a Stannis.

«Hierro —pensó—, pero quebradizo.» Lo estaba mirando como lo había mirado siempre en Invernalía cada vez que era mejor que Robb con la espada, con las cuentas o con casi cualquier cosa. «¿Quién eres? —parecía preguntarle aquella mirada—. Éste no es tu lugar. ¿Qué haces aquí?»

Sus amigos seguían en el patio de entrenamientos, pero Jon no se encontraba en condiciones de salir a enfrentarse a ellos. Abandonó la armería por la puerta trasera y bajó un tramo de peldaños de piedra para adentrarse en las gusaneras, la red de túneles subterráneos que entrelazaban las torres y torreones del castillo. El trayecto hasta la sala de los baños era corto, allí podría lavarse el sudor y relajarse en una bañera de piedra caliente. El calor le quitó en parte el dolor de los músculos y le hizo recordar los burbujeantes estanques de barro de Invernalía que llenaban de vapores el bosque de dioses.

«Invernalía —pensó—. Theon la destruyó, la quemó, pero yo la podría reconstruir.» Sin duda eso era lo que habría querido su padre, y también Robb. Jamás habrían permitido que el castillo quedara en ruinas.

«No puedes ser el señor de Invernalía porque eres bastardo», oyó decir de nuevo a Robb. Y los reyes de piedra le gruñían con sus gargantas de granito. «¿Qué haces aquí? Éste no es tu lugar.»

Cuando Jon cerró los ojos, vio el árbol corazón con aquellas ramas blancas, aquellas hojas rojas y aquel rostro solemne. Lord Eddard decía siempre que el arciano era el corazón de Invernalía... pero para salvar el castillo, Jon tendría que arrancar ese corazón de sus

antiquísimas raíces y echarlo de comer al hambriento dios de fuego de la mujer roja.

«No tengo derecho —pensó—. Invernalía pertenece a los antiguos dioses.»

El sonido de unas voces que despertaban ecos en el techo abovedado lo llevó de vuelta al Castillo Negro.

—La verdad, no sé —iba diciendo un hombre con tono dubitativo—. Tal vez, si lo conociera mejor... Lord Stannis no ha hablado muy bien de él, eso os lo aseguro.

—¿Cuándo ha hablado muy bien de nadie Stannis Baratheon? —La voz inflexible de Ser Alliser era inconfundible—. Si permitimos que sea Stannis quien elija al Lord Comandante nos convertiremos en sus vasallos de hecho. Tywin Lannister no lo olvidará y sabemos muy bien que al final él va a ser el vencedor. Ya ha derrotado a Stannis una vez, en el Aguasnegras.

—Lord Tywin está a favor de Slynt —dijo Bowen Marsh con voz de preocupación—. Si quieres te enseño la carta, Othell. Dice que es «su leal amigo y servidor».

Jon Nieve se sentó bruscamente y los tres hombres se detuvieron de golpe al oír el chapoteo del agua.

—Mis señores —saludó con cortesía helada.

—¿Qué haces aquí, bastardo? —preguntó Thorne.

—Bañarme. Pero ya me voy, no quiero estropearos la conspiración.

Jon salió del agua, se secó, se vistió y los dejó a solas con sus tramas.

Una vez fuera se dio cuenta de que no tenía la menor idea de adónde ir. Pasó de largo de los restos de la Torre del Lord Comandante, donde hacía tiempo había salvado al Viejo Oso de un cadáver andante; pasó de largo del lugar donde Ygritte había muerto con aquella sonrisa triste en los labios; pasó de largo de la Torre del Rey donde había aguardado la llegada del Magnar y sus thenitas junto con Seda y Dick Follard el Sordo; pasó de largo de los restos

chamuscados de la gran escalera de madera... La puerta interior estaba abierta, de manera que Jon bajó por el túnel y cruzó el Muro. Sentía el frío que lo rodeaba, el peso de todo aquel hielo sobre la cabeza. Pasó de largo del lugar donde Donal Noye y Mag el Poderoso habían luchado y muerto juntos, cruzó la nueva puerta exterior y salió a la fría luz del sol.

Sólo entonces se detuvo para tomar aliento y meditar. Othell Yarwyck no era hombre de convicciones fuertes excepto cuando se trataba de la madera, la piedra y el mortero. El Viejo Oso lo había sabido muy bien.

«Thorne y Marsh lo convencerán, Yarwyck apoyará a Lord Janos, y Lord Janos será el próximo Lord Comandante. ¿Qué me quedará a mí, si no es Invernalía?»

El viento soplabá contra el Muro y le agitaba la capa. Sentía cómo el hielo emanaba frío igual que una hoguera emana calor. Jon se subió la capucha y echó a andar otra vez. La tarde estaba avanzada, el sol empezaba a descender hacia el oeste. A cien metros de distancia se encontraba el campamento donde el rey Stannis había confinado a los prisioneros salvajes en un cerco de zanjas, estacas afiladas y vallas de madera muy altas. A su izquierda estaban los restos de las tres grandes hogueras donde los vencedores habían quemado los cadáveres de los del pueblo libre que habían caído junto al Muro, tanto los de los enormes gigantes como los de los menudos hombres Pies de Cuerno. El campo de batalla era todavía un erial desolado de hierba quemada y brea endurecida, pero el pueblo de Mance había dejado su rastro por todas partes: una piel desgarrada que tal vez fuera parte de una tienda, la maza de un gigante, la rueda de un carro, una lanza rota, un montón de excrementos de mamut... En las lindes del Bosque Encantado, donde se habían alzado las tiendas, Jon se sentó en el tocón de un roble.

«Ygritte quería que fuera un salvaje. Stannis quiere que sea el señor de Invernalía. Y yo, ¿qué quiero ser? —El sol se fue deslizando por el cielo para perderse detrás del Muro allí donde describía una curva entre las colinas del oeste. Jon contempló la inmensa mole de

hielo que se iba tiñendo de los rojos y rosas del ocaso—. ¿Qué prefiero, que Lord Janos me ahorque por cambiácapas o renegar de mis votos, casarme con Val y convertirme en el señor de Invernalía?» Planteada así, la decisión parecía sencilla... aunque si Ygritte siguiera con vida había sido más sencilla todavía. A Val no la conocía de nada. Desde luego resultaba atractiva y había sido la hermana de la reina de Mance Rayder, pero aun así...

«Si quisiera su amor podría secuestrarla, tal vez me daría hijos. Tal vez algún día podría tener en brazos a un hijo de mi propia sangre. —Un hijo. Jon Nieve jamás se había atrevido a soñar con un hijo desde que tomó la decisión de pasar la vida en el Muro—. Podría ponerle el nombre de Robb. Val no querrá separarse del hijo de su hermana, podríamos tenerlo como pupilo en Invernalía, y también al hijo de Elí. Así Sam no tendría que mentir. Además, acogeremos a Elí, Sam podrá ir a verla una vez al año, o algo así. El hijo de Mance y el hijo de Craster crecerán como hermanos, igual que Robb y yo.»

Era lo que quería. Lo supo al instante. Lo quería más de lo que había querido nada en toda su vida.

«Siempre lo he querido —pensó con un aguijonazo de culpabilidad—. Que los dioses me perdonen.»

La punzada del hambre que sentía era aguda como una hoja de vidriagón. Un hambre abrumadora. Lo que necesitaba era comida, una presa, un ciervo pardo que apestara a miedo o un alce grande, orgulloso y desafiante. Necesitaba matar y llenarse la barriga de carne fresca y sangre caliente, oscura. Sólo con pensarlo la boca se le hacía agua.

Al principio no comprendió qué sucedía. Cuando lo entendió se puso en pie de un salto.

—¿*Fantasma*?

Se volvió hacia el bosque y lo vio acercarse con sus pisadas silenciosas en la penumbra verde. El aliento le salía de las fauces abiertas en nubes cálidas y blancas.

—¿*Fantasma*! —gritó, y el huargo echó a correr hacia él.

Estaba más flaco, pero también más grande, y el único ruido que hacía era el de las hojas secas cuando las aplastaba bajo las patas. Al llegar junto a Jon saltó sobre él y juntos se debatieron entre la hierba negra y las sombras alargadas que las estrellas empezaban a proyectar sobre ellos.

—Dioses, ¿dónde has estado? —preguntó Jon cuando *Fantasma* dejó de tironearle del brazo con los dientes—. Creía que habías muerto para mí, igual que Robb, igual que Ygritte, igual que todos. No volví a sentir tu presencia desde que subí por el Muro, ni siquiera en sueños.

El huargo no respondió, claro, se limitó a lamer el rostro de Jon con una lengua que era como una lija húmeda; sus ojos iluminados por la escasa luz brillaron como dos soles rojos.

«Ojos rojos —comprendió Jon—, pero no como los de Melisandre. —Tenía ojos de arciano—. Ojos rojos, boca roja y pelaje blanco. Sangre y hueso, como un árbol corazón. Pertenece a los antiguos dioses.» Y era el único blanco entre todos los lobos huargos. Eran seis los cachorros que Robb y él habían encontrado entre las nieves del verano tardío, cinco grises, negros y castaños para los cinco Stark, y uno blanco, blanco como la nieve.

Fue entonces cuando supo la respuesta.

Al pie del Muro los hombres de la reina habían encendido la hoguera nocturna. Vio a Melisandre salir del túnel al lado del rey para dirigir las plegarias que, según ella, mantendrían a raya la oscuridad.

—Vamos, *Fantasma* —dijo Jon al lobo—. Ven conmigo. Tienes hambre, lo sé. Lo noto.

Juntos corrieron hacia la puerta, dieron un rodeo para esquivar la hoguera en la que las llamas cada vez más altas arañaban el vientre oscuro de la noche.

La presencia de los hombres del rey era mucho más notable en los patios del Castillo Negro. Al paso de Jon se detuvieron boquiabiertos. Comprendió que ninguno de ellos había visto hasta entonces un huargo, y *Fantasma* doblaba en tamaño a los lobos comunes que

merodeaban por sus bosques sureños. Mientras se encaminaba hacia la armería, Jon alzó la vista y vio a Val ante la ventana de su torre.

«Lo siento mucho —pensó—, no voy a ser yo quien te secuestre para sacarte de ahí.»

En el patio de entrenamientos se encontró con una docena de hombres del rey con antorchas y lanzas en las manos. Su sargento miró a *Fantasma* y frunció el ceño, al menos un par de sus hombres bajaron las lanzas hasta que intervino el caballero que estaba al mando.

—Llegas tarde para la cena —le dijo a Jon.

—En ese caso apartaos de mi camino, ser —replicó Jon; y lo obedeció.

Los sonidos le asaltaron antes de llegar al pie de las escaleras: voces alzadas, maldiciones, alguien que daba puñetazos en la mesa... Jon entró en la sala casi sin que nadie se diera cuenta. Sus hermanos ocupaban todos los bancos y las mesas, y había más de pie que sentados, todos gritaban y nadie comía. No había comida.

«¿Qué está pasando aquí?» Lord Janos chillaba algo acerca de cambiacapas y traición, Férreo Emmett estaba de pie sobre una mesa con la espada desenvainada, Hobb Tresdedos insultaba a un explorador de la Torre Sombria... Un hombre de Guardiaoriental aporreaba la mesa con el puño sin cesar para exigir silencio, pero lo único que conseguía era añadir más ruido a la cacofonía que retumbaba contra el techo abovedado.

Pyp fue el primero en ver a Jon. Cuando divisó a *Fantasma* sonrió, se llevó dos dedos a la boca y silbó como sólo podía silbar un muchacho criado entre cómicos. El sonido agudo sajó el clamor como una espada. Cuando Jon avanzó hacia la mesa fueron más los hermanos que lo vieron y cayeron en el silencio. El ruido fue reduciéndose a meros murmullos y luego ni eso, hasta que el único sonido que se oyó fue el roce de las botas de Jon sobre el suelo de piedra y el crepitar de los troncos en la chimenea.

Fue Ser Alliser Thorne el que rompió el silencio.

—Vaya, por lo visto el cambiacapás se ha decidido a honrarnos con su presencia.

Lord Janos tenía el rostro congestionado y le temblaban las manos.

—¡Es la fiera! —jadeó—. ¡Mirad! ¡Es la fiera que mató al Mediamano! Hay un warg entre nosotros, hermanos. ¡Es un warg! Este... este monstruo no puede ser nuestro líder. ¡Este monstruo no puede vivir!

Fantasma enseñó los dientes, pero Jon le puso una mano en la cabeza.

—Mi señor —pidió—, ¿os importaría contarme qué está pasando aquí?

Fue el maestro Aemon quien le respondió desde el otro extremo de la sala.

—Han propuesto tu nombre para el cargo de Lord Comandante, Jon.

—¿Quién? —dijo al tiempo que miraba a sus amigos. La sola idea era tan absurda que no pudo contener una sonrisa.

Sin duda era una de las bromas de Pyp. Pero el muchacho se encogió de hombros y Grenn sacudió la cabeza. Fue Edd Tollett el Penas quien se levantó.

—He sido yo. Ya sé, ya sé, es una canallada hacerle esto a un amigo, pero con tal de que no me toque a mí...

—Esto es... —Lord Janos estaba echando chispas—. Esto es una afrenta. Lo que tendríamos que hacer es ahorcar a este crío. ¡Sí! ¡Voto por que lo ahorquemos por warg y por cambiacapás, al lado de su amigo Mance Rayder! ¿Lord Comandante? ¡No lo pienso tolerar!

—¿Qué es eso de que tú no vas a tolerar qué? —preguntó Cotter Pyke levantándose—. Puede que a tus capas doradas los tuvieras bien entrenados para que te lamieran el culo, pero la capa que llevas ahora es negra.

—Cualquier hermano puede presentar un candidato para que lo consideremos, basta con que haya pronunciado los votos —aportó Ser Denys Mallister—. Tollett está en su derecho, mi señor.

Una docena de hombres empezaron a hablar a la vez, trataban de acallarse unos a otros, y pronto la sala volvió a ser un caos de gritos. En esta ocasión fue Ser Alliser Thorne quien se subió a la mesa de un salto y alzó las manos para pedir silencio.

—¡Hermanos! —exclamó—. ¡Así no vamos a conseguir nada! Propongo que votemos. Ese monarca que ha ocupado la Torre del Rey ha apostado a sus hombres ante todas las puertas para que no podamos comer ni salir de aquí hasta que no hayamos elegido al nuevo Lord Comandante. ¡Pues hagámoslo! Votaremos, y volveremos a votar, y si hace falta nos pasaremos así la noche hasta que terminemos... pero antes de depositar las fichas creo que el capitán de los constructores quería decirnos algo.

Othell Yarwyck se levantó despacio, con el ceño fruncido. El corpulento constructor se frotó la mandíbula prominente.

—Quiero retirarme de la elección. Si me hubierais querido, ya habéis tenido diez ocasiones para elegirme y no lo habéis hecho. O por lo menos, no lo habéis hecho tantos como era necesario. Iba a decir que los que estaban depositando mi ficha deberían elegir a Lord Janos...

—Lord Slynt es el mejor candidato... —asintió Ser Alliser.

—No había terminado, Alliser —se quejó Yarwyck—. Lord Slynt era comandante de la Guardia de la Ciudad en Desembarco del Rey, eso lo sabemos todos, y también que era el señor de Harrenhal...

—¡Pero si en su vida ha puesto los pies en Harrenhal! —gritó Cotter Pyke.

—Es verdad —replicó Yarwyck—. En fin, el caso es que ahora que estoy aquí hablando no recuerdo qué me hizo pensar que Slynt sería la mejor opción. Eso sería como darle una bofetada al rey Stannis y no veo de qué nos iba a servir. Puede que Nieve sea más apropiado. Lleva más tiempo en el Muro, es el sobrino de Ben Stark y

sirvió como escudero al Viejo Oso. —Yarwyck se encogió de hombros—. Elegid a quien queráis mientras no sea a mí.

Se sentó. Jon vio que el rostro de Janos Slynt había pasado del rojo al púrpura; en cambio Alliser Thorne se había puesto pálido. El hombre de Guardiaoriental volvía a dar puñetazos en la mesa, pero esta vez lo que pedía a gritos era la olla. Algunos de sus amigos se unieron a la petición.

—¡La olla! —rugieron como un solo hombre—. ¡La olla, la olla, la olla!

La olla estaba en un rincón junto a la chimenea: era un caldero grande, barrigón, con dos asas enormes y una tapa muy pesada. El maestre Aemon dio una orden a Sam y a Clydas, que fueron a buscarla, la cogieron por las asas y la pusieron sobre la mesa. Unos cuantos hermanos habían empezado ya a formar una cola junto a los cubos de las diferentes fichas cuando Clydas levantó la tapa y estuvo a punto de dejársela caer sobre los pies. Un enorme cuervo salió repentinamente de la olla con un graznido brusco en medio de un remolino de plumas. Revoloteó hacia arriba, tal vez en busca de una viga en la que posarse o una ventana por la que escapar, pero en la bóveda no había ni una cosa ni la otra. El cuervo estaba atrapado. Graznó de nuevo y voló en torno a la estancia una vez, dos veces, tres veces... Fue entonces cuando Jon oyó el grito de Samwell Tarly.

—¡A ese pájaro lo conozco! ¡Es el cuervo de Lord Mormont!

El cuervo se posó sobre la mesa más cercana a Jon.

—*Nieve* —graznó. Era un pájaro viejo, sucio y roñoso—. *Nieve* —dijo de nuevo—. *Nieve, nieve, nieve*.

Caminó hasta el extremo de la mesa, extendió de nuevo las alas y voló para posarse en el hombro de Jon.

Lord Janos Slynt se dejó caer sentado, pero la carcajada burlona de Ser Alliser retumbó por toda la estancia.

—Ser Cerdi nos toma a todos por idiotas, hermanos —dijo—. Ha sido él quien le ha enseñado el truquito al pajarraco. Todos los cuervos que tenemos dicen ahora lo mismo, «nieve», subid a las

pajareras si no me creéis. En cambio el de Mormont sabía muchas más palabras.

El cuervo inclinó la cabeza a un lado y miró a Jon.

—¿Maíz? —dijo, esperanzado. Al no obtener ni maíz ni respuesta, lanzó otro graznido—. ¿Olla? ¿Olla? ¿Olla?

Lo que ocurrió a continuación fue un torrente de puntas de flecha, una inundación de puntas de flecha, suficientes puntas de flecha para enterrar las pocas piedras, conchas y escasas monedas de cobre que cayeron en la olla.

Cuando terminó el recuento, Jon se vio rodeado. Unos le daban palmadas en la espalda mientras otros hincaban la rodilla en tierra ante él como si fuera un señor de verdad. Seda, Owen el Bestia, Halder, Sapo, Bota de Sobre, Gigante, Mully, Ulmer del Bosque Real, Donnel Hill el Suave y otro medio centenar de hermanos formaron un corro en torno a él. Dywen entrechocó los dientes de madera.

—Los dioses se apiaden de nosotros, nuestro Lord Comandante todavía lleva pañales.

—Espero que esto no signifique que no te puedo dar una paliza de muerte la próxima vez que entrenemos, mi señor. —Férreo Emmett sonrió.

Hobb Tresdedos quería saber si seguiría compartiendo la mesa con todos los hombres o si querría que le sirvieran las comidas en sus habitaciones. Hasta Bowen Marsh se acercó para decirle que le gustaría seguir siendo Lord Mayordomo si así lo deseaba Lord Nieve.

—Lord Nieve —dijo Cotter Pyke—, como la cagues te arranco el hígado y me lo como crudo con cebollas.

Ser Denys Mallister fue más cortés.

—Lo que me pidió el joven Samwell fue muy duro —le confesó el anciano caballero—. Cuando salió elegido Lord Qorgyle me dije: «No importa, lleva en el Muro más tiempo que tú, ya llegará tu momento». Cuando se votó a Lord Mormont pensé: «Es fuerte y decidido, pero también anciano, puede que aún llegue tu momento». Pero tú eres casi un niño, Lord Nieve, y ahora tengo que volver a la Torre Sombría con

la certeza de que mi momento no llegará jamás. —Esbozó una sonrisa cansada—. No hagas que lamente lo que he hecho. Tu tío era un gran hombre, igual que tu padre y el padre de tu padre. Espero que estés a su altura.

—Eso —dijo Cotter Pyke—. Puedes empezar por decirles a los hombres del rey que hemos terminado y que queremos cenar de una puta vez.

—*Cenar* —graznó el cuervo—. *Cenar, cenar.*

Cuando se los informó de la elección, los hombres del rey se retiraron de la puerta y Hobb Tresdedos salió hacia la cocina con media docena de ayudantes para ir a buscar la comida. Jon no esperó a que volvieran. Salió al exterior y caminó sin saber si estaba soñando, con el cuervo en el hombro y *Fantasma* pisándole los talones. Pyp, Grenn y Sam iban tras él sin parar de charlar, pero casi no oyó ni una palabra hasta que Grenn se acercó para hablarle en susurros.

—Ha sido cosa de Sam.

—¡Ha sido cosa de Sam! —ratificó Pyp. El muchacho había cogido un odre de vino antes de salir, bebió un largo trago—. Sam, Sam, Sam el mago —entonó—, Sam el genio, Sam, Sam, el maravilloso Sam. ¡Ha sido cosa de Sam! Pero ¿cuándo te las arreglaste para meter el cuervo en la olla, Sam? Y por los siete infiernos, ¿cómo podías estar seguro de que iba a volar hacia Jon? Imagínate que va y se posa en el cabezón de Janos Slynt, menuda cagada.

—Yo no he tenido nada que ver con lo del pájaro —insistió Sam—. Por poco me meo encima cuando salió volando de la olla.

Jon se echó a reír, algo sorprendido de volver a oír una carcajada propia.

—Sois una panda de locos, por si no os habíais enterado.

—¿Nosotros? —dijo Pyp—. ¿Que nosotros estamos locos? Oye, que yo sepa aquí sólo hay uno que acabe de convertirse en el Lord Comandante número novecientos noventa y ocho de la Guardia de la

Noche. Será mejor que bebas un poco de vino, Lord Jon. Vas a necesitar mucho, mucho vino.

De manera que Jon Nieve cogió el odre que le ofrecía y bebió un trago. Pero sólo uno. El Muro estaba en sus manos, la noche era oscura y tenía que enfrentarse a un rey.

SANSA

Se despertó al instante con los nervios a flor de piel. Por un momento no recordó dónde estaba. Había soñado que volvía a ser pequeña y todavía compartía el dormitorio con su hermana Arya. Pero la que se agitaba en sueños era su doncella, no su hermana, y aquello no era Invernalia, sino el Nido de Águilas.

«Y yo soy Alayne Piedra, una bastarda.» La habitación era fría y negra, aunque bajo las sábanas tenía calor. Aún no había llegado el amanecer. A veces soñaba con Ser Ilyn Payne y en esas ocasiones despertaba con el corazón desbocado, pero no había sido un sueño de éstos.

«Con mi hogar. He soñado con mi hogar.»

El Nido de Águilas no era su hogar. No era más grande que el Torreón de Maegor, y tras las imponentes murallas blancas no había más que montañas y un descenso largo y traicionero por Cielo, Nieve y Piedra hasta el pueblo llamado Puertas de la Luna en lo más profundo del valle. No había adónde ir y muy poco que hacer. Los criados más viejos le contaban que aquellos salones habían resonado con carcajadas cuando su padre y Robert Baratheon eran pupilos de Jon Arryn, pero de aquellos días hacía ya muchos años. Su tía tenía poca gente en el Nido de Águilas y rara vez permitía que los invitados traspasaran las Puertas de la Luna. Aparte de su anciana doncella la única compañía de Sansa era Lord Robert, de ocho años y una edad mental de tres.

«Y Marillion. Siempre Marillion.» Cuando tocaba para todos durante las cenas, el joven bardo parecía cantar sólo para ella, cosa que a su tía no le hacía la menor gracia. Lady Lysa mimaba a Marillion, había despedido a dos criadas y hasta a un paje por contar mentiras acerca de él.

Lysa estaba tan sola como siempre. Su flamante esposo pasaba más tiempo al pie de la montaña que con ella en la cima. En aquel momento estaba ausente, llevaba cuatro días fuera en reuniones con los Corbray. A base de fragmentos de conversaciones escuchadas aquí y allá, Sansa se había enterado de que los banderizos de Jon Arryn estaban resentidos con Lysa por su matrimonio y envidiaban la autoridad de Petyr como Lord Protector del Valle. La rama principal de la Casa Royce estaba al borde de la rebelión por la negativa de su tía a ayudar a Robb en la guerra, y los Waynwood, los Redfort, los Belmore y los Templeton los apoyaban plenamente. Los clanes de las montañas también estaban causando problemas, y el anciano Lord Hunter había muerto de manera tan repentina que sus dos hijos más jóvenes acusaban a su hermano mayor de haberlo asesinado. El Valle de Arryn se había librado de los peores efectos de la guerra, pero desde luego no era el lugar idílico que le había asegurado su tía.

«No me voy a poder dormir —pensó Sansa—. Tengo un caos en la cabeza.» De mala gana apartó la almohada, se quitó de encima las mantas, se dirigió hacia la ventana y abrió los postigos.

Estaba nevando sobre el Nido de Águilas.

Fuera los copos descendían suaves y silenciosos como recuerdos. «¿Ha sido esto lo que me ha despertado?» La capa de nieve ya era gruesa en el jardín, un manto que cubría la hierba y adornaba arbustos y estatuas con su brillo blanco al tiempo que empezaba a pesar en las ramas de los árboles. Aquel espectáculo devolvió a Sansa a las frías noches de hacía tanto tiempo, al largo verano de su infancia.

La última vez que había visto nieve fue el día que partió de Invernalía.

«Fue una nevada más ligera que ésta —recordó—. Robb tenía copos derretidos en el pelo cuando me abrazó, y la bola de nieve que intentó hacer Arya se le deshacía en las manos. —Dolía recordar lo feliz que había sido aquella mañana. Hullen la había ayudado a montar y ella había partido a caballo bajo los copos de nieve para ver el ancho mundo—. Aquel día pensé que mi canción estaba empezando, pero en realidad estaba a punto de terminar.»

Sansa dejó abiertos los postigos mientras se vestía. Sabía que haría frío, aunque las torres del Nido de Águilas rodeaban el jardín y lo resguardaban de lo más duro de los vientos de la montaña. Se puso ropa interior de seda y una combinación de lino, y por encima un vestido abrigado de lana azul de cordero, dos pares de medias en las piernas, botas atadas hasta las rodillas, gruesos guantes de cuero y, por último, una suave capa de piel de zorro blanco con capucha.

Su doncella se arrebujó en la manta cuando la nieve empezó a entrar por la ventana. Sansa abrió la puerta y bajó por la escalera de caracol. Cuando abrió la puerta que daba al jardín, el espectáculo era de una belleza tal que contuvo el aliento para no trastornar una hermosura tan perfecta. La nieve seguía cayendo en un silencio fantasmal y se depositaba en el suelo en un manto grueso inmaculado. Todos los colores habían desaparecido, sólo había blancos, negros y grises. Las torres blancas, la nieve blanca, las estatuas blancas, negras sombras y negros árboles, y por encima de todo el oscuro cielo gris.

«Es un mundo puro —pensó Sansa—. No es lugar para mí.»

Pese a todo pisó la nieve. Las botas se le hundieron hasta el tobillo en la blanda superficie blanca sin hacer el menor ruido. Sansa paseó sin rumbo entre arbustos escarchados y árboles oscuros y escuálidos, y se preguntó si estaría soñando todavía. Los copos que caían le acariciaban el rostro ligeros como el beso de un amante y se le derretían en las mejillas. En el centro del jardín, junto a la estatua de la mujer llorosa que yacía rota y medio enterrada en el suelo, volvió el rostro hacia el cielo y cerró los ojos. Sintió la nieve en las pestañas, la saboreó en los labios... Era el sabor de Invernalía, el sabor de la inocencia, el sabor de los sueños.

Cuando volvió a abrir los ojos descubrió que estaba de rodillas. No recordaba haberse dejado caer. Le pareció que el cielo gris se había aclarado un poco.

«Amanece —pensó—. Un día más. Un nuevo día.» Pero los que añoraba eran los días antiguos, rezaba por que volvieran. Pero ¿a quién podía rezar? Sabía que aquel jardín se había concebido como

bosque de dioses, pero no había suficiente tierra y era demasiado pedregosa para que arraigaran los arcianos.

«Un bosque de dioses sin dioses, tan vacío como yo.»

Cogió un puñado de nieve y lo apretó entre los dedos. La nieve era densa y húmeda, mantenía la forma sin problemas. Sansa empezó a hacer bolas, les daba forma y las pulía hasta que quedaban redondas, blancas, perfectas. Recordó una nevada veraniega en Invernalía, cuando Arya y Bran le habían tendido una emboscada una mañana al salir del torreón. Cada uno de sus hermanos tenía preparadas una docena de bolas de nieve, y ella, ninguna. Bran se había subido al tejado del puente cubierto, fuera de su alcance, pero a Arya la persiguió por los establos y en torno a la cocina hasta que ambas se quedaron sin aliento. Tal vez le habría dado alcance, pero resbaló en una zona de hielo. Su hermana se acercó para ver si se había hecho daño. Cuando le dijo que no, Arya le tiró otra bola de nieve a la cara, pero Sansa la agarró por la pierna y la hizo caer, y le estaba frotando la nieve en el pelo cuando Jory llegó para separarlas entre carcajadas.

«¿Qué voy a hacer con las bolas de nieve? —Contempló con tristeza su pequeño arsenal—. No tengo a quién tirárselas. —Dejó caer la que estaba haciendo en aquel momento—. En vez de eso podría hacer un caballero de nieve —pensó—. O también...»

Juntó dos de las bolas de nieve, añadió una tercera, las rodeó con más nieve y palmeó el conjunto para darle forma de cilindro. Cuando lo tuvo listo lo puso en pie y, con la punta del meñique, abrió agujeros a modo de ventanas. Las almenas de la parte superior exigían más atención, pero cuando acabó ya tenía una torre.

«Ahora me hacen falta las murallas —pensó Sansa—, y después una fortaleza.» Puso manos a la obra.

La nieve caía y el castillo se alzaba. Dos murallas hasta la altura del tobillo, la interior más elevada que la exterior. Torres y torreones, fortines y escaleras, una cocina redonda, una armería cuadrada, los establos a lo largo de la cara interior de la muralla oeste... Al empezar sólo era un castillo, pero no pasó mucho tiempo antes de que Sansa

supiera que era Invernalía. Bajo la nieve encontró palitos y ramas caídas que despuntó para hacer los árboles del bosque de dioses. Las lápidas del camposanto las hizo con trocitos de corteza de árbol. No tardó en tener los guantes y las botas completamente blancos, las manos le cosquilleaban y sentía los pies fríos y empapados, pero no le importaba. Lo único que importaba era el castillo. Algunas cosas le costaba recordarlas, pero la mayoría las conseguía visualizar como si hubiera estado en Invernalía el día anterior. La Torre de la Biblioteca, con la escalera de piedra enroscada por el exterior, La caseta de la guardia en la entrada, los dos grandes baluartes, la puerta en forma de arco, las almenas en la parte superior...

Y mientras la nieve no dejaba de caer, se acumulaba entre sus edificaciones tan deprisa como ella las alzaba. Estaba alisando el tejado en pendiente del Salón principal cuando oyó una voz. Alzó la vista y vio a su doncella llamándola desde la ventana. ¿Se encontraba bien mi señora? ¿Quería desayunar? Sansa sacudió la cabeza y siguió dando forma a la nieve para poner una chimenea en un extremo del Salón principal, casi imaginando que el fuego ardía en el interior.

El amanecer se coló como un ladrón en su jardín. El gris del cielo se hizo aún más claro y los árboles y los arbustos se tornaron color verde oscuro bajo sus estolas de nieve. Unos cuantos criados salieron a mirarla durante un rato; no les hizo caso y pronto volvieron al interior del edificio, donde hacía más calor. Sansa vio a Lady Lysa que la contemplaba desde su balcón envuelta en una túnica de terciopelo azul con ribetes de piel de zorro, pero cuando volvió a mirar su tía ya no estaba. El maestro Colemon se asomó por la ventana de la pajarera y estuvo un rato mirándola desde arriba, flaco y tiritando pero mordido por la curiosidad.

Todos los puentes se le caían. Había un puente cubierto entre la armería y el torreón principal, y otro que iba del cuarto piso de la torre de la campana al segundo de la pajarera, pero por mucho que les diera forma con todo cuidado se le derrumbaban sin remedio. La tercera vez que uno se cayó, masculló una maldición y se dejó caer sentada, frustrada e impotente.

—Apretad la nieve en torno a un palito, Sansa.

No habría sabido decir cuánto tiempo llevaba mirándola, ni cuándo había regresado del Valle.

—¿Un palito? —se sorprendió.

—Así tendrá más consistencia y se mantendrá en pie, creo yo —dijo Petyr—. ¿Puedo entrar en vuestro castillo, mi señora?

—No me lo rompáis, tened... —Sansa recelaba.

—¿Cuidado? —Sonrió—. Invernalía ha resistido contra enemigos mucho más terribles que yo. Porque es Invernalía, ¿verdad?

—Sí —reconoció Sansa.

—Cuando Cat se fue al norte con Eddard Stark, soñaba a menudo con ese lugar. —El hombre recorrió el muro exterior—. En mis sueños era un sitio frío y oscuro.

—No. Siempre hacía calor, hasta cuando nevaba. El agua de los manantiales calientes se bombeaba por el interior de los muros para mantenerlos a buena temperatura, y en los jardines de cristal era siempre como en el día más caluroso del verano. —Se irguió para contemplar el gran castillo blanco—. No se me ocurre cómo hacer el tejado de cristal de los jardines.

Meñique se acarició la barbilla, desprovista de barba desde que Lysa le había pedido que se afeitara.

—Los cristales estarían encajados en una estructura de madera, ¿no? Pues ahí tenéis, hacedlo con ramitas. Las peláis, las entrecruzáis y utilizáis tiras de corteza para que el conjunto se sostenga. Esperad, os enseñaré.

Recorrió el jardín para recoger ramas y palitos, y les fue sacudiendo la nieve. Cuando tuvo suficientes salvó las dos murallas de una zancada larga y se acucilló sobre los talones en mitad del patio. Sansa se acercó para ver qué hacía. Petyr trabajaba con manos hábiles y seguras, y pronto tuvo un enrejado de ramitas muy semejante al que había servido como tejado de cristal para los jardines de Invernalía.

—Los cristales nos los tendremos que imaginar, claro —dijo mientras le entregaba la estructura.

—Es perfecta —dijo.

—Y esto también —dijo él rozándole la cara.

—¿El qué? —Sansa lo miró sin comprender.

—Vuestra sonrisa, mi señora. ¿Os hago otro?

—Si sois tan amable...

—Nada me complacería más.

Ella alzó las paredes de los jardines de cristal mientras Meñique iba poniendo los tejados, y cuando terminaron la ayudó a ampliar las murallas y a construir la caseta de la guardia. Sansa utilizó palitos para los puentes cubiertos y tal como él había dicho se mantuvieron en pie. El Primer Torreón fue muy sencillo, no era más que una torre vieja, redonda y achaparrada, pero se volvió a quedar bloqueada a la hora de poner las gárgolas que bordeaban la cima. La respuesta la tenía otra vez Petyr.

—Ha estado nevando sobre vuestro castillo, mi señora —señaló—. ¿Cómo son las gárgolas cuando están cubiertas de nieve?

—Sólo son bultos blancos. —Sansa había cerrado los ojos para recordarlas.

—Pues ahí tenéis. Las gárgolas son difíciles, pero los bultos blancos no cuestan nada.

Y así fue.

La torre rota fue todavía más sencilla. Juntos hicieron una torre alta, arrodillados hombro con hombro para darle un acabado pulido, y cuando la pusieron en pie, Sansa metió los dedos en la cima, agarró un puñado de nieve y se lo tiró a él a la cara. Petyr dejó escapar un grito cuando la nieve se le metió por el cuello del jubón.

—Eso no ha sido galante, mi señora.

—Como tampoco lo fue traerme aquí después de prometerme que me llevaríais a casa.

No sabía de dónde había sacado el valor para hablarle con tanta franqueza.

«De Invernalía —pensó—. Entre los muros de Invernalía soy más fuerte.»

—Sí, en eso no os dije la verdad... —El rostro del Petyr se tensó—. Tampoco en otra cosa.

—¿En qué otra cosa? —Sansa sentía un nudo en el estómago.

—Antes os dije que nada me complacería más que ayudaros a edificar este castillo. Siento comunicaros que eso también fue mentira. Hay algo que me complacería mucho más. —Dio un paso hacia ella—. Esto.

Sansa intentó retroceder, pero él la agarró por los brazos y de repente la estaba besando. Se resistió débilmente, con lo que sólo consiguió que la estrechara más contra él. Tenía la boca sobre la suya, engullía sus palabras. El aliento le sabía a menta. Durante un segundo se rindió a su beso... pero enseguida volvió la cara y se debatió para liberarse.

—¿Qué hacéis?

—Besar a una doncella de nieve. —Petyr se enderezó la capa.

—¡Tenéis que besarla a ella! —Sansa alzó la vista hacia el balcón de Lysa, pero ya no había nadie allí—. ¡A vuestra esposa!

—Ya lo hago. Lysa no tiene motivos de queja. —Sonrió—. Ojalá tuvierais delante un espejo, mi señora. Estáis hermosísima. Estáis cubierta de nieve como un cachorrillo de oso, pero tenéis el rostro tan sonrojado que apenas si podéis respirar. ¿Cuánto hace que lleváis aquí? Debéis de tener mucho frío. Dejad que os dé calor, Sansa. Quitaos los guantes, dadme las manos.

—¡No! —Hablaban casi igual que Marillion la noche que se había emborrachado durante el banquete. Sólo que en esta ocasión no acudiría Lothor Brune para salvarla, Ser Lothor servía a Petyr—. No me deberíais besar. Podría ser vuestra hija...

—Podríais ser mi hija —reconoció con una sonrisa pesarosa—. Pero el caso es que no lo sois. Sois hija de Eddard Stark y de Cat. Y de verdad pienso que podríais ser aún más bella que vuestra madre cuando tenía la edad que vos tenéis.

—Petyr, por favor. —Su voz sonaba demasiado débil—. Por favor...

—¡Un castillo!

La voz era un chillido agudo, infantil. Petyr se apartó de ella.

—Lord Robert. —Esbozó un amago de reverencia—. ¿No sería mejor que no salierais sin los guantes?

—¿Habéis hecho vos el castillo, Lord Meñique?

—Lo hizo casi todo Alayne, mi señor.

—Es Invernalía —aportó Sansa.

—¿Invernalía?

Para sus ocho años, Robert era muy menudo, un niño flaco de piel llena de manchas y los ojos siempre llorosos. Tenía bajo un brazo un muñeco de trapo deshilachado que llevaba a todas partes.

—Invernalía es el asentamiento de la Casa Stark —explicó Sansa a su futuro esposo—. Es el gran castillo del norte.

—No es tan grande. —El niño se arrodilló ante la caseta de la guardia—. Mira, viene un gigante que lo va a derribar. —Puso al muñeco de pie en la nieve y lo hizo avanzar—. Pom, pom, pom, soy un gigante, soy un gigante —entonó—. Jo, jo, jo, abrid las puertas o las derribaré, jo, jo, jo.

Agarró el muñeco por la cintura y le hizo balancear las piernas para derribar primero una torreta de la caseta de la guardia y luego la otra.

Aquello fue más de lo que Sansa podía soportar.

—¡Para ahora mismo, Robert!

En vez de obedecer, el niño volvió a sacudir el muñeco y derribó una muralla. Ella le fue a agarrar la mano, pero en vez de eso cogió el muñeco. Se oyó un sonido de tela al desgarrarse, y de pronto se encontró con la cabeza en la mano, mientras Robert se quedaba con el cuerpo y las piernas. El relleno de algodón y serrín se derramó sobre la nieve.

A Lord Robert le empezaron a temblar los labios.

—¡Lo has matadooo! —aulló.

Luego llegaron los temblores. Al principio no fueron más que unos estremecimientos, pero casi al instante se derrumbó sobre el castillo agitando los miembros con movimientos convulsos. Las torres blancas y los puentes de nieve saltaron en pedazos. Sansa se quedó paralizada, horrorizada, pero Petyr Baelish agarró a su primo por las muñecas y llamó a gritos al maestro.

Los guardias y las criadas llegaron enseguida para ayudar a sujetar al pequeño, seguidos de inmediato por el maestro Colemon. La enfermedad de los temblores de Robert Arryn no era ninguna novedad para los habitantes del Nido de Águilas, Lady Lysa los tenía a todos bien entrenados para salir corriendo al primer grito del niño. El maestro sostuvo la cabeza del pequeño señor y le hizo beber media copa de vino del sueño al tiempo que murmuraba palabras tranquilizadoras. Poco a poco la violencia del ataque se fue calmando hasta que no quedó más que un leve temblor de las manos.

—Llévalo a mis habitaciones —ordenó Colemon a los guardias—. Lo calmaré con una sangría.

—Ha sido culpa mía. —Sansa les mostró la cabeza del muñeco—. Le he roto el muñeco en dos. No era mi intención, de verdad, pero...

—El señor estaba destruyendo el castillo —dijo Petyr.

—Era un gigante —sollozó el niño—. No era yo, el que rompía el castillo era un gigante. ¡Y ella lo mató! ¡Es mala! ¡Es una bastarda y es mala! ¡No quiero que me sangren!

—Hay que aligeraros la sangre, mi señor —dijo el maestro Colemon—. La sangre mala es la que os pone furioso, y la furia es lo que provoca los temblores. Vamos.

Se llevaron al muchacho.

«Mi señor esposo —pensó Sansa mientras contemplaba las ruinas de Invernalía. La nevada había cesado y hacía más frío que antes. A lo mejor a Lord Robert le entraban temblores durante la ceremonia nupcial—. Joffrey al menos tenía salud.» Una ira incontrolable se apoderó de ella. Cogió una rama rota y clavó en la punta la cabeza del

muñeco, luego puso la rama de pie en la entrada destrozada de su castillo de nieve. Los criados la miraron horrorizados, pero cuando Meñique vio lo que había hecho se echó a reír.

—Si lo que cuentan las leyendas es verdad, no es el primer gigante cuya cabeza acaba adornando las murallas de Invernalía.

—No son más que cuentos —dijo al tiempo que se daba media vuelta.

Una vez en sus habitaciones, Sansa se quitó la capa y las botas mojadas y se sentó junto al fuego de la chimenea. Sin duda tendría que dar cuentas por el ataque de Lord Robert.

«Puede que Lady Lysa me eche de aquí.» Su tía tenía la mano ligera a la hora de expulsar a los que incurrían en su ira, y nada la airaba tanto como sospechar que alguien había tratado mal a su hijo.

Sansa habría agradecido que la expulsara de allí. Las Puertas de la Luna era un lugar mucho más grande que el Nido de Águilas, y también mucho más animado. Lord Nestor Royce parecía testarudo y gruñón, pero en realidad era su hija Myranda la que gobernaba el castillo, y todo el mundo comentaba lo alegre y amante de las diversiones que era. Ni siquiera la supuesta condición de bastarda de Sansa sería allí abajo un problema; una de las hijas ilegítimas del rey Robert estaba entre los sirvientes de Lord Nestor, y se comentaba que Lady Myranda y ella eran amigas íntimas, casi como hermanas.

«Le diré a mi tía que no me quiero casar con Robert. —Ni el propio Septon Supremo podía declarar casada a una mujer si ella se negaba a pronunciar los votos. Dijera lo que dijera su tía, no era ninguna mendiga. Tenía trece años, era una mujer, florecida y casada, era la heredera de Invernalía. A veces Sansa se compadecía de su primo, pero ni se podía imaginar que alguna vez quisiera casarse con él—. Antes preferiría volver a casarme con Tyrion. —Si Lady Lysa se enteraba, la mandaría lejos de allí... lejos de los pucheros, los temblores y los ojos llorosos de Robert, lejos de las miradas insistentes de Marillion, lejos de los besos de Petyr—. Se lo voy a decir. ¡Se lo voy a decir!»

Ya estaba muy avanzada la tarde cuando Lady Lysa la mandó llamar. Sansa llevaba todo el día haciendo acopio de valor, pero en cuanto Marillion apareció en su puerta volvió a sentirse invadida por las dudas.

—Lady Lysa requiere vuestra presencia en la Sala Alta.

Mientras se dirigía a ella el bardo la desnudaba con los ojos, pero a eso ya estaba acostumbrada.

Marillion era atractivo, eso no se podía negar; juvenil, esbelto, de piel inmaculada, cabellos color arena y sonrisa encantadora. Pero había conseguido que lo detestara todo el Valle excepto su tía y el pequeño Lord Robert. Según los criados, Sansa no era la primera doncella que tenía que soportar su acoso, y las demás no habían tenido a un Lothor Brune que las defendiera. Pero Lady Lysa no quería ni oír una queja contra él. Desde su llegada al Nido de Águilas el bardo se había convertido en su favorito. Sus canciones dormían a Lord Robert todas las noches, y también servían para humillar a los pretendientes de Lady Lysa con versos que se burlaban de sus puntos flacos. Su tía lo había cubierto de oro y regalos, ropajes lujosos, un brazalete de oro, un cinturón con incrustaciones de adularias, un hermoso caballo... Hasta le había dado el halcón favorito de su difunto esposo. Con ello, lo que había conseguido era que Marillion se mostrara extremadamente cortés en presencia de Lady Lysa y extremadamente arrogante en cuanto le daba la espalda.

—Gracias —le dijo Sansa con tono seco—. Ya sé por dónde se va. Pero no surtió efecto.

—Mi señora ha dicho que te lleve ante ella.

«¿Que me lleve?» Aquello no le gustaba nada.

—¿Ahora hacéis las veces de guardia?

Meñique había echado al capitán de la guardia del Nido de Águilas para poner en su lugar a Lothor Brune.

—¿Acaso hace falta que te guarden? —preguntó Marillion—. Por cierto, estoy componiendo otra canción, una canción tan dulce y triste que derretirá hasta tu corazón helado. La voy a titular «Una rosa al

borde del camino». Habla de una niña bastarda tan bella que hechizaba a todos los hombres que la miraban.

«Soy una Stark de Invernalía», habría querido decirle. Pero se calló y asintió, y dejó que la escoltara por las escaleras de la torre y por el puente. La Sala Alta llevaba cerrada desde que ella había llegado al Nido de Águilas. Sansa se preguntó por qué la habría abierto su tía. Por lo general prefería la comodidad de sus estancias o la calidez acogedora de la sala de audiencias de Lord Arryn, que tenía vistas a la catarata.

Dos guardias con capas color azul cielo flanqueaban con lanzas en las manos las puertas de madera tallada de la Sala Alta.

—No permitáis que entre nadie mientras Alayne esté con Lady Lysa —les dijo Marillion.

—Sí, señor.

Los hombres los dejaron pasar y cruzaron las lanzas. Marillion cerró las puertas y las atrancó con una tercera lanza, más larga y gruesa que las de los guardias de la parte de fuera.

—¿Y eso por qué? —Sansa sintió una punzada de inquietud.

—Mi señora te está esperando.

Miró a su alrededor, insegura. Lady Lysa estaba sentada en el estrado elevado, en una silla de respaldo alto de arciano tallado, sola. A su derecha había una segunda silla aún más alta con un montón de cojines azules en el asiento, pero Lord Robert no la ocupaba. Sansa esperaba que se estuviera recuperando, pero Marillion no se lo diría aunque lo supiera.

Sansa recorrió la alfombra de seda azul entre hileras de columnas acanaladas finas como lanzas. El suelo y las paredes de la Sala Alta eran de mármol blanco con vetas azules. Por las estrechas ventanas en forma de arco de la pared este entraban haces de clara luz diurna. Entre las ventanas había antorchas colgadas de altos apliques de hierro, pero no estaban encendidas. Sus pisadas resonaban suaves sobre la alfombra. Fuera el viento soplaba frío y solitario.

En medio de tanto mármol blanco hasta la luz del sol parecía gélida... aunque no tan gélida como su tía. Lady Lysa se había vestido con una túnica de terciopelo color crema y llevaba un collar de zafiros y adularias. Tenía la melena castaño rojiza recogida en una gruesa trenza que le caía sobre un hombro. Se quedó sentada en la silla alta, con el rostro enrojecido e hinchado bajo las pinturas y los polvos, mientras su sobrina se aproximaba. A su espalda, un gran estandarte colgaba de la pared, con la luna y el halcón de la Casa Arryn en crema y azul.

—Me habéis mandado llamar, mi señora —dijo Sansa, deteniéndose ante el estrado con una reverencia.

Seguía oyendo el sonido del viento, así como los suaves acordes que rasgueaba Marillion al otro lado de la sala.

—He visto lo que has hecho esta mañana —dijo Lady Lysa.

—Espero que Lord Robert se encuentre mejor. —Sansa se estiró los pliegues de la falda—. No era mi intención romperle el muñeco, pero me estaba destrozando mi castillo de nieve, yo sólo...

—¡No te hagas la inocente, a mí no me engañas! —gritó su tía—. No me refería al muñeco de Robert. Te vi darle un beso.

La Sala Alta pareció enfriarse un poquito más. Fue como si las paredes, el suelo y las columnas se hubieran convertido en hielo.

—Fue él quien me besó a mí.

—¿Y por qué iba a hacer semejante cosa? —La ira hacía que a Lysa se le movieran las aletas de la nariz—. Tiene una esposa que lo quiere, una mujer de verdad, no una cría. No le hace ninguna falta una mocosa como tú. Confiésalo, niña, te echaste encima de él. Fue así.

—Eso no es cierto. —Sansa dio un paso atrás.

—¿Adónde vas? ¿Tienes miedo? Ese comportamiento tan promiscuo merece un castigo, pero no seré dura contigo. Tenemos un niño de los azotes para Robert, como tienen por costumbre en las Ciudades Libres. Con lo delicado que está de salud, él no soportaría la vara. Ya buscaré a alguna pueblerina que reciba tus azotes, pero antes

tienes que reconocer lo que has hecho. No soporto a los mentirosos, Alayne.

—Yo estaba haciendo un castillo de nieve —dijo Sansa—. Lord Petyr me ayudó, luego me besó. Eso fue lo que visteis.

—¿Es que no sabes qué es el honor? —le replicó su tía con brusquedad—. ¿O es que me tomas por idiota? Es eso, ¿verdad? Me tomas por idiota, ya lo veo. Pues no soy idiota. Te crees que puedes tener al hombre que quieras sólo porque eres joven y bonita, no creas que no me he fijado en las miradas que le echas a Marillion. Yo sé todo lo que sucede en el Nido de Águilas, jovencita, y ya he conocido a muchas de tu calaña. Pero te equivocas mucho si piensas que esos ojos grandes y esas sonrisas de ramera te ganarán el amor de Petyr. ¡Es mío! —Se puso de pie—. Todos me lo han intentado quitar. Mi señor padre, mi esposo, tu madre... Sí, sobre todo Catelyn. Le gustaba besar a mi Petyr, vaya si le gustaba.

—¿A mi madre? —Sansa retrocedió otro paso.

—Sí, a tu madre, a tu querida madre, a mi amada hermana Catelyn. No te hagas la inocente conmigo, sabandija mentirosa. Durante todos aquellos años en Aguasdulces estuvo jugando con Petyr como si fuera un pelele. Lo embrujaba con sonrisas, con palabras cariñosas y miradas de ramera, y convertía sus noches en una tortura.

—¡No! —«Mi madre está muerta —habría querido gritar—. Era tu hermana y ahora está muerta»—. No es verdad. Ella no haría semejante cosa.

—¿Cómo lo sabes? ¿Dónde estabas? —Lysa se bajó de la silla alta en un remolino de faldas—. ¿Acaso viniste con Lord Bracken y Lord Blackwood cuando nos visitaron para que mi padre resolviera sus diferencias? El bardo de Lord Bracken cantó para nosotros, y aquella noche Catelyn bailó seis veces con Petyr, ¡seis veces, que las conté! Cuando los señores empezaron a discutir, mi padre se los llevó a su sala de audiencias, de manera que no quedó nadie que nos impidiera beber. Edmure, pese a lo joven que era, se emborrachó... y Petyr trató de besar a tu madre, pero ella lo rechazó de un empujón. ¡Se rió de él!

Tenía una cara de dolor tal que pensé que se me iba a romper el corazón; luego bebió tanto que se desmayó encima de la mesa. El tío Brynden lo llevó a la cama para que mi padre no lo encontrara de aquella manera. Supongo que no lo recuerdas, ¿verdad? —La miró con furia—. ¿Verdad?

«¿Qué le pasa, está borracha o loca?»

—Yo entonces no había nacido, mi señora.

—No habías nacido. Pero yo sí, así que no te atrevas a decirme qué es verdad y qué es mentira. Sé muy bien cuál es la verdad. ¡Tú lo besaste!

—Fue él quien me besó —insistió Sansa—. Yo no quería...

—Cállate, no te he dado permiso para hablar. Lo provocaste, igual que tu madre aquella noche en Aguasdulces, con sus sonrisas y sus bailes. ¿Creías que se me iba a olvidar? Fue la noche en que subí a escondidas a su dormitorio para consolarlo. Sangré, pero fue el dolor más dulce que se pueda imaginar. Entonces me dijo que me quería, pero antes de quedarse dormido me llamó «Cat». Aun así me quedé con él hasta que el cielo empezó a iluminarse. Tu madre no se lo merecía, ni siquiera le dio una prenda suya cuando se enfrentó a Brandon Stark. Yo le habría dado mi prenda, yo se lo di todo. Ahora es mío, no de Catelyn ni tuyo.

La decisión de Sansa se había marchitado a la vista de la ira de su tía. Lysa Arryn la estaba asustando tanto como antes había hecho la reina Cersei.

—Es vuestro, mi señora —dijo con voz que intentaba sonar dócil y arrepentida—. ¿Me dais permiso para retirarme?

—No. —El aliento de su tía olía a vino—. Si no fueras quien eres te echaría de aquí. Te mandaría abajo con Lord Nestor a las Puertas de la Luna o de vuelta a los Dedos. ¿Qué te parecería pasarte el resto de tu vida en esa costa desolada, rodeada de viejas sucias y cagarrutas de oveja? Ésos eran los planes de mi padre para Petyr. Todo el mundo creía que era por lo de aquel duelo idiota con Brandon Stark, pero no era por eso. Mi padre me dijo que debería dar gracias a los dioses de

que un señor tan importante como Jon Arryn me aceptara ya mancillada, pero yo sabía que era sólo por las espadas. Tuve que casarme con Jon o mi padre habría renegado de mí igual que hizo con su hermano, pero yo había nacido para ser de Petyr. Te lo estoy diciendo para que entiendas cuánto nos queremos, cuánto hemos sufrido, cuánto hemos soñado el uno con el otro. Hicimos un bebé, un bebé precioso. —Lysa se puso las manos en el vientre como si todavía tuviera allí la criatura—. Cuando me lo robaron, me prometí que no volvería a permitir semejante cosa. Jon quería enviar a mi pequeño Robert a Rocadragón, y ese rey borracho se lo habría entregado a Cersei Lannister, pero no se lo permití... Igual que no permitiré que me robes a mi Petyr Meñique. ¿Me has oído bien, Alayne, Sansa o como quiera que te llames? ¿Oyes bien lo que te digo?

—Sí. Os juro que no volveré a besarlo ni... ni a provocarlo. — Sansa pensaba que eso era lo que su tía quería escuchar.

—Ah, así que lo reconoces. Fuiste tú, tal como me imaginaba. Eres tan ramera como tu madre. —Lysa la agarró por la muñeca—. Ven conmigo, quiero que veas una cosa.

—Me estáis haciendo daño. —Sansa se retorció—. Por favor, tía Lysa, no he hecho nada. ¡Lo juro!

—¡Marillion! —llamó a gritos su tía, haciendo oídos sordos de sus protestas—. ¡Te necesito, Marillion! ¡Te necesito!

El bardo había permanecido discretamente al fondo de la estancia, pero acudió al instante a la llamada de Lady Arryn.

—¿Sí, mi señora?

—Toca una canción. Toca «La falsa y la bella».

Los dedos de Marillion acariciaron las cuerdas.

—«El señor llegó a caballo, era un día en que llovía, heyho, heyho, heyho, heyho...»

Lady Lysa tiró del brazo de Sansa. Tenía que elegir entre caminar o que la arrastrara, de manera que optó por caminar hasta mitad de la sala, hasta un par de columnas y una puerta de arciano blanco en la pared de mármol. La puerta estaba bien cerrada, con tres pesadas

trancas de bronce, pero al otro lado se oía el aullido del viento. Al ver la luna creciente tallada en la madera, Sansa clavó los pies en el suelo.

—La Puerta de la Luna. —Trató de liberarse—. ¿Por qué me enseñáis la Puerta de la Luna?

—Ahora chillas como un ratón, pero bien atrevida que eras en el jardín, ¿no? Bien atrevida que eras en la nieve.

—«La dama estaba cosiendo, era un día en que llovía —cantó Marillion—. Heyho, heyho, heyho, heyho, heyho...»

—Abre la puerta —ordenó Lysa—. ¡Te he dicho que la abras! ¡Ábrela o llamo a mis guardias! —Dio un empujón hacia delante a Sansa—. Al menos tu madre era valiente. ¡Quita las trancas!

«Si hago lo que me dice me dejará en paz.» Sansa cogió una de las trancas de bronce, la soltó y la apartó a un lado. La segunda tintineó contra el mármol, luego la tercera. Apenas había tocado el picaporte cuando la pesada puerta de madera restalló hacia adentro y golpeó la pared con estrépito. La nieve se había amontonado en torno al marco y entró como un torbellino a lomos de una ráfaga de aire gélido que dejó a Sansa tiritando. Trató de dar un paso atrás, pero su tía estaba detrás de ella. Lysa la cogió por la muñeca y con la otra mano la empujó por la espalda, con fuerza, hacia la puerta abierta.

Al otro lado había cielo blanco, nieve que caía y nada más.

—Mira abajo —ordenó Lady Lysa—. ¡Mira abajo!

Trató de debatirse, pero los dedos de su tía se le clavaban como zarpas en el brazo. Lysa le dio otro empujón y Sansa gritó. El pie izquierdo se le resbaló en un trozo de hielo que se soltó. Ante ella no había nada, sólo el vacío y un torreón doscientos metros más abajo, que colgaba de la ladera de la montaña.

—¡No! —gritó Sansa—. ¡Me estáis asustando!

A sus espaldas, Marillion seguía rasgueando la lira y cantando.

—«Heyho, heyho, heyho, heyho, heyho...»

—¿Todavía quieres que te dé permiso para retirarte? ¿Eh? ¿Eh?

—No. —Sansa clavó los pies en el suelo y se retorció para intentar retroceder, pero su tía no cedía—. Por aquí no, por favor...

Extendió una mano y trató de aferrarse al marco de la puerta, pero no lo consiguió, los pies se le resbalaban en el suelo de mármol mojado. Lady Lysa la empujaba con fuerza inexorable, su tía pesaba veinte kilos más que ella.

—«La dama le dio un beso en un montón de heno» —cantaba Marillion.

Sansa se retorció hacia un lado, histérica y aterrorizada, y uno de los pies se le deslizó hacia el vacío. Dejó escapar un grito.

—«Heyho, heyho, heyho, heyho, heyho...»

El viento le azotaba las faldas y le mordía las piernas desnudas con dientes gélidos. Sentía los copos de nieve que se le derretían en las mejillas. Agitó los brazos y dio por casualidad con la gruesa trenza castaño rojiza de Lysa y se aferró a ella.

—¡Mi pelo! —chilló su tía—. ¡Suéltame el pelo!

Estaba temblando y sollozando. Trastabillaron al borde del abismo. Muy lejos, tras ellas, oyó a los guardias golpeando la puerta con las lanzas y exigiendo que los dejaran entrar. Marillion interrumpió la canción.

—¡Lysa! ¿Qué está pasando aquí? —El grito se impuso a los sollozos y a las respiraciones jadeantes. Las pisadas resonaron al otro extremo de la Sala Alta—. ¡Apartaos de ahí! ¿Qué estás haciendo, Lysa?

Los guardias seguían golpeando la puerta. Meñique había entrado por la puerta de los señores, situada tras el estrado.

Cuando Lysa se dio la vuelta, aflojó un poco las manos y Sansa consiguió liberarse. Cayó de rodillas y así fue como la vio Petyr Baelish. Se detuvo de repente.

—¿Alayne? ¿Cuál es el problema?

—¡Ella! —Lady Lysa agarró un mechón de cabellos de Sansa—. Ella es el problema. ¡Te besó!

—Decídselo —suplicó Sansa—. Decidle que estábamos construyendo un castillo...

—¡Cállate! —chilló su tía—. No te he dado permiso para hablar, ¿a quién le importa tu castillo?

—No es más que una niña, Lysa, la hija de Cat. ¿Qué diantres estabas haciendo?

—¡Iba a casarla con mi Robert! No tiene gratitud, No tiene... decencia. No te puede besar, no eres suyo. ¡No eres suyo! Le estaba enseñando una lección, nada más.

—Ya comprendo. —Se acarició la barbilla—. Y creo que ella también lo entiende, ¿verdad, Alayne?

—Sí —sollozó Sansa—. Lo entiendo.

—No la quiero tener aquí. —Su tía tenía los ojos llenos de lágrimas—. ¿Por qué la tuviste que traer al Valle, Petyr? No es lugar para ella, no tiene por qué estar aquí.

—Pues la mandaremos a otro lugar. A Desembarco del Rey, si quieres. —Dio un paso hacia ellas—. Venga, suéltala. Deja que se aleje de la puerta.

—¡No! —Lysa dio otro tirón de pelo a Sansa. La nieve se arremolinaba en torno a ellas y hacía que les restallaran las faldas—. No es posible que la quieras. No es posible. No es más que una niña idiota con la cabeza hueca, no te ama como yo, no te ama como te he amado siempre. Lo he demostrado, ¿no? —Las lágrimas corrían por el rostro enrojecido e hinchado de su tía—. Te entregué mi doncellez. También te habría dado un hijo, pero lo mataron con té de luna, con atanasia, menta, ajeno, una cucharada de miel y un poco de poleo. No fui yo, yo no lo sabía, me limité a beber lo que me daba mi padre...

—El pasado, pasado está, Lysa. Lord Hoster ha muerto y su viejo maestro también. —Meñique se acercó un paso más—. ¿Has vuelto a beber vino? No deberías hablar tanto. No nos conviene que Alayne sepa más de lo debido, ¿recuerdas? Y tampoco Marillion.

—Cat nunca te dio nada —dijo Lady Lysa sin hacerle caso—. Yo fui la que te consiguió tu primera asignación y la que hizo que Jon te

llevara a la corte para que pudiéramos estar juntos. Me prometiste que no lo olvidarías jamás.

—Y no lo he olvidado. Estamos juntos, tal como has querido siempre, tal como habíamos planeado siempre. Pero suelta a Sansa...

—¡No quiero! ¡La vi besándote en la nieve! Es igual que su madre, Catelyn te besó en el bosque de dioses, pero para ella no significó nada, ¡no te quería! ¿Por qué la amabas a ella? Yo fui la que te lo dio todo, yo, yo, ¡yooo!

—Lo sé, mi amor. —Dio un paso más—. Y aquí estoy. Lo único que tienes que hacer es darme la mano, vamos. —Extendió los dedos hacia ella—. No hacen falta lágrimas.

—Lágrimas, lágrimas, lágrimas —sollozó histérica—. No hacen falta lágrimas... no fue eso lo que me dijiste en Desembarco del Rey. Me dijiste que pusiera las lágrimas en el vino de Jon y las puse. ¡Lo hice por Robert y por nosotros! Y escribí a Catelyn, le conté que los Lannister habían matado a mi señor esposo, tal como me dijiste. Fuiste tan listo... Siempre has sido muy listo, se lo dije a mi padre, qué listo es Petyr, llegará muy lejos, ya lo verás, y también es bueno y cariñoso, y llevo a su bebé en el vientre... ¿Por qué la tuviste que besar? ¿Por qué? Ahora estamos juntos, después de tanto, tanto tiempo, estamos juntos, ¿por qué la tuviste que besar a ellaaa?

—Lysa —suspiró Petyr—, después de todo lo que hemos sufrido tendrías que confiar más en mí. Te juro que no volveré a apartarme de tu lado mientras nos quede vida a los dos.

—¿De verdad? —le preguntó, llorosa—. ¿Me lo dices de verdad?

—De verdad. Vamos, suelta a la niña y ven a darme un beso.

Lysa se echó en brazos de Meñique entre sollozos. Mientras se abrazaban, Sansa se alejó arrastrándose a cuatro patas de la Puerta de la Luna y se abrazó a la columna más cercana. El corazón le latía a toda velocidad. Tenía el pelo lleno de nieve y le faltaba el zapato derecho.

«Se me debe de haber caído.» Se estremeció y se aferró a la columna con más fuerza todavía.

Meñique dejó que Lysa sollozara un momento contra su pecho, luego le puso las manos en los brazos y le dio un ligero beso.

—Mi celosa mujer, qué tontita —le dijo sonriendo—. Sólo he amado a una mujer, te lo prometo.

—¿Sólo a una? —Lysa Arryn le dedicó una sonrisa trémula—. Petyr, Petyr, ¿me lo juras? ¿Sólo a una?

—Sólo a Cat.

Le dio un empujón brusco, breve.

Lysa cayó hacia atrás y resbaló en el mármol mojado. Y desapareció. No gritó en ningún momento. Durante largos segundos no se oyó más sonido que el del viento.

—La habéis... la habéis... —Marillion lo miraba boquiabierto.

Los guardias seguían gritando al otro lado de la puerta, golpeándola con las astas de las lanzas. Lord Petyr ayudó a Sansa a ponerse en pie.

—¿Estáis herida? —Ella negó con la cabeza—. Entonces, deprisa, abrid la puerta, que entren mis guardias —dijo—. No hay tiempo que perder. Este bardo ha asesinado a mi señora esposa.

EPÍLOGO

El camino que llevaba hasta Piedrasviejas rodeaba dos veces la colina antes de alcanzar la cima. Pedregoso y lleno de maleza, el tránsito por él habría sido lento incluso con buen clima, y la nevada de la noche anterior encima lo había dejado hecho un lodazal.

«Esto no es natural, nieve en las tierras de los ríos en otoño», pensó Merrett con melancolía. En realidad no había sido una gran nevada, lo justo para tender sobre el suelo un manto blanco durante la noche. Casi toda la nieve se había fundido cuando salió el sol, pero Merrett lo seguía considerando un mal presagio. Entre las lluvias, las inundaciones, el fuego y la guerra habían perdido dos cosechas y buena parte de la tercera. Si el invierno empezaba demasiado pronto habría hambre en las tierras de los ríos. Muchos pasarían necesidades y algunos morirían. La única esperanza de Merrett era no ser uno de ellos.

«Pero puede que lo sea. Con la suerte que tengo, seguro. Porque la única suerte que he tenido en mi vida es la mala.»

Bajo las ruinas del castillo, la ladera inferior de la colina tenía tanta maleza que entre ella se podrían haber ocultado medio centenar de bandidos.

«Si me descuido me estarán vigilando ahora mismo.» Merrett miró a su alrededor, pero no vio nada más que aulagas, helechos, cardos, cálamos aromáticos y arbustos de zarzamora entre los pinos y los centinelas verde grisáceo. En los alrededores los esqueletos de los álamos y los robles achaparrados poblaban el terreno como malas hierbas. No vio a ningún bandido, pero eso tampoco significaba nada. Los bandidos se sabían esconder mejor que los hombres honrados.

Merrett detestaba aquellos bosques, y a los bandidos los odiaba con todo su corazón. «Los bandidos me robaron la vida que tenía», le habían oído decir cuando bebía demasiado. Según su padre, bebía

demasiado y demasiado a menudo. Lo decía constantemente y en voz alta.

«Y es verdad —reconoció con tristeza. Cuando uno vivía en Los Gemelos tenía que distinguirse por algo, de lo contrario se olvidaban de su existencia, pero no tardó en comprender que la reputación de ser el más bebedor del castillo no mejoraba en absoluto sus perspectivas—. Tuve el sueño de ser el mejor caballero que jamás había esgrimido una lanza, pero los dioses me lo arrebataron. ¿Por qué no me voy a tomar una copa de vino de cuando en cuando? Me calma los dolores de cabeza. Además, mi mujer es una arpía, mi padre me desprecia y mis hijos no valen para nada. ¿Qué motivos tengo para estar sobrio?»

Pero en aquel momento estaba sobrio. Bueno, había tomado dos cuernos de cerveza con el desayuno y una copita de tinto antes de ponerse en marcha, pero eso era sólo para que no le palpitara la cabeza. Merrett sentía cómo el dolor se le iba acumulando tras los ojos, y sabía que si le daba la más mínima oportunidad pronto se sentiría como si le hubiera estallado una tormenta entre las orejas. A veces los dolores de cabeza eran tan violentos que hasta le dolía llorar. En esas ocasiones lo único que podía hacer era tumbarse en la cama con la habitación a oscuras y un paño húmedo sobre los ojos, y maldecir su suerte y al bandido sin nombre que le había hecho aquello.

Sólo con pensarlo se ponía nervioso. En aquel momento no podía permitirse el lujo de padecer un dolor de cabeza.

«Si vuelvo a casa con Petyr sano y salvo puede que cambie mi suerte. —Llevaba el oro, lo único que le hacía falta era subir hasta la cima de Piedrasviejas, reunirse con los bandidos de mierda en las ruinas del castillo y hacer el intercambio. Un sencillo pago de rescate. Ni él lo podía estropear... a no ser que tuviera un dolor de cabeza tan fuerte que le impidiera cabalgar. Al anochecer tenía que estar en las ruinas, no acurrucado lloriqueando al borde del camino. Merrett se frotó la sien con dos dedos—. Una vuelta más a la colina y habré

llegado.» Cuando recibieron el mensaje y se presentó voluntario para llevar el rescate, su padre lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Tú, Merrett? —preguntó. Luego se echó a reír por la nariz, con aquella repulsiva carcajada que tenía—. Je, je. Je, je. Je, je.

Merrett casi tuvo que suplicar para que le entregaran la bolsa con el maldito oro.

Algo se movió entre la maleza al borde del camino. Merrett tiró de las riendas con fuerza y echó mano de la espada, pero sólo era una ardilla.

—Idiota —se dijo al tiempo que volvía a envainar la espada que no había terminado de sacar—. Los bandidos no tienen cola. Por todos los infiernos, Merrett, contrólate.

El corazón le palpitaba a toda prisa, como si fuera un muchachito novato en su primera misión.

«Como si esto fuera el Bosque Real y me tuviera que enfrentar a la antigua Hermandad, no a los bandidos del señor del relámpago.» Por un instante sintió la tentación de dar media vuelta y trotar colina abajo en busca de la taberna más próxima. Con aquella bolsa de oro se podía comprar mucha cerveza, la suficiente para olvidarse de Petyr Espinilla.

«Que lo ahorquen, él se lo ha buscado. Es lo que se merece por largarse con una puta seguidora de campamento como un venado en celo.»

La cabeza le había empezado a latir; por el momento no era grave, pero sabía que iría a peor. Merrett se frotó el puente de la nariz. La verdad era que no tenía derecho a pensar así de Petyr. «Yo hice lo mismo a su edad.» En su caso, la única consecuencia grave habían sido unas viruelas, pero aun así no estaba en condiciones de juzgarlo. Las putas tenían su encanto, sobre todo para alguien con una cara como la de Petyr. Sí, el pobre chico tenía esposa, pero ella era parte del problema, no la solución. No sólo le doblaba la edad; encima, si los rumores eran ciertos, se acostaba con su hermano Walder. Por Los Gemelos siempre corrían muchos rumores y pocos de ellos eran

verdad, pero en aquel caso concreto, Merrett les daba crédito. Walder el Negro era hombre que conseguía todo lo que quería, la esposa de su hermano incluida. También se había acostado con la mujer de Edwyn, eso lo sabía todo el mundo, era bien sabido que Walda la Bella se metía en su cama de cuando en cuando, y hasta se decía que había conocido a la séptima Lady Frey mucho mejor de lo debido. No era de extrañar que se negara a casarse. ¿Para qué comprar una vaca cuando había a su alrededor tantas ubres a la espera de que las ordeñara?

Merrett maldijo entre dientes y espoleó los flancos de su caballo para seguir cabalgando colina arriba. Por tentadora que resultara la perspectiva de gastarse el oro en bebida, sabía que, si no regresaba con Petyr Espinilla, más valía que no regresara jamás.

Lord Walder cumpliría pronto los noventa y dos años. El oído empezaba a fallarle, los ojos hacía tiempo que no le servían de casi nada y la gota se le había agravado hasta el punto de que había que llevarlo a todas partes. Todos sus hijos estaban de acuerdo en que no podía durar mucho más.

«Cuando muera cambiará todo, y no será para mejor. —Su padre era quejica y testarudo, con voluntad de hierro y lengua de víbora, pero su prioridad era cuidar de los suyos—. De todos los suyos, hasta de los que lo disgustan y decepcionan. Hasta de aquellos cuyos nombres no recuerda.» Pero cuando el viejo muriera...

Mientras Ser Stevron fue el heredero las cosas eran diferentes. El viejo llevaba sesenta años educando a Stevron, le había metido en la cabeza la importancia de la familia. Pero Stevron había muerto en la campaña del Joven Lobo en el oeste.

—De tanto esperar, sin duda —bromeó Lothar el Cojo cuando llegó el cuervo con la noticia.

Y sus hijos y nietos eran otro tipo de Frey. El heredero era en aquel momento Ser Ryman, el hijo de Stevron, un hombre testarudo, codicioso y corto de miras. Y después de Ryman iban sus hijos Edwyn y Walder el Negro, que eran aún peores.

—Por suerte se odian el uno al otro más de lo que nos odian a nosotros —había comentado Lothar el Cojo en cierta ocasión.

Merrett no estaba tan seguro de que fuera una suerte, y para sus adentros pensaba que Lothar era el más peligroso de todos. Lord Walder había ordenado el asesinato de los Stark en la boda de Roslin, pero fue Lothar el Cojo quien lo planeó todo con Roose Bolton, hasta las canciones que habría que tocar. Lothar era un tipo divertido para emborracharse con él, pero Merrett no era tan idiota como para darle la espalda. En Los Gemelos se aprendía enseguida que sólo se podía confiar en los hermanos de padre y madre, y ni siquiera en ellos ciegamente.

Cuando el anciano muriera cada hijo tendría que defender su territorio, y también cada hija. Sin duda el nuevo señor del Cruce conservaría a su lado en Los Gemelos a algunos de sus tíos, sobrinos y primos, a algunos, los que le cayeran bien, aquellos en los que confiara, o más probablemente los que considerase útiles.

«A los demás nos echará y nos las tendremos que arreglar por nuestra cuenta.»

Aquella posibilidad tenía muy preocupado a Merrett. En tres años cumpliría los cuarenta, era demasiado viejo para llevar la vida de un caballero errante... aunque hubiera sido caballero, cosa que no era. No tenía tierras ni riquezas propias. Lo único que poseía eran las ropas que llevaba puestas y poca cosa más, ni siquiera el caballo que montaba era suyo. No era tan listo como para hacerse maestro, ni tan piadoso como para hacerse septon, ni tan violento como para hacerse mercenario.

«Los dioses no me dieron más don que el de nacer, y hasta en eso fueron tacaños.» ¿De qué servía venir al mundo en el seno de una casa rica y poderosa si uno era el noveno hijo? Contando con los nietos y bisnietos, Merrett tenía más posibilidades de que lo eligieran Septon Supremo que de heredar Los Gemelos.

«No tengo suerte —pensó con amargura—. Nunca he tenido una pizca de suerte.»

Era un hombre corpulento, de pecho amplio y hombros anchos aunque su estatura no pasara de la media. Sabía que en los diez últimos años había engordado y tenía las carnes blandas, pero cuando era más joven, Merrett había sido casi tan robusto como Ser Hosteen, el mayor de sus hermanos de padre y madre, quien a su vez tenía fama de ser el más fuerte de la progenie de Lord Walder Frey. Cuando era niño lo habían enviado a Crakehall, a servir como paje en la familia de su madre. El viejo Lord Sumner no tardó en convertirlo en su escudero, y todos dieron por supuesto que tardaría pocos años en convertirse en Ser Merrett, pero los bandidos de la Hermandad del Bosque Real echaron por tierra aquellos planes. Mientras otro de los escuderos, su compañero Jaime Lannister, se cubría de gloria, Merrett empezó por contagiarse de viruelas por culpa de una seguidora de campamento, y luego encima lo tomó prisionero una mujer, ¡una mujer! A la que llamaban Gacela Blanca. Lord Sumner había pagado rescate por él a los bandidos, pero en la siguiente batalla lo derribó un golpe de maza que le rompió el yelmo y lo dejó inconsciente dos semanas. Más adelante le dijeron que todos lo habían dado por muerto.

Merrett no murió, pero los combates se terminaron para él. El menor golpe en la cabeza le producía un dolor cegador y hacía que se doblara lloroso. Dadas las circunstancias la caballería era una meta fuera de su alcance. Así se lo dijo con todo cariño Lord Sumner. Lo mandaron de vuelta a Los Gemelos, para hacer frente al desdén ponzoñoso de Lord Walder.

Después de aquello la suerte de Merrett fue de mal en peor. Su padre había conseguido arreglarle un buen matrimonio, lo casó con una de las hijas de Lord Darry, en los tiempos en los que los Darry contaban con el favor del rey Aerys. Pero apenas hubo desvirgado a su esposa, el rey Aerys perdió el trono. A diferencia de los Frey, los Darry se habían manifestado leales a los Targaryen, lo que les costó la mitad de sus tierras, buena parte de sus riquezas y casi todo su poder. En cuanto a su señora esposa, lo consideró decepcionante desde el primer día y durante años se empeñó en parir una hija tras otra, tres

que nacieron vivas, una muerta y otra que murió siendo un bebé, antes de por fin darle un hijo. Su hija mayor resultó una ramera y la segunda una glotona. Cuando encontraron a Ami en los establos con nada menos que tres mozos de cuadra, se vio obligado a casarla con un caballero errante de mierda. Pensaba que la situación no podía empeorar... hasta que Ser Pate decidió hacerse un nombre derrotando a Ser Gregor Clegane. Ami volvió viuda al castillo, para desesperación de Merrett y sin duda para regocijo de todos los mozos de cuabras de Los Gemelos.

Merrett abrigó la esperanza de que su suerte estuviera cambiando por fin cuando Roose Bolton eligió casarse con su Walda y no con otra de sus primas más delgadas y atractivas. La alianza con Bolton era importante para la Casa Frey y su hija había contribuido a cimentarla; pensaba que aquello le daría ciertas ventajas. El viejo no tardó en desengañarlo.

—La ha elegido porque está gorda —le dijo Lord Walder—. ¿Te crees que a Bolton le importa un pedo de bufón que sea hija tuya? ¿Crees que pensó, «eh, mira, Merrett el Memo, justo el hombre que quiero tener como suegro»? Tu Walda es una cerda vestida de seda, por eso la ha elegido, y desde luego no te voy a dar las gracias. La misma alianza nos habría salido a mitad de precio si tu puerquita soltara la cuchara alguna vez.

La humillación definitiva se la asestaron con una sonrisa, cuando Lothar el Cojo lo llamó para hablar del papel que desempeñaría durante el matrimonio de Roslin.

—Cada uno tendremos que hacer lo que nos corresponda según nuestras respectivas capacidades —le dijo su hermanastro—. Tú tendrás una misión, sólo una, Merrett, pero creo que estás muy cualificado para ella. Quiero que te encargues de que el Gran Jon Umber esté tan borracho que no pueda tenerse en pie, no digamos ya pelear.

«Y hasta en eso fracasé.» Había engatusado al corpulento nortño para que bebiera vino suficiente como para matar a tres hombres normales, pero después de encamar a Roslin, el Gran Jon aún

consiguió arrebatárle la espada al primero que se le aproximó, rompiéndole el brazo en el proceso. Hicieron falta ocho para encadenarlo, y de ellos dos resultaron heridos y uno muerto, por no mencionar que el pobre Ser Leslyn Haigh perdió media oreja. Cuando vio que ya no podía luchar con las manos, Umber había empezado a pelear con los dientes.

Merrett se detuvo un momento y cerró los ojos. La cabeza le palpitaba como el tambor que habían tocado en la boda y por un momento apenas si consiguió mantenerse en la silla.

«Tengo que seguir adelante —se dijo. Si conseguía llevar de vuelta a Petyr Espinilla se ganaría sin duda el favor de Ser Ryman. Tal vez Petyr fuera un infeliz, pero no era tan frío como Edwyn ni tan temperamental como Walder el Negro—. El chico me estará agradecido y su padre verá que soy leal y que vale la pena contar conmigo.»

Pero sólo si llegaba con el oro antes de que se pusiera el sol. Merrett echó una mirada al cielo.

«Justo a tiempo.» Le hacía falta algo para calmar los temblores de las manos. Cogió el odre para el agua que colgaba de la silla, quitó el corcho y bebió un largo trago. El vino era espeso y dulce, de un rojo tan oscuro que casi parecía negro, pero dioses, qué bien sabía.

En tiempos pasados la muralla de Piedrasviejas había rodeado la cima de la colina como una corona que ciñera las sienes de un rey. Ya sólo quedaban los cimientos y unos cuantos montones de piedras llenas de musgo. Merrett cabalgó a lo largo de la marca de la muralla hasta llegar al lugar donde debió de estar el torreón de entrada. Allí las ruinas eran más abundantes, y tuvo que desmontar y tirar de su palafrén. Hacia el oeste, el sol había desaparecido tras un banco de nubes bajas. Las laderas estaban cubiertas de helechos y aulagas, y una vez cruzó la muralla inexistente las hierbas le llegaron hasta el pecho. Merrett desenvainó la espada y miró a su alrededor con cautela, pero no vio ni rastro de los bandidos.

«¿Será que me he equivocado de día?» Se detuvo y se frotó las sienes con los pulgares, pero no consiguió aliviar la presión que sentía tras los ojos. «Por los siete infiernos...»

Desde lo más profundo del castillo le llegó una música tenue que se colaba entre los árboles.

A pesar de la capa, Merrett empezó a tiritar. Volvió a abrir el odre y bebió otro trago de vino.

«Debería montar a caballo, ir a Antigua y gastarme el oro en bebida. No se consigue nada bueno tratando con bandidos. —Aquella zorra de Wenda le había grabado a fuego una gacela en una nalga mientras lo tenía prisionero. No era de extrañar que su esposa lo considerase despreciable—. Tengo que hacer esto bien. Puede que Petyr Espinilla sea algún día el señor del Cruce. Edwyn no tiene hijos y Walder el Negro sólo tiene bastardos. Petyr recordará quién vino a buscarlo.» Bebió otro trago, puso el corcho al odre y tiró de las riendas de su palafrén entre las piedras rotas, las matas de aulaga y los arbolillos esqueléticos azotados por el viento, siguiendo los sonidos hacia lo que había sido el patio del castillo.

El suelo estaba cubierto por una gruesa capa de hojas caídas como soldados tras una batalla encarnizada. Un hombre vestido con ropas verdes desteñidas y llenas de remiendos estaba sentado a horcajadas en un sepulcro de piedra y rasgueaba las cuerdas de una lira. La música era suave y triste. Merrett conocía aquella canción. «En los salones de reyes que ya no están, Jenny baila con sus fantasmas...»

—Bájate de ahí —dijo Merrett—. Estás sentado encima de un rey.

—Al bueno de Tristifer no le molesta mi culo. Lo llamaban Martillo de Justicia. Hace mucho que no oye canciones nuevas.

El bandido bajó de un salto. Era delgado y esbelto, con el rostro fino y rasgos de zorro, pero tenía una boca tan ancha que al sonreír parecía como si se le conectaran las orejas. Unas cuantas hebras de fino cabello castaño le caían sobre la frente. Se las apartó con la mano libre.

—¿Os acordáis de mí, mi señor?

—No. —Merrett frunció el ceño—. ¿De qué os conozco?

—Canté en la boda de vuestra hija. Bastante bien, por cierto. Aquel tal Pate con el que se casó era primo mío. Es que en Sietecauces todos somos primos, cosa que no le impidió mostrarse mezquino cuando llegó la hora de pagarme. —Se encogió de hombros—. ¿Cómo es que vuestro señor padre no me llama nunca para tocar en Los Gemelos? ¿No hago suficiente ruido para su gusto? Tengo entendido que prefiere la música bien alta.

—¿Traéis el oro? —preguntó a su lado una voz más ronca.

Merrett tenía la garganta seca. «Mierda de bandidos, siempre se esconden entre los arbustos.» En el Bosque Real había sido igual. Cuando pensabas que habías atrapado a cinco, salían diez más de la nada.

Cuando se dio la vuelta estaban todos a su alrededor; era un grupo heterogéneo de viejos con piel como el cuero y muchachos de mejillas imberbes más jóvenes que Petyr Espinilla, todos ellos vestidos con harapos de lana basta, corazas y restos de armaduras sin duda robadas a sus víctimas. Con ellos había una mujer envuelta en una capa que era tres veces más grande de lo que le hacía falta, con la capucha echada sobre la frente. Merrett estaba demasiado aturdido para contarlos, pero parecía haber al menos una docena, tal vez llegaran a veinte.

—He hecho una pregunta. —El que hablaba era un hombretón barbudo de dientes verdosos torcidos y nariz rota, más alto que Merrett, aunque con menos barriga. Se cubría la cabeza con un yelmo y de los anchos hombros le colgaba una capa llena de remiendos—. ¿Dónde está nuestro oro?

—En la bolsa de la silla de montar. Cien dragones. —Merrett carraspeó para aclararse la garganta—. Os los entregaré en cuanto vea que Petyr...

Un bandido achaparrado y tuerto dio un paso adelante antes de que terminara la frase, metió la mano en la bolsa de la silla de montar y dio con la saca. Merrett hizo ademán de detenerlo, pero enseguida se

lo pensó mejor. El bandido desató el nudo, sacó una moneda y la mordió.

—Es oro —confirmó. Sopesó la saca—. Y está todo.

«Se van a quedar con el oro y con Petyr», pensó Merrett con un repentino ataque de pánico.

—Es todo el rescate, justo lo que pedisteis. —Le sudaban las palmas de las manos, se las tuvo que secar contra los calzones—. ¿Cuál de vosotros es Beric Dondarrion?

Antes de convertirse en un bandido, Dondarrion había sido un gran señor, tal vez todavía fuera hombre de honor.

—Pues yo, me parece que yo —dijo el tuerto.

—No seas mentiroso, Jack —le replicó el barbudo de la capa amarilla—. Me toca a mí ser Lord Beric.

—¿Entonces a mí me toca ser Thoros? —El bardo se echó a reír—. Siento tener que deciros que la presencia de Lord Beric ha sido requerida en otra parte, mi señor. Corren tiempos difíciles y hay muchas batallas. Pero os trataremos igual que os hubiera tratado él, no tengáis miedo.

Merrett tenía miedo, mucho miedo. La cabeza le palpitaba. Si aquello seguía mucho rato, se echaría a llorar.

—Ya tenéis el oro —dijo—. Entregadme a mi sobrino y me marcharé.

En realidad Petyr era medio sobrino nieto suyo, pero no había necesidad de entrar en detalles.

—Está en el bosque de dioses —dijo el hombre de la capa amarilla—. Enseguida os llevaremos con él. Encárgate de su caballo, Notch.

Merrett entregó las riendas de mala gana, pero no tenía otra opción.

—El odre de agua —se oyó decir—. Dejad que beba un trago de vino para calmar...

—No bebemos con gentuza como vos —replicó con tono brusco capa amarilla—. Seguidme, es por aquí.

Las hojas le crujían bajo los pies; cada paso hacía que una lanzada de dolor atravesara la sien de Merrett. Caminaron en silencio azotados por las ráfagas de viento. Los últimos restos de luz del sol poniente le daban en los ojos cuando trepó por el montecillo musgoso que era todo lo que quedaba del torreón central. Al otro lado estaba el bosque de dioses.

Petyr Espinilla estaba colgado de la rama de un roble, una cuerda le ceñía el cuello largo y flaco. Los ojos saltones sobresalían en el rostro ennegrecido y parecían mirar acusadores a Merrett. «Has llegado demasiado tarde», sintió que le decían. Pero no era verdad, ¡no era verdad! Había llegado en el momento que le dijeron.

—¡Lo habéis matado! —graznó.

—Eh, a éste no se le escapa una —dijo el tuerto.

Un uro galopaba por la cabeza de Merrett.

«Madre, ten misericordia», pensó.

—Pero he traído el oro...

—Muy amable por vuestra parte —dijo el bardo con una sonrisa—. Nos encargaremos de que se le dé un buen uso.

Merrett se dio la vuelta para no ver a Petyr. Notaba el sabor de la bilis en la garganta.

—No teníais derecho...

—Teníamos una cuerda —dijo capa amarilla—. No hace falta más derecho.

Dos de los bandidos cogieron a Merrett por los brazos y se los ataron a la espalda. Él estaba demasiado conmocionado para resistirse.

—No —fue lo único que pudo decir—. Sólo venía a pagar el rescate de Petyr. Dijisteis que si traía el oro antes del anochecer no le haríais daño...

—Bueno —respondió el bardo—, ahí nos habéis pescado, mi señor. Fue una mentirijilla.

El bandido tuerto se adelantó. Llevaba en la mano un rollo de cuerda de cáñamo. Hizo un lazo que pasó por la cabeza de Merrett y se lo apretó al cuello con fuerza, bajo la oreja. Lanzó el otro extremo por encima de la rama del roble. El hombretón de la capa amarilla lo cogió.

—¿Qué hacéis? —Merrett se imaginaba lo idiota que debía de parecer, pero ni aun entonces podía creerse lo que estaba sucediendo—. No os atreveréis a colgar a un Frey.

—Qué gracia —dijo capa amarilla echándose a reír—, lo mismo dijo el otro, el crío de las espinillas.

«No lo dice en serio, no lo puede decir en serio.»

—Mi padre os pagará. Valgo un buen rescate, mucho más que Petyr, por lo menos el doble.

El bardo suspiró.

—Puede que Lord Walder esté medio ciego y postrado por la gota, pero no es tan idiota como para morder el mismo anzuelo dos veces. Mucho me temo que la próxima vez nos enviará un centenar de espadas en vez de un centenar de dragones.

—¡Exacto! —Merrett trataba de parecer firme, pero la voz lo traicionaba—. ¡Enviará un millar de espadas y os matará a todos!

—Antes nos tendrá que atrapar. —El bardo alzó la vista hacia el pobre Petyr—. Además, no podrá ahorcarnos dos veces, ¿no creéis? —Arrancó una nota melancólica de las cuerdas de la lira—. Venga, venga, no os caguéis encima todavía. Sólo tenéis que responderme a una pregunta y les diré que os suelten.

—¿Qué queréis saber? —Merrett les diría lo que fuera con tal de salvar la vida—. Os diré la verdad, lo juro.

—Pues mirad, el caso es que estamos buscando un perro que se ha escapado. —El bandido le dedicó una sonrisa alentadora.

—¿Un perro? —Merrett no entendía nada—. ¿Qué clase de perro?

—Lo llaman Sandor Clegane. Thoros dice que se dirigía a Los Gemelos. Hemos encontrado al barquero que lo ayudó a cruzar el

Tridente y al pobre imbécil al que asaltó en el camino real. ¿No lo veríais en la boda, por casualidad?

—¿En la Boda Roja? —Merrett se sentía como si el cráneo le fuera a estallar, pero más le valía hacer memoria. Había habido mucho jaleo, pero si alguien hubiera visto al perro de Joffrey rondando por los alrededores de Los Gemelos habría corrido la voz—. En el castillo no estuvo. Al menos, en el banquete principal... puede que estuviera en el banquete de los bastardos o en los campamentos, pero... No, me lo habrían dicho...

—Iba con una niña —insistió el bardo—. Una chiquilla flaca, de unos diez años. O tal vez un niño de la misma edad.

—Me parece que no —dijo Merrett—. No, que yo sepa no estuvo.

—¿No? Vaya, qué lástima. En fin, arriba con éste.

—¡No! —chilló Merrett—. No, no, os he respondido, ¡dijisteis que me soltaríais!

—Creo recordar que lo que dije fue que les diría que os soltaran. —El bardo miró a capa amarilla—. Suéltalo, Lim.

—Vete a tomar por culo —le replicó el bandido corpulento.

El bardo se encogió de hombros con gesto impotente y empezó a tocar «El día en que ahorcaron a Robin el Negro».

—¡Por favor! —Los últimos restos del valor de Merrett le corrían por la pierna abajo—. No os he hecho ningún daño. He traído el oro tal como pedisteis. He respondido a vuestra pregunta. ¡Tengo hijos!

—El Joven Lobo no los tendrá nunca —señaló el bandido tuerto.

—Nos humilló. —El dolor de cabeza casi impedía pensar a Merrett—. El reino entero se reía de nosotros, teníamos que limpiar esa mancha en nuestro honor. —Era lo que había repetido sin cesar su padre.

—Es posible. Pero ¿qué saben unos campesinos de mierda sobre el honor de los señores? —Capa amarilla se dio tres vueltas en torno a la mano con el extremo de la cuerda—. En cambio, sabemos mucho sobre asesinatos.

—No fue ningún asesinato. —Su voz era un chillido—. Fue venganza, teníamos derecho a vengarnos. Era la guerra. Aegon, al que llamábamos Cascabel, un pobre retrasado que nunca hizo daño a nadie... Lady Stark le cortó el cuello. Perdimos a un centenar de hombres en los campamentos. Ser Garse Goodbrook, el marido de Kyra; y a ser Tytos, el hijo de Jared, le abrieron la cabeza con un hacha... El huargo de Stark mató a cuatro de nuestros perros lobos y le arrancó el brazo al jefe de las perreras, y eso que lo habían dejado hecho un alfiletero con las ballestas...

—Así que, después de matarlos a los dos, cosisteis su cabeza al cuello de Robb Stark —dijo capa amarilla.

—Eso fue cosa de mi padre. Yo no hice más que beber. No se puede matar a nadie por beber. —En aquel momento Merrett recordó algo, una cosa que tal vez podría salvarlo—. Se dice que Lord Beric siempre concede un juicio, que no mata a ningún hombre a menos que haya pruebas contra él. No podéis probar nada contra mí. La Boda Roja fue cosa de mi padre, de Ryman y de Lord Bolton. Lothar preparó las tiendas para que se derrumbaran y situó a los ballesteros en la galería con los músicos, Walder el Bastardo iba al frente de los que atacaron los campamentos... Id a por ellos, no a por mí, yo no hice más que beber vino... ¡no tenéis testigos!

—Da la casualidad de que en eso os equivocáis. —El bardo se volvió hacia la mujer encapuchada—. ¿Mi señora?

Los bandidos abrieron paso para que se acercara sin decir palabra. Cuando se quitó la capucha, Merrett sintió que algo le atenazaba el pecho y se quedó un momento sin respiración.

«No. No es posible, la vi morir. Estuvo muerta un día y una noche antes de que la desnudaran y tiraran su cadáver al río. Raymund le rajó el cuello de oreja a oreja. Estaba muerta.»

La capa y el cuello de la túnica ocultaban el tajo que le había hecho la daga de su hermano, pero tenía el rostro aún peor de lo que recordaba. En el agua, la carne se había vuelto blanda como un flan y tenía el color de la leche cortada. Había perdido la mitad del pelo y el

resto se le había vuelto blanco y quebradizo como el de una vieja. Bajo el maltratado cuero cabelludo, el rostro era un amasijo de piel desgarrada y sangre negra allí donde ella misma se lo había destrozado con las uñas. Pero los ojos eran lo más espantoso. Los ojos lo veían y lo odiaban.

—No habla —dijo el hombretón de la capa amarilla—. El corte del cuello fue demasiado profundo como para eso, canallas. Pero lo recuerda todo. —Se volvió a la mujer muerta—. ¿Qué decís vos, mi señora? ¿Tomó parte en la matanza?

Los ojos de Lady Catelyn no se apartaron ni un instante de los suyos. Asintió.

Merrett Frey abrió la boca para suplicar, pero el nudo corredizo ahogó las palabras. Los pies se le separaron del suelo y la cuerda se le hincó en la carne tierna debajo de la barbilla. Lo izaron mientras pataleaba, se debatía y se retorció. Arriba. Arriba. Arriba.

APÉNDICE

LOS REYES Y SUS CORTES



EL REY EN EL TRONO DE HIERRO

JOFFREY BARATHEON, el primero de su nombre, un niño de trece años, hijo mayor del rey Robert I Baratheon y la reina Cersei de la Casa Lannister,

— su madre, la REINA CERSEI, de la Casa Lannister, reina regente y Protectora del

Reino,

— espadas juramentadas de Cersei:

— SER OSFRYD KETTLEBLACK, hermano menor de Ser Osmund Kettleblack,

de la Guardia Real,

— SER OSNEY KETTLEBLACK, hermano menor de Ser Osmund y Ser Osfryd,

— su hermana, la PRINCESA MYRCELLA, una niña de nueve años, pupila del

príncipe Doran Martell en Lanza del Sol,

— su hermano, el PRÍNCIPE TOMMEN, un niño de ocho años, el siguiente en la

línea de sucesión al Trono de Hierro,

— su abuelo, TYWIN LANNISTER, señor de Roca Casterly,
Guardián del Occidente

y Mano del Rey,

— sus tíos y primos por parte de padre:

— el hermano de su padre, STANNIS BARATHEON, señor rebelde
de

Rocadragón, que se hace llamar rey Stannis I,

— la hija de Stannis, SHIREEN, una niña de once años,

— el hermano de su padre, [RENLY BARATHEON], señor rebelde
de Bastión de

Tormentas, asesinado en medio de su ejército,

— el hermano de su abuela, SER ELDON ESTERMONT,

— el hijo de Ser Eldon, SER AEMON ESTERMONT,

— el hijo de Ser Aemon, SER ALYN ESTERMONT,

— sus tíos y primos, por parte de madre:

— el hermano de su madre, SER JAIME LANNISTER, llamado
MATARREYES,

prisionero en Aguasdulces,

— el hermano de su madre, TYRION LANNISTER, llamado EL
GNOMO, un enano,

herido en la Batalla del Aguasnegras,

— el escudero de Tyrion, PODRICK PAYNE,

— el capitán de la guardia de Tyrion, SER BRONN DEL
AGUASNEGRAS,

antiguo mercenario,

— la concubina de Tyrion, SHAE, una prostituta que ahora
trabaja como

doncella de Lollys Stokeworth,

— el hermano de su abuelo, SER KEVAN LANNISTER,

- el hijo de Ser Kevan, SER LANCEL LANNISTER, antiguo escudero del rey
 - Robert, herido en la batalla del Aguasnegras, agonizante,
- el hermano de su abuelo, [TYGETT LANNISTER], muerto de viruela,
 - el hijo de Tygett, TYREK LANNISTER, escudero, desaparecido desde la gran revuelta,
 - la esposa niña de Tyrek, LADY ERMESANDE HAYFORD,
- sus hermanos ilegítimos, hijos bastardos del rey Robert:
 - MYA PIEDRA, una doncella de diecinueve años al servicio de Lord Nestor
 - Royce, de las Puertas de la Luna,
 - GENDRY, aprendiz de herrero, fugitivo en las tierras de los ríos y que desconoce su origen,
 - EDRIC TORMENTA, el único hijo bastardo reconocido del rey Robert, pupilo de su tío Stannis en Rocadragón,
- sus Guardias reales:
 - SER JAIME LANNISTER, Lord Comandante,
 - SER MERYN TRANT,
 - SER BALON SWANN,
 - SER OSMUND KETTLEBLACK,
 - SER LORAS TYRELL, el Caballero de las Flores,
 - SER ARYS OAKHEART,
- su Consejo Privado:
 - LORD TYWIN LANNISTER, Mano del Rey,
 - SER KEVAN LANNISTER, consejero de los edictos,

- LORD PETYR BAEISH, llamado MEÑIQUE, consejero de la moneda,
- VARYS, un eunuco, llamado LA ARAÑA, consejero de los rumores,
- LORD MACE TYRELL, consejero naval,
- GRAN MAESTRE PYCELLE,
- su corte y servidores:
 - SER ILYN PAYNE, la Justicia del Rey, verdugo,
 - LORD HALLYNE EL PIROMANTE, sapiencia del Gremio de Alquimistas,
 - CHICO LUNA, bufón,
 - ORMOND DE ANTIGUA, arpista y bardo real,
 - DONTOS HOLLARD, bufón y borracho, antes un caballero de nombre SER DONTOS EL TINTO,
 - JALABHAR XHO, príncipe del Valle de la Flor Roja, un exiliado de las Islas del Verano,
 - LADY TANDA STOKEWORTH,
 - su hija, FALYSE, casada con Ser Balman Byrch,
 - su hija, LOLLYS, de treinta y cuatro años, soltera y corta de inteligencia, embarazada tras una violación,
 - su sanador y consejero, MAESTRE FRENKEN,
 - LORD GYLES ROSBY, un anciano enfermo,
 - SER TALLAD, un joven caballero prometedor,
 - LORD MORROS SLYNT, escudero, hijo mayor del antiguo Comandante de la Guardia de la Ciudad,
 - JOTHOS SLYNT, su hermano menor, escudero

- DANOS SLYNT, su hermano más joven aún, paje,
- SER BOROS BLOUNT, antiguo caballero de la Guardia Real, destituido por cobardía por la reina Cersei,
- JOSMYN PECKLEDON, escudero y héroe de la batalla del Aguasnegras,
- SER PHILIP FOOTE, nombrado Señor de las Marcas por su valor durante la batalla del Aguasnegras,
- SER LOTHOR BRUNE, llamado LOTHOR DEVORAMANZANAS por sus hazañas durante la batalla del Aguasnegras, antiguo jinete libre al servicio de Lord Baelish,
- otros señores y caballeros en Desembarco del Rey:
 - MATHIS ROWAN, señor de Sotodeoro,
 - PAXTER REDWYNE, señor del Rejo,
 - los hijos gemelos de Lord Paxter, SER HORAS y SER HOBBER, apodados HORROR y BABOSO,
 - el sanador de Lord Redwyne, MAESTRE BALLABAR,
 - ARDRIAN CELTIGAR, el señor de Isla Zarpa,
 - LORD ALESANDER STAEDMON, llamado EL CODICIOSO,
 - SER BONIFER HASTY, llamado EL BUENO, un caballero famoso,
 - SER DONNEL SWANN, heredero de Timón de Piedra,
 - SER RONNET CONNINGTON, llamado RONNET EL ROJO, el Caballero de Nido del Grifo,
 - AURANE MARES, el bastardo de Marcaderiva,
 - SER DERMOT DE LA SELVA, un caballero famoso,
 - SER TIMON RASCAESPADAS, un caballero famoso,

- habitantes de Desembarco del Rey:
 - la Guardia de la Ciudad (los «capas doradas»),
 - [SER JACELYN BYWATER, llamado MANO DE HIERRO], Comandante de la Guardia de la Ciudad, asesinado por sus hombres durante la batalla del Aguasnegras,
 - SER ADDAM MARBRAND, Comandante de la Guardia de la Ciudad, sucesor de Ser Jacelyn,
 - CHATAYA, dueña de un burdel de lujo,
 - ALAYAYA, su hija,
 - DANCY, MAREI, JAYDE, chicas de Chataya,
 - TOBHO MOTT, maestro armero,
 - PANZA DE HIERRO, herrero,
 - HAMISH EL ARPISTA, un bardo famoso,
 - COLLIO QUAYNIS, un bardo tyroshi,
 - BETHANY DEDOSDIESTROS, una mujer bardo,
 - ALARIC DE EYSEN, un bardo que ha viajado mucho,
 - GALYEON DE CUY, un bardo conocido por la extensión de sus canciones,
 - SYMON PICO DE ORO, un bardo.

El estandarte del rey Joffrey lleva el venado coronado de Baratheon, de sable sobre oro, y el león de los Lannister, oro sobre gules, combatiente.



EL REY EN EL NORTE EL REY DEL TRIDENTE

ROBB STARK, señor de Invernalía, Rey en el Norte y Rey del Tridente, hijo mayor de Eddard Stark, señor de Invernalía, y Lady Catelyn, de la Casa Tully,

— su lobo huargo, VIENTO GRIS,

— su madre, LADY CATELYN, de la Casa Tully, viuda de Lord Eddard Stark,

— sus hermanos:

— su hermana, la PRINCESA SANSA, una doncella de doce años, prisionera en

Desembarco del Rey,

— la loba huargo de Sansa, [DAMA], muerta en Castillo Darry,

— su hermana, la PRINCESA ARYA, una niña de diez años, desaparecida y dada

por muerta,

— la loba huargo de Arya, NYMERIA, desaparecida cerca del Tridente,

— su hermano, el PRÍNCIPE BRANDON, llamado BRAN, heredero del Norte, un

niño de nueve años, dado por muerto,

— el lobo huargo de Bran, VERANO,

— compañeros y protectores de Bran:

— MEERA REED, una doncella de dieciséis años, hija de Lord Howland

- Reed de Atalaya de Aguasgrises,
 - JOJEN REED, su hermano, de trece años,
 - HODOR, un mozo de cuadra retrasado mental, de dos metros de alto,
 - su hermano, el PRÍNCIPE RICKON, un niño de cuatro años, dado por muerto,
 - el lobo huargo de Rickon, PELUDO,
 - compañera y protectora de Rickon:
 - OSHA, una salvaje cautiva, que sirvió como pinche de cocina en
 - Invernalía,
 - su hermanastro, JON NIEVE, hermano juramentado de la Guardia de la
 - Noche,
 - el lobo huargo de Jon, FANTASMA,
- sus tíos y tías, por parte de padre:
 - el hermano mayor de su padre, [BRANDON STARK], asesinado por orden del
 - rey Aerys II Targaryen,
 - la hermana de su padre, [LYANNA STARK], muerta en las montañas de Dorne
 - durante la rebelión de Robert,
 - el hermano menor de su padre, BENJEN STARK, miembro de la Guardia de la
 - Noche, desaparecido más allá del Muro,
- sus tíos, tías y primos, por parte de madre:
 - la hermana menor de su madre, LYSA ARRYN, señora del Nido de Águilas y
 - viuda de Lord Jon Arryn,

- el hijo de ambos, ROBERT ARRYN, señor del Nido de Águilas,
- el hermano menor de su madre, SER EDMURE TULLY, heredero de Aguasdulces,
- el hermano de su abuelo, SER BRYNDEN TULLY, llamado PEZ NEGRO,
- sus espadas juramentadas y compañeros:
 - su escudero, OLYVAR FREY,
 - SER WENDEL MANDERLY, segundo hijo del señor de Puerto Blanco,
 - PATREK MALLISTER, heredero de Varamar,
 - DACEY MORMONT, hija mayor de Lady Maege Mormont y heredera de Isla del Oso,
 - JON UMBER, llamado PEQUEÑO JON, heredero de Último Hogar,
 - DONNEL LOCKE, OWEN NORREY, ROBÍN FLINT, nortebosonios,
- sus señores banderizos, capitanes y comandantes:
- (con el ejército de Robb en las tierras del oeste):
 - SER BRYNDEN TULLY, el PEZ NEGRO, al mando de los exploradores y los escoltas,
 - JON UMBER, llamado GRAN JON, comandante de la vanguardia,
 - RICHARD KARSTARK, señor de Bastión Kar,
 - GALBART GLOVER, señor de Bosquespeso,
 - MAEGE MORMONT, señora de Isla del Oso,
 - [SER STEVRON FREY], hijo mayor de Lord Walder Frey y heredero de Los

- Gemelos, muerto en Cruce de Bueyes,
 - el hijo mayor de Ser Stevron, SER RYMAN FREY,
 - el hijo de Ser Ryman, WALDER FREY EL NEGRO,
 - MARTYN RÍOS, hijo bastardo de Lord Walder Frey,
- (con las huestes de Roose Bolton en Harrenhal):
 - ROOSE BOLTON, señor de Fuerte Terror,
 - SER AENYS FREY, SER JARED FREY, SER HOSTEEN FREY, SER DANWELL FREY,
 - su hermanastro bastardo, RONEL RÍOS,
 - SER WYLIS MANDERLY, heredero de Puerto Blanco,
 - SER KYLE CONDON, caballero a su servicio,
 - RONNEL STOUT,
 - VARGO HOAT de la Ciudad Libre de Qohor, capitán de un grupo de mercenarios, la Compañía Audaz,
 - su teniente, URSWYCK llamado EL FIEL,
 - su teniente, SEPTON UTT,
 - TIMEON DE DORNE, RORGE, IGGO, ZOLLO EL GORDO, MORDEDOR, TOGG JOTH de Ibben, PYG, TRESDEDOS, sus hombres,
 - QYBURN, un maestro sin cadena y en ocasiones nigromante, su sanador,
- (con el ejército norteño, atacando Valle Oscuro):
 - ROBERT GLOVER, de Bosquespeso,
 - SER HELMAN TALLHART, de la Ciudadela de Torrhen,
 - HARRION KARSTARK, único hijo sobreviviente de Lord Rickard Karstark y heredero de Bastión Kar,

- (viajando hacia el norte con los huesos de Lord Eddard):
 - HALLIS MOLLEN, capitán de la guardia en Invernalía,
 - JACKS, QUENT, SHADD, guardias,
- sus señores banderizos y castellanos en el norte:
 - WYMAN MANDERLY, señor de Puerto Blanco,
 - HOWLAND REED, señor de Atalaya de Aguasgrises, un lacustre,
 - MORS UMBER, llamado CARROÑA, y HOTHER UMBER, llamado MATAPUTAS,
 - tíos de Gran Jon Umber, ambos castellanos en Último Hogar,
 - LYESSA FLINT, señora de Atalaya de la Viuda,
 - ONDREW LOCKE, señor de Castillo Viejo, un anciano,
 - [CLEY CERWYN], señor de Cerwyn, un niño de catorce años, caído en
 - combate en Invernalía,
 - su hermana, JONELLE CERWYN, una doncella de veintidós años, ahora
 - señora de Cerwyn,
 - [LEOBALD TALLHART], hermano menor de Ser Helman, castellano en la
 - Ciudadela de Torrhen, caído en combate en Invernalía,
 - la esposa de Leobald, BERENA de la Casa Hornwood,
 - el hijo de Leobald, BRANDON, un niño de catorce años,
 - el hijo de Leobald, BEREN, un niño de diez años,
 - el hijo de Ser Helman, [BENFRED], muerto a manos de los hombres del
 - hierro en Costa Pedregosa,
 - la hija de Ser Helman, EDDARA, una niña de nueve años, heredera de la
 - Ciudadela de Torrhen,

— LADY SYBELLE, esposa de Robett Glover, prisionera de Asha Greyjoy en

Bosquespeso,

— el hijo de Robett, GAWEN, de tres años, legítimo heredero de

Bosquespeso, prisionero de Asha Greyjoy,

— la hija de Robett, ERENA, un bebé de un año, prisionera de Asha Greyjoy

en Bosquespeso,

— LARENCE NIEVE, un hijo bastardo de Lord Hornwood, y pupilo de

Galbart Glover, de trece años, prisionero de Asha Greyjoy en Bosquespeso.

El estandarte del Rey en el Norte sigue siendo el mismo desde hace miles de años: el lobo huargo gris de los Stark de Invernalía que corre sobre un campo de plata helada.



EL REY EN EL MAR ANGOSTO

STANNIS BARATHEON, el primero de su nombre, segundo hijo de Lord Steffon Baratheon y Lady Cassana de la Casa Estermont, anteriormente señor de Rocadragón,

— su esposa, la REINA SELYSE de la Casa Florent,

— la PRINCESA SHIREEN, la hija de ambos, una niña de once años,

— CARAMANCHADA, su bufón retrasado mental,

— su sobrino ilegítimo, EDRIC TORMENTA, un niño de doce años, hijo bastardo del

rey Robert con Delena Florent,

— sus escuderos, DEVAN SEAWORTH y BRYEN FARRING,

— su corte y servidores:

— LORD ALESTER FLORENT, señor de la Fortaleza de Aguasclaras y Mano del

Rey, tío de la reina,

— SER AXELL FLORENT, castellano de Rocadragón y capitán de los hombres de

la reina, tío de la reina,

— LADY MELISANDRE DE ASHAI, llamada LA MUJER ROJA, sacerdotisa de

R'hllor, Señor de la Luz y Dios de la Llama y la Sombra,

— MAESTRE PYLOS, sanador, tutor y consejero,

- SER DAVOS SEAWORTH, llamado EL CABALLERO DE LA CEBOLLA y en ocasiones MANICORTO, antes contrabandista,
- la mujer de Davos, LADY MARYA, hija de un carpintero,
- los siete hijos de ambos:
 - [DALE], desaparecido en el Aguasnegras,
 - [ALLARD], desaparecido en el Aguasnegras,
 - [MATTHOS], desaparecido en el Aguasnegras,
 - [MARIC], desaparecido en el Aguasnegras,
 - DEVAN, escudero del rey Stannis,
 - STANNIS, un niño de nueve años,
 - STEFFON, un niño de seis años,
- SALLADHOR SAAN, de la Ciudad Libre de Lys, que se hace llamar príncipe del mar Angosto y señor de la bahía Aguasnegras, dueño de la *Valyria* y de una flota de galeras,
 - MEIZO MAHR, un eunuco a su servicio,
 - KHORANE SATHMANTES, capitán de su galera *Baile de Shayala*,
- «GACHAS» y «LAMPREA», dos carceleros,
- sus señores banderizos,
 - MONTERYS VELARYON, señor de las Mareas y dueño de Marcaderiva, un niño de seis años,
 - DURAM BAR EMMON, señor de Punta Aguda, un niño de quince años,
 - SER GILBERT FARRING, castellano de Bastión de Tormentas,
 - LORD ELWOOD MEADOWS, segundo de Ser Gilbert,
 - MAESTRE JURNE, consejero y sanador de Ser Gilbert,

- LORD LUCOS CHYTTERING, llamado PEQUEÑO LUCOS, un joven de dieciséis años,
- LESTER MORRIGEN, señor de Nido de Cuervos,
- sus caballeros y espadas juramentadas,
- SER LOMAS ESTERMONT, tío de la reina por parte de madre,
 - su hijo, SER ANDREW ESTERMONT,
- SER ROLLAND TORMENTA, llamado EL BASTARDO DE CANTO NOCTURNO, un hijo ilegítimo del difunto Lord Bryen Caron,
- SER PARMEN CRANE, llamado PARMEN EL PÚRPURA, prisionero en Altojardín,
- SER ERREN FLORENT, hermano menor de la reina Selyse, prisionero en Altojardín,
- SER GERALD GOWER,
- SER TRISTON DE COLINA CUENTA, antiguamente al servicio de Lord Guncer Sunglass,
- LEWYS, llamado PESCADERO,
- OMER BLACKBERRY.

El rey Stannis ha elegido para su estandarte el corazón ardiente del Señor de la Luz: un corazón de gules entre llamas naranja en campo de oro brillante. Dentro del corazón aparece el venado coronado de la Casa Baratheon, en sable.



LA REINA AL OTRO LADO DEL AGUA

DAENERYS TARGARYEN, la primera de su nombre, *khaleesi* de los dothrakis, llamada DAENERYS DE LA TORMENTA, LA QUE NO ARDE, MADRE DE DRAGONES, única heredera sobreviviente de Aerys II Targaryen, viuda de Khal Drogo de los dothrakis,

— sus jóvenes dragones, DROGON, VISERION, RHAEGAL,

— su Guardia de la Reina:

— SER JORAH MORMONT, antiguo señor de Isla del Oso, exiliado por tráfico de

esclavos,

— JHOGO, *ko* y jinete de sangre, el látigo,

— AGGO, *ko* y jinete de sangre, el arco,

— RAKHARO, *ko* y jinete de sangre, el *arakh*,

— BELWAS EL FUERTE, antiguo esclavo eunuco de los reñideros de Meereen,

— su viejo escudero, ARSTAN, llamado BARBABLANCA, un hombre de

Poniente,

— sus doncellas:

— IRRI, una niña dothraki de quince años,

— JHIQUI, una niña dothraki de catorce años,

— GROLEO, capitán de la gran coca *Balerion*, marino pentoshi a sueldo de Illyrio

Mopatis,

- sus difuntos parientes:
 - [RHAEGAR], su hermano, príncipe de Rocadragón y heredero del Trono de Hierro, muerto a manos de Robert Baratheon en el Tridente,
 - [RHAENYS], hija de Rhaegar con Elia de Dorne, asesinada durante el saqueo de Desembarco del Rey,
 - [AEGON], hijo de Rhaegar con Elia de Dorne, asesinado durante el saqueo de Desembarco del Rey,
 - [VISERYS], su hermano, autoproclamado rey Viserys, el tercero de su nombre, llamado EL REY MENDIGO, muerto en Vaes Dothrak por orden de Khal Drogo,
 - [DROGO], su marido, un gran *khal* de los dothrakis, imbatido en combate, muerto a causa de una herida,
 - [RHAEGO], su hijo con Khal Drogo, nacido muerto, asesinado en el útero por Mirri Maz Duur,
- sus enemigos conocidos:
 - KHAL PONO, otrora *ko* de Drogo,
 - KHAL JHAQO, otrora *ko* de Drogo,
 - MAGGO, su jinete de sangre,
 - LOS ETERNOS DE QARTH, un grupo de brujos,
 - PYAT PREE, un brujo de Qarth,
 - LOS HOMBRES PESAROSOS, un gremio de asesinos de Qarth,
- sus aliados inciertos, pasados y presentes:
 - XARO XHOAN DAXOS, un príncipe mercader de Qarth,

- QUAITHE, una portadora de sombras enmascarada de Asshai,
- ILLYRIO MOPATIS, magíster de la Ciudad Libre de Pentos, que concertó el
matrimonio de Daenerys con Khal Drogo,
- en Astapor:
 - KRAZNYS MO NAKLOZ, un rico mercader de esclavos,
 - su esclava, MISSANDEI, una niña de diez años, del pueblo pacífico de
Naath,
 - GRAZDAN MO ULLHOR, un anciano mercader de esclavos, muy rico,
 - su esclavo, CLEON, carnicero y cocinero,
 - GUSANO GRIS, un eunuco de los Inmaculados,
- en Yunkai:
 - GRAZDAN MO ERAZ, emisario y aristócrata,
 - MERO DE BRAAVOS, llamado EL BASTARDO DEL TITÁN, capitán de los
Segundos Hijos, una compañía de mercenarios,
 - BEN PLUMM EL MORENO, un sargento de los Segundos Hijos, mercenario
de linaje dudoso,
 - PRENDAHL NA GHEZN, un mercenario ghiscario, capitán de los Cuervos de
Tormenta, una compañía de mercenarios,
 - SALLOR EL CALVO, un mercenario de Qarth, capitán de los Cuervos de
Tormenta,
 - DAARIO NAHARIS, un llamativo mercenario tyroshi, capitán de los Cuervos
de Tormenta,

— en Meereen:

— OZNAK ZO PAHL, un héroe de la ciudad.

El estandarte de Daenerys Targaryen es el estandarte de Aegon el Conquistador y la dinastía establecida por él: un dragón de tres cabezas, de gules sobre sable.



EL REY DE LAS ISLAS Y DEL NORTE

BALON GREYJOY, el noveno de su nombre. Desde el Rey Gris, se ha proclamado Rey de las Islas del Hierro y del Norte, Rey de Sal y Roca, Hijo del Viento Marino y Lord Segador de Pyke,

— su esposa, la REINA ALANNYS, de la Casa Harlaw,

— sus hijos:

— [RODRIK], su hijo mayor, muerto en Varamar durante la Rebelión de

Greyjoy,

— [MARON], su segundo hijo, muerto en Pyke durante la Rebelión de Greyjoy,

— ASHA, su hija, capitana del *Viento negro*, que ha tomado Bosquespeso,

— THEON, su hijo menor, capitán del *Zorra marina* y por poco tiempo príncipe

de Invernalía,

— el escudero de Theon, WEX PYKE, hijo bastardo del hermanastro de Lord

Botley, un chico mudo de doce años,

— la tripulación de Theon, los hombres del *Zorra marina*:

— URZEN, MARON BOTLEY llamado BIGOTES DE PEZ,
STYGG, GEVIN

HARLAW, CADWYLE,

— sus hermanos:

- EURON, llamado OJO DE GRAJO, capitán del *Silencio*, famoso proscrito,
 - pirata y bandolero,
- VICTARION, Lord Capitán de la Flota de Hierro, dueño del *Victoria de hierro*,
- AERON, llamado PELOMOJADO, un sacerdote del Dios Ahogado,
- su casa en Pyke:
 - MAESTRE WENDAMYR, sanador y consejero,
 - HELYA, cuidador del castillo,
- sus guerreros y espadas juramentadas:
 - DAGMER llamado BARBARROTA, capitán del *Bebespuma*
 - DIENTEAZUL, capitán de un barcoluengo,
 - ULLER, SKYTE, remeros y guerreros,
 - ANDRIK EL TACITURNO, un hombre gigantesco,
 - QARL, llamado QARL LA DONCELLA, lampiño pero mortífero,
- habitantes de Puerto Noble:
 - OTTER GIMPKNEE, posadero y proxeneta,
 - SIGRIN, carpintero de ribera,
- sus señores banderizos:
 - SAWANE BOTLEY, señor de Puerto Noble, en Pyke,
 - LORD WYNCH, de Bosque de Hierro, en Pyke,
 - STONEHOUSE, DRUMM y GOODBROTHER, de Viejo Wyk,
 - LORD GOODBROTHER, SPARR, LORD MERLYN y LORD FARWYND de Gran Wyk,
 - LORD HARLAW, de Harlaw,
 - VOLMARK, MYRE, STONETREE y KENNING, de Harlaw,

- ORKWOOD y TAWNEY, de Orkmont,
- LORD BLACKTYDE, de Marea Negra,
- LORD SALTCLIFFE y LORD SUNDERLY, de Acantilado de Sal.

OTRAS CASAS MAYORES Y MENORES



CASA ARRYN

Los Arryn descienden de los Reyes de la Montaña y el Valle, una de las líneas más antiguas y puras de la nobleza de los ándalos. La Casa Arryn no tomó parte en la Guerra de los Cinco Reyes, preservando sus fuerzas para proteger el Valle de Arryn. Su estandarte es una luna y un halcón, de plata sobre campo de azur. El lema de los Arryn es: Tan Alto como el Honor.

ROBERT ARRYN, señor del Nido de Águilas, Defensor del Valle, Guardián del

Oriente, un niño enfermizo de ocho años,

— su madre, LADY LYSA, de la Casa Tully, tercera esposa y viuda de Lord Jon

Arryn, y hermana de Catelyn Stark,

— sus criados y sirvientes:

— MARILLION, un bardo joven y apuesto, protegido de Lady Lysa,

— MAESTRE COLEMON, consejero, sanador y tutor,

— SER MARWYN BELMORE, capitán de la guardia,

— MORD, un carcelero brutal,

— sus señores banderizos, caballeros y criados:

— LORD NESTOR ROYCE, Mayordomo Jefe del Valle y castellano de las Puertas

- de la Luna, de la rama menor de la Casa Royce,
 - el hijo de Lord Nestor, SER ALBAR,
 - la hija de Lord Nestor, MYRANDA,
 - MYA PIEDRA, una niña bastarda a su servicio, hija natural del rey Robert
- I Baratheon,
 - LORD YOHAN ROYCE, llamado BRONCE YOHAN, señor de Piedra de las Runas,
 - de la rama principal de la Casa Royce, primo de Lord Nestor,
 - el hijo mayor de Lord Yohn, SER ANDAR,
 - el segundo hijo de Lord Yohn, [SER ROBAR], caballero de la Guardia
 - Arcoiris de Renly Baratheon, muerto en Bastión de Tormentas a manos de Ser Loras Tyrell,
 - el hijo menor de Lord Yohn, [SER WAYMAR], un hombre de la Guardia
 - de la Noche, desaparecido más allá del Muro,
- SER LYN CORBRAY, un pretendiente de Lady Lysa,
 - MYCHEL REDFORT, su escudero,
- LADY ANYA WAYNWOOD,
 - el hijo mayor y heredero de Lady Anya, SER MORTON, un pretendiente de
- Lady Lysa,
 - el segundo hijo de Lady Anya, SER DONNEL, el Caballero de la Puerta,
- EON HUNTER, señor de Arcolargo, un anciano y pretendiente de Lady Lysa,
- HORTON REDFORT, señor de Redfort.



CASA FLORENT

Los Florent de la Fortaleza de Aguasclaras son banderizos de los Tyrell, a pesar de su derecho preferente a Altojardín por lazos de sangre con la Casa Gardener, los antiguos Reyes del Dominio. Al estallar la Guerra de los Cinco Reyes, Lord Alester Florent siguió a los Tyrell y se alineó con el rey Renly, pero su hermano Ser Axell se decantó por el rey Stannis, a quien había servido durante años como castellano de Rocadragón. Su sobrina Selyse era y es la reina del rey Stannis. Cuando Renly murió en Bastión de Tormentas, los Florent se pasaron al bando de Stannis con todas sus fuerzas, y fueron los primeros banderizos de Renly en hacerlo. El blasón de la Casa Florent muestra la cabeza de un zorro en un círculo floral.

ALESTER FLORENT, señor de Aguasclaras,

— su esposa, LADY MELARA, de la Casa Crane,

— sus hijos:

— ALEKYNE, heredero de Aguasclaras,

— MELESSA, casada con Lord Randyll Tarly,

— RHEA, casada con Lord Leyton Hightower,

— sus hermanos:

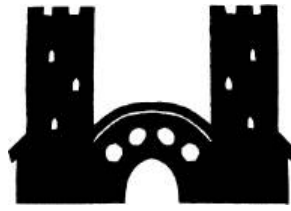
— SER AXELL, castellano de Rocadragón,

— [SER RYAM], muerto al caerse del caballo,

— la hija de Ser Ryam, REINA SELYSE, casada con el rey Stannis Baratheon,

— el hijo de Ser Ryam, [SER IMRY], comandante de la flota de Stannis

- Baratheon en Aguasnegras, desaparecido con la *Furia*,
- el segundo hijo de Ser Ryam, SER ERREN, prisionero en Altojardín,
- SER COLÍN,
- la hija de Ser Colin, DELENA, casada con SER HOSMAN NORCROSS,
- el hijo de Delena, EDRIC TORMENTA, un bastardo del rey Robert
- Baratheon, de doce años de edad,
- el hijo de Delena, ALESTER NORCROSS, de ocho años,
- el hijo de Delena, RENLY NORCROSS, un niño de dos años,
- el hijo de Ser Colin, el MAESTRE OMER, de servicio en Roble Viejo,
- el hijo de Ser Colin, MERRELL, escudero en el Rejo,
- su hermana, RYLENE, casada con Ser Rycherd Crane.

**CASA FREY**

Poderosos, ricos y numerosos, los Frey son banderizos de la Casa Tully, pero no siempre se han mostrado diligentes a la hora de cumplir con su deber. Cuando Robert Baratheon luchó con Rhaegar Targaryen en el Tridente, los Frey no llegaron hasta después de terminada la batalla, y de ahí en adelante, Lord Hoster Tully siempre llamó a Lord Walder «el Tardío Lord Frey». También se dice de Walder Frey que es el único señor de los Siete Reinos que se ha sacado un ejército entero de los calzones.

Al comenzar la Guerra de los Cinco Reyes, Robb Stark obtuvo la fidelidad de Lord Walder al prometer que se casaría con una de sus hijas o nietas. Dos de los nietos de Lord Walder fueron enviados a Invernalía para vivir allí en condición de pupilos.

WALDER FREY, señor del Cruce,

— los herederos de su primera esposa, [LADY PERHA, de la Casa Royce]:

— [SER STEVRON], el hijo mayor, muerto tras la batalla de Cruce de Bueyes,

— su esposa [Corenna Swann, muerta de una enfermedad que la consumió],

— el hijo mayor de Stevron, SER RYMAN, heredero de Los Gemelos,

— el hijo de Ryman, EDWYN, casado con Janyce Hunter,

— la hija de Edwyn, WALDA, una niña de ocho años,

— el hijo de Ryman, WALDER, llamado WALDER EL NEGRO,

— el hijo de Ryman, PETYR, llamado PETYR ESPINILLA,

- su esposa Mylenda Caron,
- la hija de Petyr, PERHA, una niña de cinco años,
- su esposa [Jeyne Lydden, muerta al caer de un caballo],
- el hijo de Stevron, AEGON, un retrasado mental al que llaman CASCABEL,
- la hija de Stevron, [MAEGELLE, muerta en un parto], casada con Ser Dafyn Vance,
 - la hija de Maegelle, MARIANNE, una doncella,
 - el hijo de Maegelle, WALDER VANCE, escudero,
 - el hijo de Maegelle, PATREK VANCE,
- su esposa [Marsella Waynwood, muerta en un parto],
- el hijo de Stevron, WALTON, casado con Deana Hardyng,
 - el hijo de Walton, STEFFON, llamado EL DULCE,
 - la hija de Walton, WALDA, llamada WALDA LA BELLA,
 - el hijo de Walton, BRYAN, escudero,
- SER EMMON, casado con Genna de la Casa Lannister,
 - el hijo de Emmon, SER CLEOS, casado con Jeyne Darry,
 - el hijo de Cleos, TYWIN, escudero de once años,
 - el hijo de Cleos, WILLEM, paje en Marcaceniza, de nueve años,
 - el hijo de Emmon, SER LYONEL, casado con Melesa Crakehall,
 - el hijo de Emmon, TION, prisionero en Aguasdulces,
 - el hijo de Emmon, WALDER, llamado WALDER EL ROJO, de catorce años,
 - escudero en Roca Casterly,
- SER AENYS, casado con [Tyana Wylde, muerta en un parto],
 - el hijo de Aenys, AEGON EL SANGRIENTO, bandolero,
 - el hijo de Aenys, RHAEGAR, casado con Jeyne Beesbury,
 - el hijo de Rhaegar, ROBERT, un niño de trece años,

- la hija de Rhaegar, WALDA, una niña de diez años, llamada WALDA LA BLANCA,
- el hijo de Rhaegar, JONOS, un niño de ocho años,
- PERRIANE, casada con Ser Leslyn Haigh,
- el hijo de Perriane, SER HARYS HAIGH,
- el hijo de Harys, WALDER HAIGH, un niño de cuatro años,
- el hijo de Perriane, SER DONNEL HAIGH,
- el hijo de Perriane, ALYN HAIGH, escudero,
- de su segunda esposa, [LADY CYRENNIA, de la Casa Swann]:
 - SER JARED, su hijo mayor, casado con [Alys Frey],
 - el hijo de Jared, SER TYTOS, casado con Zhoe Blanetree,
 - la hija de Tytos, ZIA, una doncella de catorce años,
 - el hijo de Tytos, ZACHERY, un niño de doce años, que estudia en el sept de Antigua,
 - la hija de Jared, KYRA, casada con Ser Garse Goodbrook,
 - el hijo de Kyra, WALDER GOODBROOK, un niño de nueve años,
 - la hija de Kyra, JEYNE GOODBROOK, una niña de seis años,
- SEPTON LUCEON, de servicio en el Gran Sept de Baelor en Desembarco del Rey,
- de su tercera esposa, [LADY AMARE, de la Casa Crakehall]:
 - SER HOSTEEN, su hijo mayor, casado con Bellena Hawick,
 - el hijo de Hosteen, SER ARWOOD, casado con Ryella Royce,
 - la hija de Arwood, RYELLA, una niña de cinco años,

- los hijos gemelos de Arwood, ANDROW y ALYN, de tres años,
- LADY LYTHENE, casada con Lord Lucias Vypren,
 - la hija de Lythene, ELYANA, casada con Ser Jon Wylde,
 - el hijo de Elyana, RICKARD WYLDE, de cuatro años,
 - el hijo de Lythene, SER DAMON VYPREN,
- SYMOND, casado con Betharios de Braavos,
 - el hijo de Symond, ALESANDER, bardo,
 - la hija de Symond, ALYX, una doncella de diecisiete años,
 - el hijo de Symond, BRADAMAR, un niño de diez años, acogido en Braavos como pupilo de Oro Tendyris, un mercader de esa ciudad,
- SER DANWELL, casado con Wynafrei Whent,
 - [muchos abortos y niños nacidos muertos],
- MERRETT, casado con Mariya Darry,
 - la hija de Merrett, AMEREI, llamada AMI, una viuda de dieciséis años, casada con [Ser Pate del Forca Azul],
 - la hija de Merrett, WALDA, llamada WALDA LA GORDA, una esposa de quince años, casada con Lord Roose Bolton,
 - la hija de Merrett, MARISSA, una doncella de trece años,
 - el hijo de Merrett, WALDER, llamado WALDER EL PEQUEÑO, un niño de siete años, hecho cautivo en Invernalía cuando era pupilo de Lady Catelyn Stark,
- [SER GEREMY, ahogado], casado con Carolei Waynwood,
 - el hijo de Geremy, SANDOR, un chico de doce años, escudero de Ser Donnel Waynwood,

- la hija de Jeremy, CYNTHIA, una niña de nueve años, pupila de Lady Anya Waynwood,
- SER RAYMUND, casado con Beony Beesbury,
 - el hijo de Raymund, ROBERT, de dieciséis años, estudiante en la Ciudadela de Antigua,
 - el hijo de Raymund, MALWYN, de quince años, aprendiz de alquimista en Lys,
 - las hijas gemelas de Raymund, SERRA y SARRA, doncellas de catorce años,
 - la hija de Raymund, CERSEI, seis años, llamada ABEJITA,
- de su cuarta esposa, [LADY ALYSSA, de la Casa Blackwood]:
 - LOTHAR, su hijo mayor, llamado LOTHAR EL COJO, casado con Leonella Lefford,
 - la hija de Lothar, TYSANE, una niña de siete años,
 - la hija de Lothar, WALDA, una niña de cuatro años,
 - la hija de Lothar, EMERLEI, una niña de dos años,
 - SER JAMMOS, casado con Sallei Paege,
 - el hijo de Jammos, WALDER, llamado WALDER EL MAYOR, un niño de ocho años, hecho cautivo en Invernalía cuando era pupilo de Lady Catelyn Stark,
 - los hijos gemelos de Jammos, DICKON y MATHIS, cinco años,
 - SER WHALEN, casado con Sylwa Paege,
 - el hijo de Whalen, HOSMER, un niño de doce años, escudero de Ser

- Damon Paege,
 - la hija de Whalen, MERIANNE, llamada MERRY, una niña de once años,
 - LADY MORYA, casada con Ser Flement Brax,
 - el hijo de Morya, ROBERT BRAX, de nueve años, acogido en Roca
 - Casterly como paje,
 - el hijo de Morya, WALDER BRAX, un niño de seis años,
 - el hijo de Morya, JON BRAX, un bebé de tres años,
 - TYTA, llamada TYTA LA DONCELLA, una doncella de veintinueve años,
- de su quinta esposa, [LADY SARYA de la Casa Whent]:
 - sin descendientes,
- de su sexta esposa, [LADY BETHANY de la Casa Rosby]:
 - SER PERWYN, su hijo mayor,
 - SER BENFREY, casado con Jyanna Frey, una prima,
 - la hija de Benfrey, DELLA, llamada DELLA LA SORDA, una niña de tres años,
 - el hijo de Benfrey, OSMUND, un niño de dos años,
 - MAESTRE WILLAMEN, de servicio en Arcolargo,
 - OLYVAR, escudero de Robb Stark,
 - ROSLIN, una doncella de dieciséis años,
- de su séptima esposa, [LADY ANNARA de la Casa Farring]:
 - ARWYN, una doncella de catorce años,
 - WENDEL, su hijo mayor, un niño de trece años, acogido como paje en Varamar,
 - COLMAR, prometido a la Fe, de once años,

- WALTyr, llamado TYR, un niño de diez años,
- ELMAR, anteriormente prometido con Arya Stark, un niño de nueve años,
- SHIREI, una niña de seis años,
- de su octava esposa, LADY JOYEUSE de la Casa Erenford:
 - sin descendencia hasta ahora,
- hijos naturales de Lord Walder con diferentes madres:
 - WALDER RÍOS, llamado WALDER EL BASTARDO,
 - el hijo de Walder el Bastardo, SER AEMON RÍOS,
 - la hija de Walder el Bastardo, WALDA RÍOS,
 - MAESTRE MELWYS, de servicio en Rosby,
 - JEYNE RÍOS, MARTYN RÍOS, RYGER RÍOS, RONEL RÍOS, MELLARA RÍOS, otros.

**CASA LANNISTER**

Los Lannister de Roca Casterly siguen siendo el apoyo principal de las aspiraciones del rey Joffrey al Trono de Hierro. Se jactan de que descienden de Lann el Astuto, el legendario embaucador de la Edad de los Héroes. El oro de Roca Casterly y el Colmillo Dorado los han convertido en los más ricos entre las Grandes Casas. El blasón de los Lannister es un león de oro en campo carmesí. Su lema es: ¡Oye mi Rugido!

TYWIN LANNISTER, señor de Roca Casterly, Guardián del Occidente, Escudo de

Lannisport y Mano del Rey,

— su hijo, SER JAIME, llamado EL MATARREYES, hermano gemelo de la reina

Cersei, Lord Comandante de la Guardia Real y Guardián del Oriente, prisionero en Aguasdulces,

— su hija, la REINA CERSEI, hermana gemela de Jaime, viuda del rey Robert I

Baratheon, reina regente en nombre de su hijo Joffrey,

— su hijo, el REY JOFFREY BARATHEON, un niño de trece años,

— su hija, la PRINCESA MYRCELLA BARATHEON, una niña de nueve años,

pupila del príncipe Doran Martell en Dorne,

— su hijo, el PRÍNCIPE TOMMEN BARATHEON, un niño de ocho años, heredero

del Trono de Hierro,

- su hijo enano, TYRION, llamado EL GNOMO O MEDIOHOMBRE, malherido en la
batalla del Aguasnegras,
- sus hermanos:
 - SER KEVAN, el hermano mayor de Lord Tywin,
 - la esposa de Ser Kevan, DORNA, de la Casa Swyft,
 - su hijo, SER LANCEL, antes escudero del rey Robert, herido y agonizante,
 - su hijo, WILLEM, hermano gemelo de Martyn, escudero, cautivo en
Aguasdulces,
 - su hijo, MARTYN, hermano gemelo de Willem, escudero, cautivo de
Robb Stark,
 - su hija, JANEI, una niña de dos años,
 - GENNA, su hermana, casada con Ser Emmon Frey,
 - su hijo, SER CLEOS FREY, cautivo en Aguasdulces,
 - su hijo, SER LYONEL,
 - su hijo, TION FREY, escudero, cautivo en Aguasdulces,
 - su hijo, WALDER, llamado WALDER EL ROJO, escudero en Roca Casterly,
 - [SER TYGETT], su segundo hermano, muerto de viruelas,
 - la viuda de Tygett, DARLESSA, de la Casa Marbrand,
 - su hijo, TYREK, escudero del rey, desaparecido,
 - [GERION], su hermano menor, desaparecido en el mar,
 - la hija bastarda de Gerion, JOY, once años,
- su primo, [SER STAFFORD LANNISTER], hermano de la difunta Lady Joanna,
muerto en Cruce de Bueyes,
 - las hijas de Ser Stafford, CERENNA y MYRIELLE,

- el hijo de Ser Stafford, SER DAVEN,
- sus primos:
 - SER DAMION LANNISTER, casado con Lady Shiera Crakehall,
 - su hijo, SER LUCION,
 - su hija, LANNA, casada con Lord Antario Jast,
- MARGOT, casada con Lord Titus Peake,
- sus criados y sirvientes:
 - MAESTRE CREYLEN, sanador, tutor y consejero,
 - VYLARR, capitán de la guardia,
 - LUM y LESTER EL ROJO, guardias,
 - WAT SONRISABLANCA, bardo,
 - SER BENEDICT BROOM, maestro de armas,
- sus señores banderizos:
 - DAMON MARBRAND, señor de Marcaceniza,
 - SER ADDAM MARBRAND, su hijo y heredero,
 - ROLAND CRAKEHALL, señor de Crakehall,
 - su hermano, [SER BURTON CRAKEHALL], asesinado por Lord Beric Dondarrion y sus bandidos,
 - su hijo y heredero, SER TYBOLT CRAKEHALL,
 - su segundo hijo, SER LYLE CRAKEHALL, llamado JABALÍ, cautivo en el Castillo de la Princesa Rosada,
 - su hijo menor, SER MERLON CRAKEHALL,
 - [ANDROS BRAX], señor de Valdelcuerno, ahogado durante la batalla de los Campamentos,
 - su hermano, [SER RUPERT BRAX], muerto en Cruce de Bueyes,

- su hijo mayor, SER TYTOS BRAX, ahora señor de Valdelcuerno, prisionero en Los Gemelos,
- su segundo hijo, [SER ROBERT BRAX], muerto en la batalla de los Vados,
- su tercer hijo, SER FLEMENT BRAX, ahora heredero,
- [LORD LEO LEFFORD], ahogado en el Molino de Piedra,
- REGENARD ESTREN, señor de Wyndhall, prisionero en Los Gemelos,
- GAWEN WESTERLING, señor del Risco, prisionero en Varamar,
- su esposa, LADY SYBELL, de la Casa Spicer,
 - su hermano, SER ROLPH SPICER,
 - su primo, SER SAMWELL SPICER,
 - sus hijos:
 - SER RAYNALD WESTERLING,
 - JEYNE, una doncella de dieciséis años,
 - ELEYNA, una niña de doce años,
 - ROLLAM, un niño de nueve años,
- LEWYS LYDDEN, señor de la Cueva Honda,
- LORD ANTARIO JAST, prisionero en el Castillo de la Princesa Rosada,
- LORD PHILIP PLUMM,
 - sus hijos, SER DENNIS PLUMM, SER PETER PLUMM, y SER HARWYN PLUMM, llamado PIEDRADURA,
- QUENTEN BANEFORT, señor de Banefort, prisionero de Lord Jonos Bracken,
- sus caballeros y capitanes:
 - SER HARYS SWYFT, suegro de Ser Kevan Lannister,

- el hijo de Ser Harys, SER STEFFON SWYFT,
- la hija de Ser Steffon, JOANNA,
- la hija de Ser Harys, SHIERLE, casada con Ser Melwyn Sarsfield,
- SER FORLEY PRESTER,
- SER GARTH GREENFIELD, prisionero en Torreón del Árbol de los Cuervos,
- SER LYMOND VIKARY, prisionero en Descanso del Caminante,
- LORD SELMON STACKSPEAR,
- su hijo, SER STEFFON STACKSPEAR,
- su hijo menor, SER ALYN STACKSPEAR,
- TERRENCE KENNING, señor de Kayce,
- SER KENNOS DE KAYCE, un caballero a su servicio,
- SER GREGOR CLEGANE, LA MONTAÑA QUE CABALGA,
- POLLIVER, CHISWYCK, RAFF EL DULCE, ÜUNSEN Y EL COSQUILLAS,
- soldados a su servicio,
- [SER AMORY LORCH], dado de comida a un oso por Vargo Hoat tras la caída de Harrenhal.



CASA MARTELL

Dorne fue el último de los Siete Reinos en jurar lealtad al Trono de Hierro. La sangre, las costumbres y la historia colocan a los dornienses a cierta distancia de los otros reinos. Cuando comenzó la Guerra de los Cinco Reyes, Dorne no tomó partido. Con el compromiso entre Myrcella Baratheon y el príncipe Trystan, Lanza del Sol proclamó su apoyo al rey Joffrey y convocó a sus señores vasallos. El blasón de los Martell es un sol de gules atravesado por una lanza dorada. Su lema es: Nunca Doblegado, Nunca Roto.

DORAN NYMEROS MARTELL, señor de Lanza del Sol, príncipe de Dorne,

— su esposa, MELLARIO, de la Ciudad Libre de Norvos,

— sus hijos:

— la PRINCESA ARIANNE, su hija mayor, heredera de *Lanza del Sol*,

— el PRÍNCIPE QUENTYN, su hijo mayor,

— el PRÍNCIPE TRYSTANE, su hijo menor, prometido a Myrcella Baratheon,

— sus hermanos:

— su hermana, [la PRINCESA ELIA], esposa del príncipe Rhaegar Targaryen,

muerta durante el saqueo de Desembarco del Rey,

— sus hijos:

- [la PRINCESA RHAENYS], niña de corta edad, asesinada durante el saqueo
 - de Desembarco del Rey,
- [el PRÍNCIPE AEGON], un bebé, asesinado durante el saqueo de
 - Desembarco del Rey,
- su hermano, el PRÍNCIPE OBERYN, llamado LA VÍBORA ROJA,
- la concubina del príncipe Oberyn, ELLARIA ARENA,
- las hijas bastardas del príncipe Oberyn, OBARA, NYMERIA, TYENE,
 - SARELLA, ELIA, OBELLA, DOREA, LOREZA, llamadas LAS SERPIENTES DE ARENA,
- los compañeros del príncipe Oberyn:
 - HARMEN ULLER, señor de Sotoinferno,
 - el hermano de Harmen, SER ULWYCK ULLER,
 - SER RYON ALLYRION,
 - el hijo natural de Ser Ryon, SER DAEMON ARENA, el Bastardo de
 - Bondadivina,
- DAGOS MANWOODY, señor de Sepulcro del Rey,
 - hijos de Dagos, MORS y DICKON,
 - hermano de Dagos, SER MYLES MANWOODY,
- SER ARRON QORGYLE,
- SER DEZIEL DALT, el Caballero de Limonar,
- MYRIA JORDAYNE, heredera de Tor,
- LARRA BLACKMONT, señora de Blackmont,
 - su hija, JYNESSA BLACKMONT,
 - su hijo, PERHOS BLACKMONT, escudero,
- sus sirvientes:
 - AREO HOTAH, mercenario norvoshi, capitán de la guardia,

- MAESTRE CALEOTTE, consejero, sanador y tutor,
- sus señores banderizos:
 - HARMEN ULLER, señor de Sotoinfierno,
 - EDRIC DAYNE, señor de Campoestrella,
 - DELONNE ALLYRION, señora de Bondadivina,
 - DAGOS MANWOODY, señor de Sepulcro del Rey,
 - LARRA BLACKMONT, señora de Blackmont,
 - TREMOND GARGALEN, señor de Costa Salada,
 - ANDERS YRONWOOD, señor de Yronwood,
 - NYMELLA TOLAND.



CASA TULLY

Lord Edmyn Tully de Aguasdulces fue uno de los primeros señores del río que juró lealtad a Aegon el Conquistador. El victorioso Aegon lo recompensó alzando la Casa Tully hasta ponerla por encima de todas las casas del Tridente. El emblema de los Tully es una trucha saltarina en plata sobre campo ondulado azul y rojo. Su lema es: Familia, Deber, Honor.

HOSTER TULLY, señor de Aguasdulces,

— su esposa, [LADY MINISA, de la Casa Whent], muerta en un parto,

— sus hijos:

— CATELYN, viuda de Lord Eddard Stark de Invernalía,

— su hijo mayor, ROBB STARK, señor de Invernalía, Rey en el Norte y Rey del Tridente,

— su hija, SANSA STARK, una doncella de doce años, prisionera en

Desembarco del Rey,

— su hija, ARYA STARK, diez años, desaparecida desde hace un año,

— su hijo, BRANDON STARK, ocho años, dado por muerto,

— su hijo, RICKON STARK, cuatro años, dado por muerto,

— LYSA, viuda de Lord Jon Arryn del Nido de Águilas,

— su hijo, ROBERT, señor del Nido de Águilas y Defensor del Valle, un niño

- enfermizo de siete años,
- SER EDMURE, su único hijo, heredero de Aguasdulces,
- amigos y compañeros de Ser Edmure:
 - SER MARQ PIPER, heredero del Castillo de la Princesa Rosada,
 - LORD LYMOND GOODBROOK,
 - SER RONALD VANCE, llamado EL MALO, y sus hermanos, SER HUGO,
 - SER ELLERY y KIRTH,
 - PATREK MALLISTER, LUCAS BLACKWOOD, SER PERWYN FREY,
 - TRISTAN RYGER, SER ROBERT PAEGE,
- su hermano, SER BRYNDEN, llamado EL PEZ NEGRO,
- sus criados y sirvientes:
 - MAESTRE VYMAN, consejero, sanador y tutor,
 - SER DESMOND GRELL, maestro de armas,
 - SER ROBÍN RYGER, capitán de la guardia,
 - LEW EL LARGO, ELWOOD, DELP, guardias,
 - UTHERYDES WAYN, mayordomo de Aguasdulces,
 - RYMUND DE LAS RIMAS, bardo,
- sus señores banderizos:
 - JONOS BRACKEN, señor del Seto de Piedra,
 - JASON MALLISTER, señor de Varamar,
 - WALDER FREY, señor del Cruce,
 - CLEMENT PIPER, señor del Castillo de la Princesa Rosada,
 - KARYL VANCE, señor de Descanso del Caminante,
 - NORBERT VANCE, señor de Atranta,
 - THEOMAR SMALLWOOD, señor de Torreón Bellota,
 - su esposa, LADY RAVELLA, de la Casa Swann,

- su hija, CARELLEN,
- WILLIAM MOOTON, señor de Poza de la Doncella,
- SHELLA WHENT, despojada señora de Harrenhal,
- SER HALMON PAEGE,
- TYTOS BLACKWOOD, señor del Árbol de los Cuervos.



CASA TYRELL

Los Tyrell subieron al poder como mayordomos de los Reyes del Dominio, cuyas posesiones incluían las fértiles llanuras del suroeste desde las marcas de Dorne y el río Aguasnegras hasta las orillas del mar del Ocaso. Por la línea femenina aseguran descender de Garth Manoverde, rey jardinero de los primeros hombres, que llevaba una corona de vides y flores y hacía florecer la tierra. Cuando Mern IX, el último rey de la Casa Gardener, perdió la vida en el Campo de Fuego, su mayordomo Harlen Tyrell rindió Altojardín a Aegon el Conquistador. Aegon le entregó el castillo y el poder sobre el Dominio. El blasón de los Tyrell es una rosa dorada sobre sinople. Su lema es: Crecer Fuerte.

Lord Mace Tyrell declaró su apoyo a Renly Baratheon al comienzo de la Guerra de los Cinco Reyes y le otorgó la mano de su hija Margaery. Tras la muerte de Renly, Altojardín formó una alianza con la Casa Lannister y Margaery quedó prometida con el rey Joffrey.

MACE TYRELL, señor de Altojardín, Guardián del sur, Defensor de las Marcas y

Alto Mariscal del Dominio,

— su esposa, LADY ALERTE, de la Casa Hightower de Antigua,

— sus hijos:

— WILLAS, su hijo mayor, heredero de Altojardín,

— SER GARLAN, llamado EL GALANTE, su segundo hijo,

— su esposa, LADY LEONETTE de la Casa Fossoway,

— SER LORAS, el Caballero de las Flores, su hijo menor, un Hermano

- Juramentado de la Guardia Real,
- MARGAERY, su hija, una viuda de quince años, prometida del rey Joffrey
- Baratheon,
- compañeras y damas de Margaery:
 - sus primas, MEGGA, ALLA y ELINOR TYRELL,
 - el prometido de Elinor, ALYN AMBROSE, escudero,
 - LADY ALYSANNE BULWER, una niña de ocho años,
 - MEREDYTH CRANE, llamada MERRY,
 - TAENA DE MYR, esposa de LORD ORTON MERRYWEATHER,
 - LADY ALYCE GRACEFORD,
 - SEPTA NYSTERICA, una hermana de la Fe,
- su madre viuda, LADY OLENNA de la Casa Redwyne, llamada la Reina de las
- Espinas,
- los guardias de Lady Olenna, ARRYK y ERRYK, llamados IZQUIERDO y
- DERECHO,
- sus hermanas:
 - LADY MINA, casada con Paxter Redwyne, señor del Rejo,
- sus hijos:
 - SER HORAS REDWYNE, hermano gemelo de Hobber, apodado HORROR,
 - SER HOBBER REDWYNE, hermano gemelo de Horas, apodado BABOSO,
 - DESMERA REDWYNE, una doncella de dieciséis años,
 - LADY JANNA, casada con Ser Jon Fossoway,
- sus tíos y primos:
 - el hermano de su padre, GARTH, llamado EL GROSERO, Lord Senescal de

Altojardín,
— los hijos bastardos de Garth, GARSE y GARRETT FLORES,
— el hermano de su padre, SER MORYN, Lord Comandante de la Guardia de la Ciudad de Antigua,
— el hijo de Moryn, [SER LUTHOR], casado con Lady Elyn Norridge,
— el hijo de Luthor, SER THEODORE, casado con Lady Lia Serry,
— la hija de Theodore, ELINOR,
— el hijo de Theodore, LUTHOR, escudero,
— el hijo de Luthor, MAESTRE MEDWICK,
— la hija de Luthor, OLENE, casada con Ser Leo Blackbar,
— el hijo de Moryn, LEO, llamado LEO EL PEREZOSO,
— el hermano de su padre, MAESTRE GORMON, un erudito de la Ciudadela,
— su primo, [SER QUENTIN], murió en Vado Ceniza,
— el hijo de Quentin, SER OLYMER, casado con Lady Lysa Meadows,
— los hijos de Olymer, RAYMUND y RICKARD,
— la hija de Olymer, MEGGA,
— su primo, el MAESTRE NORMUND, de servicio en Corona Negra,
— su primo, [SER VÍCTOR], lo mató el Caballero Sonriente de la Hermandad del Bosque Real,
— la hija de Victor, VICTARIA, casada con [Lord Jon Bulwer], fallecido a causa de una fiebre estival,
— la hija de ambos, LADY ALYSANNE BULWER, de ocho años,

- el hijo de Victor, SER LEO, casado con Lady Alys Beesbury,
 - hijas de Leo, ALLA y LEONA,
 - hijos de Leo, LYONEL, LUCAS y LORENT,
- sus sirvientes y criados en Altojardín:
 - MAESTRE LOMYS, consejero, sanador y tutor,
 - IGON VYRWEL, capitán de la guardia,
 - SER VORTIMER CRANE, maestro de armas,
 - MANTECAS, bufón, gordísimo,
- sus señores banderizos:
 - RANDYLL TARLY, señor de Colina Cuerno,
 - PAXTER REDWYNE, señor del Rejo,
 - ARWYN OAKHEART, señora de Viejo Roble,
 - MATHIS ROWAN, señor de Sotodeoro,
 - ALESTER FLORENT, señor de la Fortaleza de Aguasclaras, un rebelde que
apoya a Stannis Baratheon,
 - LEYTON HIGHTOWER, Voz de Antigua, Señor del Puerto,
 - ORTON MERRYWEATHER, señor de Granmesa,
 - LORD ARTHUR AMBROSE,
- sus caballeros y espadas juramentadas:
 - SER MARK MULLENDORE, lisiado durante la batalla del Aguasnegras,
 - SER JON FOSSOWAY, de los Fossoway de la manzana verde,
 - SER TANTON FOSSOWAY, de los Fossoway de la manzana roja.

REBELDES, BANDIDOS Y HERMANOS JURAMENTADOS

LOS HERMANOS JURAMENTADOS DE LA GUARDIA DE LA NOCHE

(Exploradores más allá del Muro):

JEOR MORMONT, llamado EL VIEJO OSO, Lord Comandante de la
Guardia de la

Noche,

— JON NIEVE, el bastardo de Invernalía, su mayordomo y
escudero,

desaparecido mientras exploraba el Paso Aullante,

—*FANTASMA*, su lobo huargo, blanco y silencioso,

— EDDISON TOLLETT, llamado EDD EL PENAS, su escudero,

— THOREN SMALLWOOD, al mando de los exploradores,

— DYWEN, DAGA, PIESLIGEROS, GRENN, BEDWYCK llamado
GIGANTE, OLLO

MANOMOCHA, GRUBBS, BERNARR llamado BERNARR EL
MORENO, otro BERNARR llamado BERNARR EL NEGRO, TIM
PIEDRA, ULMER DEL BOSQUE REAL, GARTH llamado
PLUMAGRÍS, GARTH DE GREENAWAY, GARTH DE ANTIGUA,
ALAN DE ROSBY, RONNEL HARCLAY, AETHAN, RYLES,
MAWNEY, exploradores,

— JARMEN BUCKWELL, al mando de los oteadores,

— BANNEN, KEDGE OJOBLANCO, TUMBERJON, FORNIO, GOADY,
exploradores y

oteadores,

— SER OTTYN WYTHERS, al mando de la retaguardia,

— SER MALADOR LOCKE, al mando de la impedimenta,

- DONNEL HILL, llamado DONNEL EL SUAVE, su escudero y mayordomo,
 - HAKE, intendente y cocinero,
 - CHETT, un mayordomo feo, encargado de los perros,
 - SAMWELL TARLY un mayordomo gordo, encargado de los cuervos, apodado
SER CERDI,
 - LARK llamado DE LAS HERMANAS, su primo ROLLEY DE VLLLAHERMANA,
KARL EL PATIZAMBO, MASLYN, PAUL EL PEQUEÑO, SERRUCHO,
LEW EL ZURDO, OSS EL HUÉRFANO, BILL EL REFUNFUÑÓN,
mayordomos,
 - [QHORIN MEDIAMANO], al mando de los exploradores de la Torre Sombría,
muerto en el Paso Aullante,
 - [ESCUDEIRO DALBRIDGE, EOGEN], exploradores, muertos en el Paso Aullante,
 - SERPIENTE DE PIEDRA, explorador y montañero, perdido en el Paso Aullante,
 - BLANE, segundo de Qhorin Mediamano, al mando de los hombres de la
Torre Sombría en el Puño de los Primeros Hombres,
 - SER BYAM FLINT,
- (en el Castillo Negro):
- BOWEN MARSH, Lord Mayordomo y castellano,
- MAESTRE AEMON (TARGARYEN), sanador y consejero, un ciego de cien años
de edad,
 - su mayordomo, CLYDAS,
 - BENJEN STARK, capitán de exploradores, desaparecido, se teme que haya

- muerto,
— SER WYNTON STOUT, explorador durante ochenta años,
— SER ALADALE WYNCH, PYPAR, DICK FOLLARD EL SORDO,
HAL EL
PELUDO, JACK BULWER EL NEGRO, ELRON, MATTHAR,
exploradores,
— OTHELL YARWYCK, Capitán de los Constructores,
— BOTA DE SOBRA, HENLY EL JOVEN, HALDER, ALBETT,
TONELETE,
CALVASUCIA DE POZA DE LA DONCELLA, constructores,
— DONAL NOYE, armero, herrero y mayordomo, manco,
— Hobb Tresdedos, mayordomo y cocinero,
— TIM LENGUATRABADA, SIMPLE, MULLY, HENLY EL VIEJO,
CUGEN, ALYN
EL ROJO DE PALISANDRO, JEREN, mayordomos,
— SEPTON CELLADOR, un religioso borracho,
— SER ENDREW TARTH, maestro de armas,
— RAST, ARRON, EMRICK, SEDA, PETIRROJO SALTARÍN,
reclutas que todavía
se están entrenando,
— CONWY, GUEREN, reclutadores y recolectores,

(en Guardiaoriente del Mar):

- COTTER PYKE, Comandante de Guardiaoriente,
— MAESTRE HARMUNE, sanador y consejero,
— SER ALLISER THORNE, maestro de armas,
— JANOS SLYNT, ex comandante de la Guardia de la Ciudad de
Desembarco
del Rey, señor de Harrenhal durante poco tiempo,
— SER GLENDON HEWETT,
— DAREON, mayordomo y juglar,

— FÉRREO EMMETT, explorador famoso por su fuerza,
(en la Torre Sombria):
SER DENYS MALLISTER, Comandante de la Torre Sombria,
— su mayordomo y escudero, WALLACE MASSEY,
— MAESTRE MULLIN, sanador y consejero.



LA HERMANDAD SIN ESTANDARTES UNA COFRADÍA DE BANDIDOS

BERIC DONDARRION, señor de Refugionegro, llamado EL SEÑOR DEL RELÁMPAGO, dado por muerto con frecuencia,

— su mano derecha, THOROS DE MYR, un sacerdote rojo,

— su escudero, EDRIC DAYNE, señor de Campoestrella, doce años,

— sus seguidores:

— LIM, llamado LIM CAPA DE LIMÓN, antes soldado,

— HARWIN, hijo de Hullen, antes al servicio de Lord Eddard Stark en

Invernalía,

— BARBAVERDE, un mercenario tyroshi,

— TOM DE SIETECAUCES, un bardo de fama dudosa llamado TOM

SIETECUERDAS y TOM SIETES,

— ANGUY EL ARQUERO, arquero de las Marcas de Dorne,

— JACK-CON-SUERTE, un hombre perseguido, tuerto,

— EL CAZADOR LOCO, del Sept de Piedra,

— KYLE, NOTCH, DENNETT, arqueros,

— MERRIT DE ALDEALUNA, WATTY EL MOLINERO, LUKE EL LÚCIDO, MUDGE,

DICK LAMPIÑO, bandidos de su grupo,

— en la Posada del Hombre Arrodillado:

- SHARNA, la encargada, cocinera y partera,
 - su marido, llamado MARIDO,
 - CHICO, un huérfano de la guerra,
- en el Melocotón, un burdel en Sept de Piedra:
 - ATANASIA, la propietaria, pelirroja,
 - ALYCE, CASS, LANNA, JYZENE, HELLY, CAMPY, algunos de sus melocotones,
- en Torreón Bellota, la residencia de la Casa Smallwood:
 - LADY RAVELLA, antes de la Casa Swann, esposa de Lord Theomar Smallwood,
- aquí y allá y en cualquier parte:
 - LORD LYMOND LYCHESTER, un anciano que desvaría y que una vez contuvo a Ser Maynard en el puente,
 - su joven cuidador, el MAESTRE ROONE,
 - el fantasma de Alto Corazón,
 - la Dama de las Hojas,
 - el septon en Danza de Sally.

LOS SALVAJES O PUEBLO LIBRE

MANCE RAYDER, Rey-más-allá-del-Muro,

— DALLA, su mujer embarazada,

— VAL, su hermana menor,

— sus cabecillas y capitanes:

— HARMA, llamada CABEZA DE PERRO, al mando de la vanguardia,

— EL SEÑOR DE LOS HUESOS, apodado CASACA DE MATRACA, cabecilla de una

partida de guerra,

— YGRITTE, una mujer del acero joven, miembro de su banda,

— RYK, llamado LANZALARGA, miembro de su banda,

— RAGWYLE, LENYL, miembros de su banda,

— su cautivo JON NIEVE, el cuervo desertor,

— FANTASMA, su lobo huargo, blanco y silencioso,

— STYR, Magnar de Thenn,

— JARL, un explorador joven, amante de Val,

— GRIGG LA CABRA, ERROR, QUORT, BODGER, DEL, FORÚNCULO, DAN EL

CAÑAMEÑO, HENK EL TIMÓN, DEDODELPÍE, PULGARES DE PIEDRA, exploradores,

— TORMUND, Rey del Aguamiel en el Salón Rojo, llamado MATAGIGANTES,

GRAN HABLADOR, SOPLADOR DEL CUERNO y ROMPEDOR DEL HIELO; también PUÑO DE TRUENO, MARIDO DE OSAS, PORTAVOZ ANTE LOS DIOS y PADRE DE EJÉRCITOS, cabecilla de una partida de guerra,

— sus hijos TOREGG EL ALTO, TORWYRD EL MANSO, DORMUND y

DRYN; su hija MUNDA,
— [ORELL, llamado ORELL EL ÁGUILA], un cambiapiel muerto a
manos de Jon
Nieve en el Paso Aullante,
— MAG MAR TUN DOH WEG, llamado MAG EL PODEROSO, de
los gigantes,
— VARAMYR llamado SEISPIELES, un cambiapiel, dueño de tres
lobos, un
gatosombra y un oso de las nieves,
— EL LLORÓN, explorador y cabecilla de una partida de guerra,
— [ALFYN MATACUERVOS], explorador, muerto a manos de
Qhorin
Mediamano de la Guardia de la Noche,
CRASTER, del Torreón de Craster, que no se arrodilla ante nadie,
— ELÍ, su hija y esposa, con un niño en el vientre,
— DYAH, FERNY, NELLA, tres de sus diecinueve esposas.

NOTA ACERCA DEL AUTOR

George R.R. Martin nació en 1948 en Bayonne (Nueva Jersey), y en la actualidad reside en Santa Fe (Nuevo México). Hijo de un estibador de familia humilde, su anhelo por conocer los destinos exóticos de los navíos que veía zarpar de Nueva York fue uno de los motivos que lo impulsaron a escribir fantasía y ciencia ficción.

Licenciado en Periodismo en 1970, en 1977 publicó su primera novela, *Muerte de la luz*, novela de culto dentro del género y obra cumbre de la ciencia ficción romántica. Desde 1979 se dedica completamente a la escritura, y de su pluma han surgido títulos como *Una canción para Lya* o *Sueño del Fevre*, donde su prosa sugerente y poética aborda temas tan poco usuales en el género como la amistad, la lealtad, el amor o la traición, desde una perspectiva despojada de manierismos pero cargada de sensibilidad. Como antologista cabe destacar su trabajo a cargo de Wild Cards, antología de mundos compartidos con temática de superhéroes de gran prestigio.

A partir de 1986 colabora escribiendo guiones y como asistente para series de televisión como *The Twilight Zone* o *Beauty and the Beast*, así como en la producción de diversas series y telefilmes. En 1996 inicia la publicación de la serie de fantasía épica Canción de Hielo y Fuego, éxito de ventas en Estados Unidos y auténtico revulsivo del género fantástico.

CANCIÓN DE HIELO Y FUEGO:

1996 — *A Game of Thrones*

— *Juego de tronos*, Ed. Gigamesh, Barcelona, 2002

1998 — *A Clash of Kings*

— *Choque de reyes*, Ed. Gigamesh, Barcelona, 2003

2000 — *A Storm of Swords*

— *Tormenta de espadas* (dos tomos), Ed. Gigamesh, Barcelona, 2005

2005 — *A Feast for Crows*, en preparación

NOVELAS:

1977 — *Dying of the Light*

— *Muerte de la luz*, Ed. Edhasa, col. Nebulae núm. 33, Barcelona, 1979

— id., Ed. Gigamesh, Barcelona, 2002

1981 — *Windhaven*, con Lisa Tuttle

— *Refugio del viento*, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, Barcelona, 1988

1982 — *Fevre Dream*

— *Sueño del Fevre* (cartoné), Ed. Acervo, col. Terror, Barcelona, 1983

— id., (rústica), Ed. Acervo, col. Terror, Barcelona, 1983

— id., Ed. Gigamesh, en preparación

1983 — *The Armageddon Rag*

— *El rag del Armagedón*, Ed. Gigamesh, en preparación

1986 — *Tuf Voyaging*

— *Los viajes de Tuf*, Ed. B, col. Nova CF núm. 6, Barcelona, 1988

1990 — *Wild Cards VII: Dead Man's Hand*, con John J. Miller

RECOPILACIONES:

1976 — *A Song for Lya and Other Stories*

— *Una canción para Lya*, Luis de Caralt Ed., col. Ciencia Ficción núm. 35, Barcelona, 1974

- id., Luis de Caralt Ed., col. BUC núm. 190, Barcelona, 1982
- 1977 — *Songs of Stars and Shadows*
- 1981 — *Sandkings*
- 1983 — *Songs the Dead Men Sing*
— *Canciones que cantan los muertos*, Ed. Martínez Roca, col. Super Terror
núm. 17, Barcelona, 1986
- 1985 — *Nightflyers*
- 1987 — *Portraits of His Children*
- 2001 — *Quartet*
- 2003 — *GRRM: A RRetrospective*

ANTOLOGÍAS:

- 1977 — *New Voices in Science Fiction*
- 1979 — *New Voices II*
- 1980 — *New Voices III*
- 1981 — *New Voices IV*
- 1983 — *The Science Fiction Weight-Loss Book*, con Isaac Asimov y Martin H. Greenberg
- 1984 — *The John W. Campbell Awards, Volunte 5*
- 1986 — *Night Visions 3*
- 1987 — *Wild Cards*
— *Wild Cards II: Aces High*
— *Wild Cards III: Jokers Wild*
- 1988 — *Wild Cards IV: Aces Abroad*
— *Wild Cards V: Down and Dirty*
- 1990 — *Wild Cards VI: Ace in the Hole*
— *Wild Cards VII: Dead Man's Hand*, con John J. Miller

- 1991 — *Wild Cards VIII: One-Eyed Jacks*
— *Wild Cards IX: Jokertown Shuffle*
- 1992 — *Wild Cards X: Double Solitaire*
— *Wild Cards XI: Dealer's Choice*
- 1993 — *Wild Cards XII: Turn of the Cards*
— *Wild Cards XIII: Card Sharks*
- 1994 — *Wild Cards XIV: Marked Cards*
— *Wild Cards XV: Black Trump*
- 2002 — *Wild Cards XVI: Deuces Down*
- 2005 — *Wild Cards XVII: Five Card Draw* (en preparación)

PREMIOS:

- 1975 — Hugo por "Una canción para Lya" (en *Los Premios Hugo 1973-1975*,
Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, Barcelona, 1988)
- 1976 — Locus por "The Storms of Windhaven" (fragmento de *Refugio del viento*)
- 1977 — Locus por *Una canción para Lya*
- 1979 — Nebula por "Los reyes de la arena" (en *Lo mejor de los premios Nebula*,
Ed. B, col. Nova CF, Barcelona, 1994)
- 1980 — Hugo y Locus por "Los reyes de la arena" (id.)
— Hugo y Locus por "El camino de la cruz y el dragón" (en *Los Premios Hugo 1980-1982*, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, Barcelona, 1991)
- 1981 — Locus por "Nightflyers"
- 1982 — Locus por "Guardianes" (en *Los viajes de Tuf*)
— Locus por *Sandkings*

1983 — Seiun (Japón) por "Nightflyers"

1984 — Locus por "El tratamiento del mono" (en *Canciones que cantan los muertos*)

1984 — Gigamesh de terror por *Sueño del Fevre*

1985 — Nebula por "Retrato de sus hijos" (en *Premios Nebula 1985*, Ed. B, col.

Libro amigo núm. 39, Barcelona, 1987)

1987 — Gigamesh de terror por *Canciones que cantan los muertos*

1988 — Bram Stoker por "The Pear-Shaped Man"

1989 — World Fantasy por "Cambiando de piel" (en *Visiones nocturnas*,

Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Terror, Barcelona, 1991)

— Gigamesh de ciencia ficción por *Los viajes de Tuf*

1997 — Locus de fantasía por *Juego de tronos*

— Hugo por "Blood of the Dragon" (*Sangre de dragón*, fragmento de *Juego de*

tronos, Ed. Gigamesh, Barcelona, 2003)

1999 — Locus de fantasía por *Choque de reyes*

2001 — Science Fiction Weekly por *Tormenta de espadas*

— Locus de fantasía por *Tormenta de espadas*

2002 — Geffen (Israel) de fantasía por *Tormenta de espadas*

2003 — Ignotus (España) por *Juego de tronos*

2004 — Skylark (NESFA) por *Quartet*

— Ignotus (España) por *Choque de reyes*

— Ignotus (España) por "El dragón de hielo" (en *Gigamesh 34*, Ed. Gigamesh,

Barcelona, 2003)